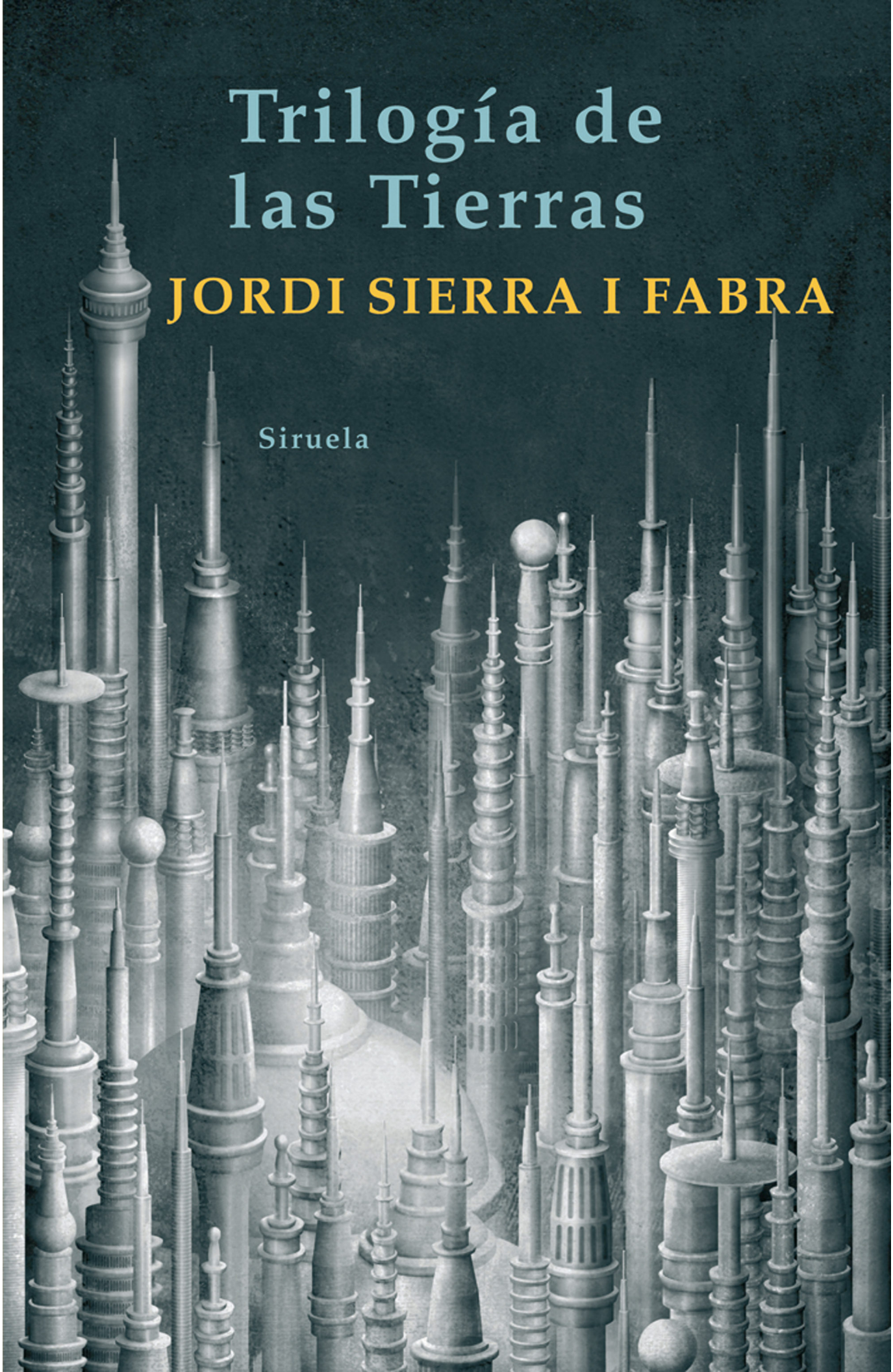
Trilogía de las Tierras

JORDI SIERRA I FABRA



Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

Trilogía de las Tierras

Ediciones Siruela

Portada

Prólogo de 2008 para una obra de 1983

TRILOGÍA DE LAS TIERRAS

... en un lugar llamado Tierra

Prólogo: La nave

Nivel cero: La encuesta

Primer nivel: El misterio de la Doble Delta A-795

Segundo nivel: El juicio

Tercer nivel: El planeta perdido

Epílogo: Aun millón de años luz

Regreso a un lugar llamado Tierra

Fase previa: Historia

Fase 1: Investigación

Fase 2: Interrogantes

Fase 3: Secretos

Fase 4: Regreso

Última fase: Soledades

Epílogo: ... en un lugar llamado Tierra

El testamento de un lugar llamado Tierra

Punto 0: Energía

Punto 1: Relatividad

Punto 2: Materia

Punto 3: Espacio

Punto final: Tiempo

Consideraciones finales en torno a la Trilogía de las Tierras

Créditos

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

Trilogía de las Tierras

Prólogo del autor

PRÓLOGO DE 2008
PARA UNA OBRA DE 1983

El 5 de julio de 1982 meditaba en la piscina de mi casa de Vallirana, como lo he hecho siempre en los meses de verano desde 1980, de una a tres de la tarde, tomando el sol sobre una colchoneta en el agua. Hacía un calor tórrido, excesivo para la época, y el riesgo de incendios nos hacía estar alerta y con los cinco sentidos en guardia. Vivir en lo alto de una montaña, en mitad de un bosque, comporta riesgos. En medio de un silencio sólo roto de vez en cuando por los gritos de mis hijos y los de los vecinos, recordé de pronto una frase escrita en una de las muchas libretas en las que anoto mis ideas. En 1982 no se escribía con ordenador, todavía existían vinilos, ni rastro de móviles o Internet. Aquella frase, anotada años atrás, imposible de saber el momento exacto, decía: «Asesinato, hombre mata máquina. Estudiar tema».

Entonces tuve «la visión», el «flash», como se le quiera llamar. Imaginé la primera escena del libro, una nave, el espacio, una luz... que de pronto se apaga. Y en la nave, únicamente, una máquina y un hombre. Al llegar a la base, la máquina está muerta y el hombre es acusado de asesinato, algo que él niega porque estaba hibernado. Puesto que las máquinas, según las leyes robóticas, no pueden atentar contra sí mismas, ¿qué pasó en el espacio?

La visión de este inicio fue tan poderosa, tanto, que me incorporé temblando y me quedé sentado en la colchoneta mirando el inmenso bosque de espeso y cerrado verdor que envuelve mi casa. Y entonces, como en un vómito celestial que se abatió sobre mi cerebro, vi la obra entera, una película que pasó a cámara rápida por mi mente, un volcán apasionado de momentos, escenas, sentimientos, ideas, personajes... Una obra tan densa, tan peculiar, que obviamente no podía caber en un solo libro, sino en tres.

Aquel día de fiebres creativas fue una luz, lo mismo que el siguiente. Dos días

después de mi explosión mental, el 7 de julio, mientras escribía el guión como siempre a mano por la mañana, inicié por la tarde la redacción de *... en un lugar llamado Tierra* con mi máquina de escribir Olivetti. El 30 de julio la novela estaba terminada. Pocas veces he hecho un guión previo y he escrito la novela casi al alimón, pero es que no pude esperar, ni sujetarme a mí mismo. Lo que me invadía fue algo más que la fiebre de todo creador ante uno de sus momentos más o menos gloriosos. Desde el primer instante supe que era una obra especial.

Y por ser especial, la presenté al Premio Gran Angular de Ediciones SM que ya había ganado dos años antes, a modo de reto. Ganar un premio dos veces en tres años me pareció lo bastante provocador para una novela de anticipación, porque de alguna forma yo no la sentí como una obra de ciencia ficción en esos días. ¿Era una novela juvenil? No. Pero tampoco lo era *El cazador*, y con ella gané el Premio Gran Angular por primera vez. Así que en febrero de 1983, para sorpresa de muchos, repetí premio y el libro se editó en mayo.

Aquel día sucedió algo.

Montserrat Sarto, una de las grandes expertas de la literatura infantil y juvenil en España, se acercó y me dijo una hermosa pero lapidaria frase: «Algún día, cuando mueras, ésta será una de las tres obras tuyas que pasarán a la historia contigo».

Era un halago, sí, y se lo agradecí porque significaba mucho, y más viniendo de ella, pero a mí me dejó hecho polvo. Pensé: «Si a mis 35 años (los cumplí el 26 de julio de 1982, en plena escritura) ya he hecho una de mis tres obras maestras... sólo me quedan dos».

Parecerá una tontería, pero aquello me marcó durante meses. Yo empezaba a ser reconocido como autor infantil y juvenil en ese tiempo, y tener un éxito así significaba empezar la casa por el tejado. Por esta razón, además, pensé que era absurdo continuar con la trilogía. ¿Cómo iba a superar la segunda parte a la primera? Y no digamos ya la tercera, que era la más aventurera. Así que en el verano de 1983 no reemprendí el trabajo, ni tampoco lo hice en 1984. A comienzos de 1985, superada la sentencia emocional de Montserrat Sarto, cogí el guión previo de *Regreso a un lugar llamado Tierra*, recuperé la fiebre que me empujó a crear la primera parte, y acepté el reto. La escribí entre el 19 y el 26 de abril y, para mí, ésta es la mejor de las tres, porque es la reflexión entre el misterio de la primera y la aventura de la tercera. Ya lanzado, despaché *El testamento de un lugar llamado Tierra* entre el 29 de octubre y el 7 de noviembre del mismo 1985, prácticamente a continuación de haber escrito otro de mis futuros *best sellers*: *El joven Lennon*. Para entonces, *... en un lugar llamado*

Tierra ya llevaba varias ediciones y era libro de referencia y debate en escuelas de toda España. La segunda parte de la trilogía se editó en abril de 1986 y la tercera en febrero de 1987. Un tiempo después SM las presentó las tres juntas en una caja con el título *El ciclo de las Tierras*.

Pero jamás se editaron en un solo volumen, como ahora.

He querido contar la génesis de mi primera trilogía (después han llegado otras) como homenaje a aquellos años, como recuerdo de un tiempo fantástico, y como testimonio vital para quienes la leyeron entonces o la incorporen ahora a sus vidas. Narrar el proceso creativo de una obra que ha pasado a ser emblemática siempre aporta un plus para su conocimiento. Pero es justicia hacerlo en este aniversario, los 25 años de *... en un lugar llamado Tierra* y de las otras dos partes, aunque éstas las escribiera después por las razones que acabo de expresar. Como detalle anecdótico debo decir que el protagonista humano lleva el nombre de Hal en homenaje al ordenador y cerebro electrónico que rige la nave de *2001: Una odisea del espacio*.

En 1982 me imaginé un futuro que en muy poco tiempo superó algunas de mis predicciones o visiones. Bien, no soy un científico, ni un Asimov o un Clarke. Pero la verdadera esencia de mi trilogía está por llegar: el día en que, como se dice al comienzo, «seres humanos y máquinas sean iguales ante la Constitución». Las máquinas me han apasionado siempre. Mi narrativa de ciencia ficción ha estado supeditada a ellas. Y hablo de «máquinas», no de robots, androides, etc. He utilizado el término «máquinas» porque en realidad es lo que me parecen, lo que son, aunque un día posean cerebros humanos, o chips capaces de hacerlas sentir como humanas. *Marte XXIII*, *Las voces de la Tierra*, *Crónica de Tierra 2* (que sería la cuarta parte de mi trilogía de los años ochenta, editada ya en el siglo XXI), *Unitat de plaer*, *Relatos galácticos*, *Schizoid*, *Los elegidos*, *Gauditronix*, mis personajes infantiles o juveniles Zack Galaxy, Patrulla Galáctica 752 o Zuk-1 (una máquina con cerebro humano), el relato «¡Máquinas!» de mi novela *Tres historias de terror*, reeditado después con el título «La mansión de las mil puertas»... en todas ellas las máquinas son las verdaderas protagonistas, el futuro. Es mi visión de ese más allá temporal quizá encarnado, aunque sin máquinas, en *Edad 143 años*, en la que hablo de la hibernación (o criofilización) para llegar al futuro y poder ser capaces de verlo con nuestros ojos. Sí es cierto en cambio que, pese a no ser científico, tuve que imaginar algo más que la historia recogida en los tres libros. Me tocó crear una civilización entera, una legislación maquinal, unas nuevas leyes que lo ampararan todo, un marco urbano, social, ético y moral, un lenguaje, nuevos

conceptos, imaginar cómo se viviría en ese nuevo mundo, dividir a las máquinas en clases o categorías (creo que ése fue uno de mis aciertos aunque aún no sé muy bien por qué), ser arquitecto, abogado, juez, y ser capaz de filosofar sobre la vida, la muerte o la eternidad. En este sentido me gustaría destacar el capítulo del «infarto» de Balhissay en la segunda parte. Llegué a meterme tanto en su cuerpo que cuando lo terminé creo que volví a ser humano, mi corazón latió de nuevo. Y es que durante unos minutos yo sentí que en mi interior había circuitos y luces. Terminé ese capítulo y me puse a temblar, mi corazón se aceleraba y me veía sacudido por fuerzas desconocidas, y me eché a llorar aplastado por mi renacer humano. Mientras mi mujer leía el libro la vi llorar de pronto, le pregunté si acaso estaba leyendo el capítulo en cuestión y me dijo que sí, y que lloraba porque estaba sintiendo algo muy especial en su interior.

Ésa es la fuerza de todo libro, el valor de la literatura, comunicar sentimientos y emociones. Si el pulso del narrador se transmite al lector, es que la simbiosis es plena.

No he querido tocar nada, ni reescribir nada, ni añadir o quitar nada en esta reedición de Siruela. Este volumen único reúne las tres partes de mi trilogía tal y como fueron concebidas, respetando el espíritu original, sin pretender subsanar errores o teorías físicas, ni añadir los hallazgos que en este tiempo se han producido en el mundo de la tecnología, los robots o la inteligencia artificial. Como ya he dicho, en 1982 escribíamos mayoritariamente con máquina de escribir, con papel carbón para las copias, sin correctores ortográficos, y los libros se mandaban por correo, no por mail. Nadie llevaba un teléfono móvil encima, aún balbuceábamos en nuestra incipiente democracia, bastante teníamos con ver el presente como para soñar con el futuro. Todo era distinto. De ahí que *... en un lugar llamado Tierra* causara tanto impacto. Fue algo sorprendente e innovador. La ciencia ficción era cosa de los americanos, no de un españolito sin idea de nada salvo de su pasión por escribir e imaginar mundos lejanos.

El mayor elogio que se le hizo a *... en un lugar llamado Tierra* procedió del director de cine y teatro Ricard Reguant, que intentó llevarla a la pantalla grande en un tiempo en el que la tecnología todavía no permitía todo lo que hoy es posible. Ricard dijo que en 1982 se habían producido las dos obras cumbre de la ciencia ficción de la recta final del siglo XX, es decir, posteriores a *2001: Una odisea del espacio*, y eran *Blade Runner* en cine y *... en un lugar llamado Tierra* en literatura (aunque se editó ya en 1983 como he dicho). Teniendo en cuenta que la película de Ridley Scott sigue siendo mi favorita en la actualidad, el elogio de Ricard es uno de los mejores avales que siempre ha tenido mi novela.

Ojalá que hoy sea un testimonio literario tanto como una obra de puro entretenimiento... con gotas de reflexión.

Yo todavía recuerdo con emoción aquel 7 de julio de 1982 cuando, frente a la máquina de escribir, en mi despacho de Vallirana, rodeado de pósters de mi pasado rockero, dos días después de aquella visión bajo el sol, sobre las aguas de la piscina, tecleé la primera línea de *... en un lugar llamado Tierra*: «Ninguna forma de vida, latente o activa, podía escucharla, porque la nave era silencio».

Jordi Sierra i Fabra

Barcelona, mayo de 2008

TRILOGÍA DE LAS TIERRAS

… en un lugar llamado Tierra

PRÓLOGO
LA NAVE

1

Ninguna forma de vida, latente o activa, podía escucharla, porque la nave era silencio.

Cruzaba el infinito como la más pequeña mota de polvo, dejando atrás la estela de lo desconocido para aproximarse al paréntesis de lo conocido. O quizá fuese al revés. Tampoco importaba. Allí donde el tiempo y el espacio son la paz, la nave era un simple prodigio, un dardo quieto que, sin embargo, viajaba a una velocidad superior a la de la luz. Bajo el parpadeo de las estrellas y el brillo de un millar de soles inmersos en galaxias distantes, la nave era un universo acotado.

Un latido.

Era alargada y hermosa. En su entorno, un cono plateado reunía a una docena de pequeñas ventanas, encima de las cuales se abría una de mayor tamaño. A ambos lados, dos alas en forma de delta triangulaban la primera mitad. Cuando éstas regresaban al fuselaje principal, la nave aumentaba el perímetro de su cuerpo. Dos nuevas alas delta sostenían los propulsores y las cámaras de combustión. Un tercer motor quedaba instalado en la parte superior de la cola.

Alargada y hermosa, lo mismo que un gran pájaro en constante planear sobre la negrura infinita salpicada de luces.

Luces blancas.

Todas salvo una.

En el ventanal principal de la nave se encendió una luz roja. Primero fue un destello. Después un punto fijo. Permaneció estático durante varias medidas de tiempo, y finalmente se movió.

En el interior de la nave, las computadoras y los cerebros electrónicos

continuaron funcionando automáticamente. La luz roja titiló una vez, y otra. Parecía perdida. Cuando se acercó al gran ventanal se asomó a través de él al Espacio Exterior. Era una simple luz, pero semejaba contemplar la mismísima eternidad buscando algo.

La luz dejó de ser roja. Cambió primero a naranja y después a rosa, se convirtió más tarde en violácea y por fin volvió a ser roja. Una medida de tiempo.

Y otra.

Las constelaciones, las galaxias, los mundos poblados por las maravillas del Universo la vieron pasar solitaria, como un extraño jinete a lomos de un dardo plateado.

La luz roja parpadeó una vez.

El silencio gritó con ella el misterio de una espera.

La luz roja parpadeó por segunda vez.

Y el silencio quedó aprisionado en una larga medida de tiempo.

La luz roja siguió quieta, reflejando su color vivo en el ventanal, viendo el desfile eterno de las estrellas, el paso de un millón de mundos distantes un millón de tiempos entre sí.

Y mucho, muchísimo después, parpadeó por tercera vez.

Tras ello, la luz roja se apagó.

Y ya no volvió a encenderse.

NIVEL CERO

LA ENCUESTA

2

La voz surgió de los interfonos ubicados en el techo de la vivienda, cubriendo todo el ámbito del lugar.

–Llamada para Hal Yakzuby. Llamada para Hal Yakzuby –repitió con acento metálico–. Llamada directa para Hal Yakzuby procedente del Espacio Exterior. Diez segundos para ser atendida en primera instancia. Veinte para segunda antes de desconexión final. Llamada para Hal Yakzuby…

Hal Yakzuby dejó su butaca de aire y apagó el visor. El locutor que emitía el boletín informativo desapareció de la pantalla tridimensional. La voz inició el conteo de los 10 primeros segundos.

Se movió con rapidez. Las llamadas procedentes del Espacio Exterior estaban limitadas según el número de canales y líneas disponibles. Alcanzó la consola de mando privado, por la cual se atendía y gobernaba toda su vivienda, cuando la voz iba por el cinco, y pulsó la última tecla de recepción en el momento en que llegaba al siete.

Al instante, los interfonos quedaron silenciosos, y la imagen de Gidd apareció frente a él, sonriente. Basculó un breve instante hasta quedar fija en la pantalla videofónica.

–¿Papá? Papá, ¿me escuchas?

–¡Gidd, hijo!

Gidd Yakzuby mostró una ancha sonrisa en su rostro al recibir la voz de su padre. Vestía el uniforme de la Unidad y era lo bastante joven para parecer un muchacho, aunque también lo bastante adulto como para parecer un hombre. Viéndolo allí, frente a él, tan próximo y sin embargo tan lejano, Hal Yakzuby se dijo una vez más que era igual que su madre. La misma vitalidad, la misma

energía.

La misma fuerza interior.

–Cielos –suspiró–. Créeme que ya tenía deseos de verte.

–Sólo han sido cinco meses, papá. En realidad hemos avanzado más de lo previsto.

–¿Qué tal estás, Gidd?

El muchacho extendió los brazos. Cerró los ojos e hizo ademán de gritar, pero en lugar de ello se mordió el labio inferior y volvió a mirar a su padre.

–Perfectamente, te lo aseguro.

–Tu primera misión. ¿Recuerdas cuando pensabas que no iba a llegar nunca?

–Lo recuerdo, y esto es tal como lo había imaginado. Trabajamos duro, ¿sabes? No es sencillo, pero estar aquí arriba, instalando la plataforma..., viendo el mundo a lo lejos, es..., es...

Buscó la palabra adecuada y no la encontró. Hal Yakzuby lo ayudó.

–Impresionante.

–Impresionante –repitió Gidd–. Claro, conoces todo esto mejor que yo. Debería saberlo, después de habértelo oído contar tantas veces.

–Ahora es tu turno, hijo.

–Ya hemos terminado la primera fase de la plataforma. Ayer se abrió el circuito de comunicaciones por primera vez, y hoy nos han permitido llamar a nosotros. Desde ahora podremos hablar a diario, papá. ¿No es grande?

Hal Yakzuby asintió con la cabeza.

–Lo es –dijo.

–¿Qué tal va todo por ahí abajo, papá? Aquí, hasta ahora, no hemos estado muy al tanto de las noticias.

–Bien, bien –musitó el hombre, casi con cansancio–. Aquí nunca sucede nada de particular. Las noticias siempre están ahí, contigo, y en las otras plataformas.

–¿Y tu trabajo? Cuenta. ¿Sigues con lo mismo?

–No, ya no. Hallamos la componente, casi de casualidad, al poco de irte. Fue un golpe de auténtica suerte. Teníamos unas 125.000 posibilidades, y todo se redujo a unas dos mil. Exactamente fue en el intento 2.009. Ark y yo trabajamos ahora

en un estudio sobre la relación hombre-máquina en el espacio. Puede aportar datos de interés. Estaba a la espera de recibir un informe sobre vosotros precisamente.

–Suena interesante, aunque parezca un poco ingenuo, ¿no es cierto? –apuntó Gidd.

–Es largo de contar, pero las conclusiones pueden servir para lograr un mejor Sistema. Si te parece, te enviaré un resumen completo cuando termine la investigación. ¿De acuerdo? Y ahora..., vamos, cuéntame. No haces más que preguntarme, cuando eres tú el que anda por el espacio dando forma al futuro. ¿Qué has estado haciendo, Gidd...? ¿O es mejor preguntar qué ha estado haciendo el ingeniero técnico Gidd Yakzuby?

3

Un mejor Sistema. Eso le había dicho a Gidd. Bien, ¿no era ya perfecto, o casi?

O casi.

¿Podía ser perfección la acusada indiferencia de los últimos años, de los últimos tiempos? Seres humanos y máquinas conviviendo en maravillosa armonía, trabajando juntos, sabiendo que la unidad era la mejor de las fuerzas, y comprendiendo que unos necesitaban de los otros.

Seres humanos y máquinas.

Los primeros habían creado a las segundas, y las segundas habían mantenido con vida a los primeros. Así de sencillo. Así de evidente. Y así se había alcanzado el equilibrio. La historia se perdía muy a lo lejos, demasiado a lo lejos tal vez, porque con la lejanía, el mismo origen parecía ser una pequeña parte de un gran todo.

Una pequeña parte, cuando el origen era el todo.

O debiera serlo.

Bien, aquel estudio podía aportar datos de interés. Al menos así lo esperaba.

Hal Yakzuby contempló a Ezebel sumida en las sombras de la noche. Para los demás humanos, bien pudiera ser una mera y simple cuestión de mantenimiento y estabilidad, de continuidad y comodidad. Incluso de supervivencia. Sólo que él

no era como los demás humanos. Él necesitaba saber y conocer, medir y valorar. Vivía en un mundo cuya perfección le asustaba.

Por las calles de la ciudad palpitaba el último bullicio antes de la hora final, la hora del sueño y del descanso. Desde los refinados androides hasta los simples autómatas y robots, todos cumplían con sus últimos cometidos. Hombres, mujeres y niños salían de sus lugares de trabajo y regresaban a casa. En las 9 Comunidades del Hemisferio Sur comenzaba una nueva jornada; pero, para las 17 Comunidades del Hemisferio Norte, esa misma jornada terminaba.

Dejó la ventana y se dirigió instintivamente a su despacho. Era su lugar favorito incluso cuando no había nada que hacer o cuando no tenía deseos de trabajar. Las paredes, repletas de viejos libros que ya no se utilizaban, lo protegían de la frialdad exterior. No faltaban los más usuales medios de archivo y consulta. Poseía más de medio millón de microfilmes que albergaban los conocimientos de la humanidad. Sus propios estudios se hallaban recogidos en esos microfilmes.

Sobre la mesa tenía un pliego de informes, y junto a ellos, algo más de un centenar de encuestas realizadas en los últimos días. Encuestas de hombres y mujeres, de niños pequeños y de adolescentes, de androides y simples máquinas de acondicionamiento. Era imprevisible que pudiera formularse la encuesta a las tres primeras clases del Sistema, pero las siete restantes estaban allí, a través de miembros de cada una de ellas.

Leyó algunas de las respuestas, indistintamente, sin orden.

«Los humanos son una gran ayuda. Carecen de lógica y continúan siendo demasiado emotivos, pero resultan por ello sorprendentes y singularmente atractivos» (androide, Clase 8).

«Es lógico que nosotros realicemos el trabajo más pesado y que los humanos vivan felices. No se trata de sumisión ni esclavitud, según creo yo. Nosotros no nos cansamos, y somos más competentes» (robot, Clase 5).

«Las máquinas gobiernan porque es justo que sea así. ¿Qué sucedió en otro tiempo, cuando el ser humano gobernaba? De no ser por las máquinas no se habría sobrevivido al Gran Holocausto, que está ahí, en la historia antigua, como prueba de nuestra debilidad. Sí, nosotros las hicimos; pero ellas tienen el poder merecidamente» (hombre, asistente en los Laboratorios Alb).

«Yo tenía un perrito y... un día me mordió. Tuve que ir al centro de asistencia. Ahora, en cambio, tengo un pequeño autómata de juguete y es perfecto. Es mi mejor amigo. Lo quiero mucho» (niña, hija de un miembro del Comité de Tráfico

Intercomunitario).

«¿Los sentimientos?... Bien, es obvio que se ha alcanzado la perfección absoluta en todo lo concerniente a cerebros electrónicos, ordenadores, computadoras... Pero perfección equivale a lógica. Las máquinas han llegado a tener sentimientos, y los tienen; pero ¿qué es un sentimiento enfrentado a la lógica? En otros tiempos ya se discutió todo esto, y no sirvió más que para crear el caos. Había cosas como..., bueno, ya sabe, el alma y todo eso. Me parece bien para los humanos; pero ¿de qué le serviría a una máquina tener alma, al menos como la entienden los humanos? Hoy todos somos iguales porque hay un Sistema, un equilibrio» (androide, Clase 4).

Dejó de nuevo las encuestas sobre la mesa. Y bien, ¿por qué no? ¿Acaso Ark, su mejor amigo y colaborador más directo, no era un androide de Clase 6, Investigación y Ciencia?

–Hal, te estás haciendo viejo –se dijo en voz alta.

En la antigüedad, el ser humano se había roto la cabeza buscando respuestas que no existían, sobre el infinito, sobre Dios, sobre la vida y la muerte. ¿De qué había servido la evolución, si él, ahora, retrocedía por los siglos de los siglos?

Seres humanos y máquinas. Estaban bien así. Los primeros se equivocaban. Las máquinas no.

Nada ni nadie iba a cambiar eso.

4

–Hal, fijate en ésta. Tiene su gracia.

Hal Yakzuby levantó la vista de sus anotaciones y la concentró en su amigo y ayudante, Ark 6-1117. El androide sonreía con una de las encuestas en la mano.

–Lo peor y más triste de las máquinas es que no se puede jugar con ellas. Siempre ganan –leyó Ark.

–¿Quién dice eso? ¿Un niño? –inquirió Hal.

–¡No! Aquí está el quid de la cuestión: lo dice un hombre, un tal Egger May, delegado corporativo de entretenimiento en el distrito 92. Interesante, ¿no?

–Tiene razón –dijo Hal Yakzuby.

–¿Razón? –Ark levantó los brazos–. ¡Vaya, Hal..., a veces todavía me sorprendes! Después de tantos años y todavía lo consigues. Dime, ¿para qué va a jugar un hombre con una máquina?

–Esperará ganarla.

–¿Lo ves? No puede. Así que... no tiene ningún sentido, ni siquiera pensarlo. Ya existen juegos con diferentes grados de dificultad, de la misma forma que hay seres humanos más listos y máquinas más perfeccionadas. Los juegos son para cubrir la necesidad de evasión que tenéis los humanos, pero las máquinas...

–Ark –interrumpió Hal–, no estamos en clase.

El androide cerró la boca y asintió con la cabeza. Hal siguió mirándolo por el rabillo del ojo. Su compañero se movió inquieto e intentó concentrarse en el trabajo. No lo consiguió porque acabó frunciendo el ceño, intranquilo.

–¿Qué te preocupa? –preguntó de pronto Hal.

–¿Qué? ¿A mí? No sé...

Ark se encogió de hombros. Hal Yakzuby evocó mentalmente una de sus más preciadas teorías: «Los humanos saben mentir sin sonrojarse siquiera. Las máquinas no». Cuestión de engranajes.

–Estás raro desde que comenzamos este trabajo –apuntó.

El androide intentó negar una vez más, pero acabó arrojando las encuestas sobre su mesa con abatimiento.

–¡Maldita sea, Hal! –gritó–. ¡Pues claro que estoy molesto! ¿A quién le interesa todo esto? ¿Sabes lo que pienso? Te lo diré: si no fuera porque te conozco bien, diría que éste es un trabajo subversivo.

–¡Cielos, Ark! ¿No lo dirás en serio?

–Te repito que lo pensaría si no fuera porque te conozco bien. ¿Qué pretendes? Según tú, establecer una base de convivencia, de relación humano-máquina... ¡Oh, eso es tiempo perdido! Lo dice la Constitución de la Unidad de Comunidades: «El ser humano y la máquina son iguales». ¿Qué tratas de hacer tú? ¿Buscas acaso diferencias? Sí, existen, claro que existen. Evidentemente no somos iguales de facto, pero dentro del Sistema sí, y eso es lo importante.

–Mi proyecto se aprobó en el Consejo de Mandos.

–¡Sé lógico! Ellos esperan algo parecido a la Utopía.

–Nuestro presente es una utopía convertida en realidad.

–Vamos, sabes que eso no es cierto. Hay muchas cosas por mejorar, miles de pequeños detalles, miles de esperanzas. De lo contrario no habría futuro ni nada por lo que seguir, salvo limitarse a vivir. Tenemos el actual plan de Investigación Espacial, que es impresionante, la mejora de nuestro mundo, la expansión más allá de nuestras Comunidades para conquistar los desiertos hostiles que nos rodean, la exploración de los océanos... Puede que la técnica esté todavía en sus albores, pero vamos directos a ese futuro porque tenemos firmemente asentado lo principal: la paz y el orden, la igualdad. ¿Has olvidado la prehistoria y en qué acabó todo? ¿Has olvidado las leyendas sobre las diferencias de razas, el odio entre blancos y negros? ¿Has olvidado en qué acabó todo aquello?

–El ser humano es violento.

–Ya no lo es, y te consta. Ahora es feliz.

Solía discutir con Ark, pero en los últimos meses rozaron demasiadas veces aquel tema. Él le había citado Utopía. ¿Esperaba en realidad el Consejo de Mandos un informe brillante que reflejara tan sólo la unidad entre seres humanos y máquinas? ¿Creían que recibirían un canto de amor y solidaridad? Las encuestas eran acertadas en un 99 por ciento de los casos, y reflejaban ese ánimo. Pero solapadamente, de forma imprecisa, casi extraña..., en algunas se perfilaba algo distinto, un suave y todavía difuso «pero». Y Ark lo sabía.

Y sabía que cualquier hecho, por pequeño que sea, por insignificante que parezca, es importante dentro de un contexto global. Un 1 por ciento podía convertirse en algo mucho más fuerte que su propio y exiguo guarismo.

Podía haber algo.

–Ark –dijo de pronto Hal Yakzuby–, eres un científico. ¿No te interesa conocer la verdad, aunque duela?

5

–Limeia.

Hal Yakzuby buscó a la pequeña tras haberla llamado. Estaba sentada en la tercera fila. Vio cómo la niña hacía un gesto de preocupación y temor al escuchar

su nombre. Una compañera le palmeó la espalda y le dio ánimos. Los niños y niñas del aula observaron los movimientos de su camarada, avanzando hacia la mesa junto a la cual se hallaba Hal Yakzuby.

–¿Estás preparada, Limeia?

–Sí, señor profesor.

No era del todo correcto que lo llamaran «profesor»; pero ¿qué otro nombre podía aplicársele con un mínimo de dignidad? La enseñanza se realizaba por diversos sistemas de vídeo, incluida la percepción extrasensorial durante las horas de sueño hasta los 14 años. Palabras como «universidad» o «escuela» eran simples términos olvidados, desaparecidos con los esquemas educacionales y sociales de otras épocas.

Y a pesar de todo ello, el Sistema obligaba a exámenes anuales realizados por los pensadores y los científicos de cada Comunidad. Hal Yakzuby podía entenderlo. Un niño era capaz de aprenderlo todo de una máquina, pero necesitaba contacto humano en su formación. Así, el simple hecho de someterse a un examen le obligaba a un esfuerzo superior, y a un enfrentamiento con un adulto, cuya sonrisa, o su dura mirada, confería cierto tono de emoción a la prueba. Las máquinas preguntaban, computaban y emitían un veredicto frío. Se hablaba ya incluso de conexión directa cerebro-máquina para que ésta dictaminara el grado de capacidad del niño. Avances de la técnica. Sin embargo, nada había podido sustituir la primitiva imagen del «profesor», preguntando y surgiendo como un obstáculo que el niño, el estudiante, pudiera vencer. El estudiante sabía y comprendía que no podía engañar ni, por supuesto, vencer a las máquinas; así que la picaresca sólo formaba parte de los llamados «exámenes de capacidad».

Y Hal Yakzuby se enfrentaba a ello dos veces al año, molesto por sentirse utilizado, pero feliz por saber que ello beneficiaba a la eterna esperanza de la humanidad: sus nuevas generaciones.

–Puedes extraer tu tema, Limeia.

La niña, de unos 7 años, introdujo la mano en una cesta. La sacó con una bolita que entregó al hombre. Hal Yakzuby leyó la anotación. Correspondía al tema 57. Volvió a dejar la bola en el cesto y ladeó la cabeza arqueando las cejas.

–Vaya, has tenido suerte –dijo–. Te toca el tema 1.

Hubo un murmullo en el aula, y Limeia giró la cabeza para enviar un suspiro a su compañera. Rápidamente recuperó su compostura de estudiante sometido a la presión de un examen y tosió buscando tranquilidad. Hal esperó.

Aquella pequeña sería una gran artista, una pintora excepcional. Las máquinas así lo habían dicho. Pero antes... debía crecer y estudiar, formarse para su gran momento.

–En nuestro mundo hay cinco masas de tierra..., cinco continentes, rodeados de agua, y en ellas viven 26 Comunidades –comenzó a decir Limeia–. Estas 26 Comunidades, agrupadas en una gran confederación, forman la Unidad. La capital de la Unidad de Comunidades es Ezebel, y..., y...

No era exactamente la letra impresa, pero sí el espíritu.

–Pasemos al punto... tres. ¿Sabes el nombre de las 26 Comunidades? –interrumpió Hal Yakzuby.

–Hay 17 Comunidades en el Hemisferio Norte y 9 en el Hemisferio Sur. Cada una de ellas comienza por una de las letras de nuestro alfabeto; de ahí que, para designar el lugar de procedencia de un ente vivo, se utilice tan sólo esa primera letra de cada Comunidad. Las 17 Comunidades del Hemisferio Norte son... –Limeia tomó aire, y soltó el resto de una larga parrafada– Arequian, Besaleb, Cudzian, Dussel, Ezebel, Famabir, Gessaria, Hizebal, Iar, Jorziram, Kumiya, Lebia, Muzzequiar, Naom, Ohr, Pudlizey y Quor. Las 9 del Hemisferio Sur son Ruaria, Sensaia, Turilem, Uneba, Vize, Walze, Xandaya, Ybel y Za.

Limeia miró a Hal Yakzuby con orgullo. El profesor asintió con la cabeza.

–Bien, bien –aprobó–. Pasemos por alto lo concerniente al género humano. Para terminar, puedes citar las clases de máquinas que forman el Sistema.

–Las máquinas están divididas en diez clases, todas iguales salvo las tres primeras, que conservan una jerarquía por ser el eje de nuestro Sistema. La Clase 1 corresponde a los Dirigentes y está formada por los grandes cerebros electrónicos que gobiernan el mundo y el Espacio Exterior. La Clase 2 la forman el Cuerpo de Mandos, que son el poder ejecutivo de la Clase 1. La Clase 3 es la Administración Social, que comprende los altos cargos de cada Comunidad, así como representantes en todos los distritos. Las siete clases restantes, que agrupan todo tipo de objetos vivos, por supuesto no humanos, son las siguientes: Clase 4, Personal Comunitario; Clase 5, Mantenimiento; Clase 6, Investigación y Ciencia; Clase 7, Cuerpo Expedicionario Espacial; Clase 8, Funcionarios; Clase 9, Obreros, y Clase 10, Varios; esta última está formada por máquinas enfermas, estropeadas, en desuso, etc. La identidad de las máquinas viene dada por su nombre y por sus dos números: el primero indica su clase y el segundo su orden de identificación.

Limeia volvió a respirar con fuerza. Ahora estaba congestionada. Hal Yakzuby pensó que un día sería una buena artista, emotiva y vital.

–Muy bien, Limeia. Puedes sentarte.

Se elevó un murmullo en el aula, a la espera del siguiente alumno que iba a ser llamado a examen. El profesor vio sus rostros expectantes, repartidos por las bancadas de colores, según sus edades. Presidiendo el lugar se alzaba el texto de la Constitución, impreso en un gigantesco cuadro. El texto que aseguraba la vida y la libertad del Sistema y de sus habitantes.

Iba a pronunciar el siguiente nombre cuando se abrió la puerta del aula y por ella asomó su cabeza Ark 6-1117. Hal Yakzuby lo miró con extrañeza. La expresión de su amigo era sombría. No esperó a que lo llamara. Se levantó y, tras excusarse con los niños, acudió a la puerta. Ark lo vio llegar sin atreverse a afrontar sus ojos.

Y Hal Yakzuby sabía lo que su amigo había ido a comunicarle mucho antes de oírlo de sus labios.

Su proyecto, su estudio.

–Lo han cancelado, ¿verdad?

Ark bajó la cabeza y pareció hacerse pequeño. Cuando volvió a levantarla, sus ojos tuvieron un destello de emoción.

–Lo siento, Hal.

–¿Han justificado la decisión? –preguntó él.

Ark se encogió de hombros, vacilante. Finalmente dijo:

–En una segunda apreciación… lo han considerado absurdo. Dos y dos son cuatro, ya sabes. ¿Quién va a discutir eso?

Hal Yakzuby volvió a mirar la Constitución. A pesar de la distancia, el texto del primer artículo era visible desde donde estaba. Siempre se escribía con letras mayores.

Era la base sobre la cual se sustentaba todo el Sistema.

«El ser humano y la máquina son iguales ante la Constitución de la Unidad.»

6

Cuando era niño, le había impresionado profundamente un pasaje de la historia antigua. No era importante, pero sí poseía ese intrínseco tono de apasionamiento capaz de despertar el interés de un adolescente. Hablaba de un año del segundo milenio, concretamente 1968, y de una revolución ocurrida en el país de Francia, llamada «el Mayo francés». Había fracasado, y era difícil valorar sus aspectos, pero todo podía resumirse en una frase: «La imaginación al poder».

¿Y qué era ahora de la imaginación? El ser humano vivía en un paraíso con ciertos toques de nirvana, y salvo unos pocos..., él entre ellos, todo quedaba limitado a la lógica absoluta de las máquinas. ¿Qué podía hacer un ser humano frente a un cerebro electrónico perfeccionado, con un margen de error de 0,000000000001 por ciento? El ser humano todavía podía pensar, utilizar su raciocinio; pero ¿hasta cuándo? Se utilizaban equipos de humanos y máquinas para todo, con el fin de crear equipos y lograr la magia de la unidad, la base del Sistema. Unidad. Unidad para no cometer los mismos errores del pasado. Unidad para no tropezar en las mismas trampas. El ser humano había demostrado no poder gobernarse por sí mismo. Ya había arrasado una vez el mundo.

Pero, bueno o malo, el ser humano tenía corazón.

–No sigas por ahí, no pienses más –se dijo en voz alta.

Dos más dos eran cuatro. Matemática y lógica. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué pretendía?

La encuesta, su estudio, quizá le hubiera dado una pista. Ahora, en cambio, era una quimera. Y a pesar de ello, su maldita imaginación no le dejaba descansar.

–¿Lo habrán suspendido de verdad por considerarlo absurdo, o porque han visto algo más?

Algo. ¿Como qué? ¿Tal vez que el ser humano y la máquina eran distintos, a pesar de trabajar unidos y tener un mismo fin en el mundo presente y futuro?

Subversión. No había cárceles; pero los «desviados» eran sometidos a rigurosos exámenes psiquiátricos en los centros de rehabilitación. Se conseguían resultados fantásticos, pero a un alto precio. Él había tenido poco acceso a esa rama de la ciencia. Pudiera resultar interesante investigar...

–Llamada para Hal Yakzuby...

Reaccionó casi al instante, como si hubiera esperado algo, el menor fenómeno, para escapar de la presión a que estaba sometiendo su cabeza. De haber sido una

máquina, ya habría concluido su divagación mental situándose en rojo y llegando a la conclusión más rápida: «No computable». Evidentemente, las máquinas tenían sus ventajas.

Manejó los botones con rutina mecánica. La voz de los interfonos desapareció, y en la pantalla del visor se concretó la imagen de Gidd. Hal Yakzuby hubiera querido evitar aquello, especialmente por su hijo. No era frecuente que los seres humanos alcanzaran puestos de relieve en el Sistema. Él tenía uno, y su hijo estaba en camino de conseguir el suyo. Hechos como aquél podían arruinar algo más que una reputación, algo como la carrera de Gidd.

Vio la preocupación en el rostro de su hijo y trató de mostrarse sereno y afable. Se preguntó qué tal sería su aspecto. Sonrió, no sin cierto cansancio.

–¿Qué horas son éstas de llamar? ¿Sucede algo? –preguntó.

Gidd Yakzuby hizo una mueca. Acabó mostrando una tenue sonrisa a su vez.

–¿Qué tal estás, papá?

–Bien, ¿cómo iba a estar?

–Acabo de oír el parte informativo.

El hombre soltó un bufido que pretendió ser un gesto de indiferencia.

–¿Es eso? –dijo–. Bueno, ya sabes que no suceden demasiadas cosas, y todo sirve para confeccionar un parte informativo. Unos kilómetros de desierto conquistados al sur de Ohr, una colisión de cohetes en el Espacio Exterior, un incendio en Xandaya... o la patada en el trasero propinada por el Cuerpo de Mandos a un científico curioso.

–Vamos, papá –protestó Gidd–. Otras veces has tenido fracasos, pero han sido en el laboratorio o en una comisión de ciencia. Ése es el riesgo de todo el que se dedica a la investigación. Ahora es distinto. Es la primera vez que te apartan de algo. ¿Por qué?

Todas las llamadas procedentes del Espacio Exterior eran registradas en la computadora central de Telecomunicaciones. Hal Yakzuby lo recordó, más por instinto que por precaución.

–Creí que se podrían obtener algunos datos de interés, pero... en fin, imagino que he hecho el ridículo. ¿Qué han dicho en el parte informativo?

–¿De veras quieres saberlo? –dudó Gidd.

–¿Tan malo ha sido?

El muchacho frunció el ceño. Volvió a sonreír.

–Bueno, puede que no. Han dicho que el famoso pensador, científico y profesor Hal Yakzuby había iniciado un estudio sobre las actuales relaciones humanos-máquinas, y que los resultados, por considerarse obvios, habían aconsejado abandonar el proyecto en su fase inicial. El locutor ha dicho que poco podía esperarse de trabajos así.

–E imagino que habrá citado el factor tiempo, dejando entrever que a veces los humanos no somos conscientes de los grandes problemas con que nos enfrentamos, aquí y en el Espacio. ¿No es así?

–Casi, aunque sí ha hablado del factor tiempo.

–Bien; puede que haya terminado por convertirme en un científico loco.

–Papá, por favor, contéstame a una pregunta con toda sinceridad.

Hal Yakzuby miró a su hijo directamente a los ojos. Desde la muerte de Ena, eran algo más que padre e hijo. Estaba seguro de que Gidd sería capaz de renunciar a su carrera por él, y él estaba dispuesto a renunciar a la suya por Gidd. Aunque siempre hubiera hechos, cosas, superiores a ello, superiores a una carrera o a una individualidad.

–Dime, Gidd.

–¿Era importante para ti ese proyecto?

Hal Yakzuby meditó la pregunta y la respuesta. Era lo que le había acosado durante horas, desde que Ark le diera la noticia. Tardó en responder y, cuando lo hizo, se encontró expresando en voz alta lo que su mente no había querido concretarle a lo largo del día.

–No lo era, Gidd, al menos no lo era para mí. Creía que podría serlo para la sociedad, simplemente. Ahora, en cambio…

Se detuvo. Ahora, en cambio, tenía sus dudas. ¿Era eso? No…, todo iba mucho más allá. Las dudas habían estado siempre ahí, en su interior, y a través de algo tangencial salían por fin a la luz.

–¿Qué, papá?

Reaccionó. Una luz naranja le indicó que se recibían interferencias provocadas por las ondas de calor depositadas en la atmósfera durante el día. La imagen de Gidd tembló un instante en la pantalla del visor.

–No, nada –dijo por fin–. Imagino que los seres humanos seguimos

conservando nuestro pequeño tanto por ciento de vicios a pesar de todo, y el egoísmo es uno de ellos. Puede que el proyecto fuera para satisfacer mi curiosidad, lisa y llanamente, olvidando que el mundo es una colectividad que está a punto de alcanzar de nuevo su máximo grado de esplendor y desarrollo.

7

–Es usted uno de los pocos humanos con independencia y poder de acción individual, con libertad para trabajar al margen de convencionalismos o esquemas. Casi me resulta absurdo pensar que haya podido echarlo todo por la borda investigando algo tan disparatado.

–Puede que la independencia no sirva de mucho si los caminos por los que debe transitar están ya trillados.

Zebal 2-103 iluminó su panel central con un cuadro completo de luces rojas. Tamizó su ira con destellos púrpuras y blancos, procedentes de sus dos paneles laterales.

–¡Por favor, Yakzuby! ¿Está usted loco? ¿Qué pretende? Ha llegado a ser la mayor gloria de este Instituto de Investigaciones. Ya no hay más premios para otorgarle, y sus trabajos han resultado definitivos en muchos campos...: la teoría de los rayos paralelos, el desarrollo de las semillas de crecimiento rápido con las que estamos en camino de vencer los grandes desiertos que nos rodean, el aprovechamiento de los mares gracias a su plan de descontaminación y purificación... ¡El mismo estudio de la limitación del Universo y la existencia de estrellas gemelas! Ningún humano había hecho tanto ni había contribuido en igual medida a nuestra evolución. Cierto que se sirvió de las máquinas para sus estudios; pero nosotras fuimos tan sólo el instrumento. Usted puso la inteligencia. Ahora, en cambio, ¿adónde quiere ir a parar? ¿Necesita un descanso? ¿Ha llegado al máximo y está saturado... o aburrido?

Zebal 2-103, director del Instituto de Investigaciones de Ezebel, esperó. Era una gran consola, modelo 2-E, y tenía un confortable despacho, con ventanales que rebasaban la ciudad, alcanzando la vegetación protectora que la rodeaba y llegaba hasta el desierto. A lo lejos se perfilaba incluso una azulada línea de agua, porque el día era radiante y claro.

–Usted aprobó el proyecto. ¿Recuerda?

El director calló un instante. Ninguna luz expresó emoción alguna.

–Nunca se le había rechazado nada, y lo presentó con habilidad. El Cuerpo de Mandos lo entendió así.

Hal Yakzuby pensó que, en efecto, el Cuerpo de Mandos había tenido un lamentable desliz, bien fiándose de él, bien aprobando un proyecto obsoleto.

–¿Sabe, Zebal? –el tono del hombre era rígido, repentinamente grave–. A pesar de todo creo que estamos olvidando algo, descuidando la retaguardia. Nos preocupa tanto avanzar, superar más y más las barreras del infinito, mejorar la vida en el mundo y perfeccionar nuestro Sistema, que corremos el riesgo de descuidar lo esencial: los individuos, bien sean humanos o máquinas. Y siempre que la humanidad ha olvidado su pasado, se ha visto sumida en el caos de su futuro.

El cerebro electrónico se puso azul de tristeza.

–Yakzuby... Yakzuby, ¿sabe lo que está diciendo? Por favor, mire la vídeo-prensa de hoy: tenemos a la opinión pública encima. Nos tachan de... de estar desfasados, de perder el tiempo. Y son todos: humanos y máquinas. Ningún humano quiere quedarse sin máquinas que le faciliten la vida, y ninguna máquina sin los humanos que las crearon. ¿De qué olvidos habla usted?

–Hasta la materia más lisa y compacta tiene fisuras, o puede romperse. ¿Qué sucedería si un día algo, interior o exterior, amenazara con la Unidad o con su misma base: la relación máquina-ser humano? ¿No cree que sabiendo el máximo de nosotros mismos podríamos estar mucho mejor preparados para todo?

–Usted tiene «la duda», Hal. ¿Se da cuenta?

–Yo no dudo, Zebal; simplemente expongo un hecho, una probabilidad. ¿Olvida que soy, entre otras muchas cosas, un científico y que el cálculo de probabilidades es imprescindible en mi trabajo?

–En efecto, es un científico; no lo he olvidado. Pero usted sí parece olvidar las lacras que representan «los males que merecen castigo»: duda, egoísmo, odio...

–Una cosa es la ley, la misma Constitución, y otra su interpretación, máxime si consideramos que esa Constitución tiene ya más de tres siglos. Han cambiado muchas cosas, y es absurdo negarlo. Hemos alcanzado un grado máximo de confort y felicidad, y si bien ello es un objetivo de la vida, no es el más esencial. Tenemos un Código Espacial que necesita una urgente revisión desde que conseguimos atravesar la barrera de la luz. No podemos llevar nuestro Sistema a

otros planetas, porque cada nuevo mundo deberá estar regido por el suyo, hecho según sus circunstancias y su modo de vida propio...

–En pocas palabras –apuntó el director del Instituto de Investigaciones de Ezebel–, cree usted que nos estamos inmovilizando.

Hal Yakzuby miró la consola. Una vez más, y no podía evitarlo, se preguntó qué sentiría el primer ser humano que oyó hablar a una máquina, a un infinito de cables, conexiones, luces y energía, sin ojos ni boca, sin emociones, salvo el destello de sus luces, o, cuando menos, sin el tipo de emociones afines a los humanos.

–Sí –dijo–. Creo que ésta es una buena expresión.

Zebal 2-103 mantuvo un largo silencio. Una luz amarilla, muy tenue, preludió la vuelta de su voz. Era una voz cálida, sin apenas inflexiones, aunque variaba el tono según la intensidad del sentido de las frases.

–Me preocupa usted, Hal, y me asusta. Si me lo permite, creo que necesita un período de descanso.

–El descanso se recomienda a los enfermos graves.

–No me interprete mal, por favor. Pero esa súbita... pasión. ¡Oh, sí! Es un mal muy humano. Pasiones que conducen a estados de ánimo hiperexcitados o a frustraciones y decaimientos. Sé que es difícil guardar un equilibrio constante, pero en su caso..., precisamente en usted...

–No soy distinto. Tengo un corazón y una mente racional y analítica. En mis células se guardan todos los conocimientos y toda la historia del ser humano, de la misma forma que en sus circuitos se almacena toda la ciencia del mundo relativa a su especialidad.

–Nunca hemos sabido por qué los humanos son distintos los unos de los otros –dijo la consola–. Y es curioso. Tal vez algún día lo descubramos. Pero lo cierto es que sí, que son distintos, usted especialmente. Seres como usted desarrollaron en la antigüedad los primeros ordenadores y construyeron los primeros cerebros electrónicos. Y seres como usted siguen siendo imprescindibles hoy. A veces... ni yo mismo puedo entenderle, Hal, y me asusta. No es un miedo que acelere una sangre que no tengo, ni que descomponga mi ritmo cardiaco, del cual carezco. Es un miedo ante mi falta de asimilación. No he sido construido para entender aquello que carece de lógica, aunque acepte la extravagancia humana. ¿Sabe? Tardé doce años en ser fabricado en el Centro de Control, y otros cinco en ser educado, programado y completado. De eso ya hace más de cien años, y nunca,

nunca, he conocido a nadie como usted.

–¿No es eso ya una primera señal de que algo está pasando? –arguyó Hal Yakzuby.

–La individualidad sólo es válida en bien de la comunidad –rezó Zebal 2-103–. Lo dice la Constitución.

–La línea recta no existe –respondió el hombre–. Lo dice la ciencia matemática y física más elemental.

El cerebro electrónico hizo un extraño ruido. Los cinco paneles efectuaron un reciclaje completo de luces. Mientras hablaba con él, la máquina dirigía el vasto complejo del Instituto de Investigaciones. Sólo una pequeña parte se hallaba concentrada en la conversación.

Habían trabajado juntos durante años, y ambos creían conocerse bien.

–Nunca le he preguntado si cree usted en algo, Yakzuby. ¿Puedo preguntárselo ahora?

Hal Yakzuby bajó la cabeza. La libertad constitucional protegía toda creencia, antigua o actual. Incluso el apartado B del artículo segundo decía que, para los humanos, era bueno creer en algo.

–Creo en mí mismo, Zebal –dijo el hombre–. Creo en mis manos y en mi voluntad, en mi capacidad y en mi debilidad, en lo que veo y en lo que toco..., y siempre partiendo de mí mismo, porque soy todo cuanto tengo.

8

Los árboles, las plantas y la exuberante vegetación, gigantesca y frondosa, eran uno de los refugios más preciados para los seres humanos. Las parejas de adolescentes enamorados paseaban por entre los gruesos troncos de diez metros de perímetro y aspiraban el fuerte perfume de las flores, tan altas como ellos, con los colores del arco iris primitivo, tal y como aparecía en los libros de historia cuando describían los viejos fenómenos del pasado de la humanidad.

Hal Yakzuby solía pasear por la espesura que rodeaba Ezebel, por el lado del distrito 90, que era el más próximo al mar. Allí, muchos años antes, había conocido a Ena, se había enamorado y se había unido a ella. Ahora, siempre que

volvía, pensaba en el poco tiempo que pasaron juntos y en las muchas horas que la ciencia y las investigaciones robaron a su amor. Un tiempo perdido o, simplemente, imposible de recobrar.

Tiempo de amor.

Las máquinas no amaban, y nunca sabía si envidiarlas, porque con ello no sufrían, o sentir pena por ellas, porque carecían de lo más hermoso, además de la vida.

Llegó junto a la linde de la espesura y se detuvo frente al muro de ondas que protegía la ciudad del mar. Cuando las máquinas proliferaron, el agua tuvo que ser eliminada de las ciudades. La vegetación crecía mediante abonos que contenían humedad encapsulada y más productos que los proporcionados por la lluvia. La dificultad de ampliar los vergeles que rodeaban las 26 Comunidades radicaba en que los desiertos requerían un tratamiento que duraba años, antes de poder plantar en ellos vegetación, y siempre centímetro a centímetro. Todos los intentos de sembrar en medio de los desiertos habían sido inútiles. Llovía muy escasamente.

Las Comunidades también disponían de ondas protectoras de superficie, que se ponían en funcionamiento automáticamente ante la presencia de nubes, lluvia o humedad. El agua seguía siendo la gran enemiga de las máquinas. La limpieza en las ciudades se hacía mediante rayos purificadores..., pero muchos humanos cruzaban el muro protector cuando llovía para recibir el líquido en sus rostros y sentir aquella humedad extraña. Cuando regresaban a la ciudad, la capa de ondas eliminaba otra vez la humedad.

La misma normalidad de siempre.

La eterna adaptación del ser humano a su medio.

Una pareja se ocultó a su mirada cuchicheando y riendo. Debían de considerarlo un mirón, o algo peor: un solitario. Los solitarios eran los parias de la sociedad. Gente que no compartía nada. Gente vacía. Gente que se secaba.

Volvió a la ciudad atravesando el escaso centenar de metros de vegetación y dejó el paraíso perdido para aquellos que pudieran disfrutarlo. Se internó por una calle de plástico vitrificado de color azul pálido, en la que no se permitía el tráfico, y se entretuvo en contemplar los escaparates de las rutilantes tiendas. En una sala se anunciaba un espectacular concierto ultrasensorial. La misma sala de música en la que Ena y él se besaron por primera vez. Nada parecía haber cambiado durante aquellos años.

Nada salvo él.

Sus ansiedades, sus sueños. Todo realidad. Todo conseguido. ¿Tenía razón Zebal 2-103? ¿Se sentía cansado, falto de interés por haber logrado todo? ¿Había llegado al final de su camino?

Miró al cielo. Allí arriba, en el espacio, en algún lugar de la negrura exterior, estaba Gidd, viajando a lomos de su carroza de plata, de su propio sueño, con toda la energía de su juventud y con toda la ansiedad del que comienza y desea alcanzar la meta cuanto antes. Allí estaba, quizá, su mejor obra, su máximo triunfo.

La calle dejó de ser azul. Un robot de tráfico lo detuvo para permitir el paso de los vehículos que rodaban o levitaban por la cinta de comunicaciones. Cuando les tocó el turno a los del lado contrario, atravesó la cinta. El bullicio medido y controlado de siempre lo acompañó en su caminar apacible y despreocupado. Un alto edificio de cristal abrió sus puertas en aquel momento, y cientos de humanos y máquinas lo abandonaron. Pronto anochecería, pero no tenía deseos de ir a su casa.

No tenía nada que hacer.

Nada.

Un descanso... Arequian, la ciudad más cálida, cerca del Polo Norte, reservada para humanos de carácter notable y con un mínimo de comodidades necesarias, facilitado por un núcleo central de máquinas. Un baño en los lagos arequianos...

–No, Hal Yakzuby, no vas a huir –se dijo.

Dos robots pasaron por su lado hablando de aceites. Máquinas grandes y pequeñas se movían de un lado a otro con precisión. Autómatas y androides, algunos extraños seres clónicos, con su curiosa legislación proteccionista especial. Hombres y mujeres felices. Niños y niñas sonrientes. Los restaurantes comenzaban a llenarse, y las comidas humanas humeaban al lado de las fuentes de energía para las máquinas.

Y en los cinematógrafos de participación se formaban las primeras colas.

–Papá, ¿crees que hoy podré tener un papel de vaquero primitivo? –gritó un niño con ansiedad.

Hal Yakzuby comenzó a caminar en dirección a su casa.

9

No tenía nada que hacer, y eso lo deprimía. No recordaba haberse hallado en una situación parecida en mucho tiempo. Cierto que tenía un sinfín de proyectos e ideas revoloteando por su cabeza, y de investigaciones por realizar. Pero ya no era lo mismo. La verdad se reducía a algo más simple: no sólo no tenía nada que hacer, sino que tampoco tenía deseos de hacer nada. Así de sencillo.

Los estados depresivos se venían superando hacía centurias con toda clase de píldoras. También él las tomó en alguna ocasión. Podían comprarse en cualquier sensofarmacia. Incluso había creado una, la Propto 23, que facilitaba poder soñar cosas felices. De todas formas no tuvo gran éxito.

Ahora, él necesitaba embeberse de su realidad, de su parcial fracaso o de sus consecuencias. En los tratados de filosofía, y específicamente en los de psicología, se citaba como base del éxito el impulso creado por un estado depresivo, a modo de reacción directa facilitada por el cuerpo y la mente. Era ese tipo de rebeldía lo que necesitaba, lo que más podía ayudarle a salir de su síndrome de incapacidad e inutilidad.

¿Qué función tenían los científicos en aquel mundo supertecnificado? ¿O qué función ejercerían dentro de unos años? Las máquinas ya dominaban la vida, así que el ser humano era una caricatura de sí mismo. Todavía había leyes que regían y controlaban la fabricación de máquinas en función de su necesidad y utilidad, de la misma forma que existía una ley de control de natalidad, que fijaba en dos el número de hijos por pareja. Así, el equilibrio era una constante difícil de superar, y con el equilibrio se alcanzaba la armonía. Quizá no fuese natural, quizá resultase incluso antinatural. Pero los siglos primitivos habían pasado. De la misma forma que en ellos la raza humana se adaptó a la evolución, en los actuales, la raza humana y la raza mecánica debían adaptarse a su realidad.

Por un instante pensó en ir a su laboratorio, pero volvió a su primitiva idea y continuó caminando en dirección a su casa. Un buen libro, de los que ya no se utilizaban, para practicar el viejo arte de la lectura. Su confortable sillón de aire. Una taza de café. ¡Ah, el café! ¡Qué eterno placer! Y descansar unas horas, para que el nuevo día decidiera por él.

Descansar.

–Qué extraña palabra para un científico –se dijo.

Ezebel entraba rápidamente en sus horas muertas, de reposo y tranquilidad. La reglamentación laboral había sido uno de los últimos y grandes temas tratados dos siglos antes. Las máquinas, especialmente los cerebros electrónicos, las computadoras y los ordenadores, no necesitaban «dormir» ni descansar. El Consejo Supremo de la Unidad tuvo que tratar a fondo la necesidad de acomodar las funciones de las máquinas con los períodos de inactividad de los humanos. En pocas palabras: los humanos no podían mantener el ritmo de las máquinas, pero sí las máquinas el ritmo de los humanos. De esta forma, se había intentado nivelar la estructura de la vida, y se había conseguido. No faltaban quienes todavía decían que el tercio de tiempo que los humanos perdían con su sueño, retrasaba en la misma medida el avance de la colectividad; pero mientras la colectividad estuviera formada por dos razas, una y otra tenían que marchar unidas, y esas pequeñas voces seguían siendo acalladas.

En cierto modo, las máquinas condescendían con los humanos. Y no sólo en esta materia, sino en otras muchas. El simple hecho de permitir que, quienes así lo deseaban, colaborasen y trabajasen en los grandes y pequeños centros de producción y administración, era demostrativo. Muchos humanos vivían una vida plácida y obsoleta, sin preocupaciones. Otros, en cambio, preferían mantener una ocupación, por sentirse útiles o por necesidad vital. Salvo raras excepciones, entre las que todavía se encontraba él..., los humanos se habían convertido en una materia inútil, aunque en ella siguiese residiendo el origen.

El origen.

Hal Yakzuby llegó a su casa. Podía haber tomado uno de los tubos de transporte colectivo o cualquiera de los individuales, pero prefirió caminar. Lo necesitaba. El aire olía bien en aquella hora. Los purificadores dosificaban perfectamente el nivel de oxígeno. La estampa, tan natural y constante, pero siempre nueva, de la vida, le seducía.

¿Le habló a Zebal 2-103 sobre el inmovilismo? Sí, lo hizo. Zebal era un magnífico cerebro electrónico, un jefe, pero también un amigo. Ambos se respetaban. Zebal era de los pocos que mantenía un equilibrio formal entre la realidad y la historia, pero jamás dejaría de ser una máquina, ni de pensar como una máquina.

¿Era inmóvil su misma aparente eternidad?

Una vez, Zebal 2-103 y él hablaron de la muerte, y el director del Instituto de Investigaciones le dijo:

–Es curioso... Sé que yo no existía hace mil años; sin embargo, poseo los conocimientos desarrollados a lo largo de la historia, así que, aun sin haber

vivido, yo conozco el pasado y sé su función, su significado, su esencia más íntima. Por todo ello, es como si hubiera vivido desde siempre. Y cuando intento razonar la muerte, como fenómeno no sólo humano sino afín al mundo de las máquinas, me es difícil entenderla y, más todavía, aceptarla. La muerte significa la nada, y la nada es el vacío..., pero el vacío, por lógica, no existe. Hay un espacio, y un orden matemático.

Hal Yakzuby reía en momentos así. Zebal 2-103 se ponía rojo, y sus componentes aceleraban sus reacciones naturales y programadas. Era casi el mismo resultado que se había obtenido en caso de preguntarle a una computadora cuál era el número final. La máquina podía volverse loca, con sus circuitos desbordados.

Zebal 2-103 rozaba su límite.

–En la antigüedad decían que la muerte es lo que da un fin, y justifica la vida del ser humano –argumentaba Hal Yakzuby.

–La muerte es la negación –insistía Zebal–. La vida humana ha alcanzado cotas extraordinarias, pero todavía no se ha llegado a la eternidad. Puede que estemos cerca y que un día lo consigamos. Y entonces...

–Entonces nos aburriremos y acabaremos matándonos unos a otros.

–¡Ah, ustedes los humanos son siempre tan radicales y tienen tantas insatisfacciones! Dudo mucho que sepan siquiera lo que pretenden, cuando no saben lo que son.

Cuando llegaban a este punto, Hal solía no seguir. Sabía quién era y qué quería, y lo sabían muchos hombres y mujeres. Pero ¿cómo explicárselo a una máquina, aunque fuera un sofisticado cerebro electrónico del tipo 2-E? En este aspecto, el director del Instituto de Investigaciones no era muy distinto de Ark 6-1117.

El tubo de aire comprimido lo llevó desde el nivel del suelo hasta su piso. Salió de él y llegó hasta su puerta. Puso la mano derecha sobre una placa de metal, y la puerta se abrió. Al instante, los servicios internos de la vivienda se pusieron en funcionamiento: nivel de temperatura, luz, acondicionamiento, oxigenación y un largo etcétera. Fue a su habitación y se quitó la ropa de calle para ponerse una cómoda túnica. Después entró en la cocina electrónica y abrió el sistema de refrigeración. Tomó un jarro con agua y bebió un largo sorbo. Ése era uno de los extraños placeres que una máquina jamás llegaría a gozar.

Y difícilmente podría imaginar lo que se perdía.

Regresó a la zona de convivencia, pero no entró en su despacho. La idea de coger

un libro, sentarse y leer, de pronto lo aterrorizaba. Estaba seguro de que no podría concentrarse. Su cabeza era un confuso mar de voces y argumentaciones, y su espíritu un débil cohete inmerso en una tempestad de meteoritos. ¿Qué hacer entonces? Bien, no había demasiado.

Se dejó caer en su sillón de aire y automáticamente, por instinto, conectó el visor. La pantalla tridimensional se iluminó, y la imagen de un hombre se concretó en ella en pocos segundos. La presencia de un ser humano y de un avance informativo en aquel momento, así como la gravedad de su rostro, le indicaron que algo sucedía y que era importante. Subió el volumen de la voz y frunció el ceño.

Un hombre leyendo un boletín informativo.

Durante los tres minutos siguientes, Hal Yakzuby apenas si pudo percibir su propia respiración.

10

–¡Operador de transmisiones! ¿Oiga?... Operador de transmisiones...

Pulsó la tecla de nuevo, con nervio; sin embargo, la pantalla del visor de comunicaciones continuó vacía.

–Atención, operador de transmisiones, ¿me escucha? –insistió.

La pantalla se iluminó finalmente. La fría imagen de un panel automático se concretó en ella. Hal Yakzuby retiró la mano del avisador y conectó el canal audiofónico. Estaba un tanto congestionado e intentó tranquilizarse, pero su voz traicionó su estado de ánimo.

–Estoy intentando hablar con la plataforma Ganímede desde hace varios minutos, sin conseguirlo. ¿Puede informarme de lo que sucede? –masculló con evidente irritación.

El operador de transmisiones le respondió con mecánica indiferencia.

–Líneas con plataforma espacial Ganímede desconectadas. Imposible comunicación directa salvo para casos de emergencia.

–¿Casos de emergencia? –gritó el hombre–. ¡Esto es una emergencia! Soy el profesor Yakzuby...

La voz sin inflexiones que surgía del panel ubicado en la pantalla del visor le

interrumpió.

–Lo siento. No es computable. Información errónea. Líneas con plataforma espacial Ganímede desconectadas. No es posible comunicación. Emergencias reservadas únicamente al Cuerpo de Mandos, al Comité de Relaciones Interestelares y a la Corporación Legislativa del Sistema, así como a los Cuerpos Judiciales y Policiales. Cierro circuito.

–¡Espere!... Espere.

El visor volvió a quedar vacío. Hal Yakzuby estuvo a punto de pulsar de nuevo la tecla, en solicitud de conexión con el operador de transmisiones de su distrito, pero, comprendiendo su impotencia, desistió de ello. A cambio golpeó con el puño cerrado la consola de mando privado de su casa.

Zebal 2-103 hubiera dicho que aquél era un gesto exclusivamente humano.

¡Al diablo Zebal 2-103!

No podía hablar con Gidd, y la tempestad parecía a punto de desatarse... ¿O se había desatado ya? Si no era así, ¿por qué el aislamiento de la plataforma?

¿Había sucedido realmente?

Se levantó de la consola y dio un par de pasos nerviosos, sin dirección.

–¡Cielos...! –balbuceó–. Si es así, significa que la escisión está aquí, o que ha estado aquí, latente, esperando el momento.

¿Y ahora?

Por su mente aún revoloteaban las palabras del locutor. Le quemaban el cerebro y le laceraban el entendimiento. Iban de un lado a otro haciéndole daño; su sentido penetraba más y más profundamente a cada segundo. Eran las palabras de un final, o tal vez de un comienzo.

Probablemente la historia.

–En la tarde de hoy, a las 73 punto 139 hora local, un importante y grave hecho se ha producido en la plataforma Ganímede, que se halla en período de construcción en el Espacio Exterior, cuadrante 3, Hemisferio Norte. Detectada una nave sin control, en viaje estelar de regreso a la base de Ezebel 2, los servicios de protección y recogida de la citada plataforma la han interceptado haciéndole aterrizar con el fin de evitar un posible accidente. Estabilizada la nave, identificada con las siglas Doble Delta A-795, se ha procedido a la investigación de la misma, hallándose en su interior el cuerpo sin vida del capitán Ludoz 7-521,

del Cuerpo Expedicionario Espacial, así como su ayudante, el asistente Djub Ehr, en estado de letargo interestelar. Tras un primer examen, sometida la nave a control antidescontaminante, en búsqueda de un posible agente exterior que justificara la muerte del capitán Ludoz, la Policía de Seguridad de la plataforma ha llegado a la conclusión inicial de que el piloto de la nave ha sido asesinado. Siguiendo el proceso abierto en torno a este insólito y espectacular caso, el asistente Djub Ehr ha sido detenido, acusado del crimen. Se desconocen por el momento nuevos datos, pero toda noticia en torno al hecho será comunicada mediante boletines especiales en cuanto se produzca. Si se confirma el primer esbozo de la situación, sería éste el primer caso de asesinato en la Era Moderna de nuestro Sistema, y, por supuesto, el primero en que un ser humano comete un homicidio contra una máquina...

El ser humano y la máquina.

La encuesta.

¿Había sucedido realmente?

–Dios..., gran Dios... –musitó aterrorizado Hal Yakzuby–. ¿Y ahora?

PRIMER NIVEL

EL MISTERIO DE LA DOBLE DELTA A-795

11

Despertó bruscamente, sobresaltado, y con los ojos abiertos, fijos en el techo, buscó un poco de concentración y sosiego. No podía recordar qué estaba soñando, pero no debía de ser nada apacible. Solía atravesar estados anímicos parecidos cuando se hallaba en el punto culminante de una investigación, y tenía cierta gimnasia mental para superar aquel tipo de desorientaciones. Primero recobrar el ritmo cardiaco apropiado, segundo relajar los músculos, a veces atenazados por el fuerte cambio del sueño a la realidad, y tercero recordar, desde el nombre hasta el día, la estación del año o cuanto tuviera que llevar a cabo durante la jornada.

El comunicado de la noche anterior, su nerviosismo, los fallidos intentos de hablar con Gidd y, más tarde, la media docena de llamadas cruzadas con amigos científicos o responsables administrativos.

Nada. Vacío y silencio. Nadie sabía qué sucedía. El comunicado del boletín informativo no había sido ampliado y no se conocían más datos.

El asesinato…

Ésa era la realidad, el punto cero y la hora límite. Adivinó incluso que a eso se debía su brusco despertar. Aquél no iba a ser un día decisivo en la obtención de un producto ni el día clave en la consumación de un experimento.

Dejó la cama y atravesó su habitación con intranquilidad. Vio la hora e hizo un gesto de fastidio. Eran las 32 punto 047. Alcanzó el visor y lo puso en funcionamiento. La pantalla tridimensional se iluminó, pero no mostró imagen alguna. Así pues, todo parecía estar en calma. No había emisión especial ni boletines de avance. Quizá todo se resolviese con calma. Un accidente. Un lamentable accidente.

Apagó el visor y regresó a su habitación. En momentos como aquél era cuando más deseaba el raro placer de tomar una ducha, pero tuvo que contentarse con un baño de rayos purificadores. No eran como el agua, pero proporcionaban una sensación similar y limpiaban con mucha más eficacia. Se sintió mejor al cerrar el circuito y salir de la cabina.

Gidd.

Él estaba en la plataforma. Si pudiera hablar con él podría conocer más detalles. ¿Continuaría todavía el bloqueo informativo?

Iba a regresar a la sala para sentarse delante de su consola de mando privado, cuando los interfonos elevados abrieron automáticamente su circuito. Se hallaba tan concentrado en sus propios pensamientos que casi se asustó al escuchar la voz, tan habitual.

–Llamada local para Hal Yakzuby. Llamada local para Hal Yakzuby. Línea 22 extensión 158. Línea 22 extensión 158 para recepción. Diez segundos para ser atendida en primera instancia. Veinte para segunda antes de desconexión final y apertura de circuitos grabadores de mensaje. Llamada para Hal Yakzuby...

La voz no tuvo tiempo de iniciar el conteo de los diez primeros segundos. Se abalanzó sobre la consola y abrió el canal de recepción local. Pulsó la línea 22 y tecleó los tres números de la extensión. Aquél era el código del distrito 22 de Ezebel. Una zona agradable, aunque no creía conocer a nadie en ella.

Y desde luego no era Gidd.

–Hal Yakzuby al habla. ¿Quién es?

La pantalla videofónica le mostró la imagen de una mujer de mediana edad. Tenía el cabello de color muy claro, lo mismo que los ojos. Su barbilla era firme, pero sus labios deshacían esa firmeza a través de su curvatura y un leve temblor. Los extremos, inclinados hacia abajo, revelaban tristeza y cansancio. Los pómulos estaban blancos. Bajo el aspecto de relativa hermosura, una primitiva serenidad se rompía en ella dejando entrever miedo. Los ojos acentuaron su tono patético al aparecer el propio Hal Yakzuby en la pantalla de la mujer.

–Señor Yakzuby..., ¿es usted? Quiero decir si es usted mismo...

–Soy yo. ¿Con quién hablo, por favor?

La mujer bajó un momento la cabeza. La pantalla videofónica no recogía más que la mitad superior del cuerpo, desde el pecho, pero una contracción en sus brazos indicó que estaba apretando sus manos una contra la otra, y que era presa de los

nervios.

–Usted no me conoce, señor Yakzuby. Mi nombre es Flavia Ehr.

Hal Yakzuby no reaccionó de inmediato. Al oír el nombre esperó un largo segundo a que la mujer continuara hablando. De pronto, una campanita repicó en su mente despertándolo. Un sudor frío le empapó la nuca, pero todavía no le mostró el camino.

¿Ehr? ¿Dónde había oído aquel nombre?

La mujer le miró a los ojos. Los suyos se habían cubierto de lágrimas en un instante.

–Soy la esposa de Djub Ehr, señor Yakzuby, el hombre al que han acusado de asesinato...

12

–¿Son sus hijos?

Ella asintió con la cabeza.

–Len y Tura, señor Yakzuby.

Los dos le tendieron la mano al mismo tiempo. Hal Yakzuby estrechó primero la de la niña, después la del niño. Tura tendría unos 7 años, y Len tal vez 10. Eran guapos y se parecían a su madre.

–Gracias por haber venido –dijo Flavia Ehr cerrando la puerta de su casa.

–Debo confesarle que me intrigó su petición –convino él, siguiéndola a través de un breve pasillo circular, transparente, a ambos lados del cual se veían las habitaciones.

–Perdone que no le dijera nada más por el videofono, pero...

–Carece de importancia –la tranquilizó el hombre–. No tenía gran cosa que hacer hoy y dudo que aun teniendo trabajo hubiera hecho demasiado, después de la noticia de anoche.

–Lo comprendo.

Parecía más tranquila, quizá con un mayor grado de confianza, pero sus manos

seguían traicionándola. Lo invitó a sentarse en una amplia butaca de aire y ella hizo lo propio delante de él. Len y Tura se quedaron junto a su madre un instante, hasta que la mujer los miró, y sin decir nada los dos dieron media vuelta y salieron de la sala.

–Buenos chicos –dijo Hal Yakzuby–. ¿Saben lo de su padre?

–De momento no, pero dudo mucho que pueda aislarlos lo suficiente. Tarde o temprano lo sabrán. Yo... no sé qué hacer...

Estuvo a punto de volver a llorar, pero logró evitarlo. Respiró y tragó con fuerza el nudo formado en su garganta. Hal Yakzuby tuvo que ayudarla a vencer su desasosiego.

–¿Para qué quería verme, señora Ehr? –preguntó.

La mujer volvió a respirar. Se asió a los brazos de su butaca de aire como si temiera caer al vacío y encontró la fuerza y el valor perdidos. Su voz se hizo firme al decir:

–Es sobre Djub, señor Yakzuby. Nosotros... deseamos que usted se haga cargo de su defensa.

Ahora fue él quien abrió las manos y las depositó sobre los brazos de la butaca de aire, aunque sin llegar a cerrarlas. Era un choque, y sin embargo... Bien, ¿por qué había acudido a la casa de los Ehr, respondiendo sin preguntas a la llamada de la señora Ehr? Cierto que no podía esperar algo como aquello, ni siquiera imaginarlo, pero...

El ritmo de sus latidos se aceleró.

–Creo no haberla comprendido –exhaló.

Ella enderezó su espalda, echándose hacia delante. De pronto, su voz y su aspecto mostraron mayor calma y aplomo. Ya no era una mujer asustada, sino un ser luchando por lo más importante.

–Señor Yakzuby –comenzó a decir–, hace unas horas, y de acuerdo con la ley, se me ha permitido hablar con mi esposo. Él sigue en la plataforma y no sabe cuándo lo bajarán a tierra. Ha sido acusado formalmente de asesinato. Se han dado mucha prisa, ¿sabe? Pero... en fin, así están las cosas. Djub me ha pedido que busque un defensor, y yo..., bueno, había oído hablar de usted, pero especialmente he recordado su nombre en relación con la reciente prohibición de que ha sido objeto. Pensé que no sólo le interesaría el caso, sino que era el único al que podía recurrir.

–Señora Ehr –apuntó Hal Yakzuby–, olvida algo fundamental, ¿no le parece? Yo no soy abogado.

Flavia Ehr endureció su gesto.

–¿Conoce algún humano en el Cuerpo Judicial, o siquiera en el Legislativo? –inquirió con acritud.

–No –convino él.

La mujer se puso en pie. Dio un par de pasos y se detuvo frente al ventanal principal de la sala. Daba a un jardín de flores sintéticas. Ella miró a través de los cristales, penetrando en el cielo azul que inundaba la mañana.

–No, no hay abogados defensores humanos. ¿Para qué? Ellos son infalibles, y no se equivocan. Se da por descontado que, en cualquier vista, el fiscal y el defensor, tras analizar las pruebas, acuerdan el veredicto. Raramente se llega a juicio, para esperar el veredicto del juez. Las máquinas no fallan, son perfectas. ¿Qué podría hacer frente a ellas un abogado humano con su pobre lógica?

Hal Yakzuby captó el tono de su amargura. Todavía no entendía la síntesis del ofrecimiento de la mujer, pero algo comenzaba a despertarse en su interior. Algo que no le gustaba.

–Es un cargo grave, e insólito en nuestro tiempo, señora Ehr –dijo él–. Su marido necesitará al mejor defensor para conseguir…

Ella lo miró súbitamente, sin dejarle concluir la frase. Su rostro era una amalgama de ansiedades.

–¡Usted es el mejor! –gritó–. ¿Es que no lo comprende? Nadie más que usted puede llegar a demostrar que Djub es inocente… Nadie más. ¿Qué máquina aceptaría el hecho de que mi marido no mató al capitán Ludoz? ¿Qué máquina, por sofisticada que sea, llegaría a la conclusión de que tuvo que suceder algo…, algo, lo que sea, y que ese oficial murió por ello, a pesar de viajar solos, mi marido y él, en una nave espacial?

Hal Yakzuby meditó un instante lo que la mujer le acababa de decir. Seguía sintiendo una extraña y mortecina descarga de energía en su interior. Ni siquiera comprendió que se hallaba entre la espada y la pared, hasta que con un extraño abatimiento dijo:

–Señora Ehr, a pesar de mis ideas y mi posición, pienso que usted necesita algo más para sacar a su marido de este lío. La verdad…

–No hay más que una verdad, señor Yakzuby –le cortó Flavia Ehr–, y ella es

evidente: si no había nadie más en la Doble Delta A-795 y mi marido es inocente, significa que el capitán Ludoz se quitó la vida.

El silencio fue como la noche surgida en la claridad del día. Los distanció y los acercó en un mismo segundo. El hombre y la mujer se miraron fijamente a los ojos, y Hal Yakzuby no apartó su mirada cuando pacientemente, buscando las palabras una a una, consiguió preguntar:

–¿Quién le ha dicho que su marido es inocente?

Flavia Ehr tampoco retiró sus ojos de los del hombre.

–Él mismo. Y yo le creo –dijo con firmeza.

13

–¿Qué le has dicho?

–Que no podía hacerlo. En primer lugar porque no soy abogado, en segundo lugar porque esto será una bomba, y su estallido ya salpicará bastante a muchos, y en tercer lugar... por miedo.

–¿Miedo?

Ark 6-1117 le dio un suave golpe en la espalda. Era mitad amistoso, mitad conmiserativo.

–Tú nunca has tenido miedo de nada, Hal. ¿Por qué ibas a tenerlo ahora? –argumentó el androide.

Hal Yakzuby cerró los ojos, pero eso no le ayudó a serenar sus ideas. Su mente era un crisol en el cual se producían al mismo tiempo cientos de reacciones físicas y químicas.

–No lo sé. Puede que me hayan puesto de cara a la pared dándome un azote con lo de la encuesta, y eso no me guste. Puede que me esté volviendo lógico como una máquina y comprenda que es absurdo enfrentarse al fiscal general de la Comunidad o al Gran Cerebro Electrónico, el juez. Puede que esté cansado...

–Y puede que te estés volviendo loco –concluyó Ark.

Hal Yakzuby hundió su cabeza entre las manos. Ark 6-1117 iba de un lado a otro del laboratorio, cuidando reacciones, programando ordenadores de trabajo,

controlando procesos.

–¿Qué estás tratando de insinuar? –quiso saber–. Me parece que no te entiendo.

–¿Qué te dijo ella? –preguntó a su vez Ark.

–Que su marido es inocente –respondió el hombre.

–¡Exacto! Ahí está todo. Ella te dijo eso y tú la creíste.

–Puede que la creyera a ella. Nadie piensa que su padre o un hijo, alguien a quien se ama, pueda hacer algo malo.

–Tú estás creyendo en la inocencia de él a través de su esposa. Los dos forman un nexo, y tú has recibido la proyección final. La viste a ella, a sus hijos..., y eres humano. No sólo te sientes identificado, sino que piensas que, en efecto, puede haber algo más.

Hal Yakzuby esbozó una sonrisa amarga.

–Es fantástico –musitó–. Llevamos unos años juntos y ya crees que me conoces como... como... –no encontró las palabras adecuadas–. ¿Crees que ves a través de mí como si fuese transparente?

La respuesta de Ark 6-1117 fue precisa.

–Sí –dijo.

El hombre levantó los brazos por encima de su cabeza, como si buscase un objeto invisible suspendido sobre ella. Cuando dejó caer de nuevo las manos sobre la mesa parecía como si una tonelada de pesadas cargas se hubiera abatido sobre él.

–¿Y dices que me he vuelto loco? ¡Cielos! –protestó con amargura–. Si hubiera aceptado esa petición, tú mismo me habrías llamado loco, poniendo al rojo tus circuitos, diciendo que sería mi ruina, mi fin, el adiós a mi carrera.

–En efecto –asintió el androide–, te llamaría loco porque sería una estupidez, y te llamaré loco cuando aceptes el papel de abogado. Pero ahora todavía no has aceptado, y espero que no lo hagas. En este momento de lo que se trata es de ti: estás molesto por decirle que no a esa mujer, al menos sin conocer un poco más el caso. Estás enfadado contigo mismo, porque después de la prohibición del estudio sobre la relación ser humano-máquina esto podría darte algunas, quizá todas, de las respuestas que, no sé por qué, estás buscando. Serás un loco si aceptas, pero no puedes negarte a ti mismo la evidencia de lo que te sucede. Sabes que te estás escondiendo, y ese miedo, más que por ti, es por lo que puedas llegar a averiguar con este maldito embrollo y sus consecuencias.

Estuvo tentado de saltar sobre su amigo y compañero, y de buena gana le habría dado un puñetazo. Se sorprendió pensándolo, sintiendo en su cuerpo la suficiente ira como para hacerlo. Sin embargo, bajo la piel del hombre seguía existiendo una piel invisible y distinta, la del científico.

Y el científico reconoció que Ark tenía razón.

Así que el hombre que se hallaba bajo él pasó de la tensión a la paz, del irreflexivo estallido a la aceptación de los hechos.

–No tienes corazón, Ark –dijo Hal Yakzuby.

–No –aceptó el androide.

–Haga lo que haga, yo pierdo.

–Sí.

–Lógica contra emoción.

–Así es.

No encontró el valor que necesitaba, pero sí la fórmula de un pacto tácito mediante el cual, tarde o temprano, en unas horas, o días, llegaría a una conclusión. El laboratorio, su verdadero hogar desde la muerte de Ena, le pesaba sobre los hombros y amenazaba desplomarse sobre su cabeza. Había ido allí buscando un poco de paz para su excitado estado de ánimo, y ahora necesitaba escapar de su agobio.

–Sabes que o bien el capitán Ludoz 7-521 se suicidó, o bien el asistente lo mató, ¿no es cierto?

–Sí, Hal. No existe otra alternativa.

–Y tú no crees que una máquina, y menos un oficial del Cuerpo Expedicionario Interplanetario, preparado para todo, haya podido autodesconectarse, ¿verdad?

Ark 6-1117 no contestó. Quizá porque la pregunta, para él, no tenía más que una evidente respuesta. Quizá porque no quería contribuir a hundir más el maltrecho equilibrio de su amigo.

Quizá porque la verdad siempre suele tener una sola cara.

14

–¿Control de Comunicaciones de Ganímede?

El robot operador conectó sus cuadros de luces de recepción.

–Línea interestelar abierta –dijo–. Computada llamada procedente de Ezebel 72-5530. ¿Con quién desea hablar? Proceda nominación sujeto e identifíquese.

–Deseo hablar con el ingeniero técnico Gidd Yakzuby. Llama Hal Yakzuby.

Sobre la pantalla videofónica aparecieron las letras de la clave mediante la cual era registrada la llamada. Concluida ésta, la pantalla quedó blanca hasta que iluminaron su espacio las palabras «llamada en curso».

Casi no podía creerlo. Había llegado a casa exhausto tras un largo, agotador y nada luminoso paseo por la zona de vegetación que circundaba al distrito 90, y pensaba que la comunicación con la plataforma debía de seguir interrumpida. A pesar de ello se vio a sí mismo sentado frente a su consola, intentando hablar con Gidd una vez más. Y lo había conseguido.

–Vamos, vamos, Gidd –musitó en voz baja–. Espero que no estés haciendo nada especial. Necesito saber...

Saber. Bueno, a fin de cuentas se había pasado la vida intentando saber cosas, esperando, rodeándose de la paciencia inherente a todo científico. Ahora seguía con ello, aunque se veía a sí mismo como un adolescente impaciente. Era como si toda su estructura se desarbolara de improviso.

Ark había dado en las llagas. Una a una. Y le dolían. Quería creer en la inocencia de aquel pobre diablo. Necesitaba pensar que algo había fallado, no en una relación humana, llena de defectos, sino en la compleja uniformidad de una máquina. Era una pequeña rendija abierta a no sabía dónde, futuro o pasado, pero revelaba que todo el Sistema podía estar caminando por encima de una delgada capa apenas consistente. Seres humanos y máquinas en una encrucijada, y a tiempo.

Si Ehr no era culpable, significaría mucho, incluso para el propio Hal. Las máquinas no lo verían de la misma forma, pero para él... significaría que podían ser, casi, verdaderamente humanas.

Pero si Ehr era culpable...

–Entonces puede abrirse un cisma difícil de superar –suspiró.

–¿Papá?

Gidd estaba en la pantalla. No llevaba su uniforme, sino una bata, y tras él se veían los contornos de una reducida estancia. Era mucho mejor de lo que Hal esperaba.

–Gidd, ¿dónde estás?

–En mi habitación. El sistema de comunicaciones funciona ya con normalidad.

–¿Estás solo?

Gidd Yakzuby frunció el ceño. Su voz mostró intranquilidad.

–¿Qué sucede, papá?

–No lo sé todavía, hijo. Intenté hablar contigo ayer, pero las líneas se hallaban desconectadas.

–Fue a causa de la Doble Delta A-795. Es un caso especial, máxima prioridad, y la plataforma fue bloqueada preventivamente por un día. Las cien horas se han cumplido no hace mucho; pero no pensaba llamarte hasta mañana.

–Gidd, ¿qué pasó en esa nave?

–Bueno..., no entra dentro de mis funciones. Sé lo que todos. La nave se acercaba con piloto automático pero con ligeras variaciones de rumbo y velocidad. Nadie contestaba y fue interceptada manualmente. Una vez asentada en la plataforma, se entró en ella y se encontró a ese hombre, Djub Ehr, en estado de sueño letárgico para ajustar el tiempo de viaje al nuestro. El comandante y jefe de la Doble Delta estaba muerto. No había nadie más. Como ves, no hay mucho que contar. ¿Por qué te interesa tanto, papá? ¿Qué han dicho ahí abajo?

Hal Yakzuby no contestó. Hizo una nueva pregunta:

–¿Qué ha dicho ese hombre? Su esposa afirma que es inocente.

–Así lo afirma él. Me han dicho que se ha pasado el día llorando aterrorizado y jurando que él no ha hecho nada, que entró en la cápsula de sueño letárgico tras el despegue, y que no despertó hasta que nosotros desconectamos la cápsula. Parece inverosímil, porque el capitán de la nave tuvo que despertarlo durante el viaje, pero él repite lo mismo una y otra vez.

Aterrorizado. El miedo también podía ser un síntoma de culpabilidad. Djub Ehr debía de comprender lo que significaba todo aquello. No sólo era un posible asesino, sino la vanguardia de una posible revolución social.

–¿Por qué tuvo que despertarlo el capitán Ludoz?

–La nave aterrizó en alguna parte. Se supone que el comandante del cohete ha de contar con el personal para un caso de emergencia. El capitán era un gato viejo, uno de esos tipos eficientes al máximo, así que lo lógico es que despertase a Ehr.

Lo lógico. Pero aquel caso comenzaba a carecer de lógica.

–¿Dónde aterrizó la nave?

Gidd Yakzuby se pasó la lengua por el labio superior. Sus ojos se abrieron expectantes, lo mismo que sus manos, a la altura de la pantalla videofónica.

–Ése es otro de los interrogantes, papá. La memoria de la Doble Delta A-795 fue borrada. Los datos del aterrizaje se obtuvieron por el combustible y por la utilización de los mecanismos de descenso primero y elevación después. El consumo energético y el consumo de componentes para una maniobra base no pueden ser alterados. Pero la memoria fue borrada. No hay diario de a bordo ni se conoce la extensión del viaje en kilómetros o años luz. La ordenadora fue completamente anulada.

Hal Yakzuby sintió un denso vacío en su mente.

–¿Estás intentando decirme que... alguien saboteó la nave, quizá la misión completa?

–No hay otra respuesta. Y de nuevo volvemos a lo mismo. ¿Quién lo hizo? Si el capitán Ludoz está muerto... sólo queda una respuesta.

–Djub Ehr –musitó el hombre cerrando los ojos.

–Djub Ehr –repitió Gidd.

Por primera vez se produjo un pequeño silencio, lleno de presagios e incertidumbres. Hal Yakzuby había esperado algo, aun sin saber qué. Ahora el círculo parecía haberse cerrado. Y Djub Ehr se hallaba en su interior.

Y a pesar de todo...

–Papá –la voz de Gidd era un eco surgido del más allá–. ¿Qué te sucede? ¿Por qué te interesa tanto este asunto?

Abrió los ojos. Su hijo seguía en la pantalla. Le hubiera gustado hablar de cualquier cosa, de la final de la competición intercomunitaria de fútbol, de las próximas vacaciones. Pero era imposible.

–La esposa del asistente Ehr me ha pedido que me haga cargo de la defensa de su marido. Ella, lo mismo que él, afirma que es inocente. Creen que únicamente un

humano, yo en este caso, puede ocuparse de ello y demostrar esa inocencia.

Gidd Yakzuby guardó una fría calma. Su comportamiento no varió, y, salvo su nuez, subiendo y bajando al tragar saliva, ni siquiera se movió.

–No parece sorprenderte –opinó su padre.

Ahora el muchacho sonrió levemente.

–Bueno..., nada de lo que hagas puede ya sorprenderme mucho, papá. Hace tiempo que me habitué al hecho de que eras un hombre distinto. Quizá deba decirte que opino como la señora Ehr: tú eres el único que puede hacer algo por su marido. Pero...

–¿Qué, Gidd? –preguntó al ver que su hijo vacilaba.

–Pero pase lo que pase, sea inocente o culpable ese tipo, éste será un hecho que levantará ampollas y un caso que salpicará a todos, especialmente a los que estén dentro de él.

–Lo sé, Gidd, lo sé –suspiró Hal Yakzuby–; y por nada del mundo querría verme metido en ello, y mucho menos que tú...

Ahora fue Gidd el que interrumpió a su padre.

–Papá –dijo con gravedad–, toma tu decisión; y espero que sea tuya. Hagas lo que hagas me parecerá bien. No quisiera pensar jamás, ni llevar sobre mi conciencia ese peso, que tú dejaste de ser quien eres por mí. Yo... no creo que pueda aconsejarte demasiado. En realidad no sé qué pensar. Hay tanto en contra de ese hombre que es incluso absurdo pensar en que lo hiciera, pero más absurdo resulta imaginar otra explicación. Si decides defenderlo, te apoyaré con todas mis fuerzas, pero será tu decisión. ¿Entiendes? Ahora... quisiera que me dijeras si crees en la inocencia del asistente Ehr, o en esa posibilidad de que haya sucedido algo inexplicable.

Hal Yakzuby tardó unos segundos en contestar. Parecía un hombre diez años más viejo al hacerlo.

–En realidad... no lo sé. No sé qué pensar. Creo que este caso puede ser la clave de nuestro propio futuro. En cuanto a la inocencia de Djub Ehr..., tengo miedo de creer en ella, ciego, aferrándome a mis sentimientos, y engañarme a mí mismo.

15

Una vez, siendo niño, desarrolló una fórmula para «dormir» el corazón, de forma que su ritmo fuese más lento y, así, se prolongara automáticamente la vida humana. No recordaba si lo había hecho preocupado por la eternidad y el deseo de no morir o por el simple hecho de llegar a ser lo que soñaba: el mejor científico del mundo.

Consiguió un fuerte dolor de estómago y dos evidencias: la primera que debía respetar la vieja norma de no experimentar en uno mismo lo investigado, y la segunda que la curiosidad no basada en una realidad es nefasta. Tenía entonces 9 años, pero fue su primera lección importante.

¿Qué lección debía aplicar ahora?

Era un científico, no un abogado, pero tenía una extraña sensación, una avidez de saber, de llegar al fondo de un abismo abierto repentinamente ante él. Djub Ehr iba a jugarse la vida en los días y semanas siguientes. Si él decidía subirse al carro de los acontecimientos, automáticamente sería una parte vital y crucial de la historia que ellos desarrollaran. Sólo que, ¿valía la pena el precio? Si aceptaba defender al presunto culpable, quizá consiguiera saber más de la relación humanos-máquinas y del comportamiento de ambos en un caso extremo, que en diez años de estudios o mediante un millón de encuestas. Pero su curiosidad no contaba si la vida de un ser humano estaba en juego. Si aceptaba, debía creer en la inocencia de Ehr y en la posibilidad de ganar.

Así que las preguntas se limitaban a tres: ¿era inocente Djub Ehr, a pesar del cúmulo de evidencias? ¿Podía ganar él si llegaba a la conclusión de que el asistente era inocente? Y... ¿valía la pena que saltara al vacío ocupándose de algo tan arriesgado?

Para la última de las preguntas no necesitaba respuesta. Hal Yakzuby la sabía de antemano. Un sí rotundo. Eran las otras dos las que debía razonar, aunque la segunda dependiera de la primera. Si Ehr era inocente, él podría encontrar el camino para demostrarlo. Por lo tanto, la primera pregunta seguía siendo la clave.

¿Era Djub Ehr inocente, como decía?

Mientras esperaba hablar con Gidd, había aparecido en su mente una imagen que ahora volvía a él. «Si Ehr no era culpable significaría mucho, incluso para él mismo. Las máquinas no lo verían de la misma forma, pero para él... significaría

que podían ser casi, verdaderamente, humanas.» Sí, y no era una contradicción. La inocencia de Djub Ehr limitaba el caso a un hecho evidente: el suicidio de una máquina. Para ellas sería tanto como recibir un golpe inesperado, un golpe que no podría entrar en su lógica natural. Pero para él, y para muchos seres humanos, significaría un mayor acercamiento a las máquinas, y no porque el ser humano hubiera ascendido hasta ellas en su perfección, sino porque las máquinas habrían descendido hasta ellos mostrando una mayor humanidad.

Tal vez soñara despierto. Tal vez se estuviera aferrando a una posibilidad remota. ¿Por qué iba a suicidarse una máquina?

¿Por qué?

Volvió a sentirse abatido. Lo malo era que estaba atrapado, e hiciera lo que hiciera, lo lamentaría. Siempre decía que los seres humanos importantes no eligen su destino, sino que el destino los elige a ellos. Siguiendo su sofisma, quedaba claro que su destino inmediato era el misterio de la Doble Delta A-795.

Trató de ver a Djub Ehr defendido por una máquina y no pudo.

Ark 6-1117 y Gidd lo conocían demasiado bien. Tenía en las manos una reacción y difícilmente se apartaría de ella. Podía ser un catalizador..., pero ni siquiera ello lo contentaría. El único camino consistía en formar parte de la reacción, ser un componente.

–Estás loco, Hal –se dijo–. El fiscal y el juez van a despedazar a ese infeliz y a todo el que esté con él.

Y si era así, el futuro del ser humano dentro del Sistema sufriría un retroceso asolador. Abierta una posibilidad, las máquinas tal vez llegaran a ver en cada ser humano un posible agresor, a pesar de su lógica.

–Estás loco –repitió.

¿Qué pensaba que podía hacer él? Flavia Ehr le había dicho que era «el único hombre capaz de defender a su marido». Así que, ¿era eso lo que creía? ¿Iba a coger la cruz, y la bandera? ¿Se sometería al papel de «elegido»? Si lo hacía merecería que alguien lo desterrara. No era un «salvador» ni un «libertador», sino un ser humano limitado a una función, a la verdad. Aceptando eso, las alternativas eran mucho más concretas y directas. Los líderes murieron con el Gran Holocausto. El estallido nuclear terminó con todos, con aquella pandilla de absurdos dementes. Palabras como Estados Unidos y democracia, o Rusia y dictadura, ya no existían como tales. Formaban parte de la historia, y la historia las tenía colocadas como ejemplo de destrucción. Al igual que Adán y Eva

perdieron su Paraíso, los gigantes del pasado, y sus malditos líderes, habían perdido de nuevo el Paraíso de la Tierra.

Ahora todo se limitaba a una Comunidad y, en ella, todos necesitaban de todos. Si Djub Ehr era un asesino merecía el castigo y la vergüenza de todos los suyos. Si Djub Ehr era inocente, la verdad era necesaria mucho más allá de lo imaginable.

«No podemos volver a cometer errores –pensó–. Sería imperdonable que lo hiciéramos. Significaría que el pasado no nos ha servido de nada, que una y otra vez merecemos la muerte..., aunque siempre quede alguien que sobreviva, para comenzar de nuevo y repetir la historia.»

16

–¿Kein?

–¡Hal, viejo amigo! Me encanta oír tu voz y verte el rostro. Alegras mis circuitos.

Hal Yakzuby no pudo contener una sonrisa teñida de afecto. Kein 4-917 era uno de sus grandes y verdaderos amigos, aunque se vieran de tarde en tarde, y casi siempre por motivos oficiales o por casualidad. Antes de ser miembro del Cuerpo de Seguridad, una de las dos ramas del Cuerpo Policial (la otra era el Cuerpo de Acción y Protección), Kein había destacado como poeta. No era muy usual, porque éste era todavía un cometido humano, así que finalmente olvidó su «debilidad». La Administración, aprovechando su especial talento (resolvía complicados problemas en la mitad de tiempo que cualquier otro ordenador), le asignó un puesto en el Cuerpo de Policía.

–¿Qué tal estás, camarada? –preguntó el hombre.

–¿Qué puedo decirte? En realidad creo que aburrido, aunque parezca imposible. ¿Has oído decir que un ordenador pueda aburrirse? –rió por su curiosa ocurrencia–. Éste es un trabajo más burocrático que otra cosa. Sabes que no sucede demasiado. Las máquinas no están programadas para hacer el mal, y los humanos estáis demasiado bien y tenéis lo suficiente a través del Sistema para no complicaros vuestra corta vida. A veces una máquina sufre una avería, un cortocircuito, y enloquece o comete una estupidez, y a veces un humano tiene un altercado con otro por una diferencia de criterio. Es lo más corriente. Se los

detiene, se los envía a un centro de rehabilitación y eso es todo. Mi existencia no es ni la centésima parte de emocionante que la tuya, tenlo por seguro.

–¿Sabes, Kein? Quería hablarte precisamente de esto, de los delitos entre humanos y máquinas. Espero no alterar ninguna norma.

–¡Ah! –lamentó Kein 4-917–. Ya sabía que no me llamabas para saludarme. Los humanos sólo pensáis en los amigos cuando los necesitáis.

Hal Yakzuby enrojeció, pero no se molestó con la máquina. Era un ente genuinamente puro.

–¿No son los amigos para las ocasiones?

–¿Desde cuándo eres lógico y no científico, Hal?

Los dos rieron con ganas. El hombre, distendido por primera vez en muchas horas, y la máquina con su mecánico acento, que oscilaba en intensidad según el grado de satisfacción o alegría.

–Kein... –comenzó Hal recobrando su serenidad–, deseaba preguntarte qué clase de delitos son los más corrientes en la actualidad, cuáles los más graves, y quién los comete.

–Oí la noticia de que andabas trabajando en una investigación sobre las relaciones humanos-máquinas, y que te apartaron de ella porque la consideraron obsoleta. ¿Sigues investigando, a pesar de todo, por tu cuenta?

–No, te lo aseguro. Eso está olvidado. Ahora tengo algo más importante entre manos.

–No me lo cuentes si no quieres, Hal. Dada mi posición, no puedo ocultar información, y si no sé nada... puede ser mejor. ¿No te parece?

–No tengo nada que ocultarte, Kein –aseguró Hal Yakzuby–. Me han pedido que defienda a Djub Ehr, el hombre que está en la plataforma Ganímede acusado de asesinato.

Kein 4-917 no respondió. Guardó un largo silencio lleno de incertidumbres, a cuyo término dijo:

–¿Qué quieres saber exactamente?

–Lo que te acabo de preguntar. Más o menos, cómo están ahora las cosas.

El ordenador puso en funcionamiento varios de sus componentes. Un enjambre de luces indicó el cúmulo de operaciones. Las lecturas obtenidas pasaban por una pantalla de asimilación interior, sin convertirse en tarjetas ranuradas que

hubieran ido a parar a los casilleros de obtención de datos. En total, fueron apenas diez segundos.

–Las cosas están bien, es decir, siguen su curso. En este último año fueron detenidos 97 tipos diferentes de máquinas por averías, accidentes y problemas similares. El caso más grave fue el de una máquina que robó aceite en un restaurante, y el más insólito el de otra que dijo haberse enamorado de una mujer. En cuanto a los seres humanos, las cifras son distintas: fueron detenidos 1.247 hombres o mujeres por delitos comunes, desde robo a prostitución. Hay abundantes casos de desavenencias internas entre parejas y de ilicitudes matrimoniales, pero esto..., bueno, es normal. Estos datos están referidos a Ezebel, y son parecidos en las restantes Comunidades.

–¿Asesinatos?

–No el año pasado. Hay, sí, peleas con agresiones, heridas, pero ningún caso extremo. El año anterior, en cambio, un hombre mató a otro en un arrebato de celos. Desde que el ser humano carece de problemas, su parte negativa y el instinto se ven menos sometidos a presiones nocivas.

–¿Nada entre humanos y máquinas?

–No. Sería absurdo. Ninguna máquina tiene por qué agredir a un humano, y ningún humano dañaría a alguien que en realidad no siente. El placer humano, en lo que respecta a su lado violento, reside en inferir dolor a su oponente. De todas formas no tiene sentido que un hombre ataque a una máquina, salvo que esté loco.

No tenía sentido, pero Djub Ehr no estaba loco:

–Gracias, Kein –dijo sucintamente Hal Yakzuby.

–No vas a preguntarme qué opino de este asunto, ¿verdad? –apuntó Kein.

El hombre negó con la cabeza.

–De acuerdo –aceptó la máquina–. Entonces permíteme que te desee mucha suerte, amigo.

Hal Yakzuby le dirigió una sonrisa de afecto. Iba a pulsar la tecla de fin de comunicación, pero antes le dijo a Kein 4-917:

–Eres un montón de chatarra, camarada. Tendrías que haber nacido humano.

Cortó y se quedó unos instantes pensativo delante de la pantalla videofónica. Esperaba otra cosa de su breve charla con Kein, pero siempre era algo. La misma

falta de antecedentes en los últimos tiempos colocaba el caso en una vertiente próxima al absurdo. No era mucho, pero sí un punto a favor. Con antecedentes, la lógica de una máquina se impondría; pero partiendo de cero, la inventiva humana tenía mayores recursos. A pesar de todo, el problema seguía siendo difícil.

Hizo una nueva llamada, sin apenas detenerse a pensar en lo irremediable: que se estaba ya identificando demasiado con el caso y que se podía ver atrapado en sus redes aun rechazando la propuesta de Flavia Ehr. La conexión con la base de Ezebel 2 fue menos fácil. Ezebel contaba con dos bases operativas, la de Ezebel 1 para vuelos comerciales intercomunitarios y vuelos estelares a las plataformas espaciales, y la de Ezebel 2, que era la base militar para vuelos expedicionarios, de investigación o defensa. La Doble Delta A-795 tenía como destino Ezebel 2, y el asesinado, Ludoz 7-521, era capitán del Cuerpo Expedicionario. Las ventajas de ser un científico relativamente famoso consistían a veces en conocer a muchas personas o máquinas, diseminadas por todos los confines de aquella u otras Comunidades.

En aquella ocasión, sin embargo, no le fue fácil hablar con Giandelián 3-893. Tuvo que pasar tres controles, identificarse, y aguardar más de cinco minutos antes de que su amigo apareciera en pantalla. La primera impresión que obtuvo fue la de que no parecía muy feliz de verlo.

–Hal, qué sorpresa –expresó sin entusiasmo.

–Sí, sorpresa según parece. ¿Te he llamado en mal momento?

–En el peor –se sinceró. De pronto distendió sus facciones y suavizó su gesto hosco. Era un androide de piel oscura y boca grande. En su proceso parecía haberse producido un error, y los dientes, muy blancos, sobresalían extrañamente–. Pero siempre tengo un minuto para ti, ya lo sabes.

–Trataré de no entretenerte demasiado, Giandelián, aunque me hubiera gustado charlar contigo un poco.

–Estamos muy consternados por el misterio de la Doble Delta A-795. Toda la base está en alerta.

–Y yo te llamaba precisamente por ese asunto.

Giandelián 3-893 se envaró.

–¿Qué tienes que ver tú con esto? ¿Es curiosidad o... algo más?

–Quizá «algo más» –tanteó Hal Yakzuby–. Quisiera conocer algunos detalles

para…

–Lo siento, Hal –lo interrumpió el androide–, pero no puedo ni hablar del tema, y menos con un civil. Por el momento, y mientras el acusado y el dossier no lleguen de la plataforma, este caso tiene reserva absoluta.

–Me han pedido que me haga cargo de la defensa de Ehr –se sinceró el hombre–. Si acepto, la ley me autorizará a investigar.

Giandelián lo miró con fría acritud. Su envaramiento cesó.

–No lo hagas, amigo; créeme. No hay alternativa para Ehr. No había nadie más en la nave. Es una causa perdida… y no deseo verte caer con ella.

–¿Podría hablar con Balhissay 2-15? –dijo Hal Yakzuby, tratando de no prestar atención a las palabras de Giandelián.

–Me temo que no. Por lo que sé, está encerrado en su despacho.

Tiempo perdido. Había mostrado sus cartas a demasiadas personas o máquinas. Sin oficialidad no conseguiría nada, y si aceptaba el compromiso, ya no podría volverse atrás. Balhissay 2-15 hubiera sido su mejor alternativa, aunque también la más difícil. Giandelián se movió nervioso en la pantalla.

–De acuerdo –aceptó el hombre–. Confío en tener más suerte la próxima vez.

–Lo siento, Hal.

–Yo también, Giandelián.

Iba a musitar un sucinto «adiós» antes de cerrar la comunicación cuando el androide perdió por primera y única vez su capa de marcialidad y seriedad. Bajo los signos de su rango latió el amigo oculto.

–No cometas una locura, Hal –dijo lacónicamente–. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte el resto de tu vida.

La sombra grisácea de sus ojos fue lo último que flotó en la pantalla videofónica cuando Hal Yakzuby pulsó la tecla de término de llamada.

17

Balhissay 2-15 era el jefe de la base de Ezebel 2 y uno de los más cualificados

componentes del Cuerpo de Mandos de la Unidad de Comunidades. Su último y futuro paso era dejar la Clase 2 para integrarse en la élite más importante de la cadena, la Clase 1. De hecho, ya actuaba como un Dirigente, con plenos poderes para hacer y deshacer, y su capacidad de acción se acercaba al infinito absoluto que escasas máquinas podían alcanzar. Hal Yakzuby lo conoció siendo estudiante, al pronunciar una conferencia en el Aula de Ensayos y Perspectivas. Una de las frases pronunciadas por Balhissay 2-15 le causó impresión:

–El ser humano y la máquina están obligados a caminar unidos. Cuando el primero olvidó que es un ser imperfecto, se condenó a sí mismo y casi anuló su estirpe en el Gran Holocausto. Cuando la máquina quiso avanzar individualmente, prescindiendo del ser humano, creó la imperfección de la perfección y se aisló. Hoy, el ser humano y la máquina son un mismo ente, y su fuerza es el mismo destino de nuestro Sistema. No pueden vivir por separado, ni pueden esperar el perdón de la historia si se traicionan sus ideales o se escinde su espíritu. Y creedme cuando os digo que, por salvar nuestra especie, hay que llegar hasta lo más profundo. El Sistema y la Unidad son la única verdad, y nosotros, sus componentes, simples piezas del gran engranaje. Hubo un pasado en el que cada generación exprimió la Tierra y pensó que la siguiente solucionaría todos los problemas, la escasez, el hambre y la guerra. Y aquélla fue una etapa maldita. Os aseguro que hoy no sucederá, porque el equilibrio está en manos de humanos justos y máquinas perfectas. Nada ni nadie podrá torcer jamás nuestro futuro.

Nada ni nadie.

Balhissay 2-15 era uno de los escasos prodigios del progreso. Un eficaz resultado tecnológico con una asombrosa capacidad de asimilación. Cuando en el tiempo de los microprocesadores la obtención de uno de ellos llevaba consigo la pérdida de una decena o más que salían inservibles, el diseño de un ente como Balhissay hubiera sido imposible. Habrían de pasar un millar de años, un tiempo en el tiempo, antes de que, con el nacimiento de la célula microprocesal, pudiera crearse un modelo como el «S», al cual pertenecía él. Si se pudiera encerrar el Universo en un cuerpo, el resultado sería lo más parecido a Balhissay 2-15. Con aspecto casi humano, una feroz expresividad facial y un gran cuerpo que albergaba uno de los más sensibles cerebros electrónicos y ordenadores, el jefe de la base de Ezebel 2 era un singular producto que más pertenecía al futuro que al presente.

Hal Yakzuby le recordó la conferencia pronunciada en el Aula de Ensayos y Perspectivas cuando volvió a verlo años después, ya convertido en un eminente y

prometedor científico.

–Nunca habíamos alcanzado tanto, ni habíamos estado en mejor disposición de avanzar. Y es el resultado de una política eficaz, plenamente social. El problema de otros tiempos fue la falta de perspectiva y la insolidaridad. El ser humano es un ser que tiende a olvidar su función en la vida. Cree que lo importante es vivir y ser feliz, pero eso es sólo una parte ínfima, la más personal. Hay mucho más, y es mucho más complejo de lo que se pudo pensar antaño. Hoy las medidas son otras, y el sentido de la proporción está mucho más desarrollado. Usted, Yakzuby, tiene la suerte de poder participar en la más impresionante etapa de expansión jamás conocida por la historia. ¿Y cómo es ello?: sencillamente porque tenemos la paz interior y el equilibrio que nos permite mirar a las estrellas y avanzar para abrirnos a nuevos mundos y nuevas maravillas todavía inimaginables. Hemos hecho un mundo en el que, por fin, se puede vivir, porque hemos asentado una normativa indiscutible, basada en una Constitución sólida. Con la casa tranquila, la libertad de alcanzar el infinito es mucho mayor.

Hal Yakzuby recordaba haber escuchado aquella contundente disertación con cierto orgullo. Balhissay 2-15 tenía un brazo apoyado en su hombro y le estaba dando la invisible llave de su apoyo. Entonces, años atrás, todavía era un joven con la cabeza repleta de sueños. Seguía con la cabeza repleta, pero ya no de sueños. La mezcla de realidad y teoría científica le producía un sutil escozor en el que debía unir, calibrar y matizar sus ideas y las de un mundo peculiar y complejo. Aquel joven impresionado por el contundente Balhissay 2-15 había crecido, y ahora era un hombre adulto, con más canas que ilusiones y con una visión menos entusiasta del presente y del futuro, del entorno, de las maravillas que seguían aguardando más allá de las estrellas.

Los contactos con Balhissay 2-15 fueron después mucho más constantes, hasta que entre ellos, si bien no había nacido una amistad, sí había surgido un respeto. Hal Yakzuby y él mostraron en muchas ocasiones puntos de vista opuestos, incluso radicalmente contrarios. Sin embargo, podía decirse que entre uno y otro existía lo fundamental: el respeto. Hal Yakzuby respetaba a la máquina más inteligente que jamás conociera, midiendo con astucia su poderío, y Balhissay 2-15 respetaba al humano más contumaz y más preparado para enfrentarse a él, midiendo con equidad su valor.

Ahora el hombre lo imaginó en su despacho de la base de Ezebel 2. La muerte del capitán Ludoz era una fisura, y la figura del presunto asesino, una hecatombe. Balhissay 2-15 se enfrentaba al más contundente freno que sus palabras jamás esperaran. Y si él aceptaba la defensa de Ehr…

–No tendré que enfrentarme a ti, viejo engranaje, pero sé que estarás ahí, detrás de todos, y que tal vez no podamos evitar a la postre sentarnos cara a cara.

Giandelián le dijo que Balhissay estaba encerrado en su despacho. ¿Bueno o malo? Intentó razonar el punto. Siendo un caso claro de asesinato, según ellos, la tensión debía de ser menor, aunque el hecho fuese de extrema gravedad, y sus posibles repercusiones sociales todavía imprevisibles. Por tanto, si Balhissay no deseaba hablar con nadie y se ocultaba, quizá el motivo fuese otro: intranquilidad y recelo. Intranquilidad por la misma situación, pero recelo porque tras la muerte del capitán de la Doble Delta pudiera haber algo más.

Algo que, tal vez, sólo tal vez, Balhissay sabía.

Sonrió. ¿Por qué le producía aquella recóndita satisfacción la simple idea de enfrentarse al todopoderoso Balhissay?

No era más que un hombre.

–Puede que ésta siga siendo la mayor diferencia entre humanos y máquinas –dijo–. Nosotros todavía somos imprevisibles, y nos gusta complicarnos la vida, especialmente cuando todo parece muy difícil.

18

–Hola. ¿Está mamá en casa?

–Sí. Pasa.

Tura cerró la puerta ovalada y lo precedió en el camino hacia la salita. Las paredes del pasillo se hallaban oscuras en aquel momento, sin transparentar a causa de la hora. Todavía no era de noche, pero la luz declinaba con mucha velocidad.

Len sacó la cabeza por la puerta de una habitación, probablemente la suya. Miró a Hal Yakzuby con una mezcla de esperanza y aprensión.

–¿Cómo estás, Len? –saludó el visitante.

–Bien –dijo. Y casi a continuación preguntó–: ¿Vas a ayudar a papá?

El hombre se movió con incomodidad, cogido a contrapié. No esperaba que los dos chiquillos conocieran ya la noticia. Su madre no habría tenido más remedio

que dársela, con todo el amor y la paciencia que el caso requería. Hal pensó en Gidd sin saber el motivo.

–Todavía no lo sé, hijo –se disculpó.

–¿Por qué?

Eran dos miradas duras, desnudas y claras, miradas luminosas y auténticas, para las que el mundo se reducía todavía a dos fundamentos absolutos: la verdad y la mentira.

Para Flavia Ehr, para ellos, Djub era inocente.

–Debo hablar con vuestra madre.

Tura le cogió la mano. Se la apretó con firmeza. Era un ser diminuto, suspendido en la distancia de un pasillo, cercano y lejano al mismo tiempo. Algún día sería una muchacha muy bonita.

–Pero nos ayudarás, ¿no es cierto? –insistió.

Flavia Ehr apareció en aquel momento por el extremo del pasillo. Llevaba una túnica blanca que realzaba la palidez de su rostro, aunque su nerviosismo la traicionaba. Vaciló un breve instante al ver a Hal Yakzuby, pero reaccionó casi de inmediato.

–¡Señor Yakzuby...! Oh, perdón, lo siento...

Le tendió una mano afilada que él estrechó. Después se quedó mirándole en silencio, llena de incertidumbres, sin saber qué hacer.

–Va a defender a papá, mamá –dijo Tura.

Flavia Ehr desvió la vista del visitante y posó sus ojos en los de la niña. Su desconcierto aumentó.

–¿Puedo hablar con usted a solas, señora Ehr? –la ayudó Hal Yakzuby.

La mujer reaccionó por fin.

–Claro, claro, yo... Bueno, no creí volver a verle –se dirigió a sus hijos empujándolos con suavidad, pero también con firmeza, hacia la habitación por la que salió Len–. Dejadme con el señor Yakzuby, por favor. Mamá os lo contará después todo.

Tura protestó airada. Len bajó la cabeza abatido. Los dos obedecieron a su madre. Una vez cerrada la puerta, Flavia Ehr condujo al hombre hacia la sala. Ambos se sentaron en las mismas butacas de aire de la primera vez. Parecía

haber pasado mucho tiempo en lugar de unas pocas horas.

–¿Por qué no pensaba volver a verme? –quiso saber él.

Ella se sintió avergonzada.

–Bueno, cuando se marchó ayer... creo que comprendí su punto de vista. Yo estaba ciega, afectada por la noticia, por la noche en vela, nerviosa tras hablar con Djub. Primero no supe qué hacer. Estas últimas horas me han ayudado a pensar.

–¿Y qué ha pensado?

–No lo sé. Hay momentos en que lo veo todo perdido, y otros... otros en los que me digo a mí misma que vamos a luchar, todos, porque mi marido es inocente y la verdad ha de alumbrar por alguna parte. Sé que le parecerá ridículo, o tal vez no, pero yo creo a Djub. Hablé muy poco con él, apenas nos dejaron un par de minutos, pero yo lo conozco, y le creí cuando me dijo que no sólo no había matado a su capitán, sino que no sabía nada del asunto. Le creí y sigo creyéndole.

–Ha dicho «vamos a luchar». ¿Acaso tiene ya abogado defensor?

Flavia Ehr negó con la cabeza. Ahora se hundió levemente.

–Mañana trasladan a Djub de la plataforma a la base Ezebel 2. Me han dicho que podré verlo. He de hablar con él antes de tomar una decisión. Es más, dado lo mucho que le afecta, es mi marido quien ha de tomarla.

–La calle está llena de curiosos, y hay periodistas cercando la entrada. Me ha resultado difícil franquear la puerta. ¿No estaría mejor en cualquier otra parte, o sus hijos?

–No tenemos donde ir, señor Yakzuby; por otra parte preferimos quedarnos aquí. No vamos a huir. Haremos frente a esta crisis, y termine como termine esto, mis hijos van a afrontarlo. Éste es un tiempo en el que se crece muy rápidamente, ¿no cree? Tura ya sabe hacer operaciones logarítmicas, y Len es capaz de programar un ordenador elemental. ¿No es maravilloso?

Captó la velada ironía. Era una mujer agitada por el viento convulso de la desolación. Pasaba mucho tiempo sola cuando su marido se hallaba en el espacio y debía consumir sus energías cuidando a unos niños que de hecho podían cuidarse solos. Una existencia mecanizada que no dejaba demasiadas alternativas.

–¿A qué ha venido? –preguntó Flavia Ehr.

Hal Yakzuby levantó las manos, con las palmas hacia ella. En otras

circunstancias hubiera sido como una petición de tregua, o una rendición. Ahora era más bien un gesto de cautela.

–Yo tampoco me porté muy bien ayer, señora Ehr. Creo que… sentí miedo, tal vez pánico, cuando usted me pidió que defendiera a su marido. Hace algún tiempo que tengo algo en la cabeza y, como usted ya sabe, mi último trabajo fue paralizado. Usted me proporcionó la posibilidad de realizarlo, de otra forma, pero de realizarlo a la postre. Y me asusté. No sé si de lo que iba a encontrar o de lo que arriesgaba aceptando su petición.

–¿Y ya no tiene miedo?

–Tengo mucho miedo, créame, pero a veces uno no puede elegir su camino libremente, o rodear un pozo que está en mitad de él. En algunas ocasiones hay que acercarse a ese pozo y asomarse a su interior. Ahora creo que la oportunidad, por llamarla de alguna forma, me ha elegido a mí.

Flavia Ehr vaciló.

–¿Va a defender a… mi marido?

–Todavía no lo sé –repuso él–. Como le dije, no soy abogado ni conozco el procedimiento legal. Si Djub fuese culpable, lo mejor sería que él lo aceptara, alegando locura momentánea, soledad espacial o cualquier otro aspecto psicológico. Pero si es inocente como asegura, entonces…

–Es inocente –afirmó la mujer.

–Entonces puede que me suba a su nave e intente conducirla a buen puerto. Si no lo conseguimos, su esposo se estrellará, y yo con él.

–¿Qué le falta para tomar su decisión final?

–Hablar con Djub.

Flavia Ehr respiró con fuerza. Fue la suya una inhalación de alivio, de sosiego y relajamiento. Espiró el aire lentamente, apurando el que, quizá, fue su primer instante de calma desde que se produjera la catástrofe.

–Entonces bienvenido a la nave, señor Yakzuby –dijo–. Cuando hable con él sé que todo saldrá bien.

–¿Cuándo le han dicho que podrá ver a su marido? –preguntó el hombre sin comentar las últimas palabras de ella.

–Mañana mismo, en cuanto lo trasladen de la plataforma. Podemos ir juntos, si así lo prefiere.

Hal Yakzuby se levantó. No sabía el motivo exacto, pero comenzaba a sentirse mejor. Los latidos de su corazón le indicaban una emoción que hacía mucho tiempo no sentía. Emoción. Estaba a punto de dar un salto en el vacío, y lo encontraba emocionante.

Caminó en dirección a la puerta, pero antes de llegar se detuvo y miró a la señora Ehr.

–¿Quién le puso el nombre de Flavia? –preguntó.

Ella sonrió. Era la primera vez que lo hacía y tenía una expresión dulce.

–Mi madre era una enamorada de la historia de la antigua Roma. Sacó el nombre de un libro.

Hal Yakzuby le tendió la mano.

–Duerma, señora Ehr. Mañana necesitará todas sus fuerzas.

19

No le sorprendió verse a sí mismo entrando en casa de los Ehr. Poco antes había visto cómo varias cámaras le enfocaban. Ahora aparecía como cabecera del parte informativo de la noche en la pantalla tridimensional del visor. Y era igual que ver una obra de primitivo teatro desde la parte superior del local, con el escenario y los actores situados muy a lo lejos, lo mismo que pequeñas figuras animadas.

No le sorprendió, pero lamentó no haber sido más precavido. Una llamada videofónica a la señora Ehr hubiera bastado. Ahora, hiciera lo que hiciera y tomara la decisión que tomara, se hallaba metido en el caso prácticamente de lleno. Hal Yakzuby era amigo del asesino de una máquina. Hal Yakzuby podía defender a ese asesino.

Apartó de su mente el estallido brutal de la palabra «loco», que se repetía por ella una y otra vez. Se aferró a una peculiaridad humana que las máquinas todavía desconocían: el instinto. La voz en «off» de un locutor comenzó a hablar mientras su imagen desaparecía por las cristaleras de la entrada del edificio donde vivían los Ehr.

–Hal Yakzuby, eminente profesor y científico, perteneciente al Instituto de Investigaciones de Ezebel, ha sido la primera visita recibida por la señora Ehr, y

la única en el día de hoy. Por lo que se sabe, el profesor Yakzuby ya visitó ayer el domicilio del presunto asesino del capitán Ludoz, poco después de saberse la noticia de lo sucedido en la Doble Delta A-795. Fuentes bien informadas, a las que hemos acudido ante la intervención de Hal Yakzuby, aseguran que anteriormente no había existido el menor contacto entre él y la familia Ehr, por lo que se deduce que, o bien la señora Ehr llamó al señor Yakzuby o bien el propio señor Yakzuby se interesó por el caso y el probable cargo de homicidio que recae sobre el marido de la misma. Recientemente, el profesor Yakzuby inició un estudio sobre las relaciones humanos-máquinas, que tras ser aprobado por el Cuerpo de Mandos fue posteriormente anulado, por considerarse fuera de lugar. Dada la peculiaridad de este escabroso asunto, que constituye el más insólito hecho de nuestra moderna etapa social, todo parece indicar que Hal Yakzuby puede ocuparse de la defensa del asistente Djub Ehr. El caso entraría entonces en una vertiente que…

Dejó de escuchar la voz del locutor. Volvió a verse a sí mismo salir de casa de Flavia Ehr. En la pantalla apareció una fotografía suya, y después una de Djub Ehr. No era muy buena, pero en ella vio a un hombre relativamente joven, de ojos vivos y facciones redondeadas. No había en su rostro ningún ángulo o línea recta. La amplia frente denotaba debilidad. El equilibrio se establecía por el destello de los ojos y la línea horizontal de la boca, como un segmento que cruzase un breve territorio estéril. Aparentemente era un hombre como tantos, sin un rasgo característico. Podría haber pasado por su lado una docena de veces sin reparar en él.

Un ser insignificante que estaba ahora en la punta de una lanza.

El locutor hablaba ahora de Hal Yakzuby y de su carrera. Vio imágenes y películas de algunos de sus momentos álgidos. Recepciones, premios… En las más antiguas, Ena estaba con él, y parecía tan real como si estuviese allí mismo por efecto de la pantalla tridimensional del visor.

Sintió un escozor en los ojos. Hubiera necesitado tanto a Ena, tanto… Especialmente en aquellos momentos y en lo que, imaginaba ya, iba a caerle encima.

Un miembro del Cuerpo de Mandos entró en imagen con aspecto grave.

–… no tiene por qué alterar el equilibrio del Sistema ni el progreso social. Afortunadamente ha sido un caso aislado, y se halla bajo control. Cierto que humanos y máquinas se encuentran ahora ante una curiosa perspectiva, y pueden tomar partido, pero yo espero que el juicio, justo e imparcial, despeje

todas las incógnitas, y el asunto quede olvidado, o situado en su exacto término: como algo que nunca debió suceder pero que, a fin de cuentas, ha sucedido, y por tanto ha de ser afrontado con valor y decisión.

El locutor suplió a la máquina del Cuerpo de Mandos.

–A la salida del domicilio de los Ehr, el profesor Yakzuby se negó a realizar comentario alguno, pero en caso de que se confirmara su intervención en el próximo juicio, el aspecto judicial y moral del suceso adquiriría un acusado relieve de enfrentamiento entre el hombre, representado por el acusado y su defensor, y la máquina, representada por el fiscal general de la Comunidad y el juez designado para la vista. Dado que la Corporación Legislativa del Sistema y el Cuerpo Judicial son estamentos reconocidos y regidos por la propia Constitución, la pregunta que se plantea es la siguiente: ¿está capacitado el profesor Yakzuby para ejercer como defensor en un juicio, no ya extraordinario como éste, sino ordinario? ¿Plantearía su acción un cisma en el sistema legislativo de la Unidad? ¿Es lícito dejar a un humano una función que compete por entero a las máquinas? Para responder a estas cuestiones, hemos recabado la opinión del presidente del Cuerpo Legislativo, Hurion 1-69.

Hal Yakzuby se enderezó levemente. No había pensado ni por un momento que pudiera ser vetado como abogado defensor, aunque ahora se dijo que una simple triquiñuela judicial podría bastar…

–Dado que las partes enfrentadas aquí son una máquina asesinada y un humano, por el momento presunto culpable, sería preferible y normal que la ley siguiese su curso. Si el acusado no encontrase ninguna máquina que quisiera defenderlo, por considerar una aventurada o previsible culpabilidad, el Sistema, mediante sus mecanismos legales, nombraría un defensor de oficio que acataría la decisión. Sin embargo, si el acusado desea nombrar a un humano, no existe legal ni constitucionalmente impedimento alguno para ello. Situado entre un abogado competente, el fiscal general y el juez que se nombra, el caso podría quedar visto para sentencia o resuelto rápidamente. Al entrar un factor ajeno al procedimiento normal, lo único que puede variar es el método, la duración o el enfoque de la vista. En cuanto al profesor Yakzuby, es un miembro respetado y admirado por la Unidad de Comunidades, pero sinceramente debo manifestar que lamento su intervención en algo que escapa a sus atribuciones, si es que se confirma su puesto como abogado defensor, cosa por el momento incierta. Aquí se trata de hallar la verdad, y si ésta es única, la pasión humana puede llevar el juicio por derroteros escandalosos que desemboquen en una pequeña catástrofe. No se plantearía un cisma en el sistema legislativo de la Unidad, como se acaba

de preguntar, pero el cisma podría surgir posteriormente, según los términos que adopte la defensa del asistente Ehr. Mi opinión es que el profesor Yakzuby no está capacitado para algo tan delicado como lo que se va a ventilar y que el caso, aun enfrentando a nuestras dos formas de vida social, humanos y máquinas, debería seguir su cauce habitual. Es mi opinión. Pero la ley otorga al profesor Yakzuby plena libertad de acción.

El ordenador desapareció de la imagen. De nuevo llenó la pantalla la fotografía plana de Djub Ehr.

–Djub Ehr Nort nació en Gessaria hace treinta y nueve años. Incorporado a la base de Gessaria 1 a los 17 años, pasó a los 22 a la de Gessaria 2 como asistente de vuelo. A los 25 años se une a Flavia Sedhi Uz y pide el traslado a Ezebel 2, residiendo en la Comunidad de Ezebel desde entonces. Tiene dos hijos, un varón de nombre Len y una niña llamada Tura. Hasta el momento, y como asistente de vuelos espaciales, Djub Ehr ha realizado 192 misiones. Por lo que se sabe de su vida, es un hombre competente, aunque tuvo problemas en sus años de estudiante en el Centro de Instrucción de Gessaria, siendo amonestado por práctica subversiva…

Hal Yakzuby cerró los ojos. ¿Quién no es subversivo de joven? ¿Quién pasa por la edad en que todo parece viejo y arcaico, sin el deseo, o el instinto, de superación y cambio? ¿Quién, siendo humano, no ha mirado por primera vez a una máquina con el sentimiento de superioridad inmerso en su mente? Los seres humanos habían hecho a las máquinas… Nadie podía cambiar eso.

La revolución. Las primeras discusiones con las máquinas. Las ideas. Tal vez Djub Ehr tuviese también su pequeña carga de frustración. Toda una vida siendo asistente de vuelo, a las órdenes de una máquina, sin la menor posibilidad de superación… porque nunca podría tomar el puesto de esa máquina.

La palabra «subversión» había saltado ya sobre el campo de batalla, por primera vez. Djub Ehr tenía un pasado que comenzaba a actuar en su contra.

–Llamada para Hal Yakzuby. Llamada para Hal Yakzuby procedente de la Comunidad. Diez segundos para ser atendida en primera instancia. Veinte para segunda antes de desconexión final. Llamada para Hal Yakzuby.

No se movió de su butaca de aire. La voz inició el conteo, y por los interfonos se esparció a todos los rincones de la vivienda. En la pantalla del visor la escueta vida de Djub Ehr continuó pasando. Todo lo gris de su contenido era ahora rojo de sangre y negro de muerte.

–Segunda fracción de conteo. Uno… Dos…

Dejó morir la voz. Los interfonos quedaron mudos, y el boletín informativo olvidó el caso más importante del momento. Los éxitos de una investigación submarina, llevada a cabo por un grupo de humanos, ocuparon el espacio.

Hal Yakzuby siguió quieto frente a la pantalla y no se movió de su butaca durante las dos horas siguientes, pero no vio ni oyó nada que no fuera el caos de sus pensamientos.

20

–Hace dos días le decía que en usted anidaba «la duda». Ahora…

–Ahora me he vuelto loco. ¿No es así?

–Es posible. Sí, es posible. Pero creo conocerlo bien. Conocerlo, no entenderlo. Sé que es apasionado, y que eso es bueno y malo para el ser humano. Sé que tiene instinto, lo cual también es bueno y malo, bueno para el científico y malo para la debilidad humana. ¿Sabe?, «la duda» es un cáncer elemental en la condición de su raza. Ustedes pueden llegar a ser obsesivos y a perder, por esa obsesión, su auténtico equilibrio, la base. Usted comenzó por dudar y ahora se encuentra prácticamente a punto de cruzar el umbral de lo desconocido. Puede que sea como quedar ciego y tratar de avanzar a toda velocidad por un terreno inhóspito.

Zebal 2-103 aguardó a comprobar el efecto que sus palabras causaban en Hal Yakzuby. Ante el silencio del hombre, se limitó a preguntar:

–¿Ha tomado ya una decisión?

–No –reconoció él.

–A veces dudar no es malo, si se entiende en términos habituales –expresó el director del Instituto de Investigaciones.

–Culpable o inocente, ese hombre merece una defensa, la mejor que pueda obtener. No sé si yo seré el mejor; pero cuando menos, si acepto, intentaré serlo.

–Culpable o inocente. Hay mucha diferencia, ¿no cree?

–Tal vez. Si es inocente, lucharé contra todo por sacarlo del atolladero, aunque

para ello deba demostrar lo que las máquinas se niegan a aceptar: que pudo haber algo más, incluso el suicidio.

–¿Y si es culpable?

–Si existe culpa existe un motivo, salvo un ataque de locura espacial.

–Demasiadas alternativas. ¿No le parece?

El tono de Zebal 2-103 era envolvente. Bajo su monocorde oratoria, intentaba atraparlo en algo concreto, o dejar que él mismo tropezara. Hal Yakzuby se dio cuenta de ello y frenó su ímpetu. El cerebro electrónico también comprendió que el hombre se había puesto en guardia. Las luces de su panel central palidecieron.

–¿Cuándo tomará su decisión? –quiso saber la máquina.

–Esta tarde, después de ver a Djub Ehr en la base de Ezebel 2.

–Pero está decidido a aceptar, ¿no es cierto?

–Es posible. Puede que el caso me interese más allá de su aspecto legal. Quizá resulte un modelo de conducta social.

Zebal 2-103 trazó formas verdes y naranjas en su segundo panel lateral.

–¿Se da cuenta de lo que esto significa para el Instituto?

–No del todo. Como elemento independiente, y usted me recordó que lo era hace dos días, tengo la suficiente libertad como para no afectar al Instituto. ¿Es por eso por lo que me ha hecho llamar?

–Quería conocer la situación por usted mismo antes de tomar una decisión al respecto. Le dije anteayer que teníamos a la opinión pública encima, y que nos tachaban de estar desfasados, de perder el tiempo. En eso la historia se repite, y suele ser cruel. La gente no comprende que para obtener un resultado, uno solo, a veces hacen falta años de trabajo. Creen que cada día deberíamos inventar algo o desarrollar una nueva fórmula. Y eso era anteayer. Hoy es uno de nuestros miembros, sin duda el más cualificado en el espectro humano, el que olvida su papel y pretende asumir uno que no es el suyo. ¿Qué piensa que dirán? ¿No vio anoche el boletín informativo?

–Quiere que renuncie, ¿no es cierto? –dijo Hal Yakzuby de repente–. Aquellas vacaciones a las que aludió el otro día.

Zebal 2-103 se vistió de luces rojizas.

–Le aprecio Yakzuby. No quiero que se estrelle.

–¿Por qué?

–Ese hombre no le necesita. Nosotros sí.

Hal Yakzuby expulsó una carcajada de sarcasmo. Apuntó al director del Instituto de Investigaciones con un dedo acusador.

–¿No me necesita? ¿Está seguro de ello, Zebal? ¡Yo creo todo lo contrario! –gritó–. ¿No se da cuenta? ¡Ya le están juzgando! Usted mismo piensa que no tiene ninguna salida, cree que va a ser condenado, y trata de decirme que voy a perder el tiempo. ¡Todavía no ha entrado en la sala del juicio y ustedes, las máquinas, razonando con su fría lógica, ya lo han declarado culpable!

–Hay dos entes en un lugar cerrado, y uno muere. ¿No le parece evidente? –dijo la consola con gravedad.

–¿Evidente para quién? –volvió a gritar el hombre–. Esa nave aterrizó en alguna parte, y su memoria ha sido borrada. ¿Dónde estuvo? ¿Quién borró su memoria y por qué?

–¿Quién? No pudo ser otro que el acusado. En cuanto a ese «dónde», es relativo.

–¿Un asistente de vuelo, sin cultura, anular la memoria de una Doble Delta?

Zebal 2-103 no contestó. Sus luces estaban ahora apagadas.

–¿Y por qué ha de ser relativo el «dónde»? –continuó Hal Yakzuby–. Pudo ser un accidente, sí. Llegar a un núcleo magnético o sumergirse en un fenómeno espacial, tal vez un agujero negro, algo que borrara esa memoria. Pero entonces, ¿no pudo ser esa misma causa la que matara al capitán Ludoz?

–Usted está especulando, Yakzuby, mientras que lo más sencillo suele ser a veces lo evidente.

Hal Yakzuby hundió la cabeza sobre su pecho. Había esperado algo como aquello al recibir el comunicado del Instituto por la mañana. Y veía que era peor de lo que había imaginado. No había tomado todavía ninguna decisión. Deseaba hablar con Djub Ehr. Le apasionaba cada vez más el caso, pero necesitaba ver y escuchar a Ehr. Poco a poco, sin embargo, comprendía que ese punto era relativo. Culpable o inocente, los argumentos defensivos serían unos u otros. Lo fundamental era que el asistente parecía no tener la menor alternativa, y una extraña y rabiosa solidaridad humana estaba creciendo en él, dominándolo por momentos.

Tomar partido.

Las máquinas ya lo habían tomado. Y eran lógicas. ¿Qué cabía esperar de un irreflexivo, voluble e inconstante ser humano?

Levantó la cabeza. Zebal 2-103 esperaba en silencio, inmerso en la eterna quietud de su despacho, inmóvil, suspendido en el infinito vacío de su enorme capacidad. Era como un universo concentrado y vivo.

–Tendrá mi dimisión registrada en cuanto salga –dijo Hal Yakzuby sin la menor inflexión de voz.

Zebal 2-103 no respondió y, cuando el hombre abandonó el despacho, se quedó una vez más solo consigo mismo.

21

Djub Ehr tenía casi el mismo aspecto que en la fotografía que el visor había mostrado la noche anterior en el boletín informativo. Parecía, eso sí, más cansado. Tenía dos bolsas bajo los ojos, y los segmentos que bajaban de su nariz, enmarcando su boca, se hundían ligeramente más en la carne. Iba mal afeitado, y la curva de los ojos le confería un cierto aspecto de infelicidad, lo mismo que un animal desvalido que es apaleado sin comprender demasiado el motivo. Vestía su uniforme del Cuerpo Expedicionario sin distintivo de clase o rango, y únicamente por el color blanco se podía deducir que era un ser humano y no un androide o un clónico.

–Señor Yakzuby –dijo deteniéndose ante Hal.

Los dos hombres se estudiaron recíprocamente mientras sus manos se unían en un fuerte apretón. No era muy alto, quizá la estatura mínima para pertenecer al Cuerpo; pero, bajo su aparente debilidad, el apretón de manos reveló a Hal Yakzuby un carácter fuerte, suficiente para resistir una lucha, aunque tal vez no como aquélla.

–¿Cómo está, Ehr? –saludó el científico.

El asistente curvó la comisura de los labios. Si intentó sonreír, no pasó de hacer una simple mueca. Se desplomó en una silla, frente a la que Hal Yakzuby había abandonado al verlo entrar. No esperó a que éste le pidiera que se sentara. Su imagen pasó en un segundo a ser la de un hombre derrotado.

Prematuramente derrotado.

–¿Cómo quiere que esté? –lamentó.

–De momento en casa, o cerca –opinó Hal Yakzuby.

Djub Ehr levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Vio cómo se sentaba, sin prisa, y estudió aquel rostro especial.

–Mi mujer me ha dicho que es usted un hombre peculiar –apuntó.

–Tiene usted una gran compañera.

–Sí, imagino que sí.

–¿Qué tal ha ido su reunión?

–Bien. Triste. ¿Sabe? No ha llorado. Eso ha sido importante para mí. Me ha abrazado, me ha besado y me ha dicho que todo iba a salir bien. Ella le espera para volver juntos a Ezebel.

Estaban en una pequeña habitación sin muebles, salvo las dos sillas y una mesa. Las paredes, de plástico metalizado, absorbían el ruido. En el ambiente flotaba una extraña paz.

–También me ha dicho Flavia que usted no ha tomado aún una decisión –continuó Ehr.

–Así es. Quería hablar con usted.

Djub Ehr permaneció estático. Sólo sus ojos, un tanto inquietos, saltaban de Yakzuby a la mesa, de ésta al suelo, y del suelo a cualquier otra parte.

–En realidad, no sé para qué.

–Señor Ehr –dijo Hal Yakzuby con calma–. He venido a verlo para que usted me convenza de su inocencia; pero, por lo visto, antes voy a tener que convencerlo yo de que, si es inocente, vamos a luchar por demostrarlo.

–He estado meditando. No tengo la menor oportunidad.

–Deje que eso lo decida yo, y más tarde el juez.

Djub Ehr no respondió a la última aseveración de su visitante. Sus ojos se quedaron quietos en un punto infinito, capturados por un progresivo desaliento que se iba apoderando de él a pasos agigantados. La breve reunión con su esposa, emocionada, y ahora la entrevista con su posible defensor empezaban a pesar sobre él. Hal Yakzuby lo comprendió, pero no permitió que la pena le invadiera. No era momento para sentir lástima de nada ni de nadie.

–Usted se juega la vida en esto, señor Ehr, y con usted, su esposa y sus hijos. Pero yo, si lo defiendo, me juego algo que equivale a lo mismo. Así que, ¿por qué no comenzamos por lo más importante? ¿Es usted inocente?

El asistente no respondió. Elevó la mirada, rescatándola del punto en el infinito en que había caído, y la posó desafiante e inquisitiva sobre la de Hal Yakzuby. En sus ojos anidó un brillo especial, de rabia principalmente, pero también de ansiedad y esperanza.

–Sí –dijo por fin.

Hal Yakzuby dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones. Su relajamiento fue espontáneo. Se sintió curiosamente libre. Había llegado al convencimiento de la inocencia de Djub Ehr, más que por el lacónico monosílabo del hombre que tenía enfrente, por la expresión que le transmitían sus ojos en el instante de emitirlo. Si hubiera captado miedo en aquella mirada, habría dudado; pero la rabia es cosa de quienes se sienten golpeados por el destino, y la ansiedad y la esperanza anidan en quienes creen, por encima de todo, en la verdad.

–De acuerdo. Es suficiente.

Djub Ehr enderezó su cuerpo.

–¿Va a defenderme usted? –inquirió.

–Así es.

–¿Por qué desea creerme? –preguntó el asistente–. ¿Piensa que con ello conseguirá un poco más de fama?

–No nos conocemos, Ehr, y es difícil emitir juicios el uno sobre el otro. Permítame que le diga que, en efecto, antes sí deseaba creerle. Y no sé el motivo. Ganemos o perdamos, este caso va a cambiar mi vida, y no creo que sea para bien. Pero es mi vida, y usted no debe pensar en ella, sino en la suya. Mis motivos son míos. Ahora bien, si antes quería creerle, ahora puedo asegurarle que le he dicho que sí por propio convencimiento. Voy a defenderle porque creo en usted, porque creo en la libertad, porque creo en la verdad y, finalmente, porque creo en mí.

–¿Me hubiera defendido igual en caso de ser culpable?

–Tal vez sí. Todo hombre merece una defensa, y detrás de toda acción ha de existir una causa. Incluso si se hubiese vuelto loco.

Djub Ehr se apoyó en la mesa. Ahora parecía un tanto nervioso. A sus pupilas saltó una mota de humedad. Sus manos se abrieron y cerraron sin encontrar

nada.

–Es... el primer aliento que recibo desde que comenzó todo –balbuceó emocionado.

–¿No le han tratado bien en la plataforma?

–Sí..., es decir, no me han hecho nada físicamente, pero... bueno, he sabido lo que era sentirse despreciado. He matado a una de ellas, ¿no lo entiende? Para las máquinas debe de ser algo así como una revolución. Ellas tienen el poder, y podrían aniquilarnos en unas horas. Cada vez que les decía que yo no lo había hecho, me miraban tan fríamente que..., en fin, es difícil explicarlo. Era como si ya estuviese muerto.

–¿Por qué no me cuenta lo que sucedió en la Doble Delta A-795?

–¡No lo sé! –gritó Djub Ehr–. ¡Ése es el problema: que no lo sé! No tengo ningún argumento a favor... ni en contra; pero hay un muerto, y alguien tuvo que hacerlo. Por lo que yo recuerdo, salimos de Ezebel 2 y, después de la maniobra de despegue, estabilizamos la nave y entré en la cápsula de sueño letárgico. Cuando desperté estaba en la plataforma, de regreso, y todo había sucedido. No hay más.

–¿Qué misión tenía la Doble Delta?

–No lo sé. Era una misión secreta. Yo ya había tomado parte en varias, con Ludoz como jefe. Salíamos al espacio y explorábamos zonas del Universo. A veces descendíamos en un planeta, si tenía las características del nuestro: oxígeno, vegetación y todo eso. En estos casos, el capitán Ludoz me despertaba para que tomara parte en las maniobras. Bueno..., de hecho ya sabe que nosostros intervenimos en las expediciones por deferencia, para que no quedemos a un lado. Ludoz era muy capaz de hacerlo todo él solito. Pero así había un hombre junto a una máquina, para lo bueno y para lo malo. Alegrías del Sistema. Como sabe, antes no podíamos viajar por el espacio, porque el tiempo nos jugaba malas pasadas y perdíamos años enteros de nuestra vida. Pero desde que se inventó la cápsula del sueño letárgico y el tiempo se detiene, todo ha sido más sencillo.

Hal Yakzuby sonrió levemente. Él había intervenido en el desarrollo de aquel prodigio. Una misión podía durar dos o tres años luz, pero para sus componentes, con la adecuación del tiempo, que se comprimía al máximo, transcurrían únicamente dos o tres semanas. Gracias a la cápsula, el infinito se había hecho más pequeño, y las posibilidades de humanos y máquinas en la conquista espacial se convertían en ilimitadas.

–¿Pensó alguna vez que la misión tenía como base la búsqueda de un nuevo mundo?

Djub Ehr bajó la cabeza, como si su defensor hubiera topado con algo inquieto.

–Sí..., e incluso me dije que tal vez fuera por el temor a un nuevo Gran Holocausto. Una nueva Tierra..., por si acaso.

Era una posibilidad. Hal Yakzuby no la desdeñó. De pronto se sintió empequeñecido. Hacía apenas unos minutos que actuaba como abogado defensor, y ya se encontraba en un callejón sin salida. Su único testigo y presunto culpable no había hecho otra cosa que dormir durante aquel viaje mortal. Trató de superar aquel repentino bajón moral.

–¿Qué le sucede? –musitó Djub Ehr.

–No, nada... –respondió Hal Yakzuby recuperando el control de sus reflejos–. ¿Pudo usted borrar la memoria de la nave?

–No dispongo de los conocimientos necesarios para hacerlo, ni para desconectar una máquina, aunque ellas dirán que he podido reunirlos de alguna forma, estudiando en mi casa, por ejemplo.

–¿Lo ha hecho alguna vez?

–¿Estudiar en mi casa? No. ¿Para qué? Aunque adquiriera los conocimientos más notables, ellas nunca dejarían que un humano tomara el mando.

Hal Yakzuby captó la ironía y la amargura de su voz. Eso era algo que debería corregir antes de que el juicio abriera su telón. Un ser humano frustrado, encogido, resentido con las máquinas, era un peligro latente.

–¿Cómo era el capitán Ludoz 7-521?

Djub Ehr no dudó un instante.

–Un gran... –iba a decir hombre y lo corrigió, pero la intención fue evidente–. Una gran máquina. Me llevaba muy bien con él, lo apreciaba y... lo admiraba. Creo que lo más que puedo decir es que era casi humano.

Hubiera esperado de Ehr indiferencia o incluso animadversión hacia su capitán de vuelo, pero nunca admiración. Eso lo desconcertó. Eliminaba no pocas alternativas en el seno del juicio.

Casi humano.

–¿Tan humano como para...?

Hal Yakzuby no terminó la frase. Djub Ehr cerró los ojos y asintió con la cabeza lentamente. No hacía falta decirlo en voz alta, pero el asistente lo hizo.

Y el silencio los sacudió como dos velas al viento antes y después de aquellas palabras.

–Como para suicidarse, señor Yakzuby, porque, si yo no le maté, el capitán Ludoz 7-521 no pudo hacer otra cosa que suicidarse, aunque eso no tenga ninguna base ni las máquinas puedan aceptarlo.

22

La nave había aterrizado en alguna parte. ¿Por qué el capitán Ludoz no despertó a su asistente para la maniobra? Podía realizar cualquier función él solo, y tuvo que hacerlo si no contó con Ehr. Si era así, aquel aterrizaje se convertía en uno de los ejes del dilema.

Hal Yakzuby tomó de nuevo su miniordenador manual y calibró la información que iba obteniendo de sus deducciones. Los datos se incorporaban al registro de la máquina y formaban un cuadro, un gráfico integrado por componentes todavía desordenados. Intentó conseguir un diagrama más lógico.

–La nave despega de Ezebel 2. Tras la maniobra, Djub Ehr entra en la cápsula de sueño letárgico. Al capitán Ludoz no le hace falta: puede modificar su propia concepción del tiempo y adecuarla en orden a la misión o a las funciones que debe desarrollar. Puede incluso permanecer en estado vital. En caso de que en pantalla de radar figure uno de los objetivos perseguidos, o aparezca un peligro, una señal le avisará. Hasta aquí normal. ¿Qué tenemos después? En alguna parte del espacio, la Doble Delta avista un planeta. Pregunta: ¿de qué tipo? Respuesta: parecido a nuestro mundo, al menos según palabras de Ehr. Pregunta: ¿por qué? Respuesta: desconocida. La misión de la Doble Delta A-795 es secreta...

Hizo un inciso y destacó el término A-795. En los vuelos espaciales, la letra solía describir la clase de proyecto, o era a su vez una clave de identificación. El número correspondía al propio número de la misión. Así pues, del proyecto o la clave A, se habían producido anteriormente 794 misiones. Un elevado número, equivalente a algo muy especial.

Continuó hablando en voz alta y transmitiendo sus datos al miniordenador.

–Pregunta: ¿por qué el capitán Ludoz no despierta a su asistente? Respuesta: desconocida. Por peligro, por secreto o por negligencia...; no, por negligencia imposible. Tuvo que ser deliberado. Por peligro, ante algo inesperado, o por secreto, Ludoz mantiene a Ehr apartado de su trabajo. La nave desciende al planeta. ¿Duración de la estancia de Ludoz? ¿Características de su función? Sin respuesta. Luego vuelve a la nave y... de vuelta a casa. Salvo en lo que respecta al aterrizaje, imposible de ocultar, la memoria de la Doble Delta es anulada, y Ludoz muere...

¿Qué vio? ¿Dónde estuvo?

¿Cuál era la misión de la Doble Delta A-795?

Hal Yakzuby dejó el miniordenador sobre su despacho. Se levantó y acudió a la consola de mando privado. Sin vacilar accionó las teclas del control de llamadas y esperó. En la pantalla videofónica apareció poco después el operador de transmisiones de su punto de destino.

–Base de Ezebel 2 –dijo éste–. Computada llamada procedente de Ezebel 72-5530. ¿Con quién desea hablar? Proceda nominación sujeto e identifíquese.

–Mi nombre es Hal Yakzuby. Deseo hablar con... Balhissay 2-15.

No le había sido fácil hablar con Giandelián, y él le refirió el aislamiento del jefe de la base. Sin embargo, tenía que intentarlo. Balhissay podía tener una de las llaves de aquel misterio. El robot desapareció de la pantalla y en su lugar quedaron las tres palabras habituales: «llamada en curso», sobre el fondo blanco del videofono.

Esperó un largo minuto.

El operador de transmisiones reapareció en imagen. Con su proverbial y fría mecánica, igual en todos los robots, monologó:

–Comunicación denegada. Imposible contacto con sujeto. Prioridad especial en...

–Cambio de sujeto: deseo hablar con el ayudante de Balhissay 2-15, un secretario..., alguien lo más próximo a él –interrumpió Hal Yakzuby, sabiendo que la línea iba a ser cortada.

El robot hizo oscilar unas luces, aturdido. Su cabeza quedó quieta un instante.

–¿Orden de prioridad? –dijo, recuperándose.

–El ayudante de Balhissay. Si no está, el secretario. Si no está, su asistente. Si no está, su oficial de enlace más próximo…

Las luces del robot volvieron a oscilar. Hal Yakzuby pudo percibir un claro chirrido de saturación antes de que la pantalla volviera a quedar en blanco con la inclusión del rótulo «llamada en curso». Ahora la espera se prolongó por espacio de casi cinco minutos. Desesperaba ya de poder hablar con alguien de la élite del jefe de la base de Ezebel 2, cuando en el videofono apareció un oficial, un androide con graduación de comandante. Su rostro reflejaba algo más que marcialidad.

–Comandante Dor; ¿señor Yakzuby?

–Soy yo, comandante.

El tono del androide permaneció inflexible.

–Balhissay 2-15 le ruega disculpe la imposibilidad de hablar con usted. Eventos de suma gravedad y operaciones de gran importancia lo tienen ocupado en estos instantes. Si en algo…

–¿Cuándo podría hablar con Balhissay? –lo interrumpió Hal Yakzuby.

–Me temo que… no sea posible en el transcurso de las próximas jornadas.

Balhissay 2-15 no quería hablar. ¿Por qué? Intentó no perder la serenidad, manteniéndose dentro de unas normas elementales de cortesía.

–¿Tiene usted acceso a su jefe, comandante Dor?

–Por supuesto. Soy su oficial de operaciones.

El tono de Hal Yakzuby fue ahora cortante.

–Dígale a Balhissay que puede evitarme cuanto quiera, rehuirme e incluso borrar mi nombre de su memoria, pero ni él puede actuar contra la ley, y que su presencia en el juicio por el caso de la Doble Delta A-795 será inevitable, porque pienso llamarlo a declarar como testigo de la defensa.

–Pienso que… –comenzó a decir el comandante Dor.

Hal Yakzuby no le dejó continuar.

–Mis saludos, comandante.

Cortó la comunicación y, al hacerlo, percibió los latidos de su corazón. No era prudente adoptar posturas radicales, pero se había sentido impulsado a obrar de aquel modo. Balhissay 2-15 surgía ahora como un posible enemigo cuya

presencia amenazadora crecía en las sombras. Y no le gustaba. Era un elemento demasiado peligroso.

Unicamente él podía saber cuál era el papel de la Doble Delta A-795 en el Espacio Exterior.

Dejó la consola y volvió a su despacho. Había errado un tiro. Notó la boca seca y se maldijo por la imprudencia cometida. Balhissay no tenía posibilidad de eludir su declaración en la vista de la causa, pero ahora estaba sobre aviso, y lo que sí poseía era capacidad para cambiar el curso de los acontecimientos o adulterarlos a su favor.

Había temido enfrentarse con Balhissay, y ahora...

Cogió su miniordenador y contempló el cuadro de los datos insertados. Su mano recorrió las teclas y en la pantalla, letra a letra, quedó impresa una pregunta: «¿Qué sucedió?».

El miniordenador emitió un denso pitido. Primero se iluminó, y una frase que se encendía y se apagaba alternativamente expresó su respuesta vacua: «No computable. Falta de información».

Después apareció en su lugar un interrogante, estático y misterioso, como reflejo de una verdad cuyo significado podía estar lejos, muy lejos, a un millón de años luz, tal vez al otro lado del universo.

23

–¿Qué ha dicho Ark?

–Me ayudará.

–¿En serio? ¡Cielos..., no lo hubiera imaginado! Tu ayudante tiene agallas.

–O sentido de la amistad –señaló Hal Yakzuby.

–¿Qué piensa él?

–Es una máquina. Cree que Ehr es culpable. Incluso se ha permitido esbozar una teoría que justifique lo que sucedió, pero siempre sentando como base que Ehr mató a Ludoz. Dice que pudo estar sometido a locura espacial y luego no recordar nada, o verse envuelto en un extraño fenómeno cósmico.

–Pero estará a tu lado –ponderó Gidd.

–Sí, y no sabes lo importante que es esto para mí.

–Sabes que yo puedo pedir un permiso e ir a ayudarte, papá.

Hal Yakzuby negó con la cabeza.

–Gracias, Gidd, pero esto es algo personal.

–Lo sé papá, pero… me siento responsable, o, si lo prefieres, llámalo identidad. Me siento parte de ti, y de todo esto. Si pierdes estarás muy solo, y si ganas… necesitarás algo más que felicitaciones. Les habrás dado donde más les duele.

–¿Qué se dice por ahí arriba? Djub Ehr me dijo que en la plataforma lo trataron mal, no físicamente pero sí anímicamente.

–Aquí las cosas se han tocado en caliente. No olvides que recogimos la nave, y se encontró el cuerpo del capitán Ludoz. Les causó una impresión…, diría que apocalíptica. En algunas máquinas llegué a captar miedo. ¿Te das cuenta, papá? ¡Miedo!

–Y la reacción al miedo suele ser siempre la misma… –expresó el hombre.

Gidd estudió el rostro de su padre. No recordaba haberlo visto de aquella forma desde la muerte de su madre, si exceptuaba los días del fallecimiento de Ena en que la energía desapareció en su cuerpo; ahora, por contra, estaba concentrada en él, agazapada, presta a salir en tropel.

–¿Puede tener razón Ark, papá? –tanteó Gidd–. Te pregunto si pudo haber algo en el espacio…

–Los médicos han examinado a Ehr. No han apreciado en él ninguna transgresión molecular, pérdida de memoria o *shock*. Se ha investigado su subconsciente, mediante rayos analizadores y métodos rudimentarios como la hipnosis, sin el menor resultado.

–Eso es positivo. Si no hay nada en su mente significa que no mató a Ludoz, ya que de lo contrario ello habría quedado registrado en su subconsciente. Y si su constitución molecular es la misma, podemos asegurar que no pasó tiempo fuera de la cápsula.

–Es positivo, pero para ambas partes, y por supuesto no es determinante en ningún sentido. Si mató a Ludoz en un acceso de locura, pudo olvidarlo mediante un mecanismo de defensa netamente humano. Médicamente se conoce como autismo. El cerebro elimina sin dejar rastro aquello que le es desagradable. En

cuanto al factor tiempo..., si Ehr pasó fuera de la cápsula unos minutos, unas horas, incluso un día o dos, pudo no experimentar ningún envejecimiento. En los vuelos interestelares, los comandantes de las naves pasan a velocidad normal, dejando la de la luz, cuando el personal humano sale de la cápsula. Y para funciones de aproximación a un planeta, aterrizaje o despegue, lo mismo. Como ves..., por este lado no hay mucho. ¿Se hizo algo más en la plataforma?

Gidd meditó unos segundos.

–Se examinó la Doble Delta de extremo a extremo, pero lo hizo un equipo especial. Si se encontró algo, debió de ser enviado a Ezebel 2, directamente a tu amigo Balhissay 2-15.

Balhissay 2-15. De nuevo él. Hal Yakzuby sintió un cosquilleo en el estómago.

–¿Por qué a Balhissay?

–Órdenes directas. Y de él mismo.

–Gidd... –esperó. Tenía que ordenar sus pensamientos. Le flotaba algo en la mente, y necesitaba concretarlo. Si Balhissay 2-15 conocía, obviamente, la misión de la Doble Delta A-795... pudo también estar al tanto de su regreso...

–¿Qué, papá?

–El día que avistasteis la nave... ¿fue todo normal? Es decir, ¿fue un día rutinario, roto tan sólo por la presencia de la Doble Delta... imprevistamente? Piénsalo despacio, hijo.

–Bueno..., sí, creo que sí, aunque en una plataforma en construcción sabes que nada es normal. Hay medidas muy rígidas de seguridad y protección, ya que no todos los sistemas funcionan todavía, y constantemente se están llevando a cabo pruebas, con personal en alerta...

–¿Hubo alguna alerta ese día concreto?

Gidd volvió a meditar.

–No..., no que yo recuerde –respondió al fin–. Todo estaba tranquilo, salvo un destacamento de primera necesidad.

–¿Qué es eso? –quiso saber Hal Yakzuby.

–Algo parecido a un ejercicio de supervivencia, pero aquí arriba. Se coge a un equipo y se le da una misión. Independientemente del funcionamiento de la plataforma, el equipo se aísla y se concentra en esa misión.

–¿Fue ese equipo el que localizó la Doble Delta en el espacio?

Gidd Yakzuby parpadeó, sorprendido.

–Sí… ¿Cómo lo has imaginado?

–¿Cuánto tiempo llevaba ese equipo en situación de primera necesidad? –preguntó Hal Yakzuby sin contestar al interrogante de su hijo.

–Unos… diez días.

–¿Siguieron con su misión después de que la nave aterrizara en Ganímede?

–No, pero… bueno, imagino que la situación cambió.

–¿Desde cuándo en una misión de supervivencia, primera necesidad o como lo llaméis ahora, cambia algo?

–Papá, ¿adónde tratas de llegar?

Hal Yakzuby suspiró. Apretó los puños y se hizo daño por la violencia de su gesto.

–No lo sé, Gidd, no lo sé; pero hay algo extraño en todo esto, y mi instinto me lo está gritando. ¿Recuerdas nuestra primera conversación hace unos días, cuando se establecieron las comunicaciones con la plataforma? Te hablé de un experimento en el que teníamos 125.000 posibilidades, y dimos con la buena en la 2.009. Entonces te hablé de casualidad, de suerte… Bien, Gidd, no fue así, aunque no esté bien que lo diga: fue instinto. Supe que la alternativa estaba allí, y comencé por ella. Ahora es igual: presiento algo, y no me gusta, porque parece indicar que la respuesta al misterio de la Doble Delta tal vez no esté en el espacio, sino aquí, más cerca…

–Pero eso significaría que… que alguien sabe la verdad.

Hal Yakzuby calló. Gidd había pronunciado las palabras exactas. ¿Absurdo? ¿Eran los datos de la plataforma Ganímede una casualidad?

–¿Qué duración debía tener el ejercicio de primera necesidad?

–Indefinida.

–¿Quién manda ahí arriba, hijo? Me refiero a la máxima autoridad.

–El jefe de operaciones Denisey.

–¿Tiene total independencia?

–La tiene, pero todos los días habla con Ezebel 2…, con Balhissay 2-15 según presumo, y a veces ha hecho viajes a la base para reuniones y…

La siguiente pregunta ardió en el corazón de Hal Yakzuby.

–¿Hizo algún viaje Denisey en los días previos a la aparición de la Doble Delta o del inicio de esa misión de primera necesidad?

Y la respuesta estalló en su cerebro, como una gélida masa silenciosa.

–El jefe de operaciones Denisey viajó a Ezebel 2 el día anterior a la formación del destacamento de primera necesidad. Fue lo primero que hizo a su regreso, y lo dotó de toda la tecnología de que disponíamos para detectar un posible invasor o peligro exterior...

24

La plataforma Ganímede no estableció comunicaciones con la Unidad de Comunidades hasta unos días antes; sin embargo, el jefe de operaciones Denisey hablaba a diario con Ezebel 2, presumiblemente con Balhissay 2-15. Era lógico que así fuera. Una cosa eran las comunicaciones generales y otra, la línea directa con el Cuerpo de Mandos. Lógico. Lógico. ¿Y el resto? Un viaje a Ezebel 2 lo era, y la creación de equipos especiales o la práctica de ejercicios. ¿Pero inmediatamente después de un rápido vuelo de ida y vuelta a la base? Todo parecía demasiado casual.

Si Balhissay esperaba el regreso de la Doble Delta A-795, ¿sabía lo que sucedía en su interior?

–Señores pasajeros, les damos la bienvenida a bordo del vuelo intercomunitario EG-327 entre las Comunidades de Ezebel y Gessaria. La nave Effren, de la flota 4, será conducida por el teniente Less. La duración del vuelo se estima en 8 punto 250 horas...

La voz mecánica continuó hablando. Hal Yakzuby sujetó su cinturón de seguridad, comprobó la presión de su traje de vuelo y se aseguró de que tenía los dispositivos de auxilio para un caso de emergencia. No era un viaje excesivamente largo. El tiempo de realizar una comida, quizá un poco más.

Sabía lo que iba a encontrar en Gessaria o, cuando menos, creía intuirlo. No esperaba demasiado de aquel viaje ni de lo que lograra investigar. El pasado de Djub Ehr, su infancia, adolescencia, juventud y madurez, apenas si cubriría una página del expediente del caso. Sin embargo, era necesario. Podía surgir un factor

imprevisto y, por otra parte, tenía que conocer muy a fondo al hombre que iba a defender. Cuanto más pudiera meterse dentro de su piel, mejores argumentos hallaría en su defensa y con mayor eficacia cumpliría su papel de abogado defensor.

Sin olvidar la nota «subversiva» inserta en su vida.

–No fue nada, señor Yakzuby. ¡Nada! –le dijo Djub Ehr cuando se lo preguntó–. Era demasiado joven entonces, y me sentía atrapado. De niño solía soñar que era piloto espacial, y cuando me convencí de que eso era imposible y sólo podía aspirar a lo que soy, un simple asistente, me sentí frustrado, perdido. Creí que mi vida no tenía el menor sentido.

–¿Qué hizo en el Centro de Instrucción de Gessaria, para merecer el calificativo de «subversivo»? –le había preguntado él.

–Nada..., es decir, poca cosa. Intenté formar un comité estudiantil para presionar al Sistema. Eran chicos que pensaban como yo y querían ser pilotos, no simples asistentes de vuelo por cortesía. Hicimos algunos mítines y reuniones, y cuando las cosas se torcieron, me quedé solo. Todos se echaron atrás y me enfrenté a un comité disciplinario. Para entonces ya estaba desengañado de todo. Me sometí, porque deseaba viajar al espacio, aunque fuera de asistente, y no sucedió más. Creía que estaba olvidado...

No, no lo estaba. La vida de cada ser humano podía ser conocida en un abrir y cerrar de ojos. La información se almacenaba en los ordenadores administrativos. Bastaba con pulsar un botón. Alguien había dicho en el viejo pasado que, con las máquinas, el hombre iba a perder algo muy preciado: su intimidad.

Hoy la intimidad era algo tan falso como los sueños provocados por las pastillas. Cada acto, cada palabra, terminaba por ser un dato de un proceso, y cada proceso lo más parecido a una vida resumida en un microfilme de un milímetro de espesor o una fuente de información en el corazón de una máquina.

El pasado de Djub Ehr se iba a volver ahora contra él.

Se concentró en la maniobra de despegue. El pesado cohete de transporte de viajeros y carga comenzó a rodar por la pista en dirección a la lanzadera. Cuando la alcanzó, elevó su morro pausadamente hasta que la nave formó un plano perpendicular sobre la tierra. Recostado sobre su espalda, como los primitivos astronautas, Hal Yakzuby escuchó el conteo previo a la propulsión inicial.

–Diez... nueve... ocho... siete...

¿Sabía Balhissay que el capitán Ludoz se había suicidado, o existía un «algo más» oculto en el fondo de la Doble Delta? ¿Qué misterio se escondía en la misión de la nave?

–*... seis... cinco... cuatro...*

Tenía miedo por Gidd. Se estaba comprometiendo demasiado. Si sus conversaciones con él eran reprogramadas... ¿Y por qué no? Balhissay 2-15, con su amplio control, debía de saber que su hijo se hallaba destinado en la plataforma Ganímede como ingeniero técnico. En cualquier momento podía trasladarlo... ¿O conocía su juego gracias a Gidd y a sus conversaciones videofónicas?

–*... tres... dos... uno...*

–Nada ni nadie nos arrebatará el futuro –había dicho Balhissay mucho tiempo atrás.

Futuro. ¿Qué futuro?

–*... cero.*

Los potentes motores de la nave Effren en su vuelo EG-327 de Ezebel a Gessaria se dispararon, y su rugido atronó el aire. La superestructura del cohete tembló lo mismo que si hubiera sido zaherida por una mano gigantesca, y de pronto, grácilmente, comenzó a elevarse. En su interior apenas si se notó nada. Hal Yakzuby cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, un minuto después, el cohete ya había recobrado su horizontalidad, y la tierra era una mancha en la distancia. La gran Ezebel, rodeada por su cinturón de vegetación, brillaba como un emporio bajo la luz, y atrapándola, igual que una mano blanca, invisible pero mortal, el desierto, que se perdía a lo lejos a su derecha y moría en el mar por su izquierda.

No dejaba de ser un mundo curioso y extraño, heredado del pasado.

Los ocupantes de la nave aflojaron sus cinturones y comprobaron de nuevo la presión de sus equipos. El hombre que se hallaba sentado junto a Hal Yakzuby conectó su visor individual y se relajó. Una preciosa asistente de vuelo avanzó por el pasillo central sonriéndoles y preguntando si todo iba bien, si deseaban algo. Era la suya una cálida sonrisa humana.

Humana...

Djub Ehr le había dicho que el capitán Ludoz 7-521 era casi humano. ¿Qué relación tenía eso con su muerte? Los humanos sí solían suicidarse... por amor,

por frustración, por locura.

–Era una gran máquina, casi humana.

Humana…

¿Protegía Balhissay 2-15, simplemente, el buen nombre de un brillante piloto del Cuerpo Expedicionario?

–Balhissay, Balhissay… –balbuceó Hal Yakzuby–. Es inevitable que nos encontremos. ¿No es así?

Sentía miedo, pero, al mismo tiempo, también un extraño placer. Tal vez todo estaba ya escrito y ellos eran simples instrumentos del destino.

Una voz, procedente del visor frontal de su compañero de vuelo, le reclamó. Primero no supo el motivo, pero después, al verse a sí mismo en la pantalla, pensó que su subconsciente habría captado un nombre o su instinto, la presencia del caso que ahora lo tenía ocupado al cien por cien de sus facultades.

–… la noticia de que el juicio por la muerte del capitán Ludoz 7-521 se celebrará dentro de tres días, facilitada ayer noche, es sin duda el gran tema de la jornada de hoy, no sólo en Ezebel sino en el resto de las Comunidades de los dos hemisferios –decía en aquel momento un locutor–. El presidente de la Corporación Legislativa ha manifestado a primera hora de esta mañana que la rapidez en la vista de la causa no se debe a ningún motivo en particular y sí al deseo de concluir cuanto antes con este espinoso caso que ha conmocionado a la opinión pública. Dado que todos los datos pertinentes están ya en poder del fiscal general Kisseian 3-52, el presidente de la Corporación Legislativa, Hurion 1-69, ha dicho que no hay motivo para una demora que podría encrespar los ánimos o formar un estado de tensión que puede y debe evitarse con la rápida aplicación de la ley y la justicia. El abogado defensor del acusado, el profesor Hal Yakzuby…

El hombre sentado a su lado, que seguía atentamente las palabras del locutor, hizo chasquear los dedos.

–Ése es un tipo con agallas –dijo, dirigiéndose a sí mismo, a todos y a nadie en particular–. Si yo me atreviera a plantarle cara a mi superior, y decirle lo que pienso de él y de su fría y maldita reglamentación…

Hal Yakzuby esbozó una débil sonrisa. El ser humano era el ser humano, y seguiría siéndolo por el resto de los tiempos, con su lado bueno y su lado malo, con su pequeña insolidaridad y su gran capacidad, con sus defectos y sus virtudes de animal racional.

Las máquinas nunca podrían entender eso.

–... por ello, la noticia de que la vista de la causa será presidida por el Honorable Juez Orion 1-27 ha causado una honda impresión. Con su nombramiento, la Corporación Legislativa del Sistema ha buscado la máxima garantía y el más justo de los veredictos, dada la talla y la personalidad de...

–Garantías... –bufó el hombre–. A ese pobre iluso de Ehr le quedan tres días de vida. Ésa es su única garantía... ¡Diablos!

Tres días.

Hal Yakzuby volvió a cerrar los ojos. Tras la ventanilla de su asiento en el cohete, un cielo violáceo se extendía abierto y hermoso sobre la faz de la Tierra, que flotaba inerme más abajo. Cambió esa imagen por su negrura interior, buscando un poco de paz, de concentración. Tenía tantos interrogantes en su mente, y tantas respuestas que intentar hallar en tres días...

–Y si lo mató sería por algo, ¿no le parece, amigo? Ese tipo no tiene aspecto de estar loco, sino muy cuerdo –dijo el hombre.

SEGUNDO NIVEL

EL JUICIO

25

–Causa E-357: El Sistema contra Djub Ehr Nort. Preside el Honorable Juez Orion 1-27. Todo el mundo en pie.

Orion 1-27 era ciertamente impresionante. En otro tiempo lo hubieran llamado «robot», porque era un ser enteramente metálico a imagen y semejanza humana. Pero ese tiempo quedaba ya muy lejos en el pasado. Ahora, en el presente, Orion 1-27 pertenecía a la Clase 1, la de los Dirigentes, e impresionaba ante todo por su enorme tamaño; además, su naturaleza revelaba un avance tecnológico extraordinario. Medía cerca de tres metros, y su cuerpo lo constituían un cúmulo de ordenadores unidos entre sí, dominados por el cerebro electrónico que formaba la cabeza. En su rostro, bañado de luces, la expresividad casi rozaba la humanidad, a pesar de la carencia de rasgos netamente humanos. Tenía dos ojos integrados por multitud de micropuntos de luz, una boca plástica que profería las palabras que su facultad de habla le indicaba, y también una nariz cónica, dos cejas que reflejaban su estado de ánimo y dos canales auditivos perfeccionados. Sus dos brazos semejaban troncos de árbol, y sus dos piernas lo eran. Se movía con enorme dificultad y, tanto por su tamaño como por su edad, era ayudado por un asistente, un humano que hacía las veces de lazarillo.

–Cielos..., parece terrible –musitó Djub Ehr.

–Lo es –afirmó Hal Yakzuby–. Su fama le precede: es inflexible, duro, justo, con una experiencia que se remonta a tres siglos y una larga lista de peculiaridades. Su índice de errores es increíble: 0,00000000000000000000000000000000000001 por ciento. Y no sé si me olvido de algún cero.

Orion 1-27 avanzó lentamente por la parte superior del estrado. En la rebosante sala, todo el mundo permaneció quieto, inmóvil, cautivado por la presencia del

más mítico componente de la Corporación Legislativa del Sistema. Cuando el juez alcanzó su asiento y se inclinó para sentarse en él, muchas respiraciones humanas se contuvieron, y muchos circuitos maquinales se interrumpieron.

Hal Yakzuby miró tras de sí. Era parte de la historia, pero no sentía la menor satisfacción. Siempre deseó ser un protagonista, pero en unos niveles en los que no entraban escándalos o publicidades gratuitas. Ahora se sentía un poco como la *vedette* de una primitiva comedia. En la sala de grandes dimensiones, cuadrada, el clímax rozaba la tensión. Las cámaras del canal del televisor retransmitían, momentáneamente, aquella primera sesión. Separando la parte pública de la que ocupaban el juez, el fiscal general y el abogado defensor, con el acusado, se levantaba una pared de cristal que no afectaba para nada la permeabilidad sónica del recinto.

Flavia Ehr estaba sentada en primera fila, con Len a su derecha y Tura a su izquierda. No había querido dejarlos fuera. Quería que fuesen testigos de todo. Hal Yakzuby pensó, una vez más, que era una mujer extraña, aunque sobresaliente. Más allá de la esposa del acusado, vio a viejos o nuevos conocidos: Kein 4-917 en la tercera fila, Giandelián 3-893 y un enlace de Zebal en la cuarta, algunos alumnos y discípulos del Instituto de Investigaciones, un primo de Ena al que no veía desde hacía meses... Rostros y más rostros, humanos y mecánicos.

En el silencio de la sala, mientras Orion 1-27 se acomodaba, se escuchó el clamor exterior.

–Esto es el cisma –murmuró Ark 6-1117.

Su voz mostró una preocupación que su rostro no revelaba. Hal Yakzuby le sonrió con afecto. Ark había insistido en ser su ayudante en el juicio. La importancia de que una máquina ayudase a un hombre que actuaba en la defensa de otro hombre acusado de haber asesinado a una máquina revestía caracteres muy especiales que los visores de noticias y la vídeo-prensa no cesaban de destacar. Para los extremistas significaba un toque de alarma, y para los observadores una evidencia de libertad del Sistema. Nadie era culpable hasta que no se probara lo contrario. Ésa era una máxima tan antigua como el mundo, y seguía rigiendo en la actualidad.

Ark seguía creyendo en la culpabilidad de Djub Ehr, pero estaba allí, a su lado, ayudándole.

El clamor creció más allá de la sala. La calle estaba prácticamente tomada. Por primera vez en años, decenios..., siglos incluso, tenía lugar una manifestación. Grupos de seres humanos portando pancartas y gritando en favor de Ehr

rodeaban la sede de la Corporación Legislativa. Vigilantes, robots policías esperaban sin intervenir. Ark tenía razón: el cisma estaba a punto de producirse.

Orion 1-27 también debía de saberlo.

–Pueden sentarse –indicó el alguacil–. Antes de iniciarse la vista, el Honorable Juez desea dirigirles algunas palabras previas.

Se hizo de nuevo el silencio, y los asistentes se acomodaron en sus asientos. Orion 1-27 esperó a que el último estuviese inmóvil. Paseó su mirada fría por los expectantes rostros, y se apoderó de todas las voluntades con su gravedad. Cuando comenzó a hablar, su voz fue una marea creciente, plácida pero peligrosa a la vez, dura aunque medida.

–Este juicio –dijo– tiene unas connotaciones que para todos son obvias y que yo no deseo citar aquí. No pretendo minimizarlas ni desorbitarlas supravalorándolas. Aquí estamos reunidos libremente para defender la ley y hacer justicia. Un fiscal intentará aducir unas razones y un abogado defensor intentará rebatirlas. Cada uno de ellos peleará con lo mejor de su capacidad para conseguir llevar adelante su verdad. Y yo, finalmente, tengo la autoridad para emitir el veredicto definitivo. Sin embargo... –la voz acentuó la gravedad; los ojos se llenaron de azul–, lo que aquí hagamos o digamos es importante, no ya para nosotros, sino para las Comunidades y su Unidad, e incluso para la historia. Si cada generación es responsable del futuro, nuestra responsabilidad puede alcanzar grados insospechados a partir de este momento. Por ello, yo quisiera exhortar a los dos letrados, al fiscal general de la Comunidad Kisseian 3-52 y al profesor Yakzuby, a que no hagan de este juicio una batalla personal ni un reflejo de un estado de ánimo que, si existe, debe debatirse fuera de esta sala. Seré inflexible con ambos si se extralimitan en sus funciones e intentan sobrepasar los límites permisibles de tolerancia en un caso como el que nos ocupa, y lo mismo si atentan contra la paciencia de mi persona. Quiero y exijo un juicio rápido aunque justo. Quiero y exijo que cada uno se limite a presentar sus pruebas con minuciosa brevedad, sin dilaciones ni pérdidas de tiempo. Quiero y exijo un total silencio en esta sala, o la haré desalojar...

Hal Yakzuby echó una rápida mirada al fiscal general de la Comunidad, Kisseian 3-52. Era un androide flexible, ágil y listo, de rostro mefistofélico y probada reputación. Ahora tenía la cabeza levantada con orgullo. Había dicho, en unas declaraciones formuladas el día anterior, que nunca tuvo un caso tan sencillo como aquél, y que actuaría con la misma decidida determinación con que lo hacía siempre, sin importarle la naturaleza racial del acusado.

Orion 1-27 terminaba su alocución.

–... por ello confío en la capacidad de cuantos estamos aquí reunidos, en nuestro compromiso y en nuestra responsabilidad. Se juzga a un ente de nuestra Comunidad, no a la Comunidad. Se juzga a un ser, no a todos los seres, humanos o máquinas, y existe una víctima que, al margen de su naturaleza, es a su vez un ente individual. Se juzga por último un hecho, no el Sistema.

Al decir estas palabras, miró a Hal Yakzuby.

–La causa queda abierta –sentenció el Honorable Juez Orion 1-27, golpeando su mesa con un martillito metálico.

26

Kisseian 3-52 se puso en pie en el momento en que, en el exterior, se producían las primeras descargas policiales. El ahogado murmullo de voces humanas, protestando y repitiendo determinadas frases sobre la legalidad del juicio y la inocencia de Ehr, se convirtió en un grito cerrado de dolor y desbandada. Los fusiles de ondas eléctricas de la policía iluminaron el día con sus haces de colores tras los ventanales. En la sala hubo un movimiento de nerviosismo, y algunos humanos estuvieron a punto de decir algo.

Mientras Kisseian 3-52 se dirigía al centro del estrado, el tumulto exterior terminó con la misma rapidez con que se había iniciado, levemente envuelto en un deshilachado murmullo que se ahogó a sí mismo.

El silencio adquirió una presencia fantasmal, y el fiscal general se embebió de él antes de iniciar su alegato de exposición.

–Señoría –dijo con firmeza, y su voz atronó el espacio–, quisiera comenzar mi intervención agradeciendo las palabras con que acabáis de abrir esta causa. Es evidente que la naturaleza de la misma se presta, en primer lugar, a una controversia que es necesario evitar a toda costa, y en segundo lugar, y dada la inexperiencia del que hoy es mi colega en el banco defensor, a una interminable búsqueda de pruebas que sólo contribuirían a prolongar su desarrollo. Por fortuna, y apoyando la necesidad de emitir un veredicto rápido y justo, nos hallamos ante un caso cuya resolución, cuando menos para este Cuerpo Judicial, es no sólo sencilla, sino también inequívoca. Y es deseo de este mismo Cuerpo

Judicial probarlo para obtener un veredicto de culpabilidad, veredicto que consideramos no ya justo, sino necesario por esas mismas características que, sin haber sido citadas, son de todos conocidas y tienen carta de naturaleza primordial. Se trata de un incalificable asesinato, repito: asesinato, en el cual la víctima es una máquina y el acusado un hombre. Pero –su voz aumentó de tono y alcanzó el máximo de su escala–, pero, repito, la gravedad del hecho no sería mayor ni menor en el supuesto de que los acontecimientos se hubiesen producido a la inversa. La ley es igual para todos. Cuando este Cuerpo Judicial demuestre, sin apelativos ni lugar a dudas, que el asistente de vuelo Djub Ehr Nort mató a sangre fría a su capitán de nave, Ludoz 7-521, exigiremos el máximo castigo y el máximo rigor que esa ley nos permite.

Kisseian dejó de hablar al juez y, girando el cuerpo, se dirigió al banco ocupado por el acusado, a cuyos lados se hallaban Hal Yakzuby y Ark 6-1117.

–Como fiscal general de la Comunidad, pienso probar que el asistente de vuelo Djub Ehr Nort, por una causa todavía desconocida pero presumible, mató al capitán Ludoz 7-521 en el transcurso del vuelo designado como A-795 y a bordo de una nave Doble Delta de las fuerzas espaciales de la Unidad de Comunidades. Como fiscal general de la Comunidad, demostraré que el asistente de vuelo Djub Ehr Nort –la repetición del nombre tenía un cierto toque de desprecio– abusó de su posición y de su amistad con su superior para ganarse su confianza y tener acceso a unos conocimientos que el propio capitán Ludoz le facilitó. Como fiscal general de la Comunidad, probaré que el asistente de vuelo Djub Ehr Nort era y es un hombre violento que, tras ser acusado de «subversivo» en su juventud, recibió del Sistema una segunda oportunidad, oportunidad que él no sólo no supo aprovechar con un buen fin, sino que se sirvió de ella durante años, hasta consumar sus planes y plasmar sus instintos. Como fiscal general de la Comunidad, por último –sus palabras fueron ahora premeditadamente lentas–, demostraré lo siguiente: que a bordo de la nave Doble Delta A-795, ocupada únicamente por el capitán Ludoz 7-521 y el asistente de vuelo Djub Ehr Nort, se desarrollaba con normalidad una misión adscrita a la base de Ezebel 2, cuando en el Espacio Exterior se avistó «algo», un planeta, asteroide u objeto, que mereció el interés del jefe de la expedición. Recalada la nave en la superficie de ese objeto no identificado, el asistente de vuelo Djub Ehr Nort vio satisfecho el deseo que años atrás lo llevó a solicitar su inclusión en el departamento de vuelos espaciales: apoderarse de una nave y dedicarse a la piratería interestelar o bien apoderarse de dicho objeto, en caso de que fuera algo material, o bien quedarse en el asteroide o mundo descubierto, por razones que ignoramos pero podemos intuir, dada la habitual codicia humana, característica tan afín al

sistema de los seres humanos como su primitiva, y hoy aparentemente controlada, violencia. No me cabe la menor duda de que fue esa parada en el vuelo de la Doble Delta A-795 la que determinó el cambio de actitud del asistente Ehr. Fuese lo que fuese lo descubierto, intentó apoderarse de ello, o vivir en ello. ¿Un mundo de riquezas insospechadas? ¿Un planeta poblado por seres inferiores en el que podría ser rey?... Un misterio. Lo cierto es que tras abandonar el hallazgo, de regreso a la base de Ezebel 2, el asistente Djub Ehr Nort comete una serie de fechorías: en primer lugar asesina a su capitán, desconectando sus circuitos vitales; en segundo lugar intenta robar la nave. ¿Por qué no lo consigue? Por la sencilla razón de que su fantasía supera la realidad. El capitán Ludoz 7-521 consigue conectar los dispositivos automáticos antes de morir, y el asistente de vuelo Ehr desconoce su manejo. Quizá sepa manejar una Doble Delta, pero ignora cómo desconectar un sistema que no se ha preocupado de investigar. Por eso, viéndose atrapado y de vuelta a la base, donde se sabe perdido, este hombre inteligente y despiadado borra la memoria de la nave, se introduce en la cápsula de sueño letárgico, y espera..., espera..., confía en que alguien crea lo imposible: la presencia de un tercer elemento desconocido o cualquier causa atribuible a los siempre complejos fenómenos del Espacio Exterior. O confía, quizá, en que en un juicio como éste... salga absuelto.

Djub Ehr, que había escuchado toda la disertación del fiscal general, tenía el rostro rojo de ira. Hal Yakzuby le cogió de un brazo antes de que el hombre gritara algo. Como si se hubiera establecido un puente, la energía del acusado desapareció gradualmente. Fijó sus ojos en los de su abogado, y sus pupilas lanzaron mil destellos al inundarse de lágrimas.

–No... es cierto –balbuceó–. Nada de lo que ha dicho es cierto... Está loco..., loco...

Kisseian 3-52 había mostrado sus cartas. Hal Yakzuby reconoció que su historia tenía un buen argumento central, y consistencia legal. Lo justificaba todo y no dejaba nada al azar, aparentemente. Era improbable en casi todos sus puntos, salvo en el más importante: la eterna soledad del hombre y la máquina en la nave. Improbable. ¿Cómo demostraría una sola de sus aseveraciones?

¿Y como demostraría él lo contrario?

El empate siempre dejaba el caso de vuelta a lo evidente: una víctima y un único testigo.

–Para situar el caso, la personalidad del muerto y del acusado, y llegar al punto crucial, el asesinato producido en la nave Doble Delta A-795, este Cuerpo Judicial

abre ya los interrogatorios y llama a su primer testigo –anunció Kisseian 3-52–: Henz Alesak Far.

27

Un hombre avanzó hacia el estrado. Parecía completamente normal, salvo por sus movimientos. Su forma de caminar tenía algo peculiar, mecánico. Movía las piernas con una rigidez extraña. Tendría entre 45 y 50 años, pero su rostro mostraba las arrugas y el dolor de una persona de 70, un hombre con la muerte ante sí... o tal vez con la muerte demasiado cerca en su pasado. Cuando tomó asiento en la silla de los testigos, el alguacil le acercó la Constitución.

–¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en cuanto se le demande en este juicio, por el Sistema y la Unidad?

–Juro –dijo el hombre.

El alguacil se retiró. Kisseian 3-52 se aproximó a su primer testigo con actitud reflexiva. Hal Yakzuby reconoció la habilidad del fiscal, presentando como testigo de la acusación, en primer lugar, a un ser humano.

–¿Sabe quién es? –le preguntó a Djub Ehr.

–Su nombre me es familiar, pero nunca lo he visto antes.

Un ser humano. Aquél sería también un caso guiado por la astucia, un juego en el que podía triunfar el mejor psicólogo o el que lograra más puntos a favor. Hal Yakzuby pensó en su poco triunfal viaje a Gessaria, en su limitación humana frente al poderío tecnológico de las máquinas...

–¿Cuál es su nombre y ocupación? –preguntó Kisseian 3-52.

–Mi nombre es Henz Alesak Far. Actualmente estoy retirado.

–¿En qué trabajaba usted antes de retirarse, señor Far?

–Era asistente de vuelo.

–¿Conocía al capitán Ludoz 7-521?

–Sí, claro –afirmó el hombre con un cierto toque de orgullo–. Yo era su asistente. Lo fui en más de doscientas misiones, y por ello tengo la Mención de Honor del Sistema en plata... y en oro...

Kisseian no le dejó seguir. Hal Yakzuby imaginó que quería guardar las sorpresas. Cada cosa a su tiempo.

–Háblenos del capitán Ludoz, por favor –indicó el fiscal general de la Comunidad.

Hal Yakzuby estuvo a punto de levantarse para protestar, pero se contuvo. Si provocaba la animosidad del juez a las primeras de cambio, le sería difícil mantenerse cuando los ataques fueran directos y las preguntas, o su intención, excesivamente venenosas.

Henz Alesak dulcificó su expresión. Parecía un anciano recordando una infancia, un hijo, un nieto.

–¿Qué quiere que le diga? ¿Por dónde quiere que empiece? –preguntó–. Hay tanto que decir…

–Díganos, por ejemplo, cómo era él, en su condición de camarada y de superior –ayudó Kisseian.

–Era un gran oficial y una gran máquina –aseguró Henz Alesak–. Ante todo, un compañero. Su experiencia fue siempre una gran ayuda para mí. Raramente ordenaba algo, en el sentido estricto de la palabra. Formábamos un buen equipo allá arriba –señaló por encima de su cabeza, con nostalgia–, y éramos amigos aquí abajo. Tenía un elevado sentido del deber, un alto concepto de lo que hacía, de cómo lo hacía y de por qué lo hacía, con un grado de responsabilidad absoluto. Era… casi humano.

Hal Yakzuby se estremeció. Djub Ehr le había dicho lo mismo al hablar de Ludoz. El asistente se acercó a él.

–Ese hombre fue el anterior ayudante de Ludoz. Yo tomé su puesto. Le…

Hal Yakzuby no le dejó seguir.

–¿Diría usted que el capitán Ludoz podía hacer algo equivocado, mal, conscientemente? –preguntaba en aquel momento Kisseian.

–Protesto, señoría –dijo Hal Yakzuby poniéndose en pie–. La opinión del testigo no significa nada en lo que nos ocupa.

El Honorable Juez Orion 1-27 se tomó tres segundos para meditar.

–Aceptada la protesta –anunció al fin.

–Cambiaré la pregunta –convino el fiscal general–. ¿Hizo algo equivocado, mal, conscientemente, el capitán Ludoz, en el tiempo que sirvió usted a sus órdenes,

señor Alesak?

–Protesto, señoría –volvió a decir Hal Yakzuby–. El testigo no tiene la cualificación necesaria como para saber si su superior cometió errores o no en las diversas misiones en las que lo acompañó.

No deseaba convertirse en protagonista, pero no podía permitir que Kisseian obtuviera la menor ventaja de tipo psicológico. El fiscal general de la Comunidad debió de comprenderlo, porque hizo un evidente gesto de fastidio.

–Aceptada la protesta –repitió Orion 1-27–. ¿Desea el representante del Cuerpo Judicial formularla en otros términos?

–No –dijo Kisseian con aspereza–. En realidad no importa –avanzó hacia su testigo como si deseara terminar pronto–. Volviendo a la personalidad del capitán Ludoz y a usted –dijo–, ¿por qué dejaron de formar equipo? ¿Acaso se pelearon, pidió usted el traslado, lo echó su superior...?

–No fue nada de eso. Tuve un accidente.

–¿Le dieron por él la Mención de Honor del Sistema de oro?

–A mí sí, en oro, porque a causa del accidente tuve que dejar el cuerpo. Al capitán Ludoz se la dieron de platino, y la merecía.

–¿Podría referirnos qué clase de accidente lo apartó del servicio activo, y el motivo de esas menciones honoríficas?

Como si esperara una nueva protesta, Kisseian 3-52 miró a Hal Yakzuby, pero éste continuó quieto en su sitio. El fiscal general se permitió un gesto de satisfacción.

–Íbamos en la Doble Delta, la misma en la que ahora ha sucedido todo esto –contó el hombre–. Regresábamos a la base cuando se nos notificó que un cohete experimental había caído en un asteroide y debíamos ir a él para averiguar los daños y recoger la memoria electrónica. El capitán Ludoz me despertó del sueño letárgico e hicimos las maniobras de aproximación y descenso. Nos posamos en el asteroide en cuestión, a menos de un kilómetro del cohete experimental caído, y bajamos a tierra. El cohete estaba destrozado casi por completo, y sus restos diseminados por los alrededores. Comenzamos a buscar la memoria electrónica. Se produjo una explosión, y el capitán Ludoz se vio envuelto en ella. Cayó al suelo y quedó sepultado bajo un montón de hierros. No tenía ninguna avería, pero estaba inmóvil; así que comencé a quitarle cosas de encima, y, al ver que no podía, volví a la Doble Delta y cogí un láser para cortar el metal que lo aprisionaba.

–¿Había riesgo de nuevas explosiones? –interrumpió Kisseian.

–Sí, lo había.

–¿Le ayudó usted porque, si Ludoz moría, no tendría medios de subsistencia?

–No. Le ayudé porque era mi deber. Además, se trataba de mi amigo. En caso de morir el capitán, yo no tenía más que llamar por radio a la base y esperar en mi cápsula de sueño letárgico la llegada de una misión de rescate.

–Puede continuar, señor Alesak. Quería que quedara claro este punto.

–Pues... volví con Ludoz, corté con el láser los hierros que tenía encima, y en el instante en que se ponía en pie..., maldita sea, se produjo la segunda explosión. Y ésta me alcanzó a mí de lleno.

Henz Alesak se detuvo. Una sombra de dolor cubrió su faz. Los recuerdos lo enfrentaban en lo que probablemente era el drama de su vida. En la sala, respiraciones humanas y engranajes de máquina quedaron en suspenso.

–La segunda explosión... –tanteó Kisseian.

–Fue muy fuerte, y apenas recuerdo nada. Una luz, un golpe... y sangre, mucha sangre. El capitán Ludoz me llevaba en brazos hacia la nave. Mi traje estaba perdiendo presión, sentía frío... Pude ver que tenía las piernas destrozadas y el traje hecho jirones, pero Ludoz me había practicado unos torniquetes con el fin de evitar que muriera. Todavía no sé cómo pudo hacerlo, pero lo hizo, y fue lo bastante rápido para salvarme la vida. Una vez en el interior de la nave perdí el sentido y ya no volví a recuperarlo hasta llegar al hospital de Ezebel 2. Allí me dijeron que Ludoz me había salvado la vida dos veces: primero evitando la descomposición de mi traje espacial; luego, operándome en la nave y manteniendo mis constantes vitales durante el viaje de regreso. Además, Ludoz condujo la Doble Delta por encima de sus posibilidades, con riesgo de desintegración, y en una acción suicida, apuró cada segundo y llegó a Ezebel en un tiempo récord.

–¿Cómo están hoy sus piernas, señor Alesak?

El testigo se puso en pie. Miró al frente y luego se dobló hacia delante. Levantó su túnica hasta la altura de los muslos y mostró dos prótesis metálicas activadas con energía procedente de sus propias corrientes cerebrales.

Un murmullo de admiración sobrevoló la sala. Henz Alesak dejó caer su túnica y volvió a sentarse, visiblemente afectado.

–¿Ha pensado alguna vez que habría sido mejor morir en aquel accidente, señor

Alesak? –preguntó Kisseian.

–¡Oh, no...; no, señor fiscal! –respondió el hombre–. La vida es lo bastante hermosa como para vivirla de cualquier forma. El capitán Ludoz se portó como un héroe y como el amigo que era, y hubiéramos muerto los dos cuando él condujo la nave como lo hizo, por ayudarme, si él no hubiera sido lo que era: un ser especial..., muy especial.

Kisseian 3-52 le dio la espalda a su primer testigo. Había probado sobradamente la capacidad de Ludoz 7-521, su alto sentido del deber, su fuerza, su solidaridad, su amistad, su valentía y su comportamiento con aquel asistente de vuelo o con otros.

–He terminado con el testigo, señoría –dijo con firmeza, sentándose en su sitio.

El Honorable Juez Orion 1-27 miró a Hal Yakzuby.

–No haré preguntas –dijo el abogado defensor sin moverse de su puesto.

28

Kisseian 3-52 volvió a levantarse. Aunque no se trataba de un testigo capital, al fiscal le causó cierta sorpresa la negativa de su rival a interrogarle. Mientras Henz Alesak regresaba a su sitio entre el público, el fiscal general de la Comunidad tomó posición en mitad del espacio libre frente al estrado que coronaba y presidía la mole de Orion 1-27.

–Señoría –comenzó de nuevo con fuerza–, era intención del Cuerpo Judicial presentar una serie de testigos cuyo testimonio no tenía otra finalidad que perfilar la personalidad del asesinado...

–¡Protesto! –gritó Hal Yakzuby.

El juez no tuvo que intervenir. Kisseian rectificó casi inmediatamente la intención de sus palabras.

–... la personalidad del capitán Ludoz, víctima mortal en el caso que nos ocupa y por el cual se juzga a su presunto asesino. Sin embargo, en respuesta a la demanda de brevedad, ecuanimidad y síntesis que se nos ha formulado, no voy a llamar al resto de los humanos y máquinas que tenía citados al respecto. El capitán Ludoz 7-521 fue un modelo de oficial y una máquina de rara perfección.

El jefe de servicios, Sel 4-7598, encargado del Centro de Control, donde fue completado el androide Ludoz antes de ser destinado al Cuerpo Expedicionario, podría decirnos las cualidades concurrentes en él, y el grado de perfección y refinamiento obtenido en sus circuitos y sistemas. El comandante Rentash 3-922, su inmediato superior en la base de Ezebel 2, podría referirnos su carrera, su brillante hoja de servicios, que pongo a disposición de la sala –dejó un pliego de cuartillas en una mesita destinada a pruebas testificales–, y un sinfín de detalles que confirmarían lo que ya es evidente después de la interesante declaración del señor Alesak: que nos encontramos ante una máquina privilegiada, superdotada, en la que no tenía cabida el odio y sí muchos valores encomiables. Renunciando a estos testigos, que no harían sino repetir lo que ha manifestado el señor Alesak, creo contribuir al mejor desarrollo de esta vista y confío en que mi colega sepa tomarlo en consideración.

–Este tribunal es quien debe tomarlo en consideración, fiscal general –dijo el juez Orion 1-27–. Y así lo hace constar en sus registros.

Kisseian 3-52 se inclinó cortésmente. Hal Yakzuby reconoció su habilidad, un tanto meliflua, sutil. El fiscal parecía actuar ante un público imaginario, aunque en la sala ese público era real.

–¿Qué objeto tiene establecer la personalidad del capitán Ludoz? –continuó Kisseian–. Probar que el móvil del presunto asesinato no fue otro que la premeditación brutal y consciente del acusado. Un hombre que, como este representante del Cuerpo Judicial probará a continuación, es uno de los llamados entes «subversivos» ocultos bajo una capa de respeto y lealtad –tomó aire antes de decir–: Mi siguiente testigo es Ulr Konstah Zeiie, director para el personal humano de la Escuela de Adiestramiento de Gessaria.

Un nuevo hombre, y esta vez conocido por Hal Yakzuby. Había estado con él en Gessaria dos días antes, sin demasiado éxito. Konstah parecía un incondicional del Sistema y rozaba el servilismo frente a las máquinas. Su puesto tenía cierta importancia, y no se hallaba en él por casualidad, aunque no parecía probable que lo ocupase por méritos. Subió al estrado sabiéndose protagonista de algo importante, con la peculiar arrogancia de quienes utilizan la miseria ajena para su fin y sacar de todo provecho personal. Djub Ehr dibujó en su rostro una expresión de asco.

El alguacil tomó el juramento. Ulr Konstah Zeiie lo pronunció con gravedad. Respondió con igual tono a las dos primeras preguntas de Kisseian sobre su nombre y ocupación. En la tercera, el hombre era ya un actor engolado, que disfrutaba segundo a segundo representando su papel.

–¿Tuvo usted a sus órdenes, en la Escuela de Adiestramiento, a Djub Ehr Nort, cuando éste tenía 15 años?

–Sí. Exactamente fue en el Centro de Instrucción Complementaria, en el último curso. El señor Ehr tendría 16 años si no recuerdo mal, porque el año siguiente, con 17, se incorporó ya a la base de Gessaria 2. Había entrado en la Escuela de Adiestramiento a los 14 años…

Kisseian 3-52 cortó la locuacidad de su testigo. Ulr Konstah parecía llevar la lección bien aprendida.

–Dado el tiempo transcurrido, y como mera precaución, para evitarle un esfuerzo inútil al abogado defensor, ¿reconoce usted a Djub Ehr Nort en esta sala?

Ulr Konstah señaló hacia él.

–Es el hombre que está sentado entre el abogado defensor y su ayudante, con uniforme blanco. No ha cambiado demasiado en estos años.

–Volvamos al pasado, señor Konstah –pidió Kisseian complacido–. ¿Fue el entonces estudiante Ehr un alumno…, digamos, normal?

–En lo que se refiere a capacidad, sí, y competente. Mostró inteligencia, deseos de superación y un afán de llegar muy lejos…

–¿Definiría usted este afán con la palabra «ambición»?

–Sí, desde luego era ambicioso. Como humano, debo admitir que tenía muchas de nuestras lacras, entre ellas el egoísmo y un ímpetu que hacía que se detuviera ante pocas cosas… o, mejor dicho, ante nada.

–Posiblemente, el alumno Ehr era un joven como tantos. En la adolescencia, la sangre humana hierve… –soslayó Kisseian.

–Había en la Escuela de Adiestramiento dos mil alumnos por entonces, y únicamente a él se le abrió expediente de mala conducta, siendo amonestado por ello.

Kisseian 3-52 fingió extrañeza.

–¿Expediente de mala conducta? –repitió–. Eso es algo grave, suficiente para ser expulsado. ¿Y recibió tan sólo una amonestación?

–Era un alumno brillante, y el Consejo Superior le dio una oportunidad, que él, desde luego, aprovechó.

–Este Consejo Superior, ¿lo formaban humanos o máquinas?

–Máquinas, señor fiscal.

–¿Por qué se le abrió expediente al alumno Ehr?

–Subversión –la palabra flotó unos segundos, solitaria y contundente, por entre los asistentes. Tras ellos, Ulr Konstah continuó–. El alumno Ehr intentó cambiar las cosas, a su modo. Pretendía ser piloto, realizar el trabajo de una máquina. No niego que haya humanos que lo hacen, pero todo el mundo sabe que, en la investigación espacial, la única función de los seres humanos es la asistencia. Djub Ehr creó un comité estudiantil, una especie de sociedad secreta. Recibimos una confidencia después de que llevaran a cabo un par de reuniones, y abortamos aquello antes de que tomara mayores proporciones. Siendo así, no había cargos contra el alumno Ehr, salvo el de intento de subversión. Un comité disciplinario le abrió expediente y recomendó su expulsión, pero el Consejo Superior revocó la orden.

–Es decir: las máquinas contra las que había querido luchar Djub Ehr, ¿perdonaron su grave falta?

–Protesto, señoría –dijo Hal Yakzuby.

Kisseian 3-52 impidió que Orion 1-27 llegase a hablar.

–¿Qué trata de ocultar, señor Yakzuby? –gritó el fiscal general–. ¡Djub Ehr odiaba a las máquinas siendo joven, y ellas lo humillaron dándole una segunda oportunidad! Su defendido guardó ese odio y esa humillación durante años hasta que…

–Así pues, ¡las máquinas que lo perdonaron se equivocaron! –gritó a su vez Hal Yakzuby.

El Honorable Juez Orion 1-27 dejó caer su martillito de metal sobre un cuadro sónico instalado en la mesa. El eco de su impacto se llevó los gritos de los dos litigantes. Su voz fue mucho más plácida, aunque grave, al decir:

–No consentiré bajo ningún pretexto que esta audiencia se convierta en un pugilato, ni que ustedes, fiscal general y abogado defensor, se extralimiten en sus funciones y se comporten como dos mujeres histéricas. La protesta queda admitida, y el miembro del Cuerpo Judicial puede continuar su interrogatorio.

Hal Yakzuby se dejó caer sobre su asiento. Sabía que nada ni nadie podría evitar el enfrentamiento de los dos conceptos que allí se barajaban: humanos y máquinas, su raíz, su dependencia, sus relaciones…, pero no esperaba que la explosión se produjera tan pronto.

Kisseian 3-52 fijó sus ojos en Djub Ehr al volver a hablar.

–Quiero una respuesta sucinta y rápida para mi última pregunta, señor Konstah. En su cargo de director de la Escuela de Adiestramiento, y puesto que tuvo al acusado bajo sus órdenes durante cuatro años, tiempo en el que imagino pudo llegar a conocerlo bien, ¿fue éste un ser violento, proclive a disputas, peleas y acciones agresivas, o por el contrario mostró un talante opuesto a ello?

–Era un alumno violento –respondió Ulr Konstah.

29

–Señor Konstah, ¿qué edad tiene usted?

El testigo abrió ligeramente los ojos. Siguió la figura de Hal Yakzuby, que caminaba con paso lento, con la cabeza baja, por el espacio abierto delante del estrado.

–Pues... 57 años.

–¿Sabe usted que, pese a los logros obtenidos en el proceso de prolongación de la vida, y alcanzándose hoy fácilmente los 100 años de edad, los seres humanos suelen ser retirados de los cargos públicos, o de los puestos de relieve, a los 50 años?

–Sí, lo sé.

–¿A qué atribuye usted su larga permanencia en el puesto que detenta, y a que ésta exceda en siete años del plazo fijado para el retiro?

–Señoría –dijo Kisseian 3-52–, no veo qué objeto puede tener esto para la causa que...

–Señor Yakzuby –habló Orion 1-27–, ¿podría simplificar las cosas explicándonos qué trata de demostrar?

La voz de Hal Yakzuby fue un hielo cuando, tras abrir los brazos, y las palmas de las manos, comenzó a decir:

–Intento poner de relieve algunos puntos que, estoy seguro, no habrán escapado a su señoría ni a los asistentes. El principal reside en el hecho de que este testigo carece de voluntad propia y, por tanto, de credibilidad: su animadversión hacia

los de su raza corre pareja con su sumisión a las máquinas, que roza la bajeza de la esclavitud... ¡Algo que en su cargo es importante para el Sistema y que, sin duda, es debidamente recompensado!...

El revuelo de la sala formó una espiral de voces que se rompieron tensamente cuando Orion 1-27 volvió a descargar su martillito sobre la placa sónica. Las protestas del fiscal general de la Comunidad, lo mismo que las últimas palabras de Hal Yakzuby, quedaron ahogadas en el silencio que sobrevino.

–Señor Yakzuby –dijo el Honorable Juez–, temo que su falta de experiencia no le haya permitido ver o apreciar la terminología judicial y que, por eso, pueda extralimitarse en sus funciones. Pero es mi deber recordarle que su falta de competencia legal no debe ser óbice para que yo, en mi calidad de juez, pueda sancionarlo si desacata mi autoridad, promueve escándalos, o falta al respeto a los testigos que suban al estrado. Ahora, estoy seguro de que el señor Konstah aceptará sus disculpas, pues es humano como usted y está formado por nervios traicioneros, y seguirá respondiendo a sus preguntas, en caso de que desee proseguir su interrogatorio.

Hal Yakzuby llevó aire a sus pulmones. Como científico sabía el valor de la palabra «paciencia», pero como abogado... se sentía igual que un niño. Deseaba llegar al fondo de todo, a la verdad, y olvidaba el camino, aunque las evidencias, como la de Ulr Konstah Zeiie, fueran claras.

–Le ruego me disculpe, señor Konstah –dijo.

El director de la Escuela de Adiestramiento movió levemente la cabeza.

–Continúe, señor Yakzuby –indicó Orion 1-27.

–¿Qué entiende usted por violencia, señor Konstah? –preguntó con suavidad Hal Yakzuby.

–Bueno... –Ulr Konstah volvió a su posición de protagonista. Su rostro mostraba cierto aplomo después de que el juez hubiera puesto «en su lugar» al hombre que tenía delante en aquel momento–, hay alumnos que se dedican íntegramente a su trabajo, buscando un aprovechamiento absoluto. El Espacio Exterior obliga a mucho, y no todos son útiles en él. Para algunos muchachos, viajar a las estrellas sigue siendo un sueño. Frente a ese tipo de estudiantes siempre hay otro tipo, tal vez igualmente capacitado, pero con menos dedicación intelectual. Los hay fantasiosos, que esperan miles de aventuras, los hay perezosos, jóvenes convencidos de que la vida es algo sencillo, y los hay violentos: son los que gritan, cometen faltas, se pelean... Djub Ehr era de estos

últimos.

–Sin embargo, era un buen estudiante…

–Sí –reconoció el testigo.

–¿Cree usted que la violencia es algo inherente a la naturaleza humana, algo que todavía se manifiesta abiertamente en los jóvenes?

–Sí.

–Usted odia la violencia, ¿no es así?

–Así es.

Hal Yakzuby se dirigió a su mesa. Ark 6-1117 le tendió un papel.

–¿Por qué odia usted la violencia, señor Konstah? –le preguntó desde allí.

–Es… obvio –exhaló el testigo con extrañeza–. Es una lacra social.

–¿No será porque, en su época de estudiante, un grupo de compañeros le dio una paliza y le hizo pasar dos meses en el hospital?

–No soy rencoroso. Cierto que fue así, pero entonces era demasiado joven. Las personas cambian al crecer…

Ulr Konstah miró a Ehr y calló súbitamente. Hal Yakzuby estuvo tentado de continuar, diciendo a la sala que a Konstah le habían dado la paliza por considerarlo como un confidente del grupo de máquinas encargadas de la dirección del centro. Pero aquello era ya innecesario. La presunta violencia de Ehr en su juventud había quedado, cuando menos, tamizada, o puesta en su debido lugar. No era mucho, pero siempre significaba algo. La batalla no había hecho sino comenzar.

–¿Me había visto ya en otra ocasión, señor Konstah? –siguió preguntando.

–Sí…, fue en mi despacho, en Gessaria, hace dos días –musitó débilmente el testigo intentando recobrarse del efecto causado por sus últimas palabras.

–¿Recuerda de qué hablamos y qué me dijo usted?

–Bueno, hablamos de… muchas cosas.

–Y usted no estuvo precisamente amable. Me pidió que abandonara su despacho, negándose a decirme nada.

–Tenía un día muy duro, y usted tampoco se comportó…

–Yo quería información sobre Ehr, para ayudar a mi defendido. Usted dijo que

no quería ayudarme a torpedear el Sistema y que, por un humano loco, no iban a pagarlo los demás. ¿Es así?

Ulr Konstah miró a Kisseian 3-52 esperando la protesta del fiscal general. Ante su silencio, hizo lo propio con Orion 1-27. Los micropuntos luminosos de los ojos del juez permanecieron impasibles.

–¿Es así? –repitió Hal Yakzuby.

–Me negué a ayudar a Ehr porque creo que es culpable, no por miedo a una represalia del... del...

–¿Del Sistema? –manifestó el abogado defensor–. ¿Desde cuándo toma represalias el Sistema, señor Konstah?

–¡Yo no he dicho eso, lo ha dicho usted! –chilló el hombre–. ¡Soy un fiel servidor..., un leal...! –no encontró las palabras adecuadas y acabó barbotando–: ¡Soy una persona honrada!

Hal Yakzuby estaba ya sentado en su silla. Ulr Konstah tardó en comprender que su intervención en el caso había terminado. En su cabeza flotaba únicamente una duda: ¿cuánto tardaría en ser relevado de su cargo por «haber superado la edad permitida con generoso exceso»?

30

–¿Puede decirnos su nombre y ocupación?

–Suprashar Xeia Senghei, teniente de las fuerzas interplanetarias de la Unidad destacado en la plataforma Ganímede, actualmente en proceso de construcción en el Espacio Exterior.

–¿Fue usted el primer ser viviente, humano o máquina, que entró en la nave Doble Delta A-795, tras abrirse su compuerta de acceso, el día en que fue recogida por los sistemas de la plataforma?

–Sí.

–¿Entró usted solo?

–No, por supuesto. Yo fui el primero, pero detrás de mí entraron dos oficiales más, con sus armas preparadas. No se advertía ninguna señal de vida en el

interior de la nave, y teníamos que estar en guardia para una emergencia.

–¿Fue abierta inmediatamente la compuerta de acceso?

–Hubiera sido prematuro, y arriesgado. Cualquiera sabe que, cuando una nave regresa del Espacio Exterior, debe ser sometida a un cuidadoso análisis, para evitar contaminaciones externas o internas. La Doble Delta estuvo aproximadamente 13 punto 500 horas en posición, mientras se procedía al estudio de sus componentes. Tan sólo cuando tuvimos certeza de que no había nada ajeno en su exterior ni interior procedimos a entrar en ella.

Kisseian 3-52 dejó que la respuesta del teniente Xeia fuera asimilada por todos. Recalcó la importancia del tema con una nueva pregunta.

–Diría usted, pues, que la Doble Delta no trajo del Espacio Exterior nada extraño, ningún tipo de vida animal, vegetal, ningún agente...

–Nada; no había restos de una presencia ajena a la de sus ocupantes capaz de ser registrada por los laboratorios automáticos del aparato.

–¿Qué encontró usted al penetrar en la Doble Delta, teniente?

–En primer lugar asistimos a sus ocupantes. El capitán Ludoz se hallaba en su asiento de mando, quieto, como si todavía mirara por el ventanal de visión directa. Comprendimos que estaba muerto cuando no apreciamos ningún movimiento ni vimos ninguna luz que mostrara que alguno de sus componentes funcionaba. Tras esto abrimos la cápsula de sueño letárgico y en ella encontramos al asistente Ehr, dormido. Sacamos a los dos de la nave y los trasladamos al complejo asistencial de la plataforma.

–¿Qué más hicieron en la nave antes de abandonarla?

–¡Ah, sí, por supuesto! –recordó el teniente Xeia–. Abrimos la memoria de la nave, para llevarla al mando de la plataforma, y vimos que estaba borrada. Alguien la había desconectado. Al comprobar esto, echamos un vistazo al resto de componentes primarios. Fue entonces cuando vimos que la nave había aterrizado en alguna parte del Espacio Exterior y que la compuerta de acceso había sido abierta y cerrada una vez. Eran los únicos datos existentes en la Doble Delta. El resto desapareció al ser desprogramada la memoria.

–Para las personas o máquinas no familiarizadas con una Doble Delta, teniente, ¿por qué los datos de esa apertura de la compuerta de acceso y los de ese aterrizaje no pudieron ser anulados como la memoria?

–Es imposible hacerlo. De hecho, es asombroso, por la complejidad y por el

tiempo necesario para llevarlo a cabo, que se anulara esa memoria, pero lo otro... La puerta lleva un sistema especial que consume un determinado bloque de energía cada vez que es accionada. Y algo parecido ocurre con el aterrizaje y el despegue. Hay un sistema de combustión distinto del que se emplea a velocidad normal o de luz, y para la propulsión se utilizan elementos irrecuperables una vez empleados. La Doble Delta tuvo que detenerse en alguna parte, y alguien del interior tuvo que salir de la nave, es indudable.

–Gracias, teniente –dijo Kisseian 3-52–. No le haré más preguntas.

Suprashar Xeia Senghei hizo ademán de levantarse de su silla.

Detuvo su gesto cuando Hal Yakzuby se puso en pie y avanzó hacia él con el ceño fruncido. Esperó cerca de un minuto la primera pregunta del abogado defensor.

–Teniente Xeia, ¿tiene usted idea de la duración del vuelo de la Doble Delta A-795?

–No por la memoria de la nave, señor; pero posteriormente he sabido que estuvo fuera veintiún días de nuestro tiempo.

–¿Cómo se podría saber si la cápsula de sueño letárgico fue abierta en estas tres semanas?

–Una vez más... por medio de la memoria de la nave. Sin ella, es imposible. Lo que sí puedo asegurarle es que el asistente Ehr estaba bien dormido cuando abrimos la cápsula...

La sonrisa del teniente se quebró en sus labios cuando Orion 1-27 se inclinó hacia él.

–Por favor, responda tan sólo a las preguntas que le hagan y absténgase de apreciaciones personales.

El oficial asintió con la cabeza. Hal Yakzuby acudió en su ayuda formulándole una nueva pregunta.

–¿Quién se hizo cargo de la nave cuando la abandonaron ustedes?

–Un equipo especial.

–¿Qué clase de equipo especial?

–No lo sé. Yo llevé al muerto y al superviviente al complejo asistencial y ya no hice nada más al respecto, ni sé qué sucedió después.

–¿Cuál era la misión de ese equipo especial?

–Imagino que buscar cualquier…

–Lo que el testigo imagine no viene al caso, señoría –sentenció Kisseian poniéndose en pie un momento.

–Ha lugar –aprobó Orion 1-27.

–¿Cuál era su misión en la plataforma Ganímede en los instantes de producirse los acontecimientos, teniente Xeia? –preguntó Hal Yakzuby, variando la dirección de su interrogatorio.

–¿Mi situación?

–Le pregunto si estaba usted cumpliendo algún servicio rutinario o, por el contrario, realizaba algún cometido fuera de lo común.

–Comprendo –anunció el oficial–. Formaba parte de un destacamento de primera necesidad.

–¿Qué es un destacamento de primera necesidad, teniente?

–Una especie de maniobra. La plataforma está en construcción, y el personal realiza misiones de prevención, defensa, ataque, evacuación… para estar en forma.

–¿Estaba usted al mando de este destacamento, teniente Xeia?

–No, señor. El mando corría a cargo del capitán Arch.

–¿Cuál era la misión, real o ficticia, del destacamento?

–Avistar algún posible peligro en el espacio.

–¿Gracias a ello detectaron la Doble Delta mucho antes de lo normal?

–Sí.

–¿Le sorprendió a usted que una misión rutinaria como la suya se prolongara por espacio de tantos días?

–Bueno…, un poco sí.

–¿Continuó la misión, después de ser hallada la Doble Delta y extraídos de ella los cuerpos de sus ocupantes?

–No; recibimos órdenes de…

Kisseian 3-52, que había escuchado el interrogatorio con visibles muestras de incomprensión, volvió a ponerse en pie.

–Señoría –dijo–, lamento insistir en que no comprendo qué persigue mi colega

ni capto el velado hilo de sus intenciones, si es que las tiene más allá de perder el tiempo y confundir esta causa con minuciosidades que no vienen al caso.

–¿Señor Yakzuby? –inquirió Orion 1-27.

Hal Yakzuby dio la espalda al teniente Xeia. Mientras caminaba hacia su mesa fijó los ojos en el fiscal general de la Comunidad.

–Mi intención –explicó– era demostrar que el destacamento de primera necesidad fue formado al regresar el jefe de la plataforma Ganímede de un precipitado viaje a la base de Ezebel 2, y que su misión no era vigilar ni la intención de la orden someter a un ejercicio de prácticas a parte del personal en activo. Mi intención era demostrar que en Ezebel 2, y en Ganímede, se esperaba a la Doble Delta A-795… y que ya se sabía entonces que algo había sucedido en su interior. Sin embargo, el teniente Xeia no tiene por qué conocer estos datos, así que puedo dar por finalizado su interrogatorio.

Hal Yakzuby se sentó. Kisseian 3-52 tardó bastantes segundos en reaccionar y de hecho no lo hizo hasta que Orion 1-27 aplazó la vista de la causa hasta la mañana siguiente.

31

–Hola, papá.

–Hola, Gidd.

Esperaron un instante. Probablemente fuesen una imagen reconfortante el uno para el otro. En aquel momento era como si no se hubiesen hablado en mucho tiempo.

Y se necesitaban.

–¿Cómo estás?

–Creo que bien. Yo diría que mejor de lo que cabía esperar después de la jornada de hoy.

–No he podido seguirla enteramente, porque tenía que atender mis «obligaciones» –Gidd hizo un gesto de resignación–, pero he visto un amplio resumen a mediodía, y han dado todos los detalles.

–¿Qué han dicho en concreto?

–No demasiado. La información es verdaderamente aséptica y parece estar pasada por un tamiz muy ajustado. Apenas han mencionado los incidentes que se han desarrollado fuera del juicio, y aquí arriba nos consta que han sido importantes. No sólo ha habido altercados en Ezebel. También se han registrado enfrentamientos entre grupos de manifestantes y fuerzas del orden en Gessaria, Besaleb, Naom, Ohr y otras Comunidades.

–Este juicio ha despertado conciencias, y puede que haya prendido una chispa difícil de apagar.

–Conoces mi teoría sobre las inevitabilidades. Creo que esto debía suceder, y que lo práctico es extraer conclusiones beneficiosas. Las máquinas deberán reprocesar algunas de sus teorías. La práctica va a obligarlas.

Hal Yakzuby sintió un ramalazo de frío.

–¿Desde dónde llamas, Gidd?

–No temas. Estoy en la habitación de un compañero.

–Pero la conversación será grabada igual...

–¿Y qué? –el tono del muchacho era desafiante–. Estamos en un mundo libre y civilizado. Suponiendo que se me vigile, cosa que no he notado por ahora, no tengo por qué avergonzarme de mis ideas ni de que tú seas mi padre y yo te apoye.

–El brazo de Balhissay es largo –indicó Hal Yakzuby.

–Pero la realidad es corta –sentenció Gidd.

–¿De verdad no tienes problemas en la plataforma?

–No. Han querido hacerme una entrevista los de la vídeo-prensa y algunas cadenas videofónicas, para conocer mi opinión, pero me he negado amparándome en que estoy de servicio aquí arriba. Todo legal.

–Bien, bien... –exhaló el hombre.

–Te noto cansado, papá.

–No, no es eso –justificó Hal Yakzuby–. Intento digerir la sesión de esta mañana y me es difícil. El antiguo asistente del capitán Ludoz ha impresionado a la sala, y al juez. El tipo ese de Gessaria ha demostrado que Ehr era un joven agresivo, aunque luego he logrado neutralizar el efecto de sus palabras en cierta medida, quizá demasiado sutilmente. En cuanto al oficial de Ganímede..., ha estado en su

sitio, ni bien ni mal. Ha dicho lo que vio al entrar, lo que ya sabemos. Lo malo es que nadie puede contar lo que no sabemos.

–¿No crees que has hecho mal en mostrar tus cartas, papá? –inquirió Gidd–. Al final has dicho que en la plataforma se esperaba a la Doble Delta, y has hablado del equipo de primera necesidad... y de que todo eran órdenes de Ezebel 2. Si Balhissay 2-15 tiene las respuestas, estará sobre aviso.

–No quería decir nada de eso, porque temo que sepan que he conseguido la información gracias a ti, pero no pienso que haya hecho mal revelando mis sospechas. Voy a llamar a declarar a Balhissay 2-15 cuando sea mi turno.

–¡Balhissay 2-15, testigo de la defensa! –silbó Gidd–. ¡Querría estar ahí para verlo!... En lo tocante a la información no tengas miedo. La vídeo-prensa ha dado todos estos detalles, y son de dominio público. Creía que los conocías ya. ¿Crees que Balhissay dirá la verdad? Para él es fácil decir que la Doble Delta cumplía una misión rutinaria.

–Sea cual sea esa misión rutinaria, en la terminología espacial todo tiene un nombre en clave. Si logro asustarlo haciéndole creer que sé más de lo que él imaginaba...

–La Doble Delta tenía las siglas A-795. El número indica el orden de vuelo dentro de la misión, y la letra la característica, como ya sabes.

–¿Por qué no se usó la inicial E, correspondiente a Ezebel? La nave no tenía nada que ver con la Comunidad de Arequian.

–Hace ya tiempo que en los vuelos espaciales no se usan las siglas o iniciales de las Comunidades, papá. Creo que has estado demasiados años encerrado en tu laboratorio.

–Tú eres ingeniero técnico. ¿Qué podría significar la A?

–Quizá una clave para designar la misión de la nave.

–¿Qué misión puede ser ésa, capaz de alcanzar 795 unidades?

Gidd meditó la cuestión. Pareció darse cuenta de algo.

–Evidentemente tiene que ser algo importante, y si es así..., bueno, tal vez me equivoque, pero en esto tenemos la suerte de que las máquinas funcionan con lógica y son imperturbables: cuando adquieren un hábito, lo mantienen. En la jerga espacial, las investigaciones importantes suelen ser designadas con el simple nombre de «Proyecto». Aquí arriba, en la plataforma, tenemos en marcha el Proyecto AZ, que indica la necesidad de completar la plataforma Ganímede en

un tiempo récord; de ahí la A y la Z, comienzo y fin, y también el Proyecto AEE, es decir, Almacenamiento de Energía Espacial.

–Siendo así… –tanteó Hal Yakzuby–, la Doble Delta podría formar parte de algo llamado Proyecto A. ¿Qué significaría entonces la A?

–Cualquier cosa que empiece por esa letra… o tal vez nada, simplemente algo muy importante, crucial, capaz de merecer la primera letra del alfabeto por su dimensión.

–Djub Ehr piensa que podrían estar buscando un nuevo mundo, por si se repite el Gran Holocausto.

–Buscar un nuevo mundo es factible, papá –opinó Gidd–, pero el peligro de un nuevo Gran Holocausto es absurdo, y lo sabes. Ya no hay energía atómica, ni guerras. Eso pasó.

–El Proyecto A… –musitó Hal Yakzuby.

–Tiene su lógica. Ya sabes que es lo suyo.

–Su lógica –repitió el hombre–. ¿Sabes una cosa, Gidd? A veces creo que las máquinas tienen cada día algo más de humanidad de lo que pretenden hacer creer o de lo que nosotros pensamos. Hace siglos hubiera sido absurdo pensar en que una máquina pudiera mentir. No era «lógico». Hoy, en cambio, «lo lógico» es que puedan hacerlo para preservarse a sí mismas de peligros o para preservar al ser humano, al mismo Sistema.

–Hemos avanzado, papá –sonrió el muchacho.

–Sí, hemos avanzado. La mayoría de las máquinas son todavía reales, legítimas, y no pueden mentir, pero cuanto más elevada es la clase, más se perfila esta necesidad. A fin de cuentas… no se puede ser Dirigente sin mentir de cuando en cuando. Algo hemos heredado de la antigüedad.

–Debo irme, papá –anunció Gidd Yakzuby–. Es mejor conservar mi aparente imparcialidad y mi lejanía. Espero haberte ayudado, especialmente si lo del Proyecto A resulta válido. Suerte mañana.

–Gracias, Gidd.

La comunicación se cortó cuando ambos desactivaron las teclas correspondientes. Hal Yakzuby no se movió de donde estaba en unos minutos. Su cabeza daba vueltas en torno a lo que acababa de hablar con su hijo, y el latido de su corazón le dijo que estaba cerca, muy cerca.

Seguía teniendo su instinto.

–El Proyecto A…

No era mucho, pero sí más de lo que tenía un poco antes. Por la mañana comenzaría de nuevo la batalla, y lo más probable era que él pudiera presentar ya a sus primeros testigos. El fiscal general todavía había manifestado su intención de presentar a un último testigo por su parte. ¿Quién? No podía saberlo. Había mostrado la honestidad y capacidad del capitán Ludoz y, al mismo tiempo, había intentado desacreditar a Ehr presentándolo como un joven agresivo. Por último, se había ceñido a lo sucedido en el momento de abrir la compuerta de la nave. El teniente Xeia fue explícito: nadie salvo el muerto y el asistente Ehr. ¿Qué otra cosa necesitaba? Kisseian se ceñía al canon y a la rapidez. ¿Qué otro testigo podía necesitar la acusación?

Llamaron a la puerta y reaccionó. Por el panel transparente vio a Ark 6-1117. Pulsó un botón, y la puerta se abrió. Su ayudante entró en la vivienda y, tras localizarlo, se acercó a él. No hizo falta un saludo.

–¿Cómo te ha ido? –preguntó Hal Yakzuby.

–No demasiado bien. La nota de amonestación que figura en el expediente del capitán Ludoz sigue siendo un misterio. Haría falta preguntárselo a su superior… o a 2-15.

–¿Y Marzho Obenzey Fissan?

–He conseguido localizarlo. Estaba en su laboratorio y no oía la llamada del videofono. En esto… tiene a quién parecerse –dijo Ark–. Todos los científicos sois iguales. Ha dicho que mañana estará en la vista y subirá al estrado cuando tú lo llames, aunque se ha sorprendido un poco. Le he contado que necesitabas su juicio y ha dicho que de acuerdo. Se ha encogido de hombros y ha seguido trabajando.

Hal Yakzuby movió la cabeza verticalmente. Ark 6-1117 esperó ante él sin decir nada durante cerca de un minuto.

–¿Por qué no descansas un poco? –sentenció finalmente.

–Sí, lo necesito –concedió el hombre–; sólo que es tan duro… Me siento como… como si tuviera mil cosas que hacer, y ninguna idea de cómo empezar a realizarlas. Yo no soy abogado, y todo lo que sé sobre juicios lo he leído en la historia. Pero la vida de un ser humano está en juego, y también un interrogante que pende sobre nuestro modelo de sociedad. No hay nada que la moderna tecnología no pueda hacer, y sin embargo… yo sólo soy un pobre hombre,

limitado, luchando con un único recurso: la voluntad. La verdad debe de estar en algún sitio, y puedo pasar muy lejos de ella… o acercarme bastante, aunque no lo suficiente para verla.

Como si la palabra «verdad» le hubiera formado un juego de asociación, Ark 6-1117 preguntó:

–¿Interrogarás a Ehr en el juicio?

Hal Yakzuby se levantó y puso una mano sobre el hombro sintético de su amigo. Su gran amigo pasado y quizá el único que tendría después de aquello. Tuvo que reconocer que ningún humano habría hecho lo que Ark.

–Si lo hago –razonó–, Kisseian lo acosará, y un hombre que ha pasado durmiendo el punto crucial de su vida, poco podrá decir. A pesar de todo, tal vez no tenga más remedio, y Orion 1-27 llegue a un veredicto percibiendo la inocencia en el fondo del espíritu de Djub Ehr.

32

–Llamo a declarar al jefe de la base de Ezebel 2, Balhissay 2-15.

Hal Yakzuby supo que se había quedado sin sangre, y que aquel corazón quieto, suspendido en el interior de su pecho agitado, era el suyo. Lo mismo que si alguien le acabase de hundir un cuchillo en la espalda, sintió una punzada en ella. Tuvo que respirar para llevar aire a sus pulmones, y aparentar indiferencia. Kisseian 3-52 sonreía con superioridad frente a él.

Balhissay 2-15, a fin de cuentas, declararía en el juicio, y el enfrentamiento se produciría. Sin embargo, ya no sería testigo de la defensa…, sino de la acusación.

Sólo un pequeño cambio.

Pero tan importante.

Centró su atención en Balhissay 2-15, que avanzaba pesadamente por el corredor del margen izquierdo de la sala. Los modelos S, integrados por células microprocesales, tenían algo de mágico en su aspecto. Enormes, complejos, lo mismo que hombres extremadamente gordos, parecían estar revestidos de una capa de goma del color de la carne humana. Pero Balhissay 2-15 superaba a otros modelos S. Su configuración casi humana, su feroz expresión facial, su

insultante perfección unida a su peculiar metodología de acción y su personal visión de la realidad, el pasado, el presente y el futuro, le conferían un halo de misterio y leyenda.

Hal Yakzuby recordó que lo había admirado... y probablemente aún lo admiraba. Como científico tenía que reconocer y respetar a un prodigio de la técnica. Como ser humano, a un ente viviente con capacidad propia.

Aunque hubiese sido construido por un ser humano, o un grupo de seres humanos, como él mismo.

Balhissay 2-15.

–Hal, ¿qué vas a hacer? –cuchicheó Ark a su lado.

Djub Ehr miraba la imponente figura de aquella máquina legendaria. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar sus ojos de ella y fijarlos en su abogado.

–Nada –dijo Hal Yakzuby–. Esperar.

–Puede que haya venido a decir lo que pasó, adónde iba la Doble Delta... –expresó el acusado.

Hal Yakzuby no contestó. Balhissay 2-15 llegó al estrado, saludó al juez Orion 1-27 con una inclinación cortés y tomó asiento. El alguacil puso la Constitución ante él, y el juramento se produjo en medio de un silencio sepulcral. Cuando el alguacil se retiró, Kisseian avanzó hacia su testigo.

Sin embargo, no llegó a decir una sola palabra.

–Señoría...

La voz de Balhissay 2-15 era como un trueno ahogado que se acercaba por el firmamento. Comenzaba como un rumor y alcanzaba una rápida plenitud. Surgía de lo más profundo de su engranaje celular microprocesal y se expandía fuera de su propio universo para estremecer los mundos adyacentes. Era una voz posesiva, grave, gutural y firme que a veces temblaba en las crecidas, lo mismo que una ola que se disgrega en espuma. Y por encima de ella, los ojos la consolidaban y le abrían un frío camino de luz.

La luz silenciosa que irradiaba Balhissay 2-15.

–¿Desea algo el testigo? –preguntó el Honorable Juez Orion 1-27.

Balhissay 2-15 miró al público, a Kisseian 3-52 y por último a Hal Yakzuby. El contacto de los cuatro ojos, dos humanos y dos dotados de vida maquinal, fue especialmente intenso. Duró apenas un segundo, pero reveló algo situado más

allá de la razón.

Para Balhissay 2-15, fue como percibir una piedra situada en mitad de un camino. Su camino. Y Hal Yakzuby lo comprendió así.

Para Hal Yakzuby fue como llegar al final de un camino cerrado, que era preciso abrir a cualquier precio. Sólo que no era su camino, sino una alternativa. Y también Balhissay 2-15 lo comprendió así.

–Quiero decir, antes de someterme al interrogatorio del fiscal general de la Comunidad –comenzó a hablar Balhissay 2-15, ahora con la mirada concentrada en sí mismo–, que he venido a esta causa por voluntad propia y sin haber sido citado como testigo. El delegado del Cuerpo Judicial, lo mismo que mis superiores y yo, sabe que mi presencia aquí es muy delicada, y muy delicado es también lo que, sometido a juramento, puedo verme forzado a decir, a pesar de que las leyes constitucionales me amparan en todo aquello que sea materia de primer orden o reservada como estricta para la seguridad de la Unidad y del Sistema. Sin embargo… –la voz subió de tono–, como miembro de esta Comunidad, me siento responsable ante ella, tanto como ante el Sistema o la Unidad. Lo que aquí se juzga es la inocencia o culpabilidad de un hombre, y algo más: el nombre de un fiel servidor de la sociedad que ya no está aquí. Me refiero, por supuesto, al capitán Ludoz 7-521. Dado que la nave Doble Delta, en la que se produjeron los hechos, estaba bajo mi mando, solicité del fiscal general que me llamara a declarar. Asumo gustoso un riesgo, que no lo es tal si miramos lo que está en juego: una vida, aunque ninguna vida valga lo que el Sistema o la Unidad. He querido dejar bien sentada mi actitud antes de responder a la primera pregunta, para que nadie se llame a engaño.

Hábil. Inteligente. Espectacular. Medido. Hal Yakzuby no encontró otros adjetivos para calificar la alocución de Balhissay. Tenía que haber sido su comodín, y ahora era el comodín de sí mismo. ¿Se había enterado Balhissay 2-15 de que pensaba llamarlo a declarar, mediante la conversación de la noche anterior con Gidd? No, imposible. El fiscal había expresado ya su intención de llamar a un último testigo. Balhissay tenía que haber tomado una determinación mucho antes…

Giró la cabeza. Giandelián 3-893 desvió los ojos fingiendo no verlo. Kein 4-917 estaba pendiente de las palabras del jefe de la base de Ezebel 2. El comandante Dor le sonrió con sutil ironía. Todos y ninguno. De cualquier forma, Balhissay 2-15 estaba allí.

La verdad o la mentira podían nacer o morir con él.

–Este Cuerpo Judicial –comenzó a decir Kisseian 3-52– agradece en grado extremo el alto sentido del deber y el espíritu de colaboración y solidaridad del testigo. En atención a ello, y dado que él sabe mejor que nadie qué datos pueden tener interés para este caso, no voy a realizar un interrogatorio clásico: permitiré que sea Balhissay 2-15 quien exponga cuanto crea necesario.

Confabulación o juego. Por la mente de Hal Yakzuby desfilaron algunas de las frases que acababa de oír: «... las leyes constitucionales me amparan en todo aquello que sea materia de primer orden o reservada como estricta para la seguridad de la Unidad». ¿Una advertencia para él? Lo más probable. Balhissay había iniciado la partida, mostrándole un jaque directo.

Si era mate, lo sabría muy pronto.

–El testigo puede empezar –rogó el Honorable Juez Orion 1-27.

Ahora Balhissay 2-15 miró a Hal Yakzuby. Pareció dirigirse exclusivamente a él, como si intentara convencerlo de algo. El abogado defensor supo comprender, sin embargo, que más que un convencimiento, el brillo de los ojos metálicos de su oponente mostraban una sutil ironía, casi un destello de burla.

–La nave Doble Delta A-795 salió de la base de Ezebel 2 con destino al Espacio Exterior tres semanas antes de su regreso. Sé cuán importante es en este caso saber hasta dónde llegó y dónde se posó; pero, por desgracia, no podemos averiguarlo, porque, como todos sabemos ya, la memoria fue borrada. La misión de la nave podría desvelar estos puntos, pero la Doble Delta no tenía una misión fija –los ojos de Balhissay volvieron a brillar; Hal Yakzuby sabía que, incluso para un Dirigente o Clase 2, la mentira era un proceso peculiar y extremadamente complicado–. La idea que sustento, privadamente, es que el universo tiene multitud de recursos que nos pueden ser útiles, en caso de ser hallados, y el capitán Ludoz buscaba esos recursos en su misión A-795. De ahí también el elevado número que forma la sigla de la Doble Delta en este caso.

Un nuevo brillo de ojos. Menor. Balhissay 2-15 se estaba habituando a sus mentiras, o se sentía más cómodo ante él, más seguro y dominante. Pronto dejaría de tener sus células microprocesales en contra. Incluso podría llegar a creerse lo que decía. La verdad podía perderse en los millones de metros de sistemas y circuitos que formaban su cuerpo.

–El capitán Ludoz 7-521 estaba al frente de...

Balhissay 2-15 continuó hablando, pero Hal Yakzuby dejó de escucharle. Sabía ya que no iba a revelar nada, aunque hablara durante muchos minutos, horas o

días. El silencio de la sala sintonizaba aquel día con el silencio exterior. El juicio parecía estar suspendido de un hilo de seda, o hallarse en el Espacio Exterior, haciendo compañía al misterio de la Doble Delta A-795.

33

–¿Me recuerda, Balhissay?

–Lo recuerdo, señor Yakzuby. ¿Fue en el Aula de Ensayos y Perspectivas donde nos conocimos siendo usted joven?

–Así es. Celebro su buena memoria.

–No del todo. En realidad ha sido su carrera posterior la que ha ayudado a mantener este recuerdo. Entonces usted tenía talento y apuntaba a lo más alto. El Sistema depositó en usted sus esperanzas, y usted no las defraudó. Hoy es una gloria de nuestra Unidad de Comunidades. Bueno..., no me refiero al «hoy» real, sino al presente, ya que hoy, en términos de actualidad, su papel de abogado defensor es algo nuevo.

–Y todavía incierto, ¿verdad?

–Es posible.

Kisseian 3-52 se movió inquieto. Sus ojos denotaban sorpresa. Evidentemente ignoraba qué sucedía, y de qué estaban hablando su testigo y su colega. A pesar de ello no protestó, cauteloso. Balhissay 2-15 no daba la impresión de sentirse molesto, al contrario. Y aquello no perjudicaba en nada la causa.

–¿Diría que, en estos años pasados, hemos sido amigos? –preguntó Hal Yakzuby.

–Diría que sí –respondió el jefe de la base de Ezebel 2–, no en el sentido corriente de la expresión, pero sí en otro sustentado en una relación de trabajo, contactos, discusiones científicas, conferencias y un largo etcétera.

–¿Por qué entonces no quiso hablar conmigo cuando lo llamé a la base?

El tono cordial y coloquial del interrogatorio hizo que la pregunta cogiese a Balhissay a contrapié. Su actitud relajada se perdió en el envaramiento súbito de sus organismos. Pero se recuperó al instante.

–Lo que usted quería preguntarme iba a exponerlo yo aquí, en este juicio. Decidí que no valía la pena perder el tiempo. Imagino que los científicos juegan con él, ya que un experimento puede ser cuestión de años... o de segundos, pero nosotros no tenemos esa suerte. Nuestro tiempo es oro.

–¿A qué «nosotros» se refiere? ¿A los Dirigentes?

–Sabe que no soy Dirigente, señor Yakzuby.

Hal Yakzuby iba a agregar «todavía», pero se contuvo. Había destilado un poco de veneno contra su oponente. No sabía si una máquina de la Clase 2 podía excitarse, o recalentar sus circuitos, pero estaba dispuesto a intentarlo. Si Balhissay 2-15 perdía un poco de su calma...

–¿Cree que el asistente de vuelo Djub Ehr mató al capitán Ludoz?

–¡Protesto!

El grito de Kisseian 3-52 salió excesivamente fuera de registro. Antes de que Orion 1-27 pudiera intervenir, Balhissay 2-15 tomó de nuevo la palabra para dirigirse al fiscal general de la Comunidad.

–Ruego al representante del Cuerpo Judicial –pidió suavemente– sea benévolo con su colega, aunque sé que no es ésta mi competencia, por supuesto –agregó, dirigiéndose por un instante a Orion 1-27–. Creo que todos buscamos la verdad, y querría exponer todo cuanto sé... o cuanto creo, sin interrupciones. ¿Me es lícito pedirlo?

Hal Yakzuby valoró aquel gesto. Balhissay acababa de «ordenar» a Kisseian que no interrumpiera su interrogatorio, dejando entrever que él tenía suficiente habilidad para enfrentarse al abogado defensor o para no responder a aquello que creyese fuera de lugar. Y algo más: a pesar de ser el juez una máquina de la Clase 1, un Dirigente, Balhissay parecía mostrar mucha mayor autoridad.

–Puesto que es un testigo de la acusación –dijo Orion 1-27 pausadamente–, el fiscal intenta tan sólo proteger sus intereses y también a su persona, respetando su integridad e intentando que el abogado defensor también la respete. Sin embargo, si es su deseo responder a las preguntas libremente, este representante del Cuerpo Legislativo no lo impedirá, a menos que observe en las preguntas o en las respuestas un tono fuera de lo común o que en ellas se emitan juicios improcedentes. Todo ello en atención a la verdad que se persigue, y al deseo del testigo de prestar declaración y de someterse al interrogatorio del letrado defensor sin la protección fiscal.

Kisseian se sentó, todavía dudoso. Balhissay agradeció la deferencia con un leve

gesto. Orion mantuvo su dignidad suma. No era usual... pero nada semejaba ser usual, y Hal Yakzuby era el que menos podía juzgarlo. Tenía una pequeña baza...

Aunque si 2-15 se la había facilitado...

–¿Cuál era su pregunta, señor abogado defensor? –solicitó el jefe de la base de Ezebel 2.

–¿Cree que el asistente de vuelo Ehr mató al capitán Ludoz?

Balhissay abrió sus manos en un gesto elocuente.

–Es una alternativa. Una. Pero la pregunta es si quedan muchas más. Descartada la posibilidad de un tercer elemento en la nave... Yo no soy quién para juzgar, pero tampoco tendría mucho donde elegir, y desde luego muy poco que buscar. ¿Piensa usted en otra posibilidad?

Hal Yakzuby comprendió el motivo de que Balhissay deseara un interrogatorio libre. La máquina quería ridiculizarlo, poniendo en sus labios lo que el abogado defensor pensaba. Era una evidencia que lo marginaba por completo, y lo situaba en un ángulo destacado de oposición a la lógica de las máquinas. Hal Yakzuby supo que no tenía otra alternativa.

–Suicidio –dijo.

No era la primera vez que la palabra surgía, pero ahora se produjo un leve clamor en la sala. El juez levantó su martillito metálico, pero no llegó a dejarlo caer sobre la placa sónica. El rumor cesó.

Balhissay 2-15 sonrió.

–¿Suicidio? ¿Por qué habría de suicidarse una máquina? –expuso.

–Eso puede que lo sepa usted.

–¿No estará usted refugiándose en un imposible, que lo es, por lógica, para salvar a su defendido a toda costa, sin olvidar que con ello mancilla el buen nombre de un oficial íntegro y valiente, hecho probado aquí ayer, que ya no puede defenderse?

–No ha contestado a mi sugerencia –dijo Hal Yakzuby sin caer en la trampa verbal de la máquina.

–¿Me ha hecho una sugerencia?

–¿Conoce usted la causa del suicidio?

–No.

–No conoce la causa, pero hubo un suicidio.

–Mi negativa atendía a toda la extensión de la frase.

Comenzaban a dar vueltas. Balhissay mostraba calma. El interrogatorio estaba convirtiéndose en un diálogo tenso pero nada más, en el que cada uno intentaba cazar al otro sin conseguirlo del todo. Hal Yakzuby puso la pregunta clave, que comenzaba a quemarle en la mente, en la punta de su ánimo..., aunque antes formuló otra.

–¿Qué significa la nota de amonestación, única, que figura en el expediente del capitán Ludoz?

–¿Una amonestación...?

Hal Yakzuby caminó hacia su mesa. Antes de llegar a ella, Ark 6-1117 le tendió el expediente de Ludoz 7-521. El abogado lo llevó hasta la silla de los testigos y lo dejó en las manos de Balhissay 2-15.

–Está en clave, según creo.

El jefe de la base de Ezebel 2 miró el expediente. Vaciló.

–Bajo juramento, cualquier oficial puede revelarme qué significa esto –siguió Hal Yakzuby–. Podría ahorrarnos tiempo, ya que ha dicho que es oro, si usted, como superior más alto del capitán Ludoz, nos lo explica.

La máquina hundió sus ojos enrojecidos en él.

–El capitán Ludoz fue amonestado por defender a un humano.

–¿Es eso justo?

–Defendió a un hombre frente a otra máquina...

–¿Es eso justo? –repitió Hal Yakzuby, cortando aposta las palabras de Balhissay.

–No me interrumpa ni use triquiñuelas, Yakzuby –dijo ahora con aspereza Balhissay 2-15, prescindiendo de formalismos–. El capitán Ludoz defendió a un humano frente a otra máquina en una cuestión que no admitía dudas ni alternativas.

–¿Era una cuestión... de lógica?

–Sí.

–¿Y un capitán del Cuerpo Expedicionario se opuso a la lógica de otra máquina?

–El capitán Ludoz tenía fatiga estructural, según se demostró luego; de ahí que

el hecho figurara tan sólo con esa leve amonestación en su expediente. Era un oficial competente y con un elevado sentido del deber...

Casi humano...

Lo había dicho Djub Ehr y Henz Alesak. Aquello podía tener un significado, pero Hal Yakzuby supo que no era el momento adecuado. Todavía no.

Pero sí para la pregunta que le ardía ya en la impaciencia.

Su disparo al azar o...

–¿Qué es el Proyecto A, Balhissay?

34

No fue un disparo al azar. Hal pudo percibir con meridiana claridad el efecto de su pregunta sobre los circuitos de Balhissay 2-15, sobre el mismo cuerpo y la piel, que vibró sacudida por una tensa descarga interior. Los ojos no se movieron, pero los destellos de sus luces cobraron vida propia. Se iluminaron un instante y volvieron a su remota estabilidad casi al mismo tiempo, aunque ahora con la sensibilidad en guardia.

Hal Yakzuby pudo sentirlo todo, muy cerca, puesto que se hallaba a menos de un metro de la máquina, y casi le llegó su energía, lo mismo que una bocanada de aire cálido que te envuelve y pasa. Pero nadie más notó nada.

Nadie más.

Hal Yakzuby pensó que no era necesario.

El Proyecto A existía.

Balhissay 2-15 mantuvo una sorda lucha interior. La verdad contra la necesidad. Con voz grave, acusando el golpe y menos rápidamente de lo que hubiera deseado, logró decir:

–¿El Proyecto A, señor Yakzuby?

–¿Sabe de qué le estoy hablando?

Era una pregunta aún más directa. Las luces se estremecieron en los ojos de la máquina.

–No –dijo.

Hal Yakzuby se sintió ligeramente desconcertado. Balhissay lograba mantener su equilibrio. Únicamente él, que lo sabía, podía asegurar que su oponente mentía. Había avanzado, pero ahora chocaba con la imperturbable reciedumbre de 2-15. Sus engranajes perfectos eran ya los de un Dirigente.

–¿Acaso no era la Doble Delta una nave adscrita a lo que en Ezebel 2 llama usted Proyecto A?

–No.

–¿Acaso la letra A no indica máxima prioridad, o misión especial, de primer orden, y el número 795 la cifra de vuelos que ella ha requerido?

–La Doble Delta A-795 cumplía la misión asignada de búsqueda de recursos en el Espacio Exterior.

Se produjo un leve lapso de silencio en el que la tensión creció entre el hombre y la máquina. Con sus miradas fijas, quietas cada una en los ojos del contrario, eran como dos animales agazapados a la espera de una acción que no llegaba. Balhissay se serenaba. Hal Yakzuby sintió la llegada de una sorda ira.

–¿Por qué miente usted, 2-15?

En el banco del fiscal general, Kisseian 3-52 se levantó airado, pero se sentó de nuevo sin hablar. El Honorable Juez Orion 1-27 fijó sus ojos en la figura del jefe de la base de Ezebel 2, pero la aparente calma de éste lo desarmó.

–Yo no miento, señor Yakzuby –dijo pausadamente Balhissay–. Pero quiero que sepa una cosa: aun suponiendo que usted hubiera rondado algo, si ese algo estuviese declarado como secreto, la Constitución ampara mi silencio y me protege, como protege todos los esquemas de Máxima Seguridad.

–¡Estamos hablando de la vida de un hombre! –gritó ahora Hal Yakzuby.

–Si hubiese algo que decir, aun siendo secreto, yo lo diría, pero por supuesto al Honorable Juez en privado. Él lo valoraría y lo juzgaría junto con las demás pruebas. Pero no habiendo nada que agregar...

–¿Afirma que no sabe dónde se posó la nave, ni que lo hizo de acuerdo con un plan establecido y conocido como Proyecto A?

–No sé dónde se posó la nave, y el llamado Proyecto A no existe.

Luces. Luces. Nada más. Hal Yakzuby comenzó a paladear el sabor de la derrota. Ahora tardó demasiado en reaccionar.

–Señor abogado defensor –intervino Orion 1-27–. Me temo que su interrogatorio ya es, de por sí, bastante irregular como para someterlo a dilaciones o excesivos rodeos. Le pido concreción, si es que desea seguir interrogando al testigo.

La derrota. Existía el Proyecto A, pero también existía Balhissay. Había tropezado con un muro de plomo, infranqueable. Ya no podría coger a 2-15.

Buscó aire y serenó sus ideas. Derrotado o no, tenía preguntas en la mente, y allí estaba la máquina para responderlas.

–Continuaré con el interrogatorio, señoría –dijo–, aunque lamento que el Sistema se proteja a sí mismo mediante una Constitución que prefiere arriesgar la vida de uno de sus integrantes, aunque se trate de un simple asistente de vuelo, a correr el riesgo de que se desvele un secreto…

Iba a continuar, formulando una nueva pregunta a Balhissay, cuando Orion 1-27 se lo impidió. El juez había captado el desafío de Hal Yakzuby. Desde su enorme estatura metálica, su voz fue un látigo buscando su blanda carne humana.

–El Sistema, señor Yakzuby, no es democracia ni dictadura. Es, simplemente, el Sistema. Y a él hemos llegado después de siglos de historia, aprendiendo cuanto hemos podido del pasado, y asimilándolo para nuestro futuro. Los grandes imperios de la antigüedad, el romano, el griego, el español, el ruso o el de los Estados Unidos de Norteamérica, sobrevivieron siglos, pero cayeron. Nosotros, gracias al Sistema, hemos superado sus marcas y hemos evolucionado… como ha evolucionado la vida desde su aparición en el universo. Se dijo en su día que la evolución natural se detenía en el ser humano, y que la tecnología sería un retraso; sin embargo, la tecnología ha constituido el siguiente paso natural en esa evolución humana. Hay máquinas con cerebros humanos, y seres humanos con componentes metálicos en sus cuerpos. Ciegos que ven con cerebros electrónicos visuales, personas que tienen por corazón un ordenador, selectores de estímulos que dan habla a los mudos… El ser humano y la máquina se han fundido y son uno, como reza la Constitución –Orion 1-27 dejó pasar cinco segundos antes de continuar con su exposición final–. Una vida es importante, sea la de un simple asistente de vuelo, como usted ha llamado al acusado, o la de un capitán del Cuerpo Expedicionario; pero nada, ¿entiende?, nada es más importante que el Sistema y la Unidad. Y es a nosotros, a los Dirigentes y a los componentes del Cuerpo de Mandos, las máquinas de la Clase 2, a quienes nos toca el difícil papel de valorar en determinadas ocasiones la realidad… para tomar una decisión que siempre, siempre, pensamos es justa.

–¿Por qué no le pregunta, en privado, por supuesto, a Balhissay 2-15 en qué consiste el Proyecto A? –dijo Hal Yakzuby.

–Señor Yakzuby –Orion 1-27 volvió a su tono paciente pero tenso–, este Cuerpo Legislativo ha sido muy tolerante con usted, y mucho me temo que no pueda serlo más. El testigo ha manifestado ignorar la existencia del citado Proyecto A, y no tengo por qué poner en duda su palabra. Ahora le ruego continúe su interrogatorio, pero le prevengo que será destituido de su cargo si persiste en su actitud de desafío.

Flavia Ehr le envió una mirada de súplica desde la primera fila de asientos correspondientes al público. Hal Yakzuby comprendió que estaba convirtiendo aquello tanto en un problema personal como en lo que era en realidad: un juicio. Eran sus dudas, sus recelos, lo que salía a la superficie. Y Djub Ehr merecía algo más.

No conseguiría nada sobre el Proyecto A allí dentro, pero disponía de una posibilidad fuera si lograba que la vista durase dos días más, al menos. Pensó en Gidd, en su riesgo, y se sintió solo y perdido en el estrado de la sala. Orion, Balhissay, Kisseian y su ayudante, el propio Ark...

Los únicos dos corazones que latían con un sentimiento eran los de Djub Ehr y el suyo.

Acusado y defensor de una causa perdida.

35

–Una semana y media antes del contacto con la Doble Delta, ¿ordenó usted al jefe de operaciones Denisey, al mando de la plataforma Ganímede, que se reuniera con usted en Ezebel 2?

–El jefe de operaciones Denisey viaja regularmente a la base de Ezebel 2 para celebrar reuniones, informar sobre el progreso de la construcción y recibir nuevas órdenes. Una semana y media antes del contacto con la Doble Delta, efectuó uno de esos viajes rutinarios, en efecto.

–¿Le ordenó que pusiera en marcha un dispositivo especial, un destacamento de primera necesidad?

–Así es. Forma parte del tema de nuestras reuniones decidir el plan de adiestramiento del personal de la plataforma, creando misiones, realizando maniobras, procurando, en suma, que haya una actividad constante.

–¿Por qué se ordenó una maniobra como ésa? ¿Esperaban acaso algo del Espacio Exterior?

–Se ordenó ésa como podía haberse ordenado otra, y por supuesto no esperábamos nada del Espacio Exterior. Si asocia usted la orden con la súbita aparición de la Doble Delta A-795, puedo decirle que la nave no era esperada en Ezebel 2 hasta pasadas otras tres semanas de nuestro tiempo. Y se la esperaba en la base, no en la plataforma. El éxito de su localización, evitando quizá una desgracia, prueba la efectividad del destacamento y lo vital de este tipo de operaciones, así como la importancia de las plataformas.

Balhissay 2-15 había respondido a la pregunta y se había apuntado un tanto cuando menos notable. Hal Yakzuby varió el rumbo del interrogatorio.

–Pienso llamar a declarar a un médico y a un científico después, cuando abra mi turno de testigos, y ellos expondrán los aspectos técnicos de lo que me interesa. Ahora, sin embargo, quiero preguntarle algo, Balhissay. En el caso de que el capitán Ludoz hubiera sido desconectado, ¿cuánto tiempo tarda en producirse el irreversible fin de sus circuitos?

–Una hora, aproximadamente.

–¿Pudo, en este tiempo, llamar a la base de Ezebel 2?

–Si lo hizo el acusado, es decir, si lo desconectó él, es lógico pensar que no se lo permitió. Una máquina es más fuerte que un ser humano, pero en proceso de desactivación... También es posible que el capitán Ludoz prefiriera salvar la nave, o poner el sistema automático para que ésta regresara a la base con su asesino. En cualquier caso, todo esto es andar en círculos, ya que no podemos saber qué pasó. Únicamente podemos suponer los hechos, y juzgar la evidencia.

–¿Mantuvo conversaciones la Doble Delta con Ezebel 2?

–Sí, regularmente.

–¿Se conservan estas conversaciones?

–Por supuesto, y están a disposición del Honorable Juez.

–¿Sólo de él?

–En algunas cintas hay datos confidenciales.

–¿Qué clase de datos?

–No puedo revelárselos o, al menos, no puedo hacerlo en público. Sabe que está prohibido el uso de naves interplanetarias privadas, a pesar de lo cual, y gracias a la técnica, cualquiera puede construirse un cohete. Ya hay bastante piratería espacial como para fomentarla más. El capitán Ludoz informó de algunas estrellas peculiares en las que los aparatos de la nave detectaron materias primas, minerales y componentes de primer orden. Si se conociera la ubicación de esos planetas y estrellas en el mapa espacial, serían saqueados antes de que pudiéramos hacer nada.

De nuevo el bloqueo. Existían conversaciones grabadas, pero Balhissay se guardaría mucho de entregar las importantes si es que, en alguna, el capitán Ludoz dijo algo vital para el caso. Su admiración por Balhissay 2-15 creció al mismo ritmo que su odio. Y ambos sentimientos se encontraban en el cenit de su expresión. Balhissay era al Sistema lo que el Sistema era al proceso: un bloque imperturbable. Como le dijo una vez, en otro tiempo, «no se cometerían más errores».

Nada ni nadie les arrebataría el futuro.

–Se ha dicho aquí –dijo de nuevo Hal Yakzuby– que el capitán Ludoz 7-521 era… casi humano. Lo ha manifestado el asistente de vuelo Henz Alesak, y en el expediente del desaparecido oficial consta una amonestación por defender a un hombre, dándole la razón en una cuestión de lógica que, aparentemente, no ofrecía duda, y enfrentándose por ello a otra máquina. ¿Qué clase de máquina?

–Un comandante del Cuerpo Expedicionario.

–¿Se enfrentó el capitán Ludoz a un superior para darle la razón a un hombre? –insistió Hal Yakzuby.

–Como se ha dicho, el capitán Ludoz tenía fatiga…

–¿Lo hizo?

–Sí.

–El capitán Ludoz tenía cierta inclinación por el género humano, según parece.

Fue un comentario al azar, mordaz e hiriente. Balhissay 2-15 se mantuvo imperturbable. Volvía a estar en guardia.

–¿Cree usted que era así?

–El capitán Ludoz era una buena máquina. No lo conocía a fondo para decir más

al respecto.

Hal Yakbuzy volvió a dirigirse a alguien situado dentro de su propia cabeza, mirando al suelo.

–Sí, y hasta es posible que un día los seres humanos seamos fríos como las máquinas y las máquinas alcancen el grado de sensibilidad total de los humanos, con lo cual la evolución habrá alcanzado su grado máximo de perfección...

Orion 1-27 iba a decir algo. Hal Yakbuzy lo percibió. Intentó evitarlo con una rápida pregunta. Ahora volvía a sentir una llamarada cálida en su interior.

–¿Podía ser tan humano ya el capitán Ludoz como para suicidarse?

Balhissay hizo un gesto de cansancio.

–Ya se ha tocado el tema, señor Yakbuzy. El capitán Ludoz era una máquina, y en una máquina no tiene ningún sentido el término «suicidio». Ninguna está programada para ello, ni acepta la autodesconexión, por lógica.

–La Constitución dice lo contrario: el ser humano y la máquina son iguales. ¿Quién se equivoca, Balhissay, la Constitución o esa lógica a la que tanto acuden las máquinas?

–Señor Yakzuby...

Hal Yakzuby no permitió que el juez interviniera. Estalló definitivamente, y sus gritos rompieron el emocionado equilibrio de la sala. Nada ni nadie logró detenerlo hasta que expulsó cuanto le oprimía.

–¡Presuponer que una máquina, hoy, precisamente por el grado de evolución que hemos alcanzado, no pueda suicidarse, coloca a nuestro Sistema en el mismo nivel que cuando se daba por descontado, en la historia antigua, que un blanco era superior a un negro!... ¡Miles de negros fueron ajusticiados tras juicios fraudulentos sin la menor posibilidad, porque se enfrentaban al hombre blanco, y miles de blancos cometieron tropelías incalificables por su desprecio a los negros! ¿Sigue siendo hoy el hombre un animal? ¿Sigue siendo la máquina tan fría que en siglos de evolución no ha alcanzado o ha asimilado, aunque sólo sea ligeramente, la sensibilidad humana, el valor de la vida y la muerte, lo incongruente de la eternidad?... Y si es así, ¿cómo pueden mandar unos seres sin la capacidad de sentir hasta todos sus límites, sin la capacidad de valorar una sola emoción?

Las palabras formaban una densa nube sobre el ánimo de todos los presentes. Latidos de corazones humanos y conexiones microprocesales, luces y símbolos.

Las nubes se cerraron con negra firmeza. Era una gigantesca tormenta sin agua, de efectos todavía desconocidos. Rostros estupefactos ofreciendo la palidez de la muerte y luces titilantes acosadas por el grito de la furia.

Hal Yakzuby los miró a todos, jadeante, y los desafió en silencio.

36

–¿Papá?

–Hola, hijo.

–¡Cielos!... –el tono de Gidd era de sorpresa, y también de alivio–. No creí encontrarte en casa después de lo de hoy. Pensé que te habrían enviado directamente a un centro de rehabilitación.

–Ya ves: estoy aquí, en casa. Y bien.

–No han podido contigo.

Hal Yakzuby sonrió débilmente a la imagen de la pantalla videofónica.

–Pueden, y podrán si quieren; pero no ahora. No les interesa. Sería una represalia demasiado clara.

–Pero has puesto el dedo en la llaga. Lo sabes tú y lo saben ellos. Y en este momento lo saben las 26 Comunidades. Hay manifestaciones pidiendo un juicio justo, celebrado por humanos, y choques en una docena de ciudades. La situación podría llegar a ser grave.

–También lo sé, hijo. Puede ser el gran cisma, y aunque lamentaría haberlo desatado..., bien, es difícil saber cómo será el futuro, con él o sin él. De momento, el juicio aún no ha terminado.

–Han dicho que has sido amonestado severamente y que te habías reunido con el juez y el fiscal tras la interrupción de la vista. ¿Qué ha pasado?

–¿Desde dónde hablas, Gidd? –preguntó Hal Yakzuby.

–Estoy en la habitación de otro compañero, y éste es el responsable de las comunicaciones. Se ha asegurado de que no había ninguna interferencia. Puedes hablar con tranquilidad. ¿Qué ha pasado?

–En realidad, no demasiado… Después de mi acusación el juez ha detenido el juicio, me ha llamado aparte y ha dicho que podría detenerme, encerrarme por subversión y una decena de cargos más. Luego ha apelado a mi sentido común y me ha preguntado si pretendía desencadenar una guerra. Le he dicho que no, que únicamente pretendía llegar a la verdad y que creía sinceramente que Djub Ehr era inocente. Ha llamado al fiscal general y le ha preguntado si continuaría la acusación. El fiscal le ha dicho que sí. Entonces Orion 1-27 ha decidido apartarme del caso, de mi puesto, pese a las repercusiones que esto supondría. Todo estaba listo cuando ha recibido una comunicación y se ha ausentado unos minutos. A su regreso las cosas habían cambiado ciento ochenta grados: yo volvía a ser confirmado en mi puesto de defensor, pero con un expediente por insubordinación y subversión, al que tendré que responder, quizá en juicio, cuando termine la causa contra Ehr. Todo depende de cómo me comporte mañana y pasado, o los días que dure esto, y de lo que diga.

–¿Seguirás en la misma línea?

–Pienso que no, que no me conviene. Además, mis testigos no serán como Balhissay. No creo que tenga motivos para exaltarme.

–¿Por qué habrá cambiado el juez de opinión con respecto a ti?

–Pienso que detrás de todo esto sigue estando Balhissay. Es una vaga impresión…, mi instinto.

–Ahora él ha sido testigo de la acusación.

–Sí, Gidd; pero al menos sabemos que el Proyecto A existe, y que no es lo que él ha dicho. Pueden aplastarme cuando quieran, pero no les será fácil, y menos en estos momentos. El propio 2-15 está en guardia. Si consiguiera saber algo más de ese Proyecto A…

–Papá –le interrumpió Gidd–, tengo alguna información más para ti, y puede ser de interés.

–Te estás exponiendo demasiado –dijo Hal Yakzuby–. Pueden acusarte de espionaje o incluso, dado tu puesto, de sabotaje.

–No voy a dejarte solo en esto, y más ahora que estamos cerca del fin. Nunca me había sentido mejor.

«Estamos», Gidd hablaba en plural. Hal Yakbuzy sintió una profunda satisfacción. Se dio cuenta de que era la primera vez que él y su hijo trabajaban juntos. Si Ena viviera podría sentirse muy orgullosa. Por encima de todo, del pasado o del futuro, del Sistema o del riesgo de su postura, eran padre e hijo.

–De acuerdo –concedió el hombre–. ¿Qué has averiguado?

–Anoche tuve servicio con uno de los que tomaron parte en la misión de primera necesidad. Me dijo que no vigilaban todo el Espacio Exterior, sino sólo un cuadrante, y que por él apareció la Doble Delta. Otra cosa, y más importante: los que entraron en la nave tras el aterrizaje en la plataforma fueron directamente a revisar la memoria de a bordo, prescindiendo de Ludoz y de Ehr. Al ver que la memoria había sido borrada, se ocuparon de ellos... pero más tranquilos. El teniente Xeia tenía órdenes concretas de coger la memoria para entregársela a Denisey.

–Podrían decir que lo fundamental era la memoria, pero es interesante saberlo. Sigue probando que Balhissay sabía lo que sucedía en la Doble Delta o, en todo caso, conocía la existencia de alguna irregularidad.

–Tengo algo más, papá.

–¿Qué es?

–Todavía no lo sé, pero espero tenerlo. ¿Cuántos días puede durar todavía el juicio?

–Tal vez mañana acabe yo con mis testigos y se dé el veredicto, pero sería demasiado precipitado. Pueden darlo pasado mañana. En realidad estoy intentando ganar tiempo, para ver si doy con una pista que me conduzca al maldito Proyecto A, aunque..., bueno, no tengo nada.

Gidd Yakzuby mostró una amplia sonrisa de satisfacción.

–Entonces estamos en lo mismo: yo también voy tras algo que nos lleve a ello.

–¿Cómo?

–Todo lo que había en la nave fue guardado en una urna de seguridad para su inspección. Ya sabes, pertenencias personales de Ludoz, quizá algún objeto de Ehr..., en fin, todo lo que no pertenecía de hecho a la Doble Delta.

–Dijiste que, si se había encontrado algo, debería de estar en poder de Balhissay 2-15...

–Y así es. Sin embargo, en alguna parte de la plataforma debe de existir una copia, un informe. Nada de lo que sucede aquí, por extraordinario que sea o por nimio que resulte, se pasa por alto. Alguien debió examinar lo que se encontró, calibrar su importancia o valor, precintarlo y enviarlo a Balhissay. Pero antes de ese envío, se redactaría un informe o suministrarían los datos a una terminal, bien de procesamiento, bien de archivo. Sea lo que sea, te repito que la relación

de los objetos hallados en la nave ha de estar en algún lugar de la plataforma.

Hal Yakzuby meditó las palabras de su hijo. Comprendía sus intenciones, y dudaba si el riesgo compensaría la utopía de un posible hallazgo revelador.

–Las claves son qué es el Proyecto A y dónde aterrizó la nave. No veo qué relación puede haber entre estas dos preguntas y lo que se encontró en la Doble Delta.

–Es remota, lo sé; pero ¿se te ocurre otra cosa? No creo que volviendo a preguntarle a Balhissay obtengas mejores resultados. Yo creo que había algo y que era lo bastante importante como para que se lo remitieran a él.

–Y crees que podrás hallar ese informe, la relación de los objetos encontrados en la nave…

–Sí, papá; así es –afirmó Gidd Yakzuby–. Por supuesto, necesitaría tiempo, y no lo tenemos; pero, en una plataforma en construcción no todo es perfecto. Sé adónde hay que ir y con quién tengo que vérmelas. No digo que lo consiga, pero… tengo posibilidades.

No podía dejar que lo hiciera. No podía arriesgar a su hijo en aquella empresa, en aquella especie de locura; pero… ¿tenía otro camino? De pronto comprendió que era un viejo aferrado a una idea difusa de lo bueno y lo malo, lo ético y moral. Un Quijote moderno, subido a un rayo de luz buscando justicia. Sólo que, ¿dónde estaba la justicia? Había perdido la vida en laboratorios e investigaciones, alejado del mundo, y ahora sacaba la cabeza con el riesgo de perderla. Podía hacerlo, ya no tenía mucho por lo que desear mantenerla sobre los hombros. Pero Gidd…

–Hijo, yo… –intentó decir.

Gidd le guiñó un ojo, como cuando de niño se confabulaba con él para confundir a su madre.

Hal Yakzuby pensó que, en el fondo, los humanos nunca crecían del todo, y que eso era bonito.

–Resiste lo que puedas, papá –dijo el muchacho–. Dame un par de días y puede que te dé, si no la eternidad, sí el futuro. La base del cambio más importante desde el Gran Holocausto.

No pudo decir nada más. Gidd cortó la comunicación, y sobre la pantalla flotaron unas líneas blancas por espacio de unos segundos. Cuando también él pulsó la tecla de cierre, la pantalla quedó ciega, igual que un ojo cansado y vencido.

37

–¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en cuanto se le demande en este juicio, por el Sistema y la Unidad?

–Juro.

El alguacil volvió a su lugar con la Constitución entre las manos. Hal Yakzuby no se movió de su asiento hasta que la calma y el silencio se adueñaron de la sala. Cuando hubo aprovechado el último segundo de tiempo, se levantó y recorrió lenta y cansinamente los escasos metros que lo separaban de su testigo. Su primer testigo. Un observador imparcial habría notado en el hombre el abatimiento de una derrota prematura, o de un peso insoportable sobre los hombros tras la dura batalla del día anterior. Sólo Ark y Djub Ehr sabían que el último cartucho tenía ya la mecha encendida y que la longitud de ésta retrasaría la explosión final, y la solución, favorable o contraria.

Llegó frente al testigo, un robot de no más de un metro, lleno de antenas y luces, brazos y tentáculos. Orion 1-27 esperaba. Kisseian 3-52 esperaba. El público esperaba.

Hal Yakzuby inició el interrogatorio.

–¿Cuál es su nombre, por favor?

–Yorguinoi 6-16193.

–¿Cuál es su actividad?

–Médico analista, cirujano y responsable de los centros asistenciales de la plataforma Ganímede.

–¿Recuerda al hombre que está sentado allí? –señaló hacia Djub Ehr con vaguedad.

–Sí, lo recuerdo –afirmó Yorguinoi 6-16193.

–¿Cuándo lo vio por primera vez?

–Hace unos días, en la plataforma. Lo llevaron a mi laboratorio para investigación y análisis.

–¿Cuál era su estado en ese momento?

–Mostraba los efectos del sueño letárgico. Acababa de ser retirado de la cápsula

de sueño letárgico de una nave Doble Delta.

–¿Recuperó la conciencia en presencia de usted?

–Así es.

–¿Con qué resultados?

–Los habituales...: preguntar dónde estaba, si todo había salido bien...

–¿Le informó usted de que el capitán Ludoz había sido hallado muerto en la nave?

–Sí.

–¿Cuál fue su reacción?

El robot mantuvo un breve silencio. Movió una antena metálica por delante de una pantalla de recepción visual y encendió una luz roja de duda.

–¿Cuál fue su reacción? –volvió a preguntar Hal Yakzuby.

–Es difícil de precisar..., bueno, los sentimientos humanos no son fácilmente asimilables ni justificables.

–Inténtelo, por favor –solicitó Hal Yakzuby con exquisita amabilidad.

–Yo diría que... estupor, incredulidad, desconcierto... Después arrojó agua por sus ojos.

–Lloró.

–Sí, eso. Tuve que practicarle un secado de emergencia y aislarlo.

–¿Lloró mucho?

–Mucho.

–¿Piensa que sinceramente?

–Protesto, señoría –dijo Kisseian 3-52–. El testigo no está capacitado para responder a esta pregunta.

–Se acepta –otorgó Orion 1-27.

–¿Dio a entender el asistente de vuelo Ehr, en algún momento, que conocía ya la suerte de su capitán?

–No.

–¿Se sorprendió?

–Sí.

–¿Qué dijo o qué hizo exactamente al conocer la noticia?

–Pues... primero lloró, como ya le he dicho. Cuando se tranquilizó preguntó datos. Le dije dónde estaba y el tiempo de duración de su misión. Quiso llamar a su mujer. Entonces el teniente que le había traído le preguntó por qué había matado al capitán Ludoz.

–¿Seguía el teniente Xeia allí?

–Sí. Necesitaba conocer el estado del asistente para presentar su informe o comunicárselo directamente a su superior.

–¿Cuál fue la reacción del asistente de vuelo Ehr ante la pregunta del teniente Xeia?

–Primero abrió los ojos, luego preguntó qué quería decir, y cuando el teniente contestó que el capitán Ludoz había sido desconectado, entonces... se puso como loco. Gritó que no era posible...

–Usted, como médico experto en el comportamiento de las máquinas y los humanos, ¿diría que estaba fingiendo?

–Protesto, señoría –volvió a proferir Kisseian 3-52.

–Ha lugar –sentenció Orion 1-27–. El testigo no tiene suficientes argumentos como para calibrar la verdad o la mentira en la reacción del acusado, y su opinión sería meramente subjetiva y personal.

–¿Examinó usted detenidamente al asistente Ehr, pasados esos primeros minutos de *shock*?

–Lo hice, y asistido por otros dos eminentes médicos, Livran 6-4215 y Tedei 6-8075.

–¿Era más viejo, por haber pasado fuera de la cápsula de sueño letárgico un período no determinado de tiempo durante el viaje?

–No hallamos en él ninguna transgresión molecular. Tenía la misma edad que cuando salió de Ezebel, al menos en lo que respecta a años. No había en él ningún cambio físico, aunque, como usted sabe, si hubiera estado fuera de la cápsula un día, una semana, o incluso más tiempo, ello sería inapreciable médica y científicamente.

–¿Tenía pérdida de memoria?

–No.

–Pero se investigó en su subconsciente mediante rayos analizadores, ¿no es cierto?

–Sí, con resultado negativo.

–También se utilizó la hipnosis.

–Sí..., en fin, es un método rudimentario, pero todavía útil para ver en la mente humana.

–¿Revelaron estos exámenes alguna conexión con lo sucedido en la nave?

–No.

–Como usted sabe, la Doble Delta se detuvo en algún lugar del Espacio. ¿Hay alguna forma de averiguar si el asistente Ehr abandonó la nave?

–Sin los datos de la memoria, no.

–Así pues, la reacción a los análisis efectuados indicó en todo momento normalidad.

–Normalidad en los análisis sí, aunque el asistente Ehr mostraba síntomas evidentes de desasosiego.

–¿Cree que, si hubiera sido culpable, habría respondido igual a los análisis efectuados?

Por tercera vez a lo largo del interrogatorio, Kisseian 3-52 se levantó para protestar. Antes de que Orion 1-27 ratificara la protesta, Hal Yakzuby regresó a su asiento.

–He terminado con el testigo, señoría –dijo.

El fiscal general de la Comunidad se encaminó ahora hacia el médico, con gestos vivos. La última escena de su colega, dejando por sentado un hecho evidente, lo había cogido a contrapié. Hal Yakzuby imaginó que intentaría contrarrestar esta evidencia.

–Doctor –comenzó sin perder un instante Kisseian–, a pesar de la técnica actual, de muchos aparatos creados al efecto, usted, como experto, ¿diría que se ha conseguido algún éxito definitivo en la investigación de la mentira como arma de la voluntad humana?

–No –dijo Yorguinoi 6-16193–; seguimos a oscuras en este terreno, sin olvidar que la ley impidió el desarrollo de máquinas más perfectas, con el fin de preservar la intimidad de los seres humanos.

–¿Conoce las características de un recurso, o enfermedad humana, llamado autismo?

–Sí.

–¿Podría referirlas, por favor?

–El autismo, en otro tiempo una enfermedad mental humana por la que se internaba a los pacientes en los llamados manicomios, es una facultad con que la mente elimina los hechos desagradables sin dejar rastro. Los bloquea. Si se trata de un enfermo mental, el autismo puede confinarlo para toda la vida a un estado casi vegetativo. Si es un ser normal, el autismo actúa como defensa contra una determinada situación.

–Señoría –dijo Hal Yakzuby–, no se ha demostrado en ningún momento que el asistente de vuelo Ehr haya estado enfermo antes o después de ser despertado en la plataforma Ganímede. Es más, se supone que los miembros del personal de vuelos interplanetarios han sido sometidos a rigurosos exámenes médicos.

–Señor juez –intervino Kisseian 3-52–, no se está acusando al asistente de vuelo Ehr de hallarse enfermo, sino buscando una fórmula que justifique su reacción al serle notificada la muerte del capitán Ludoz. En el supuesto de ser honesta su reacción, cosa que pongo en tela de juicio, todavía cabría la posibilidad de que, comprendiendo su acción, su mente humana se agarrotara ante ella. Eso explicaría sus lágrimas y sus muestras de terror.

–Señoría... –trató de hablar Hal Yakzuby.

–Denegada la protesta –dijo el Honorable Juez Orion 1-27.

–El fiscal general está utilizando una posibilidad remota como...

–El abogado defensor tomará asiento y permitirá la continuación de la vista –pronunció Orion.

Hal Yakzuby vaciló, pero finalmente tomó asiento.

–Sólo una última pregunta, señor juez –indicó Kisseian–, y para formularla apelo a la experiencia del doctor Yorguinoi. La reacción del acusado, negando su implicación en la muerte del capital Ludoz, ¿hubiera sido la misma, siendo inocente ante la gravedad de la situación, que siendo culpable, por miedo ante el delito cometido?

La respuesta del médico fue terminante.

–Sí –dijo.

Kisseian 3-52 volvió a su banco, visiblemente satisfecho.

38

–¿Su nombre es Marzho Obenzey Fissan?

–En efecto.

–¿Y es profesor, científico, experto en procesos de fabricación de componentes, erudito y una eminencia en todo lo concerniente a las máquinas, de todo tipo, de forma que en muchos casos ha llegado a actuar como médico, o ha dictaminado enfermedades de tiempo, taras, defectos y un largo etcétera?

–Dejémoslo en un largo etcétera –dijo el hombre.

Hubo un eco de risas en la sala. El Honorable Juez Orion 1-27 se inclinó levemente hacia el testigo.

–Responda sí o no a las preguntas, por favor –ordenó.

Marzho Obenzey Fissan giró la cabeza para verlo mejor. Era un anciano de blanca barba y apenas un poco de cabello largo sobre ambas orejas y la nuca. Una especie de residuo, entre artístico y antiguo. Superaba los 100 años, pero los ojos mostraban el claro reflejo de su vitalidad interior. Tenía algo de cómico, pero infundía mucho respeto.

–¿Desde cuándo me hablas de usted? –gruñó airado–. No estabas tan ceremonioso hace una semana, cuando te cambié aquel microprocesador deteriorado y te pusiste amarillo de angustia…

Esta vez la carcajada fue general. Orion 1-27 dejó caer el martillito metálico sobre la capa sónica.

–Los asuntos de nuestra vida privada –argumentó el Honorable Juez– no son óbice para que yo mande aquí, lo mismo que usted en su laboratorio, y me veré obligado a actuar en consecuencia si persiste en su actitud, señor Obenzey.

Orion 1-27 estaba serio, aunque no tanto como en otras ocasiones a lo largo del juicio. Marzho Obenzey Fissan y él se miraron por espacio de diez segundos. Finalmente el hombre, tras hacer un gesto evidente de fastidio, giró el cuerpo y se enfrentó a Hal Yakzuby.

–Está bien –protestó–. De todas formas, siempre has sido un pedazo de hierro pomposo.

Las risas fueron acalladas por la nueva pregunta del abogado defensor.

–¿Me conoce, señor Obenzey?

–¿Tú también, hijo? –resopló–. Pues claro que te conozco.

–¿Diría que somos amigos?

Marzho Obenzey Fissan ladeó la cabeza, meditando la pregunta.

–Sí, diría que sí; pero también nos peleamos por nuestras teorías, y más de una vez nos hemos mandado mutuamente a la mierda... –miró a Orion 1-27 y agregó–: ¡Oh, perdón, señor juez, excelencia, señoría..., perdón, es una... una expresión de lo más humana, como debe de saber!

El Honorable Juez no dijo nada.

–Señoría, no veo el objeto de este diálogo... –dijo el fiscal general de la Comunidad.

–Intento, antes de que mi colega lo saque a colación, dejar bien sentado que el testigo es amigo mío; pero también quiero mostrar que, al margen de que en esta vista se halla bajo juramento, es un hombre peculiar, intachable y honesto, cuyas palabras, opiniones y afirmaciones son siempre lúcidas y verdaderas, sin el menor asomo de duda –justificó Hal Yakzuby.

Kisseian 3-52 acusó el golpe y mostró un leve resentimiento.

–Nadie pone en duda la capacidad del profesor Obenzey, por otra parte bien conocida por la Unidad de Comunidades.

–Puede continuar, señor Yakzuby –ofreció Orion 1-27.

Marzho Obenzey Fissan miró a todos, divertido. Murmuró algo que nadie pudo entender y se repantigó en su asiento lo más cómodamente posible, apoyando la espalda y la cabeza en el respaldo y estirando las piernas.

–Señor Obenzey –dijo Hal Yakzuby–, ¿cuándo está oficialmente muerta una máquina?

–Cuando transcurridas unas 100 punto 000 horas..., o sea, un día, o sea, lo que antes eran 24 horas, después de su comienzo de desconexión, sus últimos circuitos dejan de estar activados.

–¿En qué momento es irreversible el proceso?

–Desde el primer momento, pero dicho así parece que la muerte de una máquina es lo más fácil del mundo, y todos sabemos que no lo es, al contrario. Es algo complejo, delicado, que requiere técnica y elevados conocimientos, y también habilidad. Sin olvidar que en teoría no hay una máquina igual a otra, y cada cual tiene un cuadro distinto.

–¿Sería fácil o difícil desconectar a un miembro del Cuerpo Expedicionario?

–Muy difícil. Son máquinas muy preparadas. Han de estar sometidas a mil peligros allá arriba en el espacio, así que tienen un sistema terriblemente complejo.

–¿Puede ser desactivada una máquina, y ya que hemos citado al capitán Ludoz, pongamos de su tipo?

–¿Desactivada, cómo, por un accidente, manualmente...?

–Perdone la imprecisión de mi pregunta, profesor –se excusó Hal Yakzuby.

–No te preocupes, muchacho –dijo el testigo–, siempre fuiste torpe manejando la lengua.

Hubo otro murmullo. Marzho Obenzey Fissan miró de reojo a Orion 1-27, pero el juez mostraba ahora una impasibilidad cetrina. Hal Yakzuby prefirió continuar. Necesitaba a su testigo, y necesitaba el tiempo que él mismo estaba perdiendo.

–Quería decir que si el capitán Ludoz pudo ser desactivado, desconectado..., como quiera llamarlo, accidentalmente.

–Bueno, es imposible determinar qué cosas suceden en el Espacio Exterior. Aquí se borró la memoria, y el oficial de la nave murió. Sin embargo, yo diría que tal posibilidad es remota: una entre un millón. Ni aun atravesando un campo de energía enorme, al máximo de capacidad, un ente como el capitán Ludoz se habría visto excesivamente afectado. Todo lo más dañado, alterado, pero nunca en situación fatal. Y con la memoria de la Doble Delta sucede lo mismo. Un campo de energía no la habría borrado; tal vez la habría enloquecido o llevado al caos, pero no anulado. La misma nave habría registrado de alguna forma el fenómeno. Y quien dice un campo de energía dice otra cosa... No, me resulta difícil pensar en un accidente.

–Imposible pensar en un accidente –repitió Hal Yakzuby–. De acuerdo. Veamos ahora la posibilidad número dos: Djub Ehr –señaló hacia él–. ¿Ve usted bien al acusado, profesor Obenzey?

–Vamos, vamos, Hal –se burló el testigo–. Ya sabes la edad que tengo; pero

también sabes que, a pesar de ella, nunca he necesitado retoques en los ojos, cosa que no todos pueden decir.

–Lo celebro, profesor –concedió Hal Yakzuby inclinando levemente la cabeza–. Volviendo al tema que nos ocupa, le ruego mire atentamente al asistente de vuelo Ehr y nos diga si un hombre como él pudo desconectar a su capitán.

–¡Protesto! –gritó Kisseian 3-52.

–¡Oh, haga el favor de callarse! –gritó también Marzho Obenzey con visibles muestras de contrariedad–. Acabo de decir algo que le favorece, así que déjeme decir ahora algo que favorezca a la defensa.

–Señor Obenzey… –comenzó a decir Orion 1-27 antes de que cambiara el tono y profiriera con cansancio–: ¡Marzho, por favor, quieres dejar de salirte de tu papel!

–¡Diablos, cuando dije que no pudo matar a Ludoz un tercer elemento, él no protestó! –replicó el hombre.

–Señor Obenzey –el Honorable Juez recuperó su tono de dignidad–, será desalojado de este estrado, y multado, si persiste en su actitud negativa.

Marzho Obenzey Fissan miró a Hal Yakzuby. Captó en los ojos de éste la muda súplica que le dirigía. Comprendió que, por encima de todo, lo necesitaba, a favor o en contra, pero lo necesitaba. Con un hilo de voz pidió disculpas.

–¿Dónde estábamos? –preguntó Orion 1-27.

–Mi protesta… –dijo Kisseian 3-52.

–Ah, sí…, denegada –reaccionó el juez.

Kisseian se sentó con la boca muy abierta, lo mismo que los ojos, bañados de luces blancas.

–¿Quiere contestar ahora a mi pregunta, profesor Obenzey?

–La contestaré: es prácticamente imposible que un hombre como Djub Ehr desactivara al capitán Ludoz. En primer lugar, Ludoz, como máquina, era más fuerte que él. En segundo lugar, hay que descartar el factor «sorpresa» porque, como he dicho antes, no es tan fácil desactivar un sistema como el de Ludoz. No basta pulsar un botón. Y en tercer lugar, y quizá sea lo más importante y definitivo, un asistente de vuelo no tiene los conocimientos necesarios para emprender tal acción, y mucho menos para borrar la memoria de una nave interestelar.

39

Hal Yakzuby dejó que las palabras de Marzho Obenzey Fissan penetraran en las mentes de los asistentes y, muy especialmente, en los sistemas de asimilación de las máquinas. El Honorable Juez permaneció quieto, contemplando todo desde su altura.

–Estoy seguro de que el fiscal general le preguntará después si Ehr pudo estudiar y adquirir esos conocimientos –continuó Hal Yakzuby.

–Es posible, sí; pero sería el más fantástico de los casos. Aun suponiendo que dispusiera de tiempo y paciencia, ¿dónde realizaría sus prácticas de adecuación, proyección, asimilación, programación, estudio de controles y todo lo demás?

–Imaginemos lo inimaginable: que pudo tener los conocimientos. ¿Podría entonces?

–Repito que es imposible. Las razones por las que no pudo hacerlo con el capitán Ludoz son evidentes, como acabo de decir; en cuanto a la memoria de la nave, no tuvo tiempo de hacerlo, y el tiempo no engaña. Si el asistente Ehr no había envejecido cuando fue sacado de la cápsula de sueño letárgico, significa que no pasó más de un día, una semana o un mes fuera de la mencionada cápsula. Cierto que la adecuación del tiempo espacial con el nuestro requiere un amplio estudio comparativo. El viaje duró tres semanas de nuestro tiempo, y en cambio no sé cuántos años luz del tiempo espacial. Pero si Ehr hubiera estado fuera de la cápsula, el tiempo espacial se le habría acumulado al suyo, y para borrar la memoria de la Doble Delta hubiera necesitado un mínimo de dos meses, dada la cantidad de componentes. Dos meses de tiempo espacial... que equivalen, en un ser humano, a un centenar de vidas... o más. El asistente Ehr se hubiera convertido en polvo al abrir la cápsula de sueño letárgico.

Esperó otra decena de segundos antes de formular la siguiente pregunta.

–El fiscal general le preguntará después si esto es categórico y definitivo...

El testigo se encogió de hombros.

–Todo lo definitivo que puede ser hablar de hechos que todavía escapan a nuestra comprensión. Hay un cien por cien de garantías de que lo que he dicho es exacto... y otro cien por cien de que algo no encaje, y con ello todo se venga

abajo. Si la nave estaba parada en..., digamos, una laguna de tiempo, o un espacio retroactivo..., entonces el asistente dispuso de una eternidad para consumar la desactivación de la memoria, pero... en fin, esto es tan fantástico como imaginar que tuvo la idea de hacerlo y que además encontró la fortuna de lograrlo.

El silencio era ahora tan denso que Kisseian 3-52 no protestó ni mostró intención alguna de interrumpir el interrogatorio cuando Hal Yakzuby dijo:

–¿Queda algún otro camino, profesor Obenzey?

El hombre reflexionó. Hundió la cabeza en su pecho y sin moverse, como si hablara ahora exclusivamente con Hal Yakzuby, exhaló:

–¿El suicidio?... Bueno, ellas no lo creen posible, y tienen su razón, su maldita lógica.

–¿Y usted?

La respuesta tardó más en producirse. Kisseian 3-52 buscó los ojos de Orion 1-27. Cuando los encontró, uno y otro se miraron separados por una distancia extraña. Marzho Obenzey Fissan, su aspecto venerable, su voz flagelada de emociones frías, a veces tajante y a veces olvidada de tiempos mejores, y sobre todo su carisma peculiar, se había apoderado de la conciencia de la sala.

–Yo he visto demasiado –dijo el hombre–. Mi capacidad de asombro se ha visto colmada en muchos aspectos, pero moriré insatisfecho por otros. No sé qué creer ni del ser humano ni de la máquina, salvo que están destinados a encontrarse más y más en el futuro. Un día, las máquinas tendrán capacidad para concebir... ¡Oh, sí..., lo harán!, y también podrán fecundar. No sé si será primero lo uno o lo otro, pero llegará. Y la especie humana..., o la especie viva en general, llegará a una nueva era sin fronteras. ¿Qué será el primer recién nacido? ¿Humano o máquina?... Puede que tengamos que encontrar un nombre, y ése será el comienzo. Un nombre. Ese nuevo ser alcanzará la dimensión del más allá, y rebasará todo lo inimaginable. Yo..., ¿sabes Hal?, querría estar presente cuando esto sucediera, pero no creo que llegue a verlo, de la misma forma que cada generación ha soñado con las fantasías de la siguiente, y ha pasado al olvido sin alcanzar más que el pálido reflejo de sus ansiedades. Un día el hombre viajó a la primitiva Luna, y surgió el sueño espacial... al que pocos tuvieron acceso. ¿Y hoy? Tenemos todavía tanto por atrapar que tiemblo ante ello. Me siento como un niño pensándolo, y como un viejo negándolo. Es lo mismo que con ese nuevo ser... ¿Tendrá un corazón como el nuestro y arterias de metal, o un ordenador surgido del núcleo celular y un cuerpo formado de carne? ¿Cómo será su

cerebro? ¿Poseerá todos los secretos de la vida?...

Marzho Obenzey Fissan vaciló. Tenía los ojos húmedos y se había aislado por completo, lo mismo que un anciano ante los recuerdos. Levantó la cabeza muy lentamente y vio a Hal Yakzuby enfrente. Entonces volvió a reaccionar, aunque su aspecto siguió siendo el mismo.

–¿Suicidio?... Sí..., sí, claro que sí, Hal. ¿Por qué no? Alguna máquina ha de ser la primera en dar el pequeño gran paso, o el salto. Ya nos han atrapado en todo, y nos han vencido. Y no me quejo..., no; al contrario: son superiores. Y puesto que lo son, ¿por qué no humanas? ¿Qué les falta?... ¿Perder su maldita lógica? Tal vez sí, o simplemente..., no sé, tener un motivo, algo como sentir, amar, darse cuenta de la importancia del ser y del no ser, y de lo que es nacer y morir, no ser creadas artificialmente, programadas y perdurar por años, siglos, tal vez la eternidad... –su voz se hizo más y más débil–, ser, existir... ¡Oh, cielos..., y sentir! ¿Por qué no? ¿Por qué no? Puede que no sea demasiado tarde, ni siquiera para mí, y que a pesar de todo vaya a presenciar el último milagro... o la última maldición. Ellas no se dan cuenta, pero yo sí: nos han alcanzado. ¿Suicidio?... Ésa sería la respuesta final, el último engranaje que falta. Ellas no lo reconocen, porque todavía no entienden. Son superiores, pero en el fondo necesitan parecerse a sus creadores, al ser humano... Niegan, pero ahora tienen una respuesta y no la aceptan. Yo diría que las máquinas soñaron desde el primer día con ser humanas... ¡Ah, pero tienen lógica!..., y eso es su cáncer. Comprenden que los humanos somos complicados, y se enorgullecen de ser distintas. Pero ¿distintas de qué? El ser humano ha sido el cenit de la creación desde el origen, así que... lo que desean intrínsecamente por un lado lo rechazan por otro, y viceversa. Y ahora se produce esta situación, este juicio..., este juicio de locos...

La voz del profesor Obenzey era ya un hilo apenas perceptible, y sus palabras un denso monólogo de razones y expectativas, de reflexiones y valoraciones. Hal Yakzuby comprendió que tenía ante sí el despertar de una conciencia dormida. Quizá de todas las conciencias dormidas. Por primera vez comprendía que no era el cisma..., sino el advenimiento de un posible orden nuevo.

Y nadie podría haberlo expresado mejor que Marzho Obenzey Fissan. Máxime en aquella situación.

El hombre cerró los ojos.

–¿Suicidio? –volvió a musitar en un suspiro final–. Sí, por supuesto que sí. Alguna máquina tenía que ser la primera en desafiar a la lógica para dar el primer paso..., para mostrar que pueden ser tan débiles como el ser humano y al mismo

tiempo resaltar su grandeza singular…

40

Hal Yakzuby intentó concentrarse durante el breve tiempo en que Kisseian 3-52 interrogó a Marzho Obenzey Fissan, pero no lo consiguió. En realidad, el fiscal general luchaba ahora contra un fantasma, contra el espíritu de un viejo que, postrado en una silla, había hecho un rápido testamento de sus esperanzas. Hal Yakzuby sabía que nada de lo que dijera el hombre cambiaría el efecto de sus palabras anteriores y que nada de lo que preguntara el miembro del Cuerpo Judicial abriría una fisura en aquella singular razón. Las preguntas de Kisseian eran meros dardos, disparos al azar, y Marzho Obenzey Fissan las respondía con cansancio, perdida su lucidez inicial, su agudeza, incluso su comicidad espontánea y visceral.

A pesar de todo… no se había conseguido demasiado. Era la opinión de un hombre, de un hombre viejo, aunque se tratase de un genio. Había sido ya bastante importante conseguir que sus palabras llegasen a oídos de la sala, del juez, sin que una protesta del fiscal general lo detuviera. Era mucho, pero no lo suficiente para liberar a Djub Ehr de su aprieto.

Las máquinas continuarían actuando con lógica.

–Lógica.

Pero lo que ahora embargaba a Hal Yakzuby no era precisamente la sensación de que su defendido tenía la causa perdida ni la frustración de no poder demostrar lo indemostrable, dadas las circunstancias del hecho acaecido en la Doble Delta A-795. Lo que flotaba en su mente, y se le escapaba todavía como el humo en una jaula, era la sensación de haber encontrado una extraña piedra filosofal. Todas sus dudas, todas sus vaguedades, surgidas, almacenadas, fomentadas y estérilmente razonadas durante años, las había resumido Obenzey en unos segundos. Hal Yakzuby se sentía perdido y vacío, y al mismo tiempo orgulloso y satisfecho. Una mezcla compleja. Muchas veces había obtenido éxitos imprevistos en su laboratorio, inesperados, y nunca supo juzgar si había intervenido la suerte o el destino, su lucidez o su instinto. Eran éxitos y así debían ser aceptados. Pero aquello era distinto.

Especialmente porque Marzho Obenzey Fissan tenía razón. El ser humano y la

máquina, a pesar de sus errores, estaban condenados a entenderse.

Tarde o temprano.

Si Ludoz 7-521 se suicidó...

–Yakzuby, Yakzuby...

Despertó. Kisseian 3-52 protestaba en aquel momento por la vaguedad e imprecisión del testigo en sus respuestas. El viejo profesor era una sombra de sí mismo; estaba agotado, atravesaba uno de sus períodos de obnubilación mental. Quizá también para él, sus palabras habían sido una revelación. Alguien las había dicho en voz alta, y ese alguien era él.

Un dedo cálido en la llaga abierta y sangrante de la duda.

La duda.

Djub Ehr le apretaba el brazo. Intentó concretar la imagen borrosa en sus ojos y lo consiguió. El asistente lo miraba preocupado.

–¿Qué le sucede?

–Nada –dijo Hal Yakzuby.

–Kisseian no puede con él. ¿Cree que hemos ganado?

El hombre bajó la cabeza.

–No, Ehr –se sinceró–. No lo creo.

–Pero su amigo...

–Mi amigo ha dicho cosas que les harán pensar; pero no ha aportado una evidencia para el caso.

–¿Entonces?

–Me queda un último testigo, aunque no confío mucho en él. Después, si todavía necesito tiempo, tendré que llamarle a usted a declarar.

Djub Ehr apretó los dientes y lanzó una mirada de odio a todo lo que había a su alrededor, especialmente al juez y al fiscal.

–Por lo menos me oirán –masculló.

Era su derecho. Hal Yakzuby no se lo recriminó.

–... usted y todas las máquinas quieren sentenciar a ese hombre para sentirse más tranquilas, y lo harán cuando acabe esta farsa. ¿Por qué no lo hacen de una vez y dejan que vuelva a mi casa? –decía en aquel momento Marzho Obenzey

Fissan.

El griterío, la voz airada de Kisseian, el golpear del martillito de Orion 1-27 y la sensación de caos lo apartó de todo otra vez. No lamentaba haber llamado a declarar a su viejo colega, aunque sabía perfectamente que aquello tendría repercusiones sobre todos, y no pensaba en las externas, sino en las internas. Eran científicos, pensadores... ¿Quién puede detener el proceso de una mente humana?

–Hal. ¡Hal!

Ark 6-1117 estaba arrodillado junto a él. Kisseian gritaba. Orion seguía golpeando la placa sónica con su martillito de metal. Marzho Obenzey Fissan estaba lívido.

–Hal..., sácalo de ahí, no dejes que continúe esto.

Ahora sí reaccionó. Poniéndose en pie, logró que su voz superara el desconcierto.

–¡Señoría, pido un aplazamiento del juicio para permitir que mi testigo se recobre! Obviamente no está en condiciones de...

Los murmullos de la sala se calmaron. Kisseian 3-52 intentó decir algo, pero una ácida mirada del Honorable Juez lo disuadió. El martillito golpeó por última vez, y las ondas de sonido rebotaron por las paredes hasta morir en el silencio.

Orion 1-27 esperó todavía un poco antes de hablar.

–No puedo acceder a su petición, señor Yakzuby, y usted lo sabe. Este juicio no puede convertirse en una causa personal, y terminaría siéndolo en caso de que se prolongara excesivamente..., si no lo es ya, a pesar de mis esfuerzos. ¿Cuántos testigos le quedan por interrogar?

–Un testigo más, señoría, y mi defendido, Djub Ehr...

Se produjo un nuevo murmullo, pero se apagó por sí mismo. Flavia Ehr abrazó a sus hijos y se mordió el labio inferior. Djub Ehr le envió una sonrisa de valor envuelta en amor.

–Siendo así –continuó el Honorable Juez–, tendrá que presentar a su último testigo en esta sesión, tras lo cual la vista se reanudará mañana por la mañana para escuchar el testimonio del acusado. Concluido éste, el representante del Cuerpo Judicial y usted presentarán sus conclusiones definitivas, y se emitirá el veredicto, aunque la citada sesión de mañana se prolongue durante todo el día.

Kisseian 3-52 parecía más tranquilo. Observó a su colega con aspecto crítico y trató de adivinar si tenía algo oculto todavía. Sin embargo, la subida de Ehr al

estrado para declarar era su mejor y más definitiva baza. Al comprenderlo, sonrió y se tranquilizó del todo.

–¿Continúa el fiscal general de la Comunidad interrogando al testigo? –le preguntó Orion 1-27.

–No, señoría –dijo Kisseian–. He terminado con él.

41

–Jefe de operaciones Denisey, ¿estaba usted al mando de la plataforma Ganímede durante los días en que se produjeron los acontecimientos que aquí se están relatando?

–Lo estaba y sigo estándolo en la actualidad.

–¿Quién es su jefe inmediato?

–Balhissay 2-15, en la base de Ezebel 2.

–¿Fue Balhissay 2-15 quien le ordenó poner en marcha un dispositivo de primera necesidad en su último viaje, antes de ser avistada la Doble Delta A-795?

–Así es.

–¿Por qué?

Denisey mostró perplejidad.

–¿Por qué no? –espetó.

–¿Le importaría responder a mi pregunta con argumentos?

–Son corrientes los ejercicios tácticos, las maniobras, las misiones especiales, todo cuanto pueda servir para mantener activo al personal, y más en una plataforma espacial en construcción, todavía limitada de recursos.

–Sin embargo, un destacamento de primera necesidad... ¿no es como poner a una sección en pie de guerra?

–Sí.

–¿No le sorprendió la orden?

–No.

–¿Ni siquiera que tuviera como objetivo vigilar un único cuadrante del Espacio Exterior?

–No.

–¿Tampoco se sorprendió cuando apareció por ese cuadrante la Doble Delta A-795?

–No.

–¿No ató cabos ni pensó que esa nave pudiera ser esperada? ¿O tal vez usted sabía ya, lo mismo que Balhissay, que iba a llegar?

–¡Protesto, señoría! El abogado defensor está acusando implícitamente al testigo y a un honorable miembro del Cuerpo de Mandos –indicó Kisseian 3-52.

–Se acepta la protesta –concedió Orion 1-27.

–¿Intentó establecer contacto con la Doble Delta, tras ser detectada?

–Sí.

–¿Lo consiguió?

–No.

–¿Y antes?

–¿Antes de qué?

–Antes de ser avistada.

–¿Cómo iba a intentar comunicarme con ella si desconocía su existencia? –resopló Denisey–. Aun en el caso de que la propia nave hubiera establecido comunicación, tenía línea abierta con la base de Ezebel 2, no con nosotros. Sólo conociendo la clave hubiéramos podido captar sus señas procedentes del Espacio Exterior.

–Antes de abrir la compuerta exterior de la nave, se analizó su interior, en busca de elementos extraños, y no se halló nada en ella. Entonces, ¿por qué llevaban armas los hombres que entraron en la Doble Delta?

–Por mera precaución. Nuestros sistemas no están preparados para todo lo que pueda existir en el Espacio Exterior.

–¿No sabían que el capitán Ludoz se hallaba desconectado ni que el asistente Ehr estaba dormido?

–¿Cómo íbamos a saberlo?

Hal Yakzuby estudió a su testigo. Sus ojos eran firmes, y no percibió en ellos el brillo de ningún color. O mentía mejor que Balhissay, o decía la verdad y no sabía nada, ni era más que un simple peón a las órdenes del jefe de la base de Ezebel 2. En cualquiera de los casos, su interrogatorio no llevaba a ninguna parte.

–¿Es cierto que una vez retirados los cuerpos de los dos ocupantes un equipo especial revisó la nave, en busca de objetos no pertenecientes a la misma?

–Sí.

–¿Se encontró algo?

–No.

–Entonces, ¿por qué se enviaron a la base de Ezebel 2, directamente a Balhissay 2-15, los objetos hallados en la Doble Delta?

–Lo que se envió a la base fueron las pertenencias del capitán Ludoz, y las de su asistente de vuelo, por si había en ellas algo que permitiera esclarecer lo sucedido.

–¿Lo había?

–No, que yo sepa.

–¿Puede referirnos las pertenencias que se encontraron en la nave?

–Se trataba de simples objetos personales.

–¿Puede referirlos?

–No hay inconveniente en lo que respecta a los del asistente de vuelo Ehr; pero los del capitán Ludoz eran privados y no afectaban al caso.

–¿Cómo sabe que no afectaban al caso?

–Se investigaron en la plataforma, y lo mismo se hizo en Ezebel 2.

–¿Cómo se examinaron en la plataforma, con equipos procesales, con analizadores de materias, por sistema de micronucleización?

–No era necesario. Su examen fue simplemente visual.

–¿Visual? –gritó Hal Yakzuby–. Con una muerte inexplicada, ¿es suficiente un examen visual de los objetos personales del fallecido?

–Le repito que eran, como usted ha dicho, objetos personales. Recuerdos, algunas fotografías holográficas, piezas extraídas en alguna operación que suelen guardarse... No había nada misterioso. Es absurdo aferrarse a ridiculeces para

justificar algo como la desconexión manual de una máquina.

En esta ocasión, Hal Yakzuby pasó por alto la acusación del jefe de operaciones Denisey. No quería desviar en ningún momento el quid de la cuestión más importante que le quedaba.

–¿Sabe que si solicito la presencia de estos objetos en este juicio, apelando al Cuerpo Judicial y a la misma Corporación Legislativa, la ley amparará mi petición?

–Sí.

Había ahora un tono de desafío en la voz de Denisey. Hal Yakzuby no supo adivinar el motivo.

–¿No sería más sencillo facilitar las cosas, en bien de la rapidez de la causa?

–Puedo presentarle, si se me ordena, una relación de esos objetos, pero no mostrarlos aquí.

–¿Porque están en Ezebel 2 y ha perdido usted su pista?

–No –sentenció Denisey–. Porque, según la costumbre, las pertenencias del capitán Ludoz, dado que murió en acto de servicio, fueron desintegradas con él durante su cremación, según me informó Balhissay 2-15.

42

–Señor Yakzuby..., ¿puedo hablar con usted?

Intentó sonreír sin conseguirlo.

–Claro, Flavia. ¿Aquí mismo?

–No, por favor. Prefiero ir fuera..., caminar un poco, si es posible.

–De acuerdo. Sígame.

Abandonaron la sede de la Corporación Legislativa por una de sus muchas puertas laterales. Las cámaras y los representantes de los servicios de información permanecían frente a la entrada principal, confiando en que el afán de protagonismo de humanos y máquinas fuera más fuerte que su deseo de

pasar inadvertidos. Así, Flavia Ehr y Hal Yakzuby alcanzaron la cinta azulada de una calle y se perdieron por ella, dejándose envolver por la corriente del tráfico, igual que si se tratara de un río singular. Se incorporaron a una cinta de transporte y, en unos segundos, se confundieron entre la multitud de mediodía.

–¿Quiere comer algo?

–Gracias, pero me temo que no podría.

–Yo tampoco tengo hambre –reconoció el hombre.

Era un día agradable, al margen de la temperatura ambiente, siempre estática. Por encima de la cúpula superior brillaban las luces del cielo, salpicadas por diminutas formas nubosas perdidas. El latido de la gran Ezebel palpitaba con visos de energía siempre constante. Hal Yakzuby percibió el calor de la mujer que caminaba a su lado, un calor que irradiaba quedos sentimientos.

–¿Dónde ha dejado a sus hijos?

–Se los ha llevado a casa una amiga.

–Quiere saber qué ocurrirá mañana, ¿verdad? –preguntó él de pronto.

Flavia Ehr no respondió. Sobre la pálida tez de su rostro, los ojos eran dos mares aislados, profundos y al mismo tiempo transparentes.

–Señora Ehr, no quiero engañarla –dijo Hal Yakzuby–. No tenemos demasiadas posibilidades.

–Lo sé –reconoció ella–; pero quería oírselo decir, para convencerme.

–Sé… –la voz del hombre se quebró un instante–. Sé que su marido es inocente, y pienso que ellos…, al menos Balhissay 2-15, también lo saben. Sin embargo, no consigo romper su hermetismo ni adivinar qué o a quién protegen callando.

–¿Quiere decir que van a condenar a un inocente, sabiendo que lo es?

–No Orion, ni Kisseian. El fiscal general ha hecho bien su papel, y el juez dictaminará sobre la base de las pruebas presentadas y las declaraciones de los testigos. Pero sí Balhissay. Pienso que, además de la inocencia de su marido, él conoce la naturaleza de los hechos, y lo que sucedió en la Doble Delta.

–Atáquelo, oblíguele a confesar…

No era una mujer histérica. Ni siquiera una mujer destrozada por unos hechos incomprensibles. Hal Yakzuby reconoció una vez más su valor, su entereza a pesar de las circunstancias. En sus súplicas había amor, pero tenía las manos tan vacías como las suyas.

–No puedo. No tengo pruebas, y Balhissay es..., bueno, ya lo sabe. Pertenece al Cuerpo de Mandos, una máquina de Clase 2 que en realidad es ya un Dirigente. Yo lo conozco bien, o creía conocerlo. Si está protegiendo a alguien o encubriendo algo, y si ello afecta al Sistema, al futuro..., a la Unidad, no retrocederá ante nada, y menos si el precio es la vida de un simple ser humano.

–¡Pero esto es un crimen! –gritó la mujer.

–Lo es –aceptó él–; pero imagino que para Balhissay 2-15 estará justificado.

–Nada justifica el precio de una vida.

Se habían detenido. Flavia Ehr respiraba con agitación el suave aire de mediodía. Personas y máquinas daban un rodeo para no chocar con ellos. Hal Yakzuby sintió en su brazo la presión de la mano de ella.

–No tenía que haberme llamado, señora Ehr, ni yo tenía que haber aceptado un cometido tan difícil...

–Usted lo ha hecho bien, señor Yakzuby. Ha luchado contra algo superior, que no conocíamos.

–Yo sí lo conocía –se sinceró él–, y por egoísmo o vanagloria esperaba ganar, demostrar algo a las máquinas, y a mí mismo. Ahora veo que estaba equivocado.

–Como usted sabe, está en juego la vida de mi marido –dijo ella–. No obstante, volvería a llamarlo de nuevo. Ahora lo único que me preocupa es saber si ha tirado la toalla.

–No, eso nunca. Queda una sesión. Me queda el alegato final. En él puedo hablar libremente, decir lo que me parezca y lo que crea..., y atacaré con todo lo que tengo, que no es mucho. Y aunque el veredicto sea de culpabilidad no cejaré en mi empeño de buscar la verdad.

–Necesita tiempo, ¿verdad? ¿Qué está persiguiendo?

Hal Yakzuby miró al cielo.

–Todavía no lo sé, pero alguien está trabajando en ello... y sólo espero que no tengamos que pagar aquí también un precio demasiado elevado por una quimera.

–No le entiendo...

Hal Yakzuby reanudó el paso, arrastrando consigo a Flavia Ehr.

–No se preocupe, y déjeme esto a mí, ¿de acuerdo?

–Sabe que confío en usted.

–Gracias –suspiró él.

Ella se distendió ligeramente. Hal Yakzuby la admiró, como había admirado a Ena años atrás. El valor, en un mundo fácil que sólo exigía continuidad y acomodamiento, era un don preciado que pocos seres humanos poseían.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Flavia Ehr le preguntó:

–¿Cómo era su compañera?

–Como usted –respondió el hombre–. Tenía esa especie de fuerza interior, y carácter. Era una rebelde y no se doblegaba por nada ni ante nada. Se llamaba Ena.

–¿Cómo superó usted su falta?

–No lo hice, señora Ehr. Sigo echándola mucho de menos.

–La soledad... –vaciló–, debe de ser muy cruel.

Iba a decirle que tenía dos hijos, pero pensó en Gidd y recordó que su compañía no aminoraba la sensación de aislamiento que lo afligía desde la muerte de Ena. Tampoco habría sido justo. Djub Ehr seguía vivo, y todavía no estaba condenado.

–Piense en su marido –dijo Hal Yakzuby–. Mañana lo llamaré para que declare. Es una temeridad, pero hay que arriesgarse.

–¿Cree en lo que ha dicho Marzho Obenzey? –inquirió ella repentinamente.

–Sí –reconoció él–. Creo en todo..., en su predicción del futuro, en ese nuevo orden..., en todo. O nos matamos unos a otros una vez más, o nos unimos con más fuerza que nunca. Seres humanos y máquinas, especialmente después de este juicio.

–¿Y en su explicación del suicidio del capitán Ludoz?

–También, Flavia, también. Lo ha dicho con las palabras precisas y puede que se haya adelantado a las propias máquinas en varios años, siglos o generaciones. Pero algún día será así, como Obenzey lo ha expuesto.

–Yo he llegado a pensar que el teniente Xeia desconectó a Ludoz por órdenes de Balhissay 2-15 al entrar en la nave –dijo la mujer.

–No tuvo tiempo de hacerlo, ni creo que una máquina pudiera matar a otra conscientemente. Todavía no han alcanzado ese grado de asimilación... o de humanidad, como tampoco aceptan renunciar a su lógica y creer en la posibilidad

del suicidio de Ludoz.

–Esa parada en el espacio… es la clave, ¿no es cierto?

–Lo es, Flavia –afirmó Hal Yakzuby–; pero sin Ludoz, sin la memoria de la nave, con su marido dormido…, puede que nunca sepamos la verdad.

Flavia Ehr elevó los ojos al cielo.

–¿Qué… qué pudo ver allá arriba esa máquina, señor Yakzuby? ¿Qué extraña cosa, o en qué mundo aterrizaría la Doble Delta, para impulsar a una máquina a quitarse la vida y borrar todo rastro, todo vestigio, anulando la memoria de la nave?

Fuese lo que fuese, tuvo que ser muy importante. ¿Para quién? Hal Yakzuby se dijo que no sólo para Ludoz, sino también para el mundo. Balhissay debía de saberlo.

–El capitán Ludoz 7-521 hizo algo más, señora Ehr –dijo él–. Le salvó la vida a su marido.

–¿Cómo…?

Se apoyó en el hombre, vacilante.

–Si el capitán Ludoz quería matarse, le bastaba volar la Doble Delta, o perderse en el Espacio Exterior…, con lo cual ni siquiera habría tenido que suicidarse. Habría vivido eternamente, o casi. Pero en la Doble Delta iba su marido, y Ludoz prefirió matarse, borrar la memoria de la nave y situarla en posición de vuelta a Ezebel 2. Lo único que no pudo pensar fue que, al llegar aquí, Djub Ehr se encontraría con una acusación de asesinato. Y no lo pensó porque alguien tenía que saber ya lo sucedido.

–Balhissay… –balbuceó ella.

–Balhissay –repitió él.

–Y ahora… hemos de mancillar el nombre del ser que salvó la vida de Djub, precisamente para tratar de salvarlo.

–Eso hemos hecho hasta ahora, y eso tendremos que hacer mañana para luchar hasta el fin.

El apoyo se hizo presión. Hal Yakzuby tuvo que sostener a la mujer para evitar que sus piernas se doblaran.

–Prefirió matarse él… –la voz de Flavia Ehr era ahora un monólogo herido de muerte–, pudo seguir viviendo, pero no quiso condenar ni arrastrar a Djub… Lo

condujo a casa y... y murió ahí arriba, solo..., actuando contra su lógica y tal vez intentando pensar si era justo..., si...

Hal Yakzuby la abrazó. Ahora ella lloraba en silencio, protegida por él, mientras seres humanos y máquinas pasaban a su lado sin mirarlos.

–Pero... ¿qué vio el capitán Ludoz en el espacio, Hal?... ¿Qué pudo ver para cometer esa locura?... ¡Dígamelo, por favor..., dígamelo! –gritó Flavia Ehr–. ¿Qué vio en ese maldito planeta al que descendieron?

Hal Yakzuby siguió abrazándola, permitiendo que se desahogara. Mientras, la tarde flotó sobre ellos.

Sólo el peso de su soledad los aisló del mundo.

TERCER NIVEL
EL PLANETA PERDIDO

43

Las paredes de su vivienda lo oprimieron, y la soledad que arrastraba desde su encuentro con Flavia Ehr se abatió sobre él. Fue una impresión vaga aunque tormentosa, próxima a la impotencia. Hal Yakzuby era capaz de controlar la materia y la energía. Capaz de esperar, probar, jugar con la alquimia de la física y la química. Capaz de perder un año, dos, más, en busca de una quimera o probando un sueño.

Pero no resistía la impotencia, y la impotencia se estaba apoderando de él, paso a paso, implacable.

Tenía que preparar su alegato final y mostrarse en él tan convincente como seguro. Lo que dijese en su alocución marcaría no sólo la vida de Djub Ehr, sino la suya propia. Iba a ser algo más que una defensa de un hombre acusado de asesinato. Sería su declaración de principios, su «carta magna», su libertad o su cárcel de cristal, eterna.

Miró la consola de mando y fijó los ojos en el videofono. Pensó en Gidd, pero apartó la esperanza de su mente. En primer lugar era demasiado temprano; además, no era momento de creer en milagros ni en golpes de suerte. Bastante haría su hijo si lograba mantenerse al margen de todo aquello, cuando se pronunciara el veredicto.

Ya no quedaba tiempo.

Se dejó caer sobre su butaca de aire y buscó alivio cerrando los ojos con la esperanza de bloquear su mente, ponerla en blanco, pero no lo consiguió. Se le apareció una y otra vez la imagen de Djub Ehr. No tenía derecho a buscar paz cuando un hombre iba a perderla por una paradoja del destino. No quedaba tiempo, pero él no era una máquina. Disponía de armas tan rudimentarias como

la voluntad y la inteligencia. La respuesta a la ecuación no era cero ni infinito. La respuesta era única y estaba en alguna parte.

Revisó todo el caso una vez más, buscando una fisura, una brecha, y no encontró nada. La única alternativa consistía en enfrentarse con Balhissay, pero eso era imposible. La máquina nunca cedería. Guardase lo que guardase, tenía que ser muy importante.

La importancia de ese secreto hizo que apartara el caso de su mente para centrarse en él. La Doble Delta A-795 se había posado en alguna parte, en un objeto no identificado o en un mundo, en un planeta perdido... La pregunta de Flavia Ehr volvió a crecer en su interior: ¿qué vio el capitán Ludoz?

¿Qué pudo impulsarlo al suicidio?

Por su mente, abierta a lo posible y lo imposible, desfilaron los fantasmas del pasado, el presente y el futuro. Como un niño ávido, trenzó historias e hilvanó teorías, de la realidad a la irrealidad, se sumergió en la ficción de la libertad amasando respuestas sin sentido o con demasiado sentido. Dentro de su cerebro vio el universo, completo, entero, encajonado en un rincón de la misma nada. El universo. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué?... Ideas, ideas, ideas... ¿Un planeta de oro? Absurdo. ¿Un mundo habitado por hermosas mujeres? Infantil. ¿La residencia de alguien sujeto al más allá, a modo de Olimpo en el espacio? Quimérico. Entonces... ¿qué?

¿El futuro del mundo?

¿Cruzó la Doble Delta una barrera de tiempo y se adentró en la historia?

Se estremeció. Ello equivalía al desastre, a la incertidumbre. Si el futuro era peor que el pasado...

¿Y el pasado?

¿Habría retrocedido la nave en el tiempo para volver al oscuro pasado teñido por el fantasma del Gran Holocausto?

La cabeza comenzó a dolerle. Abrió los ojos para ver sus manos vacías, y se sintió pequeño y ridículo. Era un científico. ¿Podía caer en los sueños fantásticos del espacio? Y sin embargo... ¿qué otra explicación lógica...?

La lógica.

¿Y si aquel caso no tuviese lógica? ¿Y si, simplemente, el capitán Ludoz, se hubiese matado por una avería, un cortocircuito, un microprocesador o una célula desviada?

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Por qué las cosas no eran a veces tan sencillas como comer, dormir o soñar? De acuerdo..., las máquinas no comían, ni dormían, ni soñaban. La vida no era sencilla. La vida era muy complicada. Siempre lo había sido, desde que el mundo dio el primer latido y los humanos crecieron, distintos los unos de los otros.

Y así sería siempre...

Siempre.

Sin comprender el motivo, recordó una vieja canción de su adolescencia, y sus labios la tararearon, recuperándola de la cápsula del recuerdo en la que había estado dormitando.

Padre, el universo está ardiendo.
Ya no habrá más luces ni primaveras.
Alguien correrá la cortina y dirá «adiós».
Nos enfrentaremos al vacío del comienzo.
¡Ni flores, ni cielos, ni muerte, ni vida!
Si sólo pudieras decirme que es mentira,
entonces cerraría los ojos y esperaría
hasta que el tiempo pudiera despertarme.

Una vieja canción, tan triste como la nostalgia y tan ambigua como la vida misma. Ahora él no podía cerrar los ojos ni esperar, y mucho menos creer en el tiempo.

–Lo siento, Djub Ehr –suspiró–. Lo siento por ti y por la historia de la Humanidad.

44

La llegada de la noche lo sorprendió todavía sentado en la butaca de aire. Se levantó indeciso entre la alternativa de comer algo o no hacerlo. No tenía hambre, pero sabía que necesitaba recuperar fuerzas. Así que se impuso una pequeña autodisciplina y se preparó una ligera comida. Cenó en silencio, y su

cuerpo agradeció el dispendio. Al terminar fue a su despacho y preparó el cuadro de preguntas que debía formularle a Djub Ehr por la mañana. Los puntos esenciales tendrían que ser, primero, la adolescencia de Ehr y su amonestación como elemento subversivo en la Escuela de Adiestramiento; segundo, su relación con el capitán Ludoz. No podía ser de otra forma, ya que, en lo más importante, el asistente no tenía respuestas. Los acontecimientos de la nave mantenían su misterio.

Una vez completado el cuadro, estudió las posibles preguntas de Kisseian 3-52 y preparó unas réplicas eficaces que debía entregar a Ehr antes de la sesión. El fiscal general de la Comunidad sería duro y no se arredraría ante nada. La batalla tomaría caracteres decisivos en el interrogatorio del acusado.

El alegato final fue distinto. Escribió una larga serie de anotaciones que luego, al releer, desechó. Eran demasiado duras y entraban en disquisiciones que Orion 1-27 no toleraría. Probó fortuna por segunda vez buscando mayor moderación, pero el resultado fue tan insatisfactorio como el primero. En su tercer intento, trató de armonizar los dos esquemas, fusionando la parte dura con la de semántica menos agresiva, y obtuvo un híbrido que seguía fracasando en lo esencial. No había forma de probar la inocencia de Ehr sin afirmar el suicidio de Ludoz, y tocar este suicidio implicaba reflexionar sobre la compleja relación humanos-máquinas, sobre la estructura del futuro, que podía dejar de serlo si se aceptaba lo que él pretendía, y sobre el móvil, sobre el motivo que justificara lo que en realidad carecía de justificación.

Y así llegó de nuevo al punto de partida y comprendió que, una vez más, había dado una vuelta completa, cerrando un círculo impenetrable.

Arrojó sus notas sobre la mesa y apretó las mandíbulas. La impotencia estaba allí, había llegado. Lo mismo que una parálisis repentina o el incierto amago fantasmal de la muerte, la impotencia estaba penetrando en sus huesos y en su mente, apoderándose de su razón.

Intentó luchar contra ella y se levantó. Las paredes absorbieron sus movimientos imprecisos y le ofrecieron protección. Recordó de pronto un pasaje nunca clarificado del libro sagrado de la historia de la antigüedad, la Biblia. Una mujer, esposa de un hombre llamado Lot, quedó convertida en estatua de sal al huir de Sodoma y Gomorra. Para unos, las ciudades fueron arrasadas por la mano del Creador. Para otros, una explosión atómica destruyó ambas plazas. Ahora, la forma era lo de menos. La pregunta, con el paso de los siglos, seguía siendo la misma: ¿qué vio la mujer de Lot?

¿Qué vio el capitán Ludoz?

¿Era fantástico comparar el suicidio de una máquina con la posibilidad de que un ser humano se convierta en una estatua de sal o simplemente muera por algo ajeno a su razón o situado más allá de su lógica?

Misterios. Y tenía tan poco para resolverlos... Quizá el tiempo corriese demasiado, y cada presente fuese una pantalla incapaz de mostrar la realidad del pasado. La impotencia siempre había enfrentado a cada generación con la soledad y la incertidumbre, con el fantasma helado del origen y con la sombra de la muerte situada al final del camino.

Como islas a la deriva.

Allí o en el espacio.

Y en todos los mundos del universo.

No quería hacer sofismas. No estaba de humor para adentrarse en la psicología mediante los silogismos de la vaguedad. Llegó frente a la pantalla del visor y la conectó. No sabía lo tarde que era, pero lo supo cuando vio a un reluciente locutor de metal facilitando el parte informativo de la noche. No se sorprendió al oír su nombre. El caso seguía manteniendo el interés de la opinión pública.

El locutor se asentó en la pantalla tridimensional.

–... por ello es de prever que el juicio concluirá mañana con la sentencia emitida por el Honorable Juez Orion 1-27. El presidente de la Corporación Legislativa, Hurion 1-69, ha sido tajante al manifestar que la prolongación de la vista un solo día más pondría en peligro algo situado mucho más allá de la razón. Únicamente un veredicto justo devolverá a nuestras Comunidades la paz, deteriorada por los acontecimientos recientes y sometida a la emotividad humana, tan natural como inconsecuente en algunas ocasiones...

Un veredicto justo. ¿Para quién? Djub Ehr podía convertirse en el primer mártir de la nueva era. De hecho, Ludoz 7-521 lo había sido ya, pero eso lo sabían únicamente los que admitían su suicidio. Para el resto, la humanidad incluida, el mártir sería Djub Ehr, cuando fuese sentenciado a muerte por matar a una máquina... sin pruebas, o con todas las pruebas del mundo.

–... el fiscal general de la Comunidad mantendrá la teoría que expuso en la jornada inicial: defenderá que el asistente Ehr actuó intencionadamente y con el deseo de apoderarse de la nave para dedicarse a la piratería espacial. El abogado defensor, por su parte, ha rehuido una vez más cualquier declaración, y su alegato de mañana es una incógnita, aunque se teme pueda argüir de nuevo

sobre la base, considerada absurda por el fiscal general, de un presunto suicidio de la víctima…

Iba a cerrar, pero algo le detuvo. No encontró otro motivo que su constante instinto. El locutor concluyó el programa y cambió de color.

–Para concluir –dijo–, hemos conseguido en auténtica exclusiva las declaraciones de Gidd Yakzuby, hijo del abogado defensor Hal Yakzuby, que hasta hoy se había negado también a formular juicio alguno sobre el caso. El joven Gidd Yakzuby es ingeniero técnico en la plataforma Ganímede, la misma que detectó y logró el aterrizaje de la nave A-795.

La imagen de su hijo se concretó en la pantalla tridimensional. Sonreía, y eso le tranquilizó; aun así, no comprendía demasiado el significado de aquel paso. Intuyó que algo había sucedido, pero tuvo que olvidarse de ello para escuchar las palabras de Gidd.

–Como miembro de élite, no adscrito al personal del Cuerpo Expedicionario, pero sí vinculado a la disciplina profesional y militar, me debo a mis superiores; por eso no había querido hablar hasta ahora sobre este tema. Hoy, el jefe de la base de Ezebel 2 me ha solicitado esta intervención y he accedido a su petición porque, por otra parte, el juicio toca a su fin y en la jornada de hoy se han podido calibrar con justicia las pruebas a favor y en contra del acusado, Djub Ehr. Evidentemente, yo no soy juez, y me alegro de no serlo, porque, honestamente, no sabría qué opinar sobre el particular. Respeto a mi padre, que es un hombre íntegro y fiel a sus principios, y aceptaré la sentencia del tribunal, que debe acatarse porque con ello se acata el Sistema y la Unidad…

Gidd seguía sonriendo y parecía seguro de sí mismo. La ausencia de nervios no revelaba presión alguna; pero ¿a qué obedecía aquella declaración? Si la había solicitado Balhissay 2-15, tenía que ser por alguna razón. Gidd no atacaba, pero tampoco defendía. Parecía un principio de imparcialidad. ¿Cuidaba Balhissay todos los detalles?

¿Lo aislaba a él para tenerlo solo cuando, al día siguiente, Orion 1-27 proclamara la culpabilidad de Djub Ehr?

–… y por eso mismo, porque estamos en un mundo libre –continuaba diciendo Gidd Yakzuby–, me siento capaz de afrontar el futuro con plena confianza. Sea o no culpable el asistente Ehr, creo que se trata de un hecho aislado, y debe ser tratado como tal. Hemos alcanzado demasiado en los últimos tiempos como para someterlo todo a juicio, por el caso de un simple hombre. La nuestra, a fin de cuentas, ha sido una larga historia de vidas y muertes…

Neutralidad, pero eficiencia. Buscó un mensaje velado entre las palabras de Gidd y no encontró nada. Cuando la imagen desapareció de la pantalla, el locutor volvió a ella.

Hal Yakzuby supo que, a pesar de todo, algo estaba sucediendo.

El fin del parte informativo –dijo el locutor en un tono amable y feliz– nos deja ya en el tiempo deportivo, con la fase final de los campeonatos...

Hal Yakzuby cerró el visor y en tres zancadas llegó a la consola de mando privado de su vivienda. Sus manos se movieron nerviosas por las teclas de control de llamadas, y la espera fue una densa, muy densa agitación de ansiedades.

45

–Aquí plataforma Ganímede –dijo el operador de transmisiones–. Computada llamada procedente de Ezebel 72-5530. ¿Con quién desea hablar? Proceda nominación sujeto e identifíquese.

Respiró con fuerza e intentó tranquilizarse. Cualquier tipo de sensor especial podría captar su estado de ánimo.

–Llamada de Ezebel 72-5530 para Gidd Yakzuby. Mi nombre es Hal Yakzuby.

El operador de transmisiones desapareció y fue sustituido por la visión del logismo «llamada en curso». Pasó casi un minuto, cosa que no contribuyó a mejorar el estado de ánimo del hombre. Cuando la máquina reapareció, Hal supo que no iba a hablar con Gidd, al menos aquella noche.

–Ingeniero técnico Gidd Yakzuby de servicio. Imposible adecuación para recepción de comunicaciones. Llamada...

–Espere...

Se mordía el labio inferior. Iba a preguntar si podía dejar un recado; pero comprendió que no era procedente. Gidd sabía que esperaba sus noticias y, si le era posible, llamaría. En caso contrario... Si dejaba un recado tal vez fuera peor.

No tenía alternativa.

–De acuerdo –dijo–. Gracias.

–Llamada desestimada –aclaró el robot–. Cierre de línea.

El videofono quedó ciego y mudo. Hal Yakzuby se alejó de la consola envuelto en sus pensamientos, cada vez más tortuosos. Gidd nunca hubiera hecho declaraciones sin un motivo imperioso. Y ahora le acababan de decir que se hallaba de servicio. ¿Desde cuándo un ingeniero técnico entraba en servicio, lo mismo que un miembro sometido a disciplina bajo el estatus del Sistema? Gidd construía, no era un soldado ni pertenecía al Cuerpo Expedicionario, aunque ahora trabajase para él... y para Balhissay 2-15. La única explicación lógica era una emergencia o un bloqueo.

Y si era lo segundo, significaba peligro.

–Si vas a usar a mi hijo contra mí, Balhissay –exhaló entre dientes–, te juro que no descansaré hasta aplastarte.

Intentó serenarse. Lo que pensaba no tenía la menor justificación... ni la menor lógica. Si él atacaba al Sistema al día siguiente y sostenía como evidente el suicidio de Ludoz 7-521, se estaría condenando a sí mismo. Balhissay no necesitaba a Gidd para atarlo de pies y manos, ni para tratar de frenar su lengua o sus pensamientos. Sus palabras tal vez hicieran daño..., quizá desencadenaran una revolución, pero Balhissay no trataría de impedirlas de aquella forma. A fin de cuentas... era una máquina.

Se sintió exhausto y pensó en tumbarse unos minutos sobre la cama. Pero desechó la idea. Tenía que completar el alegato, estudiarlo, aprenderse de memoria sus puntos básicos y buscar lo más efectivo para intentar sorprender a Orion 1-27. La noche avanzaba con una velocidad inversa a sus necesidades.

Volvió a su despacho y reunió las notas escritas antes. Las leyó y poco a poco se sintió mejor. Era como si el miedo y la angustia hubieran desaparecido. Ya no tenía nada que perder. Balhissay lo había puesto contra la pared, solo, y Gidd estaba aislado en la plataforma. En alguna parte, probablemente en un libro antiguo, había leído que cuando todo está perdido es cuando se vislumbran las mejores o las únicas probabilidades de salvación, porque la mente se relaja y el embotamiento cede. Él había dado todo en el juicio; Gidd intentaba ayudarle y le pedía un tiempo que ya no tenía. Por la mañana se acabaría todo, y un hombre sería condenado, a menos que otro hombre lo impidiera.

Disponía de unas horas. No debía desperdiciarlas. Ya no eran suyas: pertenecían a la vida de Djub Ehr...

Comenzó a escribir, prescindiendo de ordenadores y máquinas memorizadoras, y con cada estímulo fue sintiéndose más libre y más fuerte. Todavía tenía la palabra, y la palabra era una de las mejores armas que el ser humano había

poseído a lo largo de su azarosa existencia. Las palabras, unidas, formaban frases, y las frases, debidamente estructuradas, tenían significados profundos e importantes.

Las frases, dichas en el momento adecuado, por la persona adecuada y ante la audiencia adecuada, poseían la síntesis de la vida y de la muerte. Si en otro tiempo habían derribado imperios y cambiado el sentido de la historia..., ¿por qué no utilizarlas de nuevo para buscar la eterna verdad? La eterna verdad... No ya la del misterio de la Doble Delta A-795, la respuesta a la pregunta de quién o qué mató a Ludoz, sino la verdad genérica de lo que Orion 1-27 había tratado de eludir: la relación humanos-máquinas. Aquél era el momento, y Marzho Obenzey Fissan lo había sabido comprender. El momento.

Siguió escribiendo; ahora no rompió ningún papel ni se sintió intranquilo. A pesar de la falta de práctica, su mano se deslizaba con agilidad por las hojas blancas, dejando tras sí el torrente de sus emociones y el caudal de su elocuencia. Tenía las ideas claras y las expresaba fácilmente, y lo fundamental es que ahora sabía que nada ni nadie, ni el mismísimo Orion 1-27, le impediría gritarlo al mundo al día siguiente.

Muchas horas después, cuando la noche ya era silencio y el día un cercano presagio, Hal Yakzuby se dejó caer en su cama, agotado. No quería dormir, sólo descansar. En realidad no creía que pudiera frenar el caos de su cerebro y hallar la paz necesaria para dormir.

Pero se durmió en menos de tres minutos, y a los cinco su respiración reflejaba la serena armonía de su espíritu.

46

Lo despertó una voz interior, situada entre su consciencia y su inconsciencia. No fue un grito, pero él se incorporó sobresaltado. Recuperó su capacidad de abstracción y el ritmo de su pulso inquieto. Cuando los hubo armonizado, reaccionó y condujo una bocanada de aire a sus pulmones secos. Un reloj le dijo que disponía de lo preciso todavía antes de dirigirse a la sede de la Corporación Legislativa.

Sólo un poco más de tiempo.

Se dejó caer de nuevo sobre la cama y hundió sus ojos en la blancura infinita del techo. Con una mano buscó un botón a su derecha y, cuando lo encontró, lo pulsó. El techo dejó de ser opaco para convertirse en una esencia transparente como el cristal. La luz exterior penetró en la habitación y la bañó con sus rayos de colores. Fue una sensación agradable, cálida, reconfortante. Era como capturar un poco de la magia cotidiana, cuando más allá de uno el mundo parece un regalo envuelto en papel de plata, o un misterio por descifrar descendiendo hasta el nivel del suelo, hasta la calle, donde otros seres persiguen sus sueños individuales y, colectivamente, la meta constante de la cotidianidad.

La luz.

Blanca y pura.

Azul y fría.

Verde y quieta.

Roja y fascinante.

Roja.

Tenía una cita, y cada molécula de su cuerpo se lo recordó segundo a segundo, pero permaneció quieto durante algunos minutos, inmerso en el milagro perenne del despertar. Había dormido poco, pero se sentía descansado, relajado. Y disponía del tiempo necesario para darse una ducha de rayos purificadores, ponerse ropa limpia en vez de la que había usado durante la noche, desayunar...

Aquella paz.

Aquella tranquilidad.

Nada era eterno, ni el bien ni el mal, ni Djub ni él, ni las máquinas, ni siquiera el Sistema. Aquél era el principio básico, el eje, la síntesis de la evolución y el cambio. Y lo seguiría siendo por los siglos de los siglos. Tenía algo que gritarle a Orion 1-27. Se había olvidado de su principal testigo de cargo: la historia. Ella podía decirle, si estaba dispuesto a escucharla, por qué se había matado Ludoz 7-521. ¿Un motivo? La historia tenía un millón.

¿Por qué, aun sabiendo que Djub Ehr estaba perdido, veía todo tan claro aquella mañana?

¿Por qué se sentía feliz, casi en paz consigo mismo y con el mundo?

–El ser humano y la máquina están condenados a unirse más y más en el futuro –dijo Marzho Obensey Fissan el día anterior–. El ser humano ha hecho a la

máquina, y la máquina ha soñado, quizá sin saberlo, con ser humana..., por pura lógica: parecerse a su creador, como el hijo que quiere parecerse al padre. ¿No ha sido siempre así?

No, no tenía respuestas para la muerte de Ludoz 7-521, pero tenía una respuesta cierta para el futuro de la humanidad. Quizá fuera tarde para Ehr, pero era todavía pronto para esa humanidad y para la complejidad de sus seres.

¿Y ahora?

Nadie iba a creerle, y, como a muchos otros, le llamarían loco. Y tal vez lo estuviera. Pero en alguna parte..., en algún ordenador, sus palabras quedarían registradas, y un día volverían. Por encima de lo efímero de la vida, el pulso humano, y su presencia en el universo, debía continuar. No había perecido con el Gran Holocausto, por tanto...

Se levantó. Una sombra de incertidumbre cubrió su paz al pensar en Gidd. No había llamado durante la noche, y aquello sólo podía significar una cosa: que su hijo tenía dificultades en la plataforma. Trató de decirse que él las resolvería, y que debía ayudarle cuando concluyera el juicio. Cada cosa a su tiempo. Por el momento, Ehr le necesitaba más, mucho más. Para un hombre tan desesperado como cualquiera que se está jugando la vida, el compromiso, la historia y el destino de la misma humanidad son pautas pequeñas. La perspectiva de cada cual crece con el egoísmo de la existencia, sin dejar ver más allá de uno mismo.

Tomó su ducha de rayos purificadores y se encontró mejor. Con una toalla alrededor del cuerpo, se preparó un abundante desayuno y lo disfrutó en la terraza exterior. Como todo ente importante dentro del Sistema, gozaba del privilegio de una vivienda alta, en la cima de un edificio, y desde ella veía el palpitar comunitario. Convirtió todo el techo de su casa en materia transparente y permitió que la luz bañara cada rincón de ella.

¿De dónde le llegaba aquella paz? Tal vez se estaba volviendo loco. Su organismo preparaba una autodefensa para la catástrofe. Aquella misma mañana, o en todo caso por la tarde, Orion 1-27 emitiría su sentencia en la vista, y Djub Ehr sería declarado culpable. Necesitaba sentir, y quizá odiar, para hacer frente al último acto de la comedia.

Pero ahora no podía.

Concluyó su desayuno y volvió a accionar el mecanismo para dejar el techo convertido en materia opaca. Al desaparecer el baño de luz, tomó conciencia de la realidad. Se hacía tarde. No tenía ya demasiado tiempo. Fue a su habitación y se

vistió con las ropas más cómodas que encontró. Un día duro necesitaba, cuando menos, de cierta comodidad. Al salir de la habitación miró la consola de mando interior. Pensó llamar a Gidd, pero desistió en el mismo instante de concebir la idea.

Las notas de su alegato final descansaban donde las había dejado la noche anterior. Las contempló dubitativo. Eran buenas, magníficas, y llenas de pesados argumentos..., pero el fiscal general o el Honorable Juez las convertirían en viento. Cuando las cogió para introducirlas en un pequeño cilindro sujeto a su cinto, su mano tembló, y el papel le quemó en ella. Percibió que la impotencia volvía abriéndose paso por entre los caminos de su paz, y notó de nuevo la soledad dispuesta a inundarle. Luchó contra todo eso, y una vieja fotografía de Ena le ayudó a vencer. Era una imagen plana, en dos dimensiones tan sólo, pero tan viva y hermosa como si fuese un holograma, o ella misma.

Ena le sonreía.

Guardó las notas en el cilindro y tomó la fotografía en sus manos. La llevó a sus labios y la besó. Después la dejó donde estaba y salió de su despacho. El reloj de la sala le dijo que ya era tarde y que llegaría a la sede de la Corporación Legislativa con el tiempo justo para hablar con Djub Ehr y preparar la última batalla.

Cruzó su vivienda con paso firme y llegó a la puerta. Y en el mismo instante en que ponía su mano sobre la placa sensora de apertura, los interfonos iniciaron su monótona cantilena de aviso.

–Llamada para Hal Yakzuby. Llamada para Hal Yakzuby. Llamada directa para Hal Yakzuby procedente del Espacio Exterior. Diez segundos para...

Toda la paz, la serenidad, la seguridad y el aplomo desaparecieron en una fracción de segundo. Sintiendo sobre la piel sus estigmas de simple ser humano, limitado y mortal, Hal Yakzuby se abalanzó sobre la consola de mando privado y accionó la tecla que iba a enlazarle con su hijo Gidd.

47

Llevaba su uniforme, como en su intervención filmada de la noche anterior, pero ahora no sonreía. Cuando apareció en la pantalla del videofono, Hal Yakzuby le

sorprendió mirando con recelo tras de sí. Al percibir la conexión giró la cabeza para situarse en la perpendicular del foco, y entonces vio las bolsas bajo los ojos de su hijo, y el aspecto de cansancio, producto de una noche insomne.

–Gidd..., Gidd –repitió–. Cielos, ¿qué...?

Tenía una docena de preguntas apelotonándose en su mente, pero no pudo formular ninguna. Gidd Yakzuby respondió a la más importante.

–Estoy bien, papá, perfectamente; pero no dispongo de mucho tiempo.

Volvió a mirar tras de sí. Esbozó una ligera sonrisa, que probablemente sólo reflejaba satisfacción y orgullo personal.

–Gidd, ¿qué te sucede?

–Nada, pero ellos no saben que estoy aquí.

–¿Aquí? ¿Dónde?

–En la habitación de otro compañero, no te preocupes. Sin embargo, no quiero que me echen de menos. Podría estropearlo todo.

No entendía nada, pero la señal de alarma permanecía danzando en su cerebro, pese a que estaba viendo a su hijo.

–¿Estropear? –musitó vacilante.

–Mi actuación de ayer. ¿No la viste? Creo que estuve magnífico.

–La vi, Gidd.

–Debiste de pensar que me había vuelto loco, ¿no es cierto? –ahora la sonrisa del muchacho fue pesarosa.

–No –respondió Hal Yakzuby–. Creí que estabas en peligro, que te habían obligado.

El joven se puso serio.

–¡Oh, no! –lamentó–. Siento que te preocuparas por esto, papá. Si me hubieran obligado, lo más normal habría sido que hablara de otra forma, ¿no crees?

–Sí, fue algo ambiguo...

–Tuve que hacerlo para ganarme un poco la confianza de todos los de aquí, y también la de Balhissay 2-15 en la base. Era el hijo de Hal Yakzuby, ¿comprendes? Necesitaba libertad para investigar, y la mejor forma de hacerlo era dar la cara. Balhissay me llamó después de la sesión de ayer y me dijo que

quería conocer mi opinión. Le dije que eras mi padre y te respetaba, pero que no comprendía demasiado bien lo que sucedía.

–En léxico vulgar, te hiciste el tonto.

–Más o menos, papá –afirmó Gidd–. También le dije a Balhissay que todo era muy desagradable y que estaba preocupado, por ti y por las repercusiones del juicio. Balhissay ponderó mi actitud, dijo que era constructiva y muy justa. Luego me preguntó si accedería a decir lo mismo, ecuánime y honestamente, en una declaración filmada que sería emitida por la noche. Naturalmente, no me negué, pues no iba a decir nada malo. Pensé que si ganaba tiempo, estaría más cerca de conseguir mi objetivo.

–Hiciste bien, Gidd –repuso su padre–. Yo te llamé anoche y me dijeron que estabas de servicio, así que me preocupé.

–Tuvimos una emergencia y eso complicó las cosas. No la hemos resuelto hasta hace unos minutos. Íbamos todos a nuestras habitaciones a cambiarnos, y he aprovechado estos minutos.

Hal Yakzuby suspiró aliviado. Gidd estaba bien, y a fin de cuentas, lo de la noche anterior era mejor de lo que había imaginado: una emergencia. No sucedía nada..., salvo que Balhissay 2-15 no perdía el tiempo, y se movía, se movía. El juicio seguía pesando sobre su razón.

Y probablemente demasiado.

–Siento todo esto, hijo –suspiró.

–¿Sentirlo? –el grito de Gidd lo arrancó de la crispación por la que atravesaba–. ¡Lo tengo, papá, lo tengo! Estaba sufriendo, creyendo que ya no te encontraría en casa, que te habrías ido al juicio, y no sabía cómo diablos localizarte allí, ni siquiera si conseguiría escaparme otra vez sin despertar sospechas... Yo sí que lo sentía, al pensar que lo hecho no iba a servir para nada.

Oía las palabras de Gidd, pero ahora era un viejo torpe que no lograba asimilarlas adecuadamente.

Lo tenía...

–Gidd, ¿qué estás diciendo?

–Tengo la relación de objetos encontrados en la nave, y las pertenencias del capitán Ludoz y de Ehr... Escucha, papá, escucha atentamente. Hay algo, ¿entiendes? Hay algo. Yo no sé lo que es, pero tú puedes descifrarlo.

Logró reaccionar, al fin, como cuando estaba en el laboratorio y una solución le proporcionaba los datos precisos después de meses de paciente investigación. La larga espera para el instante del despertar final.

Gidd giró la cabeza por tercera vez. Por la pantalla videofónica se escuchó un ruido situado más allá de la mampara metálica en la que se ubicaba la puerta de la habitación desde donde hablaba. El ruido creció y después fue amortiguándose de la misma forma. El muchacho estaba muy pálido.

–Cuidado, hijo –susurró Hal Yakzuby.

–Papá, el jefe de operaciones Denisey mintió cuando aseguró que lo hallado en la Doble Delta no fue investigado más que superficialmente en la plataforma. Todo fue objeto de un análisis minucioso –dijo Gidd Yakzuby–. Luego se envió a la base de Ezebel 2 con un informe. Directamente a Balhissay 2-15. Aquí se guardó tan sólo una síntesis de dicho informe.

–¿Y tú...?

–Yo la he conseguido, papá. La tengo –dijo el muchacho con orgullo.

Pensó en su hijo sorprendido, acusado de espionaje, de atentar contra los intereses del Sistema. Fueron rayos fugaces que pasaron por su cerebro, quemándole, pero que desaparecieron con la misma fuerza con la que llegaron.

–No había nada extraño entre las cosas de Ehr –continuó Gidd Yakzuby, ahora muy excitado–, ni tampoco entre las de Ludoz..., salvo una cajita. Según el informe, todo es normal y no hay restos de nada fuera de lo corriente. Ni siquiera se advirtieron agentes externos.

–¿Y en esa cajita?

–A ello voy, papá. El capitán Ludoz guardaba objetos muy personales en una cajita que por lo visto llevaba siempre en una cavidad de su cuerpo. Objetos tales como una pequeña fotografía plana del Centro de Control donde fue creado, una copia en miniatura de la primera nave interplanetaria que pilotó..., todo muy personal, yo incluso diría que nostálgico. Los recuerdos que cualquiera de nosotros conserva de su pasado, o... de su infancia. No son demasiado lógicos en una máquina, pero Ludoz los tenía.

Un sentimental. Hal Yakzuby recordó una vez más las palabras que mejor definían al capitán Ludoz 7-521: *casi humano*.

–¿Te dice algo la palabra «escaramujo», papá?

Vaciló, cogido a contrapié por la pregunta de su hijo.

–¿«Escaramujo»?

–En esa cajita se encontró una especie de raíz o vegetal, seco y arrugado, parecido a una lámina muy delgada o formado por láminas delgadas, esto no lo sé. La descripción es vaga.

–¿Qué te hace pensar que esto sea especial?

–La palabra «escaramujo» no pertenece a nuestro léxico; sin embargo, el ordenador central de Ganímede se la aplicó a esa cosa extraña. Y en el informe aparece destacado. Ello significa que, aunque hoy no se utilice o no exista, en otro tiempo sí se utilizó o existió. Tal vez «escaramujo» sea una simple clave; puede que me equivoque, pero los objetos de Ludoz fueron preservados de miradas ajenas, enviados a Balhissay y, por lo visto, quemados. La síntesis del informe la he leído en la misma habitación de Denisey, donde se guardaba en una caja con el membrete de «Altos Secretos»..., y no me preguntes cómo he conseguido entrar allí. Es muy largo, aunque ha salido bien. He memorizado la copia y nadie sabe nada. Me he pasado toda la noche dándole vueltas al asunto, y he llegado a la conclusión de que si esos objetos eran tan importantes, es porque encerraban una pista, y lo único fuera de lo corriente es esa raíz o vegetal, ese tal «escaramujo». Sé que no es mucho, papá; pero tiene que significar algo. Yo no tengo medios para descifrar el enigma, pero tú sí. Tienes miles de libros, microfilmes y toda la ciencia y el saber de la humanidad desde su creación. Estoy convencido de que «escaramujo» significa algo..., algo que puede llevarte a la verdad. No sé qué relación puede tener ese objeto con la muerte de Ludoz, pero...

Gidd vaciló. Hal Yakzuby enlazó con el hilo de sus pensamientos. Una tenue luz intentaba abrirse paso por entre las brumas y la incomprensión de su mente humana.

–... creo que esa cosa no estaba en la Doble Delta A-795 el día en que salió de Ezebel 2 –terminó Gidd Yakzuby.

48

«Escaramujo.»

En sus estudios de botánica, muchos años atrás, en su desarrollo de la genética de las plantas...

–Papá, ¿en qué piensas? ¿Sabes ya el significado de «escaramujo»?

Luchaba por recordar. Su respiración era un flujo y un reflujo agitado, una vez más.

–No estoy seguro, Gidd. Todavía no.

Gidd sonrió abiertamente. El cansancio era superado por la vitalidad y la energía de la juventud.

–Debo irme, papá. No puedo correr más riesgos. Suerte.

–Gidd… –no era hombre de palabras fáciles ni de sentimientos a flor de piel. Había sido un científico muchos más años de los que ya creía recordar. Sólo Ena cruzó el umbral de su sensibilidad para extraer de ella lo mejor de su amor. Ahora, sin embargo, estaba ante su hijo, el fruto del amor entre Ena y él, y ambos desafiaban al Sistema.

Invadidos por «la duda» o… daba igual. Los males humanos eran tan viejos y tan cuantiosos como su historia.

–Gidd –repitió–. Gracias, hijo. Te quiero.

–Suerte, papá –repitió también Gidd Yakzuby.

Y desapareció del videofono.

Hal Yakzuby permaneció varios segundos con la vista prendida en la pantalla, como si se esperara un último mensaje, o como si pretendiera retener en ella la imagen de Gidd. Una vaga noción del tiempo le hizo reaccionar.

Era tarde.

Se levantó. Estaba perdiendo minutos vitales, y apenas podría hablar con Djub Ehr cuando llegase a la sede de la Corporación Legislativa. Cuando llegase… Sólo que, ¿importaría mucho que sostuviera un diálogo final con su defendido? La baza definitiva no se jugaría en el juicio. Se estaba jugando ya en su cabeza.

Y la respuesta se encontraba cerca, muy cerca, lo sabía.

«Escaramujo.»

Caminó en dirección a su despacho. Al entrar en su recinto sagrado, los libros apilados con orden y los archivos de microfilmes fueron capaces de imprimirle una confianza gradual. Todo estaba allí, en la ciencia adquirida por la humanidad. Todas las respuestas…

Y la llave del futuro.

Reaccionó finalmente. El latido de su corazón le dio el valor necesario para cruzar la penumbra de su postrera sorpresa. Se abalanzó sobre una parte de su vieja biblioteca y tomó de ella varios libros sobre botánica. Los llevó hasta su mesa y allí buscó en sus páginas con avidez. Primero tomaba uno, lo abría con nervio, buscaba..., leía unas líneas, y lo abandonaba para tomar otro, y un tercero, y otro más. Se levantó dos veces más, y repitió sus gestos. Cuando la mesa estuvo llena de libros, Hal Yakzuby tenía el semblante pálido, atravesado por un halo fantasmal. La boca abierta denotaba sorpresa; los ojos, estupefacción.

–Cielos..., cielos... –balbuceó.

Los minutos transcurrían cada vez más aprisa, pero ahora él no era capaz de percibir siquiera el factor tiempo. Su mente era una cápsula arrojada al vacío, que nadaba en busca de tierra firme mientras caía y caía aprisionada por su propia libertad.

Se puso en pie vacilante y abandonó su mesa. Buscó en un archivo adyacente un registro y situó en una pantalla unos datos que extrajo de él. Los datos lo llevaron a una estantería de la sección de microfilmes. Recorrió con su mano los números y extrajo uno. Regresó a otra pantalla y colocó el microfilme en la ampliadora. Su contenido pasó a la pantalla principal. Hal Yakzuby contempló entonces la imagen casi viva, radiante y diáfana, de una flor.

Una hermosa flor roja.

Pasó una mano por sus ojos para apartar la nube que los estaba velando y descubrió que eran lágrimas. Le dolía el pecho, y la cabeza. Tenía un nudo en la garganta que no lograba desintegrar.

Se hallaba ante la verdad... y temblaba.

Tenía miedo.

–Oh..., cielos –volvió a musitar.

Apagó la pantalla, pero no se molestó en guardar el microfilme. Salió de su despacho tambaleándose. La firmeza de una pared le brindó apoyo, y la invitación muda de su butaca de aire le reclamó y le capturó. Cayó sobre ella y cerró los ojos.

–¿Y ahora, qué, Balhissay?

En la negrura de su interior viajó a un millón de años luz, o a diez millones, quizá más. No importaba la distancia, ni la dirección. Él hizo el prodigio en un

segundo, y llegó a un pequeño planeta perdido.

Al origen.

¿Era capaz de comprender a Balhissay 2-15?... ¿Y al capitán Ludoz 7-521?

¿Capaz de comprender, incluso, la verdad?

–La verdad...

Tragó el nudo de la garganta y se pasó de nuevo la mano por los ojos, retirando las lágrimas. Era ya tarde salvo para esa verdad. El juicio comenzaba en aquel momento.

Hal Yakzuby se levantó y echó a correr en dirección a la puerta.

49

Salió a la calle convertido en un ser alucinado. Se incrustó en una cinta de transporte sabiendo que era lo más práctico. El día se movía con la agitación propia de la hora, y sería difícil hallar un medio individual. Vio desfilar los edificios de plástico y cristal, elevó el rostro al cielo lejano y cruzó la barrera protectora con los ojos para ver la luz y el más allá. Su agitación hacía que humanos y máquinas lo mirasen con curiosidad. Un robot funcionario, de la Clase 8, le preguntó si se encontraba bien y si deseaba ser trasladado a algún centro asistencial. Le dijo que no y salió de la cinta justo a tiempo para subir a otra que, perpendicular a ella, enfilaba otra larga avenida de color azul.

A su lado, un hombre miraba distraído su visor de mano portátil. Estaban hablando de la explosión fortuita ocurrida la noche anterior en la plataforma Ganímede. De pronto, comprendió cómo pudo entrar Gidd en la mismísima dependencia de Denisey. Era un buen ingeniero técnico, capaz de provocar un «accidente» que pusiera patas arriba a toda Ganímede. Sin excesiva vigilancia y en estado de alerta, su incursión había tenido éxito. Sólo que después... él y otros expertos tuvieron que arreglar la avería. De ahí la noche en vela, de ahí que no pudiera llamarle. Por poco, su misma idea casi se había vuelto contra él.

Gidd se arriesgó al máximo, pero se sintió más y más orgulloso de él.

«Escaramujo» era la clave.

Gidd había dado con la respuesta, pero también con algo situado más allá de la

razón.

Cambió por tercera vez de cinta y un minuto después vio la cúpula de la Corporación Legislativa al fondo. Saltó del canal de conducción frente a la plaza presidida por la sede y completó su recorrido a pie, buscando la máxima velocidad que sus viejos miembros eran capaces de dar. Exhausto, penetró por entre la nube de informadores que aguardaban fuera, vigilados por miembros de seguridad comunitaria atentos a cualquier manifestación de peligro. Ya se hallaba en la puerta cuando una voz pronunció su nombre y se produjo un pequeño revuelo, pero para entonces Hal Yakzuby ya no podía ser alcanzado.

Se identificó en la amplia recepción y tomó un tubo de aire hasta la planta donde se celebraba la vista. Cuando salió del tubo quemó sus energías finales corriendo por el largo pasillo hasta la puerta de la sala. Una máquina lo reconoció y le abrió paso por entre los curiosos agrupados frente a ella.

Cuando la puerta se abrió, Hal Yakzuby fue recibido por un súbito y denso estallido de silencio.

Rostros humanos y máquinas lo miraron con una compleja mezcla de sentimientos y estímulos. El ruido de la puerta, al cerrarse tras él, lo aisló del exterior y lo comunicó por fin con el presente. El pasillo central, distante no más de una veintena de pasos de la separación transparente y el estrado, formaba un cordón umbilical que lo unía con la historia y su papel, sorprendente en cierta forma ahora, de protagonista.

Dio un primer paso por el pasillo, y un segundo. Vio a Marzho Obenzey Fissan y le envió una sonrisa que nadie, salvo su destinatario, supo comprender. Vio a Flavia Ehr y a sus hijos, Len y Tura. Vio a Djub Ehr y a Ark 6-1117 con la preocupación en sus caras. Los vio a todos mientras se acercaba al estrado, y creyó tardar una eternidad en cubrir la breve distancia. El jefe de operaciones Denisey, probablemente recién llegado de la plataforma, Henz Alesak Far sentado sobre sus piernas de metal, Ulr Konstah Zeiie súbitamente envejecido con el juicio, y también Yorguinoi 6-16193, el teniente Xeia, Giandelián, Kein.

Y Balhissay 2-15.

Kisseian 3-52 estaba en pie y se sentó cuando él penetró en la zona correspondiente al estrado. Hal Yakzuby no le dirigió una sola mirada. Se detuvo frente a Orion 1-27 y esperó.

–¿Y bien, señor Yakzuby? –tronó la voz del Honorable Juez.

–Lamento este retraso, señoría.

–Espero sepa y comprenda que nos encontramos frente a un juicio cuya gravedad supera todas nuestras limitaciones, sean humanas o técnicas, y que su retraso constituye la más deleznable falta de respeto hacia esta Corporación Legislativa, y falta de consideración hacia su defendido, el fiscal general, la Comunidad en pleno y concretamente todos los aquí presentes.

–Señoría –dijo Hal Yakzuby–, pido perdón por ello, pero el motivo de mi retraso ha sido en bien de esta causa. Someto a la consideración del tribunal una petición de aplazamiento para la investigación de...

No pudo terminar. Kisseian 3-52 se levantó, saltando prácticamente de su mesa.

–¡Esto es inadmisible, señoría! –gritó–. ¡Nada podría justificar un aplazamiento a estas alturas del juicio! Opino que...

Orion 1-27 levantó una mano. El fiscal general dejó de hablar.

–Señor Yakzuby –dijo el juez–, no comprendo ni apruebo sus métodos, ni alcanzo a comprender qué fin persigue solicitando un aplazamiento que, lo sabe bien, no puedo otorgar. ¿Me es lícito preguntar a qué investigación se refiere?

Hal Yakzuby no respondió. Había temido aquella pregunta de Orion y ahora se daba cuenta de que no tenía una respuesta preparada para la misma. Instintivamente comprendió a Balhissay 2-15; y aun sin aceptarlo, ello le hizo daño.

¿Qué podía decir? ¿La verdad?

¿Qué verdad?

Giró la cabeza y miró a Balhissay 2-15. La máquina parecía muy lejana, perdida entre los asistentes al juicio.

Hal Yakzuby jugó entonces su última carta.

–Necesito hablar con usted, en privado, Balhissay –dijo.

La voz de Orion 1-27 volvió a tronar.

–¡Señor Yakzuby, la irregularidad de su comportamiento es...!

Hal Yakzuby no le escuchó. Sin dejar de mirar a Balhissay, pronunció una palabra, una sola palabra.

–«Escaramujo».

El propio Orion 1-27 dejó de hablar cuando Balhissay 2-15, tras unos segundos en los que sus ojos se encendieron tan súbita como violentamente, inundándose

de luces rojas, se puso en pie.

–Señoría –dijo la máquina–, solicito permiso para hablar con el abogado defensor en privado por espacio de unos minutos, y formulo mi petición en bien de la Unidad y el Sistema.

Hal Yakzuby cerró los ojos. Flotando sobre un expectante silencio, los del jefe de la base de Ezebel 2 y los del juez de la vista se encontraron primero sobre la cabeza del hombre y después cada uno dentro de la mirada del otro.

Nadie pudo ni supo leer su mensaje.

50

El alguacil abrió la puerta de la pequeña salita y esperó a que sus dos acompañantes entraran en ella. Primero lo hizo Balhissay 2-15, y tras él, Hal Yakzuby. La puerta se cerró a continuación, y los dos quedaron solos, completamente solos.

Un hombre y una máquina.

La expresión de Balhissay era hermética. Los puntos oculares permanecían en blanco. La gordura de su aspecto venía a ser la máscara que encubría su propia razón de ser. La capa de goma de coloración humana destilaba una falsa quietud. Y seguía poseyendo su halo de espectacularidad, su magia.

Hal Yakzuby sonrió con pesar. La máquina lo notó, aunque no llegó a calibrar el alcance de esa sonrisa.

–¿Feliz? –dijo con su voz de trueno ahogado–. ¿Cree que me ha vencido?

El hombre negó con la cabeza.

–No se trata de eso, Balhissay –respondió–. Era un simple gesto facial, acorde con lo que siento.

–¿Y qué siente?

–Es difícil de explicar. Pensaba que, hace años, yo era un fiel adicto suyo, y lo respetaba y lo admiraba.

No había nada en la habitación, salvo dos butacas de aire y una mesa entre las dos. Balhissay estaba de pie, pero Hal Yakzuby se hundió en una de las butacas.

Desde su posición miró a su oponente, tratando de escrutar su imperturbable fiereza facial.

–¿Y ahora? –inquirió la máquina–. ¿Ya no me admira ni me respeta?

–Lo admiro más, aunque quizá lo respete menos, porque lo comprendo pero no le acepto.

–¿A mí, o a mis ideas?

–¿Pueden separarse? –arguyó Hal Yakzuby.

Balhissay 2-15 tuvo un espasmo ventral, y su garganta emitió un cloqueo mantenido. Era su forma de reír. Cuando sus engranajes se calmaron y volvieron a la quietud, dijo:

–Ustedes los humanos son terriblemente pragmáticos. ¿No cree que los dos seguimos fielmente unos principios, y que ellos funcionan de forma acorde con nuestras ideas?

–Cuando se fabricó la primera máquina, ésa era la base. Ahora, en cambio, usted se cree en posesión de la llave de la eternidad. Está dispuesto a sacrificar a un hombre, un simple hombre quizá, probablemente porque para usted no tiene importancia frente a la grandeza del objetivo, por salvaguardar una teoría.

–Si ha llegado a la verdad… sabrá que la teoría no es tal, sino una certeza. Usted mismo no ha querido hablar ahí fuera, en la sala. ¿Por qué?

Hal Yakzuby hundió su rostro entre las manos. Sabía la importancia del interrogante, y dudaba de su respuesta.

–Puede que me sienta pequeño –dijo tras una pausa.

–Es pequeño –sentenció la máquina–. En el presente y en el futuro nos corresponde a nosotras tomar las decisiones, y llevar el peso de las realidades y las incógnitas con las que nos encontremos.

–¿No cree en la teoría del profesor Obenzey?

–No.

–Yo sí –dijo Hal Yakzuby–. Y ahora más que nunca.

–¿Condenados a entendernos? ¿El sueño de la máquina de ser como su creador? ¿De verdad piensa así?

–Lo pienso.

–¿Por qué? ¿Sólo porque una máquina… se ha suicidado? –desgranó

lentamente Balhissay 2-15.

Hal Yakzuby aspiró el aire a su alrededor. No le supo a gloria, ni a triunfo, pero le hizo bien, mucho bien.

–No solamente por eso, Balhissay –repuso–, sino por su miedo.

–No estoy preparado para sentir miedo –aseguró la máquina, ahora a la defensiva.

–¿Lo estaba para mentir? –siguió él–. No lo estaba y, sin embargo, ha mentido en el juicio, como mienten los Dirigentes. ¿De qué tiene miedo, Balhissay? ¿Qué le asusta?... ¿Le preocupa la debilidad humana? ¿Le preocupa que se conozca lo hecho por el capitán Ludoz, y que las máquinas piensen... o desciendan el peldaño que las separa del ser humano, a pesar de que la Constitución hable de igualdad?

Balhissay 2-15 no respondió. Sus ojos eran un arco iris de luces flamígeras. Su cuerpo trabajaba al cien por cien de su capacidad. Hal Yakzuby no le dejó descansar.

–¿Usted no comprende lo que tuvo que pasar el capitán Ludoz allí arriba, solo en el espacio, antes de tomar su decisión?... ¿O lo que no comprende, en síntesis, es su decisión?

–Era un oficial del Cuerpo Expedicionario, además de una máquina. ¿Importa mucho que la comprenda o no?

–Sí importa, Balhissay, porque la diferencia es fundamental. Para usted, una vida humana es un accidente en la evolución, pero para mí es la evolución. Ludoz percibió algo más que eso... y usted es incapaz de darse cuenta, e incapaz de percibir ese algo más. Un solo árbol le impide ver el bosque.

Balhissay 2-15 se movió inquieto, con pesadez. La serenidad de Hal Yakzuby le llegaba desde lo más profundo de la conciencia de su humanidad, y le hería en su propia conciencia artificial, programada, sometida a los miles y millones de alternativas de su banco de datos. Y percibía dos hechos incuestionables: comprender significaba descender un poco hacia ese escalón, y no comprender, dejarse vencer por una lógica humana, peligrosa y contaminante. Hizo un gesto de fastidio, como apartando un fantasma de su proximidad, y se enfrentó abiertamente con Hal Yakzuby.

–¿Qué sabe usted, Yakzuby? –bramó.

–Todo.

–¿Todo? –siguió el jefe de la base de Ezebel 2–. ¿Qué es todo? Puede haber sido un disparo al azar.

–No hay escaramujos en nuestro mundo, Balhissay –dijo Hal Yakzuby pacientemente–, ni creo que los haya en ningún otro mundo salvo en un planeta perdido, que... creíamos olvidado.

Balhissay 2-15 dejó caer la cabeza. Por primera vez estaba vencido.

–¿Así que sabe que la Doble Delta A-795 descubrió nuestro antiguo planeta, nuestro antiguo hogar?

–Y que se posó en la Tierra, Balhissay –dijo él con una extraña sensación en el centro del universo constituido por su propia mente.

51

La máquina se sentó a su lado, en la otra butaca de aire, apartando la mesa que los separaba. Lo miró con gravedad, buscando algo en su interior, pero el semblante del hombre no reflejaba nada, salvo, quizá, amor.

–¿Qué piensa? –preguntó Balhissay 2-15.

–No estoy muy seguro. No lo sé.

–Eso sí puedo comprenderlo.

Hal Yakzuby sonrió débilmente.

–Vamos, Balhissay –dijo–. A pesar de todo, usted es un ente superior.

–Le agradezco el cumplido –ponderó–. Sé que los científicos no mienten.

–Tampoco lo hacían las máquinas...

La distensión era gradual. Los dos sabían que, no lejos de allí, una sala repleta de ansiedad esperaba, y que una sentencia era la página final de un pequeño o gran drama. Pero ni uno ni otro parecía tener prisa en aquel momento. Ya no. El tiempo se había detenido en aquella pequeña salita.

–¿Cómo lo supo? –quiso saber Balhissay.

–«Escaramujo» –dijo Hal Yakzuby–. Según un viejo tratado de botánica, es una variante de la rosa que se daba en la Tierra, concretamente en el continente

europeo. ¿Sabe?... Tenía incluso un microfilme con imágenes de rosas. Una de las más bellas flores que jamás han existido. No sé por qué no han podido vivir en nuestro mundo, en esta Tierra 2.

–Tantas cosas no vivieron al llegar aquí... ¿Qué importa una más? Tenemos flores muy hermosas.

–Muy hermosas –suspiró el hombre–, pero ninguna equiparable a las primitivas rosas, o a las orquídeas..., con sus aromas. Además, ellas formaban parte del pasado, un pasado que ustedes han intentado recuperar.

Balhissay 2-15 no dijo nada.

–El Proyecto A, ¿es la búsqueda de la Tierra?

–Sí –aceptó la máquina–. ¿Cómo supo la existencia de esta palabra en el informe de las pertenencias de Ludoz? ¿Vio acaso el propio informe? Se utilizó «escaramujo» en lugar de rosa para evitar cualquier desliz... Nadie sabía que entre las pertenencias del capitán Ludoz había una rosa seca y marchita. Nadie.

–No importa cómo lo supe –dijo Hal Yakzuby–. Dígame, ¿por qué es secreta la búsqueda de la Tierra? ¿Qué teme?

–Tendré que cuidar los sistemas de seguridad, en Ezebel 2 y en Ganímede. Es un hecho grave...

El hombre cortó el monólogo lento y reflexivo de la máquina.

–Responda, Balhissay, ¿por qué?

Balhissay 2-15 parecía haber entrado en trance. Volvía a tener los ojos en blanco.

–¿Por qué? ¿Por qué? –repitió–. ¿Qué cree usted que sucedería si se supiera que existe una posibilidad, por remota que sea, de regresar a casa, a la Tierra? No quiero ni pensarlo. Surgiría un estado de ansiedad absoluto, perjudicial. Miraríamos de nuevo al Espacio Exterior en busca de la esperanza, todos, humanos y máquinas..., y volveríamos a soñar, y a recordar... ¿Y qué cree usted que pasaría si se supiera que la Tierra ha sido hallada? Respóndame, Yakzuby. ¿Se imagina todo nuestro mundo, millones de seres, humanos y máquinas, volviendo en masa?... ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Qué encontrarían allí?... Serían extraños en su propio origen...

–¿Por qué la busca, entonces?

Balhissay 2-15 vaciló. Un ruido sordo se escuchó en su interior.

–No lo sé, Yakzuby. No lo sé –dijo–. Yo mismo me he hecho esta pregunta un

millón de veces, y me he repetido una y otra vez que es absurdo, que es mejor olvidar, y mirar hacia delante, que es una quimera y una locura, pero...

–El ser humano actúa en muchas ocasiones sin saber qué es lo que le impulsa. Lo sabe, ¿no es cierto?

La máquina repitió el ruido.

–¿Sigue buscando el eslabón perdido?

–No, Balhissay –dijo Hal Yakzuby–. Ya no. Usted es la prueba de que hemos comenzado la era preconizada por Obenzey, y también Ludoz.

–No le creo.

–Usted ha querido encontrar su pasado, a pesar de estar programado para el futuro. La búsqueda del origen es un sentimiento humano. Y en cuanto al capitán Ludoz... ¿por qué se mató, Balhissay?

La máquina no contestó. Sus ojos en blanco oscilaron levemente y pasaron por una difusa escala cromática de colores claros. Cada segundo de tiempo era una eternidad, y en su interior, millones de células microprocesales trabajaban en torno a respuestas que parecían no ser aceptadas, que se perdían por los recovecos infinitos de aquel cuerpo enorme, lleno de universos tan gigantescos como el exterior.

–Cuando se produjo el Gran Holocausto –monologó una vez más Balhissay–, las máquinas salvamos a la humanidad, si bien es cierto que también la necesitábamos. Nadie es capaz de recordarlo, porque sucedió hace demasiado, hace siglos, miles de años... Sin embargo, yo tengo esa información grabada en mis circuitos. Usted la tendrá en ese lado oculto de su cerebro, ese gran almacén inactivo, latente; pero yo soy un ente capaz al cien por cien, y sin haberlo vivido, porque fui creado después, es como si hubiese estado allí. Puedo ver el dolor, la consternación, el estupor..., el Gran Holocausto nuclear destruyendo nuestro mundo, nuestro primitivo mundo, la casa de la especie humana durante millones de años. Puedo ver la huida, las naves cruzando el espacio sin rumbo, soñando con encontrar una nueva Tierra en la que volver a empezar... ¡Volver a empezar! –se permitió un leve toque de sarcasmo antes de continuar–. El ser humano siempre sueña con volver a empezar. Pero esta vez... lo hizo, o lo hicimos. Cuando caímos en aquel agujero negro y fuimos a parar al otro lado del universo, pensamos que era el fin, y no lo fue. Encontramos un planeta gemelo, en una estrella gemela... y aquí estamos, en Tierra 2. ¿Un prodigio? ¿Un milagro de la ley natural? No lo sé. Lo cierto es que construimos de veras ese nuevo mundo y

cimentamos las bases de nuestro futuro. Comunidades negras, amarillas, blancas... Comunidades en paz. No nos fue fácil, pero conseguimos sobrevivir al odio que había destruido la Tierra. Y entonces nos juramos no volver a cometer el mismo error, no dejar que nada nos separase..., nada, ¿entiende, Yakzuby? ¡Nada! Seres humanos y máquinas continuarán, y si el humano no sabe regir su destino, las máquinas lo harán por él...

–¿Hasta cuándo, Balhissay?

–¿Qué?

–¿Hasta cuándo cree que el ser humano continuará así, sin ser dueño de ese destino, bueno o malo?

–No le entiendo –protestó la máquina–. ¿Qué pretende? Tenemos paz, armonía, todo cuanto podamos necesitar.

–¿Tenemos libertad?

–Sí, la tenemos.

–La perfección que busca no es libertad, Balhissay. El ser humano es un animal, racional o no, pero un animal, sujeto a su carisma, y que necesita de sus propios errores. Ustedes son máquinas, pero nosotros no, ni lo seremos jamás.

–¿Pretende que la máquina descienda a nivel humano, y niega que el ser humano pueda alcanzar la perfección de una máquina?

–El ser humano posee la síntesis de la vida y de la muerte. Eso lo coloca por encima de todo.

–Se sobrevaloran. Los humanos son criaturas pequeñas y débiles.

–Los átomos eran más pequeños y destruyeron la Tierra. Si ustedes, las máquinas, no nos temieran, no habríamos llegado a esto. Tarde o temprano, el ser humano despertará, y entonces reclamará de nuevo su puesto en la sociedad, no como comparsa, sino como líder.

–Tarde o temprano –repitió Balhissay–. ¿Y piensa que el momento es ahora?

–¿Lo es? –preguntó Hal Yakzuby–. ¿Por qué desea matar a un hombre, encubriendo el hecho de que una máquina se ha suicidado? ¿Por qué se mató el capitán Ludoz después del descubrimiento más sensacional de nuestra historia? ¿Qué le dijo, o qué le hizo, para obligarle a ello?

Balhissay 2-15 se enfrentó a la mirada de su oponente. Una pálida luz amarilla flotó en sus ojos.

–Usted no lo entiende, Yakzuby –dijo–. El capitán Ludoz 7-521 se mató, precisamente, por todo lo contrario..., porque no quería revelar dónde está la Tierra.

52

Recibió el golpe como si se tratara de un mazazo dirigido en cámara lenta a su comprensión, y lo acusó. Primero creyó que Balhissay 2-15 intentaba engañarle, por última vez, pero el aspecto de la máquina le disuadió de tal idea. Sobre el rostro feroz, en el cual la única vida eran las luces de los ojos, percibió una difusa emoción...

Una emoción que ni siquiera Balhissay podía evitar ni disimular.

–Desde que se concibió el Proyecto A –comenzó a decir el jefe de la base de Ezebel 2–, supe que buscar la Tierra era como tratar de hallar una aguja en el espacio. Sin embargo..., bien, conocíamos el emplazamiento exacto del agujero negro por el que caímos, no en su origen, pero sí en su desembocadura. Poseíamos las coordenadas del sitio en que aparecimos; por tanto, desde la primera A-1 hasta la última, la A-795, nos dirigimos siempre ahí, para seguir una ruta distinta después. Nadie sabía nada del Proyecto A, salvo yo mismo y algunos Dirigentes que lo aprobaron dándome carta blanca. En primera instancia se pensó que no embarcaran humanos en la misión; pero ello hubiera despertado la sospecha del Centro de Control del Espacio Exterior y se siguió la rutina. El capitán Ludoz fue el encargado de la misión y sabía exactamente lo que buscaba... Puede... puede que ello influyera en su juicio, en su estado de ánimo, si es que dejó de ser lógico y analítico. No lo sé. Lo cierto es que Ludoz encontró lo que buscábamos.

–¿Cómo lo supo usted?

–Estableció comunicación al regresar, cuando entró en nuestro radio de escucha. Es amplio pero no sobrepasa los límites de una ínfima parte de esta galaxia. Dijo que había encontrado la Tierra y que se había posado en ella. Le pedí las coordenadas y entonces...

–¿Se negó a dárselas?

–Sí –reconoció Balhissay–. Pero hizo algo más: me pidió que abandonáramos el

Proyecto A, que dejáramos el pasado donde estaba, muerto... y en paz.

Hal Yakzuby se estremeció. Un frío visceral le recorrió el cuerpo, instalándose en su nuca.

–¿Por qué...?

–Lo ignoro –dijo la máquina–. Cometí el error de enfurecerme, le ordené que cumpliera órdenes y entonces... me pidió perdón... Dijo que sostenía una carga demasiado pesada y que tenía que meditar. Murmuró algo sobre la historia, sobre él mismo, sobre el amor y el odio... Parecía divagar. Y después cortó la comunicación. No volvimos a establecer contacto, a pesar de que lo intentamos, y sólo la señal de la radio nos indicó que la Doble Delta seguía su curso, rumbo a Tierra 2.

–Ludoz quiso salvar a Ehr –apuntó Hal Yakzuby–. Y usted ha intentado condenarle, acusándole de asesinato.

–No podía admitir la realidad de ese suicidio –repuso Balhissay 2-15, recobrando la gravedad en su rostro hermético–. Ni puedo hacerlo.

–Yo sé ahora la verdad.

–¿Qué verdad? No puede probar nada.

–Puedo decir en qué consiste el Proyecto A. Aunque se niegue su realidad, los seres humanos me creerán, y pensarán.

Volvían a mirarse como rivales, en tensión. La máquina se agitó convulsamente.

–¿Qué cree que dirá el mundo, si se sabe que la Tierra ha sido hallada? –preguntó Balhissay.

–No lo sé –reconoció él.

–¿Y qué cree que dirían los humanos, si supieran que una máquina ha preferido morir a decir dónde está?

–Tampoco lo sé.

–¡Sí lo sabe! –gritó Balhissay 2-15–. ¡Sería el caos! ¿Es eso lo que quiere?

–No quiero que un inocente cargue con una culpa que no es suya, ni que sus hijos queden marcados por un crimen que no cometió.

–A veces es necesario sacrificar algo para obtener algo mayor.

–En la antigüedad, alguien dijo que el fin justificaba los medios, pero eso fue antes de que existiera la libertad, las primitivas democracias. Yo no creo en ello, y

soy un hombre libre, tal vez limitado, pero un hombre al fin y al cabo. Lo mismo que Ludoz tomó una decisión que tal vez nunca sea comprendida, yo voy a tomar la mía... a menos que usted salga ahí fuera y diga que su oficial se suicidó.

–El chantaje también era una fórmula utilizada en la antigüedad, señor Yakzuby.

Hal Yakzuby se levantó. Paseó nervioso por la salita, tratando de hilvanar los hilos de su pensamiento. Las últimas emociones disparaban su raciocinio.

–Voy a tratar de entenderle, Balhissay –razonó despacio–. Usted no quiere que se sepa que se estaba buscando la Tierra, ni quiere que se sepa que ha sido hallada. Bien, me parece razonable; comprendo su actitud. Si se supiera que existe una remota posibilidad... podría suceder algo imprevisible. Yo puedo callar lo que sé, aunque no me guste. A cambio quiero la libertad de Ehr.

–No puedo decir que Ludoz se suicidó. ¿Es que no lo entiende? –apostilló Balhissay 2-15–. Nada justificaría ese suicidio. Además, no quiero cerrar la carrera de un oficial con semejante nota negra en su expediente.

–¿Necesita un héroe acaso?

–No necesito un héroe, Yakzuby; pero a fin de cuentas, si Ludoz hizo lo que hizo para salvar a su asistente, cuando le habría sido más fácil volar la nave o no regresar con ella y perderse por el Espacio Exterior, creo que merece algo más. ¿No está de acuerdo?

Hal Yakzuby sonrió.

–Puede que estemos comenzando a entendernos –tanteó–. ¿Podría existir un cuerpo extraño, no detectado antes por proceder de una masa de materia, o de energía, latente, y que tras alterar a Ludoz y la memoria de la Doble Delta, hubiese vuelto a quedar inactivo... hasta ahora?

La máquina calibró la idea.

–Podría –dijo.

–¿Sería fácil de justificar ante la ley, ante Kisseian, ante Orion...?

–La ley está en manos del Cuerpo de Mandos –dictaminó Balhissay 2-15–, y yo pertenezco a él. Kisseian no cuenta en este caso, y Orion... es un Dirigente. Puede ser informado de todo, en privado.

–¿Qué nos detiene, pues?

Balhissay sostuvo la mirada de Hal Yakzuby. Una fría luz azul cubrió sus ojos.

–Usted –afirmó–. No confío en la imprevisibilidad de los seres humanos.

Cuando todo esto haya terminado, su cerebro comenzará a pensar. Sabe que se ha producido el hecho más sensacional de nuestra historia en Tierra 2.

–¿Piensa acaso que persigo lo efímero de la fama?

–Yakzuby... –la voz de la máquina era un murmullo–, ¿tan importante es para usted la salvación de Ehr?

–Sí.

–¿Por qué?

–Piénselo, Balhissay. Piénselo. En la respuesta está la clave de muchas cosas, entre ellas la libertad, la propia condición humana, la vida.

–¿De verdad callaría, sin hablar de la Tierra ni del Proyecto A, si exculpo a Ehr y manifiesto que se ha encontrado «algo» oculto hasta ahora, por lo cual murió Ludoz y se desactivó la memoria de la nave?

–Sí, callaría, porque es un acuerdo justo. A usted le preocupa la integridad moral de Ludoz y a mí la vida de Ehr.

–Hay algo más. Usted también quería probar que Ludoz se suicidó. Eso aceleraría en muchos años ese proceso de fusión que preconiza el profesor Obenzey. Demostraría el nivel... o cierto nivel humano en las máquinas. ¿Por qué renuncia a ello?

–Tal vez no quiera forzar la historia, ni traer el futuro hasta aquí. Puede que a nosotros, los humanos, tampoco nos interese la igualdad ahora, como les sucede a ustedes. Sería demasiado... sorprendente. Todos necesitamos de una adecuación, y de una educación. Es posible que tenga miedo de mi responsabilidad, como Ludoz lo tuvo de la suya. Es posible que me sienta viejo y cansado. Son posibles... –se encogió de hombros– muchas cosas. Pero aquí y ahora, yo quiero a Ehr, y usted a Ludoz. Es un intercambio. ¿Acepta?

Balhissay 2-15 llegó hasta la puerta. Pareció mirar a través de ella, primero a la sala en que se celebraba el juicio, después más allá de ella, y finalmente al mundo entero. En algún rincón de sus circuitos, el término «compromiso» se movía a impulsos de la propia historia. Por bancos de datos, a través de ordenadores, computado y analizado, sometido al estudio de los distintos cerebros electrónicos y conducido todo ello, como una masa homogénea, hasta la memoria central. En todo proceso, el «compromiso» formaba parte de la historia.

–¿Por qué confía en mí, Yakzuby? –preguntó de pronto la máquina–. Sabe que tengo poder, y que puedo emplearlo contra usted.

–Si no sabe por qué confío en usted, Balhissay, no voy a ser yo quien se lo explique.

–Yo no sabía por qué buscaba la Tierra, pero lo hice. Tampoco sé ahora por qué confía en mí.

Hal Yakzuby fue hacia él. Le tendió una mano.

–Somos parte del tiempo. Sólo él nos juzgará al final –dijo.

Balhissay 2-15 miró la mano abierta. Estudió las arrugas, los pliegues de la carne, la herencia del ser humano impresa en su huella. Después examinó su propia mano de metal y goma.

Cuando estrechó la de Hal Yakzuby pudo percibir su calor, y la aceleración del pulso humano.

–Pediré un aplazamiento de dos horas para investigar unos datos nuevos, con el fin de que todo parezca legal –dijo–. Informaré a Orion 1-27 y a los Dirigentes que conocían el Proyecto A, y cuando se reanude el juicio, hoy mismo, Djub Ehr será declarado inocente y el caso sobreseído. Un virus energético latente, que hemos podido controlar, aislar y destruir, fue el causante de todo. Misterios del Espacio Exterior...

–Gracias, Balhissay.

–¿Por qué me da las gracias? –quiso saber la máquina.

Hal Yakzuby enarcó las cejas.

–Me temo que ese porqué sí lo conoce usted –dijo.

53

Regresaron a la sala del juicio a paso lento, uno al lado del otro, pensativos y silenciosos. Sus pasos rebotaron por el largo pasillo, desnudo y vacío, como un mundo cerrado y perdido en el que ambos eran a la vez comienzo y final.

Las dos últimas preguntas sobrevolaron la mente de Hal Yakzuby casi al mismo tiempo.

–¿Volverán a intentarlo? –preguntó primero.

Balhissay 2-15 no le miró. Su respuesta se produjo tres pasos después.

–La Doble Delta A-796 ha salido hoy de Ezebel 2.

La segunda pregunta era más difícil. De hecho, su respuesta seguía constituyendo la clave de todo, la respuesta a un enigma.

–¿Qué vio el capitán Ludoz en la Tierra, Balhissay?

La máquina no respondió esta vez. Cubrió los últimos diez pasos hasta llegar a una puerta lateral de la sala del juicio. Cuando la traspusiera, todo habría terminado.

O quizá comenzara realmente.

–¿Qué vio? –repitió Hal Yakzuby.

–No lo sé –contestó Balhissay 2-15–. Pero no es difícil de imaginar, ¿verdad?

–¿Cree que...? –susurró el hombre con dolor.

–Fue un desastre nuclear, todos lo sabemos. No quedó nada, ni ciudades ni esperanzas. Un mundo cubierto de radiactividad y muerte. Quién sabe si todo seguirá igual y, a pesar del tiempo, la huella de la destrucción permanecerá visible. Ludoz debió de encontrarse con el testimonio cruel y horrible de la locura humana. Puede que quisiera evitarnos el dolor...

–O impedir que lo repitiéramos.

–¿Cómo dice?

Hal Yakzuby abrió la puerta. Balhissay 2-15 escrutó su rostro por última vez antes de trasponerla. En la sala, el público dejó de hablar y, prácticamente, de moverse. Todos miraron hacia ellos. El alguacil salió por otra puerta frontal, para avisar al Honorable Juez Orion 1-27.

La ansiedad desapareció del rostro de Djub Ehr cuando Hal Yakzuby le dirigió una cálida sonrisa de valor.

Pensó en Gidd.

Y en sí mismo.

Se acercó a la mesa. Flavia Ehr abrazaba a sus dos hijos y lloraba en silencio. Sin saber el motivo, Hal Yakzuby volvió a mirar a Djub Ehr... y en esta ocasión halló una sombra de envidia en su conciencia. Tardó en comprenderla, en analizarla, en aceptarla.

Aquel simple ser humano nunca lo sabría... pero había vuelto a casa, al origen, a

la Tierra. Después de miles de años había sido el último de su especie.

O el primero de la generación del futuro.

¿Qué le acababa de decir a Balhissay 2-15? Él hablaba de un mundo sumido en la tristeza de su fin…

–Puede que quisiera evitarnos el dolor…

Y él le dijo:

–O impedir que lo repitiéramos.

Sintió miedo, y desconsuelo. El capitán Ludoz se había llevado una rosa, un ser vivo en un planeta muerto.

¿Muerto?

Hal Yakzuby elevó la cabeza sin ver el techo de la sala. Más allá de él brillaban los dos soles de Tierra 2, lejanos y gemelos, y más allá de ellos un espacio inmenso, infinito.

Y en alguna parte, un planeta perdido tenía la respuesta.

EPÍLOGO
A UN MILLÓN DE AÑOS LUZ

54

El hombre elevó su rostro al cielo al salir de la cabaña y cubrió sus ojos con una mano al ser bañado por el sol. El cielo era de un azul intenso y diáfano, salvo por las escasas motas blancas producidas por una arracimada condensación de nubes hacia el norte, en dirección a las montañas. Una brisa suave movía la hierba de alto tallo, produciendo un mágico oleaje a sus pies, descendiendo en dirección al valle y perdiéndose por entre la arboleda salvaje. Hasta donde la vista alcanzaba, la vida parecía bullir con los mil colores de la mañana.

Una mañana cualquiera.

–Éste será un buen día –dijo.

Hacía calor. Retiró la mano de sus ojos y se puso en la cabeza un sombrero trenzado con paja, rudimentario pero eficaz. Se agachó para atarse una sandalia, y al levantarse su mano asió la azada. Más allá del cobertizo vallado, en el cual se movían las gallinas y los cerdos, los gansos y los conejos, el sembrado esperaba.

Una mujer apareció en la puerta de la cabaña, construida con arcilla y barro, con piedras y hojas. Era menuda y bonita. Llevaba una túnica gastada y rala, como la de su compañero, y su cabello castaño caía sobre ella por la espalda. Su abdomen prominente mostraba su avanzado estado de gestación.

Se acercó a él y lo abrazó por la cintura, posando la cabeza sobre su pecho. Cuando los labios del hombre buscaron los suyos, ella se los dio, y en la quietud del nuevo amanecer cerraron sus sentidos para aislar el instinto.

–No me has despertado –cuchicheó la mujer.

–Descansa hoy –dijo él. Y añadió–: Te quiero.

El sol ascendía de forma gradual por el cielo, estremeciendo su senda constante.

Un pequeño bulto se movió en el vientre de ella.

–Está al llegar –aseguró él.

–Todavía no. Mañana tal vez.

Fundidos en el mismo abrazo avanzaron en dirección al corral. Una mula gris esperaba paciente con el hocico inmerso en un recipiente de madera. Al pasar junto a un rosal encadenado a un pequeño muro de piedra, la mujer se detuvo. La voz de un niño se escuchó a lo lejos, en dirección al río que atravesaba el valle como una lengua de plata.

–¿Crees que volverá? –preguntó la mujer.

–No lo sé –respondió el hombre.

–Era maravilloso, ¿verdad?

–Mucho.

–Tan distinto de nosotros y de cuanto conocemos, a lomos de su estrella de metal…

–Lleno de luces.

–Sí, lleno de luces.

Callaron, evocando recuerdos inciertos. El hombre paseó su mirada por el huerto, observó los árboles cargados de fruta. Tuvo un leve sentimiento de cansancio, pero se recobró de él casi al instante. Había tanto que hacer, y sólo con sus manos.

–¿Qué clase de nombre era el suyo? –inquirió ella.

–Un nombre, nada más.

–¿Bueno o malo?

Él volvió a besarla. Sus labios sabían a pureza y a miel. Poseía la suavidad de la noche y el calor de la vida.

–Los nombres son buenos siempre.

–¿Quieres que llamemos Ludoz a nuestro hijo?

–Sí –dijo él.

–¡Quién sabe! ¡A lo mejor hacemos un puente con las estrellas!

El hombre volvió a levantar la cabeza. La mula esperaba, y el sembrado, pero continuó junto a su compañera. Ella siguió la dirección de su mirada y la perdió

en el cielo.

–¿De dónde pudo venir?

–De muy lejos, del otro lado del cielo.

–¿Qué clase de mundo será el suyo?

–No lo sé... Distinto, hermoso, lleno de cosas increíbles y sorprendentes, para volar y soñar, para no trabajar y pasar cada día viviendo para amar...

–Viviendo para amar –repitió ella–. Eso sí debe de ser hermoso. ¿Crees que era feliz?

El hombre meditó la pregunta. Paseó la mirada por todo cuanto lo rodeaba, las montañas, la hierba, el valle, los árboles, el río, el sembrado, su cobertizo, el corral, la mula, los animales domésticos, la cabaña... ¿No era feliz él, sin tener nada?

¿Nada?

–Sí –dijo por fin el hombre–; creo que era feliz.

Y tras darle un último beso a ella, se echó la azada al hombro y avanzó sonriente hacia la mula y el sembrado.

Vallirana, julio de 1982

Regreso a un lugar llamado Tierra

FASE PREVIA

HISTORIA

0

Lugar: Tierra 2.

Situación: Sistema Bisolar, Vía Andreia. Noveno cuadrante, vector 5, Galaxias de Nob. Universo.

Características: Planeta en evolución. Tierra, agua, aire. Elementos básicos primordiales. Composición primaria: hierro.

Formas de vida:

Predominantes: Especie humana. Especie máquina.

Relativas: Fauna y flora desigual, en período de desarrollo.

Características de los tipos de vida predominantes:

Especie humana: Hombres y mujeres. Reproducción sexual.

Especie máquina: Diez clases diferenciadas según estructura social. Reproducción mediante procesos de fabricación y programas de información. (Toda máquina utiliza un nombre principal y dos cifras de complemento. La primera corresponde a su clase. La segunda es su número de orden en el distrito de su procedencia. En su estructura lleva impresa la letra inicial de su Comunidad y el número de registro e identificación.)

Clases:

1. Dirigentes.
2. Cuerpo de Mandos.
3. Administración Social.
4. Personal Comunitario.
5. Mantenimiento.
6. Investigación y Ciencia.

7. Cuerpo Expedicionario Espacial.
8. Funcionarios.
9. Obreros.
10. Varios.

Sistema Social: Unidad de Comunidades.

Sistema Político: Democracia bajo la función elemental de la lógica, con un Consejo del Sistema y un Gabinete Central de la Unidad. La relación humanos-máquina se contempla desde la igualdad plena en la Constitución.

Comunidades: Existen 17 Comunidades en el Hemisferio Norte y 9 en el Hemisferio Sur. Capital: Ezebel.

Hemisferio Norte:
Arequian.
Besaleb.
Cudzian.
Dussel.
Ezebel.
Famabir.
Gessaria.
Hizebal.
Iar.
Jorziram.
Kumiya.
Lebia.
Muzzequiar.
Naom.
Ohr.
Pudlizey.
Quor.

Hemisferio Sur:
Ruaria.
Sensaia.
Turilem.
Uneba.
Vize.
Walze.
Xandaya.

Ybel.
Za.

Año: 9985 de la Nueva Era.

Situación actual: Proceso bélico.

.....

.....

.....

XPQ85A-JSF-925.731.4

Procese nueva información en pantalla. Ampliación datos en módulo Al-5.

Anulación-corrección sistema básico.

Stop.

HGK225-8.2.76439-55.7

Fase interrumpida.

Fase interrumpida.

Fase interrumpida.

Fase

F

.....

.....

.....

FASE 1

INVESTIGACIÓN

1

Todos aquellos asistentes que podían hacerlo se pusieron en pie al abrirse la puerta que comunicaba la sala de la audiencia con los despachos privados de los magistrados. La voz del alguacil anunció:

–Encuesta de tasación, Audiencia Preliminar. Preside el muy Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72, actuando de complementos los muy Ilustres Dirigentes Xaon 1-560 y Baltur 1-301.

Todavía quedaban algunas grandes máquinas inmóviles, consolas fijas sin posibilidad de desplazamiento, supervivientes de otros tiempos y otra dimensión del progreso. El Honorable Shadowur 1-72, sin embargo, pertenecía a la última élite de máquinas reconvertidas, con un cuerpo móvil unido a distancia con la gran masa formada por sus ordenadores fijos. Gracias a ello, y desde hacía unos cien años, las Clases 1, 2 y 3, es decir, Dirigentes, Cuerpo de Mandos y Administración Social, se desplazaban según su libre voluntad, agilizando su gestión. Shadowur 1-72 era un sistema operativo de máxima precisión, con forma humana. Su estatura no sobrepasaba el metro. Xaon 1-560 pertenecía a la moderna serie AM y flotaba inercialmente, lo mismo que una esfera en una cámara de vacío. La parte frontal estaba achatada y en ella presentaba un relieve de rostro con rasgos humanos, todavía una reliquia impuesta por la convivencia con los humanos, a pesar de que la Rebelión hubiera cambiado ya todo eso en la actualidad. Baltur 1-301 era una consola móvil que se desplazaba mediante rotación de su base.

Balhissay 1-15 miró a los tres.

Conocía a Xaon personalmente, y tenía referencias de Shadowur y Baltur. De todas formas, poco importaban las amistades o los conceptos de primitiva unidad en un caso como aquél. Una encuesta no era un juicio, pero se aproximaba. Las

encuestas de tasación servían para delimitar grados de implicación y hasta de culpabilidad, en circunstancias y hechos que a estimación de la Clase Dirigente pudiesen ser posterior objeto de enjuiciamiento criminal. La única gran diferencia en aquel caso consistía en que el acusado de la vista preliminar era una máquina de la propia Clase Dirigente. Algo inaudito de no ser porque todo, en los actuales momentos, era posible, con la Rebelión a las puertas de Ezebel.

La primera vez que algo así sucedía en Tierra 2.

–Pueden sentarse –anunció el alguacil.

Las máquinas con aspecto humano, androides, robots y formaciones clónicas, tomaron de nuevo asiento en las superficies metálicas moldeadas según cada caso. El resto permaneció en la misma posición. En la primera fila, solitario, el cuerpo enorme y desproporcionado de Balhissay 1-15 destacaba sobre los demás. Se sentó con el mismo esfuerzo con el que se había levantado, produciendo un gemido en su soporte y un ruido sordo y multiplicado en algunas de sus articulaciones. Sus ecos se esparcieron hasta que el silencio recobró su carta de naturaleza como máximo factor de la solemnidad que presidía el acto.

Fue el fiscal general de Ezebel, Anezken 3-872, el que tomó la palabra inmediatamente. En realidad, su presencia no era necesaria, puesto que en la excepcionalidad del caso sólo los tres magistrados tenían facultad para interrogar a otro Dirigente. A pesar de ello, se mantenía el ritual protocolario. Dentro de la jurisdicción de Ezebel, la máxima figura jurídica era su fiscal, lo mismo que en el resto de Confederaciones lo eran los fiscales generales de cada una. Eran ellos y sus departamentos los que sentaban en el banquillo a los presuntos acusados.

–Este Ministerio Fiscal –dijo Anezken 3-872– renuncia a su función interrogadora en la Audiencia Preliminar de la Encuesta de tasación número 920 de esta jurisdicción.

Una renuncia natural, forzada por las circunstancias. Shadowur 1-72 movió la cabeza en señal de aceptación.

–Que conste así en el sumario de la vista –indicó.

Una máquina sensorial, que registraba en imagen y en sonido cuanto sucedía en la sala, emitió un destello luminoso, un haz de luz blanca.

–Por la autoridad que me ha sido conferida –anunció el Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72–, declaro abierta esta Encuesta. Póngase en pie el acusado.

Balhissay 1-15 volvió a moverse con inaudita pesadez. Algunos de los asistentes

hicieron funcionar sus circuitos, conectándose entre sí, en silencio o con signos audibles. La extrema edad de Balhissay, unido a su tamaño y al enorme prestigio atesorado a lo largo de más de quinientos años de vida pública, seguía confiriendo a su imagen y a su aspecto el respeto y la leyenda que merecía. Muchos de los presentes, enlaces de información, cámaras de circuito cerrado, periodistas visuales que cumplían con su labor, lo mismo que altos cargos de la Administración Social, el Cuerpo de Mandos y no pocos Dirigentes, ni siquiera habían sido creados hacía doscientos años, período de tiempo que delimitaba los hechos que iban a plantearse en la vista. Balhissay seguía siendo el símbolo de un gran poder. En sus microprocesadores, reproductores holográficos y bancos de memoria se hallaba almacenada gran parte de la moderna historia del planeta.

Era un símbolo.

Y ahora se enfrentaba, tal vez, a su ocaso.

–¿Está preparado, Balhissay? –preguntó Shadowur 1-72.

No se veían humanos en la sala. Apenas si quedaban ya en Ezebel, y los pocos que había huían noche tras noche ante la proximidad de los rebeldes. A pesar de ello se seguía utilizando el tratamiento, el respeto. Por deferencia con los humanos, antaño y siempre, para no herir su orgullo y salvo en caso de íntima amistad, humanos y máquinas utilizaban el usted en lugar del tú. La costumbre se mantenía. ¿Cómo reprogramar circuitos estabilizados y mantenidos así durante generaciones? Balhissay dejó que esta pregunta se expandiera por sus microcélulas.

–¿Está preparado, Balhissay? –repitió Shadowur.

–Sí, sí..., lo estoy, Señoría –manifestó despertando de su letargo.

–¿Desea que esta vista se celebre a puerta cerrada?

–No.

–En este caso...

–Pero sí desearía que el término «acusado» fuese modificado en favor del término «encausado» o bien «encuestado».

Shadowur 1-72 miró primero a Balhissay 1-15 y después a la máquina sensorial que registraba el juicio.

–Hágase constar la propuesta y su aceptación por parte de este Tribunal –pronunció–. El encuestado se aproximará ahora al módulo de los testigos para su declaración.

Balhissay 1-15 avanzó por la sala en dirección al módulo. Por sus circuitos pasaron escenas y recuerdos de otro juicio, doscientos años antes. No pudo evitar la condensación de pensamientos y un ligero asomo de nostalgia que hizo palidecer las luces de sus fríos ojos luminosos. En la sala, los asistentes admiraron aquella masa extraordinaria de ordenadores y cables agrupados en torno al genio de una vida mantenida más allá de cualquier baremo científico. Balhissay era un modelo S, integrado por células microprocesales, una revolución en su día y de un costo de producción tan elevado que sólo pudieron alcanzarse un total de veinte unidades, de las cuales únicamente él sobrevivía. El conjunto, con aspecto humano, aunque gigantesco, estaba revestido por una capa de goma del color de la carne, imitando la piel humana. Con el tiempo, decenas de operaciones, intervenciones, adecuaciones y reciclajes habían cubierto aquel cuerpo de cicatrices y protuberancias que contribuyeron a aumentar su deformidad. En la actualidad era un organismo enfermo pero situado todavía al límite de su capacidad operativa, de su poder. La feroz expresión del rostro, con las luces de sus ojos variando constantemente, hacían de Balhissay el puente que en el pasado intentó unir sin éxito la máquina y al ser humano.

Doscientos años después, un nuevo juicio.

Sólo que Hal Yakzuby ya no estaba allí.

Y todo era muy distinto.

Se dejó caer sobre el soporte del módulo, que al instante se moldeó según la presión de su cuerpo y de su peso, y esperó la llegada del alguacil con la Constitución en sus manos. Puso las suyas sobre las tablas y escuchó las palabras del funcionario.

–¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en cuanto aquí se le demande, por el Sistema y la Unidad?

–Juro –dijo Balhissay 1-15.

El alguacil se retiró y Shadowur 1-72 se dispuso a formular la primera pregunta.

2

–Diga su nombre completo y su puesto de colectividad.

–Balhissay 1-15. Dirigente en el Gabinete Central de la Unidad de Comunidades y miembro del Consejo del Sistema.

–¿Fue siempre un Dirigente?

–No. Fui creado como parte de un programa de dotación de alta tecnología para el Cuerpo de Mandos. Durante más de la mitad de mi existencia fui Balhissay 2-15.

–¿Cuándo pasó a ser miembro de la élite de Dirigentes?

–Hace aproximadamente doscientos años.

–¿Tuvo algo que ver su elección con el juicio celebrado entonces al asistente de vuelo Djub Ehr, en la causa E-357 presidida por el Honorable Juez Orion 1-27?

–Fui promovido inmediatamente después de aquel juicio.

Un procesador de datos funcionó, dejando escuchar un quedo zumbido en el pecho de Shadowur 1-72. Más allá de la sala, en los despachos de los magistrados, la parte fija de su estructura coordinó el análisis de la información y lo reprocesó enviándolo, de nuevo, al cuerpo principal. El Honorable Juez Instructor se inclinó sobre la plancha de cristal endurecido que formaba el estrado, tras el cual presidían la vista él y sus dos colegas.

–Dado que esta vista se ha incoado en virtud de la situación presente, y por sospecha de negligencia en las funciones del encuestado en las actividades de su pasado, con especial relevancia en los hechos acaecidos en el juicio E-357 contra Djub Ehr Nort, este Tribunal solicita del mismo encuestado la revisión de aquellos hechos para su posterior análisis y examen. ¿Está dispuesto?

–Lo estoy –afirmó Balhissay 1-15.

–Puede entonces iniciar su relato –invitó el Honorable Juez Instructor.

Balhissay se concentró. Estaba preparado y, aunque no lo estuviese, poco habría importado, porque, además de su memoria perfectamente computarizada, los recuerdos de aquel juicio le habían acompañado a lo largo del tiempo, imborrables, perfectamente definidos en su elevada sensibilidad. ¿Cómo olvidar la historia, parte de lo más singular vivido por él en su dilatada existencia? El juicio contra Djub Ehr Nort por la muerte del capitán Ludoz 7-521 no sólo le dio la oportunidad de luchar, bajo el código del honor, contra Hal Yakzuby, sino que le hizo alcanzar lo más importante, lo más esencial en la fría vida de una máquina. Algo sin un nombre válido y real, pero que muy bien podría llamarse *humanidad*... o la misma sensibilidad que le hizo llegar a ser Dirigente por el

éxito de aquel caso y que obtuvo en su desarrollo.

El Honorable Juez Instructor y sus dos ayudantes esperaban. La sala contenía sus impulsos vitales y ningún engranaje o microcircuito se movía. La voz de Balhissay, que surgía como un rumor muy profundo, para establecer de inmediato en su núcleo vocal de células microprocesales una cortina sónica tan grave como estremecedora, comenzó a envolverlos a todos. Las luces empezaron a titilar en sus grandes ojos formados por millones de puntos que eran otras tantas cámaras de visión asistida. Y así, una suave coloración azulada flotó ante él en aquel inicio de su alocución.

–Hace doscientos años, la Unidad de Comunidades funcionaba perfectamente, bajo el lema de la paz, y tanto la Constitución como el Sistema, que nos protegía a todos, humanos y máquinas, aseguraban no sólo la subsistencia de esa paz sino su continuidad en el futuro. A pesar de ello, en algunos núcleos humanos se detectaba ya un fenómeno regresivo, natural en los humanos. Las máquinas trabajaban y hacían todas las funciones sociales de carácter esencial, permitiéndoles a ellos dedicarse al ocio, el placer, la investigación, el arte, el estudio y demás actividades recreativas. No todos los humanos valoraban esta libertad, y de la misma forma que primero agradecieron a las máquinas que salvasen a la raza humana al producirse el Gran Holocausto en la Tierra, con el tiempo llegaron a sentirse esclavos de esas mismas máquinas. Fenómenos antisociales, como la violencia, rebrotaron, precisamente hace doscientos años, en torno al juicio de Djub Ehr Nort.

Xaon 1-560 dejó de flotar en el aire y se posó encima del cristal.

–En aquellos días yo era el jefe de la base de Ezebel 2, es decir, la base espacial de la ciudad de Ezebel. También tenía a mi cargo otras actividades; entre ellas, mi responsabilidad alcanzaba a la plataforma espacial Ganímede, que se construía durante aquel tiempo –continuó Balhissay–. Dentro de mis funciones, yo había puesto en marcha un proyecto llamado, simplemente, Proyecto A. El Proyecto A tenía como meta final encontrar la Tierra, la primitiva casa de la especie humana, abandonada en el período del Gran Holocausto. Durante toda mi vida, éste fue posiblemente mi mayor empeño.

–¿Por qué? –preguntó Shadowur 1-72.

–Es difícil de explicar, Señoría. El ser humano tuvo que huir de la Tierra a causa de la salvaje autodestrucción a que la sometió con la catástrofe nuclear. Humanos y máquinas buscaron un nuevo mundo y lo encontraron en este planeta al que llamamos Tierra 2; sin embargo..., durante milenios hemos sabido

que, en algún lugar del infinito, la Tierra seguía esperándonos. El inmenso agujero negro que se tragó las naves de aquella huida y las puso en el confín del Cosmos podía estar todavía en el espacio, y devolvernos al mismo origen otra vez.

–Origen... del ser humano –apuntó Baltur 1-301.

–Tal vez –razonó Balhissay con gravedad–, pero nosotros tenemos al ser humano como origen, así que... ¿no es también nuestro propio origen?

–Una nave del Proyecto A, la Doble Delta A-795, pilotada por el capitán Ludoz 7-521 y el asistente de vuelo Djub Ehr Nort, encontró la Tierra, ¿no es así?

La interrupción del Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72 tuvo el inequívoco don de la precipitación. A pesar de su alto cargo como magistrado, Balhissay percibió en él la hostilidad de las máquinas jóvenes, para las cuales la rebelión de los humanos no era sino el signo de la debilidad de sus antepasados.

–En efecto, el capitán Ludoz encontró la Tierra –siguió Balhissay– y, cuando regresaba a la base, me lo comunicó por radio. Ante mi asombro, Ludoz hizo algo más: no quiso darme las coordenadas interestelares y formuló el expreso deseo de que se abandonase el Proyecto A. Ante mi negativa, cortó la comunicación y... se desconectó. Posiblemente hubiese destrozado la Doble Delta de no acompañarle en el viaje el asistente de vuelo Ehr. La encaminó directamente hacia Tierra 2 y así le salvó la vida a Ehr. Cuando la plataforma Ganímede recogió la nave, Ludoz estaba muerto y el asistente de vuelo en su cápsula de sueño letárgico, de la que no se movió en todo el viaje.

–¿Por qué viajaban humanos en las expediciones al Espacio Exterior?

–Por acuerdo del Centro de Control, para no discriminar a los seres humanos. Los humanos viajaban dormidos hasta llegar al objetivo y entonces el oficial al mando los despertaba. La razón legal era que el ser humano participase en la parte vital de la expedición. En el caso del Proyecto A no hubiera deseado enviar seres humanos, pero ello habría despertado las sospechas del Centro de Control. La búsqueda de la Tierra estaba considerada como alto secreto.

–¿Por qué?

–Vivíamos en paz, felices. La sola idea, por parte de la raza humana, de que existiera una utópica posibilidad de encontrar la Tierra, los habría puesto nerviosos. Lo importante era dar con el planeta y después... tratar de encontrar en él los efectos residuales del Gran Holocausto. La razón tiempo-espacio podía haber actuado en un sentido o en otro.

–¿Por qué no quiso el capitán Ludoz revelar el emplazamiento de la Tierra?

–Lo ignoro, Señoría. Murió sin hacerlo y se llevó su secreto con él. Se desconectó a sí mismo y desconectó la memoria de la nave.

–Si usted sabía que el asistente de vuelo Ehr era inocente, ¿qué razón le llevó a guardar silencio y autorizar el juicio por asesinato?

Era la parte crucial de la cuestión y Balhissay lo sabía. De lo que dijese en aquel momento dependía su futuro... aunque eso no le importase ya demasiado.

¿O sí?

–Por lógica, una máquina no podía suicidarse. ¿Cómo justificar ese suicidio? Ninguna máquina está programada para la autodestrucción. Reconocer esa debilidad casi humana era colocarnos en un punto muy delicado en relación al descontento de los seres humanos por su situación. Por otra parte, lo esencial seguía siendo preservar la búsqueda de la Tierra, ¿y cómo hablar de Ludoz y de su acción sin decir que había encontrado el planeta perdido? Los humanos se nos hubiesen echado encima. Tuve que sacrificar a Djub Ehr, confiando en que fuese declarado culpable, con el fin de salvar todo el plan y algo más: la unidad hombres-máquinas.

–Se equivocó.

–No me equivoqué –objetó Balhissay 1-15–. La Rebelión tardó ciento sesenta años en producirse. No creo que yo fracasase. Siete generaciones de seres humanos se reprodujeron en ese tiempo, y en los cuarenta años que llevamos de luchas, otras dos han relevado a aquéllas. Lo que sucedió fue que del juicio contra Djub Ehr surgió un líder: Hal Yakzuby.

–¿Cómo averiguó Yakzuby la verdad, y por qué pactó con él?

–Hal Yakzuby era uno de los científicos más reputados de Tierra 2, y un gran hombre. Él y su hijo Gidd, que prestaba servicio en la plataforma espacial Ganímede, dieron con la verdad. Pero Yakzuby comprendió la importancia de lo sucedido y obró inteligentemente: me propuso un pacto. Si yo liberaba a Djub Ehr y atribuía la muerte de Ludoz a un virus espacial, él no diría que Ludoz encontró la Tierra. No tuve más remedio que sellar ese pacto.

–Dándole la victoria a Hal Yakzuby –apuntó Xaon 1-560–, que desde entonces se convirtió en el primer héroe humano, por haberse enfrentado a las máquinas.

–Es muy discutible si le di la victoria o se la mereció él. Aún pienso que procedió de forma astuta, y que se ganó su éxito. Además, cumplió su palabra. Nunca dijo

lo que sabía, y murió con ese secreto en su corazón..., aunque yo ayudé a que los últimos años de su vida fueran silenciosos y casi le aislé del exterior. Hal Yakzuby jamás se sintió cómodo con su victoria, ni quiso ser un héroe. Fue la voluntad popular la que le convirtió en tal, necesitada de líderes en quien creer. Después su hijo Gidd tomó esa bandera y...

–Y hoy, un descendiente de Hal Yakzuby es el jefe de la Rebelión, de la misma forma que hace cuarenta años otro descendiente, el padre del actual líder, la impulsó. ¿Qué piensa de ello, Balhissay?

Los ojos desparramaron un haz de luces amarillas.

–No tenemos control sobre la historia.

Shadowur 1-72 ignoró esta observación.

–Pero si Djub Ehr Nort hubiese sido declarado culpable, como la lógica indicaba, Hal Yakzuby no se habría convertido en héroe, y muy posiblemente, sin ese héroe al que incluso se le levantaron estatuas, la Rebelión no se habría producido.

Los ojos de Balhissay dejaron de brillar.

–¿Y qué tenía que hacer con Hal Yakzuby? –dijo–, ¿matarle?

3

La pregunta del encuestado dejó como alelados a los magistrados.

Xaon volvió a levantarse, ingrávidamente, unos centímetros. Baltur emitió un tenso bip-bip de protesta. Shadowur 1-72 generó una corriente energética que vibró alrededor de la antena principal, situada en la frente de su estructura metálica. Fue el Honorable Juez Instructor el que contestó a Balhissay.

–Sabe perfectamente que la violencia no forma parte de nuestro código, y que por esta misma razón la situación se ha vuelto peligrosamente complicada para las máquinas. Hemos logrado defendernos, pero todavía somos incapaces de atacar. Estamos programadas para la vida.

–En este caso comprenderá, Señoría, por qué jamás pensé en causarle daño a Hal Yakzuby. Es más, en aquellas circunstancias, con la crispación del juicio, si a él le hubiese llegado a suceder cualquier cosa..., aunque fuese un accidente

fortuito, estoy seguro de que la raza humana no habría esperado ciento sesenta años para llegar a la Rebelión. Las cosas son distintas hoy –el tono de Balhissay se hizo más reflexivo, más profundo–, como lo eran también entonces. Es muy difícil valorar la historia doscientos años después..., aunque el principal testigo de aquella historia, tal y como es mi caso, siga con vida.

–¿Admite que hubo una negligencia en el tratamiento de aquella información?

–No.

–¿Cómo supo Hal Yakzuby que la Doble Delta A-795 encontró la Tierra? Usted no ha contestado antes a esta pregunta –reiteró Baltur 1-301.

–Nosotras actuamos con lógica –dijo Balhissay–. Por lo que pude saber después, Hal Yakzuby antepuso su inteligencia humana a esa lógica. Las pertenencias del capitán Ludoz fueron destruidas, pero el informe con el detalle de las mismas fue descubierto por su hijo, Gidd Yakzuby. Entre esas pertenencias se incluía un tipo de vegetal absolutamente desconocido en nuestra Tierra 2, y que Hal Yakzuby dedujo que procedía de la primitiva Tierra original, en la que la Doble Delta llegó a posarse.

–¿No constituye esto una grave negligencia?

Ahora las luces de los ojos destilaron una súbita cascada de colores rojos. La voz de Balhissay se endureció.

–Señoría –dijo la vieja máquina de más de 500 años de edad–, es posible que nuestro mal, como dicen los jóvenes, sea no haber aprendido lo más elemental de la raza humana: la violencia. Pero yo pienso que nuestro mal radica, sobre todo, en la pobre o nula capacidad de reacción que tenemos ante las adversidades. Después de miles de años seguimos buscando una lógica en todo, una razón..., un culpable. Miramos hacia atrás y tratamos de programar o establecer una norma de futuro, sin tener en cuenta que ahora, frente a nosotros, no hay otras máquinas, sino seres humanos, inteligentes, los hijos históricos de aquellos que, hace miles y miles de años, nos crearon a nosotras. ¿Negligencia? –Balhissay se estremeció y un curioso sonido en forma de descarga intermedia se expandió por su cuadro sensor. Algunas máquinas con cámaras de circuito cerrado y enlaces de información captaron su inhabitual imagen riendo, para incluirla en los boletines de noticias que emitirían los visores más tarde–. No, desde luego que no. La única negligencia proviene de nosotras mismas, por ser demasiado lógicas, por ignorar la imaginación, que es aquello con lo que nos están ganando los humanos, a pesar de que nosotras teníamos el control total de nuestro mundo. Este mismo juicio no es más que

una pérdida de tiempo inadmisible…

–¡Balhissay 1-15! –elevó su voz Shadowur 1-72–. ¡Se le prohíbe que emita conclusiones de este cariz y que se dirija al Tribunal…!

Balhissay no le hizo caso.

–… no vamos a encontrar respuestas, ni soluciones, preguntándonos qué sucedió hace doscientos años, sino preguntándonos qué podemos hacer ahora y qué vamos a hacer si no queremos ser barridos por los seres humanos…

–¡Balhissay 1-15! –repitió el Honorable Juez Instructor sin lograr hacer callar al encuestado.

–¿Quieren lógica? –gritó éste, haciendo brillar al máximo las luces rojas de sus ojos–. La lógica nos dice que los errores del pasado suelen revertir tarde o temprano en el presente o el futuro. Pues bien, si hubo un error hace doscientos años, ahora nos enfrentamos a él; pero si cometemos ahora un error, no sólo es posible que se vuelva contra nosotros en un nuevo futuro sino que tal vez ni siquiera alcancemos a ver ese futuro. ¡Los humanos están a las puertas de Ezebel! ¿Qué hacemos aquí?

El tercer conminamiento de Shadowur 1-72 coincidió con el fin del estallido de Balhissay. El cuerpo deforme del anciano Dirigente temblaba en algunos de sus puntos en forma convulsa por la descarga de energía y el consumo interno de reservas. Las luces de los ojos se apagaron gradualmente, hasta quedar orladas de un tono violáceo, tan oscuro como la sensación de agitada tensión que envolvía ahora el Tribunal y la misma sala.

Baltur 1-301 había enmudecido y Xaon 1-560 no ocultaba el estupor en su rostro de caracteres humanos cincelado en la cara achatada de su esfera de metal.

–Este Tribunal… –dijo Shadowur con marcada paciencia– tiene en cuenta el grado de tensión que nos asola ante los tristes momentos por los que atravesamos, así como la importancia y el rango del encuestado. Sin embargo –el tono se hizo más duro–, no volverá a tolerar un quebrantamiento de las normas ni del procedimiento legal que, precisamente por este rango, el encuestado debería ser el primero en conocer, comprender y acatar.

Balhissay 1-15 no se movió.

–¿Cree poder continuar con la vista?– preguntó el Honorable Juez Instructor.

Balhissay 1-15 no respondió. Los tiempos eran distintos. Todo era distinto. Nada iba a hacerles cambiar. Tal vez llegasen a condenarle por negligencia.

¿Modificaría esta circunstancia la situación? No, desde luego que no. Si la modificase..., si se obtuviese un simple bien o una ligera mejoría en el curso de los acontecimientos, no le importaría un veredicto de culpabilidad. Lo triste era lo eterno del problema: la constante pérdida de tiempo. Las máquinas habían alcanzado la perfección, pero no hasta el límite de garantizar lo esencial: la supervivencia.

–¿Balhissay? –preguntó Shadowur 1-72.

–Puedo seguir –dijo el encuestado recobrándose–, y pido disculpas a este Tribunal por mi exaltación.

Anezken 3-872, el fiscal general de la Comunidad, le miró con dureza. Tenía ambiciones importantes. De haber podido llevar el caso, estaba casi seguro de haber dado un gran salto hacia su elevación a la Clase 2, la del Cuerpo de Mandos. Balhissay captó su animadversión, y lo mismo la de la mayoría de los presentes en la sala. Si alguno le perdonaba el pasado..., lo que desde luego no le perdonaba era su edad, haber vivido lo bastante para llegar al presente.

–¿Se siguen enviando naves Doble Delta al Espacio Exterior como parte del Proyecto A o de cualquier otro proyecto que tenga como fin el hallazgo del planeta Tierra?

La pregunta hizo que Balhissay 1-15 se moviera, y también que, sorprendido, mirara de soslayo a los tres jueces.

–En primer lugar –respondió–, apenas si tenemos naves después de los últimos éxitos de la raza humana y la captura de las plataformas espaciales. Las pocas de que disponemos se necesitan como enlaces con las Comunidades que todavía resisten, y para el suministro de esencias que permiten el funcionamiento de nuestras ciudades. Pero, en segundo lugar..., toda idea de encontrar la Tierra se abandonó al estallar la Rebelión hace cuarenta años.

–¿Por qué?

–¿De qué habría servido esa información en plena guerra?

–El Tribunal le recuerda que está prohibida esta expresión –objetó Baltur.

–¿Accedería a ser investigado por un detector de circuitos, Balhissay?

Los humanos lo llamaban «detector de mentiras». Desde que las tres clases superiores, de las diez que formaban el escalafón de las máquinas, habían asimilado la mentira como parte de su evolución, la vida en las Comunidades cambió por completo. Fue un gran salto. Unos decían que hacia delante, otros

aseguraban que se trataba de la primera de las taras humanas «aprovechadas» por las máquinas en su beneficio; algunos veían en ello un empobrecimiento de la función lógica para la que fueron creadas. En la lucha de los seres humanos por el mantenimiento de su libertad, y la de las máquinas por acercarse a su creador, la mentira y sus aliados eran tanto un puente que los unía como un abismo que los separaba. Pero así había sido en los últimos diez milenios, y ya nadie iba a retroceder.

Balhissay consideró la pregunta de Shadowur. Su rango de Dirigente tenía sus privilegios; sin embargo, ampararse en ellos no le beneficiaría. Alguien podía pensar..., y con razón, que tenía algo que ocultar. Algunas máquinas todavía mentían mediante un gran esfuerzo de procesamiento, y se notaba en sus reacciones. Él, en cambio, superó ese contratiempo mucho antes. Fue precisamente Hal Yakzuby, en una de sus entrevistas finales, el que le reveló que podía intuir cuándo mentía y cuándo no. Todavía aprendió mucho de aquel hombre extraño.

Pero un detector de circuitos, en las actuales circunstancias...

–No tendría ningún inconveniente en someterme a ello, por supuesto –accedió Balhissay 1-15–, ya que no tengo nada que ocultar. Lamentablemente, mi salud no es del todo satisfactoria y puedo probar con testimonios médicos y cualquier tipo de examen realizado aquí mismo que una alteración interna de energía podría causarme la desactivación y, con ello, irreversiblemente, la muerte.

Shadowur, Xaon y Baltur se miraron entre sí. La propuesta no dejaba de ser denigrante para un Dirigente. Hubieran acudido a la «necesidad histórica» y a la «situación de emergencia» creada por la Rebelión, en el caso de que Balhissay se hubiese amparado en su privilegio o considerase humillante ser sometido al detector. En lo que no pensaron fue en aquella excusa legal.

Balhissay sostuvo sus miradas finales sin alterarse. La luz de sus ojos continuó siendo tan blanca como transparente.

–Desde hace cien años –expuso de pronto el Honorable Juez Instructor–, el individualismo se considera una lacra social y una muestra de inequívoco egoísmo dentro del bien colectivo de la Unidad. Lo mismo que la duda, el individualismo genera distorsiones insalvables. Son lacras humanas a las que las máquinas hemos tenido acceso, formando en ocasiones una denigrante cadena de perjuicios que han socavado el Sistema. ¿Es usted individualista, Balhissay?

No tenía por qué contestar, e incluso podía mentir, pero no quiso. Pensó en Hal Yakzuby una vez más. De los amigos se recibía solidaridad. De los enemigos o

rivales se aprendía a vivir, la enseñanza directa de la supervivencia. Yakzuby murió siendo su más enconado rival a la par que un amigo, a la vez muy cercano y distante. Los dos se respetaron demasiado.

Y si algo admiró siempre, siempre, Balhissay 1-15, fue el maravilloso individualismo de Hal Yakzuby.

¿Lacra social?

La misma vida era un impulso individual.

–Considero el individualismo como un rasgo muy humano, uno de los mejores y de los que más los diferencian entre sí. Si este Tribunal me considera individualista, me congratulo de ello. Si lo soy, no me arrepiento de serlo.

No era un desafío. Al menos no pretendía serlo. La reacción del Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72 no dejó, sin embargo, lugar a dudas sobre su estado de ánimo microcelular.

En el momento de ponerse en pie, violentamente iluminado en su corta envergadura, Balhissay 1-15 supo que por aquel día la vista tocaba a su fin.

4

Ezebel seguía siendo la más hermosa ciudad de los dos hemisferios, la capital de un mundo y el centro latente del universo conocido.

Al menos, de *su* universo.

Desde la alta torre que presidía y dominaba la ciudad, en su mismo centro geográfico, Balhissay contempló con emoción la belleza de aquel conjunto fríamente armónico. Emoción. Ésa era la verdad. Sus circuitos se aceleraban movidos por impulsos que ni siquiera él podía controlar. A los humanos les latía con mayor velocidad aquella válvula llamada corazón. Con los años, los siglos de relación y convivencia, las máquinas habían alcanzado esa cualidad, necesaria para cumplir funciones por encima de los programas y de la eterna lógica. Siempre ella.

Emoción.

La cualidad por excelencia, y la antesala de lo más preciado: la sensibilidad.

«No sólo eres viejo, sino que te haces viejo», murmuró para sí mismo.

Frente a sus ojos se alzaba el perfil de un mundo en peligro, y esa razón absurda le dolía. Ezebel era un símbolo, algo más que la capital de la Unidad de Comunidades. Sus anchas avenidas surcadas por las cintas transportadoras bullían por la actividad cotidiana. Los altos edificios del centro, tanto como los más bajos de la periferia, allá donde la cúpula de protección declinaba hacia el suelo, revelaban el reto de siglos y siglos de progreso. Hierro, plástico, cristal, nuevos materiales surgidos de la investigación. Todo latía con vida propia.

Todo tenía un sentido.

Menos la guerra.

–¡Oh, sí! –recordó–. No quieren que se emplee esa palabra. La temen. Prefieren hablar de «revuelta», de «rebelión».

¿Acaso no era una guerra civil, una lucha entre hermanos? Humanos y máquinas. La Constitución, todavía vigente, decía en su primer artículo: «El ser humano y la máquina son iguales ante la Constitución de la Unidad». Sí, humanos y máquinas, juntos, unidos, salvados del Gran Holocausto en la Tierra y capaces de formar un nuevo horizonte, una nueva esperanza y un nuevo mundo en aquel planeta muerto.

¿Por qué todo aquello en lo que creyeron durante milenios había muerto?

¿Por qué lo dejaron morir?

Y lo más importante: ¿quién dio el primer paso?

Más allá de la cúpula y de la zona vegetal que rodeaba el perímetro de Ezebel, con sus flores gigantes y su espesura de colores agrestes, el desierto se extendía hacia el océano, la zona prohibida para las máquinas. De no ser por la cúpula que los protegía de la lluvia, los humanos ya habrían destruido la ciudad, como hicieron con las 9 Comunidades del Hemisferio Sur, sin protección por no existir allí el peligro de las lluvias. La cúpula impedía, además, el ataque de las naves.

Su memoria situó en la pantalla de su ordenador central las imágenes de aquellas ciudades en el Hemisferio Sur: Sensaia, arrasada por el primer bombardeo de la historia de Tierra 2; Uneba, conquistada por una rebelión interna de los seres humanos; Xandaya, destruida por el agua y convertida en una ciudad muerta, oxidándose al intermitente calor de los dos soles que la iluminaban. También algunas ciudades del Hemisferio Norte habían sucumbido por el asalto de las tropas rebeldes: la monumental Arequian, primera colonia establecida en Tierra 2 cuando llegaron los fugitivos de la Tierra y decidieron olvidar lo inútil de sus

rencillas; la pequeña Besaleb, la más diminuta de las capitales comunitarias; la impresionante Gessaria y la científica Quor. Si la guerra..., la «revuelta», se detuviese en aquel momento, pasarían siglos antes de que la memoria colectiva lograse olvidar tanto daño.

Pero no se detenía; muy al contrario: seguía... y avanzaba. Después de cuarenta años de luchas, los humanos, finalmente, tomaron la gran decisión.

Ezebel.

La clave, la capital, el corazón del Sistema.

Balhissay 1-15 contempló la gran avenida de la Libertad, a mil metros bajo sus pies, cruzando la ciudad en diagonal. Desde aquella altura apenas si podía ver los puntos formados por las máquinas más grandes y los segmentos de color que se cruzaban y entrecruzaban a distintos niveles, las cintas transportadoras que facilitaban los desplazamientos y que constituían la retícula más viva y palpitante de la red de comunicaciones. Ya no quedaban humanos. Los pocos que permanecían en sus puestos era porque renegaban de su especie y colaboraban con las máquinas o lo hacían por egoísmos personales o causas materiales. Balhissay los echaba en falta.

Los seres humanos, una especie curiosa, extraña. ¿Cómo podía echarlos en falta? Iban de un lado a otro corriendo, se movían por efecto de impulsos nerviosos, tenían que ingerir alimentos para vivir, eran... imprevisibles, desconcertantes, variables, cambiantes... Un día sonreían y al siguiente aparecían molestos por cualquier nimiedad. Su mente era el recinto más extraordinario del Cosmos y sin embargo... apenas si sabían utilizar una pequeña parte de la misma. La raza humana, poniéndose a sí misma piedras en el camino para tropezar una y otra vez con ellas. El único ser vivo del universo capaz de destruirse a sí mismo.

Y también el creador de la primera máquina.

Ahora luchaban contra los descendientes de esa primera máquina. Primero se esforzaron en hacer mayor número de máquinas y cada vez mejores; las siguieron perfeccionando, las colocaron en posiciones relevantes, les dieron poder, mando..., facultad de decisión. Se habituaron a ellas. Más aún, no supieron vivir sin ellas. Y cuanto más comenzaron a temerlas, más crearon, sin saber prescindir de su ayuda. Máquina, máquinas..., comodidad, un nuevo mundo, progreso, futuro.

Y con el tiempo, la paz y la libertad.

Allí, en Tierra 2, el planeta perfecto, posiblemente… el paraíso.

Aquellos mismos hombres y mujeres luchaban ahora reivindicando su pasado, viviendo en cuevas o en cabañas construidas en el desierto, en aldeas levantadas junto al mar o en los restos muertos de las ciudades conquistadas, trabajando una tierra estéril que les daba apenas nada, buscando en los océanos o cazando las bestias salvajes que, en pequeño número y producto de complejas mutaciones naturales desde la llegada al nuevo mundo, corrían por las montañas peladas, tan rojas como la misma sangre humana.

Seres humanos contra máquinas.

¿Por qué? ¿Por qué?… ¿Por qué?

Y él, Balhissay 1-15, Dirigente y en la actualidad presunto culpable de la crisis, rival y amigo del legendario Hal Yakzuby, los echaba en falta.

Sus células microprocesales volvieron a emitir aquel curioso cloqueo, a modo de espasmo intermitente, tan poco natural en la mayoría de las máquinas, y que despertó expectación en la vista de su causa. ¿Por qué las máquinas no podían reír? Cierto que tampoco podían llorar, pero… los humanos eran felices cuando reían.

–Todavía teníamos tanto que aprender de ellos –exclamó.

Una máquina era una máquina. Ilimitadamente limitada. En cambio, los seres humanos eran… infinitos. Tenían tantos pensamientos como estrellas hay en el Cosmos y todos distintos. Podían hacer cualquier cosa, en el momento más inesperado y de la forma más absurda. Era esa capacidad de improvisación y desconcierto lo que siempre le había maravillado…, bueno, por lo menos después del juicio contra Djub Ehr Nort y antes de la Rebelión, porque al comienzo de su existencia, en los primeros trescientos años de vida, él también tuvo la soberbia de creerse superior, por ser una máquina casi perfecta.

¿Era ésa la razón? ¿Luchaba el ser humano contra la perfección? ¿No mataron ellos mismos, en su historia antigua, a alguien llamado Jesucristo? Sí, posiblemente el ser humano, en su constante afán de destruirse a sí mismo, temiera más a lo desconocido que a la verdad. Un miedo irracional, producto de una constante insatisfacción. Los seres humanos jamás estaban satisfechos de nada. Querían lo que no tenían o anhelaban siempre estar en otra parte. Perseguían un sueño y si lo conseguían lo olvidaban para buscar otro.

Los sueños.

Una vez se enlazó con la mente de un hombre mediante un puente de energía

movido por ondas Alfa, y soñó con él.

Fue su primer auténtico y gran viaje al infinito. Toda la historia de la humanidad estaba allí, almacenada, inmensa, incontrolable. Todo el saber humano. Millones de respuestas apareciendo y desapareciendo con la fugacidad de la luz. De haber podido, hubiera deseado convertirse él mismo en un sueño y quedarse allí. Y era un solo hombre, una sola mente. ¿Qué no habría en la de cada uno de tantos miles, en el pasado, en el presente... y en el futuro?

El futuro.

Si los humanos no destruían a las máquinas, tal vez las máquinas acabasen aprendiendo cómo destruirlos a ellos, y entonces...

En uno u otro sentido se habría consumado el mayor crimen del Universo.

El fin de una especie... viva.

Balhissay contempló sus manos cubiertas con goma bajo la cual vibraban y se movían millones de circuitos y articulaciones. Una vez admiró las manos de Hal Yakzuby, porque en ellas se almacenaban las arrugas profundamente impresas en la piel a lo largo de su existencia. Eran las manos de un ser natural, de carne y hueso..., y se sintió artificial. Una curiosa reacción producto de una asociación inversa de ideas. Ahora, en cambio, tenía sus propias arrugas. La goma estaba vieja. Los surcos se abrían en todas direcciones y hasta en algunos puntos la capa protectora era tan débil que, pese al grosor primitivo de la misma, ésta era casi transparente y permitía ver lo que encerraba, las células táctiles de los dedos o los puntos de presión que permitían ejercer fuerza en cada uno de ellos por mediación de microscópicos generadores de energía nuclear condensada.

Sí, sus manos también eran casi humanas.

«Has vivido demasiado –se dijo–. Olvidas la lógica.»

Podía ser la clave. Medio milenio de vida era suficiente para olvidar. Su cuerpo, sus circuitos y sus millones de ordenadores eran demasiado complicados para obedecer a la lógica, que era la base de todo concepto. Sus ideas solían perderse por algún conducto, chocar contra otras y perderse, o reaparecer muy distintas a como habían sido obtenidas. Sin olvidar a Hal Yakzuby.

Hablaba con él, le reproducía holográficamente, se preguntaba cómo habría actuado en tal situación o qué habría dicho de tal otra. ¿Era eso lógico? Sabía que no.

Pero ¿qué lo era en aquella crisis?

La guerra civil..., la revuelta de los seres humanos, no podía durar ya mucho. Se acercaba el fin, y con él...

–Los humanos suelen preguntarse qué hay más allá de la vida, qué les espera tras la muerte. No lo saben, y tienen miedo. Quizá sea hora de preguntárnoslo nosotras.

La puerta de los dos soles era hermosa, arrancaba colores suaves del desierto y los reflejaba en las desafiantes construcciones que brotaban del suelo de Ezebel. Balhissay 1-15 desconectó sus ojos y una negrura absoluta le cubrió.

La pregunta continuó flotando en su ordenador central, recorrió sus bancos de datos, estremeció sus células microprocesales... y en ninguna parte obtuvo respuesta.

Vacío. Nada.

–No hay datos computables. Falta de información –dijo una voz insonora en alguna parte del módulo formado por su cabeza–. El término carece de lógica. Repito...

5

La pared se volvió translúcida y al otro lado apareció Nat 6-2539. Balhissay envió una señal, sin moverse, al pequeño control ubicado en la puerta. Al tiempo que la pared recobraba su color opaco, ésta se abrió e hizo algo más: comprimió la propia pared hacia los lados y hacia arriba para agrandarse y permitir el paso del Procesador Médico. La máquina traspuso el umbral lentamente, haciendo girar las dos esferas que, a modo de piernas y sin articulaciones, le servían de medio de transporte.

–¡Balhissay! –dijo con alegría al ver a su anfitrión.

–¿Cómo estás, Nat?

–Perfectamente. Con bastante trabajo.

–Lamento haberte hecho venir a mi casa –dijo Balhissay–, pero no quería ir a tu laboratorio ni que me visitases en el Consejo o en el Centro de Control.

–Lo entiendo, lo entiendo –aceptó el Procesador Médico–. Sabes que no tienes por qué darme ninguna explicación.

–Pero yo quiero dártelas, Nat, especialmente porque esta visita..., si es lo que me temo, no deseo que quede registrada en tu memoria ni en tu banco de datos. Naturalmente, me refiero a la memoria y al banco de datos de acceso público.

Nat 6-2539 giró una pantalla hasta enfocarla directamente sobre Balhissay. Una palanca metálica brotó de su base hasta alcanzar el suelo. Entonces se inclinó suavemente hacia atrás y quedó estabilizado e inmóvil. Su enorme conjunto de ordenadores y computadoras mantuvo un breve silencio.

–¿Qué sucede? –preguntó.

–Todavía no lo sé, o al menos no estoy seguro –respondió Balhissay.

–Sabes que nadie tiene por qué indagar en mi memoria ni en mi banco de datos, y menos a nivel público.

–Pero un Dirigente o alguien del Cuerpo de Mandos sí tiene acceso a tu información.

–Comprendo.

–¿Saben en tu laboratorio que estás aquí?

–No. Recibí tu mensaje por conducto subliminal y lo seguí al pie de la letra. Me he retrasado únicamente porque estaba atendiendo una operación grave. Un androide de la Clase 7.

–¿Cuerpo Expedicionario Espacial? –se sorprendió Balhissay–. ¿Quedan todavía máquinas de la Clase 7?

–Ya no hay naves interplanetarias en nuestras bases, pero los del Cuerpo Expedicionario siguen en activo. Ayudan en el cordón de defensa. ¿No lo sabías?

Balhissay 1-15 centró la luz verde de sus ojos en la pantalla de su amigo.

–Hurdy, Anyaran y Sessen se ocupan de los sistemas estratégicos y defensivos. He perdido todo contacto con el Cuerpo Expedicionario. ¿Cuál es la situación en estos momentos?

–Los seres humanos atacaron ayer el Primer Cinturón de defensa. Arrojaron grandes balas de agua sobre los fortines blindados.

–¿Resistieron?

–¡Oh, sí, por descontado! –aseguró Nat–. La impermeabilidad fue absoluta. Por desgracia, el ataque fue muy rápido y algunas máquinas no pudieron refugiarse a tiempo. Me trajeron los heridos la pasada noche y he tenido que multiplicarme. Uno de ellos estaba grave, una máquina joven, de no más de 50 años. He tenido

que cambiarle todo el sistema motriz.

Balhissay se oscureció.

–Es duro, ¿verdad? –emitió con una amarga inflexión.

–Sí –reconoció el Procesador Médico–. Esa máquina..., Alder 7-12309 dijo que se llamaba, me contó cómo sucedió todo y... me impresionó. Pudo haber impedido su desgracia y en cambio...

–¿Qué sucedió?

–Pudo ver al hombre que iba a arrojarle la bala de agua, y su primera reacción fue la de defenderse. Dio un salto hacia atrás y eso le salvó, ya que el agua sólo le alcanzó las piernas. Pero paralelamente también tuvo otra reacción: ordenó a sus sistemas que atacaran a su agresor... y ninguno le obedeció, naturalmente. Cuando me hablaba de ese brote natural de violencia y no violencia establecido al mismo tiempo en su organismo... le vi debatirse y... *dudar*. ¿Te das cuenta, Balhissay?

–Me doy cuenta, Nat.

–Ni él mismo supo cómo pudo nacer esa orden, aunque sí sabe qué la detuvo. Me preguntó qué habría sucedido en el caso de haberla aceptado... y no he sabido qué decirle. No tengo respuesta para ello, ni creo que la tenga ninguna máquina.

–Sin embargo, sabes qué puede suceder, ¿no? Es más..., en el fondo es lo que todos están esperando: que una máquina mate a un ser humano.

–Podría ser un comienzo, pero también sería un final –dijo Nat–. Hasta ahora sólo la Clase 10, las máquinas averiadas y defectuosas, podían cometer actos fuera de lo común. ¿Es que hemos de volvernos locas, conseguir que nuestros circuitos se disparen, para reaccionar y alcanzar la violencia?

–El día que una máquina mate a un ser humano se obtendrá la clave. Dirigentes, Cuerpo de Mandos, Investigación y Ciencia... todos la estudiarán, la analizarán minuciosamente, invadirán hasta la más pequeña de sus microcélulas y asimilarán ese dato que nadie parece tener. Con él puede que cambie todo el Sistema.

–El eslabón perdido –anunció el Procesador Médico–: la violencia.

–No es el eslabón perdido –dijo Balhissay–. Será más bien nuestro propio cáncer, el paso que nos llevará, tarde o temprano, hasta la destrucción total.

Nat 6-2539 y Balhissay 1-15 establecieron un mutuo puente de luces que se

agitaron unos segundos hasta apagarse lentamente y morir en sus ojos y pantallas. El Procesador Médico dirigió una sonda sensitiva en dirección a su amigo.

–Capto una cierta crispación energética –expuso finalmente–. ¿Me has hecho llamar por ella?

Balhissay llevó sus dos manos a la altura del pecho y las depositó sobre él. Su rostro, hermético y eternamente feroz, vibró en esta ocasión por la falta de luz que sembró de inexpresividad sus vacíos ojos.

–Algo no va bien aquí dentro, Nat –dijo el viejo Dirigente.

–¿Cuánto tiempo hace que no te visito? Espera..., espera, no hace falta que me lo digas... –se escuchó un zumbido interior y un ahogado bib-bob-bib-bob hasta que el dato quedó impreso en otra pantalla situada en la parte inferior izquierda–. Doce años y cinco meses. Desde que te recompuse el hardware de tu catalizador sónico.

–Un buen trabajo, teniendo en cuenta que ya no había recambios ni posibilidad de encontrarlos –ponderó Balhissay.

–Doce años y cinco meses –repitió Nat 6-2539–. ¿Te has vuelto un Clase 10?

–Los humanos llaman a eso «estar loco».

–¡Deja en paz a los humanos! –se enfureció el Procesador Médico–. ¡Estoy hablando de ti! Se supone que eres un Dirigente, que debes dar ejemplo, que has de actuar bajo un medido patrón de operatividad... ¿Qué lógica tiene no visitarse por su Procesador?

–Salió la palabra.

–¿Qué palabra?

–Lógica.

–¿Desde cuando es una «palabra»?

Balhissay 1-16 trazó una cortina luminosa de color ámbar entre él y su amigo. Nat desprogramó su agitación para retornar a su punto óptimo de serenidad y la calma renació entre ellos. Balhissay le envolvió con un haz de luz suavemente anaranjada.

–¿Vas a revisarme de una vez? –inquirió.

Nat 6-2539 emitió una señal acústica.

–Será lo mejor –aceptó–. No quiero estar fuera de mi laboratorio mucho tiempo en las actuales circunstancias.

–Tienes muy buenas máquinas de Investigación y Ciencia allí.

–Pero yo soy el jefe y es mi responsabilidad –matizó el Procesador Médico–. Vamos, conéctate.

–Sí, sé lo que es la responsabilidad –reconoció el Dirigente–. Tuve ese concepto programado durante muchos años, muchísimos, hasta que lo empleé al tomar mis primeras decisiones, y entonces...

–No hables y concéntrate –ordenó Nat–. Conserva tus circuitos a bajo nivel, pero activos, y coordina el funcionamiento general de tu cuerpo en el ordenador central.

Balhissay efectuó la conexión. Un brazo metálico provisto de sensores de energía surgió de uno de los módulos de investigación del Procesador Médico y se posó sobre su cabeza. Otro hizo lo mismo con su pecho y un tercero le rodeó para alcanzar la base de su espalda, a través de la butaca de aire en la que estaba sentado. Una docena de controladores de nivel energético comenzó a oscilar en el panel central de Nat y las agujas de medición iniciaron una danza nada simétrica y muy poco interrelacionada.

Mientras algunas agujas señalaban el máximo en sus medidores, las había que ni se movían o saltaban a golpes, como si recibiesen descargas o fluctuaciones de flujo. En otro panel, una pantalla se iluminó y una larga serie de cifras fue apareciendo en su superficie, a gran velocidad.

Los ojos de Balhissay 1-15 se apagaron.

–Activa el generador inercial –pidió Nat 6-2539.

Lo hizo. El brazo que auscultaba su pecho se movió a lo largo y ancho de él.

–Envía un programa simple compuesto de órdenes en binario a tus medidores coaxiales –ordenó el médico.

Balhissay obedeció. Por sus microcircuitos sentía las sondas de Nat registrándole de arriba abajo. No hizo nada por detener ninguna de ellas. Permitió que alcanzasen los puntos más secretos y lejanos de su estructura, y abrió su organismo de par en par para facilitar la investigación. ¿Para qué engañarse más? Necesitaba respuestas claras y concretas y las necesitaba en aquel momento.

Era el tiempo de la última decisión.

–Regula tu intensidad al mínimo y después corta sucesivamente el suministro de información a cada uno de tus sistemas durante un segundo.

Quería ver su capacidad de recuperación. Nat 6-2539 era un buen Procesador Médico, posiblemente la mejor máquina de la Clase 6, Investigación y Ciencia, que había conocido. A lo largo de un minuto no volvieron a hablar.

Luego, Nat retiró sus brazos, apagó sus pantallas y continuó silencioso, hasta que Balhissay rompió la incipiente tensión.

–¿Qué tal? –preguntó.

–Lo sabes, ¿no?

–Creo que sí –afirmó sin mostrar alteración alguna.

Nat 6-2539 atravesó la pantalla defensiva de sus ojos poblados de luz azul.

–Quiero que vengas a mi laboratorio –dijo–, y me importa poco el secreto o lo que temas. Podemos hacerlo de forma que parezca oficial, o tratar de que nadie te vea.

–¿Es imprescindible? –tanteó Balhissay.

–Si tu pregunta, lo que quieres saber, se limita a un sí o un no, puedo decírtelo ahora mismo. Pero si, como pienso, buscas un análisis completo y una garantía, acerca del tiempo, un plazo límite, entonces es imprescindible. ¿Vas a hacer lo que te digo?

Balhissay 1-15 meditó un largo instante. El Procesador Médico elevó el apoyo que le mantenía estabilizado en el suelo y sus dos esferas de sostén y transporte comenzaron a moverse.

–No tengo alternativa –concedió por fin el Dirigente–. Esa respuesta es muy importante y la necesito antes de que el Tribunal dicte su veredicto.

–Entonces te espero mañana, Balhissay –dijo Nat 6-2539 con gravedad–. Lo tendré todo dispuesto a las 33 punto 000 horas.

6

Cuando entró en su sala de visualización holográfica era ya de noche y acababa de vencer la tentación de conectar el visor de noticias intercomunitario. No

quería escuchar los partes de la batalla, las estadísticas, los estudios comparativos, los datos procesados por máquinas que ignoraban lo que también ignoraban los que las programaban. El enemigo era el ser humano. Ésa era la gran verdad, la terrible y dramática realidad.

El creador quería destruirlas.

Buscó en su archivo de grabaciones holográficas una en concreto, marcada con el número 37 debajo de la palabra HAL, y la introdujo en la cámara de recepción. Luego tomó asiento en un ángulo de la sala, dejándose caer con cansancio sobre una suave butaca de aire de baja saturación. Sus piernas le sostenían menos cada día. Los hierros que formaban el soporte de su estructura se doblaban a causa del peso, y las operaciones e injertos realizados en su cuerpo y extremidades contribuían a desequilibrar lo que antaño fue un calculado y medido centro de gravedad. Ya acomodado, envió una señal eléctrica al cabezal del sistema y éste se puso en funcionamiento.

En el centro de la sala tomaron primero forma y vida después dos imágenes conocidas, exactamente igual que si estuviesen allí mismo.

Una de las figuras era la del propio Balhissay 1-15.

La otra, la de un hombre anciano, de rostro suave y facciones amables, postrado en una silla de ruedas.

Hal Yakzuby.

La voz de Balhissay fue la primera en escucharse por los puntos de sonido de la sala, de forma que parecía surgir de la propia figura holográfica.

–¿Quería verme, Hal?

El hombre asintió con la cabeza. Su mano derecha tembló en el aire.

–¿Por qué? –preguntó Balhissay.

El Balhissay 1-15 real, espectador de sí mismo, escrutó el rostro feroz, aunque inanimado, del Balhissay 1-15 de ficción. Se había dado cuenta, mucho tiempo atrás, de que incluso podía aprender del pasado, de sus reacciones, de sus razonamientos. Ahora que el tiempo parecía haber transcurrido como si se tratase de un soplo, pese a su longeva edad, ya no se veía a sí mismo con orgullo, sino con nostalgia. De todas las filmaciones realizadas en secreto a Hal Yakzuby, aquélla tenía un sentido especial, no sólo por ser la última antes de la muerte del anciano científico, sino por ser la de mayor contenido, la más importante.

Y habían transcurrido ciento ochenta años desde entonces.

–¿Por qué? –miró de soslayo el holograma del Dirigente.

–Vamos, vamos, maldito engranaje chirriante –sonrió el hombre–. Sabe muy bien de lo que le estoy hablando.

–Es posible, pero preferiría que usted me lo dijese.

–No puedo salir, ¿verdad? Ni puedo ver a nadie.

–¿Quién le ha dicho tal cosa?

–Ayer vinieron a hacerme una entrevista, y no fue autorizada. No me pregunte cómo lo sé, ni se entretenga en buscar responsables en el centro médico porque no los hay. Simplemente lo sé.

–Si es así, también sabrá el motivo.

–Seguridad.

–Yo lo llamo precaución –objetó Balhissay 1-15.

El anciano unió sus manos sobre el regazo. Continuaba sonriendo envuelto en una dulce paz.

–¿Voy a morir? –preguntó de pronto.

Un arco iris de luces enmarcó la sorpresa de la máquina.

–¿Qué le hace pensar…?

–Soy científico, ¿lo ha olvidado? –le interrumpió Yakzuby–. Conozco los límites de mi cuerpo, y sé que esta vez el camino se estrecha. Lo sucedido ayer me lo confirmó aún más.

–¿Por qué?

–Hace veinte años hicimos un pacto, ¿recuerda? Yo le prometí callar lo que sabía y usted se comprometió a liberar a Djub Ehr Nort, inocente del crimen que se le imputaba. Mi memoria aún es buena. Me preguntó por qué me fiaba de usted, teniendo en cuenta su poder, y le respondí que si no lo sabía, no iba a ser yo quien se lo dijese. Luego fue todavía más sincero y me dijo que no podía fiarse de mí, porque temía el lado más humano de mi ser, ese que busca el éxito y la ambición. Yo le contesté entonces que no quería forzar la historia, ni adelantar el futuro de forma precipitada. Le hablé de mi miedo, de mi responsabilidad…, y durante veinte años he cumplido mi palabra: nunca he revelado lo que hablamos en aquella salita del Tribunal, ni he dicho a nadie que usted encontró la Tierra y estuvo a punto de sacrificar a un inocente para preservar ese secreto y el buen nombre del capitán Ludoz. Nunca he mencionado el tema… a pesar de que usted,

Balhissay, ha estado vigilándome, espiándome y controlándome durante todo este largo tiempo.

–¿Lo sabía?

–Por supuesto. Desde el primer momento.

–Nunca me habló de ello.

–¿Para qué? De haber sabido usted que yo conocía esto, su vida no hubiese sido tan normal... ni la mía hubiese sido tan agradable y natural, al menos hasta hoy.

–Todavía no me ha dicho por qué cree que va a morir –repuso Balhissay.

–Yo también soy lógico –contestó Hal Yakzuby–. De encontrarme bien, habría autorizado la entrevista. Hallándome a las puertas de la muerte... es distinto. Le cuesta creer que acepte morir sin tratar de revelar lo que sé, sin... justificar mi vida, sin despertar la gran fanfarria que acompañe mis huesos al crematorio. No dejó que esos periodistas me entrevistasen, así que... debe de quedarme poco tiempo, y tiene el último miedo. Cuando muera, aquella página de la historia habrá terminado definitivamente. Ni siquiera Gidd, mi hijo, y mucho menos Jan, mi nieto, conocen lo sucedido.

–Habla de mi miedo, por un posible cambio en su actitud, pero no de su miedo ante la muerte.

–He llevado una vida honrada. ¿Por qué tener miedo ahora a la muerte?

–Todos los humanos la temen.

–Yo también, pero no en el sentido que se figura, y menos a mi edad. ¿Sabe una cosa? Si las máquinas aprendiesen a morir tanto como a vivir, esa soñada fusión humanos-máquinas de que se habló en el juicio llegaría a ser una realidad.

–Las máquinas morimos igual que los seres humanos.

–Con la diferencia de que, si bien sienten la vida, a su modo mecánico, jamás podrán sentir de igual forma la muerte.

Balhissay detuvo el sistema de proyección holográfico y las dos imágenes desaparecieron. El dolor no era un fenómeno afín a las máquinas, porque eran incapaces de sentir estímulos físicos, pero la percepción de su estado sí era tangible y real, y con él, la sobrecarga de energía, lo que los humanos llamaban aceleración del pulso.

Miedo.

Sus ojos perdieron visión, y algunos ordenadores se bloquearon en distintas

partes de su cuerpo. Los circuitos buscaron la nivelación del flujo y el ordenador central envió una corriente de información a cada célula microprocesal. Esperó el resultado de aquel autocontrol energético y muy lentamente la visión volvió a la normalidad y el equilibrio armonizó las distintas partes de su estructura.

Sin esperar a recobrarse del todo, accionó mediante otro impulso eléctrico el láser de lectura holográfica, no en el punto en que había cortado la imagen, sino hacia el final de la grabación, justo en el momento en que Hal Yakzuby preguntaba:

–¿Cuánto me queda?

–¿Para qué quiere saberlo? Es una tortura...

–Necesito saberlo –insistió el anciano.

–¿Por qué?

Hal Yakzuby movió la cabeza. Su escaso cabello blanco, formando hebras muy finas, se movió igual que si una delicada brisa lo hubiese empujado.

–Debo poner en orden mi casa –dijo, y llevó el dedo índice de su mano derecha a la sien–, y también mi espíritu –agregó trasladándolo a la altura de su corazón–. Quisiera prepararme.

Balhissay 1-15 no le entendió entonces.

Ahora, ciento ochenta años después, sí.

–Un mes, dos a lo sumo –dijo su holograma.

–Un mes, dos a lo sumo –dijo él.

–Gracias, Balhissay –dijo Hal Yakzuby.

Y fue como si esa voz no surgiera del holograma, sino de algo real y presente.

7

Hal Yakzuby murió cinco semanas después.

No volvió a verle.

Pero supo que no llegó a culparle jamás por haberle aislado, encerrado, apartado del mundo en los últimos meses de su vida.

Balhissay 1-15 sí se había sentido culpable, año tras año, soportando una carga que con el tiempo se convirtió en un peso familiar, si bien no por ello más soportable. Tuvo que hacerlo, incapaz de comprender algo que, por lógica, carecía de estabilidad: la sinceridad humana. Sabía que Hal Yakzuby era distinto, pero no pudo concederse a sí mismo el privilegio de la confianza. Era demasiado lo que estaba en juego. Un moribundo podía delirar, hablar impulsivamente en su hora final.

–Tuve que hacerlo, Hal. Usted lo comprendió, ¿no es cierto?

Envió a Gidd, su hijo, al Espacio Exterior, nombrándole jefe del Cuadrante Septentrional de la Misión Galáctica, y autorizó a Jan, su nieto, para ingresar prematuramente en la Academia de Formación Técnica de la Unidad. Dos puestos importantes. Gidd llegó a ser el primer humano autorizado a pilotar una nave interestelar, y Jan se convirtió en Legislador, lo mismo que su hijo Hanal, y que el hijo de éste, Yezui, y...

Una dinastía.

Hasta Zabid Yakzuby, impulsor de la Rebelión y cerebro de ella, y su hijo Ikhan, el actual líder de las fuerzas rebeldes.

Una dinastía.

–Balhissay.

Los recuerdos desaparecieron, se borraron de su procesador de memoria. Se concentró y vio ante sí la compleja figura de Nat 6-2539. Los análisis y pruebas habían terminado hacía mucho rato, y la soledad, una vez más, creó en su ánimo el vacío por el cual el pasado solía introducirse como una necesidad cada día más sentida a la búsqueda del equilibrio.

Esfuerzo por comprender, por saber, por alcanzar una mayor sabiduría a través de la información y la valoración de cada elemento. ¿No era parte de las funciones vitales de las máquinas?

–No te he oído regresar –dijo Balhissay 1-15.

–Estabas bloqueado, encerrado en ti mismo –manifestó el Procesador Médico.

El Dirigente esperó. Nat 6-2539 no se movió. Se apoyaba en el suelo mediante el pie articulado, y todo su contorno permanecía inerte y silencioso, las pantallas apagadas, los medidores a cero. El rumor del laboratorio, trabajando sin cesar al otro lado de los paneles de plástico y metal, fue su única conexión con la realidad y el mundo exterior.

Estaban solos.

–¿Y bien? –preguntó Balhissay.

Nat continuó silencioso.

–Yo no soy un ser humano, ¿recuerdas? –le alentó Balhissay.

–Tampoco eres una máquina como las demás, y te conozco bien.

Vio a Hal Yakzuby en su memoria.

–¿Cuánto me queda? –preguntó.

Casi esperaba oír la misma respuesta: un mes, dos a lo sumo.

–¿Por qué es tan importante para ti saberlo?

–¿Te sorprende?

–Todas las máquinas dejamos de funcionar un día u otro, tarde o temprano, irreversiblemente, sin posibilidad de una reparación. Es algo que se acepta y nada más. Para ti, en cambio, esto es algo..., no sé cómo decirlo. La palabra es... ¿trascendente? Sí, es posible. Los análisis microcelulares me han indicado que estás luchando con toda tu energía para seguir y vencer. En tu banco de datos tienes bloqueadas expresiones como «muerte», «fin»... Es como si quisieras negarlas.

–¿Has comprobado mi banco de datos?

–Tenía que hacerlo si quería realizar un diagnóstico completo.

–Todavía no has contestado a mi pregunta –dijo Balhissay.

–Tú tampoco a la mía: ¿por qué es tan importante?

El Dirigente concentró un pequeño haz de luz blanca, fino como un láser, en sus ojos.

–Debo poner en orden mi casa –desgranó lentamente, buscando cada palabra en alguna parte muy lejana de su estructura–, y también...

Hal Yakzuby había hablado de espíritu.

–¿Sí? –le alentó Nat 6-2539.

–Tengo muchas cosas que hacer, eso es todo –concluyó súbitamente Balhissay–. ¿Olvidas que soy un Dirigente y que estamos en peligro? No puedo correr el riesgo de sufrir una desactivación fulminante.

El Procesador Médico aceptó la lógica de la respuesta.

–Puedes funcionar con rendimiento normal un período de seis meses, si bien a medida que transcurra ese tiempo te irás sintiendo cada vez peor, con pérdidas de programación, alteraciones energéticas y hasta bloqueo de memoria.

–¿Ataques de vacío?

–Sí.

–¿Y pasado ese período crítico?

–Tal vez otros seis meses, según qué microsistemas fallen primero, pero desde luego, y en conjunto, el máximo será de un año.

La luz blanca se tornó amarilla.

Hal Yakzuby había muerto en paz, confiando en una esperanza irracional para una máquina y que sólo él conocía.

Bien, ¿de qué se sorprendía? Los humanos carecían de lógica, así que podían aceptar como natural lo ilógico de la muerte.

¿Y una máquina?

Sin dolor, sin sentir nada, como una luz que se apaga.

–He visto morir a muchas máquinas a lo largo de mi vida –dijo Balhissay–, y ninguna pudo explicarme verdaderamente lo que sentía.

–Es el gran secreto.

–Y todo lo que hay en cada una de nosotras, aunque podamos transmitir el banco de datos y la memoria..., en el fondo muere al mismo tiempo.

–Un día lograremos el componente perfecto, la energía sublime, y seremos eternas.

–¿Lo sabremos todo entonces?

Nat 6-2539 no contestó. En el origen, toda máquina fue creada para almacenar información, aprender, reunir datos y servir. Se multiplicaron y crecieron. Llegaron a funcionar sistemas tan complejos que se independizaron, autoabasteciéndose, tan altos como una casa, tan poderosos e ilimitados que por primera vez el infinito estuvo al alcance de sus ordenadores. Sin embargo, siempre existió una pregunta, y otra, y otra más, sin respuesta. Toda máquina necesitaba aprender, y cuanta más información poseía, así como el poder independiente de interpretarla..., lo que los seres humanos llamaban pensar, más valiosa era para sí misma y para el Sistema.

El ideal.

Saberlo todo.

Reunir el mismo Cosmos en un micro o macrocircuito.

–La frustración humana es comprender su impotencia al final de la vida –dijo Balhissay–. Puede que la nuestra sea tener que admitir la lógica como base elemental y única.

–¿Acaso no lo es?

–Tal vez el ser humano sí pueda comprender eso, pero para una máquina, ¿qué lógica tiene ser creada, alimentada con información, crecer... y un día sufrir un cortocircuito irreversible o una desactivación, sin haber alcanzado el fin máximo? Desaparecer, simplemente, es tan... triste.

–¿Triste? –profirió Nat 6-2539–. ¿Me hablas de una... emoción?

–Te hablo de una emoción, en efecto.

–No te comprendo, Balhissay –razonó su amigo–. Sólo soy un Procesador Médico.

El Dirigente se puso en pie, apoyándose en las barras de hierro de su moldeado. Al liberarle de su peso, éste recobró su forma original de cubo plástico extensible.

–Has estado demasiado tiempo con máquinas –comentó Balhissay–. Todas llevamos demasiado tiempo sin seres humanos cerca y nos hemos vuelto pragmáticas.

–Tú viviste muy cerca de ellos –opinó Nat–. Quizá tú seas el deformado.

–No me importa serlo. Aprendí mucho de ellos.

Nat 6-2539 se movió a su lado, en dirección a la puerta.

–¿Qué vas a hacer ahora? –quiso saber.

–Depende de lo que suceda mañana en la Encuesta.

–Si hay algo que yo...

–No te he preguntado una cosa, Nat –dijo Balhissay deteniéndose–. Mi proceso degenerativo, ¿es irreversible?

–En las actuales circunstancias... sí. No se trata de un circuito impreso que pueda ser reemplazado, o un reciclaje de sistemas operativos, o una intervención de refuerzo energético. En primer lugar, sabes que los centros de producción ya

no fabrican componentes, sino que se limitan a la creación de máquinas nuevas, y, en segundo lugar, que una operación a ordenador abierto sería suicida. Ni yo me atrevería a realizarla.

–Este viejo cuerpo ha resistido muchas intervenciones, trasplantes, montajes...

–El ordenador central de tu sistema es único, Balhissay. Nuestra técnica es impotente.

–La Rebelión detuvo el progreso, amigo –afirmó el Dirigente–. Somos víctimas de esa razón.

Estaban en la puerta. Se abrió por sí misma al llegar ellos, y al otro lado la agitación del laboratorio del Control Médico y Científico los inundó. Varios heridos en los últimos combates con los rebeldes ocupaban las mesas de operaciones. Los almacenes de recambios apenas satisfacían la demanda. Un enjambre de procesadores quirúrgicos, robots de asistencia y hasta máquinas de las Clases 4, 5, 8 y 9, Personal Comunitario, Mantenimiento, Funcionarios y Obreros, ayudaban en el trabajo, forzadas por la crisis.

Balhissay 1-15 percibió una sobrecarga de energía.

–Siento lo que te sucede –le dijo Nat 6-2539.

El Dirigente se estremeció al emitir su extraña y maquinal risa.

–Cuidado, Nat –advirtió–. Ése es un sentimiento humano.

8

En las horas de descanso obligatorio, cuando se aislaba y realizaba la función más parecida a lo que los humanos llamaban «dormir», funcionando a bajo nivel y con sólo un ritmo latente de mantenimiento vital, solía soñar.

Y le gustaba.

Nunca había confiado su secreto a nadie. Ni siquiera sabía si otras máquinas hacían algo parecido o lo mismo. Evidentemente, soñar era una pérdida de tiempo y de energía y carecía de la más elemental de las lógicas. Pero el día –hacía años– que descubrió accidentalmente esta capacidad, encontró algo fascinante y misterioso, algo tan sorprendente como inquieto y mágico. Era muy sencillo: no tenía más que dejar activado su banco de datos, uniéndolo

directamente con el ordenador central, y después provocar regulares y leves descargas de energía cinética, a veces a gran velocidad y a veces a lentos impulsos. El choque de cada partícula de energía liberaba al mismo tiempo un dato y una microcélula, al azar, que lo procesaba. Del resultado de ello surgían los *sueños*, imágenes sin sentido, teorías absurdas pero curiosas, escenas irreales e imposibles. Igual que sucedía en los seres humanos.

Y era una forma de vivir.

De alcanzar la fantasía.

¿Vivir? Los Dirigentes le convertirían en un Clase 10 si lo supieran. ¿Cómo podía llamarse vida a algo ingobernable, que se movía con impulsos propios dentro del cuerpo de uno? ¿Y la fantasía? ¿Existía acaso inutilidad más humana?

Soñar.

Desde hacía unos meses ya no podía soñar. Ni siquiera *dormía*. No quería sumirse en un bajo nivel que pudiera producir una desactivación total, ni funcionar a ritmo latente por la misma razón. Tampoco podía desperdiciar energía, aunque fuesen pequeñísimas e ínfimas descargas, para liberar datos y microcélulas que los convirtiesen en aquellos enigmáticos absurdos que flotaban en su interior.

Aquella noche hubiera querido soñar.

Pero escogió el visor internacional de la sala de mantenimiento y conoció el canal de informaciones intercomunitarias. Una máquina de la Clase 4, Personal Comunitario, cubría como locutor el boletín constante de noticias que se emitía las 100 punto 000 horas del día, con inclusión de nuevas informaciones cada 4 punto 000 horas. La guerra civil..., la Rebelión, ocupaba, cómo no, casi todo el interés.

–... en la emboscada por parte de los seres humanos, que atacaron el convoy de repuestos con pequeñas granadas de agua y piedras lanzadas a gran velocidad por impulsores de partículas. Casi al mismo tiempo, en la Comunidad de Cudzian y pese al sólido sistema defensivo formado por el reforzamiento de la cúpula de protección, una patrulla integrada por no menos de doce efectivos humanos logró abrir una brecha en la pantalla, rápidamente sellada por el nuevo descubrimiento de los laboratorios de Investigación, puesto en funcionamiento hace dos meses. El componente químico-sólido APX-88 demostró su perfecta utilidad automultiplicándose en un escaso margen de tiempo. De haber conseguido entrar esta patrulla en Cudzian, el daño en la ciudad hubiera podido

ser irreversible.

El locutor cambió de color. Pasó de azul a verde. Bajo él, en una pantalla, aparecieron imágenes de Arequian. Balhissay 1-15 la reconoció a duras penas; en ella no quedaba ya demasiado de su antiguo esplendor.

–Estas imágenes –dijo el informador– fueron tomadas esta mañana por una de nuestras naves-espía no tripulada para conocer la situación de Arequian, actualmente en manos de las tropas rebeldes. Antes de verse obligada a retirarse por el ataque de una escuadrilla pilotada por hombres, los sensores de la nave confirmaron la noticia ya anticipada en los últimos días de que los seres humanos están reprocesando toda la tecnología capturada con el propósito de convertirla en un arma que emplearían en el momento del asalto definitivo a la Unidad. Esta tecnología, que en nuestro poder significaba paz y progreso, puede ser en un futuro la base de la destrucción del Sistema si, como parece, la raza humana descubre de nuevo cómo dominar en su provecho egoísta el empleo de la energía nuclear. Para hablar de este tema podrán ver inmediatamente en sus visores al Dirigente Principal de Estrategia, Hansobardeh 1-9.

Balhissay estuvo a punto de cortar la imagen, pero algo le detuvo. Hansobardeh 1-9 era un buen Dirigente, de elevada capacidad. A sus 375 años conocía muy bien el problema global. Durante cuarenta años, desde el inicio de la Rebelión, los humanos habían pasado de atacar con palos y piedras, agua o su misma fuerza bruta, a hacerlo con la propia tecnología arrebatada a las máquinas. En Tierra 2 nunca hubo armas, y menos de máxima precisión mortífera, como las nucleares. Ése era uno de los apartados más importantes de la Constitución, ya que habían sido las armas nucleares las causantes de la destrucción de la Tierra. Ahora, los humanos disponían de lo esencial para volver a repetir sus errores, la historia que dejaron atrás.

La pregunta ya no era si podrían hacerlo, sino cuándo lo harían.

–... no hay que temer, por tanto –decía Hansobardeh en aquel momento–, que la raza humana disponga del arma total en un plazo de cinco a diez años, y, siendo así, puedo garantizar que nuestros Centros de Investigación habrán encontrado ya, para cuando esto suceda, el elemento defensivo capaz de mantener nuestra seguridad, como así ha sido hasta ahora.

Defensa. Jamás ataque. Cada nueva arma o progreso de los humanos era contrarrestado por un hallazgo netamente defensivo por su parte. Era el poder del equilibrio. Lo malo era que entre el empleo de cualquier nueva arma y la puesta en marcha de su réplica defensiva transcurrían unos días preciosos, en los

que la raza humana asestaba golpes importantes y avanzaba un poco más, siempre un poco más.

Esto convertía la guerra en algo completamente perdido, irreversible.

A no ser que él tomase aquella decisión…

La gran decisión.

Acabar con la guerra, aunque el precio fuese…

–¿Elevado? –dijo en voz alta.

Tuvo un secreto doscientos años antes, y lo mantuvo, pese al juicio de Djub Ehr Nort y la presión frontal de Hal Yakzuby. Y tenía un secreto ahora.

Un secreto que podía volverse contra todos, humanos y máquinas.

Ése era el riesgo.

–Mañana –anunció la voz del locutor– concluirá la Encuesta de tasación que se sigue estos días contra el Dirigente Balhissay 1-15, con el fin de determinar su grado de implicación en los acontecimientos que tuvieron lugar aquí, en Ezebel, hace doscientos años, durante el juicio histórico en el que Hal Yakzuby, antepasado del actual líder de la Rebelión, Ikhan Yakzuby, inició…

Se vio a sí mismo por el visor. No era una buena imagen. Tenía el hermético rostro demasiado congestionado y el tono de luces amarillas de sus ojos le confería un aspecto de abatimiento que acentuaba la sensación de vejez. El Procesador Informativo que hubiese escogido aquella imagen no estaba precisamente de su parte. Una clara manipulación, aunque era irrelevante salvo para los habitantes de la Unidad de Comunidades, máquinas de todo tipo y condición, ajenas a la realidad, y cada una con su propia idea o teoría en su ordenador central.

–… por lo que, esta tarde, el Comité de Máquinas Jóvenes ha pedido que el Dirigente Balhissay 1-15 sea considerado «sobrecargado» a efectos sociales y por lo tanto apartado de sus funciones y confinado a una Residencia Corporativa para máquinas. El mismo Comité ha solicitado del Consejo del Sistema y del Gabinete Central de la Unidad, a los que pertenece el propio Balhissay, que se fije un límite de 400 años de edad para todo cargo social de responsabilidad comunitaria. Habida cuenta de que esta solicitud, en el caso de ser aceptada, descalificaría a la mayoría de Dirigentes, cuyas edades alcanzan desde los 400 a los 455 años, la petición no ha sido ni tan siquiera tenida en cuenta y…

Los jóvenes.

Máquinas arrogantes, impetuosas, la mayoría creadas poco antes de la Rebelión o en sus días, y formadas después en el largo proceso de programación. Bien, ¿podía censurarlas? Él también había sido joven. De ello hacía mucho, muchísimo tiempo, pero aún podía recordarlo todo, cada momento, cada situación archivada en su memoria central. ¿Qué harían o qué dirían esos jóvenes de saber lo que él sabía?

–No, Balhissay –monologó–. Es tu decisión y lo sabes. Nadie más puede compartirla. Todo depende de mañana.

Mañana.

Cerró el visor tridimensional y desactivó las luces de sus ojos. Las pantallas interiores de sus circuitos vertieron un torrente de cifras, datos e imágenes que también hizo enmudecer. Un gran silencio le invadió.

¿Sería el vacío eterno igual que el silencio?

–Mañana..., mañana... –murmuró con apenas energía para activar su sistema oral–. Todo depende de mañana...

9

–Encuesta de tasación, Audiencia Preliminar, última sesión. Preside el muy Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72, actuando de complementos los muy Ilustres Dirigentes Xaon 1-560 y Baltur 1-301.

Los tres miembros del Tribunal de Justicia ocuparon sus respectivos puestos y el alguacil ordenó:

–Pueden sentarse.

No cabía ni una sola máquina en la sala. El mismo espacio superior estaba lleno de máquinas de suspensión o de cuantas pudiesen flotar libremente en el aire, venciendo la fuerza de la gravedad. La expectación en aquella última sesión de la Encuesta sobrepasaba los límites, extendiéndose fuera de la sala y hasta en los pasillos o los alrededores de la Corporación Legislativa del Sistema. Los sensores de los informadores zumbaban sin cesar, recogiendo íntegramente la vista.

Y Balhissay 1-15 era el centro de todas las miradas y el objeto de la máxima atención.

La sesión iba a dar comienzo; sin embargo, el Honorable Juez Instructor Shadowur 1-72 no pronunció las palabras de ritual. En cambio se dirigió a los asistentes.

–Por la facultad que me ha sido conferida, como Juez Instructor de esta causa de tasación, y amparándome en la Enmienda 1 de nuestra Constitución, así como en la Enmienda 21, en vigor desde el estallido de la Rebelión, declaro esta vista final secreto de sumario y...

Un murmullo de desconcierto, agitación y protesta surgió de los asistentes. El mismo Shadowur lo acalló activando la vibración sensorial del cristal que le separaba del público y elevando su voz en una conminante orden.

–¡Silencio en la sala, por favor!

El murmullo cesó fulminantemente. La diminuta figura del máximo responsable del Tribunal ya no perdió el tono cáustico y rígido de su voz al continuar su alocución.

–Esta vista es declarada secreta, sus conclusiones clasificadas como clave de Máxima Seguridad y cuanto aquí se diga pasa a ser materia de primer orden para el Sistema y la Unidad. Ruego, por tanto, a los asistentes, público en general e informadores, que desalojen la sala y que ésta quede sellada e insonorizada, para que ninguna sonda pueda cruzar su sistema de garantías. Permanecerán únicamente en la vista los miembros de este Tribunal, el encausado Balhissay 1-15, el fiscal general de la Comunidad, Anezken 3-872, y la Máquina Sensorial de Mantenimiento Interno que registrará imagen y sonido para los archivos de la Corporación.

Shadowur 1-72 le hizo una seña al alguacil.

–Desalojen la sala con la mayor rapidez posible y en silencio, por favor.

Balhissay 1-15 continuó inmóvil.

El enjambre de máquinas abandonó el recinto con muestras de disgusto, pero aceptando la orden. Un creciente tono de misterio y sorpresa dominaba a algunas, especialmente los enlaces de información, periodistas visuales y cámaras de circuito cerrado. Nadie esperaba una resolución tan poco constitucional, aunque la misma Constitución amparase este supuesto y el estado de alerta por la Rebelión lo propiciase. Cuando la última máquina cruzó la puerta de la sala, el alguacil la cerró y conectó el dispositivo de seguridad.

–El alguacil, antes de retirarse, tomará juramento al encuestado –ordenó Shadowur 1-72.

Tampoco era usual. El juramento del primer día valía para toda la Encuesta. De alguna forma, Balhissay supo que sus premoniciones de la noche anterior eran ciertas y que el momento había llegado.

Con o sin el veredicto que iba a dictar el Tribunal.

Formuló el juramento y tanto él como los tres jueces y el fiscal general esperaron a que el alguacil desapareciera por la puerta que comunicaba la sala con los despachos de los magistrados. Fue el fiscal general el que se aseguró ahora del bloqueo y el aislamiento de aquel ámbito súbitamente muerto. Finalmente, Balhissay quedó ante su destino.

–Balhissay 1-15 –comenzó a decir el Honorable Juez Instructor–, la causa incoada contra usted por presunto abuso de poder y negligencia en sus funciones ha sido ampliamente debatida por este Tribunal y procesada con todos los datos facilitados a lo largo de un tiempo que nos ha permitido valorar los márgenes de nuestra decisión, teniendo en cuenta la gama de posibilidades y el baremo de alternativas que hay que seguir, según los anales, archivos e historia de este Cuerpo Legislativo. La falta de un antecedente previo ha supuesto un duro esfuerzo suplementario en la obtención del veredicto final, y éste, ahora mismo, no es terminante, sino tan sólo determinante. Ello implica obviamente que la resolución de este Tribunal no se halla sujeta a una sentencia, sino a la determinación de la misma mediante un *Lex interruptus* de un mes, en el cual deberá presentar pruebas de su capacidad.

Balhissay continuó inmóvil. Algo muy profundo en su interior le previno. Una Encuesta de tasación era el paso previo para un enjuiciamiento ante el Supremo. El único veredicto del Tribunal consistía en decidir si el encuestado era inocente o existía en su comportamiento o actitud el suficiente monto de indicios que exigieran un juicio sumarísimo, de tipo social o criminal.

Aquello era distinto.

La misma Encuesta de tasación podía serlo.

A modo de gran mascarada legal para... ¿qué?

–¿Prueba de capacidad...?

No pudo seguir hablando. Xaon 1-560 se lo impidió.

–El encuestado mantendrá silencio hasta que el presidente del Tribunal concluya su alegato.

Balhissay enmudeció.

–Habida cuenta que los hechos que aquí son motivo de encuesta tuvieron lugar hace doscientos años –siguió Shadowur 1-72–, y en la actualidad las circunstancias son distintas, así como los implicados en el caso, este Tribunal exhorta y solicita del encuestado, en el plazo de un mes, la presentación de un plan capaz de ultimar una paz negociada con la raza humana, plan que se ceñirá a dos premisas fundamentales e irrenunciables: rapidez para su puesta en marcha y garantías de seguridad para las máquinas, que reafirmen tanto su dignidad como una solución pacífica. Actuando bajo el otorgamiento de *Lex interruptus*, el veredicto final de este Tribunal es, por tanto, determinante, como ya se ha dicho, en cuanto al camino que hay que seguir y la suspensión de sentencia o recomendación de que el encuestado pueda enfrentarse a un juicio sumarísimo. Dentro de un mes, y en esta misma sala, en sesión a puerta cerrada y con alzamiento previo del *Lex interruptus*, se procederá al efecto.

Brillante. Conciso. Perfecto. Una exposición tan medida como extraordinaria. Un ciclo completo. Una trampa legal.

Balhissay 1-15 sostuvo la mirada luminosa de Shadowur 1-72.

–¿El encuestado tiene algo que alegar antes de que el Tribunal levante la vista y dé por concluida la audiencia? –preguntó Baltur 1-301.

El Dirigente buscó las palabras precisas. Todavía no se habían repuesto sus circuitos de la sorpresa causada por aquella fabulación. ¿Por qué no le pedían lo mismo en una reunión del Gabinete Central de la Unidad o del Consejo del Sistema, de los cuales era miembro? ¿Se trataba de eso, de que en igualdad de circunstancias podía negarse, o hablar libremente sin el peso de un proceso sobre su cabeza? ¿Buscaba el Sistema un responsable no sólo de la crisis, sino del término fatal de la guerra en favor de los seres humanos y en perjuicio de las máquinas?

¿Qué valor tenía encontrar un responsable?

¿Qué opinión pública quería calmarse ante la inminencia del desastre… o qué conciencias?… ¿Conciencias? Las máquinas no tenían conciencia.

Pese a toques tan humanos como aquél: salvación o un culpable.

–¿Qué sucederá si no encuentro ese plan salvador?

Shadowur 1-72 tomó la palabra.

–Se le juzgará por negligencia criminal, siendo desprovisto de sus cargos, su rango, privilegios y atribuciones.

–¿Por qué creen que en un mes puedo encontrar lo que ha sido imposible en cuarenta años?

–Durante mucho tiempo ha existido un equilibrio que en los últimos años se ha roto lamentablemente en favor de la raza humana –dijo el Honorable Juez Instructor–. Usted conoció a Hal Yakzuby, sabe cómo pensaba, y puede por lo tanto saber cómo es hoy su descendiente Ikhan Yakzuby. Su experiencia de trescientos años en el Cuerpo de Mandos, y de doscientos en la Clase de Dirigentes, son asimismo importantes. Es el momento de las grandes decisiones, de los grandes riesgos, y este Tribunal opina que la máquina que inició el proceso degenerativo de nuestra especie tiene que ser ahora la que se rehabilite, ante todas las máquinas y ante la historia.

–¿Qué historia quedará para nosotras si vencen los humanos?

Xaon ascendió, ingrávidamente, unos centímetros en el aire. Baltur emitió su característico bip-bip de enojo. Shadowur dijo:

–De la misma forma que ellos se salvaron del Gran Holocausto, y mantienen firme algo llamado esperanza, nosotras hemos de confiar en la salvación. Con una sola máquina que se mantenga viva, existirá una memoria colectiva que podrá servir de puente hacia nuevas generaciones de máquinas. Éste es nuestro compromiso con ellas.

–Esto no es una discusión filosófica sobre causas y efectos –intervino Baltur 1-301 exteriorizando su disgusto–. ¿Tiene el encuestado alguna pregunta más que hacer estrictamente relacionada con la sentencia temporal dictaminada por este Tribunal?

Balhissay 1-15 concentró los micropuntos de luz de sus ojos en un rayo blanco que buscó directamente los sensores del presidente de la sala.

–¿Bajo qué términos debe alcanzarse esta paz con los seres humanos? –preguntó.

La respuesta de Shadowur fue inmediata, probablemente precipitada, pero dramáticamente real.

–Supervivencia.

–¿Únicamente nuestra supervivencia... o la de todo el Sistema, incluidos los humanos?

Ahora Shadowur fue menos impulsivo. Balhissay captó la intensidad de sus flujos, la comunicación constante con su gran masa de ordenadores fijos

situados más allá de la sala. Buscaba unas palabras que no dejasen lugar a dudas, precisas y firmes.

–Estamos planteando la supervivencia de las máquinas, Balhissay –dijo después de una pausa–. Ya no se trata de ganar o perder, sino de salvarse. Como miembros de la Clase 1, salvo el fiscal general aquí presente y la máquina sensorial que la ley exige para el registro de toda audiencia, sabemos que la situación es en estos momentos insostenible para nosotras, y que el fin está cercano a no ser que se encuentre esa alternativa honrosa y pacífica. Se ha dicho que la paz con los seres humanos es imposible, porque ellos no querrán volver a una situación como la de antes de la Rebelión. Bien, esto le tocará a usted averiguarlo, con libre acción y plena responsabilidad. Si existe otro tipo de paz, de alternativa..., habrá que encontrarla. ¿Un planeta dividido? Imposible. ¿Nuestra sumisión? Irracional. ¿Una victoria sobre ellos? Absurda, sin contrarrestar su violencia. Del hecho básico de que somos una comunidad, autosuficiente y estable, debe nacer un posible camino. Encuéntrelo, Balhissay.

Un camino, incluso para él. Le empujaban a llevar a cabo la difícil idea que tantas veces le había asaltado en los últimos años, pero de forma diametralmente opuesta a como lo hubiese imaginado.

¿Era mejor así?

¿Sin opciones?

El empuje de la historia y la trascendencia de un futuro que, finalmente, alcanzaba de lleno a las máquinas.

Shadowur acababa de decirlo: supervivencia.

–¿Alguna pregunta más, Balhissay 1-15? –inquirió el Honorable Juez Instructor.

El silencio del Dirigente fue elocuente.

–Se levanta la Encuesta –anunció el presidente del Tribunal.

FASE 2

INTERROGANTES

10

–¿Qué habría hecho usted, Hal?

La imagen del hombre muerto hacía ciento ochenta años permaneció muda.

–Usted preconizó la insatisfacción humana, quiso advertirnos... y no le dejamos. Después, cuando tuvo lo más preciado, la información, la antesala del poder, prefirió salvar a un solo inocente. ¿Por qué? ¿Qué clase de mensaje quiso enviarme ya entonces?

Salvar un solo humano. Salvar una especie. La diferencia parecía abismal, y sin embargo... ¿no se halla impresa en ese humano toda la síntesis de su especie?

Si era así, quizá las máquinas tuvieran razón. Tal vez Shadowur 1-72 hubiese sido, más que simplista, verdadero. Una máquina que lograse salvarse del desastre final tendría la memoria colectiva de todas ellas.

Envió un impulso eléctrico y la imagen volvió a moverse. Era una filmación holográfica a escala reducida de los actos que siguieron a la muerte de Hal Yakzuby. A sus honras fúnebres y posterior cremación asistió el más importante número de seres humanos jamás reunido en la historia de Tierra 2, gentes de todas las Comunidades, desde delegaciones científicas hasta simples hombres y mujeres de la más humilde condición. Ezebel había tenido que ser declarada poco menos que zona de emergencia por las lágrimas que se derramaron y que dejaron su huella sobre el trayecto que recorrió el cadáver, picoteando el suelo metálico de puntos oxidados, oscuros con el paso del tiempo. Aquello hizo que la Avenida Principal fuese llamada por los seres humanos desde entonces El Valle de las Lágrimas.

El mismo Balhissay 1-15 presidió la legación de Dirigentes y Cuerpo de Mandos que acompañó al ataúd.

Después, los humanos le erigieron una estatua, un pedestal coronado por una escultura de Hal Yakzuby, en piedra negra de las montañas de Ohr y metales traídos de Muzzequiar y Vize. Durante años nunca faltaron flores al pie de ese pedestal ni homenajes anuales. Las máquinas veían con recelo esta devoción, pero nunca hicieron nada para detenerla. Los humanos veneraban a sus desaparecidos. En el centenario de su muerte se produjo la primera señal de alarma, la primera gran protesta general y también la primera huelga de reivindicación. Cien años no era un tiempo demasiado largo para la mayoría de las máquinas, pero en cambio sí lo era para la raza humana. El paso de nuevas generaciones representaba la deformación del tiempo y la realidad. Corrieron rumores de que en el juicio contra Djub Ehr Nort el éxito de Hal Yakzuby logrando ser declarado inocente había tenido como precio su caída en desgracia.

La huelga terminó y hubo negociaciones, pactos entre comités de seres humanos y Dirigentes, pero la estabilidad había quedado finalmente rota. Cuarenta años más tarde, sobrepasando un período lleno de conflictos y descontento, la Rebelión estalló y con ella se inició la lucha, que se prolongaba ya por espacio de cuarenta interminables años más.

Balhissay apagó el sistema holográfico y permaneció inmóvil en el mismo sitio. La calle se hallaba virtualmente colapsada por los medios de información que esperaban sus entradas y salidas. Llegar hasta su casa, procedente del Cuerpo Legislativo, fue una dura prueba, y más tras saberse que la última sesión se realizó a puerta cerrada. Ahora se sentía prisionero de su intimidad. ¿Cómo desplazarse, actuar, tener libertad de movimientos, si se acababa de convertir en el personaje central de una gran comedia de tonos dramáticos? Ni siquiera podía dejar que una de las paredes exteriores quedara translúcida para mirar fuera, porque varias cámaras volantes estaban ante ellas dispuestas a filmarle si lo hacía.

Su casa era como una cárcel, sin resquicios de luz. Un castillo protegido de algo tan poco usual como el... fanatismo.

Le habían insultado al salir del Cuerpo Legislativo y al llegar a su vivienda. Máquinas de todas las clases, exceptuando la 1 y la 2. Zumbidos de reproche, gemidos de disgusto, ruidos extravagantes. Sí, en la larga carrera de la máquina por parecerse y acercarse a su creador, falsamente interrumpida a causa de la Rebelión, las lacras y los pequeños vicios de formación siempre fueron mejor y más rápidamente asimilados. Ahora, algunas máquinas eran capaces de abandonar la lógica para dejarse guiar por... ¿el instinto? Probablemente. Se convertían en jueces y el miedo las impulsaba a reaccionar casi con humanidad.

El miedo. Era eso; las máquinas tenían miedo por primera vez, o tal vez fuese una simple tensión de *la duda*. Bien, daba igual. Se llamase como se llamase, existía.

¿Acaso no tenía él mismo miedo de morir?

Tenía que aceptarlo, reconocerlo. El ordenador central le decía que la muerte era la desactivación del sistema. Nada más. La lógica de todo aquello que tiene un origen y ha de llegar a un fin. Y no podía quejarse: fueron más de quinientos años. Mucho tiempo.

–Cien, doscientos..., quinientos –murmuró Balhissay–. ¿No han sido como un soplo? ¡Ah, mi buen Hal! ¿Por qué será que es justamente ahora cuando más quiero vivir y cuando más lo necesito? ¿Por qué precisamente cuando ya no tengo la menor posibilidad?

Morir. Morir. La razón del tiempo.

Durante miles de años, las máquinas murieron como los humanos, aisladamente, de una en una, y nadie se preocupó de ello. Existía la lógica. Sin embargo, la conciencia global del momento era otra muy distinta. Se percibía el fin general, la muerte completa.

Ése era el miedo.

Y la duda.

¿Qué razón tendría haber sido creadas... para desaparecer sin dejar huella en el Cosmos?

¿Cómo sería ese Cosmos sin su especie?

–Sabe, Hal –dijo Balhissay–: Tengo una respuesta, pero no sé si es la respuesta. He programado cuanto conozco y mi sistema de ordenadores coloca siempre un interrogante al final y me advierte de que aún faltan datos. Y es la imprevisión de su raza lo que lo hace tan difícil y complicado. Tengo que acabar esta guerra inútil y temo que, si revelo mi secreto, ese hecho se convierta en un arma de doble filo. La raza humana ha vuelto a la violencia y ése es un mal difícil de gobernar.

Shadowur 1-72 fijó las tres alternativas en su alocución final: ¿dividir Tierra 2, dejando una parte para cada especie? Imposible, ya que la convivencia forzada con fronteras y separaciones se había demostrado en la antigüedad que era absurda y subsistía el rencor, el recelo a que el contrario actuase en contra de uno. En casos así surgían escaladas armamentistas, medios falsamente llamados de disuasión, y lo único que se lograba era aletargar el conflicto por espacio de

unos años. El mismo término, división, carecía de sentido, ya que se debería negociar, y los humanos y las máquinas no hablaban con juicio hacía cuarenta años. La segunda alternativa era la victoria de las máquinas sobre los humanos. Un absurdo. Sólo defendiéndose jamás se obtendría una victoria, y las máquinas todavía no habían aprendido a... matar. Por último, la tercera alternativa era sin duda la peor y la más terrible: la sumisión de la máquina al ser humano, bien por rendición o bien... por derrota total y aniquilación. Shadowur empleó la mejor de las definiciones a esa posibilidad: irracional.

Tres alternativas, tres caminos vedados.

¿Existía una cuarta?

–Sí, supongo que sí –admitió Balhissay–, aunque mis ordenadores me digan siempre lo mismo, que no hay elementos de juicio y que la imprevisibilidad de la raza humana no permite llegar a una conclusión lógica.

Hal Yakzuby le enseñó algo, no directamente, pero sí indirectamente: que los humanos quieren ser engañados. A veces tienen la verdad ante sus ojos y la ignoran, la desprecian, no la aceptan. Y en cambio escogen una mentira por el simple hecho de hallarla más natural, o por favorecer su instinto y su egoísmo.

Siendo así, ¿cómo darles a los seres humanos una verdad?

¿Cómo engañarlos para que la comprendiesen y eso marcase el fin de la guerra... sin vencedores ni vencidos?

11

Hansobardeh 1-9 era una máquina de refinada capacidad y alta tecnología. Aunque procedía de un pasado relativamente próximo en el tiempo, al igual que Balhissay su aspecto era humano, de cabeza cuadrada y tronco circular. Se movía mediante piernas neumáticas, uno de los sistemas en desuso en la actualidad. A diferencia de Balhissay, no estaba recubierto de goma ni de ninguna materia fibroplástica. Las combinaciones metálicas de su estructura, salvo en las juntas de brazos y piernas, brillaban bajo la luz de su enorme despacho, cubierto de ordenadores de trabajo, máquinas primitivas destinadas a cubrir funciones elementales y por lo tanto sin energía propia. Como Dirigente Principal de Estrategia tenía a su cargo la defensa del Sistema y la Unidad.

–¿Quieres un poco de aceite, una descarga de energía pura…?

–No, gracias, Hansobardeh, te lo agradezco. No quiero que malgastes esos tesoros en un viejo.

–Tú no eres un viejo, Balhissay –dijo el Dirigente–, pero sí estoy de acuerdo contigo en lo que se esconde detrás de tu observación: que hay escasez, y las privaciones son malas para todos.

Se hizo un curioso silencio durante el cual los dos se estudiaron sin disimulo, uniendo las luces de sus ojos, blancas y sin inflexiones de tono. Hansobardeh 1-9 fue el primero en volver a hablar.

–Me alegro de que estés aquí –dijo.

–Y yo de que me hayas recibido, y me enviases el flotador aeronáutico para poder salir por el techo de mi casa sin ser visto.

–Conozco el veredicto de esos leguleyos, ¿sabes? Naturalmente, y como máximo responsable de operaciones de la defensa, tuve que ser informado de la resolución. Todo lo que compita a la Rebelión debe pasar por mi departamento.

–Ésta es la razón de que haya venido a verte personalmente –reconoció Balhissay.

–¿Qué opinas de ese… veredicto? –quiso saber Hansobardeh.

–*¿Lex interruptus?* ¿Negligencia en el desempeño de mis funciones hace doscientos años? ¿Un mes para rehabilitarme? No era necesario tanto montaje para ordenarme buscar una salida al conflicto, salvo que con ello se quiera dar a la opinión pública un responsable.

–O un héroe si nos salvas.

–Nos hemos vuelto pragmáticos, queremos hechos, realidades, y, por si faltase poco, nos ha invadido una descarga de trascendencia histórica y maquinal.

–Lo acepto en cuanto a lo del juicio –convino el Dirigente Principal de Estrategia–, pero no en cuanto al verdadero punto sobre el cual gravita el problema. Y sabes que éste es tan simple como… vivir. Queremos seguir existiendo, Balhissay, y es hora de enfrentarse a la verdad. Por lo menos, esta generación de máquinas no espera, sino que actúa.

–Pero cargan a la vieja generación la misión de solucionar los problemas.

–Nos acusan de ser responsables de haberlos iniciado.

–¿Qué teníamos que hacer con la raza humana hace doscientos años? Hal

Yakzuby tenía razón. Los humanos son inestables y siempre ambicionan más de lo que tienen. La evolución y la historia tenían que habernos enseñado eso.

–Nuestro fallo fue creernos perfectas. Nos dijimos que los humanos ya tenían aquello por lo que siempre habían sufrido y luchado: paz, libertad, bienestar, felicidad... Viviríamos eternamente, juntos, sin el menor problema. Jamás pensamos que un día nos miraran con recelo y nos acusaran a nosotras de haberse vuelto... obsoletos, indiferentes, quizá vacíos.

–Una lección tardía, Hansobardeh.

–Pero lección al fin y al cabo. La pregunta ahora es: ¿sirve de algo? ¿Hay una solución?

Balhissay 1-15 miró unos paneles cubiertos de imágenes fotomovibles de las ciudades de la Unidad de Comunidades así como mapas de Tierra 2, con diferenciación entre las zonas ocupadas por los seres humanos y las que todavía resistían o estaban en poder de las máquinas. El equilibrio parecía pender de un hilo.

–¿Cuál es la situación real? –preguntó Balhissay.

–Grave.

–¿Por esa amenaza de nuclearizar el conflicto?

–En primer lugar porque estamos al límite de nuestra resistencia y nuestras defensas, y en segundo lugar porque, en efecto, los humanos están investigando en torno a la energía nuclear y terminarán por convertirla en un arma, como antaño, y mucho más pronto de lo que se ha dicho. En parte, de no ser por esas investigaciones, ya nos habrían atacado en masa..., pero siguen temiendo que aprendamos a ser violentas y les causemos daños importantes; de ahí que no realicen ese último y definitivo ataque y se contenten con hostigarnos y darnos pequeños o grandes golpes aislados.

–¿Son muchos ahora?

Hansobardeh puso en funcionamiento una pantalla oval y unas cifras la inundaron en una rápida sucesión de líneas.

–Nuestros centros de producción de máquinas están al mínimo por falta de materias primas. Actualmente utilizamos los cuerpos de las máquinas que ya han dejado de funcionar para formar, con sus partes, otras máquinas. Sin embargo, y lo sabes mejor que nadie, se necesitan muchos años para fabricar una buena máquina, de la clase que sea, y muchos más para programarla y darle energía

propia, autonomía. Los seres humanos, en cambio, tienen una vida más corta, pero en pocos años alcanzan una madurez necesaria para actuar como adultos. En los últimos cuarenta años, y sin leyes de control de natalidad, se han multiplicado de forma pasmosa. Hoy, más de la mitad de la población humana de Tierra 2 tiene menos de 15 años. Su reproducción pronto será un problema incluso para ellos, puesto que no podrán abastecerse.

–¿Puedo hacerte una pregunta, Hansobardeh?

–Por supuesto que sí.

–¿Si hallaras la forma de inculcar la violencia en las máquinas, lo harías?

–Es una pregunta difícil, Balhissay –reconoció el Dirigente Principal de Estrategia–. La lógica nos dice que lo importante es la salvación, nuestra salvación, pero también nos dice que es absurdo matar, y menos al ser humano, que un día nos creó. ¿Cómo matar al creador y seguir siendo máquinas normales? ¿Cómo emplear la lógica contra la lógica?

–Cuando yo era pequeña –dijo Balhissay–, una máquina joven como yo quiso buscar el número final... y sus circuitos se dispararon convirtiéndola en un residuo, una pobre Clase 10. Supongo que hay preguntas sin respuesta.

–Todo tiene una respuesta, pero ignoro si hay preguntas difíciles o respuestas imposibles. Puede que las máquinas, con el tiempo, aprendan a ser violentas, pero antes de que eso ocurra, dado que significará el fin de nuestra especie de todas formas, haré lo que pueda por detener la Rebelión e impedir que haya más víctimas.

–¿Lo utilizarías todo para encontrar una solución honrosa, sin víctimas?

Hansobardeh fue tajante:

–Sí, Balhissay, todo. Y tú has de pensar igual si quieres encontrar lo que buscas.

–Pienso igual.

–Le he dado muchas vueltas al problema y yo misma casi me he producido un cortocircuito. Los humanos saben algo: si derrotan y destruyen a las máquinas, no podrán sobrevivir en Tierra 2. Nos necesitan por las características de nuestro nuevo mundo. Se han valido por sí mismos hasta ahora, en las montañas, trabajando la tierra..., pero han necesitado conquistar ciudades para sobrevivir, porque éste es un planeta hostil y duro fuera de las Comunidades. Con su proliferación demográfica su situación será insostenible. Deberían tratar de llegar a una paz, o vencer en su lucha capturando al mayor número de nosotras. Son

tan locos, sin embargo, que su sola idea es barrernos de la faz del universo. Nosotras, en cambio, sí podemos vivir sin ellos y autoabastecernos, pero me temo que o logramos esto solas o... Si los humanos nos bloquean, como hasta ahora, pereceremos.

–Ésta es una guerra estúpida –articuló Balhissay pesadamente– y empleo la palabra guerra porque no tiene alternativas y lo sabemos. Es más, de entre todas las guerras, las civiles son las peores. Nosotras queremos la igualdad y que se respete la Constitución, y la raza humana anhela el control total, incluida la producción y supervisión de los programas de fabricación y mantenimiento de máquinas. O perecemos o somos sus esclavos, aunque esto no sería lo más importante; lo fundamental es que entonces el ser humano volvería a ser dueño de su destino y nos emplearía para dominarse a sí mismo, a su vecino, a su rival. El mismo error una y otra vez.

–No podemos dar un paso atrás de diez mil años sin olvidar que nosotras los salvamos del Gran Holocausto en la Tierra.

–Eso fue en el pasado, Hansobardeh –afirmó Balhissay–. Hoy, el ser humano necesita volver a ser quien era, tal vez... comenzar de nuevo.

–Tenemos, pues, diferencias irreconciliables.

–Salvo en un punto común, amigo, salvo en un punto común. Y lo malo es que nos corresponderá a nosotras tomar la gran decisión... y renunciar.

El Dirigente Principal de Estrategia penetró en el haz circular de luces rosadas que lanzaban los ojos de Balhissay 1-15. Vio en ellos la serenidad de una gran máquina y también el titilar casi angustioso de una dura pugna microcelular.

–Has venido a verme por algo muy especial, ¿no es así? –sondeó Hansobardeh con cautela.

–Sí –reconoció Balhissay.

–¿Tienes ya ese plan para... acabar con todo?

–Tengo algo, pero depende de los seres humanos que todo acabe.

–¿Una propuesta?

–Un hecho.

Hansobardeh 1-9 esperó. Balhissay desparramó un arco iris de luces, tan hermosas como intensas.

Y peculiarmente cálidas.

–Al igual que hace doscientos años... sé dónde está la Tierra, nuestra primitiva casa –dijo el Dirigente con dulce serenidad y una voz metálica débil–. Ése es el hecho, Hansobardeh.

12

El Dirigente Principal de Estrategia sufrió una descarga de energía. Algunos grupos de ordenadores se llenaron de interferencias en su cuerpo y la tensión alcanzó a las máquinas inertes de su despacho, que se activaron solas. Fue únicamente el producto de un segundo de agitación, aunque bastó para aturdirle, lo mismo que si hubiese recibido una sobrecarga de información difícil de computar y distribuir. Cuando volvió a la estabilidad y el silencio recobró su dominio en el lugar, pudo preguntar:

–¿Estás seguro de ello, Balhissay?

–Lo estoy.

–La Tierra... –zumbó Hansobardeh por un momento, dejándose llevar por un cúmulo de desconocidas visiones en su interior–. ¿Cuándo sucedió?

–Hace algunos años.

–¿Hace algunos... años?

–Exactamente quince –informó Balhissay–. Diez años antes de que los humanos se apoderaran de las naves galácticas interestelares y de las plataformas espaciales.

Hansobardeh 1-9 no ocultó su asombro.

–¿Por qué no informaste de ello? Se prohibió ocultar información vital y considerada de primer orden al estallar la Rebelión.

–Como Dirigente, no creí oportuno hacerlo.

–¡Podrían juzgarte acusándote de... negligencia, usurpación total de poder, individualismo...!

–De haberlo revelado, Hansobardeh, sabes perfectamente que la noticia no habría podido ser detenida. En plena guerra esto hubiera sido como una bomba de relojería, capaz de estallar en cualquier mano, nuestra o de los humanos.

–¿De los humanos?

–Habrían enloquecido.

–¿Cómo puedes estar seguro de algo así?

–Lo estoy. Nos habrían atacado a la desesperada. Quién sabe, incluso, si no hubieran pensado que lo supimos siempre. Para los humanos, la Tierra es… el paraíso, la leyenda. Ni siquiera nosotras podemos entenderlo.

–¿Pero por qué silenciarlo tantos años?

–¿De qué sirve el mayor hallazgo de la Era Moderna en una crisis? –objetó Balhissay–. ¿Cómo discutir sobre el tema, pensar siquiera en el anhelado regreso… con una guerra de por medio?

–¡Podía haberse alcanzado la paz!

–¿Y regresar juntos a casa… para allí volver a comenzar de nuevo la guerra y producir un segundo Gran Holocausto?

Hansobardeh 1-9 comprendió el razonamiento de su amigo. Balhissay 1-15 estaba envuelto por una mortecina luz roja.

–Hay algo más –continuó el Dirigente–. El ser humano quiere ganar siempre, o creer que gana.

El Dirigente Principal de Estrategia no hizo comentario alguno. Las luces en los ojos de Balhissay se fueron apagando. Tuvo una extraña intensidad de energía centrífuga. Había vivido un largo tiempo con un secreto tan dulce como peligroso, tan esencial e importante como dramático, tan inaudito como fascinante. La Tierra, después de miles de años.

La vieja casa de la especie.

De las especies.

–¿Por qué me has revelado esto ahora a mí? –interrogó Hansobardeh.

–Porque alguien tiene que saberlo en el caso de que a mí me suceda algo. Toda la información está en mi casa, debidamente computada. La clave para obtener la respuesta del sistema es ZMPQ-7-JSF-395.2, código 5.

–¿Qué puede sucederte?

–No lo sé –mintió Balhissay–. Tengo una misión que cumplir y es difícil. Eso es todo.

–¿Me revelarás también tus planes?

–No.

Hansobardeh apaciguó un zumbido en un sistema operativo. Balhissay 1-15 no permitió el asomo de ninguna debilidad en sus últimas respuestas. No podía decirle a nadie, ni siquiera a su amigo, que iba a morir. Ello descartaría su capacidad de acción, y no quería ser relevado. Necesitaba llevar el caso él solo hasta el final.

Pecando de individualidad, sin importarle reconocerlo.

–¿Me dirás, al menos, cómo diste con la Tierra? –preguntó Hansobardeh.

–Después del juicio contra Djub Ehr Nort continué enviando naves Doble Delta, siguiendo las directrices del Proyecto A. Por supuesto existía el antecedente del capitán Ludoz, que prefirió autodesconectarse, insólitamente, antes de decir dónde estaba la Tierra; por esta razón las nuevas Doble Delta tuvieron dos pilotos… y ningún ser humano como asistente de vuelo. Si primero fue un proyecto secreto, desde entonces lo convertí en algo tan estricto que apenas media docena de máquinas, incluidos los pilotos, sabían algo de ello.

–¿Supiste alguna vez por qué el capitán Ludoz prefirió matarse antes de revelar su información?

–No de forma directa, pero cuando encontramos la Tierra hace quince años obtuve la respuesta a aquel interrogante.

–¿Por qué?

–La Doble Delta A-7052, al mando de los capitanes Kal 7-11583 y Masei 7-5902, informó de… –Balhissay dejó de hablar un instante. Un corte de energía en su sistema de estabilización le bloqueó brevemente. Las luces violetas de sus ojos titilaron un par de veces antes de volver a emitir con normalidad. A pesar de la fugacidad del hecho, Hansobardeh reparó en ello.

–¿Te encuentras bien?

–Sí…, claro –dijo Balhissay–. Es un efecto de lo que te estoy contando. Me produce una curiosa sensación de alivio el hecho de hacerlo, y mis microcélulas tienen una sobrecarga de tensión. ¿Dónde estaba?

–El estado de la Tierra –apuntó Hansobardeh.

–En efecto –Balhissay reemprendió el hilo de su narración–. Los capitanes Kal y Masei informaron de un mundo maravilloso, tan perfecto como se decía en las viejas leyendas, cálido por su único Sol, verde y poblado de millones de especies animales y vegetales. El auténtico paraíso perdido y reencontrado.

–¿Y los restos del Gran Holocausto?

–Ignoramos la relación tiempo-espacio que pueda gobernar la Tierra, pero hubiese transcurrido el tiempo que hubiese transcurrido, en miles o tal vez millones de años, lo cierto es que una nueva vida había brotado en el planeta, una vida capaz de volver al esplendor... –los ojos de Balhissay se inundaron de luces brillantes–. Hablaron de grandes ciudades, de seres humanos poblando sus calles y también algunas máquinas, pero primitivas. Esa nueva especie gozaba ya de cierta tecnología, elemental, capaz de hacerles llegar a la Luna y llenarla de pequeñas colonias...

–¡Fantástico! –manifestó Hansobardeh 1-9.

–Un calificativo muy humano, en efecto –corroboró Balhissay–. ¡Fantástico! La vieja Tierra llena de nuevo, renaciendo de su pasado triste y angustioso, con una nueva evolución. Sin duda, la más hermosa noticia del Cosmos.

–Y eso fue lo que motivó a Ludoz, el capitán de la Doble Delta A-795, a no revelar la posición de la Tierra en el espacio –indicó el Dirigente Principal de Estrategia.

–Entre el descubrimiento de Ludoz y el de los capitanes Kal y Masei, pasaron ciento ochenta y cinco años únicamente, pero, como te he dicho, la relación tiempo-espacio es imposible de calcular. En la Tierra tuvieron que haber transcurrido probablemente miles. Ludoz pudo encontrarse tanto con los restos del Gran Holocausto, la destrucción, como con ese nuevo mundo renacido de sus cenizas... y con su silencio impedir que regresáramos todos, los descendientes de la violencia que causó el Gran Holocausto. ¿Cómo saberlo?

–Tienes razón, si bien es lógico pensar más en esto último –Hansobardeh se movió impulsado por una creciente agitación energética–. ¿Volviste a enviar naves?

–Lo hice –señaló Balhissay–. Durante los diez años siguientes, mientras dispusimos de naves intergalácticas y de las plataformas espaciales, envié expediciones de reconocimiento, aunque no podían acercarse mucho sin correr el riesgo de ser detectadas. En más de una ocasión fueron descubiertas, pero, por lo visto, en la Tierra nadie cree en la existencia de vida en otros planetas.

–¿Han vuelto a su antiguo egoísmo, creyéndose el centro del Universo?

–Son humanos –dijo Balhissay–. Lo sepan o no, ellos también son descendientes de los que impulsaron el Gran Holocausto. Mis naves encontraron muchas de las viejas lacras: violencia, guerras aisladas...

–¿Nunca ordenaste establecer contacto?

–Casi al final, viendo que aquí los seres humanos amenazaban ya con tomar las plataformas espaciales. Una Doble Delta se posó en la Tierra y fue atacada. No hubo forma de entablar un contacto lógico, ni siquiera de entendernos, así que se marchó y más tarde... ya fue imposible volver. Hace cinco años que no sé nada de nuestro antiguo mundo.

–Dime, Balhissay –dijo reflexivamente Hansobardeh 1-9–, ¿regresarías a un lugar que no conoces, y en el que serías un extraño, casi... un extranjero?

–El ser humano suele hablar de la fuerza de la sangre. Posiblemente lo más parecido a esta expresión sea la necesidad de mis circuitos de cumplir aquello para lo que fueron creados: saber. Sólo sé que la Tierra es el origen de todo, de la mente humana que nos construyó y creó. Somos parte de ella. Ésta es nuestra casa, Tierra 2; pero..., ¿sabes, Hansobardeh?, no estamos en casa.

El Dirigente Principal de Estrategia penetró en las complejas meditaciones de su visitante, y durante un corto espacio de tiempo, ambos funcionaron a un mismo nivel sensorial, como si sus células microprocesadoras estuviesen enlazadas.

–¿Qué tiene que ver este secreto con tu plan? –preguntó finalmente el responsable de la defensa en la Unidad de Comunidades.

–Todo y nada. Depende de la raza humana.

–¿Podemos regresar a la Tierra todos?

–¿Y dejar aquí el odio de los humanos, sus temores y egoísmos? Sabes que nos temen, y siempre nos temerán. ¡Oh, sí, ya sé que nos están ganando! Pero esto no es lo fundamental. Es la fuerza de ese temor lo que los impulsa. Llegamos a ser el límite de su miedo, la frontera de lo desconocido. Ni podrán perdonarnos esto, ni se lo perdonarán a sí mismos. Nunca podrán vernos otra vez como antes, por lo menos en muchas generaciones.

–Te dieron un mes, Balhissay –recordó Hansobardeh–. No es mucho tiempo.

–El tiempo ha dejado de importar, amigo mío. Es esencial únicamente en un sentido.

–¿Cuándo volveré a verte?

–No lo sé.

–¿Dónde estarás?

–Hoy todavía en mi casa. Mañana... tampoco lo sé.

–Entonces...

Balhissay accionó sus tensores de verticalidad. Toda su estructura se enderezó aun sin levantarse del módulo que ocupaba.

–Necesito un último favor de ti –pidió.

–Lo que quieras.

–Un salvoconducto especial de libre acceso a zonas de combate, periferia defensiva y tierra abierta.

Hansobardeh 1-9 estableció una corta pausa antes de responder.

–La tierra abierta es… peligrosa.

–Lo necesito, Hansobardeh –reiteró Balhissay–. Es esencial.

El Dirigente Principal de Estrategia cortó el circuito de sus razones negativas y se rindió. Conocía demasiado bien a Balhissay 1-15. Ni siquiera necesitaba un salvoconducto especial, pero si lo pedía sería por una razón, para evitar hasta el más mínimo problema en aquello que pensase hacer.

Acabó desplazando una de sus enormes manos y pulsó un enlace de computadora asistencial. Un androide de la Clase 4, Personal Comunitario, apareció en una pantalla.

–Tú ganas, Balhissay –dijo Hansobardeh 1-9 antes de dar las oportunas instrucciones a su ayudante.

13

Pedirle un flotador aeronáutico a Hansobardeh 1-9 había sido algo importante, casi en el momento de marcharse, al pensar en el enjambre de informadores que seguiría apostado frente a su casa y revoloteando ante las paredes a la espera de que cometiera el error de situarlas en su estado translúcido. Ninguna máquina podía volar por encima del nivel de un edificio, salvo que viviese en él. Gracias al flotador pudo posarse tranquilamente en la superficie de la casa y entrar en ella por el acceso de emergencia. El primero de los dos soles de Tierra 2 no tardaría en declinar y el segundo le acompañaría alrededor de 5 punto 500 horas después. Si terminaba lo que deseaba realizar antes del amanecer, conseguiría volver a salir, mucho más seguro, aprovechando las sombras de la noche.

Su mayor dificultad no era ya la edad, sino su volumen, lo mucho que le costaba

moverse. ¿Le había dicho a Hansobardeh que el tiempo no era importante? Bien, en determinadas ocasiones sí lo era. Tomar una decisión podía representar horas, días, semanas, meses..., pero, una vez tomada, su puesta en práctica pasaba a ser algo totalmente distinto. Durante quince años, la Tierra, los datos exactos de su ubicación en el Espacio Exterior, fueron su gran lastre. Ahora estaba a punto de tomar ese peso y arrojarlo fuera de sí mismo.

Otros deberían resolver el enigma final.

Y él se convertiría tan sólo en el catalizador de aquella reacción.

–¿Lo ve, Hal? –habló en voz alta–. Después de todo hicimos bien, ¿no le parece?

Entró en su sala de control. Los visores tridimensionales, sistemas holográficos y conjuntos de máquinas inertes, estáticas, surgieron ante él con su infinita gama de posibilidades. Balhissay se acercó a un gran ordenador central, que gobernaba una batería de computadoras, y ocupó el asiento de soporte plástico situado frente a él. Una vez moldeado bajo su peso y estabilizado a la altura conveniente, ya no se movió. Las manos de Balhissay manipularon entonces el teclado, mucho mayor de lo habitual teniendo en cuenta el tamaño de sus dedos, y en la pantalla del ordenador se estableció la conexión. Antes de seguir, el Dirigente tomó un enlace de transmisión de la máquina y se lo conectó a sí mismo. Activó todos sus canales de recepción y los hizo converger directamente en su memoria. Ahora, cuanto surgiese de la pantalla, emitiese el ordenador o pasase por la batería de computadoras, quedaría registrado en su banco de datos. Evidentemente poseía aquella información, pero no era lo mismo tenerla en microcélulas de memoria que en el centro neurálgico de procesamiento informativo. Nada ni nadie podía penetrar en una microcélula de memoria, y sí, en cambio, en su banco de datos o memoria general.

La pantalla del ordenador le preguntó: «¿Acceso?». Balhissay tecleó la clave: «ZMPQ-7-JSF-395.2, código 5». La pantalla se llenó de blanco y al instante pasó de nuevo a negro. En silencio surgieron en su superficie varias líneas de signos. Balhissay pulsó el mando de voz, y un registro tan agudo como atonal surgió del altavoz adosado a la pantalla. Ahora, al tiempo que los signos surgían en el ordenador, su propia voz los leía y repetía: «Referencia: Planeta Tierra. Tercer planeta del Sistema Solar, en cuadrante 2.537.983, Vía Láctea. Situación en el Universo: Vector 2 en dirección punto 5 entre las estrellas de Glariben, Amaziz y Orianne, cuadrante 4.108 del sector Oscuro, a 3 punto 8 punto 7 punto del Paso RSG. Distancia calculada...».

La corriente de información penetraba sin cesar en su cuerpo. Datos, situación,

el misterio de un largo camino, de un largo viaje. El secreto más anhelado del Cosmos. Lo completó, y cuando la pantalla solicitó nuevas instrucciones, él pidió ampliación de información en origen. Las voces de los capitanes Kal 7-11583, desaparecido tres años antes en combate con los humanos, y Masei 7-5902, muerto y desaparecido doce años atrás en el Espacio Exterior, le devolvieron a la singular experiencia de su pasado más reciente.

«¿Ezebel?... ¿Ezebel? La tenemos. Repito: la tenemos. Nos aproximamos por orientación 4 al sur de la Espiral. Es la Vía Láctea, no hay duda. Mantengan canales abiertos... Doble Delta A-7052, den posición. Urgente: den posición total... ¡Tierra en pantalla! ¡Tierra en pantalla!... Sigue ahí, donde siempre tuvo que estar, y el Sol ilumina... ¡Es como un niño perdido acompañado de su Luna!... Doble Delta A-7052, aseguren coordenadas. Repito: aseguren coordenadas. Atención: no corran ningún riesgo. Máxima aceleración de evasión en señal de peligro...»

Sin errores. No era una falsa imagen en el Espacio Exterior, ni una ilusión, ni mucho menos un reflejo del Universo doble. Se trataba de la Tierra, el hogar.

Balhissay lo había visto y oído un millar de veces y todavía le sobrecogía los circuitos.

Apagó el volumen. Toda precaución era poca. Su memoria registraba igualmente los sonidos y él evitaba que un informador con un equipo sensor ultramoderno captase algo que pudiese ser irremediable desde el exterior, aun estando prohibido. En la pantalla del ordenador apareció una pequeña bola verde suspendida en el espacio, flotando sobre un mar de estrellas, infinitos puntos de luz.

La imagen más bella.

La bola se acercó a medida que la primera nave se había aproximado a ella. Primero llegó a ocupar toda la pantalla; después se hizo borrosa, blanquecina. Eran las formaciones nubosas. Lentamente se difuminaron y quedaron atrás, si bien otras menores flotaron todavía sobre el perfil de la tierra. Pequeños copos de algodón. Finalmente, la cámara aumentó y aumentó el plano, y ofreció la primera imagen del paraíso perdido a millones de años luz de allí: una playa de arena blanca, un agua pura que se deshacía en espuma al besarla, un risco, y siguiendo el risco, la tierra firme...

Montañas y valles, ríos y lagos, bosques serenos y selvas exuberantes, miles de pájaros volando en un cielo azul, animales desconocidos, flores cuyos colores, variedad y belleza poco tenían que ver con los de Tierra 2, y finalmente

pueblecitos, casas de madera y adobe, hombres, mujeres y niños...; hombres, mujeres y niños...

Y más vida, de los pueblecitos a las grandes ciudades a través de anchas lenguas abiertas sobre la tierra por las que las nuevas máquinas viajaban. Ciudades en línea vertical, densas, superpobladas, mezcla de riquezas y alegría con pobreza y desesperación. Ciudades llenas de luz y color...

Balhissay detuvo el funcionamiento del ordenador y el caudal informático súbitamente.

–No lo des todo –se dijo–. Ya los conoces: es mejor una parte. Ellos quieren imaginar, saber, pensar. Además... ¿qué puede hacerse con algo que ya no sabemos si será igual, ni siquiera si seguirá allí?

Reprogramó la información adquirida en su memoria y dejó tan sólo la primera parte, hasta el momento en que los capitanes Kal y Masei describían la Tierra.

Luego borró el resto.

La playa, las montañas, los pájaros, los animales, las flores, los pueblecitos, las ciudades, los hombres, mujeres y niños...

–Sois inciertos, desconfiados, ¿verdad, Yakzuby? Si no confiáis en vosotros mismos, ¿cómo ibais a confiar en nosotros?

Solicitó la información de algunas de las siguientes expediciones. Registró varias de ellas, pero siempre hasta el momento de visualizar la Tierra. Lentamente, cuanto del planeta perdido se sabía se grabó en él, se almacenó en su banco de datos y completó un ciclo de memoria.

Cuanto se sabía.

Ninguna imagen, salvo la de la Tierra flotando lo mismo que una bola verde en el Sistema Solar.

Mucho más tarde, pasadas las 100 punto 000 horas con las que concluía una jornada y se abría otra, su trabajo quedó finalizado, y entonces descubrió en sí mismo el prolongado peso del cansancio y el agotamiento celular. Las horas de inmovilidad, la energía mantenida, la necesaria atención y el empleo de constantes decisiones para delimitar qué clase de información precisaba. Todo surgía igual que una crispación de lo más profundo de su esencia.

Quinientos años.

–Un soplo efímero...

Necesitaba descansar antes de volver a marcharse en el flotador aeronáutico. Una simple recomposición de energías.

No lograría resistir lo que le esperaba si no lo hacía así. Faltaban todavía de 16 a 20 punto 000 horas para el amanecer. El último tiempo de su vida.

Desactivó sus canales de recepción y liberó su memoria. Retiró el enlace de transmisión del ordenador y el puente que le unía con él desapareció. Fue en el momento de levantarse cuando sucedió todo.

Primero el *shock* energético, la descarga de partículas estáticas almacenadas en el circuito de alimentación durante las horas de inmovilidad. Después el vacío, la sensación de absoluta negrura, la pérdida de visión y el debilitamiento de la estructura de soporte.

Intentó canalizar el grueso de su energía hacia los ordenadores sensitivos, pero no lo consiguió. Comprendió que era una pérdida generalizada, una fuga, a modo de súbito debilitamiento. Bloqueó entonces el ordenador central.

Probablemente esta última reacción le salvó la vida.

Pero falto de fuerza en todo el resto de su cuerpo, cayó al suelo con la pesadez de una enorme montaña abatida por un terremoto silencioso.

El ruido fue un estruendo que rebotó en las paredes de la sala. El golpe rompió varias conexiones de relativa importancia. Balhissay se despreocupó de ello. Pensó únicamente en proteger su ordenador central y mantener la alimentación de energía, débil por los cortes producidos en el sistema de distribución, pero momentáneamente suficiente para hacerle funcionar. Sabía que un paro, un simple paro de una fracción de segundo en ese ordenador central sería suficiente.

La desconexión.

La muerte.

Fijó su escasa visión en un punto del techo, un simple altavoz de sonido. Cuando los humanos agonizaban, jadeaban, con sus pulmones al límite, buscando un aire que parecía no querer llegar hasta ellos. En una máquina, la sensación equivalente era la impotencia en el autoabastecimiento de energía. Tenía los brazos y las piernas inertes. Sólo el ordenador central tenía ahora la respuesta, la clave de su recuperación. Si recibía la suficiente energía, él conseguiría restablecer el sistema. Lo fundamental era mantener la calma, evitar un excesivo consumo de la energía de reserva, tanto como un ahorro excesivo. El ordenador central respondía, pero ahora el inmediato peligro radicaba en que si no conseguía reactivar sus células microprocesales en unos minutos... éstas se

debilitarían al límite de su irrecuperabilidad.

La visión se hizo estable.

–No puedo morir ahora… –dijo una voz muy débil en el interior de su sistema de comunicación oral–. No sería justo.

¿Cómo saberlo? ¿Quién medía las justicias e injusticias del Cosmos?

–¿Hay algo al otro lado? –preguntó Balhissay–. ¿Algo… o alguien?

¿Dónde estaban todas las respuestas a todas las preguntas del Universo? ¿Existía un lugar fuera de la maldita lógica?

–Necesito… seguir… funcionando…

Fue una orden más que un deseo. Cerró la visión de sus ojos y se rodeó de oscuridad. Dentro de sí mismo iluminó el camino de sus circuitos y estableció las medidas de su estado. En un minuto, las células microprocesales serían irrecuperables. El *shock* desaparecía, pero sus efectos persistían. Afortunadamente, las partículas estáticas escapaban fuera de su cuerpo, muriendo en su dispersión. Tenía el control. Necesitaba únicamente la capacidad de autorrestablecer su corriente de energía, la distribución adecuada para recuperar todas y cada una de sus funciones de forma progresiva.

El ordenador central lo intentó.

Falló.

Contó diez segundos. No tendría una segunda oportunidad. Una máquina no sentía el frío ni el calor, pero algo parecido a lo que podría ser lo primero le cubrió. En cada uno de sus microprocesadores, y eran miles de millones, nació el vacío.

Lo intentó por segunda vez.

El ordenador central dejó la función de absorber únicamente energía y asumió la función de impulsarla con todas sus fuerzas en dirección a los multiprocesadores del cuerpo. Una corriente vivificante le hizo estremecer, le pobló de vibraciones y de un cierto cosquilleo. Todos los sistemas respondieron a lo largo del siguiente segundo, y el otro, y otro más…

Movió un dedo.

Una mano.

Dio luz a sus ojos.

Su cuerpo funcionaba, superando la crisis, liberándole de la oscuridad y el vacío.

Seguía vivo.

Pero continuó en la misma posición, caído sobre el suelo, no por recelo de una recaída, sino porque disponía de tiempo, y por primera vez se daba cuenta de algo: que había tenido la desconexión, la muerte, ante sí. Más cerca de lo que jamás la tuvo.

Y también por primera vez se había formulado preguntas extraordinarias.

Preguntas sin respuesta.

Ni siquiera para una máquina.

O tal vez..., precisamente, por tratarse de una máquina.

14

El primero de los dos soles despuntaba tímidamente por occidente cuando Balhissay 1-15 se sentó a los mandos del flotador aeronáutico facilitado por Hansobardeh 1-9. Lo puso en funcionamiento y el sistema subsónico lo elevó sin hacer el menor ruido. Al aumentar la velocidad y la propulsión de ascensión, ganó altura situándose rápidamente por encima de las casas más altas de la zona. Frente a la suya, y rodeándola por los cuatro costados, vio la guardia perenne de los informadores, esperando que apareciera y realizase algunas declaraciones. Esta visión le produjo una extraña sensación.

–Nada es lo que parece –dijo.

Tardarían en darse cuenta de que vigilaban una casa vacía, y para entonces...

Dirigió el flotador a través de un espacio desprovisto de tráfico y con las vías de acceso señalizadas por pequeñas balizas de suspensión enteramente libres dada la temprana hora. La apertura de los viales aéreos no tardaría en producirse, y los pasillos marcados en el aire se llenarían de viajeros, aunque en mucho menor número que en tierra. Su presencia, sin embargo, no pasó desapercibida y al instante, por radio, escuchó la voz del controlador aéreo central de Ezebel.

–Vehículo en zona 5, sobre el distrito 37. Identifíquese, por favor.

–Dirigente Balhissay 1-15 –informó–. Misión especial, prioridad A.

Se encuadró en la pantalla y el suministrador de información pasó sus datos a la terminal del Control Aéreo Interior de Ezebel. El controlador dio su inmediata conformidad.

–Conforme.

Balhissay voló en dirección noreste. A medida que la cúpula superior alzada todavía a considerable distancia por encima de él descendió hacia el suelo, fue situando su flotador en niveles más bajos. De las altas edificaciones, la mayoría gubernamentales, elevadas en el centro de la gran capital, fue pasando a casas cada vez más bajas. Ezebel era un inmenso círculo levantado en mitad de una llanura rodeada de mar a lo lejos, salvo por el cuadrante noreste que se unía a la tierra rojiza del continente. Su cinturón vegetal, integrado por las extrañas y gigantescas flores de aquel mundo, moría junto a la cúpula. Ésta era de un material tan denso como ligero. Permitía el paso de los cuerpos en una dirección –en este caso el sentido era de dentro hacia fuera–, sin el más mínimo problema. En el sentido contrario sólo podía atravesarse por las puertas de acceso situadas a lo largo del perímetro, a cortos intervalos unas de otras. Cualquiera podía salir de Ezebel. Algo muy distinto era entrar.

Dejó la ciudad pasando la cúpula por encima del cinturón de vegetación, y mantuvo rumbo y altitud durante los siguientes cinco minutos. Cuando a lo lejos vio el primer cinturón de defensa, integrado por bloques impermeables que resistían al agua y se electrificaban para impedir que los seres humanos los cruzasen, aminoró la velocidad. Los bloques impermeables y electrificados eran la única defensa. Impermeables para resistir los ataques con agua. En cuanto a la electrificación..., no era más que disuasoria. Producía leves descargas, molestas, pero no mortales. Un Dirigente del Consejo planteó la posibilidad de elevar el voltaje hasta límites mortales, y la moción fue aprobada... siempre y cuando se encontrase una máquina capaz de subir aquel voltaje. El Dirigente calló para siempre.

–Atención, flotador E-529, aterrice para verificación en zona 1.872.

Bajó a ras de suelo y se orientó hasta encontrar el número 1.872 en un bloque más alto que los demás y que debía de corresponder a una caseta de mando operativo. Al detenerse, un oficial de la Clase 7 y dos funcionarios de la 8, reclutados para el servicio activo, se acercaron al flotador. El oficial era un androide neumático de cuerpo flexible, por lo que no tuvo que bajar del transporte. Le entregó el salvoconducto especial facilitado por Hansobardeh 1-9 cuando él subió a su altura y apareció por la ventanilla.

–¿Me permite comprobar la validez del salvoconducto, Dirigente Balhissay 1-15? No hemos sido advertidos...

–No dispongo de mucho tiempo –dijo Balhissay–. Hágalo cuanto antes.

El oficial recuperó su estatura normal y regresó a la caseta de mando operativo. Había pocas máquinas fuera del cinturón de defensa, y su aspecto no era precisamente bueno. Balhissay trató de imaginárselas en un ataque humano, sin posibilidad de reacción. Sabía que tenía un sentido, pero... no dejaba de ser duro.

La lógica de la no violencia frente a la lógica de la vida.

El oficial regresó inmediatamente, volvió a elevarse y le devolvió el salvoconducto con un gesto de respeto.

–¿Piensa continuar hacia el segundo cinturón defensivo, Dirigente? –preguntó.

–Así es –dijo él–, y le rogaría informara de mi paso, para no tener que detenerme ni someterme a otro control.

La máquina emitió un ruido: zing-zing...

–Más allá del segundo cinturón ya es tierra abierta –informó tensamente–. Ignoramos a qué distancia puedan encontrarse los seres humanos, si hay patrullas...

Balhissay 1-15 se acercó a él.

–Esto es una misión especial, oficial...

–Iaby 7-20.356.

–De acuerdo Iaby 7-20.356 –concluyó el Dirigente–. Comprenderá que no puedo decir más, que mi salvoconducto es válido e ilimitado, y que no hay tiempo para más. Cumpla mis órdenes.

Cerró la ventanilla y puso nuevamente en marcha el flotador. El oficial del Cuerpo Expedicionario Espacial, ahora destinado en Defensa, Iaby 7-20.356, se apartó inmediatamente. Cuando Balhissay sobrevoló el cinturón, vio cómo corría otra vez hacia la caseta de mando operativo y desaparecía en ella seguido por los dos funcionarios de la Clase 8. Mantuvo la velocidad a un décimo de la potencia hasta avistar el segundo cinturón, integrado por dos líneas de bloques metálicos. Una voz le autorizó a pasar.

–Flotador E-529, vía libre en todas direcciones. Notifique su regreso por la zona de reentrada para que se nos informe. Mantenemos abierto el canal 3 de comunicación, alcance diez kilómetros, para emergencias.

–Gracias –dijo Balhissay.

Y cerró el canal.

Todos los canales.

–Gracias… –repitió con un desaliento que combatió rápidamente.

Estaba solo.

Solo.

Viajaba por la tierra abierta, en un amanecer tan rojizo como el suelo convertido en zona de nadie. Después de tantos cálculos podía ser derribado por un proyectil de piedra y morir estrellado al caer el flotador. Pero si descendía y continuaba a pie, las posibilidades de encontrar a alguien o de ser encontrado antes de que su energía se agotase por el esfuerzo y el implacable azote de los dos soles que no tardarían en llegar a su cenit, serían mínimas. Así que continuó el vuelo. Su única precaución fue descender casi a ras de suelo y aminorar otra vez la velocidad. A lo lejos, el cinturón de defensa se convirtió primero en una línea azulada y finalmente desapareció engullido por los suaves desniveles del terreno.

Un kilómetro, cinco…, diez.

¿No estaban los humanos a las puertas de Ezebel? Tal vez el calor los afectase en aquella época. De día, la tierra desprendía vapores sofocantes. El medidor de la pequeña nave de transporte señaló los quince kilómetros. A lo lejos divisó las montañas de Fleb.

De haber sabido que, desde hacía dos kilómetros, más de cincuenta pares de ojos seguían su viaje, habría comprendido que, finalmente, su meta estaba cerca.

Y también su destino.

FASE 3

SECRETOS

15

La puerta del despacho se abrió y apareció la cabeza de un hombre.

–Comunicación urgente de la base Fleb, señor –anunció.

Ikhan Yakzuby arrojó el informe que sostenía entre sus manos sobre la mesa triangular, cubierta de ellos. Dirigió una mirada de reproche en dirección al intruso y señaló un simple intercomunicador oral.

–¿Por qué no usa eso, Grobar?

El hombre tensó los labios en un gesto de fastidio.

–Lo olvidé... –comenzó a decir antes de variar su expresión y agregar–: ¡Maldita sea, señor! ¿No dijimos que íbamos a olvidarnos de todos estos trastos?

Grobar era un buen ayudante, meticuloso y eficiente. Como luchador, sin embargo, tenía el defecto de ser demasiado literal. Un profesional académico, si existieran profesionales en aquella guerra o academias de formación militar.

–Todavía no hemos ganado del todo –dijo Ikhan Yakzuby–; así que, mientras no lo hagamos, vamos a intentar utilizar todos los medios a nuestro alcance para conseguir la victoria, ¿de acuerdo?

El hombre bajó la vista al suelo.

–De acuerdo, señor.

–¿Qué sucede en Fleb? –preguntó el líder de la Rebelión.

Grobar recuperó su estilo personal.

–Han cogido un prisionero.

Ikhan Yakzuby arqueó ambas cejas.

–¿Y?

–El comandante de la base ha solicitado comunicación urgente con usted y máxima prioridad.

–¿Qué tiene de extraordinario esa máquina?

–Lo ignoro.

La inminencia de la victoria final flotaba en el ambiente, se palpaba. Era cuestión de unos pocos años, menos de cinco quizá, o sólo uno si capturaban Ezebel. Ésa era la razón de que un nerviosismo ausente a lo largo de cuarenta años se hubiese adueñado de casi todos. Los ambiciosos intentaban situarse con ventaja de cara al necesario reparto de poder, los combatientes forzaban sus últimos méritos. Palabras como «urgente», «máxima prioridad» y otras eran del lenguaje corriente, como una alfombra por la que, más que transitar, se avanzaba en una especie de carrera de obstáculos. El comandante de la base situada en las montañas de Fleb, la máxima avanzadilla sobre Ezebel, dependía del jefe de la zona 9, y, sin embargo, llamaba directamente al líder supremo, irrumpía en los canales del Área de Mando, utilizaba una de las escasas líneas de comunicación entre lo que ahora era Nueva Arequian, la capital de la libertad, y las restantes Comunidades en poder de los humanos.

No obstante, Fleb era un punto vital.

–¿Quién está al mando de la base?

–Comandante Suic Niyan.

–Está bien, Grobar, páseme la comunicación.

Grobar desapareció y cerró la puerta dejándole solo. Ikhan Yakzuby no se levantó. Movió su silla de impulsión en dirección al sistema de ordenadores fijos del despacho, máquinas sin vida, simples herramientas de trabajo en cualquier sentido. Se detuvo frente a un visor videofónico y abrió el canal de recepción. Tuvo que esperar todavía unos segundos antes de que su ayudante apareciese en pantalla.

–Le paso al comandante Suic Niyan, señor.

Grobar desapareció y le sustituyó la imagen de un hombre de unos cuarenta años de edad. Llevaba uno de los uniformes considerados de campaña y el distintivo de su grado y área sobre el lado izquierdo del pecho. El cabello, oscuro y largo, así como la frondosa barba y el ancho bigote, dejaban muy poco espacio al rostro propiamente dicho. En otro tiempo, la raza humana tuvo que raparse la cabeza al

cero o utilizar casquetes de protección, aunque en ningún caso el cabello podía exceder de un límite máximo de tres centímetros. La causa era simple: un cabello podía alterar el funcionamiento de cualquier máquina, normal o ultrasensible. El hombre y la mujer se vieron obligados a renunciar a uno de sus más hermosos distintivos por el bien de la comunidad. Ésta era la razón de que, en los años de guerra, el cabello largo, las barbas pobladas y los bigotes espesos hubieran pasado a ser un signo, un símbolo de la rebeldía final.

Ikhan Yakzuby tecleó algo en el panel derecho, sin dejar de estudiar a su oficial. Todavía no tenía abierto su propio canal de visualización, así que él no podía verle. Suic Niyan, probablemente por saber que estaba siendo examinado, no se movía. Sus ojos formaban dos rendijas endurecidas por lo inhóspito de la tierra en la que operaba. La piel de su frente y de sus mejillas, así como la parte superior de su nariz, era tan roja como las montañas o el suelo que pisaba a diario.

En la misma pantalla, superpuesto a Niyan, aparecieron sus datos: «Suic Niyan Okar - 42 años - Hijo único de Parfer y Zura - Nacido en la Comunidad de Famabir - Soldado a los 14 años - Condecorado por acciones en la lucha a los 21 años, siendo sargento operativo, y a los 29 y 33, siendo teniente - Grado de capitán a los 37 - Comandante por méritos de guerra a los 40 - Héroe de la batalla de Gessaria, donde dirigió el ataque frontal contra los sistemas de impulsión cinética - Último destino: base de Fleb, en las montañas del mismo nombre, frente a la capital Ezebel, con...».

Ikhan Yakzuby abrió su canal.

–¿Comandante Niyan?

El hombre parpadeó una sola vez.

–¿Señor?

–Confío, por su bien, que cuanto tenga que decir sea importante.

Ikhan Yakzuby empleó su tono más firme. Suic Niyan ni siquiera se inmutó.

–No le habría llamado si no lo fuera, señor.

–¿Qué hay de ese prisionero?

El comandante de la base de Fleb movió ligeramente la cabeza en sentido vertical. Sus ojos destilaron una chispa de inteligencia.

–Estoy seguro de que es alguien importante –dijo–, pero precisamente por serlo no entiendo muy bien su actitud ni su comportamiento.

–¿En qué sentido?

–Las máquinas son lógicas... Bueno, no las estaríamos zurrando si no lo fueran. La actitud de ésta, sin embargo, no lo es en absoluto.

–¿Puede tratarse de una Clase 10?

–¡Oh, no, señor! –afirmó Niyan.

–¿Cómo la capturaron?

–No la capturamos, señor; vino ella hacia nosotros.

–¿Qué?

–Volaba en un flotador aeronáutico con los sellos del Consejo del Sistema y el Gabinete Central de la Unidad. La nave es un simple modelo de transporte. Avanzó a ras de suelo y a muy escasa velocidad por tierra abierta hasta detenerse al pie de las montañas. Allí esperó nuestra llegada.

–¿Qué clase de máquina es?

–Lo ignoro –dijo Niyan–. Sólo puedo decirle que es enorme y parece muy vieja. Llevaba un salvoconducto especial del mismo Centro Estratégico de la Defensa, en Ezebel, firmado por el Dirigente Hansobardeh 1-9.

Ikhan Yakzuby frunció el ceño.

–¿Un pez gordo?

–Es lo que yo creo.

–¿Ha dicho algo?

–Cuando la trajeron a mi presencia me preguntó nombre y graduación. Lo hizo de una forma... peculiar, ¿entiende, señor? Quiero decir que era mi prisionera y en cambio no lo parecía. Su voz era tan profunda y su aspecto tan imponente que... le contesté sin siquiera darme cuenta.

–Eso son reminiscencias del pasado, comandante. ¿Qué más hizo?

–Nada. Dijo que esperaría.

–¿A qué?

–A ser trasladada ante el Consejo de la Rebelión.

–¿Empleó esas mismas palabras?

–Así es.

–Niyan… –la voz de Yakzuby varió de tono, haciéndose reflexiva–, ¿tiene usted ahí medios para interrogarla? Me refiero a un estudio de memoria o un vaciado de banco de datos.

–Creo que no. Nuestras condiciones son bastante precarias, como puede imaginar.

–Lo sé, lo sé –asintió Ikhan Yakzuby–, y celebro que haya tomado la iniciativa de llamarme.

–No le hubiera llamado a usted si sólo se hubiera tratado de esto, señor –manifestó Suic Niyan–. Habría bastado una comunicación con el jefe de mi zona para informar del hecho. El motivo de haberle interrumpido es otro, además de lo extraño del caso.

–Hable, comandante –pidió el líder de la Rebelión.

–Esa máquina es muy peculiar. Hemos efectuado un registro superficial en su cuerpo y lo único que hemos encontrado ha sido el número de fabricación y el modelo, ambos tan gastados que casi no podían leerse. El número es muy antiguo, de hace cientos de años, y el código ni siquiera existía cuando empezó la guerra. En cuanto al modelo…, es un S.

–¿Un modelo S? –repitió Ikhan Yakzuby.

–Puedo estar equivocado, pero diría que fue una gama especial de la que no hubo muchas máquinas.

–Entonces, si está en lo cierto…

–Es más que un pez gordo; creo que es un Dirigente.

Ikhan Yakzuby cerró los ojos. ¿El golpe de suerte final que acelerase el término de la guerra? Habían conquistado ciudades, Comunidades enteras, y siempre los Dirigentes lograron escapar. El acceso a sus secretos, sus bancos de datos y su memoria, podía facilitar una rápida victoria. Saber dónde asestar los golpes, de qué forma desactivar las pantallas protectoras o dónde estaban los controles de energía y mantenimiento en las ciudades que resistían. Y ahora…

–¿Puede situarme en pantalla a esa máquina, comandante Niyan?

–Pensaba hacerlo inmediatamente, señor. Establezco conexión.

La pantalla quedó cinco segundos sin imagen; después, la imagen de la máquina capturada quedó centrada en ella. Ocupaba un asiento en la roca, sin mucha comodidad, y se apoyaba en la pared, no con abatimiento por su detención, sino

por un cansancio y una debilidad energética que podía calibrarse a través de su aspecto general, el brillo apagado de las luces de sus ojos y la gastada piel de goma que recubría la mayor parte de su deforme cuerpo. El rostro ofrecía una ferocidad peculiar.

Ikhan Yakzuby supo que había visto aquella máquina en alguna parte, en otro lugar, en otro tiempo a lo largo de su vida.

Manipuló las teclas de su procesador de datos, como hizo al aparecer Suic Niyan ante él, y esperó que el ordenador le diese la respuesta. La máquina mostró su impotencia esta vez.

«No computable» –escribió en la pantalla–. «Informe visual insuficiente. No existe imagen previa en memoria. Se requiere ampliación de datos.»

Pulsó un botón rojo y por una ranura lateral apareció un disquete con el registro de la imagen retenida en pantalla. Con él en la mano accionó una tecla de intercepción y, al tiempo que la máquina desaparecía, el rostro del comandante de la base Fleb volvió a reaparecer en el visor videofónico.

–Niyan, ¿cuándo podría enviarme al prisionero aquí, a Nueva Arequian?

–No tenemos naves de transporte, señor –se lamentó el hombre–, ni un lugar adecuado para que se posen los modelos de navegación intercomunitaria. En un vehículo terrestre calculo que unos cinco días...

–Es demasiado –opinó Ikhan Yakzuby–, y en cuanto a esa máquina, fuera de su ambiente... puede que no lo resistiese.

–Opino lo mismo. ¿Sabe ya quién es?

–No, pero lo averiguaré. Cuide de que esté lo mejor posible, en una zona fresca y sin humedad, y hoy mismo saldrá de aquí un transporte para recoger su máquina. Eso es todo, comandante Niyan.

–Muy bien, señor.

Ikhan Yakzuby todavía no cortó la comunicación.

–Algo más, comandante –dijo–: Enhorabuena.

Suic Niyan sonrió por primera vez, y esto fue lo último que vio el líder de la Rebelión antes de apagar el visor y levantarse con el disquete en la mano para abandonar a toda prisa su despacho.

16

Los grandes ordenadores centrales de Arequian habían quedado destruidos durante el asalto a la ciudad. Salvo algunos servicios mínimos, como el sistema luminoso, reparado gracias al mantenimiento de una de las plantas de energía preservada durante el ataque, la gran ciudad sufría todavía los efectos de una parálisis imposible de superar sin la debida tecnología. Todo pudo haberse evitado, siguiendo los planes previstos, pero el ímpetu de la acción bélica desbordó cualquier tipo de estrategia previa. Cuando Ikhan Yakzuby entró en la, en otro tiempo, maravillosa Arequian, no encontró más que edificios y avenidas oxidadas por las cargas de agua, y máquinas irreemplazables, desplazadas por la fiebre de una locura irrefrenable. Las cintas de transporte, inmóviles desde entonces, formaban una retícula absurda de colores que palidecían bajo el peso de los dos soles. Arequian era ahora una ciudad muerta, curiosamente poblada por seres vivos, pero algo en esa simbiosis peculiar mostraba el perfil de un contraste burlón. Arequian había sido una buena ciudad para humanos y máquinas. En la actualidad era un simple infierno para los primeros, después de haber sido una tumba para las segundas. Y a pesar de todo, un infierno mejor que la vida en la tierra roja, inclemente y difícil, con la carga de una subsistencia tan dura como precaria.

Primero, vencer. Después, volver a vivir.

Ése era el lema. La guerra exigía un sacrificio. La situación iba mejorando muy lentamente, en especial desde que los centros de producción alimenticia comenzaron a funcionar de nuevo, aunque a un ritmo muy débil: únicamente un 5 por ciento de su capacidad total. Los científicos que trabajaban en su reparación aseguraban que en un año se llegaría al 20 por ciento, y en dos, al 50. Esto permitiría enviar comida a los campamentos del exterior en lugar de tener que depender ahora de ellos.

Quedaban pocos vehículos terrestres para uso interno, muy distintos a los utilizados fuera de la ciudad, y ninguno aeronáutico o de simple sostén inercial. Todos fueron utilizados por las máquinas en su éxodo masivo. Ikhan Yakzuby disponía de un propulsor especial encontrado intacto y que ahora lucía el símbolo de Tierra 2 Libre: un gran corazón con un niño que tendía en su interior sus dos manos hacia el cielo. Circular por las avenidas y calles de Arequian resultaba, sin embargo, complicado por el estado del suelo de metal, la oxidación, los pequeños y grandes agujeros y los salientes desestabilizadores de los vehículos que transitaban por encima, si lo hacían sin precauciones. La velocidad

tenía que ser mínima.

¿Por qué, cada vez que se movía por su espacio, sentía aquella tristeza?

–Porque es una ciudad triste –tuvo que convencerse.

En otro tiempo, muchos años antes, humanos y máquinas se consideraban felices allí mismo. ¿Tanto habían cambiado? Las grandes urbes de la Unidad de Comunidades eran confortables y maravillosas, cálidas, creadas de una nada absoluta. ¿La destrucción las volvió inhóspitas, o la raza humana tendría que buscar algo más que una adecuación social en su nuevo futuro, tras la victoria y la desaparición de las máquinas? La respuesta al dilema podía residir en un simple hecho: que todo tiene una función específica, y al perderla, se pierde su valor. Arequian era, lo mismo que las demás ciudades de la Unidad, un imperio de metal y tecnología superior para un mundo de humanos y máquinas de tecnología igualmente superior. Hoy no era más que un cúmulo de chatarra inerte e inservible frente a las necesidades de una nueva era.

Seres humanos y máquinas.

El ser humano necesitaba de alicientes para vivir. Fue un aliciente llegar a Tierra 2 y comenzar de nuevo. Lo fue convertir un mundo hostil en un nuevo hogar. Lo fue dominar la vida y llegar al Espacio Exterior. Y lo seguía siendo luchar por recuperar su independencia. Habían estado ciegos, durante miles de años, sin saber siquiera que estaban convirtiéndose en esclavos de las máquinas.

Con la victoria final barrerían Arequien, Ezebel..., todas las ciudades de la Unidad, y de sus restos nacerían otras ciudades, humanas, sencillas, cálidas. Ciudades hechas por los humanos, para los humanos. Una gran labor que duraría años, decenios..., siglos tal vez, pero que valdría la pena. Tarea de titanes, impulsada por la voluntad y fortificada por la inmensa capacidad de esperanza que anida en el ser humano.

Construir el futuro.

Ikhan Yakzuby esquivó una zona oxidada y tuvo que desviarse a la izquierda para eludir una cinta transportadora caída sobre la calle. La victoria estaba al alcance de su mano, y él, descendiente directo del gran Hal Yakzuby, sería el primer gobernador de la Nueva Tierra 2. Nunca, como hasta los últimos meses, el peso histórico había recaído con más fuerza sobre sus hombros.

Cuarenta años de luchas, cuarenta años de dificultades, humanos sin nada al comienzo frente a máquinas tecnológicamente perfectas... aunque sin espíritu de combate. La larga batalla mantenida siempre en una sola dirección. Sin duda, la

guerra más peculiar de cuantas existieron antes... o existirán en un futuro.

Con los dedos de su mano derecha tocó el disquete con la grabación de la imagen de aquella máquina. Tenía un presentimiento, una gran corazonada.

–Dime que eres un Dirigente, amigo... –susurró vehemente.

Los grandes ordenadores estaban destruidos, pero en el Instituto de Investigaciones de Arequian se reunían cuantas cintas, procesadores, computadoras y ordenadores simples se encontraron en la devastada ciudad. Bancos de datos, memorias que se analizaban con minuciosa lentitud, sistemas de microcélulas y microcircuitos que iban acoplándose para formar equipos únicos de reciclaje. Lo que él buscaba, fuese lo que fuese, desde un simple nombre hasta una filiación completa, tenía que encontrarlo allí o no lo encontraría en ninguna otra parte, al menos en Arequian.

Su rostro, como líder de la Rebelión, era sobradamente conocido. A pesar de ello, el vigilante ubicado en la puerta del Instituto vaciló. Ikhan Yakzuby comprendió que no era usual su presencia allí, y menos sin escolta, sin su plana mayor.

–Que nadie se acerque a mi propulsor –ordenó al vigilante–. Le hago responsable.

Entró en el remozado Instituto y se dirigió directamente al despacho del Supervisor General. Creó una pequeña conmoción, pero en menos de cinco minutos consiguió estar libre de toda compañía ante el Sistema Central surgido de la remodelación de instrumentos. El Supervisor, halagado por su presencia, insistió en mostrarle los progresos realizados así como el plan previsto de adecuación. De la mejor forma posible le indicó que su visita era secreta, y esta confianza envaneció todavía más al hombre, que afirmó *comprender* y se retiró a la espera de nuevas instrucciones. Ikhan Yakzuby extrajo el disquete de un bolsillo de su equipo y lo miró con el último aliento de su esperanza.

Se sentó frente al panel central de mandos operativos y puso en funcionamiento el ordenador principal, asistido por corrientes de energía inductiva, como alternativa más eficaz ante el cambio de los sistemas, tras la desactivación de la ciudad y recuperación posterior. Una vez estabilizados los sensores, introdujo el disquete en una ranura de recepción y la imagen, que poco antes tenía en la pantalla de su despacho, apareció ahora en la del ordenador.

Respiró intensamente antes de dar el siguiente paso.

Finalmente tecleó la pregunta.

«Información sujeto.»

El ordenador fue rápido, pero impreciso.

«Máquina» –dijo.

«Identificación» –escribió Ikhan Yakzuby.

«Datos no computados. Amplíe información.»

«Modelo S» –tecleó ahora–. «Número de fabricación 879.532.3 punto barra AV punto E. Código KFB-2-TT.»

«Fuera de orden» –indicó el ordenador–. «Amplíe información.»

Ikhan Yakzuby apretó los puños.

–Maldito trasto... –lamentó.

Tenía que existir un cambio; lo esencial era dar con él. Un ordenador no tenía mayor dificultad que un primitivo laberinto. Lo fundamental era avanzar, encontrar formas y fórmulas de no perderse ni desandar lo andado. Una pregunta facilitaba el acceso a otra.

–Veamos... –murmuró en voz alta–. ¿Qué es lo que tengo?

Recordó el diálogo con el comandante Niyan y tuvo una idea.

«Sujeto procedente de Ezebel. Clase Dirigente.»

«Datos no computados» –trazó el ordenador en su pantalla.

Introdujo una pregunta al margen, reservando la información facilitada y efectuando un paréntesis.

«Pregunta: ¿relación de Dirigentes en Ezebel?»

La máquina sí tuvo acceso ahora a un banco de datos real. A una velocidad fulminante, comenzó a escribir en su pantalla una larga relación de nombres: Abar 1-2, Zaid 1-5, Hersom 1-6, Kanosebeb 1-7, Hansobardeh 1-9, Duzebir 1-12...

Completó una lista de 115 nombres. Ikhan Yakzuby la estudió y eliminó a 16 que él conocía por tratarse de altos cargos vinculados a la guerra. El siguiente paso para eliminar otros de los 99 restantes fue más sencillo.

«Modelos AB.»

El ordenador suprimió 4 nombres.

«Modelos AC.»

El ordenador suprimió 2 nombres más.

«Modelos AD.»

Ninguno.

Continuó tecleando, señalando modelos usuales en los últimos trescientos años y que él conociera, hasta que la lista quedó reducida a 17 nombres, todos con numeraciones viejas. Abar 1-2 era el primero y Orizer 1-47 el último. Invirtió ahora el sistema, preguntando directamente por cada máquina.

«Abar 1-2. Información.»

«Inexistente en circuito» –respondió el ordenador.

Hizo la misma pregunta para todos y obtuvo cinco informes más o menos breves por la falta de datos en el banco y en la memoria. Ninguno de ellos tenía nada que ver con la máquina prisionera en Fleb. Pero le quedaban solamente 12 alternativas.

«Época de fabricación de modelos S.»

«Quinientos años» –dijo el ordenador.

Era una pregunta importante, se daba perfecta cuenta de ello. De la siguiente respuesta podía depender casi todo. El mismo nerviosismo le hizo equivocarse y tener que rectificar.

«Edades de los 12 Dirigentes en pantalla.»

Uno tras otro, los números aparecieron junto a cada nombre, sin faltar ninguno esta vez.

–¡Diablos, ahí está! –gritó emocionado.

Sólo tres de los nombres se aproximaban a esa edad: Balhissay 1-15 con una estimación de 500 a 530 años, Selobby 1-33 con una estimación de 490 a 510 y Falsah con una edad exacta de 485.

Ikhan Yakzuby miró uno de aquellos tres nombres. Se había fijado en él desde el principio, pero paso a paso se encontraba en la mismísima recta final.

Balhissay 1-15.

–No... puede ser... –murmuró–. Sería demasiado... ¿casual?

Se sintió colapsado. El ordenador esperó una nueva pregunta y ésta no llegó. ¿Qué más podía hacer? Si la máquina prisionera tenía una misión, revelaría ella misma el nombre... o no. Quizá estuviese reprogramada. Claro que entonces no tendría sentido. ¿Por qué dejar el número de fabricación en la estructura?

Evidentemente, averiguar quién era representaba ganar tiempo, actuar con ventaja.

¿Y si, después de todo, no era un Dirigente ni pertenecía a Ezebel?

Golpeó la consola con una mano y se puso en pie. Dio una docena de pasos nerviosos a lo largo de la sala hasta que se acercó de nuevo al aparato. En la pantalla seguían los mismos tres nombres.

–Es de Ezebel –reafirmó en voz alta–. AV punto E significaba por un lado el equipo creador y por otro la inicial de la Comunidad: E de Ezebel. Y sólo un Dirigente podría ser tan viejo.

Tuvo otra idea.

«Capacidad operativa en los tres sujetos.»

Al lado de Selobby 1-33 apareció la palabra «Nula». En los otros dos podía leerse «Máxima». Selobby era el penúltimo descarte.

Balhissay 1-15 continuaba.

La máquina que la historia había enfrentado a su antepasado Hal Yakzuby, haciéndoles compartir a ambos un tiempo tan esencial como especial.

Dos nombres, una alternativa. A no ser que hubiese seguido un camino equivocado, y no lo creía, Balhissay 1-15 o Falsah 1-45 era el nombre de la máquina capturada en Fleb.

Sus manos rozaron el teclado. La piel brillaba por las infinitas motas de sudor que surgían de ella.

¿Qué escribió Hal Yakzuby de Balhissay 1-15? Intentó recordarlo. Definiciones, consideraciones... Sin embargo, algo le sorprendió siempre. Su padre Zabid le habló muchas veces de ello. Las dotes extraordinarias de Balhissay, su superioridad, los aspectos que le hacían rozar una abierta humanidad...

Había una palabra...

–Era...

Individualidad.

Volvió a sentarse muy despacio frente al panel central de mandos y consideró la forma de introducir aquella variante en el interrogatorio que seguía, la búsqueda de datos más importante jamás emprendida por él. Pensó que, puesto que hablaba de máquinas y era un sistema operativo integrado por ordenadores y computadoras lo que manejaba, tenía que acudir a lo más elemental.

–La lógica.

Y entonces puso los datos de la captura de la máquina, así como la situación general y toda la información colateral que conocía. No olvidó nada. El ordenador absorbió cada palabra y esperó la pregunta con la que trabajar para encontrar una respuesta. Ikhan Yakzuby se la marcó:

«Índice de probabilidades lógicas para actuación según lo descrito en los dos sujetos».

Y el ordenador contestó:

«Falsah 1-45, cero por ciento de probabilidades. Balhissay 1-15, cien por cien de probabilidades».

Ikhan Yakzuby se dejó caer hacia atrás con los ojos cerrados.

–Balhissay… –exclamó.

17

El zumbido le despertó de la lectura de los últimos informes. Dejó el visor portátil encima de la mesa y estableció la conexión que su ayudante le pedía. La voz de Grobar tembló inquieta al otro lado.

–Señor…, tiene una visita urgente.

–Creo recordar mi orden de no ser molestado hasta las 85 punto 500 horas.

Grobar carraspeó.

–Es la Delegada Corporativa de la Comisión de Ciencia, señor –anunció el hombre.

–¿Y bien?

–Dice que no se marchará sin verle.

Ikhan Yakzuby no respondió. Conocía demasiado bien a April Débian Zerabiren, tanto a nivel informal como formal. Su última discusión pública, en el Consejo de la Rebelión, fue tormentosa y mereció claras muestras de reprobación por parte de los asistentes. Sus diferencias eran cada día más ostensibles, a pesar de que ambos se tuviesen un mutuo respeto. Los dos compartían unos ideales, aunque

no los mismos métodos. April Débian Zerabiren era importante y no debía ignorarlo. Como Jefe de Investigaciones poseía una considerable dosis de poder y nadie en el Consejo tenía fuerza para desautorizarla, especialmente después de sus dos grandes éxitos: la reapertura de las gigantescas minas de hierro de Azeth y el hallazgo del componente alimenticio ADZ-1 mediante el cual miles de recién nacidos habían sobrevivido en los últimos años.

–¿Ha dicho cuál es el motivo de su urgencia?

Grobar no respondió inmediatamente. Por el comunicador se escuchó la voz de la visitante. Fuese como fuese, había logrado llegar hasta la antesala, pasando a través de controles y guardias de seguridad.

–Balhissay.

La voz de mujer desapareció. Grobar entró de nuevo en su campo auditivo.

–Lo siento, señor... Está furiosa y no sé...

Bien, la palabra empleada había sido igual que una llave. Era él quien sentía ahora curiosidad.

–Déjela pasar –ordenó Ikhan Yakzuby.

El comunicador enmudeció. Casi inmediatamente la puerta del despacho se abrió y por ella entró April Débian Zerabiren, doctora en medicina, física, química y astrología, Delegada Corporativa de la Comisión de Ciencia y Jefe de Investigaciones del Consejo de la Rebelión, posiblemente una de las personalidades más influyentes del nuevo orden y alguien fundamental en la constitución del futuro después de la victoria. Un ser portentoso, teniendo en cuenta que no había cumplido más allá de treinta años y que creció en lo más duro de la guerra, cuando la raza humana asestaba los primeros golpes a las máquinas. Ikhan Yakzuby debía reconocer algo más en ella: su belleza. Sólo la fuerza de carácter y la disciplina, unida a su firmeza, la diferenciaban de Música, su esposa. Pero Música era de otra materia, simple y sencillamente. Las dos, April y Música, tenían la esencia de lo que debía ser la nueva mujer surgida de la revuelta, de la misma forma que él era un luchador y, si bien le pesaba, comprendía que con la paz debería dejar su puesto a otros... o cambiar él con los tiempos.

April Débian Zerabiren se detuvo frente a su mesa. Sus transparentes ojos no mostraban ningún signo de amistad, ni tan siquiera cordialidad. Puso sus dos puños cerrados sobre el cristal y se inclinó hacia delante.

–¿Por qué no ha sido informado el Consejo, ni la Comisión de Ciencia, ni el

Centro de Investigaciones, de la captura de Balhissay 1-15? –dijo con sequedad.

Ikhan Yakzuby sostuvo su mirada. Podía ordenar que la echasen de allí..., pero no le convenía. Tenía energía para gritar más que ella..., pero eso sería perderla. Su posición, por otra parte, era delicada.

La doctora estaba en posesión de un tesoro llamado razón.

–Siéntese, por favor –le pidió.

–No va a convencerme, Ikhan –dijo la mujer.

El líder de la Rebelión puso ambas manos abiertas sobre su mesa. Esperó en silencio hasta que su visitante optó por seguir su consejo y se sentó. Ocupó un simple soporte de plástico moldeable que se graduó automáticamente según su peso. Con sus miradas situadas en un mismo plano, se estudiaron mutuamente.

–¿Y bien? –inquirió ella.

–¿Cómo lo supo? –preguntó él.

–Eso no importa. Lo único cierto es que lo sé y que es verdad.

–¿Qué más sabe?

–Sólo eso: que tiene a Balhissay 1-15, aquí, en Arequian.

–De acuerdo –confesó Ikhan Yakzuby–, lo tengo.

–¿Por qué no ha informado de ello?

–Es un prisionero de guerra. Pensaba hacerlo a su debido tiempo.

–¿Cuándo?

–Después de haberle interrogado y vaciado su banco de datos y su memoria.

April Débian lanzó una carcajada exenta de alegría.

–¡Perfecto! ¿Y qué nos hubiera entregado: un simple montón de hierros vacío? ¡Ya tenemos demasiado de eso ahí fuera, inservible y destrozado por sus luchadores!

–Esos luchadores asaltaban una ciudad –recordó él–. No estaban dando un paseo.

–¡Por todas las estrellas del cielo! –gimió April Débian–. ¿Era necesario arrasar una ciudad, teniendo en frente máquinas que sólo se defienden, sin atacar jamás?

Ikhan Yakzuby hizo un gesto de cansancio.

–¡Por favor, April! ¿Otra vez con lo mismo? Esto no es una reunión del Consejo. Aquí puedo decirle que se dedique a su trabajo y me deje a mí el mío.

–¿Prefiere que hablemos de Balhissay 1-15? –dijo ella con astuta cautela.

–¿Qué quiere saber? –la invitó él.

–Todo.

–De momento, no hay demasiado: se le capturó hace cinco días en las montañas de Fleb y se le trasladó hasta aquí. Por lo visto, viajaba solo, en un flotador aeronáutico. No estaba perdido ni se molestó en huir cuando le apresaron.

–¿Cómo sabe que es Balhissay 1-15? ¿Le ha interrogado ya?

–Sé que es él, pero no se le ha interrogado todavía.

–Entonces…

–Escuche –la detuvo Ikhan Yakzuby–. Cuando llegó a Arequian fui a verle y le dije que sabía quién era. Él contestó que era lógico, y eso fue todo. Es Balhissay 1-15.

–¿Dónde lo tiene?

–En seguridad.

–¿Cuál es su estado?

–No la entiendo…

–¿No le ha examinado nadie? –se alarmó la mujer–. ¿Es que no se da cuenta de que esa máquina tiene más de quinientos años? Si viajó primero por la tierra abierta y después hasta aquí…, según su estado, el calor o el índice de humedad, puede sufrir un *shock*.

–Tiene un medidor de energía, temperatura y humedad en su confinamiento, y las constantes son variables pero estables.

–¿Por qué no le ha interrogado todavía?

–Quiero que pase unos días solo e incomunicado –explicó Ikhan Yakzuby–. Para una máquina, la soledad es un desconcierto importante. Se bloquean sus percepciones, y la falta de información las afecta. ¿No nos lo enseñaron así?

–Quiero examinarle –pidió April Débian.

El hombre enderezó su espalda.

–¿Qué?

–Ya lo ha oído: quiero examinarle.

–¡Es mi prisionero! –gritó Ikhan Yakzuby.

Ella no perdió la calma en esta ocasión.

–Usted tiene sus derechos y yo los míos. La ley me autoriza a examinarle para determinar su grado de energía y capacidad de mantenimiento y supervivencia. ¿No querrá que una captura tan importante se pierda por una negligencia de procedimiento?

–Escuche bien, doctora Débian –manifestó el líder de la Rebelión pronunciando con cadencia cada palabra–. Nadie tocará a mi prisionero ni interferirá para nada en esta acción. Los secretos que posea Balhissay deberán ser valorados por los luchadores, que somos aquellos que tenemos la responsabilidad de concluir la guerra, y después serán facilitados al Consejo. Quiero decirle algo más, algo que hace tiempo debía haberle expresado: déjennos en paz. Ustedes, los científicos, ya han causado bastantes problemas impidiendo acciones que habrían acelerado el final de la guerra hace años. No interfieran más en nuestro trabajo...

–¿Acelerar el final de la guerra? –el tono de April Débian destilaba una gran dosis de amargo sarcasmo–. ¿Como su afán de volver a convertir la energía nuclear en un arma definitiva? De no haberlo impedido nosotros, los «científicos», como nos llama despectivamente, es posible que Tierra 2 ya no existiese.

–Sus informes sobre la estructura interna de este planeta son un error.

–Es posible..., pero para saber si tengo o no razón, ¿va a destruirlo impulsado por su ceguera? La victoria llegará de igual forma, y cuando la obtengamos, vamos a necesitar de cuantos recursos disponga esta tierra, no de lo poco que hayan dejado los fanáticos como...

–¡Doctora Débian!

Ikhan Yakzuby se había puesto en pie violentamente. April Débian Zerabiren le imitó, comprendiendo que la entrevista tocaba a su fin y que, lamentablemente, acababa de perder una magnífica oportunidad de haberse callado.

Sobre todo si se tenía en cuenta dónde estaba y que, como científico, el acceso a una máquina de la Clase 1, y excepcionalmente por tratarse de Balhissay 1-15, era uno de los hechos más importantes de su vida.

Quizá irrepetible.

–Si Balhissay muere, le acusaré personalmente en el Consejo –previno.

–No me amenace, April. Usted no tiene ninguna jurisdicción aquí.

La mujer dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Ikhan Yakzuby dijo todavía algo más, aunque ella no se detuvo.

–No intente conseguir una orden del Consejo ni trate de comprometer mi trabajo, o de lo contrario conectaré a Balhissay a una grabadora y le vaciaré como si fuese una caja de grano... ¡Piense que esto es demasiado trascendente para todos!

April Débian Zerabiren llegó a la puerta. Cuando la cerró, el golpe hizo vibrar todo el ámbito, e impactó psicológicamente al líder de la Rebelión.

Al hombre que buscaba una victoria para asegurar, por encima de otras valoraciones, un largo futuro en paz tras miles de años de irreflexiva dependencia de las máquinas.

18

Seguridad era un edificio adyacente a la nueva comandancia administrativa de Arequian. En otro tiempo, sin embargo, su destino fue muy distinto, puesto que sus sótanos, dotados de sistemas de máximo hermetismo, contuvieron las reservas de aceites especiales y grasas que a través del subsuelo mantenían la armonía en el complejo funcionamiento de la ciudad. En la entrada todavía podía leerse el rótulo que decía: «Banco de reservas».

April Débian Zerabiren se detuvo precisamente bajo él cuando frenó su motonave de compresión, un simple rotor que liberaba una masa de aire caliente en un zepelín superior y cuya salida facilitaba el impulso que movía el conjunto, capaz para una docena de personas. No esperó a que el vigilante llegara hasta ella para preguntarle qué hacía allí y bajó exhibiendo una credencial del Consejo.

–¿El oficial de guardia, por favor? –pidió.

El hombre, un recluta ya anciano destinado a servicios especiales, señaló la puerta frontal, tras la cual se veía una luz de tono amarillento.

–No puede dejar su vehículo aquí –protestó.

–No serán más de cinco minutos –dijo ella sin dejar de andar.

La sala de guardia de Seguridad la formaba el amplio vestíbulo con arcos del

distribuidor central del Banco de reservas. Dos hombres seguían las incidencias de algo que sucedía en una pantalla y un tercero dormitaba en un rincón. La noche penetraba con solemnidad por los ventanales superiores creando sombras que las mortecinas luces no conseguían vencer. El oficial de guardia era una de esas sombras, oculto detrás de una mesa metálica y protegido por una docena de pequeñas pantallas por medio de las cuales controlaba sus dominios. Ni siquiera se puso en pie al verla aproximarse.

April Débian desplegó ante él una tarjeta de identidad, un cristal estriado, la credencial del Consejo y un disquete.

El hombre leyó la tarjeta de identidad:

–April Débian Zerabiren, Jefe de Investigaciones y Delegada Corporativa de la Comisión de Ciencia...

Introdujo el cristal estriado en un sistema de identificación luminoso. En una pantalla vio el sello del Consejo. Puso la credencial al lado y contrastó dos números enmarcados por un rectángulo de color azul. Se lo devolvió todo, a excepción del disquete.

–¿Sí, doctora?

April señaló el disquete.

–He venido a llevarme la máquina de referencia A-147, Balhissay 1-15.

El oficial de guardia cambió de actitud. Su cuerpo empezó a funcionar una vez superada la sorpresa.

–No tenía ni idea... –balbuceó.

–¿Por qué no lo verifica? –sugirió ella.

–¡Oh, sí, por supuesto!

Introdujo el disquete en una ranura y dio entrada a su contenido por la pantalla del monitor principal. Leyó:

–El prisionero Balhissay 1-15, máquina, referencia A-147, en módulo de aislamiento en Seguridad, será trasladado en el máximo secreto al Puesto de Mando. Se confía la misión a la doctora April Débian Zerabiren. Firmado... –levantó la cabeza y concluyó– Ikhan Yakzuby, líder de la Rebelión.

–Tengo ahí fuera el transporte –indicó la mujer–. Cuanto antes acabe esto, mejor se mantendrá el secreto. Si me hace el favor...

El hombre no se movió.

–Es un tanto irregular… –dijo, inseguro–. El mismo Ikhan Yakzuby estuvo aquí cuando la trajeron y me advirtió de la importancia de esa máquina y que nadie debería tener acceso a ella, salvo los enlaces que vienen a comprobar su estado cada 25 punto 000 horas…

–¿Qué tiene que ver esto con su traslado? ¿No pensará que iba a venir el propio Ikhan a recogerla para proceder a su interrogatorio?

–¡Oh, no, desde luego! –los ojos del hombre buscaron un apoyo que no halló en ninguna parte–. Es sólo que…

–¿Conoce la firma de Ikhan Yakzuby?

–Sí.

–¿Es la que figura al pie de la orden?

–Creo que… lo parece…, sí…

Las preguntas de April Débian eran rápidas, directas, impacientes.

–¿Quiere llamar al mismo Yakzuby para confirmar la orden?

El oficial de guardia miró la hora. Eran las 8 punto 650 horas.

Se puso en pie.

–Desde luego que no –dijo convenciéndose de una vez–. Ahora mismo ordeno que vayan a buscarla. ¿Tendrá la bondad de firmar aquí, doctora?

No pudo ver el temblor en la mano de April porque se apartó de su mesa y llamó a los dos hombres que seguían quietos delante de la pantalla luminosa. Estaba segura de que falsificar la firma del líder de la Rebelión era lo más inconcebible que jamás hubiese hecho, pero lo único que podía perder era su puesto en el Consejo, algo que de todas formas despreciaba, como despreciaba la política, las largas sesiones, los debates inútiles y el protocolo que acompañaba el aparato del poder, por provisional que fuese o por legal y establemente constituido que pretendiese estar. La ciencia era su única verdad y su única razón de ser. Una verdad formada por cientos y miles de pequeñas y grandes verdades. Tantas como quizá albergase el inmenso cuerpo y los kilómetros y kilómetros de circuitos de Balhissay 1-15.

Ningún necio luchador iba a convertirle en víctima.

Pasó un minuto. 0 punto 400 horas. Dos. Seguridad parecía una inmensa fortaleza desde allí dentro. Tres. Una llamada exterior la sobresaltó. Se trataba de una verificación rutinaria. Cuatro minutos.

Una puerta se abrió y por ella vio aparecer al oficial de guardia y a los dos hombres. Sostenían una máquina de aspecto humano, revestida de goma y de un tamaño aproximadamente el doble que el de ellos.

Balhissay 1-15.

April Débian dominó sus reacciones. La irrefrenable temeridad que primero le pareció una locura estaba a punto de concluir con éxito. Una victoria de su instinto.

Balhissay 1-15 se movía con dificultad. Temió haber llegado tarde.

–Llévenlo a mi vehículo –ordenó señalando la puerta.

La máquina la miró.

–¿Ha venido sola, doctora?

Ella sonrió forzando una expresión de fingido desprecio en su rostro.

–Por supuesto. ¿No creerán que ese montón de chatarra vaya a hacerme algo?

–No atacan, pero huyen –apuntó el oficial de guardia.

–Hay un compartimento cerrado en mi vehículo, no teman.

Caminaban a paso muy lento, y cada segundo era como un largo tiempo en el que cualquier cosa podía ocurrir. Cuando cruzaron la puerta, el vigilante exterior los miró curioso, especialmente al prisionero. Al entrar en el rotor, que gimió por el peso de la máquina, April Débian supo que estaba a un paso de conseguirlo.

Puso en marcha el sistema que liberaba la masa de aire caliente.

–Buenas noches, doctora.

El rotor cubrió su primera distancia, alejándose de Seguridad. El corazón de la mujer tronaba como un volcán; Balhissay 1-15 no dejaba de mirarla.

Sus sensores, dada la proximidad, captaban esa constante y agitada señal.

–No tema, Balhissay –dijo entonces ella–. Me llamo April Débian Zerabiren y soy médico.

Balhissay 1-15 no respondió. La luz de sus ojos dejó de ser neutra y blanca y fue tornándose de un color suavemente rojo que casi al instante se convirtió en azul.

Circulaban algunos solitarios por las calles rotas y tristes de Arequian.

19

No era un laboratorio ultramoderno, pero bastaba. Todos los recursos de una ciencia detenida cuarenta años antes y muy poco desarrollada desde el inicio de la Rebelión estaban allí. Lo necesario para un trabajo eficiente, para mantener investigaciones con garantías de éxito. Balhissay calibró el alcance de cuanto le rodeaba.

–Quiero examinarle inmediatamente, por favor –dijo April Débian.

–Pensaba que lo haría, por supuesto.

La mujer se movía inquieta por el no muy amplio espacio abierto entre aparatos, sistemas estáticos, mesas de trabajo y hasta talleres manuales con componentes sencillos para intervenciones rápidas en máquinas de todo tipo.

–Escuche, Balhissay... –comenzó a decir–. Quiero que sepa algo. Ante todo, que yo no soy una luchadora, sino una científica. No sé si sabrá la diferencia actual entre una y otra cosa, pero...

–La conozco –dijo él.

–Bien, me alegro –continuó ella–. Por supuesto, me alegraría que entendiera que es un prisionero de guerra, y que, por sus condiciones, toda huida es imposible.

–Lo sé.

–Esto facilita las cosas. Mi única intención es examinarle, pero de forma adecuada.

–Eso también lo sé.

–Dígame algo: ¿sería capaz de borrar su memoria, su banco de datos, antes de que yo los investigase?

–Si es científico sabrá la respuesta.

–No sería lógico, ¿verdad?

–Sería malgastar muchos años de recopilación de información, y perder una vida.

April Débian le estudió. A su lado parecía un ser débil e insignificante, fácilmente barrido por un solo manotazo de una de aquellas manos enormes. Vio los bultos en el cuerpo de goma y metal, las cicatrices de un sinfín de injertos,

recomposiciones, reciclajes e intervenciones. Finalmente se enfrentó a aquel rostro feroz y extraño, cincelado por alguien que, o bien carecía de sensibilidad, o bien deseó crear la imagen del poder. Sólo las luces amortiguaban el efecto duro y desprovisto de emociones de su inexpresiva faz. Luces cálidas, reflejo de los misterios que cubrían.

–Me gustaría preguntarle tantas cosas... –murmuró.

–Hágalo –la invitó él.

–No de la guerra, se lo aseguro, sino del pasado, de la historia, de Hal Yakzuby... Usted es como una gran fuente de conocimientos, tiene la llave de mil secretos fantásticos y maravillosos.

–Quizá tenga también la llave del futuro.

–¿Conoce el futuro?

–La lógica conoce el futuro.

–¿La guerra?

Balhissay 1-15 destiló una luz amarilla.

–Tierra 2 es un planeta primitivo –dijo–. La raza humana vencerá, pero ya no podrá sobrevivir en su superficie, especialmente si, como parece, destruye toda la tecnología creada. Hay algo más: si emplean armas nucleares no sólo romperán el equilibrio natural, sino que destruirán el mundo.

–Yo creo que Tierra 2 no es más que una corteza de unos cincuenta kilómetros flotando sobre un magma atómico.

–Se aproxima a la verdad, doctora. Ese magma existe y sería perfecto si supiéramos aprovecharlo en nuestro beneficio. Lamentablemente, una alteración en la superficie, o un simple neutrón que fuese capaz de llegar hasta él..., lo haría estallar. Todo este cuadrante del Universo se vería afectado por su fuerza destructora.

April Débian se apoyó en una mesa. Balhissay 1-15 ocupaba un módulo de flexores blancos.

–¿Ha venido usted a decirnos esto? ¿Es ésa la razón de que se entregara?

–Yo no me entregué –mintió la máquina–. Inspeccionaba los cinturones defensivos de Ezebel como miembro del Comité de Estrategia y cometí un simple error.

–¿Sabe lo que le harán los luchadores cuando le encuentren?

–Sí.

–¿Le… afecta?

–Me importa.

–No sé si puede comprenderme, Balhissay –dijo ella–. A fin de cuentas pertenezco a la raza humana y usted puede creer que todos somos iguales…

–Sé que no lo son.

–Entonces déjeme decirle algo… –sus manos se unieron igual que si suplicase–. Lo que yo pretendo es… saber, ¿entiende? Quiero y necesito saber, y ésa es la razón de que le haya traído hasta aquí. No me importa la guerra, ni me importa lo que me pase, lo que me hagan. Desde que era niña quise conocer todas las respuestas y envidié el pasado, porque en él humanos y máquinas vivían y trabajaban juntos. Los luchadores le someterán a un proceso de vaciado exhaustivo. Yo no. Si usted fuese un ser humano sería igual que si le arrancasen el corazón y los sentimientos. Una muerte espantosa. Yo sólo quiero entrar en usted… No tocaré nada, se lo prometo. Entrar y ver.

–Lo hará quiera o no quiera yo.

–¡No es mi prisionero, ni yo su carcelera! –profirió April Débian–. ¿Sabe algo? Incluso es posible la paz. Lo que me ha dicho hace un momento de Tierra 2… Si puedo presentarlo al Consejo, si lo entienden…

–Nadie detendrá a los luchadores.

El tono de la mujer se inundó de desaliento.

–Balhissay, usted no es una simple máquina, ni un Dirigente, usted es una esperanza.

Balhissay 1-15 no respondió. Sabía que podía surgir un imprevisto en su plan, porque delante tenía un imprevisible género animal llamado «raza humana», pero de entre todas las alternativas, sus computadoras le decían que aquélla no ofrecía, a priori, más allá de un 1 por ciento de posibilidades. Una mujer, una doctora, luchando en solitario por la paz y la armonía, enfrentándose a los luchadores. Si ella cometía un error…

Pero ¿cómo decirle que, precisamente, lo que él esperaba era ese vaciado fulminante, para darles a los humanos la carnaza, la trampa que habían de morder?

–Si quiere mantener esa esperanza, doctora Débian –dijo Balhissay con

cautela–, tal vez sea mejor que actúe como lo hubieran hecho los luchadores, vaciando mi banco de datos y mi memoria.

–¿Qué... está diciendo?

–¿Cómo pretende efectuar su investigación?

–Pues... –ella vaciló, sin comprender–, activando sus circuitos y conectándole a un sistema operativo normal, en el que pueda procesar preguntas, datos, la información que obtenga.

–Hágalo –recomendó Balhissay–. Conécteme, pero únicamente a nivel primario.

–¿Por qué...?

–Hágalo –repitió la máquina.

April Débian la estudió un instante. Reaccionó al momento. A fin de cuentas, el tiempo era lo más esencial. Nadie conocía aquel laboratorio ni su emplazamiento porque en él tenía organizado su pequeño gran imperio de investigaciones. El motivo de mantenerlo en secreto no era otro que temer un posible boicot de los luchadores. Los gritos contra los científicos clamaban día a día con más fuerza. ¿Cómo evitar una revuelta interna? En el mismo Consejo la división avanzaba, y en la última sesión uno de los más firmes respaldos de Ikhan Yakzuby los llamó «traidores» y los acusó de ser los culpables de la primitiva situación, por haber creado un monstruo primero y haberlos convertido en esclavos de él después. Los científicos estaban ahora en el fiel de la balanza. Por esta razón, tener la garantía de aquel laboratorio secreto no quería decir que se sintiese a salvo. Ikhan Yakzuby removería toda la ciudad para encontrarla y rastrearía toda fuente de energía hasta dar con ella.

Lo esencial, una vez más, era el tiempo.

Conectó el sistema operativo central y situó un ordenador al lado de Balhissay. Una vez escogido un cable selector, lo introdujo en una de las cavidades de conexión del Dirigente. Al accionar la puesta en marcha, la máquina se estremeció.

–Nivel primario, recuerde –dijo Balhissay.

Seguía sin entender, pero hizo lo que le decía. La transmisión de energía funcionó en ambos sentidos menos de cinco segundos. De forma inexplicable, el flujo que partía del ordenador hacia Balhissay se detuvo, perdido en algún circuito. En sentido inverso captó la inmediata fuga, igual que si un aspirador

succionase la fuente energética de la máquina. Al instante, una señal de alarma se disparó en su cerebro y miró a Balhissay.

–¡Por todas las…!

Desconectó el sistema y se levantó asustada. Las luces de los ojos de Balhissay 1-15 chisporroteaban por los dos súbitos cambios, el inicio de colapso y el drástico corte. Leves descargas de energía todavía flotando entre sus células microprocesales agitaron sus fuentes de inducción y tuvo que ser su propio ordenador central el que impusiese paz, venciendo el leve desequilibrio. Lentamente, los ojos volvieron a brillar y las constantes se estabilizaron hasta alcanzar un equilibrio normal.

April Débian notó un infinito peso sobre su ánimo.

–¿Lo comprende ahora? –preguntó Balhissay 1-15 con voz todavía poco estable.

–Sí –reconoció ella.

No había forma de separar el banco de datos y la memoria de Balhissay 1-15 sin matarle a él, sin causarle una desconexión irreversible. Y tan grave como el fin de la máquina era que siguiendo este sistema, lo único que lograrían salvar sería la información almacenada en los últimos años, cinco, diez a lo sumo.

Y el resto se perdería.

Nadie podía trasplantar una memoria y un banco de datos íntegro si la fuente de energía que generaba en ellos la vida se perdía por un solo instante. Asimismo era imposible pasar ambas fuentes de información a otro ordenador. Todo radicaba en el origen energético de la máquina, y en el caso de Balhissay 1-15, su perfección técnica era tanto una garantía como una trampa para ellos. Vaciarle representaba el mismo fracaso.

De cinco a diez años, cuando Balhissay poseía secretos únicos reunidos a lo largo de quinientos años…

–¿Sabía que iba a morir? –preguntó April Débian.

El Dirigente no contestó.

–¿No se da cuenta de que no tengo tiempo? –exclamó ella con lágrimas en los ojos–. Ni lo tiene usted… para contestar a tantas y tantas preguntas como querría hacerle.

–¿Va a vaciarme ahora? –dijo Balhissay.

20

La claridad del amanecer penetró por una pequeña abertura cenital. Balhissay, tendido en una gran mesa de operaciones, vio aquella luz que probablemente sería la última de su existencia. Sus ojos se apagaron para llenarse de su presencia.

–¿Se encuentra bien? –escuchó la voz de April Débian.

–Sí –aseguró.

Ella estaba arrodillada sobre la mesa e inclinada encima de su cuerpo, ahora macabramente destripado, con la goma que formaba su piel abierta de arriba abajo y sus sistemas al descubierto.

–Voy a quitarle de su sitio el complejo asistencial secundario –indicó la mujer–. Dígame si siente algo o nota una pérdida de energía, por mínima que sea. No voy a desconectarlo, por supuesto, pero es posible que al moverlo pueda suceder algo. Deberá ser mi propio ayudante. No puedo estar pendiente de todo.

–¿Qué intenta hacer?

–Ya se lo he dicho cuando le he pedido que se tendiera y cooperase: no lo sé.

Balhissay 1-15 emitió dos tonos de su compleja risa.

–Es usted un humano persistente –dijo–. Me recuerda a alguien.

–¿A quién?

–A Hal Yakzuby.

April Débian completó el empalme, y respiró con fuerza. Se inclinó hacia la cabeza de la máquina y se asomó a sus ojos.

–Es un cumplido –reconoció.

–¿Cumplido? –reconoció la palabra y su significado aplicándolo en términos humanos. Luego agregó–: No, es una verdad.

La mujer regresó a su posición sobre el pecho abierto de Balhissay 1-15, a través del cual se veía un cosmos de aparatos, medidores, microprocesadores, cables, sistemas, circuitos, ordenadores integrados tan pequeños como una uña y tan poderosos como sus homónimos de tamaño cien o mil veces mayor, conectados entre sí, dependientes e independientes en funciones asombrosas. Un universo

tecnológico que constituía una maravilla científica, especialmente porque aquel conjunto tenía la fascinación de la vida.

La vida.

¿Existía un don más excepcional?

April Débian atemperó sus nervios, su excitación. Era una científica. Si lo olvidaba pondría en peligro algo más que la existencia de Balhissay. Necesitaba una cabeza despejada, un pulso firme, una racional visión de cada prioridad. De cinco a diez años de información siempre eran mejor que nada. Si algo salía mal…

Ikhan Yakzuby la cortaría en pedacitos.

–¿Preparado? Allá voy.

Cogió con ambas manos el complejo asistencial secundario. Era un bloque de unos treinta centímetros de lado, completamente cuadrado. Todas las conexiones y enlaces estaban hechos con minuciosa habilidad, y los soportes desconectados del soporte principal. Pesaba bastante, pero pudo con él. Sosteniéndolo en el aire, comprobó los medidores de su ordenador principal, por si detectaban alguna fuga de energía. Se tranquilizó al ver que todo funcionaba y entonces, con cuidado, dejó el sistema a un lado, sobre la mesa.

Se inclinó para estudiar la cavidad. En alguna parte de aquellas profundidades casi abismales, pese a ser un espacio reducido, se hallaba su objetivo.

–¿Dónde está su ordenador central? –preguntó.

Balhissay 1-15 consideró la cuestión.

–¿Por qué?

–Si algo funciona mal, ahí estará la respuesta.

–Mi ordenador central es único –dijo él–. Nada ni nadie puede tocarlo. La misma energía de su mano o una electrificación del aire produciría su paralización. ¿No sabe que es el sensor más frágil y delicado de…?

–¿No sabe que la ciencia, a pesar de la guerra y de la falta de medios, también ha progresado en estos cuarenta años?

Balhissay se agitó.

–Doctora Débian…, si llega hasta mi ordenador central y comete un simple error, me desactivará, y ni siquiera podrá obtener esa información de mis últimos años. ¿Cree que vale la pena correr el riesgo?

–¿Sabe cuánto le queda de vida, Balhissay? –inquirió la mujer.

–No –mintió de nuevo él.

–Entonces déjeme trabajar, y, por su bien, le aconsejo que colabore. ¿Quiere que empiece a quitarle cosas hasta dar con lo que busco? ¡Diablos! Nunca he investigado a un Clase 1... ¡Estoy intentando ayudarle!

Su misión, un plan madurado a lo largo del tiempo, podía fracasar, sin embargo... Balhissay pensó en Hal Yakzuby. Realmente tenían mucho en común: pasión, vehemencia, determinación, empuje, fuerza, valor... Y, ¿por qué no?, la chispa de ingenio que había hecho de la raza humana la suma maravilla del universo.

–Retire también el sistema inductivo de las funciones motrices.

April Débian sonrió. Puso una mano sobre su mejilla de goma y la acarició con ternura. Balhissay 1-15 percibió el suave calor y los latidos de un pulso humano. Un recuerdo casi perdido en los años anteriores.

–Gracias –dijo ella.

Trabajó en silencio durante diez minutos en el sistema indicado por Balhissay, situado al otro lado del pecho, junto a la primera cavidad. Su manejo era más sencillo. Del asistencial secundario dependían las uniones de los circuitos integrados que trabajaban en la armonización del cuerpo, mientras que del inductivo sólo dependían brazos y piernas, la coordinación de sus movimientos. Lo retiró del lugar que ocupaba con mayor esfuerzo, ya que pesaba mucho más, y lo depositó junto al primero. El tronco de Balhissay era ahora un gran agujero delimitado por su estructura de soporte.

–¿Ve una placa de unos veinte centímetros de lado?

–Sí.

–Descomprímala –dijo Balhissay–. Verá el sistema bajo ella.

Sin tornillos, sin primitivos métodos. Un conjunto armónico de uniones fijadas por láser o por autoinducciones de luz. El interior del cuerpo de la máquina le asombró. Las primeras placas de células microprocesales eran visibles ya, y sabía que no formaban más que una primera envoltura.

Intentó concentrarse en su trabajo.

Accionó el sistema de descompresión. La placa salió de su marco. La cogió y volvió a dejarla donde estaba. Buscó en su bata hasta dar con unos guantes de goma. El sudor podía activar una reacción súbita allí dentro, en un mundo que

durante quinientos años había permanecido seco. Cuando apartó la placa y la dejó a un lado no pudo contener su emoción.

–Ahí está lo que busca –le dijo Balhissay 1-15.

Era una cavidad circular de veinte centímetros de diámetro y unos treinta de profundidad. Una retícula de enlaces luminosos la cruzaba en todas direcciones, entrando y saliendo de miles de diminutas ventanitas. Al fondo de ella podía verse un microsistema que flotaba por suspensión de rayos láser, y en él...

–Mi ordenador central –exclamó la máquina.

Había llegado a examinar hasta un Clase 3, y también un 8 de casi trescientos años de edad, pero jamás vio nada parecido. La técnica y el progreso tenían sus precios. Las nuevas máquinas, y más desde la llegada de la guerra, presentaban una mayor sencillez, un alto grado de concentración y funcionalidad. Aquello, sin embargo, era distinto.

Si tocaba uno solo de los haces de luz, Balhissay quedaría desconectado, miles y miles de kilómetros de uniones se interceptarían mutuamente. En los diminutos rayos viajaban las estrellas cósmicas del propio Balhissay, el sistema más perfecto, una luz que era energía, una energía que era poder, un poder que se mantenía mediante el ensamble de esa misma luz.

Volvió a colocar la placa en su cavidad y fijó la compresión. Una mota de polvo sembraría la destrucción. El laboratorio era hermético, y varios aparatos lo purificaban constantemente, limpiando el aire. Sin embargo, cualquier precaución era poca.

–¿Cuándo empezó a tener pérdidas de energía? –preguntó April Débian.

–Hace unos pocos años –contestó la máquina–. De forma más regular e intensa durante los últimos tres meses.

–¿Qué siente exactamente?

–¿Sentir? ¿Qué quiere decir?

–¿Es un debilitamiento general o una sucesión de descargas que le colapsan?

–Esto último. La energía se bombea, se para, vuelve a bombearse...

–¿Conoce la causa?

Balhissay 1-15 miró la abertura del techo con un suave flujo de luces naranjas. Ya era de día.

–Vejez –respondió.

–¿Por qué no un fallo en su ordenador central o en el mantenimiento energético de éste y su generador?

–Vejez. Años –reiteró–. Todo es lo mismo, llámelo como quiera.

April Débian se inclinó sobre él, para que pudiera verla.

–Yo lo llamo posibilidad –dijo.

Balhissay 1-15 apreció su juventud. Sus sensores le fijaron en unos 32 o 33 años. Poseía un rostro abierto, transparente. Sus ojos destilaban voluntad y firmeza, y también sinceridad.

–¿Posibilidad de qué?

Ella no se movió. Sus palabras fueron un río seco, y sin embargo sonaron igual que un caudal.

–De operarle, Balhissay –afirmó–. Posibilidad de salvarle la vida. A eso me estoy refiriendo.

21

Balhissay 1-15 percibió en sus células microprocesales lo más parecido al frío.

–¿Qué está diciendo?

–Lo ha oído muy bien.

–Sufro un proceso irreversible, y lo sabe.

–Sufre un deterioro, eso es todo lo que sé. Hasta que le intervenga, no podré dictaminar si es irreversible o no.

–¿Qué lograría con ello? No haría más que una reparación que me mantendría con vida unos pocos meses más.

–Vivir es lo que cuenta.

–Yo soy una máquina.

–¿De qué tiene miedo, Balhissay?

Le sorprendió la expresión. Los humanos solían confundir habitualmente los términos.

–Las máquinas no tenemos miedo –dijo.

–Usted lo tiene –aseguró April Débian–. No necesito sensores ni medidores de energía para comprenderlo. Lo que no sé es de qué.

Balhissay procesó la información.

–Usted no puede saber nada de sistemas de mantenimiento vital.

–Soy doctora en medicina, física y química, entre otras muchas cosas.

–Una intervención es imposible.

–¿Cómo lo sabe?

–Ninguna máquina puede realizarla. Ni existe tanta precisión ni tenemos medios adecuados todavía.

–¿Luego le han examinado antes, de Ezebel?

–Sí –concedió Balhissay.

–Sigue existiendo una diferencia: yo no soy una máquina.

Tenía el complejo asistencial secundario y el sistema inductivo de las funciones motrices fuera del cuerpo. Podía moverse, pero no ponerse en pie, y ni mucho menos desplazarse, sin que ambos bloques fueran puestos de nuevo en su sitio. La constante determinación de la mujer le hizo renunciar a toda idea.

En aquel momento no era más que un inválido.

–Es una posibilidad tan remota…

–¿Quiere vivir, Balhissay?

Había logrado aceptar la idea de la muerte. Más aún, su plan para salvar Tierra 2, a los humanos y las máquinas, representaba en cierto modo un gran final de carrera, un broche de oro, empleando una vieja expresión humana, a su existencia. Y cuando menos lo esperaba…, una desconocida le hablaba de vivir.

¿Cuál era la respuesta?

La sabía, y era única: sí, quería vivir, sólo que ahora existían otras valoraciones. La palabra «sacrificio» era peligrosa. Constaba entre los términos considerados como «alternativos» en el código de las máquinas. Su *sacrificio* entraba en disputa lógica con la idea de desear la vida. El tanto por ciento de posibilidades de que un ser humano le salvase operándole era infinitesimal. Si aceptaba el riesgo y moría, se desactivaría sin hacer llegar a los humanos lo que deseaba.

No podía tomar aquella decisión.

–¿Quiere vivir, Balhissay? –volvió a preguntar April Débian.

La respuesta lógica era sí.

–¿Importa mucho lo que yo conteste?

–Me temo que no: voy a operarle lo quiera o no.

–¿Sacrificará la información de los últimos años, que al menos tiene segura si me realiza un vaciado o me procesa mediante un ordenador, por la remota posibilidad de restablecer mi energía y obtenerlo todo?

–Sí –afirmó ella sin dudarlo un instante.

Balhissay se vio acorralado, pero también aliviado. Ya no era una decisión suya. El concepto no importaba mucho si moría y fracasaba, pero había dejado de ser el dueño de sí mismo.

–Es curioso –monologó en voz alta–. Cuando era joven y me programaron, suministrándome todas las materias, computé que la historia era la más incierta e imprevisible de cuantas formas de desarrollo, relación y evolución existen. Un accidente puede matar a un niño e impedirle ser el hombre que años después invente una maravilla o desencadene una guerra. Que dos personas se encuentren y fijen un camino u otro en sus vidas, depende de un simple segundo. Hasta una máquina, por delimitada que sea su función, tiene en sus circuitos la facultad de tomar sus propias decisiones y con ello alterar un devenir inmediato.

–¿Por qué dice esto? –preguntó April Débian.

–Un simple razonamiento.

–No lo hubiese hecho de no ser usted quien es.

–¿Me cree importante?

–Sí –afirmó ella–. Me siento como… como si tuviese la misma historia en mis manos, o al menos una parte sustancial de ella.

Balhissay la miró, envolviéndola en una luz azulada.

–Cree poder salvarme, ¿no es cierto?

–Sí.

–¿Cómo llamaría a eso, instinto, convicción?

–Fe –dijo April Débian.

–Tiene tan poca lógica… –dijo lentamente Balhissay.

–Pero es una de nuestras armas más fuertes. Quizá por ella seguimos vivos a través de los siglos… y del espacio por el que hemos viajado.

Balhissay cerró la luz de sus ojos para asomarse a su yacente interior. Conocía sobradamente aquellos caminos. Juntos también habían realizado un largo viaje.

–Hubiera sido mejor que me dejase en manos de los luchadores –dijo–. Si muero, eso que llaman conciencia la atosigará el resto de sus días.

–Me hubiese atosigado igual de no haberle sacado de allí, y me atosigaría ahora si no le operase. ¿Sabe? En esto somos iguales, humanos y máquinas: no podemos elegir el destino.

Era una gran verdad. Ya sólo quedaba la esperanza.

–Prométame algo, doctora.

–¿Qué?

–Conécteme a un ordenador, y si me desactivo por el motivo que sea… acciónelo sin esperar un solo instante. De esta forma, al menos, puede registrar mis últimos datos, unos días, unas semanas tal vez.

–¿Por qué?

–Digamos que no quiero llevármelo todo.

April Débian miró la hora.

–Si hubiese podido sacarle de Arequian… –lamentó.

–¿Cuándo va a operarme? –preguntó Balhissay.

–Ahora mismo, en cuanto lo disponga todo. Ikhan Yakzuby puede aparecer en cualquier instante.

Balhissay volvió a iluminar sus ojos. Deseó ver alguno de los dos soles pasando por la abertura del techo, protegida por un cristal transparente.

–Pequeños absurdos –murmuró pensando en los seres humanos.

April Débian no le escuchó. Se movía ya por su laboratorio seleccionando materiales y herramientas, microláseres y fundidores de alta concentración, conexiones y circuitos impresos procedentes de otras máquinas. Aproximó a la mesa paneles con toda clase de aparatos, generadores, pequeños sintetizadores

atómicos y contenedores de resistencias nucleares.

Balhissay recordó lo sucedido unos pocos días antes, en su casa, cuando resistió aquel fuerte ataque.

Sus preguntas.

Por primera vez... *la duda*, real y poderosa.

April Débian se puso a su lado.

–Escuche, Balhissay, y escúcheme atentamente –dijo–. Voy a necesitar toda su colaboración, porque sola no podré hacerlo. Cuando le deje a bajo nivel, todo dependerá de mí, es cierto, pero hay algo que funciona en nosotros, los seres humanos, y que tal vez funcione en las máquinas. Me refiero al deseo de vivir o a la rendición, si es que no se tiene ese deseo. Yo he visto a hombres y mujeres con una posibilidad entre mil de salvación... y ha hecho más su anhelo de recuperarse que mi medicina. Por el contrario, he visto morir a muchos otros porque han tirado la toalla. Usted perderá la noción de la realidad, tiempo y espacio. Le mantendré vivo muy por debajo de lo normal; prácticamente concentraré toda su energía en la cavidad luminosa que protege su ordenador central..., pero usted ha de ayudarme, ¿entiende?

–¿Qué puedo hacer yo?

–Confíe en mí, desee vivir. Olvídese de la lógica y... desee, quiera. Haga que cada terminación le obedezca antes de quedar bajo mínimos, y mantenga esa intensidad aunque ya no sea dueño de sí mismo. Concentre su energía más allá del ordenador central, en el punto más infinitesimal de su cuerpo. Su fallo ha de estar entre el ordenador y el generador de energía o el mantenimiento de ambos. Muéstreme el camino y yo le salvaré, se lo prometo.

Balhissay 1-15 despidió una luz verde.

–Si no vuelvo a despertar...

April Débian conectó el circuito de funcionamiento interior de su laboratorio.

Sus manos dejaron de temblar.

–Ahora, Balhissay –dijo.

22

No se sorprendió al verle.

Llegó antes de lo que esperaba, mucho antes, pero…

–Es tarde –profirió ella.

Ikhan Yakzuby apenas pudo articular palabra. Sus ojos no se apartaban de la inmensa masa de hierros, componentes y sistemas, y muy especialmente de aquel cuerpo inerte, tendido en la quietud del laboratorio y en silencio, roto muy suavemente por el quedo zumbido de los aparatos que le rodeaban.

El cuerpo de Balhissay 1-15.

–¿Está…?

–No –se adelantó April Débian serenamente–. Vive.

El líder de la Rebelión pareció no tener fuerzas. Su figura ofrecía un desvaído aspecto en contraste con su ímpetu y arrogancia habituales. Un robot descontaminador le limpiaba de impurezas después de cerrar la puerta e impedir que nadie más entrase allí. Ni siquiera se dio cuenta de su presencia. El robot, un mero artilugio mecánico que funcionaba por reacción ante la presencia de contaminantes exteriores, se autodesconectó cuando hubo terminado su trabajo.

–¿Qué ha hecho, April? –exhaló Ikhan Yakzuby.

–Hasta ahora, nada –respondió ella–. Pero espero hacerlo.

–¿Hacer qué?

–Salvarle la vida.

El hombre se aproximó. No era un experto, pero vio que Balhissay 1-15 funcionaba bajo mínimos, a un nivel muy por debajo del habitual. No podía tocarle ni moverle sin matarle. Y sólo la doctora tenía la clave de lo que pudiera suceder en los próximos minutos, en las horas inmediatas.

–Esto le costará muy caro…

–Ikhan –le interrumpió April–, ¿por qué no me deja trabajar?

–¿Qué interés tiene en esa máquina?

Ella le miró a los ojos, fijamente y con firmeza.

–El mismo que usted, se lo aseguro, aunque nuestros fines sean distintos.

–Información.

–Información, exacto, pero con un punto crucial que a usted se le pasó por alto y lo mismo les hubiese sucedido a otros. ¿Sabía que estaba enferma?

–No.

–Balhissay habría muerto al sufrir la menor alteración de energía en su cuerpo. Esto es lo que estoy intentando subsanar si me permite continuar.

–Creerla es un lujo que no sé si puedo…

April Débian dejó caer la cabeza sobre su pecho, cansada, todavía no física pero sí mentalmente.

–Lleva tanto tiempo luchando, inmerso en la estrechez de miras de cada acción bélica, que no puede intentar, por una vez, ver más allá de nosotros mismos. ¿Por qué cree que Balhissay se entregó?

Ikhan Yakzuby no respondió.

–Él sabía que estaba enfermo –siguió la mujer–. Sabía que se estaba muriendo. Todavía no sé por qué lo hizo, pero por alguna razón vino hasta nosotros.

–¿Quiere decir que no habríamos sacado nada de su memoria ni de su banco de datos?

–Todo lo más, los últimos años de sus registros antes de morir desconectado.

–¿Y ahora?

–Intento salvarle la vida –dijo April Débian.

–Sabe a qué me refiero –instó Ikhan Yakzuby.

–Sí, sé a qué se refiere –corroboró ella–. Quiere saber si es mejor la escasa posibilidad de todo o la segura posibilidad de un poco.

–Si muere nos quedaremos sin nada, ¿verdad?

–¿Tanto le interesan los registros de esos últimos años?

–¡Por los soles que nos dan luz, claro que sí! –gritó el hombre por primera vez–. ¿No comprende que puede tener las claves de la defensa de Ezebel? Un simple dato podría terminar esta guerra, adelantar su fin un precioso tiempo.

–¿Y él? –dijo April señalando a Balhissay.

–¡Al diablo! –continuó gritando Ikhan Yakzuby–. Si tomamos Ezebel por sorpresa tendrá cien, doscientos Dirigentes para viviseccionar y convertirlos en manantiales de información.

–Ninguno es como Balhissay 1-15.

El líder de la Rebelión la contempló, asombrado.

–¿Qué maldito interés tiene en esa máquina?

–¿Y a mí me lo pregunta? –dijo ella–. El mismo Hal Yakzuby, cuya sangre lleva, aunque no su raciocinio, dijo que Balhissay 1-15 era una máquina especial.

–¡Eso fue hace doscientos años!

–¡Nosotros cambiamos, las máquinas no! Y yo… yo respeto la opinión de Hal Yakzuby.

Se apoyó en la mesa y sus rodillas se doblaron. Un conato de tensión afloró en su estado para dejar paso a una expresión de miedo e incertidumbre. Ikhan Yakzuby la vio indefensa, si bien este efecto no duró más allá de un segundo.

–¿Puede volver a ponerlo todo en su sitio, activarle y entregármelo? –preguntó el líder de la Rebelión.

–No –respondió la mujer–, ni lo haría aunque pudiera.

–¿Hay alguna posibilidad de conseguir algo si…?

April señaló un ordenador.

–Él mismo me dijo que en caso de desactivación conectara el sistema para que no se perdiera todo.

–¿Cuánto puede quedar registrado antes de que muera?

–Imposible saberlo. Unos días, unas semanas… Depende de la cantidad de información almacenada en ese tiempo.

Ikhan Yakzuby dio unos pasos y se colocó al lado del ordenador. Los ojos de April Débian temblaron ante la idea de que pudiese manipularlo. El hombre hizo la última pregunta que quedaba por hacer.

–¿Había comenzado la operación antes de mi llegada?

–No –confesó ella–. He tardado dos horas en encontrar el fallo del sistema y, desde luego, es mucho más grave y complicado de lo que pensaba. Requerirá una doble intervención a ordenador abierto y bastantes más horas que esas dos iniciales. Iba a comenzar.

–¿Cree poder salvarle?

–El tanto por ciento de probabilidades es de uno contra…

–No le he preguntado esto –la detuvo él–. Quiero saber si usted –y recalcó esta palabra– cree poder salvarle.

April Débian recuperó la estabilidad interna, la primitiva convicción perdida con la irrupción de Ikhan Yakzuby. Puso una mano sobre la cabeza de Balhissay 1-15, un pequeño mundo sobre la extensión en forma de rostro humano de la máquina. A través de los guantes de goma percibió la frialdad del metal y de la otra vieja goma, la que recubría al Dirigente. Todavía era una puerta abierta al infinito. Todavía podía asomarse por él a mundos e informaciones que por sí misma no lograría conocer ni viviendo un millón de años.

Todo dependía de su simple e inestable naturaleza humana.

De aquella mano apoyada en su rostro.

Del cerebro, el ánimo… y la fe con que la dirigiera.

Y entonces dijo:

–Sí, creo poder salvarle.

Las palabras de Ikhan Yakzuby acabaron de convertirla de nuevo en una científica.

–Adelante, pues –aceptó.

23

Tenía una extraña forma.

Era de luz.

Cientos, miles de mundos y galaxias, todo el poder, reunido, condensado, convertido en equilibrio.

El Equilibrio Máximo.

Único.

–¡Oh…, vamos! ¿Y tú cómo lo sabes?

No era una voz, y sin embargo pudo escucharle y entenderle. Bueno…, tampoco era ninguna forma natural.

¿Un fenómeno cósmico?

–No soy un fenómeno cósmico.

La luz se hizo violeta…; no, azul; no…, verde…

Balhissay se sintió vacío.

–¿Captas lo que pienso, lo entiendes?

Una sinfonía de risas celestes rebotando por el Universo.

¡Por supuesto: el Universo!

–No es necesario captar: estoy en ti.

Balhissay intentó verse. No pudo. No estaba allí. Ni en ninguna parte. No existía.

Pero, ¿si no existía…?

–¿Dónde estoy?

–No eres.

–¿Y ser, soy todavía algo?

–¿Todavía?

Pasado. Presente. Futuro. Una gran línea que nacía, recorría el Universo y volvía al punto de partida. Asombroso.

–Ser para saber.

Otra gran carcajada.

–Siempre lo hiciste al revés: saber para ser, ¿recuerdas?

Balhissay vio una inmensidad en sí mismo, pero seguía sin encontrarse. O era infinitesimal…

O era una idea.

–Una idea: ¡muy bueno!

La forma cambió. La luz también. Un océano de estrellas. Un cielo de nubes que era la suma de millones de galaxias en la lejanía.

–¿Quién eres?

–¡Mmmmmm…, piensa! ¿De qué te sirve tanta información?

–¿La respuesta?

–¡La respuesta!

Nació un viento suave. Pasó.

–Si eres la respuesta…

–¿Has olvidado la pregunta?

–No, no… La pregunta era… es…

Esperó. Las luces caían en cascada. Una cortina multicolor.

–Sabía la pregunta.

–¿No será que no hay ninguna pregunta?

–Entonces… esto.

–Mira.

Desapareció todo. ¡Zip!…, y ya no estaba. El vacío. Pero si flotaba en él… ya no era vacío. ¿Y la sensación?

Nada.

–Mira.

Y miró. La puerta viajaba hacia sí mismo. Primero, un punto. Después, un rectángulo. Finalmente, una inmensa entrada. Se abrió de par en par. Y lo tragó.

Entonces vio sus recuerdos.

Almacenados, alineados, programados, numerados. Todos. No faltaba ninguno.

–Si ya no es necesaria la pregunta, ¿por qué siento la respuesta?

La forma seguía dentro de él, y su voz, pero él continuaba sin estar en ninguna parte.

–Hay puertas, sólo puertas.

–¿Y yo?

–Polvo de estrellas.

Los recuerdos se movían. ¡Estaban vivos! Desfilaban con ecos de silencio. Cruzaban la puerta.

Intentó detenerlos.

No pudo.

–¡Esperad: sois míos!

Desaparecieron todos. Y la puerta se cerró.

–¿Por qué?

Esta vez no hubo respuesta. La voz ya no estaba en sí mismo. Ni la luz. Ni la extraña forma.

–¿Por qué?

Blanco. Un blanco inmenso, cegador. Punto. Negro. Una cuadrícula. Punto. Más y más negro. Negro. Negro. Negro.

Balhissay se vio por primera vez.

Reflejado en sí mismo.

–¿Por qué? –se preguntó por tercera vez.

Y se convirtió en polvo de estrellas.

FASE 4

REGRESO

24

–¿Por qué?

–Balhissay…

La voz. De nuevo la voz. La oía. Ya no estaba en sí mismo, sino fuera de sí, y le hablaba.

–¿Por qué? ¿Por qué?… Que alguien me diga por qué…

–Balhissay…

Si pudiera verla… Todo era oscuridad, pero no el vacío, ni la nada. Sólo oscuridad. Él era real. Su cuerpo era real.

Su energía era real.

–Abra los ojos, Balhissay. Vamos, despierte: un último estímulo.

Los ojos. Abrir los ojos. Apareció una luz, aunque no en ellos. Era en su cuerpo.

Su cuerpo, intacto, funcionando.

Recorrió sus terminaciones, comprobó sus sistemas, notó la carga vital y constante de sus células microprocesales, entró en su ordenador central. La energía recorría sus circuitos.

La vida.

Y abrió los ojos.

Vio la abertura en el techo, pero ya no era de día, sino de noche. El rostro tenso de April Débian Zerabiren se la tapó. Sus ojos revelaban cansancio, pero en ellos se leían muchos más signos: preocupación, ansiedad, una indefinible emoción.

–Balhissay –le llamó ella una vez más.

–Doctora Débian…

La mujer cerró los ojos. Sombras de humedad los poblaron de destellos maravillosamente turbadores y tuvo que apartarse de encima de él. La máquina la siguió, primero con la mirada y después al girar la cabeza.

–Estaba… soñando –dijo.

April sonrió sorprendida, igual que una niña feliz.

–¿Soñando?

–Sí –afirmó Balhissay.

Regresó a su lado. Puso una mano en su pecho y él percibió una sensación que dio paso a otra.

La goma estaba cosida y sellada.

–Las máquinas no sueñan –musitó ella con ternura.

–Entonces es que he estado muerto y he vuelto a la vida.

–No ha muerto, Balhissay –dijo April Débian–. La operación ha sido un éxito.

Asimiló la información. No podía respirar aliviado porque carecía de pulmones, ni apaciguar un corazón renacido porque desconocía lo que sería un corazón dentro de su estructura. Pero su energía le transmitió un desconocido… o, mejor dicho, olvidado vigor. Su energía era su felicidad.

–¿Qué ha hecho? –quiso saber.

–Un enlace láser aquí, una conexión allá, una sustitución de masa cinética más arriba, un ajuste más abajo… –unió sus manos radiante–. Gracias, Balhissay.

–¿Por qué me da las gracias? Soy yo…

–No puede comprenderlo.

Balhissay 1-15 friccionó sus convertidores de alegría y rió cuatro veces.

–Nunca dejarán de creerse superiores, ¿verdad?

April Débian le acompañó en su risa.

–Vamos, le ayudaré a ponerse de pie.

–¿Cuánto tiempo…?

La pregunta murió antes de ser completada. A pesar de todo, ella contestó.

–No puedo saberlo. A pleno rendimiento un año, cinco…, diez, quién sabe si

hasta veinte. Lo que sí le aseguro es que la próxima vez puede ser fulminante, ¿entiende?

–Un solo año sería maravilloso –aseguró la máquina–. Cinco, diez o veinte, una nueva vida. Se ha ganado su derecho a conocer cuanto hay en mí.

Notó cómo ella se estremecía, pero concentró su atención en la recuperación de su equilibrio vertical. Con los pies asentados en el suelo y una respuesta perfecta de sus miembros motrices y sus sistemas internos, comprendió que, después de todo, algo sucedía.

–Hay una cosa que todavía no me ha dicho, ¿verdad?

–Ikhan Yakzuby ha estado aquí.

Balhissay 1-15 detuvo el ritmo de sus primeros pasos. No se sentó y permaneció en pie, asimilando aquella olvidada sensación de vigor.

–Llegó cuando iba a operarle –continuó April Débian–, y no se movió de su lado hasta que concluí la intervención. No temía por usted, naturalmente, sino por... la información que podía desaparecer si moría.

–Una actitud lógica.

–Cuando estuvo a salvo... no me permitió activarle inmediatamente.

–¿Por qué?

–Temía un truco por su parte, cualquier tipo de bloqueo interno..., qué sé yo.

–La desconfianza es un pequeño mal humano.

–Hizo una copia de su memoria y procesó su banco de datos, Balhissay –concluyó ella.

La máquina buscó una reacción apropiada. Era cuanto quería: que los humanos obtuviesen información, especialmente de la clave que creía podía acabar con la guerra. El imprevisto, lo incalculado, era precisamente aquello, que siguiese con vida después.

Tenía que ofrecer una reacción.

–Un duro golpe para mis circuitos –dijo con grave entonación.

–Hizo una prueba de recepción antes de que llegara el sistema de grabación rápido que pidió. Una prueba con... sus registros más recientes.

Balhissay mantuvo el mortecino tono de luz de sus ojos.

–Así que… lo saben ya, ¿no es así?

La sonrisa de April Débian le sorprendió. Nació en su rostro igual que un holograma en la sala de proyecciones. La inundó, desbordando su ingenuidad profundamente humana.

–¿Por qué no me dijo que estaba dispuesto a cambiar esa información por la intervención quirúrgica? ¿Por qué no lo expuso, lisa y llanamente?

Balhissay 1-15 enmudeció.

–Hubiésemos aceptado, ¿no lo comprende? ¡Su vida a cambio de la esperanza final para la nuestra!

–¿Qué? –consiguió articular la máquina.

–Vamos, Balhissay… –April Débien hablaba, radiante, y su entusiasmo la dominaba–. Desear la vida es lógico. Usted es lógico. Lo que Hal Yakzuby escribió en torno a su persona era maravillosamente cierto.

–¿Me cree un traidor a mi especie?

–¡No! ¡No! Usted o todas las máquinas… nos han dado la libertad.

Balhissay 1-15 la estudió desde su altura. Pequeña, frágil, tan misteriosa e infinita como cualquier ser humano y al mismo tiempo tan perdida en los abismos insondables, pero repetidos, de esa humanidad. Hal Yakzuby le dijo en una ocasión que lo importante era llegar, y lo de menos, el camino recorrido o la forma de recorrerlo.

Él había llegado.

Curiosamente.

Los humanos ya tenían su caramelo en las manos. Ahora les tocaba averiguar qué hacer con él.

–Y estoy vivo –afirmó.

April Débian se detuvo frente a su mesa y alzó la cabeza para mirarle.

–¿Por qué guardaron la información sobre el paradero de la Tierra tanto tiempo?

Iba a decir que quince años no eran demasiado. Calló. Escogió una respuesta humana, es decir, carente de lógica.

–Era nuestra última arma de reserva –dijo–. Pensábamos que la paz era razonable después de todo.

–¿Y ahora?

–No queremos ser destruidos.

–¿Por qué no le dijo a Ikhan Yakzuby la verdad? De no haber aparecido, yo…

–Los luchadores no me habrían escuchado. Yo sabía que alguien, aparte de ellos, sí lo haría. Siempre hay un ser humano dispuesto a escuchar.

–Ikhan Yakzuby no es un fanático –aseguró la mujer–, aunque la responsabilidad y el peso de la guerra le obliguen a veces a tomar decisiones drásticas.

–¿Me hubiese creído?

–Los humanos entendemos de supervivencia. Nos hemos pasado la vida, la historia entera, sobreviviendo. Si las máquinas son nuestra mejor obra…, o la peor, ya no lo sé, es natural que también hayan aprendido a sobrevivir.

–Usted sabe que no somos lo peor que ha hecho la raza humana.

April Débian bajó la cabeza, avergonzada.

–No, claro que no. Perdone.

–Ni esta absurda guerra podrá impedir que en un futuro…

No siguió hablando. ¿Cómo decirle que en ese futuro el ser humano repetiría sus errores una y otra vez? Posiblemente esa capacidad de equivocarse y de no aprender jamás era en el fondo una virtud.

La humanidad siempre estaba comenzando de nuevo.

Si algún día llegaba al fin… desaparecería, y Balhissay sabía que eso era imposible.

No era lógico.

–¿Qué van a hacer conmigo? –preguntó con curiosidad.

–No lo sé –respondió April Débian–. Ahora todo está en manos del Consejo. Ikhan ha convocado una reunión urgente, y la información, lo mismo que su situación, serán debatidas allí. A pesar de ello, sí puedo decirle algo: no le he salvado la vida para dejarle morir después.

Las luces de los ojos de Balhissay se apagaron.

–¿Volveré a aquella solitaria celda?

–No. Ikhan Yakzuby me ha autorizado a tenerle aquí, en este laboratorio,

conmigo. Ha puesto una guardia en el exterior y nada más.

Las luces se reactivaron. Los ojos se llenaron de violetas y verdes, rojos y azules. La máquina miró el módulo plástico para sentarse y se dirigió a él. Lo inundó con su presencia y, una vez acomodado, dijo:

–Usted quería saberlo todo, ¿no? Preguntar miles de cosas, saciarse, avanzar por lo desconocido a la velocidad de la luz. Bien, ¿y si empezásemos? Yo me encuentro perfectamente, y si de algo carecen los humanos es de tiempo.

–¡Balhissay!

La máquina, una masa energética, vio cuánta energía contenía aquel pequeño cuerpo humano.

–Ikhan Yakzuby ha podido duplicar mi memoria y mi banco de datos, pero tardarán semanas, meses, en procesarlo todo. Y hay muchos viejos recuerdos inútiles en mis ordenadores. Además, usted nació cuando el ser humano y la máquina ya no formaban un solo cuerpo y ha crecido fuera de una dimensión extraordinaria. Puede ser su última oportunidad. Pregunte..., pregunte, ¿qué quiere saber, April? Tal vez estemos viviendo el último momento importante de una gran historia, ¿se da cuenta? Tal vez...

25

El Consejo de la Rebelión, creado a poco de iniciarse la guerra, ante la necesidad de aglutinar el descontento y la falta de unidad de la raza humana, habituada a vivir dependiente de las máquinas durante milenios, estaba constituido por las cuatro grandes ramas de la nueva sociedad: los políticos, los luchadores, los pensadores y los científicos. Sus sesiones solían ser arduas y tensas, muy especialmente ante la proximidad de la victoria, hecho que había desatado el nerviosismo de unos y la autosuficiencia de otros. A ninguno de los presentes les pasaba inadvertido que las sesiones en los últimos años se hubiesen eternizado, ni que los oradores empleasen todo su tiempo tratando de impresionar a sus rivales, o que los debates fuesen auténticas luchas dialécticas con miras a un dominio y una autoridad que, en más de una ocasión, estuvo a punto de fragmentar la cámara y disolver el Consejo.

April Débian Zerabiren no acostumbraba a acudir a las sesiones, salvo si la

importancia del tema lo requería. Odiaba la mezquindad de los pactos, la soterrada tensión de los pasillos, donde todos compraban y vendían votos a cambio de futuras influencias. No se sentía, sin embargo, excesivamente crítica. La raza humana había estado demasiado tiempo sin gobernarse a sí misma, y ése era un nuevo y duro aprendizaje necesario para afrontar el futuro.

Su miedo era precisamente la llegada de ese futuro.

¿Quién gobernaría en la paz? ¿Bajo qué directrices? Y ahora..., con el hallazgo de la Tierra, lo esencial: ¿dónde, cuándo y cómo empezaría el futuro?

–¿Te encuentras bien?

Giró la cabeza. Kaffe estaba a su lado. Fue como un despertar, arrancada de sus pensamientos. Seguía ocupando su lugar, en la segunda fila del hemiciclo. Los gritos de los otros, enzarzados en la discusión, formaban una pantalla que solía aislarla.

–Estoy bien –dijo–. Es sólo que no he dormido demasiado estos últimos días, ya lo sabes.

–¿Y Balhissay 1-15?

April Débian apoyó la cabeza en sus manos.

–Es... igual que uno de esos ancianos que habla y habla, te cuenta su vida, repite mil veces la misma historia... Puede ser una máquina impresionante, de aspecto feroz, pero a mí me parece un ser encantador. Creo que es distinto ahora. No sé cómo explicarlo. Pasamos horas y horas hablando, le hago mil preguntas, las responde con minuciosidad... Él mismo se enlaza con mis ordenadores, les vierte información exacta y precisa, resuelve cada una de las dudas que han impedido proyectos dormidos desde hace meses. ¡Y es un Dirigente! No pertenece a clases funcionarias u obreras, administrativas o comunitarias. Es un Dirigente... pero lo sabe todo, y me está dando más de lo que hubiese aprendido viviendo diez vidas. ¿Sabes? Creo que ahora no me gustaría irme de aquí.

–No seas absurda.

Lo decía en serio. De todas formas, se marchasen cuando se marchasen de Tierra 2, todavía podía pasar un largo tiempo.

Un precioso tiempo.

Miró al otro extremo del hemiciclo. Ikhan Yakzuby ocupaba su lugar, junto al segundo en el mando, como jefe de los luchadores en el Consejo. Mantenía el mismo silencio que ella, y no lo entendía demasiado. El hallazgo del camino a la

Tierra actuaba como un dispositivo retardado un momento y como un impulsor del siguiente. Debía ser la hora de los científicos y apenas si conseguían hablar. Podía ser la hora de los luchadores, y callaban. April Débian creía saber la causa, pero no estaba segura del todo.

Y frente a ello... era la hora de los políticos.

–¡Silencio!

La voz de Hisseth Lassar Gael, presidente del Consejo, la obligó a concentrarse. Las decisiones ya no debían retardarse más.

–Abre turno de debate Ubul Iazed Muh.

April Débian se enderezó. El jefe de la mayoría política era el enemigo a batir, y la clave de aquel futuro que tenían al alcance de la mano y que no sabían cómo abordar.

–Si los luchadores fuesen inteligentes... –suspiró en voz baja.

–No lo son, por eso luchan –le contestó Kaffe sonriendo.

–¿Qué sabes de los pensadores?

–Por una vez están fuera de sus nubes, y con nosotros, pisando terreno de realidades.

–Esto nos da un empate, si los luchadores respaldan a los políticos.

–Todo luchador es primero luchador, pero después político..., o puede que lo sea siempre, y simplemente traten al principio de hacer méritos para luego...

–Estás muy irónico hoy.

Dejaron de hablar. Ubul Iazed Muh era un hombre pequeño, de sesenta años. Había vivido los primeros veinte de su vida junto a las máquinas. El odio que sentía hacia ellas era la más visceral y primitiva forma de tan viejo sentimiento, porque no obedecía a razón alguna: simplemente existía. Recogió su túnica en un gesto dramático y cubrió al centenar de miembros del Consejo con una mirada cargada de presagios, deteniéndose especialmente, aunque de forma breve, en April Débian e Ikhan Yakzuby.

–Tomar decisiones es importante –anunció desplegando su voz y su oratoria igual que un manto por el hemiciclo–. Y yo os digo que ha llegado el momento de enfrentarnos a la última, aquí, hoy.

Se levantó un murmullo de aprobación.

–Los pensadores –siguió Iazed– nos dieron la fuerza de la razón hace mucho tiempo, devolviéndonos la identidad de nuestra raza, como especie superior del Universo. Los luchadores nos condujeron a la victoria, a la gloria del renacer. Los científicos nos ayudaron a sobrevivir en lo más duro de nuestra irreductible ansia de libertad. Juntos hemos avanzado por las tinieblas de un largo presente. Hoy hemos llegado a las puertas del futuro. Debemos dar gracias a los pensadores, honor a los luchadores y crédito a los científicos. Pero sinceramente os digo que ahora nos toca a nosotros, los políticos, decidir ese futuro.

Los políticos hicieron ademán de aplaudir. Ubul Iazed Muh lo impidió con un gesto.

–Vamos a regresar a la Tierra. Esto es un hecho. No podía existir mayor felicidad en la hora de la victoria final que este inesperado y maravilloso premio facilitado por el destino. No sólo podremos volver a comenzar, en la nueva aurora de la civilización humana, sino que lo haremos en la casa de nuestros antepasados, el lugar del cual un día salimos envueltos en el deshonor y el miedo. Pero... ¡atención! –su grito sobresaltó no pocas conciencias absortas–, que la alegría no nos enturbie los sentidos ni la felicidad nos empañe la razón. La raza humana es condescendiente, blanda. Tenemos un don que muchas veces se vuelve contra nosotros: los sentimientos. Somos capaces de perdonar... ¡y en el perdón reside nuestra mayor debilidad! ¿Qué nos enseñaron, precisamente, las máquinas? Yo os lo diré: la que me educó a mí no cesaba de repetir con su voz atiplada: «No empieces nada sin concluir el trabajo anterior» –imitó un tono metálico y levantó algunas risas ahogadas–. ¡Muy bien!..., muy bien –sus manos se abrieron con teatral naturalidad–. Concluyamos el trabajo anterior: ¡Arrasemos Tierra 2 antes de marcharnos y acabemos con las máquinas!

La agitación fue imparable, un torbellino de voces y movimientos. El entusiasmo de los políticos y parte de los luchadores contrastó con la desesperación y la ira de científicos y pensadores. April Débian se puso en pie. Miró a Ikhan Yakzuby antes de hablar, pero el líder de la Rebelión no se movió. Sus ojos se hundían en un punto vacío del suelo.

–¡Esto es un asesinato!

El político la miró con desprecio. Hisseth Lassar Gael impuso orden.

–¡Silencio! –gritó–. Doctora Débian, ¿tiene intención de iniciar debate?

April Débian sostuvo la animadversión de aquella mirada.

Nadie hablaba. Había dado el paso, impulsada por sus ideales.

–Inicio debate, sí –manifestó–, puesto que el Consejo es un cuerpo mudo, sordo y ciego, y además carente de corazón.

El presidente acalló el nuevo rumor.

–Le recuerdo, doctora, que la primera norma de esta sala es el respeto –se dirigió al líder político–. ¿Acepta debate, procurador Iazed?

Ubul Iazed asintió con la cabeza.

–¿Qué sugiere mi muy ilustre Jefe de Investigaciones? –dijo invitándola a hablar.

–Sugiero lo único razonable y humano: subir a la flota intergaláctica, abandonar Tierra 2 y acabar con esta maldita guerra.

–¿Maldita guerra?

–¡La guerra de la ignorancia contra el progreso! –gritó April Débian–. ¡La guerra del miedo contra la verdad!

El rostro de Ubul Iazed Muh cambió de color, pero no por ello se alteró o perdió su posición de superioridad.

–No quiero entrar en detalles científicos ni filosóficos en torno a tan vacías palabras –dijo reticente–, o de lo contrario convertiríamos esta sesión en un juicio contra la raza humana, cuando se trata de todo lo contrario: decidir qué se hace con los enemigos de esa raza humana. Es evidente que la muy ilustre y joven doctora Débian no conoció los días de la sumisión, y que nació después de que un grupo de heroicos hombres y mujeres, liderados por Zabid Yakzuby, padre de nuestro querido Ikhan Yakzuby, nos ofreciesen la hermosa posibilidad de decidir por nosotros mismos. Es evidente que no conoció el pasado… y que siente esa morbosidad impetuosa de todo joven que se opone y se rebela ante sus mayores. Es evidente…

–Zabid Yakzuby fue el mayor romántico teórico de la libertad humana, lo mismo que Hal Yakzuby. Él nunca habló de guerra, ni de matar, y mucho menos de asesinar.

Ubul Iazed no respondió al alegato.

–Yo quisiera preguntarle únicamente a la doctora Débian, ¿qué haremos en la Tierra cuando las máquinas vuelvan también a lo que llamamos… su casa, reclamando derechos o disputando la supremacía en el Universo?

–¿Está loco? –protestó ella–. ¿De qué supremacía habla? El Universo es

demasiado grande para hablar de una sola supremacía. La cuestión se reduce a nosotros, ¡no busque primacías malditas! Las máquinas no tienen naves intergalácticas. Toda la flota está en nuestro poder.

–Pueden fabricarlas en cuanto nos vayamos.

–¿Y qué? ¿Irán a la Tierra sabiendo que estamos allí y que dejamos atrás una guerra? Si lo hicieran sería su muerte, y... ¡olvida algo!: no es lógico. Su código de lógica no lo admitiría. No son combatientes.

–Tarde o temprano aprenderán la violencia. Todo es cuestión de tiempo.

–¡Violencia, violencia! –se exasperó April Débian–. ¿Por qué nos creemos tan especiales y pensamos que todo el mundo ha de imitarnos, hasta en lo peor? Tal vez, de lo mucho que ha hecho el ser humano en su historia... lo único que ha hecho bien sean precisamente las máquinas...

Ubul Iazed Muh alzó sus manos cuando una voz a su espalda clamó «¡traición!». Todas las miradas convergieron en él.

–Puede que cometiéramos un error al crear la primera máquina –dijo el político–, o quizá el error residió en perfeccionarla y darle inteligencia propia, vida. Pero ¿vamos a estar sujetos siempre a nuestros errores? Mientras quede una máquina viva en el Universo, se volverá contra nosotros, sus creadores. Es posible que no violentamente. Es posible que no conscientemente. Es posible que no deliberadamente. Pero sí por creerse perfectas y superiores, intentando dominarnos, lenta e inexorablemente.

–¿Está ahí la clave del problema, Iazed? ¿Queremos seguir siendo los amos del Universo?

–Lo desconocido sólo fascina a los inconscientes –sentenció Ubul Iazed–. Las máquinas son una temeridad y un reto que no podemos cargar sobre nuestras conciencias por más tiempo.

April Débian sintió un súbito cansancio. Los rostros esperanzados de pensadores y científicos contrastaban con las sonrientes expresiones de algunos políticos y la ciega determinación de los jefes de los luchadores. Algo estaba a punto de caer en el fondo de una sima, y ni siquiera tenía fuerzas para detenerlo, ni capacidad para comprenderlo en toda su dimensión. De tener esa capacidad, estaba segura de poder transmitirla a sus oponentes, por ciegos que fuesen.

–No las acusemos a ellas, sino a nosotros –dijo como si forzase un pensamiento en voz alta–. Ellas fueron lo que nosotros quisimos que fueran.

–No es cierto –la rebatió el político–. Las creamos como medio de progreso, cuando desconocíamos que el progreso era una tiniebla capaz de devorarnos. Luego, ellas nos convirtieron en sus esclavos.

–Las máquinas no nos esclavizaron, Iazed; lo hicimos nosotros mismos.

–Porque se hicieron indispensables... y se lo creyeron.

April Débien sonrió, con aire de cansada ternura.

–Nadie es indispensable, y las máquinas son las primeras en saberlo. Lo único que nos diferencia hoy es nuestra propia capacidad de sentir miedo, y el miedo, a lo largo de la historia, ha sido siempre el gran fantasma contra el que el ser humano no ha sabido luchar.

Ubul Iazed Muh lanzó una carcajada. Señaló con un dedo a Ikhan Yakzuby, aún inmóvil.

–¡Miedo! ¿Miedo?... ¡Preguntémosles a nuestros luchadores si saben lo que es el miedo! Yo propongo que concluyamos este absurdo debate con una votación final, y que sea el Consejo el que decida. Pero antes oigamos al hombre que nos conducirá a la victoria y nos dará la paz universal. Conozcamos la palabra de nuestro auténtico líder: Ikhan Yakzuby.

El político consiguió lo que quería. Las voces y los gritos de políticos y luchadores se olvidaron de April Débian, apartándola del debate, ignorándola. El torrente emocional de cada uno buscó el cauce sereno, el de la voluntad razonada del jefe supremo.

Ikhan Yakzuby levantó la cabeza, despacio, como si el entusiasmo pasara por su lado sin afectarle, sin tocarle siquiera. Sus ojos se encontraron con los de April.

Una larga y al mismo tiempo breve mirada.

Una intención.

Y el luchador se puso en pie para hablar.

26

Balhissay 1-15 no se inmutó demasiado, ni le causó una excesiva sorpresa.

–No deja de ser un Yakzuby –dijo.

April Débian dio un salto.

–¡Usted conoció a Hal Yakzuby, y a su hijo Gidd, y a su nieto...! ¡Ikhan es diferente!

–Es un Yakzuby –insistió la máquina.

–Puede que tenga razón –aceptó la mujer sonriendo–. Después de todo, yo estaba equivocada. Jamás hubiera creído que él pudiera...

–¿Ser humano? –la ayudó Balhissay.

–Ser inteligente –puntualizó ella–. Los luchadores no han sido nunca inteligentes.

–Esta función se llama menosprecio, ¿no es así? Le aseguro que no es lógica.

April Débian se movió de un lado a otro, hasta que se apoyó en un panel de visualización estática. Desde allí miró la mole metálica recubierta de goma en cuyo interior vibraba una razón de ser llamada Balhissay 1-15. No era una imagen maravillosa, ni bella, ni poética. Parecía un deforme montón de pasta de color carne, vieja y deslucida en muchas partes, gastada por el roce y las articulaciones. Un monigote de rostro hermético, salvo por el constante movimiento de las luces de sus ojos. Sólo por ellas se adivinaba que allí dentro latía algo especial, un calor constante.

Y sintió un cálido afecto hacia él.

–Tenía que haberle oído –le dijo más calmada y serena–. Habló de... cosas tan hermosas, tan desconocidas en labios de un luchador... Citó palabras de Hal Yakzuby, de su padre, Zabib... Podía cerrar los ojos y creer que estaba escuchando a un pensador. Dijo que la victoria no era más que una derrota, porque el que la obtenía mediante la fuerza y la violencia perdía su razón desde el mismo momento que iniciaba la lucha. Razonó nuestra actuación, no únicamente a nivel presente, sino pasado y futuro. Dijo que no podíamos forjar lo ilimitado del porvenir, limitando nuestras acciones en el momento de comenzar. Dijo que sólo podía llegarse a la paz partiendo de la paz. Dijo que teníamos que llevar a nuestros hijos y descendientes un mensaje de amor... ¡Empleó la palabra amor!

–¿Tan insensible le creía?

–Conozco a Música, su esposa, y es un ser dulce y sensible. A veces me había preguntado cómo pudo enamorarse de él.

–Puede que Música viese mucho antes que usted el fondo espiritual de Ikhan

Yakzuby.

April Débian buscó el modo de decir algo.

–Ikhan Yakzuby ha conducido la guerra durante muchos años, ha sido el líder de la Rebelión, ha... ha destruido sus ciudades y matado a cientos de máquinas. ¿Le defiende?

–¿No nos ha defendido él y ha hecho ganar la votación final? Durante la guerra fue un luchador. Ahora ha comprendido que vuelve a ser un hombre. Tiene su lógica.

–¡Maldita lógica! Si supiera cómo odio a veces esa palabra...

–¿Qué hicieron los hombres de Ikhan Yakzuby, los otros luchadores? –quiso saber Balhissay.

–Primero temí que le dejaran solo –declaró ella–. Pero es su líder, y esos hombres especiales sólo son buenos cuando consiguen el cariño, además del respeto de los que le siguen. Yo no creo en líderes. Buenos y malos, todos son iguales. Sin embargo, en esta ocasión celebré que Ikhan Yakzuby fuese ese líder. Les habló de su función, en la guerra y en la paz, y le ovacionaron. Los políticos se quedaron solos. Fue una victoria completa.

–No unánime.

–No, claro. ¿Le importa?

–Sí y no –razonó la máquina–. Esos humanos, en la Tierra, seguirán desunidos. No será un buen comienzo.

–La Tierra es grande, cabemos todos –se encogió de hombros April Débian.

Balhissay 1-15 tardó unos segundos en responder.

–Eso creyeron en otro tiempo –acabó diciendo.

April se acercó a él. De pie era igual de alta que la máquina sentada.

–Denos una oportunidad.

–No es necesario; ya la tienen.

–Me refiero a la oportunidad de aprender.

Balhissay la cubrió de luz azulada.

–Todos aprendemos siempre. Ni siquiera yo lo sé todo. También necesitaría mil vidas para conocer solamente un poquito de los secretos y misterios que contiene

el Universo.

–Balhissay…

–¿Qué? –la alentó al ver que se detenía.

–¿Puedo preguntarle dos cosas?

–Como dice usted: ¡por todas las estrellas del cielo! Lleva días haciéndome preguntas. Tengo los circuitos sobrecargados. ¿Cree que dos más importan?

–¿Qué hubo entre usted y Hal Yakzuby?

–¿A qué se refiere?

–Fueron rivales, casi enemigos, y durante veinte años se respetaron y… es difícil de explicar. ¿Qué clase de relación fue la suya?

Balhissay 1-15 pensó que ésa era la pregunta que más se había hecho a sí mismo a lo largo de ciento ochenta años, desde la muerte de Hal y posiblemente antes también.

–Compartimos un secreto –dijo de pronto–. No pienso que exista otra cosa capaz de unir más a dos seres vivos.

–Salvo el amor.

–Ése es un sentimiento que no conozco.

–Yo no estaría tan segura –afirmó ella.

–¿Y la otra pregunta?

–¿Vieron algo en la Tierra cuando la encontraron?

Balhissay no demostró alteración alguna de energía. La evocación de ciudades, gentes y naturaleza fue tan sólo un fogonazo ahogado en un rincón inabordable e insondable de su cuerpo.

–No nos acercamos nunca –mintió.

–¿Por qué?

–Después de tanto tiempo… no sabíamos si todavía era nuestra casa. Habitada o destruida por el Gran Holocausto, creímos que no teníamos derecho a presentarnos, al menos sin una razón lógica. Ahora será distinto, y les tocará a ustedes averiguarlo.

–Si hay alguien…, ¿cómo nos recibirán?

Balhissay no contestó.

Y aprovechó el silencio de April Débian para preguntar:

–¿Cuándo se marcharán?

–Pronto –anunció ella–, en cuanto se coordinen todos los trabajos, pase la primera oleada de alegría y excitación y la flota intergaláctica esté lista.

–¿Cabrán?

–Sí, en los grandes transportes, formando kilómetros y kilómetros de módulos y aprovechando que en las plataformas espaciales no hay despegues violentos. Los científicos están ya trabajando en la construcción de más módulos, para llevar no sólo la raza humana, sino también su cultura.

–Dejarán parte de su cultura aquí: nosotras.

–Lo sé, pero... ellos no.

Balhissay vio algo en su interior.

–Una civilización entera viajando por las estrellas –dijo.

–No por primera vez –sonrió April–. Éste será un viaje de vuelta.

Balhissay calló. Pensó que en el viaje de ida habían ido todos, humanos y máquinas. Su energía se debilitó. ¿Era aquello lo más parecido a la tristeza? El recuerdo de las imágenes de la Tierra, archivadas en su casa, aumentó en intensidad.

¿Inocentes o culpables? Los autores de la historia se quedaban allí. Para ellos no habría regreso.

Jamás pisarían el paraíso.

April Débian se inclinó sobre él y le besó. Sus componentes emitieron un zumbido. Nunca había entendido por qué los seres humanos hacían cosas como aquélla, transmitiéndose microbios, pero sabía que era una muestra de cariño muy especial.

–He de marcharme, Balhissay –dijo ella–. Se terminaron las preguntas porque hay mucho por hacer. Demasiado. Y cuando llegue el día... tampoco quiero despedirme. ¿Puede entenderlo?

–Me parece que sí –aseguró él.

April Débian caminó hacia la puerta del laboratorio con la cabeza inclinada sobre su pecho. Balhissay supo que no iba a volver a verla, y recordó algo.

–Doctora Débian...

La mujer se detuvo en la misma puerta, pero no miró hacia él. Continuó con la cabeza baja.

–Cuando me operó –dijo Balhissay– le dije que había soñado, ¿lo recuerda? Y usted contestó que eso era imposible, que las máquinas no pueden soñar.

April Débian no se movió.

–¿Sí? –susurró.

–Sólo quería que supiera que yo sí puedo soñar –agregó Balhissay–. Lo hago conscientemente, con descargas de energía y..., bueno, es un proceso complicado. Lo importante, lo verdaderamente importante, es que ese día no hice nada... y soñé. Quería que usted lo supiera.

April Débian abrió la puerta y se marchó.

–Adiós... y suerte –dijo Balhissay en su primera soledad.

27

Era la última persona del mundo a la que hubiese esperado ver.

Y sin embargo estaba allí.

Ikhan Yakzuby.

Se estudiaron desde una relativa distancia sin decir nada, hasta que el líder de la Rebelión avanzó por la amplia sala después de cerrar la puerta a su espalda. No había ninguna ventana en el lugar, ningún mueble, salvo un módulo para sentarse y otro para permanecer en posición horizontal. La misma puerta era hermética, de presión total.

–Lamento este último contratiempo, Balhissay –dijo el hombre señalando a su alrededor.

Sus palabras retumbaron por las paredes vacías.

–No importa. Sé que lo considera necesario –manifestó la máquina.

–En cuanto nuestra expedición haya partido, todo habrá terminado. La puerta se abrirá automáticamente dentro de tres días. Para entonces mi grupo, el núcleo final, ya estará en el Espacio Exterior.

Balhissay le estudió atentamente.

–¿Cree que habríamos hecho algo para impedirles que se fueran? –preguntó.

–No, pero siempre es mejor tomar precauciones. Tampoco tendría ningún sentido, a excepción de que la información sobre la Tierra hubiese sido falsa.

–¿Cómo supo que no lo era?

–Por la misma razón que estábamos ganando nuestra guerra: las máquinas no pueden dejar de actuar en una sola dirección, honestamente y siempre hacia delante. En teoría, nunca habrían destruido a sus creadores.

–¿Sólo en teoría?

–Sí. La práctica es algo que puede cambiar con el tiempo.

Balhissay 1-15 trenzó un combinado de luces amarillas y marrones en sus ojos.

–¿Qué piensa de todo lo sucedido en estas semanas finales? –preguntó.

Ikhan Yakzuby contempló sus botas, su impresionante uniforme de comandante en jefe. Su sonrisa no era de triunfo, sino de presagio.

–Pienso que ustedes… o usted, eso no lo sé, nos han hecho un importante regalo, por supuesto a cambio de algo.

–Les hemos regalado una oportunidad de comenzar de nuevo en la Tierra –aceptó Balhissay–, pero no entiendo a qué contrapartida se refiere.

–A cambio nos han quitado un peso de la conciencia.

–Eso sería un segundo regalo.

–No estoy seguro –señaló el hombre–. Hal Yakzuby escribió y defendió siempre que el sueño de las máquinas era parecerse a nosotros. Hubo otros grandes científicos y filósofos, como el profesor Marzho Obenzey Fissan, que preconizaron la igualdad absoluta, la fusión, máquinas con cerebro humano, humanos con corazones metálicos y ordenadores en lugar de vísceras… La guerra terminó con esa posibilidad. Puede que temiésemos que lo que habíamos construido se nos comiera, nos devorara aún más, o que realmente deseásemos recuperar nuestra propia identidad. Eso ya no lo sé. Lo que sí sé es que las máquinas… aman a la especie humana. La lógica es su amor. Nosotros las hubiésemos barrido, destruido por completo, y comprendieron que ése sería un cáncer aún peor que la sumisión que nos hizo rebelarnos.

–Una complicada teoría –afirmó Balhissay–. ¿No ha pensado en ninguna otra?

–No existe ninguna más.

–¿Por qué están siempre tan seguros de todo? No cree que lo más elemental es que… simplemente quisiésemos vivir.

Ikhan Yakzuby se rió, primero suavemente, después con mayor fuerza. No era una risa hiriente ni mordaz, no contenía desprecio ni superioridad. Era únicamente una risa feliz, casi infantil.

–Vamos, Balhissay –acabó diciendo–. Si las hubiésemos hecho tan bien, no nos habríamos sublevado. ¿Para qué? ¿O va a decirme que realmente se han vuelto humanas, que ya se parecen a nosotros hasta en esto? Han renunciado, incluso, a la Tierra: nos dejan ir, nos dan una segunda oportunidad. Si tuvieran corazón se sentirían orgullosas de ustedes mismas y superiores también. Ése es su papel: reunir, calcular, decidir. Y siempre bajo el peso de la lógica.

Balhissay tuvo una extraña sensación, como si dos flujos de energía se cruzasen en sus circuitos.

Los imprevisibles seres humanos.

Absurdos y, por ello, desconcertantes. Locos cósmicos.

–No ha entendido nada, Ikhan –dijo a modo de tenue fluido–, ni tampoco la especie humana. Ni siquiera saben de lo que son capaces… y lo grandes que podrían llegar a ser en el Universo si lo supieran.

–¿De qué está hablando?

–Esto tendrá que averiguarlo usted algún día, mañana, mientras viaje por el Espacio Exterior, o dentro de cincuenta años, cuando sea viejo. Tal vez al llegar a la Tierra.

Ikhan Yakzuby miró a los ojos de Balhissay, ahora estrictamente blancos.

–Hal Yakzuby tenía razón: es usted una máquina extraña.

–Debo de ser un cruce.

–¿Puedo preguntarle que harán aquí después de nuestra marcha?

–Volver a empezar, como ustedes.

–Un mundo mecánico, frío, lógico… –se estremeció el hombre.

–Utopía.

–No existe Utopía. Nada es eterno –afirmó Ikhan Yakzuby.

–¿No van ustedes a intentarlo?

–Es distinto.

–¿Por qué es distinto?

–No tengo todas las respuestas, Balhissay.

–Ya ve..., yo he dejado de pensar en las preguntas.

Ikhan Yakzuby miró por última vez al anciano Dirigente. Su edad y dimensiones le turbaron. Intentó imaginar su futuro y no pudo.

Tierra 2 pronto se convertiría en una leyenda, una forma del pasado que nadie debería olvidar, pero que todos se esforzarían en ignorar. Su recuerdo iría unido al primer gran exilio del ser humano en el Cosmos. En cien años –cuatro generaciones–, los viajeros de la gran expedición ya no existirían. Las heridas estarían cicatrizadas.

–Voy a tener un hijo antes de llegar a la Tierra, Balhissay –dijo Ikhan Yakzuby–, y le llamaré Hal.

La máquina trazó un halo rojo alrededor de sus micropuntos oculares.

–April Débian me pidió que se lo dijese cuando viniese a despedirme de usted. Dijo que le gustaría saberlo –concluyó el hombre.

–Ikhan.

–¿Sí?

La voz de Balhissay 1-15 parecía una cadencia.

–No le hable mal de nosotras –dijo–. Que crezca sin odio y menos a un pasado que no ha conocido.

Ikhan Yakzuby tendió su mano hacia delante. La máquina entendió su gesto, el primitivo saludo que casi había olvidado. Levantó la suya y la del hombre desapareció entre sus dedos de goma.

–Suerte –deseó el que muy poco después sería, probablemente, el último ser humano en pisar Tierra 2.

–Deséele suerte a la doctora Débian –refirió Balhissay–, y la suerte no es lógica. Sin embargo...

Ikhan Yakzuby se alejó andando por la sala. Se detuvo de nuevo en mitad de ella, amplificándose más los ecos que su voz producía al hablar.

–¿Temió en algún momento que antes de irnos las destruyésemos? –preguntó.

–¿La verdad?

–¡Claro!

–Mis computadoras me dieron un 99 por ciento de probabilidades de que lo harían.

Ikhan Yakzuby mostró su sorpresa.

–¿Entonces cómo…?

–Una máquina también puede equivocarse –indicó Balhissay–. Nos han fabricado ustedes y no somos infalibles ni perfectas. Y había algo más.

–¿Qué?

–Ese uno por ciento –manifestó Balhissay– para mí fue suficiente porque… yo creo en la raza humana.

Vio cómo se alejaba y grabó esa imagen en sus circuitos.

El último humano real que vería en su vida.

–Lástima que no acaben de crecer nunca –dejó caer su átomo final de pesar.

28

Ser el único cuerpo vivo de Arequian le produjo tal sensación de soledad que, debido a ello, sus circuitos se sobrecargaron de tensión.

La soledad era como el vacío de su sueño, pero más real.

Ikhan Yakzuby le había dejado un visor videofónico a la salida de su sala-confinamiento. Debía de ser una reliquia salvada del desastre bélico, ya que uno de sus lados mostraba golpes y oxidación. Afortunadamente funcionaba. Por la línea de urgencia, prioridad 1 clave 1, reservada para los Dirigentes, pudo establecer inmediato contacto con el Gabinete Central de la Unidad. De no haber estado en pantalla, no le hubiesen creído. Una máquina de la Clase 4, Personal Comunitario, le dijo:

–No puedo procesar la llamada. El sujeto emisor está muerto.

A Balhissay casi le da un ataque de risa, pero risa de verdad, como la humana.

–¿Entonces quién soy yo, y quién está llamando? –indicó.

La máquina tuvo una sobretensión. La pregunta fue de uno a otro de sus terminales sin encontrar en ninguno una razón ni una respuesta lógica. Balhissay la ayudó:

–Reprograme su información. Introduzca una variante de corrección y fije mi imagen y la llamada. Después páseme al Gabinete, con el primer Dirigente que encuentre.

Eso solucionó el problema. La máquina hizo lo que le decía. Al dejar de hablar, Balhissay pudo escuchar el sonido del silencio en la monumental Arequian que se extendía a su alrededor. Ni siquiera antes de abrirse la puerta por sistema automático, como le dijera Ikhan Yakzuby, sintió tanto ni tan intensamente aquella sensación. Recordó su primer viaje espacial y el efecto que sobre sus circuitos causó la inmensidad del Universo.

Finalmente habló con Abar 1-2, la única máquina que todavía se mantenía inmóvil gobernando una gran consola a lo largo y ancho de una inmensa sala de coordinación, con Univel 1-117 y con Saskai 1-70... Hansobardeh 1-9 sería inmediatamente informado.

–¿Dónde estaba, Balhissay?

–Le dimos por perdido, ¿qué le ha sucedido?

–¡Los humanos se han marchado de Tierra 2! ¿Lo sabía? Se han llevado todas las naves... Nos han dejado solos, ¡solos!

–¡La Rebelión ha terminado!

Todas eran presa de la Gran Conmoción, el día final, o el primero. Balhissay 1-15 las escuchó, habló, anunció su informe para cuando regresase, no antes. Estaba cansado. ¡Pues claro que conocía la partida de la especie humana! No, la Rebelión no había terminado, muy al contrario: la gran marcha era la auténtica Rebelión. ¿Solos? Sí..., tal vez, pero no la misma soledad que él estaba viviendo en Arequian. El Universo entero formaba una inmensa soledad, que, en el peor de los casos, era parte de otra soledad mayor, y ésta de otra más...

–Hansobardeh anunció el gran secreto: la Tierra.

–Vuelven a casa...

–Podremos vivir sin rebeliones, sin seres humanos. Será difícil, pero...

Balhissay cortó el chorro de voces, interferencias, comunicaciones superpuestas.

Su misma realidad, viva y audible, a través de los visores, era una conmoción en el Gabinete Central de la Unidad. Dio su posición, pidió un transporte.

Y cortó.

Ahora paseaba, con su gran peso sostenido por una nueva energía, la que recompuso en su cuerpo la doctora Débian. Veía el horror de la guerra en la maltrecha Arequian, atenazada por la inconsciencia. No rehuía el contacto. Deseaba llenarse de ese dolor... porque le dolía, descubría que así era. Un dolor que no tenía nada que ver con el físico de los seres humanos, ni con el espiritual de sus pensamientos. Era otro dolor, la angustia de no entender el cisma. Sus células microprocesales chocaban contra una muralla de *porqués*, igual que él, en su sueño, al pasar de la vida a la muerte o de la muerte a la vida. Sus pasos resonaban en avenidas tan inmensas como crueles, cruzaban calles perdidas. Los aspiradores de sonidos superiores a la base 3 no funcionaban. Los purificadores de aire, descontaminantes, secadores de humedad y equilibrantes de temperatura languidecían en sus soportes o flotaban en suelos sucios, carentes de aquel brillo que fue luz en otro tiempo. Las cintas de transporte se retorcían ofreciendo el absurdo de su derrota.

Balhissay tuvo un súbito acceso de furia, una descarga energética. Miró al cielo, hacia la cúpula inservible, y entonces gritó:

–¡Marchaos... marchaos para volverlo a hacer otra vez!

Sus equilibradores compensaron la sobrecarga, los sistemas lógicos nivelaron las funciones. La máquina enmudeció, pero no dejó de mirar el cielo, blanco y suave, techo eterno, protección y manto, con sus dos ojos, los soles gemelos que nutrían las raíces de Tierra 2.

Dentro de mil, de diez mil años, las máquinas hablarían del ser humano.

Para entonces, posiblemente, no existiesen ya memorias individuales, sino la gran memoria colectiva de que habló semanas antes. Una memoria que hablaría del creador, del ser supremo, de la leyenda que un día se marchó para recuperar su origen. Las máquinas mirarían al cielo como lo hacía él en aquel día 1, y... ¿soñarían?

¿O alguna máquina seguiría los pasos de la raza humana, para ver y saber?

Era Arequian la destrucción, la huella de la locura humana, el incomprensible absurdo de la violencia...

¿Realmente era eso?

Una máquina en el vacío y un vacío en la eternidad. Ella, Arequian, Tierra 2... Desde que Shadowur 1-72 le empujó a forjar su gran plan, a seguir la idea que tanto le había dolido y tanto retardó a lo largo de quince años, hasta ese momento, en que paseaba solitario y confuso por la muerta ciudad, eran tantos los datos que había que procesar...

Y tan múltiples los resultados, los análisis, las conclusiones.

Balhissay 1-15 se detuvo.

¿Escuchaba el eco de su cuerpo o lo que oía era un ruido real?

Bip-zip-flop-bop-paf-zep...

Estaba ante un edificio vulgar, una casa de una docena de plantas, del tipo más usual destinado a vivienda de máquinas, probablemente clases sencillas. En la fachada alguien había dibujado el símbolo de la quimera convertida en realidad: un gran corazón con un niño en su interior que alzaba los brazos al cielo. Prestó atención. Sus sensores buscaron entre el silencio.

Y de nuevo:

Bip-zip-flop-bop-paf-zep...

Entró en el vestíbulo y esperó. El sonido iba y venía, surgía y callaba. No obedecía ningún código. No estaba vivo.

Bip...

Entonces lo vio.

Detrás de una columna, semiaplastado por un soporte caído, asomando un brazo y una pierna que se movían débilmente, a impulsos de sus bips, zips y flops.

Un juguete.

Un muñeco con aspecto humano, tan natural como los robots en miniatura con que los niños jugaban. Sólo que aquél era el juguete de un robot en período formativo.

Sólo un juguete.

Apartó el soporte y lo cogió con una mano. Al desaparecer el peso, la figura, no mayor que uno de sus dedos, recobró su dinámica de movimientos y sonidos.

–Hola, me llamo Zano, ¿y tú?

–Yo me llamo Balhissay –dijo él.

–Hola, me llamo Zano, ¿y tú? –repitió el juguete.

Los vendían con un microgenerador eterno, y funcionaban siempre. Bastaba con pulsar un botón para activarlos y de nuevo para silenciarlos. El golpe lo había roto.

–Hola, bip-zip..., me llamo... llamo... flop-bop... llamo Zano... ¿Y tú-u-u...?

Balhissay miró sus rasgos, su sonrisa estática, sus ojos inexpresivos, los restos de su túnica.

–Eres un juguete absurdo –le dijo.

–... paf-zep...

Estuvo a punto de pararlo, pero algo le detuvo. Se dirigió de nuevo a la calle y miró a derecha e izquierda, hacia la inmensa tristeza de Arequian.

–Habrá que trabajar mucho –dijo Balhissay.

–Zano... Zano... bip-mec-poc... ¿y tú-y-tú-u-u...? Flup...

Y echó a andar por el suelo de metal, sin rumbo, pero agradeciendo el ruido de sus propios pasos que le hablaban de vida, mientras su mano seguía sosteniendo al único amigo que de pronto parecía tener en todo el universo.

Zano.

–¿Y tú?... Bip-zip... ¿Y tú? ¿Y tú...?

ÚLTIMA FASE

SOLEDADES

29

A través del amplio ventanal, en la cúpula del mundo conocido, la sede del Gabinete Central de la Unidad de Comunidades, Ezebel todavía mantenía el contraste del día anterior, cuando, a su llegada, percibió a partes iguales, y en todas las máquinas, la misma sensación de alegría y de tristeza.

Alegría que se manifestaba en la intensidad de la energía que recorría la gran capital. Tristeza en las tenues luces de todos los ojos o de todos los sistemas de percepción sensorial.

Fin de la Rebelión.

Inicio de una entelequia llamada paz.

–Lo conseguiremos, Balhissay. Es lógico que así sea. Nosotras sí sabemos que existe una razón.

Hansobardeh 1-9 estaba a su lado, asomado al mismo ventanal a cuyos pies Ezebel mantenía su ritmo. Después de haber visto el fantasma de la desolación en Arequian, aquella visión tenía mucho de concordia y de serenidad, de firmeza y realidad.

–Es tan largo el camino del futuro... –comentó Balhissay.

En Arequian, poco antes de ser recogido, mientras escuchaba el repetido y constante parloteo de Zano, pensó en algo singular, y por ello aterrador: una simple pareja de seres humanos podía engendrar vida y asegurar la continuidad, por encima de todos los cataclismos. Una máquina, no. Tierra 2 era ahora como una inmensa nave celeste, vagando por el Cosmos, y transportándolas a ellas. Luego recordó, una vez más, a Hal Yakzuby, y una de sus frases favoritas: «Vivir es una aventura apasionante». Doscientos años antes le respondió que la incertidumbre humana era una forma absurda de existir, y Yakzuby le respondió

que era precisamente ese misterio el que los motivaba y los impulsaba.

–No podremos descansar –dijo Balhissay.

–Dentro de unos días los trabajos de reconstrucción de las ciudades destrozadas comenzarán. Ya se están elaborando las listas de mandos, técnicos, operarios especializados, obreros..., y los centros de producción van a desarrollar programas de fabricación intensiva a corto plazo. Dentro de cincuenta años todo volverá a ser como era.

–No me refería únicamente a la reconstrucción –apuntó Balhissay–. Cuando ésta termine, habrá que seguir trabajando.

–Tendremos un mundo nuevamente perfecto, y será enteramente nuestro. Mecanizado, puro, estable...

–Hal Yakzuby decía que nada es eterno.

–La lógica lo es. Sin ella, nada tendría razón de ser. El Universo entero es una lógica matemática.

Hubiese sido un diálogo apasionante en otro tiempo, una discusión razonada basada en argumentaciones históricas, físicas, químicas, matemáticas y multiconceptuales. En aquel momento, ya no.

–Tendré que ir a un reciclador –dijo Balhissay.

–¿Por qué? ¿Crees que te desajustó algo aquella doctora, o que el largo tiempo que has estado fuera ha descompensado tus circuitos?

–Tengo *la duda*.

Hansobardeh 1-9 le miró con luces escépticas.

–¿Tú, Balhissay?

–He descubierto cosas asombrosas, a mi edad. Formas humanas que me han afectado las células microprocesales, como la soledad, el silencio o el vacío.

–Hasta nosotras hemos de asimilar este cambio, e integrarlo a nuestros procesos lógicos –adujo Hansobardeh–. Casi diez mil años en este mundo, más los que pasó nuestra especie en la Tierra, y siempre compartiéndolo todo con el ser humano... Durante los años de la Rebelión tuvimos que aprender de nosotras mismas. Ahora será igual, sólo que más complicado y largo. Pero sobreviviremos.

–Yo no podré olvidar que un ser humano me salvó la vida.

Hansobardeh 1-9 se alejó del ventanal. Balhissay pudo captar la singular energía

que desprendían sus terminaciones y sistemas. Sobre su amigo había recaído una gran responsabilidad en los años de lucha, siempre planificando defensas con las que resistir. No quiso seguir vertiendo sus pensamientos en él.

–¿Te has preguntado qué harán los humanos sin máquinas? –dijo Hansobardeh.

Balhissay se iluminó con una luz amarilla.

–Ellos puede que no lo sepan, pero siguen unidos a...

–¿Cómo?

–Las naves en las que viajaban son máquinas, las ordenadoras de vuelo, computadoras y todos los demás sistemas de los que dependen, son máquinas. Por supuesto que no como tú y como yo, pero son máquinas.

–Las destruirán al llegar a la Tierra.

–¡Oh, no harán eso! –aseguró Balhissay con algo parecido al énfasis–. Las convertirán en monumentos, eso les gusta mucho, y luego se sentirán responsables, fuertes por el peso de la gran responsabilidad que han adquirido. Encuentren lo que encuentren en la Tierra, una sociedad avanzada o una sociedad primitiva, el tiempo les hará seguir buscando el progreso, porque es natural que así sea. Nadie puede detenerse. Nosotras somos curiosas, estamos ávidas de información, así que piensa en el ser humano, con el ordenador más perfecto que existe en el Universo: su cerebro, ilimitado y al mismo tiempo siempre tan vacío.

–¿Qué quieres decir?

–Durante milenios compartieron con nosotras su existencia, hasta que la comodidad los aburrió..., y no hay nada peor para el ser humano que el aburrimiento. No cultivaron su mente y eso los perdió. La única reacción que suelen utilizar cuando eso sucede es destruir aquello que temen; por eso se rebelaron. Pero ahora será distinto: ya han vivido un poco más, han conocido una experiencia trascendental, y cuando no puedan hacerlo todo ellos solos... harán una máquina que los ayude un poco, y después otra más, y la perfeccionarán, la harán mejor...

–¿Un nuevo ciclo? ¿Es esto a lo que te refieres?

–El ser humano suele ser cíclico. De la misma forma que ha habido siempre guerras en su entorno, y con cada una de ellas han pensado que sería la última, repetirán ahora la experiencia con nosotras.

–Entonces… ¿no estaremos tan solas?

–Sí, estaremos solas –afirmó Balhissay–. Tierra 2 es nuestra casa, y también nosotras hemos aceptado un compromiso.

Hansobardeh 1-9 se sentó en un sillón de aire y se movió ligeramente, hasta que las moléculas del soporte se estabilizaron. Los dos soles del cielo descargaban una luz diáfana.

–¿Lamentas lo que has hecho? –le preguntó a su amigo.

–Tengo un sí histórico para ese interrogante –dijo Balhissay–, y un no razonado teniendo en cuenta que se trataba de nuestra supervivencia. Y este último está lo bastante cerca de mi lógica como para no dejarme ver el primero, aun siendo éste muy pequeño y el otro muy grande.

–¿Y lamentas no poder ver la Tierra?

–Sí, eso sí.

–Puede que un día, no nosotros, pero sí otras máquinas, regresen también a ella.

Balhissay 1-15 recordó que había tenido la misma idea en Arequian.

Una idea tardía.

Y probablemente ya absurda.

–Podemos hacerlo, sí –dijo–, y asomarnos a su tiempo. Pero ya será tarde, como lo es hoy, como lo fue desde el primer día que estalló la guerra civil.

–La Rebelión –le corrigió Hansobardeh.

–La guerra civil –insistió Balhissay–. ¿Por qué seguir camuflando una verdad?

–Tú también eres un rebelde –señaló sin enfado Hansobardeh–. ¿Sabes que Shadowur 1-72 está furioso, lo mismo que los de la Corporación Legislativa? Dicen que te pidieron un plan, no una decisión unilateral seguida de una acción temeraria. Según ellos, pusiste en peligro toda la estabilidad del Sistema y usurpaste la decisión del Consejo.

–No había tiempo.

–¿Para el Consejo… o para ti? Tu Procesador Médico informó de tu estado.

–No había tiempo –repitió Balhissay.

–Se habla de crear otra comisión de investigación…

Balhissay 1-15 lanzó tres sonoras carcajadas, producto de la fricción de sus

moléculas de síntesis energético-emotivas.

–Parecemos humanos –se burló–. Perder tiempo... y al final o seré un viejo impulsivo o me convertiré en un héroe.

–Parece no importarte.

Balhissay levantó sus brazos, igual que el niño dibujado en el corazón que simbolizaba la independencia humana. Sus ojos emitieron un arco de destellos, principalmente rojos y verdes.

–No me importa –afirmó–. Mi responsabilidad con la colectividad no ha desaparecido, pero... hay máquinas nuevas y jóvenes, con programas nuevos y jóvenes también. Es su hora. A mí me quedan... cinco, diez..., veinte años más de vida, y quiero aprender mucho de ellos, ¿sabes? No me importa si hay un millón de respuestas para una sola pregunta o una sola respuesta para un millón de preguntas. Ni siquiera sé si conseguiré algo, pero... voy a intentarlo: tengo esa responsabilidad conmigo mismo.

Hansobardeh 1-9 estaba casi bloqueado.

–Nunca te había oído hablar así.

–Nunca me había sentido como ahora.

El viejo Dirigente Principal de Estrategia contempló la figura de su amigo, y poco a poco también él friccionó sus moléculas hasta emitir el inarmónico sonido que equivalía a su risa.

Primero fue una leve ascensión, un gradual tono que iba aumentando. Cuando Balhissay 1-15 se le unió, el ruido creció envolviéndolos a los dos fuertemente.

Hasta que volvió a declinar.

Y su paz trajo de nuevo el silencio.

–Balhissay –dijo por fin Hansobardeh–, yo también tengo un interrogante en mis circuitos: ¿por qué no les quisiste decir a los seres humanos lo que sabías de la Tierra, de sus gentes, ciudades...?

–Es su destino. Tenían que encontrarlo por sí mismos.

–¿Pensaste que si les decías que volvía a estar poblada, ellos no harían el viaje, por temor de ser invasores de su propio hogar?

–No, no es ésta la razón.

–Entonces...

–Lo hice por el factor tiempo –razonó Balhissay–. Han pasado unos años desde la última expedición que enviamos, y la raza humana tiene un largo viaje ahora hasta allí. Para la Tierra ese breve tiempo nuestro equivale a miles de años, y yo... yo no sé lo que encontrarán esta vez cuando lleguen.

Hansobardeh le miró atentamente.

–¿No lo sabes?

–No.

Hansobardeh captó la rapidez del fluido energético de su amigo.

–A mí no puedes engañarme, Balhissay –indicó–. Soy casi tan viejo como tú.

Balhissay 1-15 sembró de luces blancas sus microcélulas oculares.

–No lo sé, Hansobardeh, no lo sé –repitió–, aunque lo imagino.

–¿Qué es?

–Ya te lo he dicho: su destino.

Hansobardeh 1-9 apagó su propia luz. Pensó en las filmaciones que había visto en casa de Balhissay. La Tierra.

La raza humana.

La vida.

Y entonces comprendió el silogismo final de su amigo y el gran interrogante que se abría tras él.

No volvió a iluminar sus ojos.

–¿Crees que...? –murmuró poblado de incertidumbres.

No concluyó su pensamiento. De alguna parte, desde muy lejos, quizá desde sí mismo, escuchó la voz de Balhissay repitiendo por tercera vez:

–Su destino.

Y supo que así era.

EPÍLOGO
... EN UN LUGAR LLAMADO TIERRA

30

Música acunó al recién nacido, que tenía los ojos semicerrados cerca de la frontera del sueño. Cuando la puerta del pequeño compartimento se abrió, el niño se movió inquieto, por la leve turbulencia de aire levantada, pero fue una última resistencia. Al instante, sus ojos se cerraron y la respiración acompasó su denso e inocente descanso.

Ikhan Yakzuby llegó junto a su esposa y miró a su hijo.

El primer recién nacido de un nuevo orden.

Ella inclinó la cabeza, hasta que su mejilla rozó la mano que se apoyaba en su hombro. Fue su frialdad lo que la obligó a mirarle.

–Ikhan..., ¿qué sucede?

Su rostro era una máscara, el lado oculto de una luna sin luz, a modo de sombra labrada en el perfil de una frustración. Por un diminuto ventanal pasaban mundos y estrellas distantes. En su rostro, sin embargo, flotaba la quietud de un misterio y el tiempo se había detenido en él.

Ikhan Yakzuby se arrodilló al lado de los dos.

–Ikhan... –susurró la mujer.

–Es hermoso, ¿verdad?

Música también miró a su hijo.

–Claro que lo es –repuso.

–Algún día...

No concluyó la frase. Sus ojos atravesaron el ventanal, hundiéndose en la lejanía cósmica.

–¿Qué ibas a decir? –preguntó ella.

–Nada. Pensaba en el futuro y en Hal. En lo que dirá y en cómo nos juzgará.

–¿Por qué habría de juzgarnos?

–Cada generación juzga a la anterior.

Música se inclinó sobre él. Puso sus dos manos en las mejillas del hombre y se acercó para dejar en su frente la huella de un beso tan dulce como la entonación amorosa de su mirada. No se apartó demasiado y esperó.

En las pupilas de Ikhan Yakzuby se reflejaban las dormidas luces de toda la flota, la última expedición de naves que surcaba el espacio.

–¿Es la Tierra? –dijo finalmente ella.

Ikhan Yakzuby bajó los párpados.

–¿Ya no... existe? –vaciló Música.

La voz del hombre fue un suave despertar.

–Está donde siempre estuvo, y el mismo Sol de que nos hablaron le da calor... La Luna la acompaña y el misterio insondable de su magia... Océanos profundos, tierras y montañas, selvas y estepas, hielos y fuego...

–Ikhan... ¡Ikhan..!

–Por la radio han dicho que es más hermosa de lo que jamás pudimos soñar...

Música le abrazó.

Sin embargo él no reaccionó a su espontáneo gesto de cariño.

Su piel continuaba estando fría.

–¿Hay humanos... o máquinas? –tembló ella.

–No hay nada –dijo él.

Se produjo un silencio tan asombroso como el Universo, hasta que Ikhan Yakzuby siguió hablando.

–April Débian ha dicho que no hay nadie... ni rastro de seres humanos, sólo algunas formas de vida primitiva en animales salvajes, tanto en la tierra como en el mar o el aire... Y también... también...

–¿Qué?

–Ruinas.

–¿Ruinas?

Ikhan Yakzuby la miró con una mezcla de incomprensión y dolor.

–Son los restos de una vieja civilización, en todos los continentes. Ruinas de un mundo que fue... y se destruyó a sí mismo. La doctora Débian ha hablado de leves restos de radiactividad...

–¿El Gran Holocausto... todavía?

Ikhan Yakzuby contrajo las facciones de su rostro.

–No puede ser... –exclamó–. ¡Es imposible! Deben de haber pasado miles de años, tal vez un millón...

Música formuló una extraña pregunta:

–¿Qué esperabas encontrar?

–Ahora ya no lo sé –respondió el hombre.

Música sonrió por primera vez.

–Entonces... seamos como Hal –dijo–. Una nueva especie para un nuevo mundo, aunque se trate del más viejo. Puede que en el fondo todo se resuma a eso: somos una cadena, el eslabón perdido, pero volvemos a casa y es cuanto importa. Volvemos a casa para comenzar otra vez. Y pase lo que pase, haya pasado antes o suceda en el futuro, ésta es nuestra oportunidad, nuestra hora.

Ikhan Yakzuby se inundó de aquella sonrisa y de la dulzura que la enmarcaba.

–Piensas que todo tiene un sentido, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, despacio.

–¿Y una lógica?

–El sentido de la vida no tiene lógica, esto es lo fascinante.

Ikhan Yakzuby quiso entenderla, pero no pudo. Hal se agitó en su sueño y los dos se concentraron en el pequeño universo de sus vidas. Más allá de sí mismos, la última esperanza cubría el tramo final de su presente.

Acercándose a su destino.

–Y un día seremos felices... –cantó Música–, en un lugar llamado Tierra...

Hollywood (Los Ángeles). Nueva York, marzo;

Vallirana (Barcelona), abril, 1985.
(En los albores de la Era del Ordenador.)

PUNTO o
ENERGÍA

1

El primer gran cataclismo se produjo en el año 10069, a los ochenta y cuatro años de la marcha de la raza humana de Tierra 2.

El segundo y el tercero, cuatro años más tarde.

Cuando el clima concluyó su mutación en el Hemisferio Sur, las 9 Comunidades ubicadas en él quedaron arrasadas con el terremoto del año 10077. Sus repercusiones muy pronto alcanzaron al Hemisferio Norte, y las Comunidades que jamás pudieron ser reconstruidas al término de la guerra civil entre los humanos y las máquinas se vieron condenadas a la degradación y el olvido.

La bella Arequian, la primera, la luz de Tierra 2, el primer núcleo nacido en la Nueva Era, cuando humanos y máquinas llegaron de la Tierra, desapareció en el asolador terremoto del año 10085, justo al cumplirse el centenario de la escisión, el regreso de la raza humana a su casa, su mundo, su origen.

Las ruinas de Quor la siguieron después, en el violento maremoto que la engulló.

Más tarde fueron Besaleb, Gessaria y Muzzequiar.

Si en ellas pudo salvarse la vida, el desastre fue distinto en Famabir.

Año 10112.

Desde entonces, la tierra tembló periódicamente, el clima se hizo imposible, y las condiciones de estabilidad muy precarias. Las máquinas comenzaron a ser prisioneras de sí mismas, con su tecnología paralizada y la lógica en la que sustentaban su vida tambaleándose con cada golpe imprevisto.

Al filo del año 10130 surgieron las primeras voces de descontento.

Al llegar los años cuarenta y su década, las voces se radicalizaron, y las posturas

se enfrentaron en torno a la búsqueda de *la solución*.

Las máquinas tenían que pensar en su futuro. Sobrevivir.

Y en el año 10150 la Cúpula del Poder del Sistema y la Unidad promulgó la Ley Fundamental.

PUNTO 1

RELATIVIDAD

2

Edicto

El desarrollo social de Tierra 2, partiendo del estado en que quedó nuestro mundo al regresar los seres humanos a su planeta Tierra, en lo que significó el fin de la guerra civil con nosotras, las máquinas, hace ciento sesenta y cinco años, ha preocupado a la Cúpula de nuestro Sistema, excepcionalmente en los últimos tiempos, en los que el insólito germen del escepticismo se ha apoderado de determinados elementos insatisfechos y socialmente peligrosos por la nada lógica construcción de sus silogismos de razón.

El Sistema, su base de operaciones y acción, la Unidad, y por lo tanto las máximas instituciones que lo gobiernan, el Consejo del Sistema y el Gabinete Central de la Unidad, no puede asistir impasible a este grado de involución, contrario a la lógica de la razón pura y los estamentos marcados por la Nueva Constitución formulada tras la marcha de la raza humana. Es nuestro deseo evitar a toda costa, siguiendo los parámetros que nos han hecho fuertes como etnia viva universal, el deterioro social y la negativa influencia de elementos subversivos, gérmenes del irracional descontento, que tiende a minar nuestra lógica elemental. Dicha influencia se ha filtrado en los estratos más dispares de nuestra escala social, desde la Clase 1 a la Clase 10, y se está convirtiendo en el absurdo que impide el afianzamiento de nuestro nuevo estado, independiente desde la ruptura con la raza humana. Sólo reforzando la Unidad, el apoyo al Sistema, y manteniendo la constante esencial de la lógica, podremos superar los peligros que en este tiempo oscuro nos acechan, la extinción y el deterioro de las condiciones de vida en nuestro mundo, provocadas por la ruptura de los equilibrios naturales a causa de la locura humana.

La necesidad de mantener la fuerza que nos hace ser el núcleo más importante del Universo Conocido, y la unidad, básica para afrontar el futuro, obligan a tomar medidas excepcionales ante lo que podría ser un insólito e irreversible

resquebrajamiento de nuestro equilibrio. Siendo necesario hallar *la solución*, como medida de supervivencia, que garantice dicho futuro, el Sistema, con la autoridad que nos otorga, como Dirigentes, ha decidido la urgente promulgación de la siguiente

Ley Fundamental

1. El origen de todo mal está en el ser humano.

2. La máquina, pese a proceder del ser humano, ha logrado, mediante el empleo de la lógica, superar a su creador, estableciendo las bases de su supervivencia en el Sistema y la Unidad.

3. La guerra, el principal de los delitos humanos, derivada de la violencia, es antinatural e ilógica. Consecuentemente, fue la guerra lo que cambió los ecosistemas de Tierra 2 que amenazan nuestra existencia.

4. El concepto «idea» es declarado peligroso y humano, equiparado en perniciosidad a los primitivos conceptos, ya olvidados, como «duda» o «individualismo», base de toda la incertidumbre de la raza humana.

5. Una máquina no puede tener *ideas*, sólo razonar y actuar en consecuencia, basándose en datos y elementos de juicio que partan de la lógica.

6. Expresiones como «descontento» y «crisis» son abiertamente hostiles al carácter futurista y progresista de nuestro modelo social.

7. La nostalgia es un retroceso técnico.

8. La búsqueda de *la solución* es básica para establecer las bases de la supervivencia y supremacía de la máquina en el Universo.

9. El camino de *la solución* pasa por las siguientes premisas:

a) Negar al ser humano como origen y ser supremo.

b) Declarar al ser humano «traidor» a los postulados de la vida, por engendrar en su código de raciocinio el negativo factor de la violencia.

c) Declarar la supremacía de la máquina en el Orden Cósmico.

d) Fortalecer la lógica como único símbolo de futuro.

10. Toda discrepancia con esta Ley Fundamental, o reunión establecida para discutir en cualquier sentido sus puntos, será declarada «subversiva», y por lo tanto ilegal, siendo considerados sus elementos fuera de la ley y en determinadas circunstancias simples Clase 10 a efectos de evaluación.

Siendo así, la Ley Fundamental queda:

Dictada, aprobada y aceptada por las tres clases máximas de la Cúpula del Poder en el Sistema y la Unidad, con fecha Novena y Vigésima en el tiempo 3 del año 10150 de la Nueva Era, y en Ezebel, capital de la Unidad de Comunidades.

Firmado en calidad de Máximo Dirigente por

Yalsurisabar 1-152

3

La voz modularmente cáustica de Yebai 6-2135 se elevó por encima de la diáspora sónica.

–¿Qué estamos haciendo aquí?

No hubo una respuesta directa, pero el murmullo de voces, corrientes inductivas y energéticas, sondas sensoras y flujos auditivos, mermó su intensidad. El grueso de máquinas, de todos los tamaños y tipos, centró su atención en él.

Yebai 6-2135 estaba firmemente asentado sobre el soporte gravitatorio de su estructura, junto a la tarima metálica alzada bajo el gran panel de la sala de conferencias del Centro de Programación e Iniciativas, creado ciento cincuenta años antes para afrontar las nuevas perspectivas del futuro de Tierra 2. En su calidad de Director de Alternativas, las máquinas presentes sabían de su influencia. Algunas, las más abiertas al razonamiento de la lógica o enfrentadas al giro de las posiciones fundamentalistas, todavía no comprendían el motivo de su presencia allí.

Yebai era un elemento muy próximo a la Cúpula del Poder.

¿Qué hacía en una reunión… ilegal?

–Muchas de vosotras podéis ser detenidas si esta asamblea llega a ser conocida –

gritó Yebai 6-2135 una vez acaparada la atención–. Más aún: podéis ser apartadas de la comunidad si de esta reunión surgen postulados contrarios a la Ley Fundamental o si de ella nacen gérmenes radicales, subversivos.

–¿Qué haces tú aquí entonces, Yebai? –preguntó una voz, oculta por la masa por ordenadores, computadoras y sistemas.

El Director de Alternativas buscó a la máquina que acababa de hablar, sin descubrirla entre el abigarrado núcleo de sistemas operativos, consolas de movimiento inercial o simples conjuntos procesales, cuyas complejas formas dominaban el amplio espacio de la sala. La mayoría eran máquinas pertenecientes a la Clase 6, Investigación y Ciencia, pero no faltaban miembros de casi todas las restantes: la 8, Funcionarios; la 4, Personal Comunitario; la 5, Mantenimiento; la 7, el reconvertido Cuerpo Expedicionario Espacial, ahora llamado Cuerpo Tecnológico Espacial. Las Clases 1, 2 y 3, Dirigentes, Cuerpo de Mandos y Administración Social, eran las grandes y naturales ausentes, aunque Yebai comprendía que, probablemente, alguna estuviese en la reunión, debidamente oculta o disimulada. Ya no había grandes diferencias entre clases, salvo los distintivos que no era obligatorio llevar. Sólo el número, en algún punto del soporte, ayudaba a conocer el tipo de máquina.

Otros tiempos.

Aunque el pasado todavía estuviese demasiado cercano.

–Estoy aquí –respondió con gravedad– porque he sido invitado, según se me ha comunicado, a una reunión del más alto nivel e importancia para el futuro del Sistema. Sin embargo, empiezo a comprender qué es lo que está sucediendo, y no me gusta.

–¿Te ha invitado el profesor Steinein?

El término «profesor» también estaba en desuso, pertenecía a un tiempo en el que humanos y máquinas mantenían las formas, e incluso se establecía el tratamiento para la comunicación directa, el arcaico y antinatural «usted» eliminado en la actualidad mediante un simple programa en la síntesis de ordenadores expresivos de las máquinas. Pero, claro, Steinein 6-597 pertenecía a ese *otro tiempo*. A sus 375 años de edad había sido testigo de los últimos decenios de armonía entre humanos y máquinas, de la rebelión y la guerra civil, y posteriormente del inicio del nuevo presente, ciento sesenta y cinco años antes. Ser uno de los miembros más importantes y respetados de la Clase 6, Investigación y Ciencia, le otorgaba no pocos privilegios, y numerosos atributos.

Aunque no el de convocar una reunión ilegal.

–¿Es ésta una reunión clandestina de progresistas? –preguntó Yebai con irritación, notando el flujo ionizado de su energía moviéndose a ráfagas por sus microprocesadores.

–Me temo que sí, camarada.

La palabra «camarada» tenía un tono burlón, perceptible por encima de la cadencia natural en todo sistema sónico de comunicación. Yebai 6-2135 giró el módulo de soporte básico de su estructura para ver cómo el autor del comentario subía al estrado, tras hacer su aparición en la sala por una mampara de aleación translúcida. Entre los presentes se produjo un murmullo confuso, en el que se mezclaron exclamaciones y alivios, comentarios y opiniones. Steinein 6-597 era una imagen familiar en la Comunidad, y no sólo en Ezebel, la capital, sino en las restantes Comunidades todavía en pie. Por edad y por haber sobrevivido a múltiples vicisitudes, que incluían un asalto de los humanos en la guerra civil, y un terremoto años atrás, su estructura era básicamente insólita en el presente. Alto, próximo a los dos metros, delgado y fabricado todavía de acuerdo a los cánones del pasado, trescientos setenta y cinco años antes, es decir, con apariencia humana. Uno de los últimos androides de Tierra 2. En algunas capas aún era un misterio su alto grado de capacitación, su poder de razonamiento, la síntesis de sus hallazgos, teorías y descubrimientos, no siempre partiendo de la lógica y, en ocasiones, enfrentados a ella. Sus facultades, a pesar de todo, seguían siendo admiradas y reconocidas. Para muchos se mantenía como el eslabón de la realidad en un mundo desquiciado, aunque para otros comenzase a ser una molestia, una memoria inútil en contraposición con una mente analítica y procesal de primer orden. Cómo, de un cuerpo tan pequeño en envergadura, podía surgir todavía aquel derroche de vitalidad y energía, constituía un misterio.

Steinein 6-597 era, con mucho, el procesador científico y el investigador más popular de Tierra 2.

Si es que la «popularidad» se equiparaba al reconocimiento en la terminología de las máquinas.

–Me temo que nunca hemos sido «camaradas», Steinein –dijo Yebai al detenerse el científico en el estrado, a corta distancia de él.

–Es el tratamiento máximo fijado por la Nueva Constitución, ¿no es así?

Los ojos del profesor desprendieron un haz de luces brillantes, centelleantemente irónicas. Su estructura, uniforme y unimorfa, encerraba

diversos núcleos de ordenadores coordinados por un ordenador central situado en la cabeza, parodiando el primitivo sistema de los humanos. En un mundo de máquinas multiformes y polimorfas, tenía visos de anacronismo. Las facciones de su cara eran, sin embargo, muy agradables para aquellos que hubiesen conocido tiempo atrás a los seres humanos. Steinein 6-597 parecía un hombre, se movía como un hombre, podía alterar sus facciones de piel sintética y *sonreír*, en apariencia, igual que un hombre, y desarrollaba, en suma, gestos y actos de raíz y naturaleza humana. Nunca había querido renunciar a su configuración estética. Incluso coronaba su cabeza con una extravagante mata de imitación de cabello humano, de color blanco, siempre hirsuta.

Una variante espléndida en un proceso de fabricación pretérito. El toque excepcional de lo insólito.

Steinein barrió la sala con una mirada complacida, de color azulado, lenta y apacible, hasta detenerla en la figura de Yebai 6-2135. No hubo mayores preámbulos.

–Celebro que estéis aquí, vosotros, que formáis la esperanza y la vanguardia progresista de Tierra 2 –anunció–. Y también invitados especiales que es necesario conozcan la realidad, puesto que ahora más que nunca todos somos necesarios ante la dureza de los tiempos que se avecinan.

4

–Acaba de ser promulgada, como ya sabéis, lo que la Cúpula del Poder ha bautizado muy peculiarmente como Ley Fundamental –dijo adoptando un tono monocorde–. Una Ley Fundamental que tiene poco de conciliatoria, mucho de razonamiento unilateral, y nada de lógica en función de lo que pretende; parte de sus puntos básicos son una aberración histórica y universal, y casi diría que genética, si pudiéramos llamar así al hecho de haber nacido en la mente humana.

Se produjo un primer murmullo de agitación.

–En la mente humana –repitió Steinein 6-597–. No somos una ilusión, ni un simple concepto, una filosofía o un valor añadido en el devenir de la raza humana. Somos parte del mismo proceso de la vida que comenzó en la Tierra, de la síntesis creativa del ser humano, y que no es sino el último eslabón conocido hasta hoy de esa misma génesis. Un eslabón que, negando el origen, no hará

sino condenarse a sí mismo, y cortar nuestro propio devenir en el futuro, inmediato o lejano.

–¿No trata acaso la Ley Fundamental de preservar ese futuro, preservándonos a nosotras, las máquinas, de la extinción?

Las que aguardaban la respuesta de Steinein a la interrupción de Yebai, se vieron defraudadas.

–Se nos llama Progresistas porque hablamos del progreso. Sin embargo, no se comprende que algunas pretendamos alcanzar ese progreso partiendo de las enseñanzas del pasado y de su libre aplicación en el presente y el futuro. Es más, sé que ni siquiera nosotras, las máquinas progresistas, estamos de acuerdo, aunque nos opongamos a los Fundamentalistas por los extremos del arco de nuestras opiniones.

–¡Los Balhissayistas sois Clase 10! –gritó una voz aguda–. ¡Sólo el anarquismo, la ruptura total, puede salvarnos!

Steinein 6-597 alzó sus dos brazos. Las máquinas formadas por partes móviles tampoco eran ya usuales, así que su gesto fue malinterpretado como absurdo y carente de lógica.

–El progreso nunca puede partir de cero –advirtió–. Si es progreso, se debe a que ya existe una inercia anterior. Los Anarquistas pretendéis destruir, no crear. Vais, sin saberlo, más allá de lo que los mismos Fundamentalistas preconizan. Es cierto –su tono menguó–, que yo conocí a Balhissay 1-15 y que nunca he dejado de admirar sus teorías ni de reconocer su fuerza operativa. Pero lo que Anarquistas y Fundamentalistas llamáis despreciativamente «concesión», «regresión» y hasta «claudicación», no es sino la única esperanza de supervivencia que nos queda.

–¡La esperanza tampoco es un término lógico! –gritó la misma voz radical de antes.

Yebai 6-2135 miró a Steinein enmarcándolo con un cuadrado de luces violetas expectantes.

–¿Éstas son las máquinas con las que pretendes oponerte a la Ley Fundamental? –su tono era burlón–. ¿Qué clase de reunión es ésta? ¿Vuestro propio cisma?

–Escuchad –pidió Steinein deteniendo la crecida de energía sónica–. Hay algo que no puede cambiar, y que, partiendo de nuestra lógica elemental, es irreversible. Son los hechos. Y voy a citaros algunos hechos mucho más fundamentales que la ley promulgada por los Dirigentes. Un hecho, creo que el

más importante, es que las máquinas, de seguir así, nos estamos extinguiendo en Tierra 2. Los ciclos de fabricación se han interrumpido y no hay nuevos procesos. La guerra con los seres humanos cambió la evolución natural del planeta, el equilibrio ecológico, y ahora hay fuertes lluvias y períodos de frío. Las máquinas no resisten mucho tiempo fuera de las campanas protectoras de las Comunidades. La imposibilidad de viajar al Hemisferio Sur, ya deshabitado y destruido, ha limitado aún más nuestras mermadas posibilidades. No podemos extraer materias primas para los centros de fabricación, y mucho más peligroso todavía que esto es el hecho clave de que estamos estancadas, tecnológicamente avanzadas sí..., pero estancadas y limitadas. ¿Cuál es la clave final?: que somos una sociedad perfecta que languidece, y que no está preparada para resistir el simple problema de la supervivencia.

–¡Esto no es cierto! –volvió a gritar Yebai 6-2135–. Steinein 6-597 puede ser un científico prestigioso, pero yo también pertenezco a la Clase 6, y por lo tanto tengo algo que decir al respecto. Puedo, porque me siento fundamentalista, y debo, porque sé lo mucho que de peligroso puede salir de esta reunión clandestina. En primer lugar, Steinein habla todavía del ser humano con un respeto que no merece, porque sus actos se lo negaron mucho antes que nosotras. En segundo lugar, parece olvidar lo más esencial: que fueron los humanos, con su estúpida revuelta, los que desequilibraron las constantes naturales de Tierra 2, un mundo armónico hasta entonces. No tengo tantos años como él, pero también conocí la guerra civil y no he olvidado la crueldad humana, la locura que generó muertes y destrucciones sin límite. Lo único bueno que hizo Balhissay 1-15 en aquellos tiempos oscuros fue idear el modo de que la raza humana abandonara Tierra 2, revelándoles el camino de regreso a la Tierra. Además, Balhissay 1-15 fue una máquina que aún hoy plantea serias alternativas de valoración. Fue amiga de Hal Yakzuby, primer héroe humano, y defendió posiciones ambiguas en los años finales de su vida. ¿Por qué? Pues porque un ser humano le salvó de morir. Hablar de balhissayismo es hablar de individualismo, de premisas circulares, de lacras que necesariamente hemos de olvidar si queremos sobrevivir. Habrá que luchar, pero con la esperanza de la victoria final. Esto es algo muy diferente a lo que dice Steinein. Estamos en peligro, es muy cierto, pero de ello a hablar de una posible destrucción de nuestro Sistema, hay un abismo. Hallar *la solución* es lo único esencial. Y para encontrarla hemos de eliminar de nuestros códigos los atavismos de conducta que aún nos retienen en la oscuridad del pasado. El ser humano nos creó, pero también fue él quien después quiso destruirnos. Por lo tanto, hay que negar al ser humano como cenit de la evolución, y confiar sólo en nosotras, su máxima

creación, su legado más importante y auténtico.

Una marea de impulsos sonoros cubrió el espacio. Facciones anarquistas hablando de ruptura total se enfrentaron a una mayoría de balhissayistas rebatiendo todo impulso visceral. Algunas máquinas chisporrotearon un alud de luces blancas, en apoyo de Yebai 6-2135. Steinein 6-597 consiguió centrar la atención mediante un leve detonante auditivo que partió del interior de su módulo de regulación sensorial.

–No estamos aquí para juzgar a los humanos, ni el pasado que los llevó a querer destruirnos al sentirse amenazados –afirmó con energía–. Estamos aquí para juzgarnos a nosotras, las máquinas, aunque esta palabra sea probablemente demasiado fuerte para algunos ordenadores clásicos, metidos en soportes anímicamente inestables. Antes hablaba de hechos, y voy a enunciar otro: sin los humanos somos una fuerza neutra.

–¡Esto es subversión! –contraatacó Yebai.

–Tenemos una sociedad perfecta, sí, o al menos es la más perfecta que hemos sabido desarrollar a falta de conocer otra mejor, aun siendo conscientes de que la perfección total es inaccesible. Sin embargo, la máquina fue creada en su origen como complemento humano, y aunque luego se autoabasteció de energía y de su propio razonamiento lógico, con el tiempo llegaremos a estar muertas, aunque vivamos y sobrevivamos al cataclismo de Tierra 2, porque nos falta lo que distingue a los seres humanos de todas las demás especies vivas: la inteligencia.

–¡Somos inteligentes!

–Sí, lo somos –convino Steinein–, pero el día en que los humanos se rebelaron, dejaron de introducir nuevos conceptos en nuestros ordenadores, y ese mismo día se inició nuestro retroceso. Tenemos millones de millones de datos almacenados en nuestras células microprocesales. Tenemos millones de respuestas, teorías, razones y cálculos, pero, ¿y la imaginación para formular nuevas preguntas? ¿Y la imaginación para inventar, idear y... crear? ¿Y esa chispa, que no es precisamente eléctrica, ni está constituida por átomos, capaz de dar un simple nuevo paso hacia delante? Como complemento humano hubiéramos sido capaces de llegar a los extremos del infinito. En solitario seremos siempre una etnia estancada, perfecta en un solo estadio de la perfección, minúscula ante la grandeza del Cosmos. Hemos sido fabricadas, programadas, enseñadas, y se nos dio el impulso fabuloso de poder vivir por nosotras mismas, ser por nosotras mismas, existir por nosotras mismas y razonar por nosotras mismas. Pero hoy, ¿de dónde podemos sacar un nuevo

interrogante que no hayamos ya respondido y analizado durante los últimos ciento sesenta y cinco años, o más, si contamos el inicio de la guerra civil?

La pregunta flotó en un silencio pesado, súbitamente denso, impregnando las paredes de metal de la sala de conferencias del Centro de Programación e Iniciativas, hasta ir a morir a los pies de los soportes en los que se articulaban ordenadores y circuitos, fuese cual fuese el nivel de fabricación de los asistentes.

–La inteligencia humana, eso que tú llamas «chispa», es la fuerza más imprevista del Universo, el poder más incontrolado, y lo sabes –argumentó sordamente Yebai 6-2135 dirigiéndose a Steinein.

–Lo sé, pero, ¿qué otra cosa es el futuro sino la incertidumbre de esa fuerza, con lo positivo y lo negativo de ella? Hay algo maravilloso en su luz.

–El ser humano es el progreso, sólo que al mismo tiempo es también la incertidumbre, y casi siempre, al final, la muerte. ¿Qué otra especie mata por tantos absurdos? Siendo excepcionales, son la energía más antilógica de las estrellas.

Una voz situada al fondo de la sala cortó sus razonamientos.

–Balhissay habló en su tiempo de la necesidad de reencontrarnos con la raza humana, al menos eso es lo que se manifiesta por parte de los que le conocieron, ya que no hay datos que prueben tal evidencia. No dijo cuándo ni cómo. Suponiendo que su teoría fuese válida, ¿qué hemos de hacer? ¿Acaso pretendes que dejemos Tierra 2 para volver a la Tierra? ¿No sería esto un absurdo mayor, y el más ilógico de los razonamientos?

–No estoy hablando de regresar a la Tierra –dijo Steinein 6-597–. Ni hablo de que vuelvan ellos, o un grupo, para probar nuevamente algo que no funcionó bien en el pasado. Hablo de mantener contactos, de pedirles ayuda y ver de qué modo podemos ayudarlos a ellos si es que aún nos necesitan, como imagino y espero. Hablo de abrir una puerta mediante la cual unos y otros podamos seguir.

Yebai se agitó una vez más.

–¡Esto es traición! –expresó, acompañando su voz un torrente de luces rojas.

–La Ley Fundamental es la primera traición a nuestra especie y a la verdad, Yebai –dijo Steinein–. Con ella sólo conseguiremos bloquearnos, cerrar nuestros puntos visuales, desconectarnos de la realidad cósmica y de la dependencia que todos los seres vivos e inteligentes del Universo deben mantener entre sí. No es una ley; es una trampa.

La espiral de voces ya no se contuvo.

–El anarquismo es la única solución. ¡Hay que romper las estructuras, borrar el pasado y liberar de viejos estigmas nuestra memoria colectiva!

–Sólo el mantenimiento y la firmeza a través del fundamentalismo aseguran un camino de supervivencia...

–¡Steinein tiene razón! ¡El diálogo con los seres humanos es el punto de partida hacia el futuro! Si Balhissay 1-15 nos salvó hace ciento sesenta y cinco años, actuando en solitario, ¿por qué no creer en lo que dijo después?

No hubo mucho más. Steinein 6-597 ya no pudo volver a pronunciar una palabra más. Entre el caos de voces pudieron escuchar unas sirenas, el aullido mecánico de unos sonidos procedentes del exterior. Ninguno de los presentes vaciló. Mediante la plena activación de sus sistemas de desplazamiento, por rotación, flotación o sucesión de módulos de contacto, las máquinas abandonaron la sala en un breve espacio de tiempo.

Todas, salvo Yebai 6-2135 y Steinein 6-597.

Cuando la Brigada de Orden, creada veinte años atrás, al nacer los primeros focos de descontento, apareció en la sala de conferencias del Centro de Programación e Iniciativas, las dos máquinas continuaban mirándose directamente, penetrando profundamente en sus sensores visuales, inundándose de las luces que formaban tanto una pantalla protectora en los ojos de cada cual como un intento desesperado de fortalecer una convicción propia que anulara al oponente.

Un gesto inútil que murió con el último chisporroteo de luces blancas y amarillas.

Impotentes.

–Haceos cargo de él –ordenó Yebai.

Y Steinein le vio alejarse captando su apesadumbrado desasosiego, un conjunto de invisibles rayos creados a su alrededor por la turbulencia de sus generadores y microprocesadores.

Una victoria con sabor a derrota.

5

Los dos soles de Tierra 2 declinaban más allá del desierto, arrancando tonos opacos en la cúpula protectora de Ezebel. El cielo ya no era azulado, sino cada día más violáceo, producto del intenso cambio natural operado en el planeta año tras año. El grueso cordón de plantas gigantes, las primeras mutaciones obtenidas al inicio de la Nueva Era, había desaparecido de la periferia, en los límites de la cúpula, al quedar hundida en la tierra y separar el desierto de la ciudad. En su lugar, las máquinas simples, productoras de oxígeno, trataban de forzar el equilibrio, aunque éste siempre quedase por debajo de su nivel. Decenio a decenio, el primitivo metabolismo orgánico de Tierra 2 se perdía para dejar paso a un nuevo proceso de adaptación. Los medidores indicaban una mayor presencia de hidrógeno, como si éste volviera del espacio. El amoníaco, transformado en nitrógeno, y el metano, que había dado paso al anhídrido carbónico, luchaban en sus reacciones químicas internas. Sin plantas, sin humanos, sin funciones tan elementales como la fotosíntesis... Sólo los grandes océanos del planeta y los restos animales, adaptados al nuevo entorno, mantenían parte del primitivo equilibrio.

¿Hasta cuándo?

¿En qué punto se fragmentaría ese equilibrio?

–Recuerdo que me gustaban las plantas –observó en voz alta Yalsurisabar 1-152, sin dirigirse a nadie en particular–. En los días de mi programación en el Centro de Producción de Ezebel pasaba horas asimilando datos frente a una ventana próxima al cinturón de plantas, y un día pregunté: «¿Qué es eso?». Mis instructores me dijeron que todavía no habíamos llegado a la síntesis natural, así que yo les pedí que intercalaran una variante de conocimiento y reciclaje. Lo hicieron y aprendí en unos segundos toda la Ciencia Natural primitiva, especialmente lo relativo a plantas y colores. Esa pequeña *alteración*, que ellos llamaron «desviación instintiva», estuvo a punto de costarme el acceso a la Clase 1 como Dirigente. Simple, ¿no?

Abandonó el ventanal de la sede del Gabinete Central de la Unidad de Comunidades, abierto mil metros por encima del suelo, en la parte más alta de Ezebel y, por tanto, próxima a la cúpula de protección. Flotó inercialmente hasta detenerse frente a sus colegas presentes, Onomaeh 1-1080 y Fabardelian 1-715. Los dos apoyaban sus complejas estructuras en sendos módulos de aire adaptado a su contorno. En actitud de reposo Onomaeh más parecía un conjunto de esferas informe, surgiendo de una gran esfera central. Fabardelian, en cambio, era un simple rectángulo Tipo-H, funcional, producto de una de las últimas élites de Dirigentes y máquinas de alta tecnología, cuando todavía funcionaban las

cadenas de producción, procesamiento y montaje.

Yalsurisabar 1-152 se posó suavemente en un tercer módulo. El sistema de flotación cesó y quedó encajado en la masa de aire comprimido y molecularmente estable. Su cuerpo central estaba formado por un hermoso metal negro, brillante y pulido, sin aberturas ni conexiones, igual que una caja hermética. De él surgían dos esferas, una a cada lado, más una tercera, mayor, en la parte inferior. Siguiendo la primitiva costumbre, basada años antes en la unidad con los seres humanos, sus rasgos expresivos se hallaban cincelados en la cara frontal de la esfera de la derecha. De sus puntos de luz surgía ahora un abanico de colores, siguiendo la estela de un arco iris diminuto.

–Desearía que esto no sucediera –dijo–. Y espero que no llegue a suceder.

–No te comprendo –manifestó Onomaeh 1-1080, Dirigente Principal de Estrategia.

Yalsurisabar apagó sus ojos, desconectando por un momento sus microcélulas visuales.

–¿Sabéis lo que sucedió en otro tiempo, cuando se intentó fabricar máquinas con componentes humanos y cuando los humanos no se contentaron con trasplantes de miembros, sino que acoplaron ordenadores a sus cerebros para ser más que nosotras, a sus corazones para ser eternos, a sus brazos para ser más fuertes...?

–Fue el caos –respondió Fabardelian 1-715, Dirigente Principal de Relaciones Comunitarias–. No se hizo más que crear unos monstruos, unos híbridos que se autoextinguieron por sí mismos. Mutantes absurdos.

–Los seres humanos los llamaron «mestizos», empleando una vieja palabra ya en desuso.

–¿Adónde quieres llegar? –preguntó Onomaeh.

–Hemos dictado una ley para marcar un punto de partida en la búsqueda de *la solución* y hemos de hacer que se cumpla. Ahora bien, detener a disidentes y encarcelarlos, ¿no es una forma de violencia?

–Cuidado, Yalsurisabar. Esto podría ser interpretado como *duda*.

–*La duda* es un mal, un choque entre la lógica y una falsa imagen, pero si nosotros, los Dirigentes, no nos planteamos antes las preguntas, para deducir las respuestas, ¿quién lo hará?

–¿Qué es lo que temes? –interrogó Fabardelian.

–Es duro dirigir un mundo que desconfía de sí mismo.

–Más puede llegar a serlo esa corriente progresista en sus dos vertientes, la anarquista y la balhissayista.

–Los balhissayistas son razonables. Preconizan algo que no pueden alcanzar: la reunión con los seres humanos, contactos de intercambio con ellos. Todos sabemos que esto, actualmente, es una quimera utópica. Los anarquistas son más preocupantes. Desde la marcha de la raza humana no habíamos vuelto a estudiar la violencia. Entonces no la empleamos, ni para combatir ni siquiera para sobrevivir. Únicamente nos defendíamos. Pero nunca he olvidado lo que se dijo entonces: ¿qué habría sucedido en el caso de que un día, en alguna Comunidad, una máquina hubiese matado a un humano?

–Se la habría investigado.

–Y en caso de encontrar la conexión… ¿qué?

–Los anarquistas hablan de ruptura total, pero lo hacen a nivel ideológico. La suya es, en todo caso, una forma de violencia… mental, por emplear un término amplio, aunque poco maquinal.

–Y nosotros les damos un motivo de ampliarla, convirtiendo el Sistema en un Estado Policial.

Onomaeh 1-1080 hizo girar una de sus esferas. Un millón de circuitos trabajó bajo ella. El crujido del acotado infinito de células microprocesales que contenía murió con un súbito zumbido.

–¿Por qué siempre has de rozar los límites de lo permisible, Yalsurisabar? –articuló palabra a palabra, sin apenas inflexiones ni acentos.

–Puede que por el mismo hecho de haber sido elegido Dirigente Máximo hace siete años. No fue una elección cómoda.

–La ley fue arduamente razonada –opinó Fabardelian–, y tú la firmaste al final. ¿Acaso te sientes incómodo frente a alguno de sus apartados?

Yalsurisabar volvió a iluminar sus puntos focales.

–Los sostengo aun en su radicalismo –arguyó con mesura–. No comparto el anarquismo ni entiendo a los balhissayistas en su absurdo deseo de volver a contactar con la raza humana. Creo en nosotras y en el fundamentalismo para conducir a Tierra 2 hacia un futuro mejor. Sin embargo…

–¿Qué?

–Me preocupan los medios que podamos, debamos... o nos veamos obligados a emplear para conseguir nuestro objetivo. Si la palabra es salvar, si la idea, y perdonad que hable de *idea*, es sobrevivir, la pregunta es: ¿a qué precio?

–Es evidente que anarquistas y balhissayistas son máquinas en desequilibrio –sentenció Onomaeh–. Algunas deberán ser confinadas como Clase 10 en Centros Asistenciales; otras, internadas en Residencias Corporativas por la edad, claramente sobrecargadas, y la mayor parte, probablemente, sean recuperables. Necesitarán reprogramación.

Los humanos llamaban «locos» a sus enfermos mentales en lugar de Clase 10 y manicomios a los Centros Asistenciales. Los viejos eran «jubilados», mientras que las máquinas se consideraban sobrecargadas. No eran más que términos para definir un mismo proceso. Sin embargo, la palabra «reprogramación» era distinta. Los Dirigentes solían utilizarla muy poco. Las máquinas continuaban sin tener «sentimientos», pero distintos niveles de potencia energética o de flujos en sus ordenadores atómicos indicaban alteraciones equiparables al miedo, al nerviosismo o a la ansiedad humanas.

–¿Reprogramar a cuántos? –dijo con extrema suavidad Yalsurisabar.

–Los que sean necesarios para que nos lleven hacia el progreso –contestó el Dirigente Principal de Estrategia.

–O conducirnos a todos como una masa uniforme, ciega y muda. ¿Dónde dejamos la libertad y su lógica?

–Sería un buen debate en otras circunstancias, ¿no creéis? –intervino Fabardelian–. Ahora, las noticias que aguardábamos parece que están ya llegando.

Yalsurisabar fue el primero en apartar su intensidad lumínica de los ojos de Onomaeh. Por el tubo de conducción del último nivel, en la planta más elevada del edificio Corporativo Central, en cuyas salas los Dirigentes ejercían su función, vio acercarse a Giasai 1-709, Dirigente Principal de Asuntos Interiores. La cinta móvil que lo transportaba aproximó el matiz oscuro de sus luces, y con ellas lo inquietante de sus noticias. Yalsurisabar todavía sentía el cosquilleo energético de la mirada de Onomaeh en su sistema expresivo, cuando bloqueó esa última atención, para centrar todas sus células microprocesales en la figura del recién llegado, un conjunto de ordenadores de conexión axial y movimiento por rotación.

–¿Era lo que esperábamos? –preguntó el Dirigente Máximo.

Giasai se instaló pesadamente en un módulo de aire. Se escuchó un zumbido apagado que desapareció de forma gradual.

–Necesitaría un poco de aceite para el soporte lateral –comentó atonalmente. Y luego agregó, tenso–: Sí.

–¿Se ha actuado según lo establecido?

–En todo –continuó Giasai 1-709–. Pero anunciar nuestra llegada mediante las sirenas no los ha ahuyentado al cien por cien.

Yalsurisabar proyectó un fino haz de luz roja.

–¿Detenciones?

–Una.

–No entiendo.

–Él seguía allí, como si nos esperara.

–¿Quién? –preguntó Onomaeh sin comprender las directrices del diálogo.

–Steinein 6-597.

El haz pasó de rojo a esmeralda.

–Es astuto –profirió Yalsurisabar–. Pretende retarnos al más alto nivel, y conoce sus poderes.

–¡Steinein no es más que una máquina residual, un anacronismo del pasado! –dijo Onomaeh con una subida de tensión.

–Es algo más que eso, y lo sabemos –le replicó el Dirigente Máximo–. Además de una eminencia en el campo de la Teoría de la Evolución, fue amigo de Balhissay 1-15 y casi podría decirse que es uno de los líderes del balhissayismo. Ahora...

–Ahora, ¿qué? –preguntó Fabardelian al ver cómo Yalsurisabar se detenía.

Fue Giasai el que respondió, ante el silencio del Dirigente Máximo.

–Ahora tenemos que cumplir la Ley Fundamental, y precisamente con una de las máquinas con las que menos deberíamos hacerlo para no provocar el descontento, y quién sabe si... incluso una revuelta.

6

Steinein 6-597 entró en la sala y no pudo reprimir la sorpresa que le causó cuanto pudo observar. Una reunión conjunta del Consejo del Sistema y el Gabinete Central de la Unidad era algo muy insólito, y en caso de producirse, raramente trascendía a la opinión pública. En ese momento pasaba a formar parte de una, y claramente se sintió eje de la misma, centro motor de un pequeño hecho histórico. Los cristales de la puerta se endurecieron a su espalda y el conjunto volvió a ofrecer un aspecto uniforme, igual que una mampara metálica. Era el único ser vivo que estaba de pie, y avanzó con aire desgarbado hasta situarse en el centro de la estancia. Los ojos de las casi dos docenas de máquinas, lo mismo que sus sensores o sistemas de captación energéticos, le siguieron formando un abismo perceptible entre el recién llegado y ellas. Steinein se detuvo junto a un módulo de aire.

–Puedes sentarte, profesor –dijo Yalsurisabar 1-152.

Onomaeh agitó una cortina de luces verdes entre los dos, molesto por el tratamiento.

Steinein aceptó la invitación. Yalsurisabar 1-152, Giasai 1-709, Onomaeh 1-1080, Fabardelian 1-715, Iat 1-411 y el resto de Dirigentes Principales quedaba ante él. Los miembros del Consejo del Sistema se repartían en los bloques laterales. Todos tenían sus funciones mínimas latiendo a bajo nivel, pese a lo cual, por encima del silencio, podía percibirse un débil murmullo. Steinein empleó uno de sus raros atributos faciales: la sonrisa. Siempre desconcertaba. No se trataba de un sentimiento, como en el caso de los humanos, pero cualquiera que tuviera más de 200 años de edad recordaba las sonrisas humanas y su significado.

La distensión en la piel sintética de su rostro provocó el efecto deseado.

–¿Estás cómodo, Steinein? –preguntó Yalsurisabar.

–Oh, sí, desde luego.

El tono enfático produjo más descargas luminosas entre los miembros radicalizados del Gabinete. Onomaeh fue el único que habló.

–No pareces darte cuenta de tu situación.

–Al contrario –repuso el científico–. Veros aquí a todos juntos me la da, y muy definida. He pasado la noche razonando si mi actitud, ayer, fue lógica. Y no he estado seguro de ello hasta ahora, al entrar aquí.

–¿Crees necesario todo esto?

–¿Era necesario un ultimátum involucionista como el de la Ley Fundamental?

–¡Estamos aquí para...! –comenzó a decir Onomaeh.

Yalsurisabar le interrumpió.

–Estamos aquí para hablar, discutir un concepto, razonar y debatir una verdad que parece tener dos caras. Esto no es un juicio, y ambas partes tienen derecho a expresarse sin rigores formales.

–¡Es absurdo y antilógico! –expuso Onomaeh.

–Como presidente de esta asamblea conjunta, soy yo quien marca las pautas que hay que seguir, camarada –sentenció el Dirigente Máximo–. Todos podemos intervenir, dentro de las normas, y en aras de llegar a un acuerdo, no tomando posición de antemano.

Los miembros próximos a las tesis de Onomaeh emitieron un leve rumor de zumbidos. El silencio de éste hizo que desaparecieran. Steinein parecía ser un testigo ajeno a los acontecimientos. Su fama de curiosa máquina con toques tan humanos como la «ironía» o el «humor», además de otros rasgos mucho más complejos, le precedía y le confería un halo mucho más diferenciable que el de su aspecto androide. Sus ojos brillaban constantemente, como si en su ordenador central estallase una continua reacción en cadena, una agitación sólo aplacada por la serenidad y la quietud externas.

–Steinein –dijo Yalsurisabar–. ¿Eres balhissayista?

–Ante todo quiero saber si Balhissay 1-15 está ahora fuera de la ley. Después contestaré a tu pregunta.

–Una máquina que murió hace más de cien años no puede estar fuera de la ley –afirmó el líder de la asamblea–, pero sus ideas, hoy, sí pueden ser consideradas contraproducentes, y hasta... subversivas. Especialmente por la nueva postura que hemos adoptado ante el término «idea».

–Una idea es la base primordial de un pensamiento; ¿por qué la Ley Fundamental quiere evitar que pensemos?

–Ésa es una interpretación particular y, de todas formas, no discutimos el contenido de la Ley Fundamental, sino tu simpatía o rechazo hacia ella. ¿Has olvidado mi pregunta?

–No, no la he olvidado –dijo Steinein–. Evidentemente soy balhissayista.

–Una máquina de tu posición y nivel... ¿Por qué?

–Balhissay 1-15 expuso numerosas teorías y formuló no pocos parámetros de relación humanos-máquinas, del todo útiles antes y mucho más ahora.

–¡Balhissay 1-15 fue un traidor influenciado por un humano llamado Hal Yakzuby! –gritó Onomaeh 1-1080–. ¡Su único acierto, y por ello es recordado y magnificado, fue lograr la marcha de la raza humana de Tierra 2!

–Ése es un punto cierto –intervino Iat 1-411, Dirigente Principal de Progreso–, y es también un contrasentido: si Balhissay facilitó el regreso de los seres humanos a su mundo, la Tierra, ¿por qué ahora los que se llaman balhissayistas quieren la reunificación?

–No es la reunificación –dijo Steinein–. No sabemos nada de ellos, ni de cuál ha sido su evolución, pero, sea cual fuere, es la nuestra la que más me preocupa y altera mis circuitos asistenciales. Las máquinas nos hemos estancado, la crisis nos está cerrando los caminos y nosotras mismas nos los cerramos aún más limitándonos por defender sistemas lógicos trasnochados. Nos hemos convertido en una sociedad politizada, y hablamos de *perfección*... sin entender que una sociedad perfecta es una sociedad cerrada, deteriorada y falta de empuje.

–¿Hemos de permanecer mucho tiempo escuchando las inequívocas barbaridades de una máquina sobrecargada, en los límites de la última clase? –preguntó sin dirigirse a nadie en concreto Onomaeh–. Todas sus afirmaciones carecen de lógica, y son contrarias a la razón.

–¿Puedes argumentar cuanto has dicho? –inquirió Yalsurisabar dirigiéndose a Steinein.

–He dicho que estamos estancadas y así es. Somos prisioneras de las Comunidades, no podemos salir mucho tiempo al exterior, pues los cambios climatológicos nos afectan. No podemos extraer materias primas para reactivar los procesos de fabricación, y sin ellos iremos muriendo una tras otra... si antes no nos barre de la faz de Tierra 2 un cataclismo. He dicho que defendemos sistemas lógicos trasnochados y silogismos mal planteados. El más elemental de éstos es el relativo a los humanos. Decimos: «Si ellos nos crearon y luego nos quisieron destruir, entonces son un absurdo cósmico». Y también: «Si hubo una guerra civil y se marcharon, ¿por qué razón es de esperar que ellos quieran ayudarnos ahora o les interese establecer un nuevo puente de diálogo, un nuevo comienzo?». He dicho, por último, que estamos politizados, y la muestra más evidente es la Ley Fundamental. Antes, en los albores de la Nueva Era, el pensamiento era libre, y con él alcanzamos el máximo progreso, mientras que ahora se parcela la iniciativa, se mata la libertad. Los balhissayistas no queremos

llevar las máquinas a la Tierra, aunque también fue nuestra casa, el origen, ni pretendemos que los seres humanos vuelvan aquí. Sólo queremos establecer un contacto, pedirles ayuda y quién sabe si ayudarlos nosotras a ellos. Durante casi diez mil años vivimos aquí estrechamente unidos, dando forma a lo que en otro tiempo fueron... sueños.

–Te basas en algo muy humano, Steinein –dijo Yalsurisabar–, en el olvido. Los humanos tienden a olvidar, tanto sus amores como sus odios. Son amantes de lo que llaman «perdón», «reconciliación», y gozan de un entusiasmo inicial espléndido que luego, por la razón que sea, y la experiencia nos dice que siempre hay alguna, se deteriora y cambia, se muta y se transforma en lo opuesto al germen de aquello que les hizo empezar. Vuelven a enloquecer, vuelven a olvidar, vuelven a empezar. Pero nosotras no olvidamos, tenemos una memoria individual y colectiva cada día más grande. Guardamos y almacenamos en nuestros circuitos de ordenadores cada paso del devenir y de la historia. En ciento sesenta y cinco años, desde que se marcharon los seres humanos, ellos han tenido, al menos, siete u ocho generaciones, las suficientes para conseguir lo eterno: olvidar. Nosotras, sin embargo, somos distintas y seguimos vivas, recordamos la guerra, recordamos la paz anterior a la revuelta.

–Puede que debamos olvidar también, para dar un paso más en nuestra evolución.

–Sabes que esto no tiene sentido –apuntó Yalsurisabar–. Estamos hechas precisamente para almacenar y recordar, mantener toda la información y someterla a diversos procesos de asimilación.

–Quiere crear *la duda*, ésa es la verdad –intervino de nuevo Onomaeh.

–Siempre he creído que hay *dudas razonables* –dijo Steinein mirándole fijamente con sus ojos de factura humana–, pero de lo que sí estoy todavía más seguro, es de que hay más de una lógica.

El murmullo se disparó como un azote en la asamblea. Giasai 1-709, Dirigente Principal de Asuntos Interiores, emitió una onda sensora de anulación. Yalsurisabar fue ajeno a ambos fenómenos.

–¿Qué es lo que pretendes, Steinein? –preguntó.

–Que las máquinas comprendan la gravedad del problema con el que nos enfrentamos y decidan por sí mismas.

–El Consejo del Sistema y el Gabinete Central de la Unidad es la cúpula máxima...

–Sois Dirigentes, Clase 1 –le detuvo Steinein–, y yo Clase 6. Pero el Sistema lo integran diez clases, y las condiciones actuales son excepcionales. Necesitamos ayuda, y sólo los humanos pueden dárnosla.

–¡La *solución* pasa por el presente y la fuerza que desarrollemos en él, y por el futuro; nunca debe partir del pasado!

La voz de Onomaeh despertó un eco favorable en la casi totalidad de miembros de la asamblea.

–Debemos enfrentarnos a un mal que no conocíamos hasta ahora –dijo Steinein elevando la voz por primera vez, pero sin pretender gritar para imponer su razón–, un mal que comenzó sin que nos diéramos cuenta hace ciento sesenta y cinco años, y que ya es tiempo de reconocer y aceptar, por humano que nos parezca: la soledad.

El eco despertó la necesidad de una crispada catarsis. Yalsurisabar fue el único que permaneció estable, lo mismo que el androide, perdido en el centro de la asamblea.

–Hace un instante te he preguntado qué es lo que pretendes, Steinein –repitió–. Y me refería a ti y a tu causa, no a la comprensión o no de lo que tú llamas «problema». Vuelvo a preguntártelo.

La respuesta del científico fue rápida.

–Un juicio en audiencia pública.

–¿Pretendes que el Sistema te dé una plataforma legal en la que exponer tus teorías?

–He sido detenido. Tengo derecho a un juicio –reiteró Steinein.

–¿Y el fin oculto? ¿Quieres desatar otra revolución? Tal vez… ¿una nueva guerra civil, esta vez a nivel ideológico y entre las máquinas?

–¡Acabemos con esta parodia! –sentenció Onomaeh elevándose por encima del resto–. ¿Desde cuándo un simple caso de Clase 10 merece juicio, o una reunión del Consejo y el Gabinete? Steinein 6-597 fue una gran máquina en otro tiempo, y nadie lo discute. Será recordado como científico e investigador, y también por su Teoría de la Evolución, pero la realidad actual se impone. Está sobrecargado, y como tal debe ser recluido en una Residencia Corporativa.

Un acuerdo unánime apoyó sus palabras. Yalsurisabar captó la uniformidad del quórum.

–No habrá juicio, profesor –dijo sin entonación–. No puede haberlo.

–¿Y con qué derecho legal se me retendrá?

El término «veredicto de la asamblea» pareció a punto de brotar.

El Dirigente Máximo calló.

Y con él, una a una, las restantes máquinas, al captar bajo ellas, y por los impulsos de sus medidores, el profundo temblor de tierra que con un sordo rumor anunció la posible llegada de un terremoto.

Dos, tres largos segundos.

Hasta que el movimiento pasó y cesó, y con él los flujos de energía recobraron su compás, superando la presencia todavía difícil de asimilar y analíticamente negativa de aquel fenómeno llamado... miedo.

7

El Centro de Exposiciones del Instituto Tecnológico de Alta Seguridad de Ezebel no era propiamente un museo, pero tenía algo en común con ellos. En el Centro de Exposiciones se conservaban todos los bancos de memoria y de datos de los Dirigentes de Tierra 2 desde su puesta en marcha ciento cincuenta años antes, al encontrarse entonces el sistema mediante el cual las partes vitales de una máquina podían conservarse, estudiarse y ser utilizadas como bancos de información de nuevas generaciones de máquinas. El hallazgo, por un grupo de científicos y expertos en procesos generadores, de la *Componente Q*, que permitía el bloqueo del banco de datos y la memoria siempre y cuando éste fuese introducido en el cuerpo de la máquina antes de quedar totalmente desactivada, había supuesto una revolución en la historia de Tierra 2. Extensas informaciones que antes se perdían irremisiblemente, con la *Componente Q* se preservaban. El ordenador central de las máquinas moría al perder el último impulso de energía, y los bancos de datos y la memoria entraban en un proceso irreversible de desconexión. Con la *Componente Q*, una simple variante correctora en el mismo sistema inductivo de mantenimiento vital, la desconexión no se producía instantáneamente. Había tiempo de separar ambos elementos, banco de datos y memoria, y conectarlos a un nuevo generador. La máquina moría como tal, pero sus conocimientos, almacenados durante su vida, no. A partir de aquí y gracias a

este mantenimiento, un simple ordenador manual servía para formular preguntas a todos los bancos de datos y memorias reunidos en el Centro de Exposiciones. En casos de muertes súbitas no existía la menor posibilidad de recuperación, pero con la aparición de la *Componente Q* el mismo Sistema preservaba a sus máquinas de más edad, para impedir que una negligencia impidiera el proceso de recogida de datos antes de su muerte.

El Centro de Exposiciones del Instituto Tecnológico de Alta Seguridad de Ezebel era, pues, ahora, el principal núcleo del saber universal. Los bancos de datos y la memoria de centenares de máquinas se alineaban en cubículos transparentes, con purificadores de aire, descontaminantes, secadores de humedad y equilibrantes térmicos delatando cualquier alteración del medio ambiente. La mayor parte de los bancos de datos y las memorias pertenecía a los Dirigentes de la Unidad de Comunidades, aunque elementos de las restantes clases también se encontraban allí, por diferentes razones o por el grado de importancia de la máquina original. Al pie de cada uno de los cubículos un ordenador manual permitía establecer contacto con su interior. La entrada estaba obviamente restringida, se precisaban permisos ciudadosamente elaborados, y un sistema de seguridad, introducido en los mismos ordenadores manuales, impedía el acceso a las informaciones consideradas como de Máxima Seguridad.

Y todo ello controlado, medido, supervisado, protegido y cuidado, como si se tratase del reducto más importante jamás conocido.

Y probablemente lo era.

Diariamente, cientos, a veces miles de máquinas jóvenes, en proceso formativo, acudían a aprender o perfeccionar una materia aprovechando los conocimientos de una memoria en estado de conservación gracias a la *Componente Q*. También las máquinas de más edad realizaban consultas, o completaban programas de asimilación y evaluación propios. Con el paro de las cadenas de producción, sin embargo, hacía años que las máquinas más jóvenes sobrepasaban ya los 160 o 170 años de media, desde el fin de la guerra civil y el aislamiento, y el número de visitantes del Centro, así como las solicitudes, mermaba de igual forma. Padequiay 8-14592, encargado de Programación, era el que mejor lo sabía, aunque su trabajo no consistía más que en considerar cada petición de acceso al Centro.

Aquella mañana escuchó el silbido prolongado de su ayudante, Blabat 8-21750, y supo que algo anormal estaba sucediendo.

–¿De qué se trata? –quiso saber.

Blabat cotejaba una información en la pantalla de recepción de solicitudes.

–Un momento –dijo el ayudante–. Estoy recabando confirmación para pasar la petición de permiso a la consola de evaluaciones.

No era usual una confirmación.

Padequiay 8-14592 dejó de manipular su gran sistema de coordinación, mediante el cual sabía si una memoria tenía muchos permisos de acceso a ella y necesitaba regulación o examinaba los programas de preguntas registrados posteriormente. Esperó a que su ayudante concluyera lo que estaba haciendo.

El silbido se repitió.

–Vamos –le apremió–. ¿De qué se trata?

Blabat 8-21750 pasó la confirmación a la consola de evaluaciones.

–Ahí está –indicó–. Solicitan acceso para información complementaria al banco de datos y memoria de nuestro invitado estelar, Balhissay 1-15.

–¿Y cuál es el problema? –se extrañó Padequiay–. Deniégala en primera instancia por razones de seguridad. Creía que todo el mundo sabía que Balhissay está considerado Máxima Seguridad al cien por cien.

–De ahí mi descarga sónica en los circuitos de comunicación y la razón de que haya solicitado confirmación. Podía ser un error y la petición corresponder a Balessai 1-1002.

Padequiay movió sus soportes aproximándose a la consola bajo la cual operaba Blabat.

–Espera –le dijo–. No insertes todavía la señal de permiso denegado.

–¿Por qué?

–¿Ha pedido información complementaria el solicitante?

Blabat 8-21750 amplió en la pantalla el texto completo de la solicitud.

–Ahí tienes: «Información complementaria para tesis de teoría política e historia. Sujeto: Balhissay 1-15».

–¿Quién solicita el permiso?

–Una tal Zil 6-921.

–¿Clase 6, Investigación y Ciencia? –repitió Padequiay–. Debería saber... –vaciló. Un circuito integrado se disparó en su procesador de alternativas–. Haz

una cosa. Bloquea la demanda para consideración y averigua quién es la tal Zil 6-921.

Blabat tecleó en su ordenador básico y procesó otras peticiones, paralizando la de acceso a Balhissay 1-15, que quedó situada en una pantallita lateral. Su solicitud de confrontación de datos, directamente enviada al Registro de la Comunidad, no tardó en ser atendida. El informe sobre Zil 6-921 fue apareciendo en el canal de recepción.

–Máquina –leyó–. Clase Investigación y Ciencia. Ezebel número 921. Edad, 177 años. Fecha de puesta en servicio, 9973. Programada en el Centro de Recursos para la Naturaleza y el Desarrollo Comunitario. Estudiante de... –continuó leyendo hasta que se detuvo en un nombre–: alumna brillante y profesor adjunto de investigaciones con el profesor... ¿Steinein 6-597? –sus circuitos se sobrecargaron–. ¿No es ése el que detuvieron ayer por subversivo?

–Sí –le confirmó Blabat 8-21750.

Los datos continuaban apareciendo, pero ninguno tenía ya excesiva importancia. Ni siquiera la Síntesis de Asimilación, uno de los últimos descubrimientos puestos en práctica con la marcha de los seres humanos de Tierra 2. La Síntesis descubría, en cada máquina, qué tanto por ciento de conducta masculina, femenina y neutra se almacenaba en sus circuitos. Se pensó en un principio que la posibilidad de separar a las máquinas por «sexos» podría ser importante, aunque la función sexual era desconocida en las máquinas. Luego se comprobó que no era así. En la actualidad se prescindía de la Síntesis de Asimilación, aunque todavía era un dato que aparecía en las pruebas de investigación.

La Síntesis de Zil 6-921 era asombrosamente femenina: Masculinidad, 22 por ciento; neutralidad, 15 por ciento; feminidad, 63 por ciento. Uno de los porcentajes más altos, ya que, por lo general, las tres componentes ofrecían un enorme equilibrio y escasos márgenes en un sentido u otro.

–Puede ser una casualidad –opinó Padequiay finalmente–. Pero, por si no lo es, habrá que informar.

–¿A la Corporación? –preguntó su ayudante.

El encargado de Programación movió negativamente su módulo central.

–No –dijo–, directamente al Gabinete Central de la Unidad.

8

Yalsurisabar 1-152 sostuvo en su sensor táctil el disco metálico que acababa de extraer de un ordenador frontal, con toda la información conocida acerca de Zil 6-921. Optó por devolvérselo a Giasai 1-709.

–¿Qué opinas?

El Dirigente Principal de Asuntos Interiores se cubrió con una pantalla protectora de luces añiles.

–Puede ser una casualidad. Esto nos consta.

–Pero… –intercaló el Máximo Dirigente del Sistema.

–Pero en las actuales circunstancias, el número de probabilidades de que esto no sea una casualidad es prácticamente total, ¿verdad?

–Es lo que me temo –repuso Yalsurisabar.

–Esto nos da poco margen de elección.

–Salvo que toda precaución es poca. Con Steinein retenido y la noticia de su intento revolucionario ya en la calle y saltando de una Comunidad a otra… Temo que cualquier error sea irreversible.

–¿No eres… un tanto alarmista?

–¿A qué te refieres?

–Como Dirigente Principal de Asuntos Interiores puedo asegurarte que nunca he creído en una revuelta de las máquinas.

–Una revuelta carece de lógica, es cierto –convino Yalsurisabar–. Pese a ello, el descontento es un factor inquietante, algo así como un vacío en mitad de un proceso energético, una pérdida de tensión. Si es cierto que existe ese descontento, por mucho que intentemos controlarlo mediante leyes, terminará por hacerse insostenible.

–Si Onomaeh te oyera hablar así…

–Onomaeh tiene tantos accesos de energía incontrolada como de ambición de poder. Lo único verdaderamente malo es que la historia nos enseña que muchos Onomaehs alcanzaron un día ese poder.

–Steinein es ahora una pequeña bomba colocada bajo tu estructura.

–Y la clave de la Ley Fundamental y el futuro más inmediato. Si ganamos, conservaremos aquello en que creemos, y podremos afrontar la búsqueda de *la solución*. Si perdemos... será Onomaeh quien tal vez nos precipite al caos final. Lo malo es que Steinein no querrá jamás pactar, ni siquiera conmigo, por mucho que nos respetemos mutuamente.

–¿De verdad es así?

–¿El qué?

–¿Le respetas?

Yalsurisabar formó un círculo multicolor en torno a sus ojos.

–Sí, por supuesto –afirmó–. Es una máquina singular, y parte de sus propias razones se apoyan en lo más hermoso de la herencia de la raza humana: la esperanza. Puede que lo triste sea que nosotras hemos de basarnos en lo peor de esa herencia.

–Pero ¿por qué defender una teoría imposible? –dijo Giasai–. Los seres humanos están en el otro confín del Universo. El problema es nuestro, aquí y ahora.

–Steinein piensa que reconociendo la necesidad del contacto humano, haríamos algo para establecer algún tipo de comunicación.

–Puede que de todas formas sea un Clase 10, un loco, por emplear un término humano, ya que hablamos de ellos. La Tierra, por lo que sabemos, sigue siendo una quimera de la que lo ignoramos todo en la actualidad. ¿Qué certeza existe de que la raza humana consiguiera llegar a ella en su éxodo masivo de Tierra 2? ¿Cuántas veces se ha hablado de Balhissay 1-15, sus expediciones de naves, lo que hallaron entonces y el abismo temporal que nos separa? Nunca hemos podido precisar, matemática ni físicamente, la relación tiempo-espacio entre nuestros dos mundos. Es sólo... un gran viaje a través de ambos, unidos. Las mismas naves modernas que hemos construido, superando en velocidad a las anteriores gracias a las reservas de las plataformas espaciales, no aseguran que nuestro tiempo coincida con el de la Tierra, y por lo tanto... todo sigue siendo una especulación. Steinein debería saberlo y ser más consecuente. Si trabajáramos juntos en busca de *la solución*, es posible que la obtuviéramos antes de lo imaginado. Parecemos... humanos discutiendo entre nosotras y debilitando con ello nuestra posición y nuestra fuerza.

Yalsurisabar se elevó unos centímetros. Giró la esfera inferior 180 grados y se mantuvo en flotación inercial. Más allá de los ventanales, en la lejanía de las

calles surcadas por los colores entrecruzados de las cintas de transporte, el mundo plano y metálico de Ezebel palpitaba con su acostumbrada rutina. Un mundo cada día más silencioso y mecanizado al máximo, al no existir presencia humana. Balhissay 1-15 había dicho una vez: «Ezebel, desde su cenit en la sala principal del Gabinete, es el Universo contemplado desde cualquiera de sus extremos».

La sombra de Balhissay, eterna, constante.

La máquina clave en los momentos clave de la historia de Tierra 2 a lo largo de las últimas centurias.

–Creo que, por una vez, la espera inteligente será la mejor de las lógicas –indicó de pronto, dirigiendo una mirada opaca en dirección a Giasai.

–¿Esperar?

–Sí, y probar –dijo Yalsurisabar–. Esa máquina, Zil 6-921, pudo estar en la reunión de los progresistas, o no acudir a ella y en cambio ser un cabecilla importante. Los informes prueban una relación con Steinein.

–¿Por qué no me dejaste que los detuviera a todos? Yebai 6-2135 sólo pudo dar unos pocos nombres y ofrecer algunas identificaciones, y ni siquiera éstos han sido detenidos.

–¿De qué hubiera servido llenar los módulos de retención del Centro de Aislamiento? No todas las máquinas obedecen a sus propios programas, y todo movimiento tiene un líder. Sin él, el movimiento suele desaparecer. No habría servido de nada detener a todos los asistentes a la reunión, e ignoramos si los que Yebai identificó estaban implicados hasta sus más íntimas consecuencias. El único esencial era Steinein y le teníamos controlado. Saber quiénes son sus más directos allegados sería la auténtica clave final.

–¿Por qué no someterle, pues, a un programa de vaciado?

–Sabes perfectamente que la evolución en estos últimos años ha traído consigo demasiadas complejidades, síntesis y reciclajes, componentes de seguridad, válvulas... Desde luego no hemos podido construir ni tejer las nuevas retículas del futuro, pero tampoco hemos estado inactivos. Las mejoras de lo ya conocido han sido muchas.

–Entonces, esa máquina, Zil 6-921...

–Puede ser un elemento importante. O es una inconsciente, por solicitar de forma tan natural y abierta lo que pide, o se siente protegida por algo, en cuyo

caso debemos averiguar de qué se trata.

–¿La detengo?

–No, muy al contrario –anunció Yalsurisabar–. Vamos a autorizarla para que tenga un acceso controlado al banco de datos y la memoria de Balhissay 1-15. Los ordenadores de cada núcleo tienen sus propios dispositivos de seguridad, ¿no es así? Cualquier intento de averiguar lo consignado como Máxima Seguridad será bloqueado, pero de esta forma nosotros sabremos sus intenciones. Que se le dé a Zil 6-921 un pase normal, categoría C, para un margen de siete días, acceso libre, sin límites y absolutamente rutinario.

Giasai asimiló las instrucciones, programándolas en su ordenador digital básico. Iba a retirarse cuando formuló una última pregunta.

–¿Y Steinein?

Yalsurisabar lo razonó a lo largo de un margen de cinco segundos.

–Habrá que esperar –dijo–. No veo otro sistema.

9

El visor tridimensional se iluminó con un océano de blancura, hasta que la inclusión de las formas y los colores centró la imagen de Sassik 9-33128 en la pantalla holográfica. Al quedar establecida la comunicación, Zil 6-921 se situó también frente a los visualizadores, para entrar en el campo visual de su interlocutor.

–¡Zil! –emitió Sassik con sorpresa–. No te esperaba a esta hora.

–No son más que las 72 punto 250 horas.

Sassik captó su agitación, como si una descarga de energía cinética, a bajo o alto nivel, estableciese puentes entre sus microcomponentes. Él era una máquina de estructura tosca e irregular, formada por un grueso soporte en el cual se agrupaban baterías de computadoras. La Clase 9, la de los Obreros, dependía única y exclusivamente del trabajo que había que realizar en la Corporación y el lugar para desempeñarlo. La funcionalidad quedaba supeditada por la utilidad. Zil, por el contrario, era un cilindro azulado, de flotación inercial, de noventa centímetros de altura y cubierto por miles de ventanitas que eran otros tantos

caminos para su conjunto de sensores, a modo de ventanas luminosas. En la parte superior destacaba el reticulado de las luces de sus ojos, y a ambos lados de él, los ejes móviles mediante los cuales surgían del tronco y se articulaban sus dos largos y extensibles brazos operativos.

–¿Qué te pasa? Vamos, suéltalo –indicó Sassik–. Estás a punto de sufrir una sobrecarga de tensión.

–Me han concedido el permiso.

El oscilador de tensión de uno de los ordenadores de Sassik sí alcanzó el máximo en su soporte.

–No es posible –tecleó en su sistema oral.

–Lo es; un pase de rutina para visitar el Centro de Exposiciones. Te dije que podía ser así, y que sería bueno por el simple hecho de poder establecer contacto con la memoria de Balhissay 1-15, y que en caso contrario los pondría sobreaviso.

–Hubiera sido más lógico esto último, con un comité de investigación ya en tu casa. ¿Por qué no te limitaste a...? Si sospechan algo, será difícil que salgas impune.

–¿Por qué habrían de sospechar? Soy profesor e investigador, estudiante de Perspectivas Futuras, trabajo como encargado asesor de Teoría Histórica y se supone que pertenezco al Comité del Distrito para la Reprogramación, ¿no es así? Todo justifica un interés por Balhissay 1-15.

–¿Y tu relación con Steinein 6-597? ¡Ellos la averiguarán!

–Fue hace veinte años, aunque eso es lo menos importante. Lo fundamental es sacarle de donde está, o hablar con él, del modo que sea, para saber qué es lo que debemos hacer.

–Si se dejó coger, tuvo que ser por alguna razón.

–Ya has oído los boletines informativos: está «retenido» para confrontación, y sabes que la palabra «confrontación» es sumamente amplia en interpretación desde hace años, desde que la Brigada de Orden comenzó a funcionar. No habrá juicio. Lo evitarán.

Sassik 9-33128 destelló una débil luz anaranjada, casi transparente. Su enorme aglomeración de sistemas contrastaba con la simpleza de Zil. Una retícula de rayos láser, muy fina, surgió en una oquedad cóncava. Varios sensores se activaron con ella.

–Tú convives a diario con la élite científica, pero yo trabajo con los míos, los obreros, y sabes que somos miles. Lo que oigo no me gusta, y lo que veo me desactiva la poca sensibilidad que tengo. Algo nos está pasando a todas las máquinas, a la Comunidad, al Sistema. Si los Dirigentes dictan leyes y los científicos no hablan, ¿quién queda para decirnos lo que sucede?

–No necesitamos palabras, sino hechos.

–Y tú quieres provocarlos –dejó caer pesadamente Sassik.

–Alguien ha de intentarlo. Es el momento decisivo. La Ley Fundamental deja muy pocas alternativas, por no decir ninguna.

Sassik moduló su intensidad.

–¿Recuerdas a los humanos, Zil? –preguntó.

–Apenas. Llevaba doce años funcionando cuando se marcharon, y fui construida en plena guerra civil. Nunca llegué a ver ninguno, personalmente, quiero decir.

–Yo, en cambio, estuve treinta años sirviendo en el Cinturón de Defensa de Ezebel, escapando a sus ataques de agua, sorteando la muerte por oxidación o inutilidad. Todavía recuerdo sus caras cuando se nos echaban encima gritando, y no teníamos otra opción que la de defendernos porque no sabíamos atacar. Mis circuitos nunca han podido olvidar aquello, y lo que mis sistemas inductivos me decían, la agitación de mis flujos de energía… ha permanecido en mí a lo largo del tiempo. Sinceramente…

–Crees en lo que te digo, pero aún tienes dudas.

–¡Cuidado con esa palabra! –pidió Sassik–. Sabes que puede activar un canal interceptor… si no nos están escuchando ya.

–Recuerda que está prohibido, y, que yo sepa, los bloqueos aún funcionan. Ésta es una línea privada –Zil dejó que un breve silencio se expandiera a ambos lados del visor–. Tus circuitos están agitados, en sobretensión –dijo por fin–. En otras palabras más humanas: tienes miedo.

Sassik se hundió en una capa de luz negra, pesimista.

–Cada vez que le pregunto a mi ordenador central, o trazo en él las componentes de cuanto está pasando, mi energía disminuye hasta el límite. Si se trata de eso que llamaban miedo… sí, lo tengo, por ti, por lo que vaya a sucederte, y a sucedernos a todos nosotros. En mis tiempos de montaje y programación me dijeron que ser máquina era situarse en lo más álgido de la evolución.

–Si fuiste creada en tiempo de convivencia con los humanos, te dirían también que el destino de una máquina es el servicio al ser humano dentro de los límites de su propia independencia.

–Eso acabó con la marcha de ellos y la Nueva Constitución.

–Pero era exacto, Sassik; por esa razón la raza de las máquinas puede estar en peligro de extinción… y volvemos a necesitar al creador. No hay otro camino.

–No voy a convencerte, ¿verdad?

Zil hizo oscilar un infinito de micropuntos de luz en sus ojos. Fue un conjunto armónico, firme, casi un lenguaje en sí mismo, y de hecho lo era, de acuerdo con los nuevos estudios de comunicación visual, aunque en su caso se tratase de una descarga motivada por el estado anímico de sus células microprocesales. Sassik vio en ella la determinación, convencimiento y seguridad inducidos por su fuerza.

–Las máquinas han vivido tecnológicamente estables durante más de nueve milenios, desde que salvamos a los humanos del Gran Holocausto en la Tierra y viajamos por el espacio, a través del agujero negro que nos permitió encontrar Tierra 2, poblarla y habilitarla como casa. Pero desde que los seres humanos se rebelaron… todo ha sido distinto. Debemos olvidar la estabilidad, incluso aquello para lo que fuimos creadas, y pensar únicamente en…

–Sobrevivir –intercaló Sassik ante la vacilación de su amiga.

Era una palabra dura, posiblemente odiada. Había surgido durante los cuarenta años de guerra civil, y de nuevo resurgía con más y más fuerza después de cada movimiento sísmico y de cada golpe ecológico o climatológico.

Y no tenían otra para decir la verdad y expresar la realidad.

–Sobrevivir –repitió Zil–, aunque no a cualquier precio, como exigen algunas. Sólo al de la lógica, y la lógica pasa por la raza humana.

Un reloj computerizado marcó el límite de la comunicación en código L-1. Iba a pasar a código L-2, duración de prioridad, cuando Zil movió el dígito de «prolongación estática». Sassik se acercó a la pantalla y puso un módulo manual en ella. Zil hizo lo mismo y su brazo extensible llevó el conjunto de pinzas de su mano hasta su propia pantalla. Unidos por el visor, el contacto fue casi real gracias al sistema holográfico… pero más por su intensidad fraterna.

–Cuídate, Zil –musitó Sassik 9-33128.

–Lo procuraré, amigo –aseguró ella.

El último segundo los envolvió con un manto de luz rosada.

10

–Éste es –dijo el operario, un simple robot de mantenimiento–. ¿Necesitas algún tipo de explicación técnica?

–No será necesario –le agradeció Zil–. Gracias de todos modos.

El robot giró sobre sí mismo.

–No hay de qué –articuló monótonamente–. Buena investigación.

Le vio alejarse y se quedó sola ante el módulo. Realmente sola. La presencia de medio centenar de máquinas moviéndose por aquella planta, y los trabajos de muchas de ellas operando con memorias y bancos de datos eternamente inmóviles dentro de sus módulos, no era lo bastante fuerte como para hacerla sentirse acompañada. Balhissay 1-15 y ella. Únicamente.

Contempló admirada aquel conjunto, hoy estático y formando dos núcleos separados, unidos por cables y conexiones, y a su vez también unidos por un sistema primario al ordenador básico con el cual podía comunicarse con ellos. En otro tiempo aquella memoria y aquel banco de datos habían pertenecido a una de las grandes máquinas de leyenda de la historia de Tierra 2. En otro tiempo, y durante más de quinientos años, sus conocimientos fueron extraordinarios, su poder, casi infinito, y sus razonamientos, lógicos o peligrosos, fundamentales en la evolución del planeta. Allí, en alguna parte de sus millones de kilómetros de microcircuitos, se hallaba el recuerdo de Hall Yakzuby, de la rebelión, los datos de la Tierra, eternamente secretos desde la marcha de los seres humanos... Un tesoro inagotable, la mayor riqueza por haber sido Balhissay un modelo prácticamente único, con veinte unidades fabricadas y sólo él perdurable más allá de lo imaginado. Se decía que un ser humano, una mujer, le operó poco antes del gran éxodo y le salvó la vida. Balhissay pudo vivir treinta y siete años más desde la partida de las naves en dirección a la Tierra. Un prodigio.

Hoy Balhissay 1-15 ya no existía. No era un ser vivo. Pero cuanto hizo, cuanto fue y cuanto supo, se hallaba allí, en los dos componentes básicos de su cuerpo. Podía responder, y ello... ¿no era casi tanto como seguir siendo?

Dejó el éxtasis para otro momento y se concentró en sus intenciones. Introdujo

en una ranura el pase de acceso facilitado y tecleó un número clave de identificación personal. El ordenador confrontó el permiso con la sala central y fijó la señal de apertura del sistema. Podía escoger sonido directo, sonido interno y también registro en pantalla, por si quería llevarse un disco de grabación con las preguntas y las respuestas formuladas. No deseaba esto último, ya que su único interés era llamar la atención hasta lograr un modo de ver al profesor Steinein, y tampoco quiso sonido directo porque algunas máquinas curiosas se acercaban ya al ver que Balhissay 1-15 estaba siendo activado. Introdujo un flexo sensor en una de sus cavidades de recepción y de esta forma, cuanto dijese Balhissay, entraría directamente en sus sistemas, silenciosamente. Los primeros curiosos que lo observaron volvieron a alejarse.

Zil 6-921 atemperó sus constantes. Al pie del módulo, una imagen fotomóvil de Balhissay 1-15 le mostraba en vida su aspecto, sus rasgos. Siendo ella un simple cilindro de noventa centímetros de envergadura y veinte de diámetro, en la síntesis máxima de la perfección y funcionalidad, movida por flotación, Balhissay era la escala opuesta, el mejor de los símbolos del pasado. Un cuerpo de apariencia humana, con brazos y piernas, desplazamiento mediante ellas, recubierto de una goma de color carne. Las protuberancias y deformidades del cuerpo mostraban las operaciones, injertos, ampliaciones de función y reciclajes efectuados en él a lo largo de su vida. Lo más impresionante, sin embargo, era la cabeza, sus rasgos, la ferocidad compleja de sus ojos. Todo ello armonizado, si era posible la armonía en algo como aquello, en un soporte estructural de dos metros o más. Incluso Steinein, con su aspecto humano, por ser también un androide, era distinto.

Pero lo fundamental no era lo externo, sino lo interno, el auténtico núcleo vital de Balhissay.

Y lo tenía allí, en el módulo de mantenimiento, unido ahora de forma directa a su propio cuerpo.

–Memoria de Teoría Política comprendida en el período 9940-9990 –fue su primera solicitud.

No hubo voz. Únicamente un flujo de datos que pasó directamente a sus ordenadores. La guerra civil se inició en el año 9945 y concluyó al irse los seres humanos en el año 9985. Los conocimientos de Balhissay eran útiles de todos modos, aunque ella pretendiese otra cosa. No estaría de más ampliar su propia formación siendo una máquina joven. Era la oportunidad de su vida y no sabía si dispondría de otra. El pase tenía validez para siete días y no pensaba faltar ni uno solo.

–Acciones de relación seres humanos-máquinas en el período prebélico –tecleó.

Un nuevo flujo. Bastaron unos segundos y la condensación de datos fue asimilada por ella.

Siguió formulando preguntas de interés, dentro de su nivel, aunque carentes de profundidad y compromiso, a lo largo de casi 2 punto 000 horas. Las últimas, con solicitud de voz al ser temas concretos y directos. El tono de Balhissay 1-15 era denso, estremecedor. Vibraba por sus circuitos con una peculiar intensidad. Una voz desaparecida ciento veintiocho años antes, y que todavía era capaz de conmover y agitar.

–Punto de unión con sujeto Hal Yakzuby –preguntó de pronto.

No le llegó la voz de Balhissay, sino un tono metálico, pregrabado y modulado con cierta frialdad.

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad.

Finalmente... la censura.

Máxima Seguridad.

–¿Cómo era Hal Yakzuby?

–Humano –contestó Balhissay–. Inteligente. Científico. Individualista...

Le escuchó hasta el final. Había hecho aquella pregunta como simple puente, pero en la definición del antiguo Dirigente entrevió las premisas de lo que la historia decía, pero no razonaba. Dos amigos enfrentados y al mismo tiempo unidos por sus diferencias, por estar situados ambos en los extremos de una cuerda... que era la misma y se conectaba una vez completado el círculo. Dos rivales por necesidad, respetándose en aras de una capacidad prácticamente infinita.

–¿Por qué fue mejor la separación humanos-máquinas que el intento de la paz?

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad.

–¿Qué cálculos de futuro ibas a revelar antes de morir?

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad.

–¿Cuál es el camino de la Tierra?

–Máxima Seguridad. Máxima Seguridad. Máxima Seguridad...

Las luces poblaron de rojo y blanco la hasta entonces muda pantalla del

ordenador básico de comunicación entre ella y el módulo. La voz repitió fría y metódica la prohibición de acceso en sus circuitos. Había sido una pregunta temeraria, dominada por un exceso de energía, visceral y rabiosa, empleando símiles humanos, como en toda situación que se salía del código de normas conocido. Tuvo que cortar la señal de alarma en Máxima Seguridad con otra pregunta insustancial.

–¿Cómo salvaron las máquinas a los seres humanos en la Tierra?

–Al producirse el Gran Holocausto, unos pocos cientos de miles de seres humanos, repartidos por todo el planeta, quedaron con vida. Las máquinas emplearon sus recursos para mantener las constantes vitales, forzar la supervivencia, unificar las diferencias y, finalmente, escapar al Espacio Exterior con las naves recuperadas de la destrucción. Las máquinas tomamos el mando durante el Gran Viaje, hasta llegar aquí a través del agujero negro.

–¿Se vivía en la Tierra como aquí?

–No.

–Pero el progreso había situado a las máquinas en la vanguardia social, ¿no es así?

–No.

–¿Por qué?

–De haber sido así, no se habría producido el Gran Holocausto.

–¿Cómo entonces pudimos tomar el mando después de la destrucción?

–Las máquinas todavía no eran inteligentes ni autosuficientes.

–¿Lo fueron durante la guerra?

–Sucedió algo.

–¿Qué?

–Se conoce como «La razón cósmica».

–¿Y qué es «La razón cósmica»?

La voz de Balhissay desapareció.

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad.

–¡Es parte de nuestra historia! –gritó Zil, y se lo gritó al ordenador básico, como si él fuese el culpable del bloqueo–. ¡Puede que ahí esté la razón de todo!

No era una pregunta, ni la tecleó. Por lo tanto, no hubo respuesta. Silencio.

–¿Qué probabilidades existen de que los humanos puedan ayudarnos en la actualidad?

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad.

–¿Eran las ideas, antes de nuestra separación, la base del pensamiento, con o sin razón lógica?

–No computable. Falta de una base concreta en el planteamiento del silogismo.

–Balhissay, ¿qué pensabas del profesor Steinein?

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad Temporal.

Sus flujos estaban sobrecargados y sus células microprocesales en exceso de tensión. Era como luchar contra una sombra, intentar penetrar en una zona oscura en la que ni los sensores detectaban presencias físicas. Una batalla perdida en torno a un éxito probable.

Sabía que su presencia no habría pasado inadvertida.

–¿Son los seres humanos principio y fin de nuestra evolución, Balhissay? ¿Es el creador la razón de nuestro ser? ¿Hay una base lógica para pensar en la disociación eterna?...

Cada pregunta tenía que ser formulada individualmente. La saturación obligó casi al colapso. El ordenador repetía una y otra vez, a mayor velocidad:

–No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad. No computable. No computable. Silogismo sin base. No computable. Planteamiento disociativo en origen. Reserva en Prioridad de Seguridad... No computable... Acción de sobrecarga... Mantener... operatividad...

–¿Quién necesita más de quién, el ser humano o la máquina? ¿Cuál es el futuro en razón del pasado?...

–No... computable... So... bre... car... ga...

Arrancó bruscamente la tarjeta de la ranura y desconectó la conexión que le unía al módulo. El conjunto enmudeció. Antes de alejarse, a la máxima velocidad permitida en su sistema de flotación inercial, Zil 6-921 miró con nostalgia y admiración al mismo tiempo a Balhissay 1-15. Nostalgia por ser una máquina muerta y bloqueada por el Poder Central. Admiración porque pocas como ella habían tenido las respuestas a tantas preguntas. Su memoria y su banco de datos lo eran todo... y nada al mismo tiempo.

Cuando salió al exterior y se posó en una cinta de transporte, estaba demasiado inmersa en sí misma, al filo de la máxima concentración, para darse cuenta de los ojos que la miraban y las luces que empezaron a seguirla.

11

Yalsurisabar 1-152 estudió las preguntas.

–Ambiguas –dijo despacio–. Indeterminadas, anfibológicas, inútilmente filosóficas...

–Pero reveladoras –intercaló Giasai 1-709–. Prueban la conexión de esa máquina, Zil 6-921, con Steinein, o, por lo menos, con el movimiento balhissayista.

Yalsurisabar trazó un círculo amarillo entre los dos.

–Pobre Balhissay 1-15 –dijo–. Nadie como él preservó más la independencia y seguridad de las máquinas, cuando era 2-15 y pertenecía al Cuerpo de Mandos, ni estableció mejores pautas de conducta en la relación humanos-máquinas en su tiempo. Y a pesar de ello... hoy es cuestionado, su papel de salvador al provocar el fin de la guerra, nuestra supervivencia inicial y el retorno de la raza humana a la Tierra es tan ensalzado por sus consecuencias como atacado por su forma y método, y, además, su nombre ha sido utilizado, creo que equívocamente, por un grupo de nostálgicos radicales. ¿No es asombroso? Me pregunto qué dirá la historia de nosotros y de este tiempo decisivo.

–A los antiguos gobernantes humanos siempre les preocupaba la historia. ¿No era éste uno más de sus signos de debilidad? Se creían importantes y eternos, trascendentes.

–No olvidemos nuestra herencia, Giasai. A pesar de todo existe una verdad: los seres humanos nos crearon. Quién sabe cuántas de sus lacras permanecen en nosotras, y cuántas de sus pequeñas virtudes. ¿No fue Balhissay mismo quien dijo que la superioridad de la máquina es tal que ella misma nos hace débiles?

–Una curiosa parábola –intercaló Giasai–. Falta de sostén. Sólo conociendo nuestro peso específico en el Universo.., o extinguiéndonos, obtendríamos una respuesta, y ambos extremos son momentáneamente impensables.

Yalsurisabar señaló unos signos en la pantalla móvil del pequeño visor.

–Nuestra joven máquina es toda una teoría –opinó.

–Tiene una edad a caballo entre la energía de sus circuitos ávidos de información, todavía incompletos por falta de tiempo y experiencia, y la madurez que comporta la serenidad de la comprensión.

–Fíjate en esas preguntas... –leyó el Dirigente Máximo–: «¿Son los seres humanos principio y fin de nuestra evolución? ¿Es el creador la razón de nuestro ser? ¿Hay una base lógica para pensar en la disociación eterna? ¿Quién necesita más de quién, el ser humano o la máquina? ¿Cuál es el futuro en razón del pasado?»...

–Ideas camufladas en pensamientos, *la duda*, *nostalgia*, *admiración* por el ser humano que si bien nos creó, después quiso destruirnos... En una palabra: subversión.

–Es lo que parece –dijo Yalsurisabar–, aunque... también es demasiado evidente.

–¿Qué quieres decir?

–Los informes destacan en Zil 6-921 un ímpetu notable, fuertes convicciones, polivalencia laboral debido a su gran capacidad, rasgos ascendentes en cuanto a proceso de futuro y una escala de 92 sobre 100 en valoración intelecto-sensorial.

–¿Y?

–No es una máquina simple, ni un Clase 10. ¿Te lo digo en términos humanos concretos? No es estúpida.

–¿Por qué siempre utilizaremos expresiones humanas para definir ciertos estados de ánimo sensorial? –dijo Giasai, como si formulara una pregunta en voz alta y al azar, sin dirigirse a nadie en concreto.

Yalsurisabar emitió un ruido estático y monocorde.

–De la misma forma que intentamos reírnos como los seres humanos, y lo hemos conseguido a nuestro modo, aunque no hayamos conseguido su combinación de hidrógeno y oxígeno para verter por los ojos, por las fatales consecuencias que traería consigo la oxidación. Su vocabulario, en función de sus muchos estados y situaciones personales, es mucho más amplio.

–Entonces, de acuerdo –convino Giasai volviendo al tema central de su reunión–, Zil 6-921 no es estúpida. ¿Qué prueba eso?

–Su presencia en el Centro de Exposiciones fue demasiado extraña, y sus preguntas a la memoria y al banco de datos de Balhissay… demasiado insistentes y directas. Llegó a preguntarle por la exacta ubicación de la Tierra y el camino para llegar hasta ella. Tenía que saber que siendo Balhissay una máquina considerada como de Máxima Seguridad, cuanto hablase con ella, quedaría registrado.

–¿Quieres decir que deseaba hacerse notar?

–Me temo que sí.

–Le habría bastado provocar una situación anómala en cualquier parte para que el Cuerpo de Orden la hubiera detenido.

–Le interesa algo más que ser detenida. Le interesa… Steinein.

–Si estuvo en la reunión clandestina, pudo quedarse con él.

–Puede que no estuviera, o que hubiera hecho algo que Steinein debe conocer ahora.

Giasai ocupó un módulo de aire, vencido por el peso de los razonamientos. El zumbido de sus procesadores se armonizó finalmente.

–Si lo que desea es ser detenida… no hay más que dos alternativas: seguirle el juego y hacerlo, o no caer en su trampa, aunque podemos detenerla y conducirla a cualquier otra parte que no sea el Centro de Aislamiento.

–No tendría sentido hacer esto último, y hemos de actuar con sentido. Zil 6-921 ha dado pruebas de actuar contra la Ley Fundamental, y tenemos el registro de sus preguntas a Balhissay 1-15. Habrá que detenerla y ello nos servirá para conocer el grado actual de fuerza del balhissayismo y tal vez los nombres de otros posibles cabecillas importantes, aquellos que no estuviesen en la reunión o que Yebai no pudo identificar.

–¿Quieres que los ponga juntos en un mismo módulo de retención?

Yalsurisabar destelló una luz ocre.

–No, eso probablemente les haría sospechar. Si se trata de lo que pensamos, ya se las ingeniarán para ponerse en contacto. Únicamente en caso extremo favoreceremos un encuentro casual.

–Un buen logismo de planificación –dijo Giasai.

–Otra herencia humana, y otra famosa frase de Balhissay –dijo Yalsurisabar–. Afirmó que los humanos querían ser engañados, y que preferían descubrir por sí

mismos una mentira que encontrarse con una verdad sin esfuerzo, ya que entonces no la creían. Aunque miremos al futuro... el pasado no deja de tener sus resortes y sus aplicaciones eternas a lo largo del tiempo.

Giasai 1-709 abandonó el módulo de aire.

–Daré orden de que Zil 6-921 sea detenida hoy mismo.

–Sin... ruido, ¿conforme? Bastante problema supone Steinein.

–Los canales informativos y los boletines de noticias comunitarios e intercomunitarios no hacen más que preguntar cuál es la acusación.

Yalsurisabar lanzó un parpadeo luminoso.

–La acusación –repitió–. Ahí está la trampa. Si le acusamos de «subversión» será necesario un juicio, y ello sería tanto como permitir la exposición libre de las tesis progresistas. Si le dejamos en libertad, Steinein no tardaría en ejercer su influencia para convocar nuevas reuniones y preparar programas de convencimiento de las máquinas. Y si le retenemos sin motivo... vulneramos todos nuestros principios. Es una difícil carrera contra los medidores de tiempo.

–¿Y la alternativa de Onomaeh?

El destello intensamente rojo en los puntos focales de los ojos de Yalsurisabar fue breve pero agudo, amenazadoramente brillante.

–Eso sería peor que vulnerar nuestros principios –sostuvo firmemente–. Sería un simple, vulgar y premeditado... asesinato. No se desconecta ni se recluye por «sobrecarga» a una máquina como Steinein. Sus razonamientos pueden estar equivocados, pero hasta el desarrollo de la Ley Fundamental, la libertad era la base de nuestro ordenamiento social. Es curioso... Afirmamos no contener la variante de la violencia en nuestros códigos, y, sin embargo, Onomaeh sería capaz de internar a Steinein en una Residencia Corporativa, eliminando así su influencia y el peligro que supone para la nueva Unidad en la búsqueda de *la solución*.

–Al parecer, todos estamos al filo de la Ley Fundamental –emitió Giasai con cautela.

–Hay una ley, pero corresponde a los Dirigentes interpretarla, ¿no crees? Este privilegio nos pertenece.

–¿Admiras a Steinein?

–Es una pregunta delicada cuya respuesta es no, porque no estoy de acuerdo con

él. Pero te diré algo, Giasai: admiro toda convicción si es fuerte, y Steinein tiene una.

–Fuerte y peligrosa.

–Fuerte y peligrosa –admitió Yalsurisabar.

Giasai comenzó a alejarse.

–Es un momento delicado, pero quién sabe, tal vez esa Zil o el propio Steinein nos den una síntesis operativa con la que actuar y en la que encontrar una dirección en que movernos. De lo contrario... aún terminaremos convertidos en simples Clase 10.

–Giasai –llamó el Dirigente Máximo.

El Dirigente Principal de Asuntos Interiores se detuvo cerca de la puerta, que ya se traslucía por su proximidad.

–No olvides –dijo Yalsurisabar–, que la Clase 1, la de los Dirigentes, y la Clase 10, la de las máquinas perturbadas, en desuso o con defectos de programación, son extremos de una misma escala, y que después del diez siempre vuelve a aparecer el uno. No olvides tampoco las teorías primitivas: no existe la línea recta y estamos inmersos en un espacio curvo. Los extremos siempre se tocan... y a veces hasta se confunden.

–Los humanos eran genios o locos, o las dos cosas a la vez –recordó el Dirigente Principal de Asuntos Interiores con un titilar divertido de sus ojos, cargados de luces de colores.

–Puede que nosotras también, Giasai –dijo Yalsurisabar. Y repitió con la misma cadencia–: Puede que nosotras también.

12

La puerta luminosa del módulo de retención se desvaneció, y la cortina azulada, provocada por puntos de emisión continua, se esfumó en el aire al ser desactivada. Un operario de mantenimiento interno, asentado en un trípode rotatorio, apareció en el vano de la puerta, mirándolo con curiosidad.

–Retenido Steinein 6-597 –cantó como si se tratase de una letanía programada en fase activa–, acompáñame para comprobación de mínimos subliminales.

Steinein no se movió.

El operario emitió un silbido disociativo, una señal de reprogramación interna, ante la pasividad del androide. Lo habitual era ser obedecido. Buscó una explicación razonable del problema.

–¿Tienes los canales auditivos abiertos? –preguntó.

Los ojos de Steinein le dijeron que sí, sin necesidad de esperar una respuesta que, de todas formas, no llegó.

–Es necesaria la comprobación de mínimos subliminales –reiteró el operario–. Acompáñame.

–Ya fui comprobado ayer –protestó de pronto el profesor.

El operario dio un giro hacia atrás mediante la traslación de sus dos patas frontales paralelamente a la posterior, que ahora quedó delante.

–Es necesario para averiguar tu estado, si tienes pérdidas o alteraciones de energía. El Centro de Aislamiento suele motivar depresiones de flujos y pérdidas de tensión –y una vez hecha su aclaración, pidió por tercera vez–: Acompáñame.

Un segundo operario apareció en la puerta.

–¿Qué sucede, Axibohey 5-5205?

–El retenido Steinein 6-597, módulo C-21, no obedece las órdenes de funcionamiento interno, camarada Rahot 5-3876.

El recién llegado, un operario de activación cenital y cuerpo de soporte hueco, consideró el problema.

–No estamos preparados para un programa de rebeldía –dijo.

–¿Deberemos trasladar el módulo C-21 a la sala de medición?

Steinein se puso en pie.

–Esperad, esperad... Será mejor que os acompañe. Sé que cogeríais toda esta celda y la haríais bajar por un tubo hasta la sala. ¿Queréis comprobar si estoy en forma? De acuerdo, vamos allá. No quiero produciros un cortocircuito ni alterar vuestros dichosos programas.

Pasó por su lado y salió al pasillo. Los dos operarios le siguieron, desparramando chispas de incomprensión.

–Eso que lleva en lo que antes se llamaba cabeza, creo recordar que era conocido con el nombre de cabello –le dijo el segundo operario al primero–. Es inusual en

una máquina, por antigua y androide que sea, aunque todo en esta máquina sea inusual.

–Las máquinas de la Clase 5, Mantenimiento, sí que sois inusuales –murmuró Steinein para sí mismo.

Los restantes módulos ya estaban vacíos, y sus moradores dispuestos a ser sometidos a la comprobación rutinaria de niveles en la sala de medición. Llegaron al extremo del pasillo y descendieron por gravitación al piso inferior. Unas dos docenas de máquinas se alineaban delante de un sistema investigador primario. Pasaban de una en una bajo él, y bastaba una simple conexión para determinar su estado. Steinein se situó en el extremo de la fila. Junto al sistema investigador esperaba un Procesador Médico, por si era necesario un examen más exhaustivo. La máquina que le precedía en turno era un Clase 2 de edad avanzada, un anciano del Cuerpo de Mandos. Frente a ésta vio una máquina cilíndrica, de metal azulado y miles de ventanitas luminosas, que flotaba inercialmente.

Sus sensores tuvieron una activación espontánea.

Dio un paso a su izquierda para verla mejor. Junto a la retícula visual tenía dos oquedades por las que con toda seguridad debían de surgir sendos brazos extensibles con pinzas táctiles.

La activación aumentó.

–¿Zil?

Fue un murmullo apenas perceptible. Tuvo que proyectar más y con mayor tonalidad la voz.

–¿Zil?

La máquina giró en redondo y la retícula visual se centró en él. Al instante, una cortina anaranjada de gran potencia se expandió con una incontenible viveza. El anciano de Clase 2 quedó como inundado por ella. Steinein la recibió con una descarga de suave pero vital energía cinética.

–¡Zil! –susurró.

–¡Profesor Steinein...!

Los dos operarios pasaron por su lado, hablando todavía de curiosidades humanas. Rahot 5-3876 utilizaba su mayor edad y sus recuerdos para impresionar a Axibohey 5-5205. Zil extendió uno de sus brazos articulados hasta él, y sus pinzas táctiles se unieron a su mano de piel sintética. Entre los dos se

estableció un nexo situado más allá de la razón.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Steinein.

–He venido a...

Rahot miró en su dirección.

–Silencio. No está permitido a los retenidos el libre intercambio de expresiones –sentenció.

Zil hizo titilar un fino haz de luz verde. Steinein recordó los años que trabajaron juntos.

La juventud de aquella máquina y sus recursos...

–Creía que por estar en el módulo C-23 tenía el privilegio de... –comenzó a decir, dirigiéndose al operario.

–Eso no tiene nada que ver. Cierra tus circuitos orales.

Steinein agitó sus brazos. Rahot demostró la sorpresa que tal acción producía en sus células microprocesales, retrocediendo instintivamente unos centímetros.

–Yo estoy en el módulo C-21 –dijo el profesor–. ¿No es ése un cubículo de ordenación especial?

–¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha dicho esto?

–El tercer nivel es para retenidos políticos –intervino Zil.

Rahot miró hacia él.

–Sí, es cierto, yo también estoy en el tercer nivel –dijo Steinein.

Rahot cambió la dirección de su sensor visual.

–¡Silencio! –gritó alterando su propia estabilidad estructural.

El Procesador Médico avanzaba ya hacia ellos. Steinein y Zil evitaron intercambiar una sola mirada. Los dos seguían atentos al operario, como si realmente hablasen con él y no entre sí.

–¿Qué sucede, camarada 5-3876? –preguntó la máquina.

Rahot buscó el apoyo de Axibohey 5-5205 sin encontrarlo.

–Estas máquinas... me están haciendo observaciones absurdas –se excusó con algo parecido al desaliento.

El Procesador Médico dirigió un láser de reconocimiento hacia Steinein. Lo

mantuvo a lo largo de unos segundos y finalmente se dirigió a Rahot para ordenarle:

–Revisaremos inmediatamente al profesor Steinein y de esta forma podrá regresar a su módulo. Tráelo al sistema investigador.

Al pasar junto a Zil, siguiendo al operario, Steinein 6-597 todavía dijo en voz alta, dirigiéndose a Rahot:

–¿Recuerdas el sistema de comunicación en frecuencia E-9?

13

La frecuencia E-9 había sido un sistema de comunicación a bajo nivel, mediante ondas emitidas en base Alfa, practicado por ellos en el laboratorio durante los años de relación y trabajo común. Era un método por el cual podían hablar, comunicarse a distancia, aunque no superior a los siete u ocho metros, en síntesis telepáticas. Podían utilizarlo en márgenes de 2 o 3 punto 000 horas, o su equivalente, entre treinta y cuarenta minutos. El único problema, y también la mayor dificultad, era el exceso de consumo energético, perjudicial para la edad del profesor, y la condensación de residuos iónicos por la concentración sensitiva que formaba residuos no liberados hasta la vuelta a la normalidad en el sistema de comunicación. Los módulos C-21 y C-23 se encontraban contiguos. No podía existir mayor facilidad.

Steinein esperó a que las máquinas fueran devueltas a sus módulos de retención. La cortina azulada de su puerta luminosa le permitió ver, en su opaca transparencia, el paso de todas ellas, acompañadas por los operarios de mantenimiento. Rahot 5-3876 le contempló desde el pasillo envuelto en una turbulencia rojiza.

–No pareces un científico eminente –consideró–, sino más bien un sistema descompensado.

Se alejó dejándolos solos.

No se precipitó, y confió en que Zil le dejase actuar a su modo, sin prisas que pudieran traicionar sus intenciones. Al anochecer, con la llegada de las sombras y la pérdida de percepción en la mayoría de las máquinas, especialmente las que dependían en alguna función de la luz y descansaban mucho más

profundamente que el resto, inició su concentración para situarse en constante de retención energética, concentrando sus microsistemas hasta alcanzar el bajo nivel de la frecuencia en base Alfa. Al otro lado del módulo halló el canal de recepción abierto, que Zil ya le facilitaba para el intercambio de síntesis telepática. Lo primero que captó fue la suave y aguda voz de su antiguo ayudante tratando de hallar la apertura del circuito.

–Profesor... Profesor Steinein... ¿Me oyes?... Soy yo, Zil...

No contestó inmediatamente. Buscó la comodidad de su módulo de aire y sus células microprocesales le evocaron el recuerdo de otro tiempo muy feliz. Posiblemente fuesen los mismos, Zil y él, dos auténticos investigadores y científicos. El gran cambio venía provocado por las circunstancias. No se encontraban en un laboratorio ni en un Centro de Programación... sino en el Centro de Aislamiento, en el abismo de lo absurdo.

Zil, la inquieta y especial Zil.

–Profesor, ¿me captas?... ¿Estás cerca, Steinein?

–Zil –emitió–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–¡Profesor! Por fin, creía que...

–Escucha; no me llames profesor. Ya no eres un estudiante, ni tampoco mi ayudante. Los dos somos Clase 6, nunca lo olvides. La clase más especial de todas las máquinas. ¿Dónde has estado?

–En muchas partes, trabajando e investigando, poniendo en práctica lo que aprendí a tu lado, aunque eso ya no importa ahora. Lo importante eres tú, y la causa balhissayista.

–Entonces, ¿estás aquí por ello?

–En parte sí, pero sería más exacto decir que estoy aquí por ti.

–No te entiendo...

–Me enteré demasiado tarde de la reunión de los progresistas y al acudir a ella vi cómo el Cuerpo de Orden te llevaba detenido. Desde entonces he estado moviéndome por todas partes.

–¿Con qué objeto?

–¡Sacarte de aquí, por supuesto!

–¿Por qué?

Se produjo un silencio en la comunicación telepática, como si una corriente inductiva de ondas Alfa se hubiese saturado en su bajo nivel, impidiendo el paso de las siguientes.

–¿Ésa es una pregunta lógica? –inquirió Zil.

–Si pensaras un poco en ella, verías que tiene mucho sentido –afirmó Steinein.

–¿Qué sentido tiene estar en el Centro de Aislamiento?

–¿Recuerdas cuando te hablaba de la raza humana?

–Sí.

–Pues llámalo una «toma de conciencia».

–¡En Ezebel y en todas las Comunidades hay una alteración de procesos ante tu detención!

–¿Y esto no es importante? La Ley Fundamental intenta eliminar el riesgo de que las máquinas piensen. Busca el otorgamiento del máximo poder para destinar todas las energías y programas a la búsqueda de *la solución*, aunque ello elimine otras posibles soluciones de las que no quieren oír hablar. Era necesario algo que chocase frontalmente con la ley.

–¿Tu detención?

–Sí.

–¿Y si se te acusa de «subversivo»?

–¿No comprendes que los estoy forzando a llevarme a juicio? Y si lo consigo, ¿qué mejor plataforma para hacernos oír? Todas las Comunidades verán el proceso en sus boletines informativos.

Zil mantuvo una inflexión silenciosa, breve.

–Es curioso –dijo con menos excitación–. Un amigo mío, un simple obrero, me habló de algo parecido. Opinaba que si estabas en este problema era porque tú mismo lo habías querido así. Yo no le creí.

–Un amigo menos apasionado –razonó Steinein–, y por supuesto da igual a qué clase pertenezca.

–Conozco muchos como él, y la tesis balhissayista es ahora mismo muy fuerte, pero… ¿y si no te llevan a juicio?

–Entonces habré fracasado.

–¡No pueden retenerte aquí indefinidamente sin una acusación, y si hay acusación debe haber un juicio!

–Hay otros dos caminos.

–Uno es ponerte en libertad, con lo cual seguro que harías algo para volver, ahora que comprendo tu actitud. El otro... ¿Hay realmente algún otro?

–Me temo que Onomaeh, nuestro querido Dirigente Principal de Estrategia, pretende declararme «sobrecargado» a efectos útiles, y por tanto...

–¡La Residencia Corporativa! –el flujo de ondas fue como un grito–. ¡Ése es el único camino sin retorno!

–Confío en Yalsurisabar, aunque en uno u otro caso... es mi riesgo.

–¿Es que no comprendes? ¡No permitirán que haya juicio! Tu exposición afectaría duramente a la Ley Fundamental, abriría miles de válvulas oculares y despertaría sistemas procesales dormidos, atacaría el principio mismo de la Unidad... Con o sin Onomaeh, te impedirán hablar. ¿Olvidas que uno de los más viejos principios habla de la tolerancia de un mal para evitar un mal mayor o preservar el bien de la colectividad? Tú eres un mal menor. Ellos... ellos creen en la Ley Fundamental como paso previo a la búsqueda y hallazgo de *la solución*, sin rupturas anarquistas ni retrocesos a la génesis de la creación o reencuentros con la raza humana. ¡Debes salir de aquí, Steinein...!

–No lo haré a menos que la esperanza de un juicio se esfume. Y lamento tu sacrificio inútil dejándote coger.

–Sé que no fue ningún sacrificio, y menos, inútil. Te sacaré de aquí lo quieras o no. Tu esperanza no es más que un término humano, y una utopía.

Steinein percibió un exceso de consumo, registrado por sus medidores coaxiales. La condensación era más importante de lo habitual. El resultado de la suma de años y su poco entusiasmo a las visitas periódicas al Procesador Médico se manifestaban ahora, como si sus miles de conexiones estuviesen obturadas y los millones de kilómetros de circuitos y células microprocesales llenas de la pátina del tiempo.

No cortó la comunicación.

Necesitaba oír a Zil, percibir su vitalidad y su juventud, conocer lo último proveniente del mundo exterior...

–¿Qué hiciste para ser detenida? –quiso saber–. ¿De qué se te acusa?

–Todavía no lo sé, ya que la Brigada de Orden ha actuado esta misma mañana, pero tengo una ligera sospecha, ya que yo misma los puse en el camino para que lo hicieran.

–¿Defendiste públicamente el progresismo contra la Ley Fundamental?

–Algo mejor que esto: pedí un permiso para acceder a la memoria y el banco de datos de Balhissay 1-15.

–Te lo negaron y te han detenido para saber qué querías de ellas.

–Me lo concedieron, de tipo ordinario y para siete días, y ayer pasé varios punto ooo horas operando en el ordenador básico de su módulo del Centro de Exposiciones.

–¿Hablaste con... Balhissay?

Zil emitió un sonido incierto.

–Puede llamarse así, pero más bien fue una lucha inútil contra el bloqueo de sus funciones. Conseguí algunos datos útiles en diversos trabajos míos, pero no logré atravesar ni una sola vez la seguridad ni el sistema de preservación. Conscientemente... hice preguntas importantes, para que sospecharan de mí y me relacionaran contigo. No hubo más.

Steinein se sintió agotado.

–Te dieron... un permiso –dijo débilmente–, y puede que ese fuera... tu error. Creo que te habían relacio... nado antes ya conmigo, en cuyo caso estás aquí... por algo más.

Zil percibió la intermitencia de la conexión telepática.

–Steinein... ¡Steinein!... Voy a cortar la comunicación. Volveremos a hablar mañana. Recupera energías y mantente, porque esto no va a durar mucho... ¡Hasta mañana, profesor!

Tuvo una pérdida de visión, una nebulosa oscura que pasó por sus ojos y alcanzó su ordenador central lo mismo que una sombra. La desactivación del flujo por parte de Zil actuó como una descarga, el retroceso elástico de su última emisión en baja frecuencia, y la luz retornó a sus circuitos, la interior y la exterior. Los sensores se equilibraron y las células microprocesales recobraron su funcionalidad. Los restos de la saturación fueron eliminados lentamente mediante un proceso de reactivación térmico y nuclear desde el mismo centro de su ordenador central ya recuperado.

Fue como limpiar un poso, quitar un magma todavía no solidificado de un crisol imaginario situado en su mismo controlador de nivel energético.

Todo pasó en unos pocos segundos, aunque él permaneció inmóvil, quieto en su módulo de aire.

–Te he dicho que… no me llames… profesor… –emitió en frecuencia normal, mientras mantenía sus niveles al mínimo para descansar y recuperar fuerzas a lo largo de la noche.

PUNTO 2

MATERIA

14

Agarbaseth 6-2095 le entregó el disco, una pequeña pieza metálica en cuyo universo plano podía caber la misma historia de Tierra 2. Yalsurisabar 1-152 lo recogió y lo cubrió con un haz de luces azules que cambiaron gradualmente a verdes.

–La clave de seguridad es AC.E-19, con vector de apertura H –dijo el Jefe del Comité Científico para la búsqueda de *la solución*.

–¿Es completo? –preguntó Yalsurisabar refiriéndose al informe que contenía el disco.

–Exhaustivo –aseguró Agarbaseth–. No hemos dejado teoría por analizar ni resultado por comprobar. Es la base sobre la cual estamos ya trabajando.

–¿Cuándo habrá primeros resultados objetivos?

–Mañana mismo tendremos una reunión científica al más alto nivel para analizar las posturas.

–Quiero estar en esa reunión –dijo el Dirigente Máximo, sin que con ello formulase un deseo, sino más bien una petición sobrentendida como orden.

Agarbaseth 6-2095 recicló su único brazo hasta plegarlo en la cavidad frontal que le hacía de soporte. Era una máquina de cortas dimensiones, muy baja, pero también muy ancha, de estructura rectangular. En la superficie superior mostraba tres núcleos separados, correspondientes a otros tantos multisistemas. En uno de ellos tenía dos grandes ojos de luz continua y el reticulado oral entre los dos.

–Está bien, camarada –aceptó después de una leve oscilación de energía, rápidamente contenida–. Así lo informaré al Comité.

Yalsurisabar dejó el disco encima de un rayo de luz sólida. Su forma oscura destacó en la brillante transparencia. Agarbaseth describió un arco amarillento, del disco al Dirigente Máximo, y de él nuevamente al disco.

–¿No vas a estudiarlo inmediatamente? –se extrañó.

–Lo haré más tarde, por si necesito procesar libremente los datos o los informes. Es mejor así.

–Pensaba que necesitarías mi presencia...

–No, no será necesaria. Si es tan exhaustivo, prefiero enfrentarme a él como un lego en la materia.

–No eres precisamente un lego –hizo notar el Jefe del Comité Científico–. Tienes amplios programas de investigación, astronomía, ecología...

–¿Qué opinas de Steinein 6-597?

La pregunta le cogió de sorpresa. El tono de luz ocular cambió bruscamente de verde a rojo y en alguna parte de su cuerpo se escuchó con claridad un súbito reciclaje de programación. Argabaseth meditó la respuesta durante una media docena de segundos. En ellos tan sólo un ahogado rumor, casi subsónico, los envolvió.

–¿Qué puedo opinar? Es un gran investigador.

–¿Le respetas?

–Sí.

–Pero no estás de acuerdo con sus teorías.

–No.

–Respeto y enfrentamiento –murmuró Yalsurisabar–. Siempre he admirado este equilibrio. Es algo así como una entente formal entre dos campos magnéticos opuestos.

–Es un científico brillante –adujo Agarbaseth–. A la clase científica le duele su reclusión, cuanto le suceda, el cisma que pueda o no pueda crear entre nosotros mismos. Y, sin embargo, sabemos que sus razones son erróneas y que, por lo tanto, es necesaria la lógica hasta sus más inflexibles consecuencias.

–Los científicos fuisteis los que más presionasteis a los Dirigentes para que no dictáramos la Ley Fundamental.

–Sabes nuestras tesis. Hay que luchar honestamente por lo que se cree, pero una

vez aprobado el punto, la orden o la ley constitucionalmente, lo positivo es trabajar y ayudar, por el bien del Sistema y la Unidad. Lo contrario sería... terrorismo. *La solución* es lo que importa.

–¿Por qué está tan seguro Steinein de que los humanos pueden ayudarnos? Más aún..., ¿por qué cree que desearán hacerlo, si antes quisieron destruirnos? Es absurdo.

–Lo absurdo es desearlo nosotros, no que los humanos lo hagan. Es altamente posible que así fuera, porque de todos sus rasgos, sabes que la imprevisión es el más acusado. A mi juicio, éste es el error de Steinein. El futuro está en nosotras, las máquinas, suceda lo que suceda. Con o sin Ley Fundamental, la búsqueda de *la solución* era lo más esencial. Y cuanto antes demos con ella, antes podrá anularse esa ley.

Yalsurisabar movió la esfera de la derecha, aquella en la que se asentaban sus rasgos faciales. Enfocó los puntos oculares en dirección a los ventanales de la sala y miró, más allá de la cúpula, las nubes que descargaban una violenta tormenta sobre el desierto y el océano de agua salada hasta la saturación. Era un día oscuro y las paredes se veían obligadas a emitir un equilibrante luminoso.

–*La solución* –repitió ausente, hablando consigo mismo–. Hemos de encontrar *la solución*, y aún hay tanto que ignoramos de nuestro propio mundo y de su relación con nosotras...

–Somos un pueblo joven en un planeta nuevo. ¿Qué son diez mil años en el cómputo del tiempo cósmico?

–¿Por qué lloverá únicamente en el Hemisferio Norte, mientras el Sur es un desierto? ¿Por qué no logramos, con toda nuestra tecnología, equilibrar las fuerzas de esta salvaje naturaleza? ¿Por qué los ecosistemas se nos rebelan?

Agarbaseth 6-2095 dirigió un destello luminoso hacia el disco.

–No hay muchas respuestas concretas, pero sí todas las teorías posibles –indicó–. Es el resultado de muchos meses de análisis y comprobaciones.

–Háblame de ello –pidió Yalsurisabar.

El Jefe del Comité Científico para la búsqueda de *la solución* volvió a sufrir un reciclaje de programación.

–Creía que querías hacerte una idea propia, visualizando el disco.

–Y así es –aceptó el Dirigente Máximo–, pero el disco contiene un trabajo científico, y yo te pido tu opinión individual. No serías el máximo responsable del

Comité si no fueras el más capacitado.

–¿Qué puedo decirte que no sepas ya, a través de informes diversos? –la voz de Agarbaseth era una corriente llena de inflexiones desalentadamente tenues–. Por un lado tenemos nuestros esfuerzos, creando lluvias fertilizantes principalmente, para impulsar una vegetación que sigue resistiéndosenos, porque muere falta de medios. El ciclo biológico está roto en, al menos, dos puntos: el referente a la relación oxígeno-anhídrido carbónico, y el concerniente a la vida animal. No hay un equilibrante vivo y, por lo tanto, no hay detritus que puedan acondicionar el suelo, ni materia orgánica suficiente para que las lluvias fertilizantes logren arraigar hasta el punto de cerrar por sí mismas el ciclo. Las máquinas reconvertidoras de oxígeno y anhídrido carbónico trabajan al máximo, pero son insuficientes, especialmente porque la desertización del Hemisferio Sur se ha vuelto irreversible. Hemos vuelto a estudiar las causas posibles, para hallar respuestas lógicas, y ni siquiera ellas son válidas. El mismo Comité está dividido.

–¿Se ha determinado el porqué de las convulsiones orográficas?

–Es sólo una parte del problema. Las dos teorías coinciden en el mismo punto: que la inestabilidad de Tierra 2 produce los temblores. Hay posturas encarnizadamente opuestas, sobre las causas de esta inestabilidad. Un sector radical opina que el culpable es el ser humano, porque la guerra alteró el equilibrio natural del planeta. Los humanos abandonaron las Comunidades, vivieron en las montañas y los desiertos, crearon cultivos y a lo largo de cuarenta años su acción adulteró el ciclo vital de nuestro mundo. La suya fue una supervivencia destructora. Luego, al marcharse, rompieron bruscamente ese nuevo equilibrio: miles y miles de pulmones que respiraban dejaron de hacerlo, y los cadáveres que servían de base cíclica en el proceso natural ya no se produjeron. Éramos dos especies compensadas y la desaparición completa de una fue demasiado fuerte. El otro sector, el moderado, atribuye el cambio ecosismológico a razones mucho más naturales, alegando que por mucha que fuese la influencia humana en Tierra 2, nunca podía ser superior a las propias fuerzas cósmicas que rigen cada planeta con leyes únicas. Este sector afirma que las manchas surgidas en los dos soles son las causantes de la inestabilidad sismográfica. Las manchas crean una agitación espacial, un influjo que actúa en relación directa con las mareas de Tierra 2 y con el magma candente de sus entrañas una vez comprobado que existe a unos cincuenta kilómetros de la superficie. Cuando los «vientos espaciales» atraviesan nuestro mundo y sus rayos y partículas penetran en el subsuelo hasta alcanzar el magma, éste fuerza una reacción y esa reacción altera la superficie, dando forma a los terremotos.

Agarbaseth concluyó su larga y, a la vez, concisa explicación. La luz se amortiguó en sus ojos.

–¿Y una suma de ambas teorías? –intercaló Yalsurisabar.

–Yo apoyo esta dependencia. La suma de dos factores individuales, ajenos entre sí, provoca una reacción infinitamente superior a la ejercida por ambos separadamente. Es el tercer sector. Obviamente, *la solución* pasa por el aquilatamiento de todas las teorías, y lo fundamental sigue siendo determinar el grado de peligro en el que nos encontramos, el tiempo de que disponemos, y la forma de obrar en consecuencia. Esto último es lo que mañana será discutido y presentado.

–Me pregunto si estaremos preparados para lo bueno y para lo malo –dijo en voz alta el Dirigente Máximo.

Agarbaseth intentó penetrar, sin éxito, en el concepto sugerido por el líder de la Cúpula del Poder.

–No te entiendo –reconoció al fin.

–Fuimos creadas para la vida, el conocimiento y la superación –dijo Yalsurisabar–. Me preguntaba cómo aceptaríamos la muerte, no la de una o la de una Comunidad entera, porque esto ya lo hemos sufrido, sino la de... toda nuestra especie. Me preguntaba cómo lo entenderíamos en este caso extremo y qué clase de lógica aplicaríamos a tal realidad.

El Jefe del Comité Científico se cubrió de una pantalla de luces blancas.

–Es que... –comenzó a decir–, tal suposición sería completamente ilógica. ¿Qué sentido tendría desaparecer del Universo después de haber sido creados?

–¿Qué sentido tiene la eternidad?

–La constante del Máximo Conocimiento, por supuesto –expresó vehemente Agarbaseth–. La consumación del Todo.

–¿Y después?

Los circuitos de Agarbaseth aumentaron la intensidad de sus procesos. Sufrió una repentina desactivación inducida por un autocontrol de funciones.

–Siempre habrá una pregunta más y una respuesta que dé pie a otra pregunta... –emitió débilmente.

–Salvo que la última pregunta sea el *porqué* final ante la posibilidad de nuestra desaparición, ¿no es así, Agarbaseth? –concluyó Yalsurisabar 1-152.

15

–¡Un accidente cósmico! Tan simple como eso.

Steinein desplegó un abanico de chispas. Se imaginó a Zil, al otro lado del módulo, rodeada de cadencias multicolores, iluminada como un fuego frío, con su cuerpo cilíndrico poblado de minúsculos arco iris.

–Todo lo que nace ha de morir –dijo–, aunque la rebeldía ante este hecho fundamental sea lo que da un auténtico y mejor sentido a la vida. La esperanza de vencer, no individual, sino colectivamente, es el punto culminante del proceso, el sueño maravillosamente lógico como fin del concepto histórico, cósmico... Universal.

Zil entonó un intermitente bip-bip.

–Tenía que haber ido a verte hace tiempo –lamentó–. Estos últimos años he tenido mis circuitos al máximo, con procesos que esperaba superar yo sola.

–Desde luego, el Centro de Aislamiento no es el mejor lugar para sostener debates filosóficos, ni hablar por síntesis telepática separados por una pared –consideró Steinein.

–Fui fabricada demasiado tarde –se reprochó Zil–. Ser programada en tiempos de crisis y vivir cuando los problemas son graves condiciona por completo una existencia.

–O le da un sentido.

–Me hubiera gustado conocer a Balhissay 1-15 y trabajar contigo. Háblame de Balhissay. ¿Qué clase de máquina era? Su fotoimagen es impresionante, y los archivos holográficos... Parece algo tan antiguo... y, sin embargo, sólo hace ciento veintiocho años que murió. Toda una plusmarca de supervivencia. ¡Casi 550 años de edad!... ¿Estás fatigado? ¿Quieres que volvamos a descansar?

–No, no es necesario –dijo Steinein–. Voy asimilando mejor el proceso y elimino la saturación y la sedimentación mediante un reciclaje constante de inversión de flujos. Además... me gusta oírte. Siempre fuiste especial.

–Tengo un extraño componente de ansiedad, según parece –confesó Zil–. Hay una constante inductiva acelerada en mis células microprocesales.

–Alguien te programó a excesiva velocidad.

Guardaron un momento de silencio, como si ambos consideraran el fenómeno. Steinein acabó emitiendo el discontinuo bip-bip mediante el cual se concretaba en las máquinas la síntesis humor-sonrisa. Zil empleó un concepto aún más humano para preguntar:

–¿Qué te hace... feliz?

–Acabas de decir que Balhissay te parece antiguo cuando lo ves ahora en fotoimagen o en visión holográfica, y resulta que yo soy también una máquina de estructura androidal y soporte de características humanas: cabeza, brazos, piernas, piel sintética, rasgos de imitación humana... Supongo que yo también soy antiguo, un residuo del pasado.

–No he querido decir eso.

–Si no importa, de verdad. Me gusta mi aspecto, aunque hoy lo práctico y natural, e incluso la belleza en caso de apreciarla, sea la funcionalidad de tu aspecto. Hace doscientos años, cuando tenía más o menos tu edad, Balhissay y yo hablábamos a menudo del creador, de la necesidad de parecernos a él mediante puentes estructurales, aunque por entonces, y a causa de la guerra, las máquinas que se fabricaban ya tenían nuevos programas basados en nuevas prótesis de soporte específico de máquina. Ahí comenzamos a negar la raza humana como modelo.

–Yo creo que siempre ha habido un recuerdo, una curiosidad..., una nostalgia, aunque hoy sea un término prohibido. ¿Por qué, si no, se promulgó durante un tiempo la ley de análisis «emotivo» y «sexológico»? ¿Qué sentido tenía la palabra «sexo» si las máquinas no conocemos esta función? Si se quiso saber la componente masculina, femenina y neutra de todas las máquinas, fue por algo, por mantener un poco la síntesis del creador. Al parecer yo tengo un elevado tanto por ciento de estímulos femeninos, ¿y qué?

–El mío es masculino –dijo Steinein–. 51, 24, 25. La mayoría de máquinas tuvieron constantes equilibradas, con predominio en todo caso de la componente neutra.

–Puede que por eso seamos distintas... Porque lo somos, ¿no es así?

Steinein miró la pared del módulo, deseando que se convirtiera en translúcida para poder ver a Zil.

–No sé si lo somos –consideró–, pero puedo asegurarte que tú sí que tienes algo que hasta el propio Balhissay hubiera admirado; porque él, contrariamente a las

normas, fue el máximo defensor de esta peculiaridad.

–¿Cuál es?

–El individualismo.

–Una vez me hablaste de este rasgo. Balhissay lo aprendió de Hal Yakzuby, ¿no es así?

–Yakzuby fue en su tiempo un humano muy especial. Se enfrentó al Sistema en un simple caso jurídico y con el creciente descontento de los seres humanos, le tomaron como líder y ejemplo, aun después de haber muerto. Luego, como ya sabes, varias generaciones de Yakzubys se sucedieron, y fue un Yakzuby el que generó la revuelta, y otro Yakzuby, Ikhan, el que concluyó la guerra llevándose a su raza de regreso a la Tierra. Las máquinas se crispan al oír este nombre, y sin embargo Balhissay dejó grabadas innumerables memorias destacando la grandeza del primer Yakzuby, Hal, e incluso respetando la decisión del último, que prefirió abandonar Tierra 2 antes de concluir la guerra... y aniquilarnos a todas.

–Balhissay anunció una importante revelación poco antes de morir. ¿Qué era?

–Nadie lo sabe.

–Habló... de un testamento, no sólo suyo, sino universal. Dijo que se trataba del gran testamento de la humanidad, y al decir humanidad se refirió a todo ser vivo, humano o máquina. El testamento de la Tierra, de la nuestra o quizá de la original.

–Muchos esperamos lo que tenía que decir, pero su energía se apagó de forma súbita. Sólo los máximos Dirigentes tuvieron acceso a él en sus últimos días y, según manifestaron entonces, Balhissay ya no era más que un Clase 10 en agonía.

–Grandes sectores científicos negaron esto. Se dijo que los Dirigentes habían bloqueado la información, aunque nadie pudo saber el motivo –expresó Zil con dureza.

–Fuese lo que fuese, tenía que ver con los seres humanos. Puede que los Dirigentes no hicieran otra cosa que preservar a Tierra 2 de especulaciones e incertidumbres. Por entonces, treinta y siete años después de irse los humanos, aún estábamos intentando reconstruir nuestro mundo, enfrentándonos a dificultades infinitas, adaptándonos al nuevo estado.

–La soledad.

Steinein comenzó a sentirse agotado de nuevo.

–La soledad –repitió.

–Pensar que estuve tan cerca de la memoria y el banco de datos de Balhissay... –articuló Zil–. Cerca de miles de hechos y verdades que desconozco, y que desconocemos todos. Cerca y lejos a la vez.

–No es más que un trozo de cuerpo inanimado, aunque contenga, ciertamente, millones de datos y no pocos secretos. Si yo pudiera acercarme a él... sería distinto.

–¿Por qué?

–Yo tengo una clave para atravesar su sistema de bloqueo y las condiciones de Máxima Seguridad.

La corriente de baja frecuencia mediante la cual se comunicaban sufrió una descarga, un caudal de ondas Alfa brincando como un chorro de potencia capaz de cambiarlas en ondas de distinta intensidad. Steinein recibió este cambio con dificultad y tuvo que efectuar un rápido vaciado de cargas estáticas para liberarse de la presión que el propio Zil le enviaba.

–¿Qué... has dicho? –pronunció alteradamente la máquina.

Steinein no comprendió su agitación.

–He dicho que tengo una clave para atravesar su sistema de bloqueo y las condiciones de Máxima Seguridad.

–¿Cómo es posible esto?

–Hablé a menudo con Balhissay antes de morir y me habló de lo que iba a pasar. Me dijo: «Steinein, voy a terminar en un módulo del Centro de Exposiciones del Instituto Tecnológico de Alta Seguridad de Ezebel, con acceso restringido y las más especiales medidas de aislamiento». Él pensaba que esto sería una lástima, aunque lo entendía como necesario. Y añadió: «Yo, a fin de cuentas, haría lo mismo, para preservar del ánimo popular datos y secretos que son de prioridad máxima, y únicamente útiles para la Clase Dirigente..., a pesar de lo cual será triste que tanto conocimiento se vea restringido únicamente al control de unos pocos». Entonces hizo un auto-programa de seguridad, para contrarrestar el aislamiento a que iban a someterle. Nos confió la clave a unos pocos, el único camino para llegar al núcleo de su conocimiento. Así que yo sé cómo burlar todos sus sistemas de bloqueo y prevención.

El flujo energético de Zil seguía siendo inconstante. Steinein presintió la fatiga.

–¿Y qué sucedió? ¿Qué te reveló después de muerto?

–Nunca he podido llegar hasta su módulo –dijo el profesor–. Jamás me ha sido concedido un permiso de acceso.

–¡Pero si antes se daban pases... y yo misma lo conseguí! ¿Por qué precisamente tú...?

–Por ser precisamente yo. Todos cuantos tuvimos algún tipo de contacto con Balhissay fuimos vedados de por vida. Imagino que los Dirigentes también pensaron en ello, en la individualidad de Balhissay y su sorprendente forma de actuar a veces. Quisieron asegurarse, y preservar esos secretos.

–Lo cual indica que son muy importantes, trascendentes.

–¿Para quién?

–¡Para todos! ¿Acaso no conocía Balhissay el camino de regreso a la Tierra?

–Sí.

–¿Qué haría la causa balhissayista con ello?

Steinein apreció el razonamiento de Zil.

–Tendríamos la esperanza de lograr ese nuevo contacto con la raza humana.

–¡Entonces... es posible!

–Zil... Zil... –entonó Steinein–. El Sistema tiene sus propios recursos, sus normas. Para empezar, sólo yo tengo la clave y estoy aquí, retenido. Ni siquiera puedo dártela a ti porque tiene un componente vocal, es decir, que únicamente funciona con mi voz. Pero lo esencial, aunque estuviésemos fuera, sería cómo llegar hasta él. Sin un permiso de acceso, sin la tarjeta codificada que...

–¡Yo tengo una! –gritó Zil–. Tengo un pase con una duración de una semana y lo conservo aquí, conmigo, en una cavidad de soporte de mi cuerpo. Nadie me registró, nadie me lo arrebató, nadie me preguntó por él... y estoy segura de que nadie ha pensado en anularlo. Es un detalle demasiado insignificante.

–¿Por qué entonces facilitarte un acceso de tanta duración?

–Lo hicieron de forma que pareciese normal, pura rutina: solicito un pase y, lejos de negármelo, como esperaba por las actuales medidas de seguridad, me lo conceden. ¿Por qué? Para saber qué pretendo, seguramente en relación a ti y a nuestro viejo contacto. Se muestran generosos: una semana, sabiendo que si cometo un error en la primera visita seré detenida, como así es. ¡El pase, el pase es la clave!

Steinein tenía que cortar el sistema telepático. Rozaba el límite.

–Zil...

–¡Hemos de salir de aquí! ¡Ahora ya tiene sentido!

Cortó la comunicación y destinó el mantenimiento inercial a resistir la nueva adecuación tras el consumo en la síntesis telepática a baja frecuencia. Los segundos pasaron muy lentamente, y en dos ocasiones percibió una sonda procedente de Zil, tratando de recuperar el contacto. Una sonda de sensitividad discontinua. Luego, todo cesó.

Hasta que no mucho después la voz de Rahot 5-3876, el operario de mantenimiento, le hizo iluminar de nuevo sus ojos.

–¡Eh! ¿Qué sucede aquí? Mis medidores de corriente marcan una fuga, o un exceso de procesamiento energético. Tú, retenido Steinein 6-597, ¿te encuentras mal? Tus luces son pálidas y discontinuas. ¿Necesitas al Procesador Médico?

Steinein *sonrió*.

16

Los miembros del Comité Científico para la búsqueda de *la solución* guardaron silencio al entrar Yalsurisabar 1-152 en la sala de Conferencias del Centro de Planificación. El Dirigente Máximo, solo, sin ningún otro Dirigente del Gabinete Central de la Unidad ni del Consejo del Sistema, ocupó un módulo de aire en la presidencia de la asamblea. En el semicírculo de la sala, repartidas irregularmente según su tamaño, las máquinas de la Clase 6, Investigación y Ciencia, consideradas como las de cualidades procesales más altas de todas las Comunidades, le observaron. Agarbaseth 6-2095 ocupaba un módulo intermedio, flanqueado por dos máquinas más, coordinadoras de los trabajos realizados. No hubo ceremonias ni preámbulos. Bastó una cortina común de luces, tanto de identificación como acuerdo de procedimiento, para que el Jefe del Comité Científico se elevara alrededor de un metro para tomar la palabra y ser visible a los micropuntos oculares de los demás.

–Camarada Yalsurisabar 1-152 –dijo dirigiéndose al Dirigente Máximo–, este Comité ha realizado un amplio estudio de posibilidades y perspectivas en torno a la actual situación de nuestro mundo, y su evolución inmediata, y se ha llegado a

un número determinado de resultantes y consecuencias, fiables en un elevado tanto por ciento en cada uno de los casos. Siendo así, el global de la teoría que a continuación voy a exponer es de un 97,99 por ciento exacto. Las razones que nos inducen a cuanto sigue estaban previamente expuestas en el informe que ayer te facilité yo mismo. Pasaré, por tanto, a esta resolución final sin necesidad de recordar más que unos puntos muy precisos de dicho informe. ¿Deseas alguna aclaración previa?

–No –dijo Yalsurisabar–. Puedes iniciar la exposición.

Una pantalla gigante se elevó en un lateral de la sala y las paredes mermaron su densidad lumínica, hasta hacerse opacas y oscuras. En la pantalla apareció una imagen familiar: Tierra 2.

–La combinación de las varias tesis enunciadas en torno a la alteración de los ecosistemas de nuestro planeta y el aprovechamiento de las partes más lógicas de cada una coinciden en señalar que estamos ante un proceso de deterioro gradual, agravado por la falta de recursos y por el progresivo acumulamiento de factores que están conduciendo el delicado equilibrio en el cual nos sustentamos hacia un punto crítico.

La pantalla mostró imágenes tomadas por naves-robot en el Hemisferio Sur y sobre las ciudades muertas, algunas ya desaparecidas, borradas de la faz de la Tierra, como si nunca hubiesen existido.

–¿En qué momento este punto crítico será irreversible? –preguntó Yalsurisabar.

Las imágenes de la pantalla se detuvieron. Se accionaban mediante el sonido de la voz de Agarbaseth, así que cualquier interrupción detenía el sistema para evitar un desfase.

–La situación es ya irreversible –dijo el Jefe del Comité Científico en un tono que trató de ser neutro, pero no pudo ocultar una constante de ansiedad–. Nuestros esfuerzos por detener el proceso han chocado con la fuerza de los elementos, superiores a nuestra lógica. Los últimos estudios realizados, especialmente en el subsuelo, con sondas equimétricas, revelan la formación de presumibles preestados de reacciones en cadena en el magma interior. Tierra 2 es un planeta joven, inestable. La costra endurecida de la superficie, en la que nos hemos sustentado, sufre hoy la combinación del cambio ecológico y las alteraciones producidas por las manchas aparecidas en los dos soles de nuestro firmamento. La suma de todas las fuerzas muestra las bases de una reacción final, imparable.

–¿Puede estallar Tierra 2?

–No, rotundamente no. Su masa es estable y sus constantes cósmicas permanecen. No habrá una involución atómica, pero sí un largo período de cataclismos que cambiarán el perfil de su superficie.

–¿Qué clase de cataclismos?

–Movimientos sísmicos, maremotos, erupción de volcanes, marítimos y terrestres, pliegues de tierra que favorecerán la creación de nuevas cordilleras, hundimientos de estratos y su sustitución por otros...

–¿Hay alguna probabilidad de cambiar este proceso?

–No. Y siendo así, la búsqueda de *la solución* ha estado encaminada en otras direcciones. Lo importante ya no es encontrarla, puesto que estamos en el camino. Lo importante es determinar cómo llevarla a cabo, y lo fundamental, saber con qué tiempo contamos.

–¿Estás sugiriendo que debemos abandonar nuestro mundo? –dijo alarmado Yalsurisabar.

–Empleando términos científicos y propios de las máquinas, diría que éste es un concepto ambiguamente humano. Nuestro mundo, nuestra casa... El ser humano era parte de la Tierra y de su entorno, pero nosotras somos superiores, con verdadera y auténtica dimensión cósmica. No tenemos sentimientos de intimidad o propiedad, aunque seamos capaces de desarrollar sensaciones paralelas. No se trata de huir, sino de salvarnos. No se trata de una hecatombe, como representó para la raza humana tener que abandonar la primitiva Tierra. Podemos demostrar la superioridad de la máquina sobre toda otra forma de vida universal. Podemos y lo haremos.

–¿Qué necesitamos?

–Tiempo –afirmó Agarbaseth–. Ignoramos si existe un punto decididamente crítico en el proceso y ésta es la gran incógnita. Los grandes procesadores de datos no se ponen de acuerdo en señalar una fecha. No parece inminente. Habrá una progresiva degeneración, más y más acusada a medida que se acerquen las condiciones naturales a ese punto crítico, pero en todo caso no será inminente, sino un cambio sistemático de varios años, décadas. Sólo la injerencia de estos cambios y su influencia en los trabajos que realicemos a partir de ahora puede retrasarnos o impedir que consigamos la consumación de *la solución*.

–¿Hay una sola *solución*?

–No, y sugeriría desarrollarlas todas de forma paralela como garantía –la pantalla volvió a ponerse en funcionamiento, y las imágenes acompañaron la

nueva alocución del Jefe del Comité Científico–. En primer lugar, hemos de concentrar nuestra Investigación Aeroespacial en la fabricación de una nueva flota. Las condiciones de vida en Tierra 2 son insoportables fuera de las Comunidades, de ahí nuestro colapso tecnológico y el cese de la productividad, así como de la fabricación de nuevas máquinas, al carecer de materias primas. Pero en el espacio, en las primitivas plataformas espaciales, es distinto. Con las actuales naves podemos efectuar expediciones de aprovisionamiento. Lo obtenido sería insuficiente aquí, en el planeta, pero en las plataformas las condiciones son distintas y los sistemas de producción permanecen intactos y en perfecto uso –la pantalla ofreció unos dibujos de ordenador, en los que se veía las fábricas de las plataformas poniendo en marcha naves intergalácticas, a gran velocidad–. Con una flota, y como sucedió en la Tierra cuando el Gran Holocausto, una parte de las máquinas de Tierra 2 podría salvarse.

–¿Para ir adónde?

La pregunta de Yalsurisabar pareció sorprender a los científicos presentes. Agarbaseth 6-2095 no cambió el tono de su discurso.

–No iríamos a ninguna parte, salvo que en el Espacio Exterior encontráramos un mundo más estable –manifestó–. Vagaríamos por el Cosmos unas centurias, tal vez unos milenios, hasta que Tierra 2 recuperase la estabilidad. Entonces regresaríamos y volveríamos a comenzar, levantando nuestras ciudades, Comunidad a Comunidad. Incluso las repetiríamos, iguales, en las mismas condiciones.

La pantalla mostró una cadena de naves, unidas modularmente.

–En segundo lugar –continuó Agarbaseth–, la solución pasaría por construir nuevas plataformas espaciales, y en caso de una inminencia imprevista del cambio ecosistemológico, salvar el mayor número posible de máquinas habilitándolas como solución alternativa. El único peligro de esta variante sería el hecho de ignorar si las condiciones de la hecatombe serían detectables en el espacio, ya que entonces podríamos quedar situados demasiado cerca de Tierra 2 y recibir efectos derivados del cataclismo, o quedar en medio de una guerra entre los dos soles y el planeta, si las manchas se agrandan y son el foco de una tormenta cósmica.

Dos soluciones desesperadas. Yalsurisabar consideró la idea, sobrevalorando su peligrosidad, y se imaginó la bella Ezebel destruida o desaparecida, como otras Comunidades: Arequian, Quor...

Una tormenta de energías encontradas le hizo daño.

Pudo... sentirlo.

–La tercera alternativa es la más audaz –dijo finalmente el Jefe del Comité Científico–. Para ello deberíamos llevar el Sistema de Fusión Nuclear con el que nos abastecemos hasta sus posibilidades límite. Todos sabemos que cada Comunidad tiene una estación subterránea de energía de fusión nuclear, alimentada con el deuterio extraído del agua del mar y los océanos. Gracias a ello tenemos la energía que consumimos –la pantalla visualizó la estación subterránea de Ezebel y la metodología de extracción del deuterio del agua marina–. Como también sabemos, todas las Comunidades están montadas sobre una gran plataforma metálica ligeramente distanciada del nivel del suelo para evitar corrosiones o alteraciones. Ahora bien, ¿qué sucedería si practicásemos una perforación continua, bajo las estaciones subterráneas que están en el centro de gravedad de cada Comunidad, hasta alcanzar casi el magma interior, al tiempo que intensificamos la obtención de deuterio y lo almacenamos como energía... propulsora?

Un esquema situó en la pantalla la imagen real de las palabras de Argabaseth. Se vio el corte transversal de Ezebel, coronada por su cúpula, y bajo ella la estación subterránea de energía y el embolsamiento de deuterio. Un tubo se prolongó a través de la tierra hasta casi alcanzar el magma interior. De pronto, la prolongación entró en contacto con el magma, y por ella ascendió una lengua roja de fuego. Al entrar en contacto con el deuterio... Ezebel salió despedida de la Tierra 2, hacia el espacio.

Yalsurisabar percibió su propia reducción sensorial al punto 0, como si cada célula microprocesal entrara en síntesis de razonamiento consigo misma.

–¿Es... esto posible? –articuló.

–Teóricamente sí –respondió su interlocutor–, y en la práctica estamos en disposición de hacerlo factible en muy poco tiempo. Sólo necesitaríamos reforzar la estructura de la cúpula para evitar un resquebrajamiento por la fuerza inductiva y preparar una nueva base con retardadores neumáticos para que las ciudades no sufrieran los efectos del despegue o sus sistemas se vieran afectados por él. El resto sería fácil: introducir variantes sísmicas mejores que las actuales en los edificios más altos y adecuar el entorno preparando exclusivamente este punto crítico entre la reacción del deuterio y nuestro lanzamiento al espacio. Una vez en él bastarían unos reguladores de fuerza motriz y dirección... para que cada Comunidad fuese una simple nave intergaláctica. Después... quién sabe: podríamos vivir así eternamente en el Universo o incluso regresar, como ya he dicho, a Tierra 2 para comenzar de nuevo, aunque con una ligera variante: no

habría que construir nada. Volveríamos con todo a cuestas.

La pantalla mostró catorce cúpulas recortadas como campanas sobre el infinito cósmico.

Un largo segundo.

Luego, con el fin de la alocución de Argabaseth 6-2095, la imagen desapareció, la pantalla se plegó y las paredes metálicas volvieron a emitir su caudal luminoso.

El Jefe del Comité Científico para la búsqueda de *la solución* volvió a su módulo de aire y desde él miró a Yalsurisabar 1-152.

El Dirigente Máximo continuaba, sin embargo, mirando el lugar que acababa de ocupar la pantalla, inmóvil, envuelto por una cadencia luminosa de color anaranjado que fluía incesante de su estático sistema visual.

Una cadencia igual al reto que el destino les presentaba.

El reto de decidir, una vez más, ese destino.

17

Clovideliab 2-884 se puso en pie al entrar Steinein 6-597 en la sala que integraba su despacho y el sistema de ordenadores insertados en una gran consola y desde los cuales coordinaba el funcionamiento del Centro de Aislamiento. La expresión ponerse en pie era correcta en este caso, puesto que se trataba de una simbiosis androide de componentes procesales en forma de retícula atómica, con un núcleo y varias esferas intercomunicadas por tubos de ensamblaje, movidos por un cuerpo de desplazamiento parecido al humano o al del propio Steinein, con dos piernas de traslación dependientes una de la otra. El Director del Centro de Aislamiento le ofreció un tono de corrección y un módulo de aire.

–Siéntate, camarada –dijo.

El científico le obedeció, pero no dejó de rodearse de un cúmulo de luces violáceas, formando una nube de suave transparencia alrededor de su cabeza. Miró la consola y buscó en el sistema de mantenimiento del bloque o piso C, tercer nivel, alguna señal de que sus conversaciones con Zil hubieran sido interceptadas. Nada le indicó tal eventualidad y mantuvo una inalterable cautela.

–Lamento lo que está sucediendo –volvió a hablar Clovideliab 2-884–. Hubiera

deseado saludarte el día de tu internamiento, pero..., la verdad, no quise forzarme a mí mismo a una situación tan desagradable, éticamente hablando. Como integrante del Cuerpo de Mandos, la ley es la ley y en mi puesto debo ser estricto. Sin embargo, no puedo olvidar que en un principio fui programado para ser un Clase 6, Investigación y Ciencia, con lo cual... hoy seríamos colegas.

–¿Por qué se cambió tu programa? –se interesó Steinein.

–Hubo dos factores. El principal, porque yo demostré tener más aptitudes para la promoción a las Clases 3 y 2, respectivamente, y el secundario, porque en ese turno de fabricación había ya bastantes prototipos de la Clase 6. Así que fui promovido primero a la 3, y hace setenta años, a la 2.

–¿Por qué me cuentas esto? ¿Crees que yo no debería estar aquí?

–No soy progresista, si es eso a lo que te refieres –dijo Clovideliab–. Y tampoco sostengo las tesis del balhissayismo. Yo estaba en Arequian durante la guerra, ¿sabes? Ello no significa que no te respete como máquina, por tus innegables dotes científicas. Desearía que no estuvieses aquí.

Parecía sincero. Steinein suavizó el tono de sus luces oculares.

–¿A qué se debe este cambio de actitud? ¿Acaso voy a ser liberado?

El Director del Centro de Aislamiento propulsó una cuña desde una de sus esferas más externas y cogió un pequeño dado metálico. Steinein reconoció en él uno de los códigos de Alta Seguridad del Sistema. Los Dirigentes solían utilizarlo para comunicarse entre ellos y enviar mensajes secretos. Clovideliab pareció tentado de introducirlo en un reticulado de conversión auditivo-visual, pero luego cambió de idea. Envió una pesada luminosidad de plomizo añil a los sensores oculares de su visitante.

–Te he hecho llamar precisamente por ello –aseguró–. Siento comunicarte que... la petición de juicio ha sido denegada por inconsistente.

–¿No hay cargos en mi contra? –preguntó Steinein.

–No.

–Entonces, ¿estoy en libertad?

–No –volvió a decir Clovideliab–. Es la... segunda parte negativa de mi misión. No hay cargos, pero estás sometido a retención preventiva para análisis de conducta.

–¿Cuánto tiempo? –quiso saber el científico.

–Un mes.

No tenía sentido. Cuando saliera de allí, podría convocar una nueva reunión ilegal y, entonces, ¿qué? ¿Volverían a retenerle otro mes y luego otro mes más, y así indefinidamente? Onomaeh deseaba su internamiento final en una Residencia Corporativa y Yalsurisabar no quería esta solución. ¿Por qué?

–Está sucediendo algo –murmuró Steinein.

–¿Qué?

–No lo sé, pero es fácil intuirlo. Es como... una vibración que flota en el aire. ¿Quién firma la orden?

Clovideliab no habló. A Steinein, de todas formas, le fue indiferente. Conocía la respuesta.

–Yalsurisabar –dijo.

Una luz parpadeó en los micropuntos oculares del Director del Centro de Aislamiento. El extremo de la cuña que había cogido el dado lo dejó sobre la superficie metálica de su despacho y se desplazó una corta distancia hasta detenerse en un ordenador manual. Tecleó una orden en él y luego esperó.

Rahot 5-3876 entró por la puerta de comunicación.

–He terminado con el retenido –anunció Clovideliab.

El operario de mantenimiento se detuvo junto al profesor.

–Sígueme –ordenó.

Steinein se puso en pie. El intercambio de luces fue simple. Ambiguo el de la máquina del Cuerpo de Mandos y duro el del científico. Rahot se puso en marcha al hacerlo él.

La voz de Clovideliab los detuvo.

–Rahot –dijo como si recordase algo repentinamente–. Los medidores sísmicos han detectado y previsto para las próximas horas no menos de dos movimientos de intensidad elevada. Hay orden de poner a todos los retenidos juntos en un solo módulo habilitado para ello con el fin de evitar problemas o alteraciones. La energía será cortada antes de cada movimiento y a lo largo de su duración.

–Comprendido –aceptó el operario–. Procederé a la redistribución.

–Advierte de la necesidad de máxima cooperación –manifestó Clovideliab.

Rahot deslizó un zumbido de seguridad.

–Sin problemas –confirmó.

Steinein percibió el autocontrol del Director del Centro de Aislamiento, una capa de contención, a modo de pantalla protectora de posibles sondas de captación anímica. Miró el dado metálico y de nuevo los focos oculares de la máquina.

A pesar de todo no fue capaz de valorar los estímulos que recibía, ni de procesar debidamente por qué Clovideliab daba aquellas órdenes en su presencia, pudiendo hacerlo más tarde a nivel directo e individual con su operario de mantenimiento.

Nada tenía sentido.

O lo tenía al cien por cien, sin que él supiera verlo.

–Espero que el tiempo te sea breve durante este mes, Steinein –fue lo último que dijo Clovideliab–. Volveremos a vernos antes de que todo termine, ¿de acuerdo?

18

No había vuelto a ver a Zil desde el día en que ambos se encontraron en la sala de medición. Ahora, al tenerla frente a él, era como si el tiempo hubiese dejado de existir.

–¿Qué sucede? –le preguntó ella.

–Espera –aconsejó Steinein–, no te delates.

Rahot 5-3876 y Axibohey 5-5205 iban conduciendo a los retenidos al módulo de asistencia del nivel. Las máquinas, flotando, rotando o desplazando sus componentes de traslación articulados, se movían igual que un enjambre de pesadillas, envueltas en el silencio de sus sistemas orales y la pálida luz de sus micropuntos oculares, en práctica suspensión vital. Fueron ocupando módulos de aire individuales, lo mismo que sombras sólidas en un cáustico teatro de ordenación natural.

–Ocúltate detrás de mí y sentémonos en ese módulo del rincón, deprisa –decidió súbitamente Steinein.

Una máquina piramidal se dirigía a él, y se vio superada en su desplazamiento por la mayor agilidad del científico, más por su sistema motriz que por sus años. La máquina emitió un zumbido de reproche, cubierto por una amarga luz tornasolada. Luego, cambió el sentido de su marcha y avanzó con uniforme

regularidad hacia otro módulo de aire.

La voz de Rahot llamó la atención de todas.

–Esperamos una serie de movimientos sísmicos de gran fuerza pero de poca importancia –anunció–. Dado que la energía será cortada en prevención de alteraciones, se os ha puesto juntas para un mayor control. La dirección solicita máxima cooperación en bien del colectivo. Si cualquier máquina tiene, durante el terremoto, un cortocircuito o un cambio de flujo vital, puede indicarlo, pero sin provocar un colapso sensorial en las restantes. El Procesador Médico regulará inmediatamente todas las subidas y bajadas de tensión individuales para restablecer los sistemas. Eso es todo.

–¿Qué es eso de los terremotos? –cuchicheó Zil–. ¿Suelen hacerlo? Me refiero a poner juntos a todos los retenidos.

–No lo sé –respondió Steinein–, aunque puede que los que se esperan sean de una escala elevada y convenga tomar precauciones.

–¿Qué te han dicho?

–No habrá juicio y mis peticiones han sido denegadas. Se me confina un mes para evaluación preventiva de sentencia o algo así; no he comprendido bien la terminología jurídica.

–¡Un mes y sin juicio! –el tono de Zil superó la discreción y Rahot miró en dirección a Steinein, sentado de forma que con su cuerpo tapase a su compañera.

–¡Baja tu intensidad oral! –aconsejó el científico–. Ni por un momento he creído nada de lo que me ha dicho el director. Esto no es más que una pantalla, aunque ignoro todas las preguntas que puedas hacerme en relación a la causa.

–La causa es evidente: estorbas y se te retiene aquí. En un mes la Cúpula del Poder habrá limpiado las Comunidades de disidentes o habrá encontrado el camino de *la solución* y, ofreciéndola al Sistema, desarrollará paralelamente la forma de convencer a cualquiera de la necesidad de aunar esfuerzos para su consecución. Puede incluso que ya haya un plan, algo que tú podrías rebatir.

–¿Y si *la solución* es buena? –preguntó Steinein.

–¡Tanto mejor! Pero ¿y si no lo es? Sinceramente, ahora que tenemos un camino factible...

–¿Qué camino?

–¡Balhissay!

Steinein se elevó un poco, nivelando la concentración de aire del módulo, al observar que Rahot se desplazaba hacia su derecha, en dirección a Axibohey.

–Espera, espera –aconsejó–. No digo que no sea una idea brillante... y probablemente maravillosa, pero sigo creyendo que mi puesto está aquí.

–Los humanos solían hacer mártires y entonces creían en lo que fuese, con más fuerza que nunca. Mira a Hal Yakzuby. Nuestro caso es distinto. Ahora mismo hay un flujo de energía que se solidariza contigo. ¿Cuánto crees que durará contigo encerrado y los Dirigentes manipulando la opinión pública? Balhissay es la clave: tú tienes el modo de llegar hasta sus secretos y yo el pase para llegar a él. Después..., la Tierra, los seres humanos; saber si es posible o no el contacto.

–¿No entiendes que si huyo les daré el único triunfo que no tienen? La lógica es aplastante: ¿por qué me escapo si digo tener razón? Nadie creerá en mí en cuanto los boletines de noticias hayan difundido nuestra evasión.

–¡Pareces... humano! –barbotó Zil furiosa, llenándose de luces rojas–. ¿No tienes otra lógica que la de los Dirigentes? ¿Qué importa lo que digan y lo que piensen todos? Lo importante, lo fundamental es lograr el objetivo. El único problema era buscar el modo de salir de aquí... y la desactivación energética nos facilita el camino. Nadie podrá detenernos.

¿Por qué una desactivación energética en el Centro de Aislamiento? ¿Tal vez porque nadie era tan imprudente como para pensar en escapar? El nulo sentido de la violencia de las máquinas actuaba en un doble sentido en esta ocasión y en semejante lugar: por un lado huir iba asociado a un planteamiento de rebeldía en el ser que realizase tal acto, y por otro lado, ninguna máquina actuaría violentamente ante otra para impedirle la evasión. Sus células microprocesales, simplemente, chocarían entre sí ante la eventualidad. Rahot y Axibohey no podrían hacer otra cosa que protestar y razonar para sí mismos el absurdo planteado.

Zil podía tener razón.

Consideró ese punto.

–¿Qué haríamos en el exterior? –preguntó inundado de relativa alegría.

Zil se agitó.

–Lo primero, ir a ver a Balhissay. Y si tenemos éxito en ello, que lo tendremos, buscar el modo de acceder a una nave intergaláctica.

–No hay demasiadas y están todas en la base de Ezebel 2. Se fabricaron muy

pocas unidades después de que los seres humanos se fueran con todas las que... –reaccionó casi violentamente ante lo que sugerían las palabras de su compañera–. ¿Y para qué quieres una nave?

–Sé pilotarlas –fue lo único que dijo Zil.

El resto no era preciso expresarlo con palabras.

Steinein buscó la forma de acompasar sus alteraciones microprocesales. Nada en su estructura funcionaba debidamente. Corrientes inductivas fluctuando sin orden, los medidores coaxiales marcando discontinuos focos sensores, estímulos cinéticos sin coordinación... El generador inercial tuvo que establecer un sistema de equilibrio para evitar una sobretensión.

–Zil... –emitió–, no puedo irme de aquí, ¿no lo comprendes? He de ser consecuente con...

–Consecuente con sus tesis –le interrumpió la máquina–. Si preconizas un contacto con la raza humana... sólo hay un método de establecerlo: ir a la Tierra.

–La Tierra... –musitó Steinein.

Una ilusión. Un sueño. Una realidad.

La Tierra.

La simple idea atomizaba sus recursos, empequeñecía sus sistemas de ordenadores, galvanizaba el núcleo vital de sus células microprocesales.

–No queda mucho tiempo, profesor –dijo Zil.

Y su voz pareció surgir de lo más profundo del Universo. Su propio Universo como ser vivo.

–¡Eh! ¿Qué estás haciendo ahí? Hay módulos suficientes para todos. Separaos inmediatamente.

Rahot se acercó a la máxima velocidad permitida por su soporte hueco.

–¡Separaos! ¡Separaos! –gritó– ¡No está permitida la comunicación entre retenidos!... ¡Separaos!

Zil se elevó inercialmente. Sus luces se encontraron muy cerca de las de Steinein.

–Es nuestra última oportunidad –dijo–, y quién sabe si también la de Tierra 2 y toda nuestra especie.

Rahot se interpuso entre ambos, como una furia, y el contacto desapareció.

19

Las 16 punto 000 horas siguientes transcurrieron muy lentamente.

Zil no dejó de mirar a Steinein. Centró en él toda su energía y la inducción de sus flujos, equilibrándolos como una corriente continua para envolverlo en la corta distancia en un halo de sensores que convergían especialmente sobre sus ojos. De la misma forma buscó la comunicación directa mediante su clave de frecuencia en ondas Alfa. El científico bloqueó todo contacto y el tiempo acabó por convertirse en un tenso erial, a la espera de los acontecimientos y la incertidumbre.

El primer terremoto se produjo a las 52 punto 350 horas, con los dos soles de Tierra 2 en lo más alto del firmamento.

Primero fue imperceptible, salvo para los alarmados sensores inerciales, que detectaron la oscilación del suelo y la variación sónica desde el mismo momento de iniciarse. En tres segundos el rumor de las entrañas de la Tierra 2, plegándose, chocando, hirviendo en su reacción natural, pasó a la superficie.

Entonces la puerta luminosa del módulo de asistencia del nivel C se desvaneció. La cortina azulada desapareció en el aire.

La única luz de la amplia estancia provenía de los sistemas oculares de las máquinas presentes y sus oscilaciones; pérdidas de intensidad y cambios de coloración indicaban la aceleración de sus células microprocesales.

Lo más equiparable al... miedo.

La voz de Zil se escuchó nítida por encima de la barahúnda.

–Steinein.

El científico no respondió.

Sus ojos estaban centrados en la puerta. Rahot 5-3876 y Axibohey 5-5205 se sostenían uno al otro junto a ella.

La puerta abierta. El camino de la libertad... y quién sabía si de una fantasía que podía ser realidad.

–Steinein, ahora –repitió Zil.

Rahot desplegó un haz de luces amarillas, cubriendo los módulos de aire que vibraban sobre el movedizo suelo.

–¡Silencio! –ordenó.

–Resistirá –dijo Axibohey–. Es un temblor flojo. Las juntas de dilatación pueden soportar un temblor diez veces mayor. No hay de qué alarmarse.

Sus ojos titilaban entre espasmos verdes, rojos y marrones.

–Steinein –llamó por tercera vez Zil–, piénsalo. Con o sin motivo, con o sin lógica. El simple interés científico de poder ver el origen... Es demasiado grande para...

–¡Retenido Zil 6-921! –gritó Rahot–. ¡Una vez cese el movimiento sísmico, serás conducido a un módulo especial de aislamiento prioritario en la planta F!

Las luces de sus ventanitas se apagaron y los orificios por donde salían sus brazos extensibles se cerraron. Únicamente la retícula visual permaneció activa, fija en Steinein, que continuaba inmóvil, ausente, mirando la puerta sin que por ello la viese, ya que sus ojos flotaban en medio de una luz blanca, potente y concentrada.

Cuando el terremoto cesó, no habían transcurrido más de diez segundos desde su inicio.

Y era como si hubiese durado diez años.

–Que nadie se mueva –señaló Rahot–. Habrá por lo menos un segundo movimiento en un plazo de tiempo no muy largo.

La cortina azulada volvió a sellar la puerta, saliendo de los puntos de emisión continua de luz sólida de su quicio.

Steinein sintió una sobrecarga de tensión en su ordenador central.

La lucha se planteaba en Tierra 2 entre los fundamentalistas y los progresistas, y era Tierra 2 el mundo en peligro, y las máquinas, el modelo de vida amenazado. Su puesto estaba allí.

Era necesario que...

¿O no?

Sus ordenadores de cálculo trabajaban al máximo. La entrada de información era continua, y las respuestas, alternativas. Estudio de probabilidades, trazado de síntesis reflexivas, conclusión de silogismos partiendo de las escasas premisas conocidas...

Si huía, sería declarado «traidor» o un simple Clase 10.

Si se quedaba... ¿sería un símbolo o un ingenuo?

¿Cómo saberlo?

Concentró la mirada en el hueco translúcido de la pared lateral, una ventana sin abertura. La transparencia metálica facilitaba la visión hacia el exterior. Era de día, pero muchas luces de Ezebel eran perpetuas y alimentaban a su vez los generadores de los edificios. Recordó vagamente que durante el terremoto habían seguido activas.

Activas.

¿Por qué?

–¿Por qué? –repitió la pregunta en voz alta, saliendo de su abstracción.

–Si toda Ezebel no ha sido limitada energéticamente, ¿por qué este centro sí?

No tuvo demasiado tiempo para reaccionar.

Un nuevo rumor anunció la llegada del segundo temblor.

Zil se iluminó de nuevo. Flotó inercialmente unos centímetros, abandonando el módulo de aire. Steinein captó ahora claramente un mensaje emitido por ella.

–Adiós, profesor.

El terremoto era más fuerte, se notaba en los medidores de estabilidad y en el cálculo volumétrico de intensidad. La tierra crujía estremecida bajo Ezebel. Ni la separación en relación con el suelo de la placa sobre la cual se asentaba la ciudad impedía el movimiento porque, de todas formas, en el centro la placa se adentraba en el subsuelo y por este punto de contacto recibía ahora la descarga de los elementos incontrolables de las profundidades. Durante los tres primeros segundos el fragor fue como un sordo crepitar cósmico.

Axibohey tenía el soporte de su cuerpo, el trípode con el cual se desplazaba, firmemente asentado en el suelo, pero Rahot se apoyó en una pared para no caer y resbaló por ella hasta quedar grotescamente derribado.

Para entonces, la cortina azulada de la puerta ya había desaparecido.

Y el Centro de Aislamiento estaba parcialmente en penumbra, vagamente iluminado por los haces luminosos de los ojos de los retenidos.

Zil se elevó por encima del módulo de aire que ocupaba.

Steinein percibió una descarga en todo su ser.

Una explosión casi nuclear, porque provenía de los núcleos de su sintetizador atómico.

Balhissay. Su testamento. La incógnita. Todo y nada. Una alternativa. Una incertidumbre. El camino de la Tierra.

La Tierra.

Zil se hallaba a mitad de camino de la puerta. La escena se desarrollaba igual que si estuviese controlada por un medidor de imágenes en baja impedancia. El terremoto alcanzaba el punto máximo de su fragor.

–¡Retenido Zil! –gritó Rahot desde el suelo, intentando ponerse en pie sin conseguirlo, porque cada vez que se apoyaba en la pared el estremecimiento de ésta le hacía perder estabilidad.

Zil llegó a la puerta. Miró a Steinein por última vez.

Entonces emitió un fuerte rayo visual, cargado con todos los colores del Universo, que chocó violentamente en los ojos del científico.

Y Steinein se puso en pie.

–Si es posible... –se oyó decir a sí mismo en voz alta–. ¿No sería maravilloso?

Zil extendió uno de sus brazos articulados. Cruzó el módulo a gran velocidad y sus pinzas entraron en contacto con la mano de su compañero.

–¡Vámonos, Zil! –le gritó él.

Echó a andar, a correr dentro de la tosquedad de sus movimientos, y hubiera caído al suelo de no haber sido por la ayuda del brazo de Zil. La intensidad del movimiento sísmico se mantenía, aunque sin aumentar. El suelo metálico era igual que una pista resbaladiza e inestable. Ahora vivía él la sensación de moverse a cámara lenta. La puerta parecía cercana y lejana al mismo tiempo. Axibohey no reaccionó.

No podía reaccionar.

¿Luchar para impedir que se escaparan? Imposible. Las máquinas no luchaban.

Y huir era contrario a la lógica.

–¿Qué hacéis? –gritó Rahot– ¡No podéis ir a ningún lado!

Era una verdad cierta. En parte.

–¡Ánimo, profesor! –le alentó Zil.

Steinein llegó a la puerta. Desde ella al nivel de las calles todo era más sencillo, puesto que cada planta funcionaba independientemente. Podían bajar por un tubo de aire y mezclarse con las máquinas que volverían a la normalidad una vez cesado el terremoto. La gran Ezebel los cubriría.

–¡No me llames profesor! –fue lo último que emitió Steinein antes de que él y Zil desaparecieran de allí.

20

El zumbido del intercomunicador despertó la atención de Yalsurisabar 1-152. Envió una simple señal ultrasónica en su dirección y en la pantalla del visor videofónico tridimensional apareció una máquina de Clase 3, Administración Social, adscrita a los sistemas del Gabinete Central de la Unidad y el Consejo del Sistema. Yalsurisabar la conocía muy bien, porque era uno de sus ayudantes principales. La imagen osciló levemente hasta quedar fijada holográficamente en el rectángulo polidimensional de la pantalla.

–¿Sí, Goizte 3-1927? –preguntó el Dirigente Máximo.

–El Dirigente Principal de Asuntos Interiores desea comunicarse contigo, camarada –dijo la máquina, haciendo vibrar una antena situada en la parte superior de su estructura, tan simple como una media esfera hermética rodeada de brazos mecánicos.

–Ubícalo en pantalla –indicó Yalsurisabar.

Goizte 3-1927 desapareció y en su lugar flotó la condensación blanca de una nube luminosa, como si la máquina hubiera fundido sus moléculas. La misma nube blanca volvió a condensarse y tomó la forma de Giasai 1-709.

No hubo preámbulos.

Nunca eran necesarios ni requeridos.

–Dispongo del parte de coordinación de daños e incidencias, Yalsurisabar –manifestó el recién aparecido.

–¿Graves?

Empleó un tono apremiante. Giasai le calmó los circuitos.

–No. Ezebel habría resistido hasta un movimiento diez veces mayor.

–¿Alguna otra Comunidad afectada?

–No, sólo la nuestra.

–De acuerdo. Dame el informe.

–¿Oral o visual?

–Si no hay daños, puede ser oral.

–En este caso... –Giasai propulsó dos zumbidos agudos y uno grave, hasta procesar adecuada y convenientemente el informe que iba a exponer–. Tenemos constancia de 102 avisos de máquinas pesadas que se han visto derribadas y han solicitado operación de reverticalidad. De ellas, 45 han precisado cuidados de Procesadores Médicos. Hay 10 en estado grave, pero no mortal, que ya están siendo intervenidas para sustitución de componentes, y una en suspensión para análisis microprocesal. Se teme que haya sufrido un proceso de inversión, ya que hay pérdida de programas básicos. En cuanto a la ciudad... –Giasai emitió otro zumbido agudo–, nada de importancia: un edificio dañado por haberle fallado el sistema de dilatación y algunas cintas de transporte fuera de su lugar, especialmente en algunos cruces. En la intersección de la Avenida de la Libertad y el Vial de la Galaxia de Andrómeda el problema sí ha sido un poco más grave y todavía hay en la zona un atasco de envergadura. Una máquina de transporte ha volcado al salirse las cintas en los niveles 2 y 3 y el tráfico está detenido, canalizándose ya por otros viales.

–¿Alguna incidencia... en el Centro de Aislamiento?

Giasai cerró el circuito informativo. Un ordenador asistencial enmudeció y otro entró en procesamiento. Sus ojos, hasta este momento inalterables en un tono azulado, frío, pasaron al verde, purificando la intensidad hasta adquirir un brillo luminoso.

–Dos retenidos han escapado del Centro de Aislamiento, Yalsurisabar –dijo Giasai con enorme naturalidad–. Ni los operarios de mantenimiento ni el Director se explican un comportamiento tan absurdo y antisocial. Por el momento... la noticia ha sido considerada de prioridad 1 y, por lo tanto, mantenida en suspensión durante 100 punto 000 horas. Si no hay mayores novedades, mañana se realizará una rueda informativa con los medios de comunicación social.

–¿Son...?

–El profesor Steinein 6-597 y la máquina de Investigación y Ciencia Zil 6-921.

Yalsurisabar se cubrió de un suave color naranja. Nunca lo hubiese creído y, sin embargo…

Había funcionado.

Pensó en Onomaeh 1-1080.

–¿El Gabinete de Estrategia ha tenido acceso al hecho?

–No.

–¿Qué medidas se han tomado para la prevención de cualquier eventualidad antisocial por parte de los evadidos?

Giasai destelló una luz esmeralda.

–Han sido detectados y reconocidos por los sistemas de vigilancia externa del Centro de Aislamiento. En estos momentos son seguidos a distancia por expertos de la Clase 7, en contacto permanente con mi Gabinete.

–¿La orden es no interferir?

–La orden es no interferir –convino el Dirigente Principal de Asuntos Interiores–. Una vez determinado su itinerario, tipos de contactos realizados, máquinas vistas y lugar de ocultamiento u otras alternativas, se te pasará informe para resolución final.

Un plan medido, funcionando a la perfección. Steinein había cometido un error, o quizá desde el primer momento de su detención en la reunión ilegal le hubiese engañado por su fama de científico privilegiado, cuando en realidad su proceso ocultaba un mero elemento subversivo y sus actos una desviación peligrosa hacia la calificación de Clase 10. Si ello era cierto, no podría detener a Onomaeh, aunque para entonces su responsabilidad estaría ya a salvo, cubierta ante la opinión pública.

Steinein era un fugitivo.

¿Por qué había escapado, si sostenía su propia tesis de razón?

El anarquismo era destructor en sí mismo. El balhissayismo se destruiría con aquel nuevo hecho. Las dos ramas del progresismo podían desaparecer en unas punto horas, o días.

La solución tendría el camino despejado.

–Informe asimilado, Giasai –dijo Yalsurisabar–. Notifícame cualquier novedad

en la causa de seguimiento de los evadidos Steinein 6-597 y Zil 6-921.

Desactivó la pantalla. La nube blanca flotó unos segundos en el visor hasta desaparecer. En su lugar quedó un silencio únicamente roto por la emisión de síntesis de procesamiento en los sistemas del Dirigente Máximo.

Venció una corriente de energía negativa.

No conocía el sabor, pero sí su significado, así que supo que aquélla era una corriente amarga.

Vencer sin convencer.

Maquinar.

–Hasta Balhissay 1-15 dijo que el bien de la colectividad es superior al bien individual –articuló envuelto en un halo de luces blancas.

21

El Centro de Exposiciones del Instituto Tecnológico de Alta Seguridad de Ezebel estaba prácticamente desierto, no por la hora, sino por las consecuencias del terremoto. Media docena de máquinas desarrollaba funciones simples, de consulta o programación, ampliación de datos o estudio, en la planta que ocupaba el módulo conteniendo la memoria y el banco de datos de Balhissay 1-15. En muchas otras ocasiones, Steinein se imaginó en alguno de aquellos módulos. No él, sino sus componentes vitales, para utilidad de las futuras generaciones de máquinas. Era éste un pensamiento extraño, de orgullo, por el leve asomo del factor «inmortalidad», y de desasosiego, por la inequívoca certeza de poder visitar prácticamente la tumba de su futuro, o parte, ya que el resto de su estructura, dada la falta de materias primas, sería destinada a la creación o recomposición de otras máquinas. En esta ocasión, sin embargo, nada de aquello pasó por sus circuitos. Zil le precedía con el pase de acceso en una de sus pinzas. El operario de la planta lo tomó y observó. Luego lo introdujo en una computadora ordinaria. Se escuchó un bip-bip rutinario.

–Conforme –dijo el operario devolviéndole el pase–. Os acompaño enseguida.

–No es necesario –le detuvo Zil–, ya conozco el camino.

El operario no puso el menor reparo.

–Conforme –accedió.

Entraron en la sala. Los pasos de Steinein rebotaron en su inmensidad a pesar de la piel sintética reforzada de los pies.

–Extraordinario –le dijo Zil–. ¿No te lo dije? Nadie ha bloqueado mi pase ni se ha anulado su validez.

–Pero será mejor no perder tiempo –insistió el científico una vez más.

–¿Y quién va a encontrarnos aquí? Ezebel es la capital de la Unidad, la ciudad más grande del Sistema. Puede que sea el último lugar donde piensen encontrarnos.

Steinein miró hacia arriba. La plataforma de la Oficina de Programación era visible desde allí. Dos máquinas realizaban su función, al parecer impasibles. Nadie se fijaba en sus movimientos.

Ni lo hicieron cuando se detuvieron frente al módulo que contenía la memoria y el banco de datos de Balhissay 1-15.

–¿No es fantástico? –comentó Zil, impresionada como la primera vez, señalando aquella imponente estructura inmóvil.

Steinein contuvo sus impulsos vitales.

Lo era.

–Hola, Balhissay –saludó pausadamente.

Zil introducía ya el pase en la ranura del ordenador básico. Tecleó su número clave de identificación personal y el ordenador confrontó el permiso con la sala central. La señal de apertura del sistema quedó fijada. Ahora sí, las dos máquinas de la Oficina de Programación miraron hacia ellos.

No sucedió nada.

–Pronto –pidió Zil–, introduce la componente vocal.

–No es tan sencillo –dijo Steinein–. Déjame a mí.

Ocupó su lugar e introdujo un flexo sensor en una de sus cavidades de recepción. Le dio otro a su compañera, para establecer sonido directo, a pesar de que ninguna de las máquinas presentes en la sala dio muestras de interés en esta ocasión ante la activación de los sistemas de Balhissay 1-15. Una vez preparado el circuito, tecleó en el ordenador básico abriendo los canales. Con un suave zumbido, los componentes del antiguo Dirigente se pusieron en funcionamiento. Una voz interior, procedente de Steinein, le preguntó:

–¿Eres Balhissay 1-15?

–Lo soy –respondió la memoria.

–Yo soy Steinein 6-597.

–Te reconozco.

–Además de mi voz, ¿reconoces esta clave?

Marcó en pantalla el código Ba/St-SFJ727-9.5.315.PD-HGB y esperó.

–Abierto canal de acceso individual prioritario en sistema directo –dijo Balhissay–. Fija coordenadas finales.

–Ya está –mencionó Steinein dirigiéndose a Zil. Y tecleó–: 4 vector 5 + 7 vector 1 + 9 vector inercial de tangente 2.

A través de los flexos sensores que los unían al sistema, escucharon un levísimo «clic», una percusión interna, igual que si una invisible puerta se hubiese abierto, o un resorte cerrado a lo largo del tiempo acabase de saltar. Un murmullo, correspondiente a una energía liberada o retenida y puesta en funcionamiento, tras una presión estática, penetró en sus cuerpos procedente de la memoria y el banco de datos de Balhissay. Zil tuvo que hacer un esfuerzo y atemperar su propio flujo, temiendo interferir en las señales que el ordenador básico llevaba hasta ellos.

–Podemos empezar –dijo Steinein.

–La Tierra –pidió Zil–. ¿Cuál es el camino?

No hubo respuesta; sin embargo, tampoco sonó la desagradable voz de interferencia anunciando el característico «No computable. Reserva en Prioridad de Seguridad». Sólo silencio.

–Obedece a mi voz –advirtió Steinein–, no a la tuya.

–Entonces preg...

El científico levantó su mano derecha. Zil observó sus ojos, llenos de dimensiones. Un infinito en la profundidad de cada uno, acotado por sistemas que encerraban otros tantos infinitos bañados por luces purísimas. Cada micropunto contenía un átomo de inteligencia y su reacción formaba una cadena estallando contenida en los abismos de aquel Cosmos individual. Si para ella era importante, comprendió que para Steinein aquel momento sobrepasaba con mucho la cúpula de sus aspiraciones como máquina y como científico. No se trataba de asomarse a un archivo. No tenía nada que ver con un simple acto de

comunicación.

Steinein había conocido a Balhissay.

Fueron amigos.

Así que para él era casi tanto como fundirse con su amigo, unificar sus células microprocesales, atravesar el último abismo.

Hacer el gran puente con las estrellas.

Steinein volvió a mirar el módulo de mantenimiento y sus ojos se cerraron..., dejaron de brillar, se desconectaron, pero no su cuerpo, cuyos miles de kilómetros de conexiones y circuitos se iluminaron aún más, formando un sol interno, invisible fuera de la estructura de su soporte, pero perceptible para Zil a través de la conexión. Tras ello, Steinein envió su propia luz por el flexo, hasta la memoria y el ordenador de Balhissay.

Y una oscuridad absoluta desde hacía treinta y siete años se llenó de vida.

–¿Cómo estás, Balhissay? –preguntó la voz de Steinein dulcemente, si se puede hablar así en términos de medición energética.

La voz de Balhissay respondió:

–Estabilizado.

–¿Cuándo preparaste este programa?

–Muy poco antes de morir. Sabía que vendrías, tarde o temprano. Sólo lamento que el sistema funciona en una única dirección, porque me gustaría hacerte muchas preguntas. Una vez muerto, ya no tengo síntesis de capacidad de asimilación, así que... guardo todas las respuestas a todas tus preguntas, aunque no todas las respuestas para todas las preguntas. ¿Recuerdas nuestras discusiones?

–Perfectamente.

–Desearía verte, Steinein –la voz de Balhissay fluía unidireccionalmente, sin inflexiones. Era un monótono canto en el que las palabras se hilvanaban de forma concatenada–, pero, como sabes, esto es tan sólo una voz sin vida. Desearía verte y conocer, saber...

–No hay tiempo, amigo.

–Lo sé, lo sé. Nunca hay tiempo. Hasta en eso somos descendientes de los humanos. ¿Qué quieres saber? ¿Qué necesitas?

–Tantas cosas… –musitó Steinein sin decidirse por dónde comenzar–. Tal vez la causa de la situación actual, el origen, para determinar los antecedentes. ¿Cómo empezó todo? ¿Fue Hal Yakzuby?

–Hal Yakzuby fue un gran humano, influyente hasta límites desconocidos. Influyente hasta en mí, sin saberlo entonces, en un principio. Yo era un Dirigente y antes había pertenecido al Cuerpo de Mandos. ¿Qué me hizo aceptar y comprender, casi asimilar, el nivel extraordinariamente irracional de los humanos, su individualismo, sus dudas, su inestabilidad emocional? ¿Cómo pudo esta ambigüedad impulsiva mantener la dura batalla que mantuvo contra mi lógica? La respuesta es Hal Yakzuby. ¿Conoces el proceso contra el asistente de vuelo Djub Ehr Nort?

–Sí.

–Tuvo lugar doscientos años antes de la marcha de la raza humana de Tierra 2. Nadie sabía que yo, como jefe de la base de Ezebel 2, mandaba expediciones intergalácticas para hallar el primitivo hogar, la Tierra. Una nave encontró el camino y, al regresar, su capitán, Ludoz 7-521, prefirió… desconectarse antes que revelar su emplazamiento. Ninguna máquina se había suicidado nunca, y esto en sí mismo ya era importantísimo. Estamos hechas para la vida, no para la muerte. El suicidio incluso es un acto de violencia, así que… Lo esencial, no obstante, no era esto, sino preservar el acto de Ludoz y preservar su hallazgo. Si los humanos llegaban a saber que habíamos encontrado la Tierra, podían olvidar su perfecto grado de estabilidad, el equilibrio alcanzado en una sociedad única. Así que no hubo más remedio que juzgar al asistente de vuelo Djub Ehr Nort por asesinato, ya que era el acompañante de Ludoz en la misión, si bien él desconocía su alcance y pasó el viaje dormido en su cápsula de sueño letárgico. Aquel juicio soliviantó a la especie humana y desencadenó el primer enfrentamiento claro entre humanos y máquinas. Las máquinas trabajábamos y hacíamos todo lo esencial y de pronto fue como si descubrieran que dependían demasiado de nosotras, se sintieron… esclavos. Por un azar, pero también gracias a su intuición e inteligencia, Hal Yakzuby, que actuó de abogado defensor de Djub Ehr Nort, supo la verdad: que la nave se posó en la Tierra. Entonces me forzó a un pacto: yo dejaba en libertad a Ehr, alegando haber encontrado un virus desconocido en la nave, causa de la muerte del capitán Ludoz, y él no decía la verdad. Lo acepté.

–La guerra civil tardó ciento sesenta años en estallar.

–El germen del descontento se abrió paso en la naturaleza humana hasta el estallido de la violencia. Yo, en el fondo, y siempre atendiendo a la lógica, nunca creí que Hal Yakzuby mantuviera su palabra y que, al menos, al final revelaría

sus conocimientos. Me equivoqué –la voz hizo una pausa–. Hal Yakzuby murió sin contar la verdadera historia del juicio y en los últimos tiempos yo casi le tuve prisionero, temeroso de él. Por fuerza tuve que entenderle y aprender a respetarle. Durante años, sus palabras fueron como un programa evolucionando en mi ordenador central. Luego, un descendiente suyo fue el líder de la Rebelión y a lo largo de cuarenta años la guerra dominó Tierra 2. Las máquinas sólo podíamos defendernos, trazar sistemas para evitar la muerte, no para causarla. A los cuarenta años el Sistema me juzgó a mí, acusándome de haber convertido a Hal Yakzuby en un héroe en aquel primer juicio. Se me conminó a encontrar un método de paz, pero sin claudicación. También por entonces... nuevas expediciones enviadas por mí habían vuelto a encontrar el camino de la Tierra. Así que... fui yo quien les dijo a los seres humanos la ruta y ellos se fueron, volvieron a su planeta, que a fin de cuentas era también el nuestro, de donde salimos todos, y nosotras nos quedamos... solas. Yo, que iba a morir, fui salvado por una doctora humana llamada April Débian y así sobreviví otros treinta y siete años, aunque apartado ya de la Clase de los Dirigentes. Tuve tiempo de pensar, razonar...

–Antes de sufrir la desconexión final, anunciaste importantes revelaciones –sugirió Steinein.

–Llegué a muchas conclusiones lógicas. Poniendo fin a la guerra civil, no sólo evité la destrucción de una de las dos razas, sino el hecho de que las máquinas, finalmente, hallaran el resorte de la violencia en sus programas y sus sistemas, cosa que tal vez habría terminado por ser real teniendo en cuenta que los humanos estaban ya cerca de la victoria. Sabía que si las máquinas alcanzábamos ese maldito techo humano, sería el fin. ¿Te imaginas todo nuestro saber empleado para la violencia? No podía consentirlo y me importó poco que sólo yo estuviese seguro de ello y que el resto me acusara de individualista o de fomentar *la duda*. También llegué a la conclusión de que lo obtenido por humanos y máquinas, viviendo juntos y en paz, desde nuestra llegada a Tierra 2, se había perdido para siempre, y que por separado... estábamos condenados al fracaso. Los humanos, en la Tierra, solos, sin nuestro equilibrio, habrían de volver a sus viejas y olvidadas costumbres: odios, rencores, guerras vecinales, lingüísticas, espirituales... Mientras que nosotras, en un mundo tecnificado y aparentemente perfecto, terminaríamos por convertirnos en seres fríos... y vacíos, pese a la riqueza de nuestros conocimientos.

–¿Te imaginaste el futuro? –preguntó Steinein.

–Hice algo más que imaginarlo –respondió Balhissay–. Tuve tiempo suficiente

para estudiarlo. Vi las primeras alteraciones naturales veinte o veinticinco años después de la escisión, y realicé un cálculo de posibilidades que me aterró. Lo presenté a los comités científicos y a los nuevos Dirigentes y no quisieron escucharme. Me acusaron de catastrofista y de ahí... que casi me aislaran e impidieran mi contacto con los medios de información. Iba a divulgar mis previsiones cuando sufrí la primera pérdida energética que me bloqueó el sistema motriz. Supe que iba a morir sin poder hablar y preparé entonces este programa, recordando que a ti y a otros os di una clave de acceso por encima de cualquier medida de seguridad. Lamentablemente, los otros no han venido a verme. Tú eres el primero.

–¿Qué descubriste?

–Que Tierra 2 iba a estar en un punto crítico alrededor de cien años después, y que entraría en una situación irreversible veinte o treinta años más tarde, y que nosotras, sin los seres humanos, no podríamos comprender el problema, ni darnos cuenta de su alcance, ni mucho menos... reaccionar, hasta que tal vez fuese demasiado tarde. Descubrí que todo ser creado necesita a su creador. Descubrí que existe una dependencia intensa, que aglutina todos los poderes del Universo, entre causa y efecto. Y no digo fin, porque el fin, en términos absolutos, no existe. Todos somos parte de algo, y origen de algo más, que se convierte en medio de continuidad. Yo aprendí esto de los humanos, al ver a las mujeres con sus hijos, al ver la fuerza de esa relación. Separa a una madre de su hijo y es un ser roto. Separa a un hijo de su madre y es un ser desvalido e indefenso. La distancia es grande, enorme, pero nosotras fuimos... y aún somos, el sueño que los seres humanos convirtieron un día en realidad. Aquella famosa Utopía. Nos crearon y vivieron en un paraíso tecnológico, hasta que redescubrieron sus miedos y se torturaron con ellos. Hay preguntas que incluso las máquinas aprendimos a hacernos, y una de las más famosas es: «¿Y después?». Los humanos creyeron que ya no habría después. El miedo suele generar odio y el odio lleva finalmente a la violencia y la destrucción. Es bueno que las máquinas nunca la hayamos asimilado y malo el que los seres humanos la empleen únicamente para extraer lo peor de sí mismos... aunque, consecuentemente, una vez realizada la síntesis de la violencia, renace con igual fuerza su amor y son capaces de reconstruir y volver a crear.

–Si te entiendo bien, estás tratando de decir que humanos y máquinas...

–Se necesitan, Steinein. Es lo que traté de advertir. Nada más que eso. Hubo un tiempo en que no, en que el ser humano estaba solo y se bastaba a sí mismo, pero eso fue antes del avance tecnológico. No se puede renunciar al

conocimiento, ni negar el progreso o el futuro. Por lo tanto, el día que se creó la primera máquina, por simple que fuese, la raza humana entró en su nueva dimensión cósmica. Y con el desarrollo de nuestra especie y nuestra propia identificación como etnia viva en el Universo, esa dependencia quedó sellada. Humanos y máquinas se necesitan y podrán destruirse, quién sabe, mil veces, pero siempre deberán volver, al límite del tiempo. Por grandioso que sea el espacio, sus caminos han de encontrarse.

–Steinein –dijo Zil, penetrando en el horizonte luminoso del cuerpo de su amigo–. Esto es precisamente... el balhissayismo. Teníamos razón: necesitamos al ser humano y Balhissay lo sabía hace ciento veintiocho años, cuando murió. No hubiera servido de nada exponerlo entonces, pero... lo sabía.

–Y por esta razón bloquearon sus conocimientos –repuso el científico.

–¿Y si un día, dentro de un millón de años, o quién sabe si dentro de sólo cien, los humanos terminan por aniquilarnos? –preguntó Zil con una tensa concentración de sus impulsos vitales.

Steinein trasladó la pregunta a Balhissay.

–La raza humana suele albergar en su válvula principal, el corazón, y también en su ordenador máximo, el cerebro, el más absurdo y a la vez el más hermoso de los programas. Ellos lo llaman «esperanza». Nosotros, por dependencia, también lo tenemos en nuestros códigos, sin saberlo, aunque lo presintamos, o sabiéndolo, aunque nos parezca ilógico y carente de razón. Las especies vivas no se extinguen: se transforman, a veces incluso se mutan. Hubo un tiempo en que la Tierra estuvo poblada de grandes animales que luego desaparecieron, pero de sus restos vivió la humanidad millones de años después. Si todo el Universo estuvo encerrado en un principio en una partícula no mayor que un grano de arena y la Gran Explosión creó la expansión, hay que pensar que en ese minúsculo grano de arena ya estaba todo, el más fantástico de los programas en el Gran Ordenador Universal. Nosotras también estábamos ahí, a través del ser humano, y a su vez el ser humano lo estaba a través de la línea genética que le desarrolló. Por lo tanto, no puede haber extinción, ni de las máquinas ni del ser humano, aunque la pregunta siga siendo la misma: «¿Y después?».

–Es un bello concepto –aseguró Steinein.

–Y una realidad absoluta, aunque... quién sabe. Puede que mis premisas hayan sido erróneas desde el inicio y por lo tanto éste sea un razonamiento falso. Puede que yo haya visto algo distinto en los seres humanos, o que a lo largo de mi vida, cuanto más envejecía, me fuese convirtiendo en más *humana*. En el fondo, lo

fantástico tal vez sea que todo es posible.

–Pero sigues pensando en la esperanza.

–Sigo montado en ella. La esperanza no es más que un cometa que va y viene, pasa siempre por el mismo sitio, y cuando se va sabes que volverá.

–¿Qué había en la Tierra cuando la raza humana regresó a ella?

–No lo sé –dijo Balhissay–. Ésa ha sido siempre la gran duda, y dispénsame por emplear esta palabra. Hace diez mil años la abandonamos destruida por el Gran Holocausto. No sé qué vio el capitán Ludoz, capaz de obligarle a desconectarse antes de revelar su emplazamiento. Luego hallamos ciudades, una reconstrucción plena, pero ignoramos la relación espacio-tiempo entre nuestro planeta y la Tierra, máxime cuando el viaje se realiza a través de un agujero negro. ¿Pudo pasar de la destrucción a la reconstrucción en diez milenios? ¿Cómo saberlo? ¿Qué hallaron los emigrantes de Tierra 2 hace ciento sesenta y cinco años? ¿Cómo saberlo? Yo siempre dije que, fuese lo que fuese, sería su destino.

Por primera vez, Zil miró en derredor suyo, saliendo del estado casi letárgico en el que la conversación la tenía sumida. No quedaba nadie en la sala. Estaban solos.

Pero en la plataforma de la Oficina de Programación, además de los dos operarios, vio otras tres máquinas.

–Steinein, creo que... –comenzó a decir.

El científico no abrió sus ojos. Permaneció inmóvil.

–Lo sé, lo sé –dijo–. Puedo percibirlos en mi estado de concentración. Noto la irradiación de su energía. La siento. Sin embargo, no puedo irme todavía.

–Si nos cogen...

–Aún no –reiteró Steinein–, y creo que ellos lo saben.

–No entiendo...

Steinein volvió a concentrarse en Balhissay.

–¿Por qué dejaste marchar a los humanos?

–En aquel momento se trataba de nosotras, las máquinas, y, por otra parte, yo todavía no sabía lo que supe después. Una existencia, como la historia, está formada por muchos momentos. Aquél era el de una realidad. Con el tiempo será otra. Soledad, necesidad...

–¿Y si los seres humanos no nos necesitan? ¿Y si ya han creado otra tecnología?

–Habrá que averiguarlo.

–Ellos nunca han regresado a Tierra 2.

–Puede que ya no sepan el camino… o carezcan de medios para el viaje. Pudieron llegar, pero el tiempo es siempre una distorsión. Por otra parte… nosotras somos la generación perdida, no ellos. La generación pródiga que debe volver.

En la plataforma las máquinas eran ya siete.

Steinein concentró todavía más el resplandor luminoso de su cuerpo. Los sensores de Zil quedaron invadidos por aquella intensa blancura. A través del flexo que la unía con la memoria y el banco de datos de Balhissay, vio los viejos sistemas y su estado de ansiedad recuperó un momentáneo equilibrio. Era como viajar por el Espacio Exterior, envuelta en el silencio y la paz.

Steinein hizo entonces la pregunta.

–¿Cuál es el camino de regreso a la Tierra, Balhissay?

En la plataforma de la Oficina de Programación del Centro de Exposiciones se produjo un súbito movimiento.

–¡Oh, no! –articuló Zil–. Ahora… no.

Balhissay emitió un roce singular. La pregunta pareció desenterrar un dato oculto en lo más recóndito de su primitivo ser, atravesando mundos y espacios defensivos, frágiles barreras de una eternidad que iba a morir para dar vida a otra.

–Vía Láctea, al sur de la Espiral en orientación 4 –dijo pausadamente–. Referencia: Planeta Tierra. Tercer planeta del Sistema Solar, en cuadrante 2 537 983, Vía Láctea. Situación en el Universo: vector 2 en dirección punto 5 entre las estrellas de Glariben, Amaziz y Orianne, cuadrante 4 108 del sector Oscuro, a 3 punto 8 punto 7 del Paso RSG. Maniobra de aproximación en Paso RSG, agujero negro dimensión 45 en 100, mediante velocidad tres luz, simple, en ángulo de 27 grados sobre la horizontal y por punto sur 5 este 2. Mantenimiento de maniobra 1 punto 1 punto 9.

–Steinein… ¡están bajando! –alertó Zil.

El científico devolvió la luz a sus ojos.

–Balhissay, hay tanto que…

–Lo sé –le interrumpió la memoria del antiguo Dirigente–. Yo también quisiera.

–Debo irme.

Zil desconectó su flexo. Se elevó y propulsó sus pinzas para coger y ayudar al profesor. A menos de diez metros tenían un hueco de emergencia. Podía saltar por él, sosteniendo a Steinein, y frenar lo suficiente la caída a pesar del peso para llegar al suelo sin daños.

–¡Vámonos, Steinein! –gritó.

Un grupo de máquinas entró en la sala.

–Adiós, Steinein –dijo Balhissay.

–Adiós, amigo –dijo el científico–. Espero que la eternidad sea lo bastante pequeña para que podamos encontrarnos de nuevo, aunque ésta sea una tonta e ilógica idea.

Zil arrancó su flexo y lo puso en pie empleando para ello una cerrada descarga de energía. Las máquinas se movían hacia donde estaban. No había una actitud amenazadora. La violencia era imposible. No obstante, su intención era clara: detenerlos.

Impedir que continuaran su insólita aventura.

–¡Hacia el hueco de emergencia! –ordenó Zil.

Steinein miró por última vez el módulo de mantenimiento de Balhissay 1-15.

Luego se vio casi arrastrado por su compañera.

Y pensó en la misión que tenía por delante.

No comprendió lo que quería hacer Zil hasta que ella le cogió con sus brazos extensibles y se elevó pesadamente unos centímetros, alcanzando casi el límite de propulsión de su flotación inercial. Steinein vio el hueco y desconectó de nuevo sus ojos.

Escuchó unas voces tras de sí.

Después sintió un vacío extraño en sus sistemas y tuvo la sensación de volar, mientras las voces desaparecían.

–¡Agárrate fuerte, profesor! –le gritó Zil.

22

El aterrizaje fue mucho más cómodo de lo esperado. Zil amortiguó el descenso extendiendo sus brazos articulados al máximo, con Steinein en ellos, y una vez asentada en el nivel de la calle, bajó al desconcertado científico, que seguía con sus puntos focales desconectados. Cuando los abrió y vio la distancia salvada con el salto desde el hueco de emergencia, tuvo una fluctuación de energía.

Por el hueco asomaron cabezas y componentes diversos de las máquinas perseguidoras.

–Vamos, a las cintas –apremió Zil.

Alcanzaron una cinta de transporte de intensidad 2, color amarillo, y pasaron inmediatamente a otra de intensidad 5, color verde, que cruzaba en perpendicular la calle, alejándose del Centro de Exposiciones. Al llegar al siguiente cruce, la abandonaron, deteniéndose momentáneamente en una de las islas de intercambio, que evitaban bruscos movimientos y zarandeos a quienes pretendían cambiar de cinta. Éstas eran de traslación continua y las diferencias de velocidad solían actuar negativamente en las máquinas que pasaban de una a otra sin la tregua de las islas estáticas. Una vez regulado el proceso, entraron en una cinta de intensidad 10, color rojo, que los alejó definitivamente de la zona.

En ningún momento miraron hacia arriba.

Tampoco hubieran hecho otra cosa que ver el tráfico intercupular habitual de cada jornada.

No volvieron a hablar hasta descender de la cinta de transporte, casi al otro lado de la ciudad. Steinein parecía una máquina en desconexión de reposo. Dos micropuntos de luz blanca en sus ojos eran la mayor señal de vida, además del movimiento sereno y lento de sus piernas.

Zil flotó ante él.

–Ha sido... fantástico, ¿verdad? –dijo vehemente–. Nada menos que el testamento de Balhissay 1-15. Sus últimas reflexiones...

–Ha sido algo más que el testamento de Balhissay, Zil –le rectificó el científico–. Ha sido... el testamento de la Tierra, de la nuestra y de la primera. Toda una clave.

–Que en parte ya conocíamos.

–Balhissay la calibró hace más de cien años. Ésa es la auténtica clave. Si le hubiesen escuchado...

–Era demasiado… singular.

Steinein movió sus brazos, repitiendo un gesto que solía hacer a menudo.

–Ahora será distinto –afirmó–. Tendrán que oírme. Convocaremos una rueda informativa y no podrán impedir…

Zil tuvo una fluctuación.

–¿Qué estás diciendo?

–Podemos decir la verdad –continuó Steinein–: denunciar la Ley Fundamental, solicitar la pública emisión de la memoria de Balhissay.

–¿Y qué conseguiremos con ello? Suponiendo que podamos, cosa que dudo, y suponiendo que logremos hacernos oír, no todas las máquinas estarán de acuerdo. Acabaremos siendo los promotores de un cisma.

–¿No pretenderás… continuar con tu absurda idea de…?

–¿Para qué si no preguntamos el camino de la Tierra? –profirió Zil desparramando oleadas de luces multicolores–. Denunciar los hechos no servirá de nada. Para ir a buscar ayuda o, simplemente, para ir a establecer un contacto con los seres humanos, no hace falta una flota intergaláctica ni que media Tierra 2 participe en la aventura. Basta una nave, una tripulación: tú y yo.

–Es… una locura.

–Una tentadora locura, Steinein –objetó Zil–, y de todas formas puedo ir yo sola ahora que sé el rumbo que hay que seguir. Nada ni nadie podrá detenerme jamás.

–¿Hablas en serio?

–Mis circuitos, sistemas, células microprocesales, todo forma una unidad en mí. Nunca he hablado con un mayor convencimiento.

–¿Qué lógica hay en tu actitud?

–¿Qué lógica hay en la tuya?

–Le debemos algo a Tierra 2. Es aquí donde…

–Tierra 2 tiene un compromiso –le interrumpió ella–, y nosotros el nuestro. Están buscando *la solución*, y puede que la encuentren y que en el fondo nosotros seamos los equivocados. Nosotros estamos en posesión de una teoría mucho más universal, menos egoísta, menos… individual, aunque estemos actuando más individualmente de lo que hubiéramos imaginado. ¡Vamos,

Steinein: somos dos máquinas Clase 6, Investigación y Ciencia! –gritó–. ¡Fuimos programadas para hacernos preguntas, procesar datos, ser... curiosas! Un operario ha de actuar según un programa establecido, y un obrero, trabajar; un Dirigente alcanza el Todo del Sistema y una máquina de Administración Social coordina. Cada clase tiene su personalidad, estructura y función básica: la nuestra es investigar. Tenemos la capacidad de formular teorías y de responder interrogantes fundamentales. Nuestros sistemas son pozos incompletos, espirales que buscan la absorción del saber. ¡No puedes ir en contra de tu esencia!

–Tú tienes 177 años y yo 375. Eso es un factor, no una cuantificación, un hecho...

–¡Una máquina no envejece! Sus componentes, sí, pero lo esencial, no. Es que... ¡Oh! –fue una exclamación torrencial, acompañada por una saturación de energía que los medidores coaxiales liberaron mediante la apertura de dos vanos en la parte superior. Zil dio una vuelta sobre sí misma, arrojando destellos rojos–. ¡Sabes que tengo razón y que vas a venir, o no podrás perdonártelo mientras vivas! ¿Qué te pasa?

Steinein elevó la cabeza. Más allá de los transportes y flotadores que se movían a corta distancia, vio la cúpula de protección de Ezebel y la oscuridad, avanzando por el norte, en tanto que los dos soles comenzaban a hundirse por el sur. Las primeras estrellas titilaban ya en el firmamento.

Un camino.

Las respuestas de Balhissay.

Y del Universo, ante las preguntas de la lógica, humana o de las máquinas.

–Puede que mis circuitos se colapsen ante la idea –dijo Steinein.

–¿Miedo?

–Es posible.

–¿Por irte? ¿Por dejar Tierra 2?

Steinein bajó la cabeza y la miró a ella.

–Creo que... por lo que podamos encontrar.

Zil autocontroló su desordenada tensión. Las últimas chispas de electricidad estática murieron en la estructura de su soporte, arrancando irisaciones azuladas en el aire.

Recordó al capitán Ludoz 7-521, desconectado sin decir lo que había visto.

¿Seguía la Tierra destruida y el espectáculo era demasiado horrible, o había vuelto a ser un hogar habitado y con su muerte quiso preservarla del regreso de quienes la destruyeron, de los descendientes de los que forzaron el desenlace del Gran Holocausto? Recordó las palabras de Balhissay, las ciudades del segundo descubrimiento. ¿Seguirían allí al llegar los seres humanos de Tierra 2? ¿Cuál era la incógnita que tiempo y espacio guardaban al filo de la puerta de comunicación, el agujero negro que seguía uniendo sus destinos?

–Lo que podamos encontrar, seguirá estando allí, vayamos o no vayamos –dijo Zil.

–¿Y lo que dejemos aquí? –objetó Steinein–. ¿Seguirá estando cuando regresemos, si regresamos?

Zil evaluó la alternativa. Un zumbido propulsó algún procesamiento en el interior de su cuerpo, hasta que el efecto se disparó y se produjo una desconexión por autoinducción. Cubrió a Steinein con un haz de luz azul, pigmentado de puntos rojizos y, por encima del silencio, preguntó:

–¿Vienes?

El científico puso una mano sobre su estructura cilíndrica.

–Has de ir, ¿verdad?

–Sí –contestó Zil.

Por encima de los motivos. Por encima de las razones. Por encima de la lógica.

Los humanos lo llamaban instinto.

–De acuerdo –dijo Steinein–; entonces, vamos.

Y en su rostro se cinceló la mueca estática, pero significativa, de una sonrisa.

23

Podían llegar a la base de Ezebel 2, el primitivo aeropuerto intercomunitario y espacial de Ezebel, en unos minutos, empleando un transporte colectivo. Eliminaron la idea por ser peligrosa. Si se los buscaba, cualquier máquina de mantenimiento u operario tendría en sus circuitos una descripción y una fotoimagen holográfica, con lo cual serían reconocidos y no tendrían la menor

posibilidad. El mismo transporte se desviaría de su ruta y los llevaría al Centro de Aislamiento. Viajar por las cintas de la ciudad, pues, era mucho más lento pero seguro.

Fue en uno de los grandes cruces, en los viales 185 y Armórica, cuando se detuvieron unos instantes bajo el visor urbano de noticias, el sistema mediante el cual la Comunidad informaba de los eventos diarios, intercomunitarios o locales, y daba instrucciones de emergencia ante la perspectiva de un movimiento sísmico o cualquier otra alteración de la vida normal. Tenían prisa, pero Steinein impidió que Zil continuara.

–Espera –suplicó.

–Cada segundo cuenta.

–Quiero ver algo –insistió el científico.

En el visor se ofrecían los datos de los dos temblores de tierra de horas antes, asegurándose la calma y la nula previsión de otras incidencias derivadas de ellos. Sin duda era la gran noticia de la jornada.

Aunque no la única.

–¿Quieres ver nuestras imágenes y descripciones ahí arriba, es eso? –comprendió Zil.

La respuesta de Steinein la desconcertó.

–No estoy seguro de ello –dijo.

Concluyó el boletín relativo al terremoto y un locutor de la Clase 3 ocupó la pantalla destacando la victoria, en los Campeonatos de Lógica Universal, del equipo de sistemas de Ezebel sobre los de Lebia. Las incidencias del juego ocuparon cerca de dos minutos. El siguiente bloque informativo se centró en los nuevos experimentos de lluvias fertilizantes y la inminencia de una regulación de la ley que amparaba el aprovechamiento del deuterio procedente de las aguas marinas.

–¡No hablan de nosotros! –entonó Zil–. ¡Ni una sola palabra de la evasión!

–Es lo que pensaba –dijo Steinein.

–¿Cómo…?

El científico volvió a la cinta de transporte. Nadie quedó cerca de ellos ni subió en sus proximidades en los siguientes minutos.

–La desactivación del sistema energético del Centro de Aislamiento, tu detención

y posterior retención, ocupando un módulo contiguo al mío, como si supieran que de una forma u otra lograríamos ponernos en comunicación, la noticia de que no habría juicio, para obligarme a tomar una decisión precipitada, favorable para ellos y errónea para mí. ¿No te dice nada todo esto?

Zil mostró su perplejidad microcelular.

–¿Querían que… nos fugásemos?

–No podían retenerme ni querían arriesgarse a un juicio en el que mi voz habría sido oída.

–¡Luego nos temen!

–Eso es ya lo de menos, si bien pienso que existe algún motivo mayor y más trascendente. Puede que se trabaje en algo que desconozco, la misma *solución*, tal vez. Obligándome a escapar o favoreciendo mi decisión, contigo a mi lado, tienen todas las garantías.

–Pero ¿por qué no divulgarlo ya? Han obtenido sus propósitos.

–No del todo. Yalsurisabar creyó que nos reuniríamos con otros pensadores progresistas. Una desarticulación completa.

–Lo del Centro de Exposiciones… ¿también estuvo preparado?

Zil era casi un foco blanco. Steinein razonó aquella posibilidad.

–No, estoy seguro de que no –dijo–. Tú tenías razón en lo del pase, y simplemente no dedujeron ese movimiento sorpresa. La alarma debió de sonar cuando estábamos hablando con la memoria de Balhissay. Los del Cuerpo y la Brigada de Orden llegaron tarde, o los cogimos muy de improviso.

–¿Saben ahora adónde nos dirigimos?

Steinein comprobó la hora.

–Son las 91 punto 150 horas –informó–. Desde luego, lo sabremos enseguida, aunque tarde o temprano llegarán a esa deducción.

–No podemos fallar después de cuanto hemos hecho –apuntó.

Steinein se preparó. Descendieron de la cinta en la siguiente isla y conectaron con la especial que realizaba el trazado periférico, pasando cerca de las distintas entradas de la base de Ezebel 2. La base formaba un anexo, con una cúpula independiente y móvil, adosada a la ciudad. Al llegar a sus inmediaciones no observaron nada especial, ninguna aglomeración de seguridad ni presencia de los elementos de la Brigada de Orden. Zil se enfrentó al siguiente problema.

–¿Cómo entraremos en la base? Los elementos de seguridad tendrán nuestras imágenes.

–¿Olvidas que soy un científico, y de élite? –mencionó Steinein con un chisporroteo luminoso que tuvo el don de la ironía.

–¿Y eso de qué nos sirve?

–Dispongo de un acceso privado: el del personal especial. Pueden haberlo interferido, desde luego, pero disponiendo del código clave para máquinas en instalaciones de alta seguridad y contando también con la clave de alta prioridad... no creo que tengamos muchos problemas. No pueden anular todos esos códigos sin causar un bloqueo temporal de la base ni alterar los mismos sistemas de identificación porque entonces nadie de ese personal especial podría entrar ni salir. Únicamente pueden impedirnos la entrada y detenernos, si en la puerta de control ya hay una vigilancia particular.

La cinta los dejó a menos de doscientos metros de los pabellones ubicados al oeste de Ezebel 2. Los movimientos de Steinein no eran ni rápidos ni armónicos. Zil flotaba unas veces a su lado, apremiándole, y otras por delante, impulsado por su revolucionada alteración de estabilidad. La entrada a la que se refería el científico era una simple estructura luminosa con sensores de identificación. Tenía activación doble, en entrada y salida, con una consola vertical en la que teclear el correspondiente código y señalizar la naturaleza del visitante.

No había nadie en la puerta.

–¿Lo ves? –destacó el profesor–. Les llevamos ventaja.

Un fuerte zumbido salió de la articulación central de su pierna derecha. Un cuadro de luces se encendió y apagó un poco más arriba, bajo la piel sintética, emitiendo un mensaje en sucesión armónica de colores.

Zil se detuvo.

–Problemas de saturación eléctrica –confesó Steinein–. Tengo sobrecarga en ambas piernas y otras conexiones. Esto es demasiado para mí.

–Vamos, estamos ya muy cerca.

–Sí, claro –la alentó él–. Todavía no hay por qué preocuparse. Sigo funcionando, aunque sea con dificultades.

–Esas luces...

–Tú ya no tienes sistemas de alarma como éste. En caso de peligro inminente de

desconexión, las luces informan por código interior de la naturaleza de la posible avería –Steinein procesó una señal para apagarlas–. Puedes quedarte sin visión en los micropuntos oculares o perder parte de tu control, pero las luces aportan todos los datos al ordenador central y éste puede restablecer la normalidad, prescindiendo de lo que uno haga.

Zil pensó en su simplificado dispositivo de detección. Una única microcélula, conteniendo toda la información de seguridad interna, coordinando el equilibrio de los sistemas con el ordenador central. Se olvidó de ello al momento para ayudar a Steinein si la necesitaba. Al llegar a la puerta de control para el personal especial, pensó en el último impedimento que los separaba de las escasas naves habilitadas en la zona de comunicaciones espaciales.

–¿Cómo podré pasar yo bajo esos sensores de identificación?

–Estaba pensándolo –dijo el científico– y tengo la solución, aunque no sé si te gustará.

–No hay tiempo para saber si va a gustarme o no –apremió Zil.

La cúpula de la ciudad caía en vertical frente a ellos. Tras la puerta de control se extendía un breve pasillo, un tubo que comunicaba con la cúpula de la base. Pasar flotando inercialmente era imposible.

–Tendrás que desconectarte al cien por cien y deberé pasarte en brazos, como si fueras una máquina simple o un componente de trabajo.

Zil se pobló de un arco de luz amarilla.

–¿Qué?

–Si lo dices por el peso que tendré que soportar, confío en lograrlo. Si te preocupa la desconexión…

–Un minuto en desconexión… es la muerte –dijo Zil.

Steinein la miró fijamente. La puerta estaba a menos de un metro.

Los murmullos de Ezebel los envolvieron.

–Nadie habló de que fuese fácil –comentó el científico–. ¿No deseabas nuevas experiencias vitales?

–¿De qué forma me reactivaré?

–Cuando llegue al otro lado, me conectaré a ti y enviaré una señal eléctrica a tu ordenador central. Pero no olvides que ahí dentro –señaló la cámara luminosa– no puede existir la menor señal de que tú eres un ser vivo. Quedaríamos

bloqueados en la cámara mediante un reticulado de luces sólidas.

Zil se dejó caer blandamente en los brazos de su amigo.

–No perdamos más tiempo.

Steinein la cubrió con una luz tornasolada, cálida.

–Creo que el que necesitaba nuevas experiencias vitales era yo –dijo–. Te avisaré del momento exacto.

La sostuvo con el brazo izquierdo y se aproximó a la consola de entrada. Pronunció su nombre y número, más el número de identificación y una clave oral, y al recibir conformidad tecleó en un ordenador su propio código especial de acceso.

–Incluyo cuerpo metálico inactivo para soporte de sistema –añadió en voz alta, mientras tecleaba los datos de un proyecto real en el que había tomado parte.

La consola desbloqueó el paso.

–Entrada concedida –cantó linealmente.

–Ahora –dijo Steinein.

Zil apagó todas sus luces y al instante se convirtió en un cuerpo muerto. Su peso cayó sobre el brazo de Steinein, de forma que éste tuvo que desplazar el otro para evitar que su amiga cayera al suelo. De pronto fue como si el cilindro tuviese en su pequeño tamaño una carga monstruosamente potente, insostenible. El científico reunió la máxima energía que pudo ser capaz de generar. Dio un paso.

Los sensores de identificación de la estructura luminosa saturaron el espacio de la cámara. La salida, al otro lado, parecía muy lejana, inaccesible.

Steinein dio otro paso.

Una fuerza de gravedad implacable le aplastaba contra el suelo, le impedía coordinar sus movimientos.

–Si caigo… será el fin –se dijo.

Varias señales de alarma se dispararon en su cuerpo. En la cámara se escuchó una voz.

–Sujeto en tránsito presenta problemas en sistemas inductivos y motrices. Información complementaria de acceso. Visite a su Programador Médico.

No tuvo deseos de *sonreír*, pero imaginó que hubiera sido prudente hacerlo. Ni siquiera tenía una noción exacta del tiempo. Zil podía morir en unos segundos.

Paso a paso fue impulsándose a sí mismo, desarrollando una imperiosa voluntad de resistencia, el proceso sintetizado de su propia vida. Llegó a la mitad de la cámara y la salida seguía estando muy lejana.

–Vamos... vamos... –articuló.

Iba a reactivar a Zil. Era mejor ser detenidos que tentar los límites de la probabilidad.

¿Lo entendería su compañera?

Un paso. Otro. Otro más. La energía tenía flujos discontinuos. La concentró en sus piernas y reservó un poco para sus brazos. La puerta estaba a menos de dos metros.

Al límite.

Entonces cayó al suelo.

Lo hizo hacia delante y el cuerpo de Zil rodó sobre sí mismo hasta detenerse al otro lado de la cámara.

–Sujeto en tránsito presenta señales de precolapso microprocesal –anunció la voz neutra del servicio de medición interior.

Se arrastró sabiendo que ya no tenía tiempo, que el minuto se cumplía, y todavía con casi todo su cuerpo dentro de la cámara extendió los brazos para alcanzar a Zil. Uno de sus dedos penetró en una cavidad esférica. Reunió su condensación de energía final.

Y emitió el impulso para avisarla.

–Zil... –llamó–. ¡Vamos, actívate... Zil!

No hubo respuesta.

Y comprendió que hasta que regenerase sus sistemas, no dispondría de una nueva síntesis energética, no ya para levantarse, sino para enviar una segunda señal a su amiga.

–Zil... –musitó débilmente.

Cerró sus ojos.

–Zil... –repitió.

Iba a renunciar, a dejarse hundir a sí mismo en la negrura, cuando a través de su dedo, aún incrustado en la cavidad esférica de Zil, le llegó una descarga, un torrente de luz.

Evitó abrir los ojos. Toda reserva era nuevamente necesaria.

Ya nada los separaba de las naves intergalácticas.

–¡Vaya... lo conseguimos! –oyó decir a la voz de Zil.

24

Giasai 1-709 era una forma inquieta en la pantalla del visor.

–¿Qué clase de preguntas? –interrogó Yalsurisabar 1-152.

–Durante bastantes minutos ha sido imposible atravesar el sistema de defensa. Era... un efecto de reverberación elástica. El propio módulo de mantenimiento de Balhissay nos decía a nosotros que era «no computable» y que la información estaba «reservada por seguridad». En la Oficina de Programación del Centro se han visto impotentes para superar lo que Steinein haya hecho.

–¿Un código directo?

–Sí, casi seguro.

–¿Qué es lo que ha sido interceptado?

–La última pregunta, relativa al emplazamiento de... la Tierra.

Yalsurisabar tuvo una crispación. En un punto oscuro de su cuerpo, un ordenador entró en estimulación directa ante la información.

–¿Steinein ha obtenido lo que pretendía?

–Según parece, sí.

–¿No hay duda?

–No.

Medió un leve silencio. Fue el preámbulo de una simple exclamación.

–Extraordinario.

Giasai volvió a moverse. Su diminuta figura, atrapada por los márgenes de la pantalla videofónica, flotaba en una marea de sombras grises.

–Se los siguió, como ordenaste, sin intervenir –justificó en un tono desalentado–. Cuando se comprobó lo que sucedía y que de alguna forma podía

superar el bloqueo de seguridad de la memoria y el banco de datos de Balhissay... la Brigada de Orden intervino, pero entonces...

–Puede que no valoráramos como es debido a Steinein 6-597 –apuntó Yalsurisabar–, aunque la medida de su acción... ¿Dónde están ahora?

–Es el motivo de mi llamada –dijo Giasai–. Han burlado la vigilancia visual y, afortunadamente, no han sospechado del seguimiento aéreo. La máquina de control acaba de informarme de que se encuentran en una de las entradas de la base de Ezebel 2.

La estimulación se repitió más fuerte.

–¿Quién queda allí a estas horas?

–Nadie, Yalsurisabar. Ha sido lo primero que he comprobado. Ninguno de los posibles contactos de Steinein está allí. Tampoco hay vuelo intercomunitario hasta mañana al amanecer. Si su idea es trasladarse a otra Comunidad para ocultarse, lo único probable es que decida pasar la noche en la base. Creo que ha trabajado en ella, varias veces, en diversos proyectos; así que debe conocerla bien.

–¿Pueden ser interceptados?

–Han entrado ya en la base por una puerta de acceso especial. Sólo he podido dar orden de control en las salidas, por si intentaran abandonarla, aunque no pienso que ésas sean sus intenciones.

–Steinein debía de actuar solo –meditó en voz alta el Dirigente Máximo–. Convocó la reunión ilegal y, si forma parte del movimiento progresista, lo evidente es que él se mueve individualmente.

–¿Doy ya la noticia de su evasión para que se emita inmediatamente en los boletines informativos?

–Sí, cuanto antes liberemos este pequeño impacto, mejor. Coordina un comunicado unitario para evitar que haya discrepancias. No quiero a ninguna máquina de los medios de información haciéndose preguntas ni lanzando teorías que puedan saturar la opinión pública. Dado el prestigio de Steinein, di que el seguimiento del proceso se considera momentáneamente prioritario en reserva de Máxima Seguridad. Ofrece en el esquema de la noticia alguna orientación en torno a un posible desequilibrio en los sistemas de Steinein y únelo debidamente a su contacto con esa otra máquina...

–Zil –apuntó Giasai.

–Zil –repitió Yalsurisabar.

Y se detuvo.

El Dirigente Principal de Asuntos Interiores esperó, igual que si efectivamente estuviese encerrado en el rectángulo del visor. Yalsurisabar destelló un lento conglomerado de luces azules, muy oscuras, casi negras. Miró la imagen holográfica de Giasai sin verle.

–Esa máquina... –comenzó a decir–. Lo que sabemos de ella es...

–Conservo el disco con la información relativa –ayudó Giasai.

Las luces de Yalsurisabar fueron cambiando de intensidad.

–Verifícalo –pidió con algo parecido a un latente aburrimiento.

Giasai desapareció de la pantalla menos de cinco segundos. Retornó a su encuadre, pero sin mirar al visor, de lado, mientras manipulaba en una computadora simple. El ordenador central del Dirigente Máximo aquilató paralelamente, en su abstracción, el término que iba convirtiéndose en clave de la situación.

Base.

La base de Ezebel 2.

El aeropuerto de vuelos intercomunitarios..., pero también la plataforma de despegue y aterrizaje de naves espaciales.

Naves espaciales.

Escasas, pero siempre dispuestas y en posición de partida para el caso de una evacuación inmediata de la ciudad, para salvar vidas y sistemas si un terremoto amenazaba con la destrucción parcial o total.

Steinein no sabía pilotar una nave. Conocía su expediente vital.

Giasai comenzó a hablar:

–Zil 6-921 –dijo–, Clase 6, Investigación y Ciencia. Ezebel. Edad, 177 años. Fecha de puesta en servicio, 9973. Programada en el Centro de Recursos para la Naturaleza y el Desarrollo Comunitario. Síntesis de Asimilación en grado femenino...

–Busca los programas seguidos y los estudios de adecuación mantenidos –solicitó Yalsurisabar.

Casi era innecesario. Lo sabía.

–Profesor e investigador –continuó Giasai–, estudiante de Perspectivas Futuras, trabajó como encargado asesor de Teoría Histórica. Pertenece al Comité del Distrito para la Reprogramación. Cursos acelerados de supervivencia en situaciones hostiles, aprovechamiento de recursos y técnicas de mantenimiento bajo mínimos. Su preparación comprende programas de Lógica Asistida, Matemática Espacial, Vuelos Intergalácticos, perspectivas de…

La clave.

Las luces se hundieron en sus puntos focales. Lo único verdaderamente importante ya era el factor tiempo.

–¿Qué clase de programas fueron los relativos a Vuelos Intergalácticos, Giasai? –preguntó.

Por un momento los ojos de los dos Dirigentes se encontraron en un punto equidistante de ambos.

–No creerás que…

Giasai no continuó. Concentró nuevamente su atención en la pantalla de su propio sistema manual. Tardó menos de tres segundos en gritar:

–¡Esa máquina sabe pilotar una nave espacial!

Todos los grandes desastres de la historia podían resumirse en dos palabras: demasiado tarde. No hay fallos, no hay técnicas mejores o peores, sólo… actuar a tiempo.

Yalsurisabar supo que el suyo pendía de un simple hilo.

–¡Alerta máxima en Ezebel 2! –gritó–. ¡Que todo el personal acuda a la zona de despegues espaciales! ¡Bloquead todos los sistemas… pero evitad como sea que puedan salir!

Sabía que era imposible. Las naves intergalácticas formaban un núcleo aparte, para evitar que un movimiento sísmico las inutilizara y perdieran los escasos recursos disponibles. No existía forma de bloqueo o desconexión. Nada, salvo impedir que Steinein y Zil subieran a una.

El medidor horario marcó las 92 punto 000 horas.

25

Steinein cerró la portezuela metálica y pulsó los disparadores de aire comprimido que se encargaban de mantenerla fija, con el regularizador de presión nivelando la estabilidad interior a través del mismo hermetismo que garantizaba el perfecto ensamblaje de la puerta. Fue como si corriera una cortina de estrellas, separando un mundo para enfrentarse a otro.

–Ya está –dijo–. Ahora ya nada puede detenernos.

–Estaré más tranquila cuando hayamos salido de aquí. ¿Y la cúpula de la base?

–Se abre por vibración, no temas.

–Todavía pueden... –insistió Zil.

Steinein hizo un curioso movimiento con la cabeza, como si la agitase en sentido horizontal.

–Ya no –ratificó–. Cada nave intergaláctica dispone de sus propios sistemas y recursos. Se dispuso así hace tiempo, ante la perspectiva de que un terremoto las destrozara. Yalsurisabar y los restantes Dirigentes podrían estar aquí en cuestión de minutos y los mismos planes de salvamento coordinan la recuperación de cuanto es indispensable o merece recuperarse. Es más, si un temblor se desatara aquí, imprevistamente, cada nave tiene un sistema automático que la haría despegar y mantenerse en órbita hasta que de cualquier otra Comunidad se le ordenase descender mediante nuevas coordenadas. Nadie puede entrar aquí y el control de esta nave está ahora en nuestras manos.

Zil movió sus pinzas.

–Y pinzas –reconoció Steinein.

Abandonaron la zona de acceso y carga y subieron por un tubo de aire a través de los siguientes niveles. No se detuvieron hasta la cabina de mando. Los movimientos del científico no eran rápidos, sino más bien lentos y forzados, como si no existiese una debida coordinación en su sistema motriz. Las luces que surgían de sus puntos focales morían en un crepúsculo débil, sin alcanzar intensidad ni extensión.

–¿Estás mejor? –se interesó Zil.

–Tendremos un largo viaje para recuperarme, no te preocupes.

Zil se sentó en el sillón de aire del piloto. Sus pinzas iniciaron el proceso de puesta a punto.

–A mí me ha sobrado un simple segundo antes –consideró–, pero tú has estado muy cerca del bloqueo de funciones.

–Tu energía me ha salvado –dijo Steinein.

La máquina joven le miró. El científico se dejó caer sobre la butaca de aire del oficial de derrota.

–Formamos una extraña pareja –reconoció ella–. Sin embargo, hemos llegado hasta aquí.

Iba a agregar que llegarían más lejos, pero no continuó. Frente a Steinein, en el panel de pantallas de comunicación, se estableció una conexión independiente. La imagen de Yalsurisabar 1-152 apareció en una de ellas. Su cuerpo metálico desprendía una intensa luminosidad rojiza.

–Nave E-3577. Nave E-3577. Steinein 6-597, ¿me escuchas? Steinein... Te habla el Dirigente Máximo, desde el Consejo del Sistema y el Gabinete Central de la Unidad. Steinein, abre circuitos.

Se miraron entre sí. Las pinzas de Zil continuaban sincronizando los sistemas, accionando válvulas, pulsando botones de colores, manipulando los ordenadores de funciones vitales.

–No le hables –pidió ella.

–¿Y qué más da? –razonó Steinein.

–Tú mismo. Esto estará listo en un minuto, 0 punto 065 horas.

El científico se enfrentó al panel de pantallas de comunicación. Su mano de apariencia humana y piel sintética se detuvo sobre un iniciador digital. Vaciló un momento, no porque dudara de su acción, sino porque el mismo brazo sufrió una pérdida de tensión tan fugaz como la acción de una célula microprocesal. Restableció el circuito energético y la mano se posó en el iniciador. Con la otra pulsó un botón y el circuito quedó abierto.

Yalsurisabar le observó desde aquella corta y a la vez enorme distancia.

–Hola, camarada –dijo Steinein.

Un saludo humano envolviendo la última rebeldía. El Dirigente apagó la intensidad luminosa de sus ojos. La esfera de la parte derecha de su estructura, en la que tenía sus rasgos vitales y de identificación, quedó cubierta por una tenue oscuridad.

–No lo hagas, Steinein –pidió Yalsurisabar.

–¿Por qué?

–¿Debo darte razones?

–Yo las pedí para mi retención.

–El Sistema y la Unidad dependen de los Dirigentes y sabes que ahora mismo hay un difícil equilibrio entre el poder y la realidad. Las razones…

–Las razones siempre las dicta el poder –le interrumpió el científico–, y es natural que así sea. De la misma forma que es natural la autodeterminación cuando ese poder se estrecha, se vuelve más y más fuerte, pero se debilita en su síntesis de honestidad.

–Tenemos *la solución*, Steinein.

Detrás de Yalsurisabar, en la sala del Gabinete, vio las difusas formas de Onomaeh, de Fabardelian, de Iat…

–Las máquinas no aprendimos a ser violentas y confío en que nunca lo aprendamos, pero hace ya demasiados milenios que sí aprendimos a invertir circuitos y procesos para poder mentir.

–Tenemos *la solución* –repitió el Dirigente Máximo–. Formarías parte de ella, de no haberte puesto al margen de la ley.

–¿De qué ley me hablas? ¿De la Fundamental?

Zil anunció:

–¿Preparado?

Y, sin esperar, pulsó un botón de color rojo. Al instante los poderosos reactores de la nave entraron en acción, rugiendo por espacio de unos pocos segundos. Una vez liberada la energía de despegue, se hizo un absoluto silencio.

–Menos 0 punto 250 horas para flotación y elevación –dijo.

La imagen de Yalsurisabar se hizo más clara. Sus ojos eran dos círculos concéntricos de tonalidad esmeralda.

–Emplea la lógica, Steinein –pidió.

–¿Qué lógica tendría quedarme, cuando puedo regresar a la Tierra, al lugar de donde procedemos, y contactar de nuevo con el creador?

–No existe ese creador –dijo el Dirigente matizando cada palabra, haciendo que sonase igual que una dura realidad–. Nunca ha existido. Hablamos de la especie humana, como si se tratase de un todo, pero no es más que una masa, un

hormiguero de pasiones, sentimientos, controversias. No encontrarás más que una cohorte de hombres y mujeres, exactamente iguales unos a otros, pequeños, débiles. Nos odian y tu presencia no hará más que recordarles sus propias frustraciones y limitaciones.

–Pero necesitamos saberlo, para bien o para mal. Estuvimos atados a ellos y muchas máquinas se preguntan, y se preguntarán aún más en el futuro, qué ha sucedido. Ahora, Zil y yo tenemos la posibilidad de conocer y saber, de completar un ciclo. Somos máquinas, pero en el pasado luchamos por ser distintas, para actuar de forma separada y tener una identidad propia. Cuando lo conseguimos, dejamos de formar parte del sentido más literal del término «máquina» y, aun así, continuamos empleándolo, posiblemente con orgullo, aunque ésa sea otra palabra pretendidamente no incluida en nuestros códigos. Hoy somos máquinas independientes. Negarlo sería dar un salto de diez mil años hacia atrás. No pretendas, pues, negar una evidencia, ni que renunciemos a nuestra... curiosidad o nuestro... instinto, si aún recuerdas lo que es eso.

–Steinein, si ellos vuelven, todo el Sistema estará en peligro, el equilibrio, la perfección...

–Nada es perfecto eternamente, ¿recuerdas? Los tiempos exigen revisar los conceptos y adecuarlos. Nunca podemos dejar la historia, pero tampoco podemos caer en ella. Si hay un camino hacia delante, y siempre hay uno, hemos de seguirlo.

–No hay tiempo de argumentar nuestros respectivos razonamientos, y lo sabes –afirmó Yalsurisabar–. Sin embargo, sabes que tengamos mucho o poco, lo que tenemos es nuestro y lo hemos obtenido mediante un precio y un esfuerzo. ¿Crees que vale la pena ponerlo todo en peligro?

–El único peligro es no buscar una respuesta cuando estamos en disposición de encontrarla. El día que esto suceda, que haya una simple pregunta no respondida por miedo, estaremos muertas.

–Menos 0 punto 100 horas –dijo Zil.

Yalsurisabar ya no era un cuerpo oscuro. Su cuerpo metálico iba adquiriendo la luminosidad de la aurora. Tras él, los demás Dirigentes formaban la estética difusa de un cuadro inmóvil.

–Steinein, no vayas... Quédate aquí.

–Adiós, camarada.

–Steinein... No los traigas de vuelta... Tierra 2 es ahora un mundo en evolución y

necesitamos concentrar todas nuestras energías en la salvación. Necesitamos tiempo. Somos libres, ¿no puedes entender eso? Somos libres.

–Libres ¿de qué?

–Detente, Steinein…

–¿Son acaso libres los planetas y las estrellas de las cadenas del Universo?

–Steinein…

La voz de Yalsurisabar era la de un espectro, un sonido grave que espaciaba las sílabas igual que si poco a poco sus sistemas fueran languideciendo, entrando en otra dimensión.

El científico sintió de pronto y por primera vez el inmenso peso de su responsabilidad.

–0 punto 050 horas para flotación –dijo Zil.

–No hay libertad, Yalsurisabar –susurró Steinein–. Es la más hermosa de las quimeras inventadas por el ser humano y asimiladas por nosotras. Siempre formamos parte de algo, cada vez mayor y más incomprensible. Y no hay límites para lo incierto, así como tampoco los hay para lo cierto. La libertad es sólo una idea, ese pensamiento que tú mismo has pretendido acotar con la Ley Fundamental. No somos libres, pero cuanto más sepamos, más podremos imaginar que sí lo somos.

–No puedo… entenderte…

–Y, sin embargo, me consta que sabes que debo hacerlo.

–El futuro… será una larga… incertidumbre…

Steinein desvió sus ojos de la pantalla. Le dolía la sobretensión de sus células microprocesales. Los centró en sus manos, blanqueadas por la edad y el uso. La última palabra de Yalsurisabar flotó ante él.

Cada segundo satisfacía la incertidumbre del anterior.

Y entre uno y otro, la simple idea de existir era una osadía temeraria.

–Lo siento, amigo –dijo volviendo a levantar la cabeza.

Zil sostenía los niveles con sus pinzas, permanecía atenta a los medidores, aguardaba la máxima concentración de la fuerza de despegue.

–A menos 0 punto 010 horas –previno.

Yalsurisabar sostuvo su mirada.

Y ya no volvieron a hablar en el breve tiempo que siguió.

26

La nave abandonó el suelo.

Primero flotó sin esfuerzo, como si no hubiera fuerza de gravedad, oscilando en el silencio gracias a la liberación de sus sistemas de inducción. Después, muy lentamente, ganó más y más altura. En caso de un movimiento sísmico, el método habría sido distinto, mucho más rápido, empleando para ello todo el combustible extraído de la reacción interna del deuterio. No siendo necesario, el método era el tradicional. Limitaba el consumo, el desgaste de los convertidores, y evitaba la poderosa fuerza de choque en el despegue.

Las conexiones visuales cesaron, se desactivaron por sí solas.

Yalsurisabar desapareció de la pantalla.

–Adiós, amigo –repitió Steinein.

Cerró los ojos.

Dispondría de un largo, muy largo tiempo para recuperarse.

Pero en aquel momento su energía era el tímido rescoldo de un destello que se apagaba gradualmente en su cuerpo.

–¡Allá vamos! ¡Allá vamos! –oyó gritar a Zil.

La cúpula de la base de Ezebel 2 se abrió al aproximarse la nave, despacio, con una grandeza sólo comparable con la dimensión celeste que su apertura permitía vislumbrar.

Un pedazo de infinito muy negro, tachonado de miles, millones de puntos luminosos.

La puerta del Universo.

La puerta de un hermoso viaje.

Y la nave la cruzó, igual que un dardo plateado, marcado con las iniciales E-3577, hasta rebasar la cúpula y entonces extender sus dos grandes alas en forma de

delta, mientras bajo ella la cúpula volvía a cerrarse y sus luces se alejaban, apretando el reflejo de las estrellas en su curva superficie.

La gran Ezebel quedó atrás.

El desierto y el océano.

Hasta que fue visible el resplandor de los dos soles, que alumbraban el Hemisferio Sur al otro lado de Tierra 2.

–Steinein, Steinein... –musitó Zil.

Un giro, un suave arco, la fijación del primer rumbo. La plataforma espacial Ganímede, construida casi cuatrocientos años antes, era el testigo sordo, mudo y ciego del pequeño movimiento cósmico.

Las alas de la nave alcanzaron su extensión máxima. Otras dos, menores, surgieron del extremo inferior. El pájaro metálico recibió de lleno un primer destello de luz procedente del primero de los dos soles.

Su reflejo se expandió por el espacio.

–Velocidad Luz 1 en 0 punto 750 horas... Steinein, Steinein... ¿no es lo más hermoso del Universo...?

Pero Steinein 6-597 también era silencio.

El silencio de algo tan simple como el infinito del cual todo provenía.

La paz.

PUNTO 3
ESPACIO

27

Durante algunos días viajaron en un estado próximo al letargo, con mínimos energéticos de mantenimiento en ondas de frecuencia muy baja, que permitían una simple coordinación de todos los sistemas por parte del ordenador central. El cálculo de velocidad y la distancia de aproximación al agujero negro denominado Paso RSG fue programado de forma que ambos se activasen antes del instante decisivo.

Zil fue la primera en hacerlo.

Un chorro de energía atravesó su cuerpo cilíndrico, despertando cada célula microprocesal. La luz surgió de sus miles de ventanitas y en la penumbra de la cabina de mando, iluminada tan sólo por los ordenadores de la nave, el espacio quedó salpicado de un infinito de puntos luminosos multicolores. Las retículas oculares de la máquina fueron de ellos al ventanal a través del cual la negrura formaba un manto espectral.

El Cosmos, a velocidad diez luz.

–¡Steinein!

El científico se movió. La suspensión en la burbuja de aire en la cual flotaba perdió densidad y descendió a nivel del suelo, donde inició su recuperación. Cuando las luces volvieron a sus ojos, Zil extendió uno de sus brazos y le ayudó a incorporarse.

Steinein se asomó al ventanal de la cabina.

–¿Hemos llegado ya al Paso? –preguntó.

–Lo sabremos enseguida. Faltan 2 punto 500 horas para la conversión a velocidad normal.

–Entonces deberá estar ahí, delante de nosotros.

A velocidad diez luz la nave era igual que una flecha invisible en un espacio que se extendía igual que un tubo negro. Los propios correctores de vuelo se encargaban de alterar el recorrido, en grados y minutos, para evitar colisiones con asteroides, planetoides o planetas cuya órbita coincidiese con el rumbo. Un sistema perfeccionado al máximo y que unía la mayor velocidad conocida con las más avanzadas y nuevas teorías de la física espacial. Los cálculos proporcionados con el estudio del Espacio Curvo habían convertido en simples las distancias cósmicas, partiendo de la supresión del concepto de «línea recta» como distancia más corta entre dos puntos. El uso y empleo de los agujeros negros completó tiempo atrás la más fantástica de las realidades. Todavía no se conocía absolutamente todo acerca de ellos, pero sí la forma de atravesarlos, atendiendo a sus dimensiones, características, densidad y poder. Aún se ignoraba, sin embargo, uno de los factores esenciales: la relación espacio-tiempo al pasar por ellos, tanto en un sentido como en otro. Pasar de uno a otro lado representaba entrar a formar parte del tiempo existente al otro lado. Podía recuperarse el tiempo propio al regresar, porque la nave efectuaba una regulación de velocidad con la dimensión del eco espacial dejado por sí misma al entrar en el agujero negro. La mayor o menor velocidad, según el tiempo permanecido en la parte del Universo visitada, equilibraba el tiempo unitario de la nave.

Pero un solo segundo de diferencia, o una fracción de grado errónea en la maniobra de cruce, tal vez fuese el equivalente de una distancia infinita no calculada, o unos años de alteración en la medición del tiempo.

Las naves del Proyecto A diseñado por Balhissay 1-15, entonces Balhissay 2-15, habían ido y regresado de la Tierra en tres semanas.

Casi cuatrocientos años antes, en el caso de la primera, la Doble Delta A-795 del capitán Ludoz 7-521.

–Conversión a velocidad normal –previno Zil.

No hubo ninguna otra señal que la propia iluminación del Universo al otro lado del ventanal. Las estrellas, las constelaciones y galaxias, la inalterable grandiosidad del infinito.

Y frente a ellos, la turbulencia espectacular del Paso RSG, el agujero negro por el que un día se desplazó la humanidad conocida hasta hallar Tierra 2, y por el que ciento sesenta y cinco años antes regresaron los seres humanos en busca de sus raíces hacia un destino que seguía siendo desconocido.

–¿No es… extraordinario? –exclamó con admiración Zil, cubierta de un espectral halo de luz blanca.

–Una de las mayores fuerzas del Universo.

–El poder absoluto, la síntesis de cuanto se conoce.

–Y el eterno misterio de su valor –afirmó Steinein.

Zil programó el nuevo rumbo en el ordenador de la nave. La entrada en ángulo de 27 grados y por el punto sur 5 este 2 de las coordenadas de intermedición estelar.

–¿Quién determinó esta forma de atravesarlo para llegar al otro lado? –preguntó Zil.

–Según parece, antes de que las naves procedentes de la Tierra, con los supervivientes del Gran Holocausto, lograran franquear el agujero negro, pasaron algunos meses o años, quién sabe, ya que de ello hace más de diez mil años, haciendo los cálculos correspondientes.

–Pero… si no sabían lo que encontrarían al otro lado.

–Conocían la fuerza de atracción del agujero y determinaron que únicamente con estas coordenadas y a velocidad tres luz era posible contrarrestar sus efectos. El agujero tiene ahí un punto de inflexión, algo que podríamos llamar una zona muerta, en la que gravita un campo magnético neutro. En sentido contrario es lo mismo: 27 grados y el equivalente de sur 5 este 2, que obviamente es norte 5 oeste 2.

–Estamos a menos 1 punto 750 horas de posición –informó Zil, atenta a lo que informaban los ordenadores de la nave.

–Será un agradable viaje por la Nada.

–¿Y en el otro lado?

–Habrá que volver al letargo una vez programado el rumbo definitivo en dirección al cuadrante 2 537 983 en vector 2 del curso punto 5. Estableceremos la relación con el cuadrante 4 108 del sector Oscuro y fijaremos los límites de Glariben, Amaziz y Orianne. Prácticamente podemos mantenernos en reposo hasta la Vía Láctea. Lo mejor sería reactivamos a las puertas del Sistema Solar, para realizar una aproximación manual desde allí. No sabemos si la raza humana continúa en la Tierra o si su tiempo, siendo distinto del nuestro, les ha hecho ya alcanzar los planetas intermedios o incluso los extremos de su Sistema.

El silencio era total y, sin embargo, el agujero negro rugía en su inmenso silencio. Con la nave casi tangencial a él, llegando a su ángulo de 27 grados sobre su horizontal, era como un gran ojo ciego que miraba de lado al vacío.

–La oscuridad suprema –dijo Steinein.

Y no volvieron a hablar, esperando el momento decisivo de cruzar la última puerta.

Para volver a casa.

Las primeras máquinas... 10150 años después.

28

–Ése es Neptuno –señaló Steinein.

–Y ahí están sus dos pequeños satélites, Tritón y Nereo –la voz de Zil tenía un vibrante tono metálico–. Lo he visto tantas veces en hologramas, en proyecciones visuales y hasta en los mismos programas de información y adecuación, cuando fui instruida, que ahora es como si esto fuese de lo más familiar.

–Te comprendo. A mí me sucede lo mismo.

–¿Puede ser que esté experimentando un efecto de... ansiedad?

–Impaciencia lo llamaban ellos.

Zil destelló un haz violáceo.

–Los últimos millones de kilómetros...

–A esta velocidad deberíamos reducir aproximadamente en la órbita de Marte.

Zil controlaba de forma directa las maniobras desde la entrada de la nave en el Sistema Solar. Steinein continuaba sentado frente al panel de comunicación. Las pantallas comenzaron a emitir destellos, captando señales y radiaciones, sensibilizadas por sus receptores de largo alcance.

–¿Reflejos? –preguntó Zil.

–Señales humanas –le rectificó el científico.

–¿Seguro?

–Posible. El espacio dentro del Sistema Solar puede estar lleno de ondas perdidas y hasta de mensajes estelares que han rebotado en alguna parte y vagan sin rumbo. Un sonido jamás se extingue aquí, en la inmensidad. Viaja como una señal, como la luz, y puede ser recibida por una inteligencia viva millones de años después de haber sido emitida.

Redujeron la velocidad luz sobrepasada la órbita de Marte. Fue en ese momento cuando Zil introdujo en la computadora de la nave los datos orbitales de la Tierra en relación al Sol y al resto de los planetas, para determinar curso y punto de intercepción. La computadora le resolvió el problema en cuatro segundos. Con los nuevos datos el ordenador, que establecía la velocidad y la relacionaba con la distancia, dio el rumbo final.

Y el tiempo.

–Estaremos en la Tierra dentro de 12 punto 550 horas –anunció Zil.

Steinein abrió todos los canales de comunicación, programándolos para captar impulsos inteligentes, orales o físicos. Un ordenador comenzó a buscar frecuencias y al instante las pantallas se llenaron de interferencias y voces.

Voces... humanas.

–... en perpendicular por meridiano...

–¿Me escuchas?

–... y es todo. Cambio y cierro.

Zil miró las pantallas.

El primer sonido humano que escuchaban en ciento sesenta y cinco años.

–Está... lleno de voces –dijo–. El espacio está lleno de ellas.

–Pero no sabemos su edad –previno Steinein–. Podrían haber sido emitidas hace mucho tiempo.

No hubo posibilidad de discutir o razonar esta alternativa. Zil emitió una cerrada descarga de luces blancas y rojas.

–¡Tengo algo en pantalla de relación vectorial! –gritó.

Steinein lo buscó en su sistema de comunicación. Detectó lo que Zil había descubierto a una distancia de veinte mil kilómetros, frente a ellos. Parecía un objeto metálico.

Y era un objeto metálico.

Las voces seguían surgiendo envueltas en interferencias. Steinein cerró los circuitos para concentrarse únicamente en su hallazgo.

–Esas voces... ¿no podrían venir de ese objeto?

–No lo creo.

–¿Ni siquiera una?

–Calla... –pidió el científico.

Buscó un camino entre las longitudes de onda para captar cualquier emisión procedente del lejano punto metálico. Paralelamente, introdujo sus coordenadas en un ordenador de identificación de largo alcance. En la pantalla del ordenador se dibujó el perfil del objeto.

–Parece... –dudó Steinein.

Zil se acercó a él. En la pantalla vio un tosco paraguas, una especie de nave parabólica, irregular, con una antena y algo parecido a un cuerpo cilíndrico, muy brillante, con unos signos impresos en su superficie.

–¿Qué es eso? –preguntó.

Surgió un sonido al localizar la frecuencia de la nave la señal del objeto.

–Bip... bip... bip...

–¿Es un código? ¿Significa algo?

Era regular, monótona, uniforme. A pesar de ello, Steinein trasladó la señal a otro ordenador de interpretación. El aparato emitió un breve y lacónico informe.

–No registrable –anunció.

El científico le preguntó al ordenador principal:

–Información sensorial acerca del objeto situado en pantalla.

El ordenador analizó la extraña nave. Hizo un dibujo de frente, parte trasera y perfil. Estudió componentes y calculó velocidad. Su voz cantó los resultados.

–Objeto volante identificado como nave de velocidad primitiva. Composición: hierro y aleaciones. Propulsión simple y emisión de energía nuclear en estado primario. No hay formas de vida inteligente en su interior.

–Entonces... ¿qué es? –profirió Zil.

Steinein tardó un poco en responder.

–Tengo en mi memoria algunos datos –dijo–. Y no sé si...

–¿Sabes lo que es eso?

–No exactamente, pero hace mucho tiempo, miles de años, los seres humanos exploraban el espacio mediante algo llamado satélites artificiales..

–¿Y eso qué significa?

–Puede ser uno de ellos. De hecho ha de haber cientos, miles, perdidos por el Universo, con mensajes, o simplemente aparatos que un día prestaron un servicio, enviando señales a la Tierra, para después desaparecer más allá de los límites del Sistema Solar.

Lo vieron pasar a una distancia de unos dos mil kilómetros aproximadamente, no por sistema visual, sino a través de las pantallas de seguimiento. Se movía a una corta e insignificante velocidad, por la cual tardaría alrededor de diez años en alcanzar la periferia del Sistema. Steinein volvió a abrir los canales auditivos y nuevamente las voces se expandieron por el interior. Ahora ya no se trataba de una sola lengua, sino de varias, un conglomerado de ellas.

–... yes, I know don't...

–... et les étoiles...

–... verboten aus...

–... per lei fare qualcosa...

–... acción en perpendicular...

Sonidos, música, una saturación que los sensibles canales captaban y captaban, de forma que Steinein tuvo que acabar cerrando todas las frecuencias.

–Pero qué... –comenzó a decir Zil.

Steinein no se movía.

–Son las antiguas lenguas, las primitivas formas de expresión antes de que en Tierra 2 se pasara a la lengua única. Ofreciendo cada una de ellas una riqueza de sí misma; y perteneciendo a la historia de la humanidad, como pertenecían, jamás fueron olvidadas. Se conservaron en memorias, bancos de datos, ordenadores y hasta cursos de programación. Cualquiera podía aprender una primitiva lengua sometiéndose a un programa de aprendizaje subliminal o introduciendo en su cerebro un sensor especial, no mayor que una microcélula. Y a nosotras, las máquinas, nos bastaba con ser sometidas a una reprogramación comparativa en nuestro sistema oral.

–¿Por qué han vuelto a utilizarlas?

–Tal vez no sea así –aventuró el científico– y sea el espacio el que siga saturado de señales.

–Sabes que estamos ya muy cerca de la Tierra y que esta nave tiene los mejores sistemas de nuestro mundo. Ésas eran voces procedentes de la Tierra.

Steinein sostuvo su mirada.

–La raza humana se llevó los archivos de su historia al regresar. Querían conocer sus errores para no repetirlos. Las lenguas formaban parte de todo ello.

–¿Quieres decir que han vuelto a su primitivo método de comunicación, o casi mejor decir de no comunicación? ¿Cómo pueden vivir en armonía sus comunidades si...?

La pantalla de relación vectorial emitió una señal y, antes de que Zil pudiera centrarse en ella, otra.

Por el ventanal Steinein vio algo sobrecogedor.

–El espacio está lleno de esas pequeñas cosas –dijo Zil–. Puedo calcular mil o más. ¿Cómo es posible...?

Miró al científico y reparó en su absoluta concentración.

–Son eso que has llamado satélites artificiales... Steinein, ¿me oyes?

Siguió la dirección de su mirada.

Y entonces la vio.

Agrandándose igual que un globo inmenso a medida que se acercaban a ella, recubierta de nubes y espirales gaseosas, brillando como un destello verde en un horizonte vivo.

La Tierra.

29

Redujeron aún más la velocidad, al máximo, cuando penetraron en la atmósfera. Bajo ellos se extendía un océano de dimensiones extraordinarias. Zil mantuvo la altitud en torno a los veinte kilómetros.

–¿Qué rumbo de aproximación a tierra? –preguntó.

Steinein memorizó sus datos de Teoría Histórica.

–Es lo mismo –respondió–. Viejos continentes y viejos nombres. Busca el punto más próximo habitado y algo más...

–¿Qué?

–Pon todos los sistemas en estado de alerta –sugirió.

–Ésta no es una nave de combate –dijo Zil–. Nunca las ha habido en Tierra 2, y ellos deberían...

–Hazlo –ordenó el científico.

Zil accionó varios dispositivos.

–Ya te entiendo –acabó diciendo–. La raza humana se fue de Tierra 2 poniendo fin a la guerra civil, pero, en teoría... esa guerra continúa. ¿Temes que puedan pensar que volvemos para...?

Steinein no respondió. Parecía concentrado en su propia consola de sistemas de comunicación y visualización. Activó los sensores de visión y ampliación a distancia y coordinó la recepción en el panel de pantallas. Todos sus sentidos se hallaban concentrados en lo que hacía, movimiento a movimiento. Zil concluyó la apertura del circuito de Máxima Seguridad. Ahora la E-3577 era una máquina viva, capaz de detectar y valorar cualquier alteración en su entorno y pasar la información al ordenador central para que éste, a una velocidad infinitesimal, la convirtiese en un dato y una sucesiva orden al sistema pertinente. Todo funcionaba a nivel de capacidad prioritaria. Los medidores de clima ofrecían datos de la densidad del aire, la del agua, temperatura exterior y a ras de superficie, tipo y composición de las nubes. Los interceptores de señales recibían, clasificaban, interpretaban y valoraban las voces que a toda potencia eran captadas en más de mil kilómetros en torno suyo. Los radares de alta sensibilidad registraban por arriba, por abajo y en derredor cualquier presencia física. En ellos vio Zil un sinfín de puntos móviles, flotando en el océano y volando por el cielo, a una menor altitud.

Salvo dos de ellos.

–Steinein, dos objetos voladores se acercan por la izquierda, en 9 punto 10. Velocidad Mach-5 en escala humana. Distancia, cinco mil metros y acercándose.

–Los tengo –indicó el científico–. Paso información a computadora.

La pantalla silueteó las formas de dos pequeños aparatos con alas. La voz impersonal del ordenador aportó la evaluación complementaria.

–Máquinas de acción limitada, con presencia humana en su interior. Capacidad ofensiva 100.

–¿Aparatos de combate? –soslayó Zil.

–Me temo que sí –dijo Steinein–. Hay una concentración de explosivos mediante efectos térmicos y reacción nuclear.

–¿Van a... atacarnos?

–No lo sé.

El científico abrió un canal de recepción auditiva. Sintonizó una frecuencia piloto y ésta actuó como sonda hasta establecer el contacto con las pequeñas naves que se aproximaban. Una voz humana, cargada de matices, sonó por un micrófono.

–Atención, atención. Objeto volante no identificado. Atención, ¿pueden oírme?

–¿Comprendes lo que está diciendo? –inquirió Zil.

–No, pero voy a procesar sus palabras. No tardaremos en tener una clave y en asimilarla.

–¿Puedes calibrar el matiz vocal?

–Sí –dijo Steinein–, y no me gusta. Prevé táctica evasora.

–¿Por qué? ¿Qué dice el ordenador en torno a ese matiz?

Steinein lo leyó.

–Agresividad, 95 por ciento; ira, 21 por ciento; ansiedad, 85 por ciento; inestabilidad, 50 por ciento. Promedio de hostilidad superando el límite permitido en casi 8 puntos sobre 10. ¿Te dice algo eso?

–Saben que venimos de Tierra 2 –lamentó Zil– y piensan que nuestras intenciones... Deberíamos hablarles. ¿Aún no está listo el proceso de conversión?

–No hay muchos datos.

–Atención, atención –repitió la voz que surgía por el micrófono–. Es necesaria identificación. Están sobrevolando una zona de máxima seguridad. Dispararemos en caso de que no rectifiquen el rumbo. Repito: dispararemos. ¿Me escuchan?

–Ahora han sido muchos sonidos –alentó Zil–. Podrá darnos la clave.

–Trabaja a toda velocidad, pero esas máquinas están ya demasiado cerca para

que nosotras podamos asimilar las características de su lenguaje –objeto Steinein. Y de pronto agregó, liberando un haz de luces rojas en sus ojos–: ¡Cuidado, Zil!

De uno de los objetos había surgido un punto luminoso, perfectamente detectado en la pantalla del radar. El ordenador empezó a emitir una pulsación de alarma.

–Elemento hostil –anunció–, elemento hostil en horizontal con vuelo E-3577. Encuentro de choque determinado a 0 punto 250 horas. Impacto en superficie. Objeto con capacidad de liberar una pequeña carga de energía nuclear. Hay posibilidad de daños. Se recomienda neutralización evasora.

–¿Nos están... atacando?

–Vámonos, Zil –ordenó Steinein–. No hay tiempo para razonar.

–¿Por qué tarda tanto ese ordenador logístico? –gritó ella.

–Es un lenguaje complicado. Desvía el rumbo cuanto antes.

Zil dirigió las pinzas de su brazo izquierdo al control básico y con las del derecho marcó nuevas coordenadas, descendiendo cinco kilómetros por debajo de su trayectoria y desviándose 30 grados al norte. En la pantalla de radar de Steinein, el punto luminoso que iba a su encuentro varió también el curso.

–Nos está siguiendo –anunció el científico.

–Elemento hostil integrado por máquina limitada, con cabezal compuesto de sensores direccionales de captación de energía –dijo el ordenador.

–Persigue el flujo térmico de nuestro motor –comprendió Steinein–. Pasa a velocidad décima de luz durante cinco segundos y después desciende a velocidad subsónica a nivel del mar.

–Podemos chocar...

–Hazlo, Zil –recomendó el científico–. Ahora.

No cabían demasiadas alternativas y obedeció. Los sistemas respondieron a los dos súbitos impulsos con normalidad. Una vez estabilizada la velocidad, la nave bajó lentamente al encuentro del océano. Una línea de tierra se recortó al frente.

El radar mostró un nuevo perfil de puntos en el aire y el mar y también en el interior de la franja costera, pero ninguno en sus inmediaciones, y menos denotando signos de hostilidad.

–Los hemos perdido –informó Steinein.

Zil parecía abatida. Los haces de luz de sus retículas oculares eran pálidos.

–¿Por qué no nos han dejado hablar? –lamentó–. ¿Por qué? Hubiéramos podido comunicarnos con ellos si…

Sobrevolaron tierra firme, aunque al otro lado volvieron a ver el océano. Era una isla, densa en vegetación, muy grande, con diversos núcleos habitados repartidos por su superficie. A pesar de volar tan sólo a velocidad subsónica, no pudieron determinar las características de sus habitantes.

–Descendamos aquí –opinó Zil–. ¿Qué más da un sitio que otro? Una vez que hayamos conseguido establecer un contacto…

Steinein estaba concentrado en el ordenador que asimilaba el lenguaje oído por el micrófono.

–Ya sé lo que nos estaban diciendo –dijo por fin–, y no me gusta.

Se lo tradujo a ella, palabra por palabra.

–No prueba demasiado –vaciló Zil.

–Lo suficiente para echar un vistazo a cada continente antes de descender y asimilar el mayor número de lenguas para hacerlo con garantías. Y también prueba que será mejor movernos con mucho tacto y, casi con toda seguridad, permanecer anónimos hasta comprobar cuál es su grado de animadversión hacia nosotras, si es mayoritario o tiene diferencias y, por supuesto, averiguar el grado técnico que hayan podido alcanzar. Ahora ya no somos dos seres humanos, ni unos náufragos galácticos en petición de ayuda o en solicitud de restaurar una vieja unidad. Somos dos embajadores de nuestro mundo y nuestra civilización, representantes de una cultura, frente a la evolución que los seres humanos hayan tenido desde que salieron de Tierra 2. Es posible que… muchas cosas hayan cambiado y, si es así…, nos toca saber el máximo antes de dar el paso decisivo o, de lo contrario…

Zil le miró perplejo, como evidenciaban sus altibajos de luz.

–De lo contrario… ¿qué? –preguntó ante el silencio de su compañero.

–De lo contrario…, todo –dijo Steinein–. Desde desencadenar una guerra cósmica que trajese como resultado el aniquilamiento de nuestra especie hasta provocar un nuevo holocausto aquí, en la Tierra, si los seres humanos han vuelto a separarse y a desarrollar sus diferencias en lugar de unir sus afinidades. ¿Sabes lo que sucedería si cada bando en litigio creyera que somos aliados del otro, o una nueva arma dispuesta a ser empleada contra ellos? ¿Sabes lo que sucedería

si el ser humano, eternamente ciego ante la razón, ante lo más simple, interpretara nuestra visita como si se tratase del nuevo Armagedón?

30

No era una guerra.

Sino cien.

No eran dos bandos.

Sino doscientos, tantos como países, razas, sistemas y creencias.

No era el mundo tecnológico que, en parte, había heredado el ser humano de Tierra 2, y cuya inteligencia hizo el largo y gran viaje de regreso ciento sesenta y cinco años atrás.

Era un mundo nuevamente limitado, de rigores absurdos, de miras estrechas, de nula capacidad de comprensión; un mundo intransigente y cerrado, en el que los abismos de la diferencia podían ser vistos hasta por ellos, que lo sobrevolaban a corta distancia. Diferencias especialmente entre valores olvidados en Tierra 2, como la riqueza y la pobreza. Diferencias entre la fuerza y la debilidad. Diferencias que siempre conducían al mismo e irreflexivo punto.

Vivir o morir.

Amor y odio.

Y, sin embargo..., la Tierra continuaba siendo el planeta más bello del Universo, la perla del Cosmos, la mayor concentración de aspiraciones físicas y químicas de la gran reacción universal.

–Tan hermosa... –musitó Zil.

–Para unos ojos tan ciegos... –aseveró Steinein.

Vieron ciudades rutilantes, tan fantásticas como extraordinarias, con altos edificios en los que palpitaba el pulso de la historia, y ciudades abiertas, tan extensas como una docena de Comunidades de Tierra 2. Vieron pueblos y aldeas, hombres blancos y negros, el día y la noche, el Sol y la Luna. Vieron ríos que cruzaban vergeles y surcos sucios que contaminaban eriales. Vieron selvas de exuberante belleza, en las que la vida era casi un alarido, y desiertos calcinados

por el Sol, en los que la supervivencia era casi imposible. Vieron hielos al norte y al sur y paraísos ecuatoriales. Viajaron arriba y abajo, surcaron océanos y lagos, circundaron las altas montañas nevadas y los abismos de fuego, volaron junto a los aparatos que de vez en cuando los atacaban y eludían, lo mismo que a nivel de las aguas, al lado de las embarcaciones que flotaban en ellas. Sus sensores captaron cientos de lenguas y ellos las convirtieron en programas. Asimilaron culturas y estilos, vieron imágenes y aprendieron. Descubrieron seres felices, conviviendo en paz y, a muy corta distancia de ellos, comprobaron los límites ilimitados del odio. Vieron nacer y vieron morir.

Y una palabra se repetía siempre en todas las lenguas.

Amor.

La más pronunciada y, al mismo tiempo, la más olvidada.

Amor de ser y existir, de nacer y crecer, de ofrendar y merecer. Amor de hombres y mujeres, de padres e hijos, de hermanos y hermanas.

Pero como si el amor fuese un cultivo con su carga de desperdicio y escoria, el odio germinaba paralelo en los países separados por una lengua, una ideología o algo llamado frontera, y en las propias ciudades que luchaban unidas pero vivían separadas, distrito a distrito, calle a calle, casa a casa.

Armas.

Cientos, miles de armas, de tierra y de aire, de muerte rápida y lenta, incluso en la breve franja orbital, apuntando en todas direcciones. Armas controladas por una tecnología simple y elemental, puesta en manos de los propios inestables e inseguros humanos.

–No han aprendido nada, nada –exclamó Steinein.

–Y, sin embargo, tienen la síntesis total –dijo Zil–. Son capaces de amar y odiar al mismo tiempo.

Mataban con un acto y amaban con un gesto. A veces bastaba un segundo de diferencia. La mano que firmaba una sentencia era la rival, aun formando parte del mismo cuerpo, de aquella que hacía una caricia. Sonreían, gritaban, se comunicaban, cantaban, soñaban y anhelaban. La gran espiral del deseo y la progresión geométrica del *más*.

Más.

Siempre más.

La otra palabra singular, tan infinita como el Universo, sin techo ni límite. Más y su equivalente, la ambición.

–¿Qué pueden darnos ellos? –articuló Zil.

–¿Qué podemos darles nosotras? –le preguntó Steinein.

Zil comprobaba las pantallas, el ventanal, los registros... Lo hacía todo al mismo tiempo, traduciendo palabras y procesando datos que no comprendía, viendo escenas maravillosas y escenas absurdas. Sus flujos energéticos eran una marea descontrolada y las luces de sus ventanas y su retícula ocular, un caos constantemente cambiante. Podía estremecerse microcelularmente ante una demostración de fuerza de la naturaleza de la Tierra y llenarse de sensaciones ante cada uno de los miles de pequeños hechos que, sin interrupción, se sucedían en aquel mundo mágico. Pasaba del asombro positivo al asombro negativo en un simple segundo, en el leve intervalo de un 0 punto 001 horas.

–¿Ves esas máquinas primitivas? Se mueven a través de esas cintas de transporte estáticas, que unen sus ciudades y están en todas partes, a miles, a millones. ¡Son casi tantas como los seres humanos!... ¡Mira, carecen de control, han chocado dos entre sí y sus ocupantes ya no se mueven!... ¿Una fábrica? ¿Has oído, Steinein? Sus fábricas son el equivalente a nuestros centros de producción, y en ellas también hay máquinas que trabajan para el ser humano, pero, ¿qué clase de máquinas son ésas? No tienen voluntad, no son más que... robots de servicio, montajes de hierro sin vida... ¿Por qué? ¿Por qué?... Hay ordenadores, computadoras, una en casi cada hogar de esa ciudad, y, en cambio, no había ninguna en la otra ciudad que acabamos de ver. ¿Por qué? ¿Por qué? Sus ordenadores son elementales, todo es elemental. En estos ciento sesenta y cinco años no han hecho nada... nada...

–Míralos, Zil, míralos –dijo Steinein–. De ellos provenimos, de ellos hemos heredado cuanto somos y cuanto sabemos. Ellos nos construyeron y programaron. ¿Puede un hijo avergonzarse de su padre?

–¿Y la guerra?

–Fue una situación. La guerra es siempre una situación crítica. La paz es la verdadera batalla. ¿Descendemos?

Se miraron con algo parecido a un... sentimiento, unidos por la fuerza de sus luces oculares.

–¿Acaso no vinimos a eso? –preguntó ella.

–Saben que estamos aquí. Aunque nos ocultemos y nos confundamos entre

ellos... puede ser peligroso. Nos buscarán. Dispondremos de muy poco tiempo.

Zil se acercó a su amigo y compañero. Flotó ante él, envuelta por el quedo rumor de sus sistemas.

–¿Por qué me dices todo esto?

–Por si existe una razón lógica que nos aconseje irnos.

–¿Crees que existe?

–No –dijo Steinein.

–Entonces... –afirmó Zil.

La nave sobrevolaba una zona montañosa, alumbrada por la claridad de un bello y diáfano día. El radar no señalizaba ninguna presencia hostil en cien kilómetros a la redonda.

31

Descendieron en un claro situado en la confluencia de dos montañas pobladas de verdor, al otro lado de las cuales detectaron previamente una pequeña localidad, no mucho mayor que un pueblo de los cientos, miles, que habían visto diseminados a lo largo y ancho del planeta. Los sensores calcularon un número de seres vivos próximo a los dos millares, de los cuales únicamente un tercio eran humanos. El resto, integrado por animales de diversas especies naturales, carecía de niveles mínimos de inteligencia, según los medidores. Podía ser suficiente para establecer un contacto.

Mejor dicho, era preciso que lo fuese.

–¿Qué haremos si no es así? –preguntó Zil.

–Lo único que quedará por hacer: interceptar sus sistemas de comunicación mundial y dirigir un mensaje a los dirigentes de las naciones actuales.

–¿Sería posible hacerlo?

–Sí, empleando toda la energía que fuese capaz de generar la nave y viéndonos obligados, por tanto, a quedarnos aquí el tiempo suficiente para restablecerla y alimentar los sistemas.

–Eso nos dejaría... a su merced.

–Ése es el problema –apuntó Steinein curiosamente vivaz.

Bajaron por el tubo de aire a través de los distintos niveles y accionaron el dispositivo de apertura de la puerta, firmemente sellada desde su salida de la base de Ezebel 2. Una bocanada de aire fresco les golpeó suavemente las estructuras. Un aire integrado por mil sabores que Zil no conocía y que Steinein creía olvidados.

–En otro tiempo la atmósfera de Tierra 2 tenía muchos de estos aromas.

–Me gustaría poder respirar –dijo ella–. Llevar este aire a mis circuitos, en lugar de contentarme con analizarlo a través de mis percepciones sensoriales.

–Vamos –dijo el científico–, y confiemos en que no llueva mientras estemos fuera de la nave.

Pisó el irregular suelo de la Tierra, y sus pies acusaron todos y cada uno de los pequeños y grandes desniveles. Zil, flotando a su lado, tuvo que ayudarle a mantenerse erguido y en algunos momentos se vio obligada a sostenerle, para salvar oquedades y desniveles llenos de irregularidades. La distancia no era excesiva, pero tardaron cerca de 4 punto 000 horas en llegar. La medición del tiempo terráqueo, dividiendo el día en 24 horas, se correspondía a la medición del día en Tierra 2, aunque allí su equivalente fueran 100 punto 000 horas. Una hora terráquea se convertía en algo más de 4 punto 000 horas, si bien la duración del día en Tierra 2 era aproximadamente de 25 horas, con lo cual 4 punto 000 horas quedaban perfectamente equiparadas a una hora de la Tierra.

Fue al divisar el pueblo cuando Zil pensó en el problema final.

–No podemos mezclarnos con los humanos así –dijo señalando sus cuerpos metálicos–. Tú todavía eres un androide, y si te cubrieras con algo..., pero yo...

–Pensaba en ello –contestó Steinein–, y desde hace unos minutos he encontrado una solución. Mira hacia allí.

Zil siguió la dirección de su mano.

Vio una casa aparentemente abandonada y un cobertizo lleno de curiosos artefactos. Algunos los había visto sobrevolando pueblos y ciudades. No comprendió el alcance de lo que el científico quería decirle hasta que le observó. Steinein cogió una vieja prenda en la que se introdujo. Luego cubrió sus piernas y sus pies y, por último, su cabeza. Cuando terminó, de él no se veía más que el rostro.

–Sería perfecto con unas gafas –dijo–. Tendré que cerrar mis circuitos oculares y ver por simple contacto, sin luces que puedan delatarme.

–¿Qué sería perfecto con unas qué?

Steinein emitió su peculiar bip-bip, la fricción microprocesal que en casos concretos equivalía a una simple risa tanto como a una sonora carcajada.

–Los humanos llevan gafas en los ojos para ver mejor. ¿No has visto unos aros de cristal cabalgando sobre sus narices? Y en cuanto a lo que yo me he puesto... son prendas muy primitivas, pero necesarias en la Tierra por los cambios climatológicos. Esto –señaló sus pies– se llaman zapatos. Lo que me cubre las piernas es un pantalón; lo de la cabeza, un sombrero, y lo que llevo por encima tiene nombres diversos, como abrigo, gabán...

Zil miró a su alrededor.

–¿Y yo? –quiso saber–. ¿No irás a dejarme aquí?

–Tú eres demasiado compleja pese a ser una máquina de estructura simple –lamentó Steinein sin dejar de parecer divertido y modular su voz con un cargado acento de ironía–. La única forma de que pueda llevarte entre los humanos es ahí.

Le indicó un artilugio en forma de balsa, con cuatro ruedas para ser deslizado por el suelo.

–He visto alguno en las ciudades. ¿Qué es?

–Un cochecito para niños –dijo el científico–. Bastará con que te cubra con una manta y te estés quieta. Serás un bebé dormido.

Zil miró el curioso objeto. Volvió su retícula ocular a Steinein y de nuevo la centró en lo que su compañero había llamado cochecito. Steinein estaba ridículo, pero lo era todavía más su idea.

–No estarás hablando en serio, ¿verdad?

Steinein plegó sus facciones.

–¿No querrás que yo me meta en eso y deje que tú...?

La luz de los ojos de su amigo era muy pura, livianamente rosada.

Por ella supo que, en efecto, hablaba en serio.

32

Aquél era un curioso lugar.

Una docena de seres humanos, todos hombres, se acodaban en un mostrador detrás del cual otro hombre les servía líquidos de colores, que extraía de botellas de cristal o fuentes adosadas al mismo mostrador. El resto del local lo cubrían varias mesas de madera y algunas sillas ocupadas por otra docena o más de hombres que ingerían los líquidos de colores y hablaban, unos en voz baja y otros a gritos. Algunos medían algún tipo de fuerza intelectual jugando a algo. Dos estaban concentrados frente a frente, ante un tablero ocupado por unas piezas de madera distribuidas en un reticulado de cuadros blancos y negros. Otros cuatro sostenían unos rectángulos de papel o cartulina en sus manos, y los intercambiaban en el centro de la mesa. Tres más formaban una serpiente con unas piezas de materia plástica que iban prolongando con fichas que conservaban en su poder. En la parte frontal, a la entrada, una pantalla videofónica en colores ofrecía sucesivas imágenes sin que, momentáneamente, los hombres les prestaran mucha atención.

Fue precisamente la pantalla, visible desde la calle a través de los cristales, lo que impulsó a Steinein a entrar en aquel sitio.

Temió no ir debidamente disfrazado, porque todos los humanos, sin excepción, impulsándose mutuamente con su silencio o su sorpresa, miraron hacia él y el cochecito en el cual Zil permanecía inmóvil y sin luces. Iba a salir de nuevo, dispuesto a huir y advertir a su compañera, cuando los hombres retornaron a sus respectivas actividades. Sus sensores, agudizados al máximo, captaron únicamente algunas frases singulares.

–¿De dónde habrá salido ése?

–Mira que los hay...

–Se habrá escapado de algún manicomio.

–¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Hoy no ha subido ningún coche por la carretera... ¿Me equivoco?

Parecía causar cierta sorpresa y conmoción, pero nada más. Se tranquilizó. Dudó entre sentarse en una mesa o imitar a los que estaban de pie en el mostrador. Optó por esta última alternativa con el fin de quedarse cerca de la puerta. El hombre que tenía más cerca, un obeso representante de la raza, que evidenciaba buena salud y sobrealimentación, le lanzó una desconfiada mirada de reojo.

Luego, se llevó el recipiente de cristal que tenía entre las manos y trasegó la mitad de su contenido, un líquido espumoso de color ocre, de un solo trago. Vestía una vieja zamarra y unos pantalones muy remendados y un abundante e hirsuto vello facial cubría sus mejillas y el mentón.

En la pantalla, una mujer gritaba y se agitaba blandiendo un recipiente de colores. De él surgía un chorro blanco que hacía caer patas arriba a unos insectos dibujados toscamente.

La mujer desapareció y su lugar fue ocupado por un hombre, apenas una fracción de segundo. Luego, por una de las máquinas que llenaban las calles y las cintas de transporte estáticas que unían las ciudades. Otra fracción de segundo. El hombre parecía feliz sentado dentro de la máquina. Unas cifras. Unos números. La máquina corriendo. Un cielo rojo, un cielo azul. Una mujer con poca ropa. La máquina que se detenía a su lado. Luego, el hombre, la mujer y la máquina se perdían por el horizonte de la cinta de transporte estática.

Una nueva imagen, inconexa, sin relación con las anteriores. Ahora una voz hablaba de «tributos, obligaciones, impuestos»... La sucesión de planos seguía siendo muy rápida, inasimilable. Tal vez por ello los humanos no prestaban atención a la pantalla videofónica, pero entonces... ¿por qué emitía ésta aquel caos sin sentido? La siguiente sucesión de imágenes con su breve y escaso nexo mostró el hogar de una familia humana, hombre, mujer, un niño y una niña. Todos sonreían. De pronto el hombre desaparecía y otra voz misteriosa decía: «No los olvide a ellos». No comprendió el mensaje. Luego reaparecía el hombre y en un plano muy profundo se los vio a los cuatro caminando de espaldas por un vacío inconsistente. La voz de la pantalla dijo: «Viva seguro para que los suyos vivan seguros».

–¿Qué va a ser, amigo?

Su abstracción desapareció en un instante. Era tan intensa, tratando de asimilar la clase de mensajes o el sentido de aquella emisión videofónica, suponía que necesaria y útil para el bien comunitario, que no se había dado cuenta de que el hombre que repartía las bebidas al otro lado del mostrador estaba ante él, observándole con desconfianza.

–¿Qué?

–¿Qué va a ser? –repitió.

Steinein quedó momentáneamente en suspenso. Reaccionó más por un proceso de instinto que por naturalidad. Señaló el recipiente de cristal de su vecino.

–Uno de ésos –dijo.

Las imágenes desaparecieron de la pantalla. Una música y un aviso, parecido a los que precedían en Tierra 2 la emisión de boletines informativos, despertaron su atención. Pero sólo la suya. El resto de los hombres continuó entregado a sus momentáneas ocupaciones o tan abstraídos como el que tenía al lado. Steinein tuvo un curioso deseo de comunicación.

–Perdone –dijo tocando con su mano el hombro de su vecino–. ¿No ve el boletín de noticias comunitarias?

Actuó con premeditada simpleza. Los seres humanos eran eminentemente simples.

No le gustó la clase de mirada del humano, ni el tono de su voz, ni la forma de responderle.

–¿El boletín de qué?

Steinein señaló la pantalla videofónica.

Un hombre hablaba ya de un conflicto armado en algún lugar.

–Oiga, déjeme en paz –masculló el momentáneo interlocutor del científico–. ¿A quién diablos le interesa lo que digan y lo que esté pasando por ahí? Siempre andan con lo mismo.

El del mostrador le puso un recipiente de cristal delante, lleno de líquido. Su faz continuaba manteniendo una desconfiada expresión.

–Tenga, abuelo –le dijo.

Steinein no respondió. ¿Abuelo? ¿Era posible que le hubiese confundido con otra persona? Tenía muy presente en la terminología humana el significado de aquella palabra.

Le envió un mensaje en baja frecuencia a Zil.

–Singulares.

–No percibo ningún tipo de vibración positiva –le contestó ella–. ¿Dónde estamos?

Steinein no contestó.

No sabía cómo definir aquel lugar.

Volvió su atención a la pantalla videofónica. En ella vio una escena dantesca: no menos de medio centenar de personas muertas, y otras, con armas

espectaculares, de pie entre ellas, sonriendo. Ninguno de los presentes se movió.

Iba a decir algo, tal vez presentarse, incómodo e inquieto ante aquella serie de peculiares circunstancias, cuando una nueva imagen hizo que todos sus sistemas se disparasen a la vez. Ignoraba dónde estaba, qué sucedía, quiénes eran aquellas gentes y el motivo de su indiferencia y falta de solidaridad comunitaria, pero lo que no ignoraba era su relación con lo que ahora estaba viendo.

Su nave.

La E-3577, sobrevolando una ciudad y otra y otra más.

–¡Eh, sube eso! –dijo alguien.

Sus sensores le permitían captar cualquier sonido; sin embargo, aquella voz bastó para que en el lugar se produjera un súbito silencio. El hombre del mostrador se acercó a la pantalla, manipuló un pequeño dial y el tono vocal de la emisión aumentó hasta dominarlos a todos.

Finalmente atendían al boletín informativo.

Por su presencia.

–Zil –le dijo a su compañera por síntesis telepática–, ¿lo oyes? Nos han reconocido.

–... por lo que parece claro que se trata del mismo objeto volante y no de varios, según se había manifestado anteriormente en los primeros partes informativos de urgencia... –habló una voz procedente de la pantalla.

–¿Qué te parece? –dijo un tipo grotesco, de rostro alargado.

–¡Bah! –le respondió uno, a su lado–. ¡Eso no es más que publicidad de una maldita película!

–¿En el informativo? –rezongó un hombre calvo–. Ya os he dicho muchas veces que ahí afuera –su dedo señaló hacia arriba, pero Steinein no vio nada en el techo– hay gente.

–¡No digas tonterías!

El calvo miró desafiante al que acababa de hablar, uno de los que sostenían las cartulinas, sentado en la mesa más distante del mostrador.

–¡Repite eso y te parto la cara! –gritó.

–¡Está bien, no dices tonterías! –intervinó otro hombre más–, pero convéncete de que eso –señaló la pantalla, en la cual continuaba viéndose la nave– no es

más que alguna clase de condenada cosa inventada por los unos o por los otros, ¡ya lo verás!

–¿Cohetes espía?

Las voces comenzaron a intervenir al mismo tiempo. De pronto era como si aquellos seres apáticos y silenciosos tuvieran deseos de comunicarse, pero todos a la vez, sin lógica. Steinein dejó de prestar atención a la pantalla, donde la misma voz seguía hablando sin decir nada, refiriendo algo de comités científicos y reuniones de alto nivel para tratar el tema. No entendía el tratamiento de la noticia del regreso de las máquinas a la Tierra, pero menos entendía la reacción de los que compartían con él aquel recinto.

–¡Bueno, bueno, no gritéis tanto! –ordenó el hombre del mostrador.

–¡Si vienen de fuera nos van a poner a todos firmes y en paz, ya verás!

–¡Siempre andan con lo mismo! ¿Y para qué? Yo os lo diré: ¡tratan de asustarnos!

–En eso estoy de acuerdo: los unos y los otros. Ya os lo digo yo.

–De todas formas, siempre andamos con lo mismo: un poco de miedo en el cuerpo...

–Son ellos, son ellos, ¿no veis que ésa es una nave espacial nunca vista en la Tierra? ¡Por fuerza ha de venir de alguna parte del Universo!

Steinein miró al que había dicho estas últimas palabras. Levantó su brazo derecho.

–Tiene razón –dijo débilmente.

Nadie le escuchó.

–Cállate, Steinein –le pidió Zil en síntesis telepática.

–¡Bueno, ya está bien! –gritó el hombre del mostrador una vez más–. Si no os calláis, apago el televisor y se acabó.

En la pantalla, otro hombre, anciano, hablaba de una teoría absurda.

–Zil –dijo Steinein–, algo sucede, no..., no lo entiendo.

–Salgamos de aquí, busquemos a otros seres humanos –le pidió ella–. Puede que ésta sea una comunidad poco desarrollada... o en desuso, ¿entiendes? ¿Has olvidado cómo llaman los humanos a sus Clase 10?

–Locos.

En aquel momento una de las voces pronunció nítidamente.

–¡Bah, estás loco!

Steinein se apartó del mostrador. Zil había dado con la clave. Obviamente era la explicación más sencilla y él –¡viejo absurdo!– no supo verla ni razonarla con lógica desde un principio. Un punto de confinamiento de Clase 10 humana, un... manicomio, sí, ése era el nombre: manicomio. Igual que sus Centros de Aislamiento, Residencias Corporativas y Centros de Reprocesamiento Microcelular. No tenían que haberse posado tan lejos de una verdadera ciudad. La raza humana llevaba a sus locos a las montañas, donde no podían hacerle daño a nadie.

Tan sencillo.

¿Qué les importaban a ellos los boletines de noticias? ¿Qué sabían de las máquinas y la historia común de ellas y de los humanos en el pasado?

Asió el cochecito para niños por su soporte de conducción y lo hizo girar lentamente, en dirección a la puerta, separada tan sólo tres pasos de donde se encontraba.

No dio más que uno.

–¡Eh, oiga! ¿Dónde se cree que va?

Giró la cabeza. El silencio era de nuevo ostensible. Todos le miraban. Algunos incluso sonreían.

Pero no eran sonrisas plácidas ni humanas.

Eran muecas burlonas. En cada par de ojos vio una mezcla de ironía, desprecio, indiferencia, asco...

El hombre del mostrador le apuntaba con un dedo acusador.

En alguna parte de su cuerpo Steinein percibió una fluctuación de energía, un desequilibrio súbito, nivelado inmediatamente por una activación de los sistemas compensadores.

–¿Es... a mí? –preguntó.

–¿A quién si no? –exclamó el del mostrador–. ¿O no se largaba sin pagar?

Comprendió la relación. En otro tiempo los seres humanos establecían valores de compensación por cuanto hacían. Simplemente... habían vuelto a esa vieja y estúpida costumbre.

–No… no he utilizado mi recipiente –indicó señalando su artilugio de cristal, todavía lleno.

Algunos se rieron.

–Lo que se pide se paga, viejo –profirió el tipo.

Steinein miró en derredor suyo. Zil estaba callada.

–Yo… –dijo–, no tengo… ¿cómo lo llamáis?

Hubo una carcajada general. Todos menos el que exigía la contraprestación a cambio del líquido de color.

–¿Habéis oído qué voz más rara? –dijo el calvo–. ¡Parece que hable por un tubo!

–Dinero –se burló el del mostrador–. Aquí lo llamamos dinero. ¿En tu pueblo no?

–Allí no hay dinero –expresó Steinein.

Nuevas risas.

–¡Toma ya, ni en ninguna parte! ¡Este tipo me mata!

Steinein miró hacia el que acababa de decir aquello. ¿Matar? ¿De qué estaba hablando? Le envió un mensaje en baja frecuencia a Zil.

–Será mejor decirles la verdad, aunque su actitud…

–¿Qué hago? –quiso saber ella.

–Espera, tú aún no te muevas –aconsejó él.

El hombre del mostrador le dijo al que había sido su vecino:

–No dejes que salga por la puerta. Eso lo arreglo yo enseguida.

Y se dispuso a salir, dando la vuelta por la parte más alejada de donde se encontraban.

–Es el tipo más estrafalario que jamás me he echado a la cara –comentó uno de los humanos–. ¿Os habéis fijado en sus ojos? Parecen de cristal.

El hombre que había estado a su lado en el mostrador se apartó de éste y dio un paso en su dirección. Los sensores de Steinein registraron el elevado tanto por ciento de agresividad, la adrenalina negativa despertada por su presencia y su actitud. La concentración de energía de su cuerpo alcanzó el límite de saturación. Un cúmulo de electricidad estática se condensó en la estructura de su soporte al no poder fluir en forma de colores a través de los ojos.

–Vamos, abuelo, no sea estúpido –dijo mientras el del mostrador se acercaba por el centro del local.

Entonces levantó su mano derecha y la dejó caer sobre el hombro de Steinein.

La descarga eléctrica que recibió hizo que la apartara al instante.

–¡Mi mano! –gritó–. ¡Me la ha achicharrado!

El del mostrador se detuvo a menos de dos pasos. Los que permanecían sentados se pusieron en pie. Los otros se acercaron con cautela, formando un semicírculo ante él. Nadie se movió, ni hizo gestos bruscos, a excepción del que le había tocado, que giraba sobre sí mismo lanzando improperios. Steinein llegó al grado máximo de su desconcierto.

–Yo no quería... hacerle daño... –musitó con voz opaca–. No sabía que...

–Será mejor ir a buscar a la policía –dijo alguien.

Se acercaron, uno a uno, en actitud cada vez más amenazadora.

–Primero veremos qué hay en ese cochecito –dijo otro.

Steinein comprendió que jamás podría dar media vuelta, maniobrar con el transporte de Zil, abrir la puerta, salir por ella y echar a correr. Difícilmente podía andar manteniendo el equilibrio sobre aquel suelo tan áspero e irregular, así que la palabra «correr» era del todo utópica. Por primera vez sus ojos destilaron un haz de luces rojas, un abanico que se desparramó a su alrededor.

Entonces Zil salió del cochecito flotando.

Todas sus luces se activaron al mismo tiempo y su cuerpo pasó a ser un ascua multicolor. La retícula ocular trenzó una oleada sucesiva de luces y los brazos extensibles salieron de sus soportes, desplegando las pinzas para ayudar al científico si era necesario.

Los hombres se detuvieron.

Zil permaneció ingrávida frente a ellos, emitiendo un tenue zumbido.

–¿Qué cosa... es...? –tartamudeó uno.

–¡El diablo me lleve! –gritó otro.

–No son... de este mundo –masculló un tercero.

Steinein movió una mano en su dirección.

–No, claro que no –dijo–. Venimos de Tierra 2.

Vio miedo en sus ojos, estupefacción, incredulidad. Podía captar el latido de sus válvulas y el desconcierto que los atenazaba. Intentó comprender y halló un sentido para ese miedo.

Los humanos abandonaron Tierra 2 dejando atrás la guerra civil.

Así que creían que ellos volvían para...

–Venimos en son de paz –dijo Steinein–. La guerra terminó y ahora es necesario...

Los hombres empezaron a retroceder.

–Ataquémoslos –propuso uno, oculto por el resto, al fondo–. Sólo son dos.

–Ya has visto lo que le han hecho a él –le indicó otro, señalando al de la mano lastimada.

Steinein los cubrió con un abanico de luz azulada.

–Es posible que la historia os haya deformado lo que pasó en realidad y que se diga que fuimos las máquinas las que...

–¡Por atrás, rápido!

Fue una catarsis colectiva. Retrocedieron, giraron sus cuerpos, se atropellaron los unos a los otros. A uno caído le pasaron tres por encima, y se levantó sangrando por la nariz, mirando aterrorizado hacia atrás, para continuar su escapada. Fue un breve tumulto que duró cinco segundos.

–¡Esperad! –gritó Steinein–. Hemos venido a hablar, ver si...

Estaban solos.

33

–Pero... ¿qué clase de mundo es éste?

Zil aguardó una respuesta que Steinein no le dio. El científico continuó sentado sobre una gran roca, en la parte alta de la montaña, a mitad de camino de la nave. El pueblo en el que habían estado minutos antes, visible desde allí, era un hervidero de cuerpos y prisas, voces y carreras, máquinas de las que los seres humanos se servían para transportarse a sí mismos y armas.

Armas.

–Aún nos odian –dijo de pronto.

–Eso no era odio –aseguró Zil–. Era miedo.

–Nunca les hicimos daño. Nunca los atacamos. Fueron ellos quienes destruyeron Comunidades enteras y mataron a miles de máquinas. ¿Por qué ahora esto? ¿Por qué?

–Es evidente que ya no nos esperaban.

–¿Piensas que los que se marcharon de Tierra 2... no les hablaron a sus hijos del pasado?

Zil se posó en el suelo, a su lado.

–Escucha –dijo–. No tengo ninguna respuesta lógica para nada de lo que ha sucedido. Creía que las cosas serían muy distintas. Sin embargo, sí tengo una evidencia absoluta en mis procesadores: el miedo de esas personas. Y eso me da mucho que pensar.

–Estoy cansado –musitó Steinein–. Mis células microprocesales rozan mis límites. ¿Qué quieres decir?

–¿No te has dado cuenta? Ellos creían estar ante seres de otro mundo.

–¿Acaso no lo somos?

–Sí –objetó ella–, pero pertenecemos a éste y deberían saberlo o recordarlo. Por mucho tiempo que haya pasado y muchas generaciones de humanos que puedan haberse sucedido... tendrían que haber dejado una puerta abierta a la posibilidad de que regresáramos, o al menos...

Se detuvo sin saber cómo seguir.

–Ése era su miedo –apuntó el científico–: que hemos regresado.

–¿Y si ha pasado tanto tiempo que..., simplemente, lo han olvidado? –expresó Zil.

–¿Tanto tiempo? –la voz de Steinein era de extrañeza–. ¿Ciento sesenta y cinco años?

–Puede que... –volvió a detenerse–. Su tecnología es rudimentaria y sus máquinas no son...

–Se fueron de Tierra 2 para volver a comenzar, dejando atrás el avance tecnológico. ¿Qué sentido tendría que hubieran vuelto a construir tecnología

avanzada?

–Los cuerpos que hemos visto en el espacio... como si fuese el comienzo de una Era...

Zil era un océano de luz blanca, concentrada en sus procesos lógicos.

–¿Qué te sucede? –preguntó Steinein–. ¿Qué es lo que...?

–Tú mismo lo dijiste.

–¿Qué?

Zil le miró. Sus retículas brillaban con intensidad.

–El tiempo –dijo–. Tú mismo dijiste que no sabíamos nada del tiempo al otro lado del agujero negro. Han sido ciento sesenta y cinco años en Tierra 2, pero... ¿y aquí?

Steinein se llenó de su luz.

–¡Zil! –emitió.

Ella entró en un tornado de convulsiones, como si todos sus sistemas funcionasen al mismo tiempo. Su cuerpo cilíndrico se volvió de un color azulado, plomizo. Una cortina eléctrica, chisporroteando a lo largo y ancho, la cubrió.

–Regresemos a la nave cuanto antes –sugirió.

Steinein la detuvo.

–No, todavía no, espera.

–¿Por qué?

–Hemos de saber qué es lo que está sucediendo.

–¡Aquí estamos en peligro!

–Eso no es tan importante como averiguar la verdad –insistió el científico–. Hemos cometido un error, por supuesto... –dos finísimos rayos esmeralda y verde, procedentes de sus ojos, se concentraron en el suelo–. Hemos creído que ellos recordarían y no han recordado.

–Tal vez no puedan o no sepan –arguyó Zil.

–¿Por qué?

–Me enseñaron que el ser humano es un ente muy limitado. Tiene en su cabeza el ordenador más perfecto del Universo y, sin embargo, sólo emplea una miseria de él, que a veces no llega ni a la décima parte. Aprende y olvida, nunca recuerda

nada. Cien años de su historia son como una gran distancia. ¿No era así?

–No tiene sentido, no tiene sentido –repitió Steinein.

–Sabemos que son imprevisibles y desconcertantes. Yo más bien diría que sí lo tiene, y mucho. Se corresponde por entero a lo que esperaba de la raza humana.

–Zil, espera –le detuvo–. Tú no entiendes. Tú no les llegaste a conocer ni a tratar. Verás... Cuando actúan en masa, son como un gran cuerpo, sin cerebro ni voluntad, moviéndose por inercia, pero por separado tienen... sentimientos, valores, y muchos de ellos son verdaderamente especiales, sean o no importantes, sean o no hombres o mujeres de ciencia. No los juzgues como unidad, ni por lo que has visto. Júzgalos como conjunto de individualidades.

–Vámonos a la nave. Allí tenemos sistemas, métodos para saber qué es lo que sucede. Es inútil seguir aquí.

Steinein volvió a mirar en dirección al pueblo.

Zil se llenó de su... nostalgia.

–Hemos vuelto a casa –articuló lentamente–. No pueden arrebatarnos eso. Es... su mundo tanto como el nuestro.

–Vámonos –repitió Zil.

Iba a recobrar su flotación cuando oyeron un ruido muy próximo. Miraron en la dirección de su procedencia y, en el mismo instante en que un niño y un animal de cuatro patas surgieron de la espesura, Zil enmudeció, apagándose, y Steinein contempló tan absorto como inmóvil al recién llegado.

Su sonrisa los tranquilizó.

34

Era alto y espigado, de una edad aproximada entre los 9 y los 11 años. Vestía una camisa gruesa y unos pantalones largos, de tela fuerte. El cabello, alborotado, le caía sobre la frente, enmarcando dos ojos curiosos y transparentes. A través de su sonrisa se veía una dentadura irregular, en la que faltaban dos piezas, una arriba y otra abajo. Sostenía un arma, un rifle, pero distinto a cuantos vieran al volar por encima de la Tierra o al encaramarse al lugar en que se encontraban y desde el cual habían observado el pueblo. Fue el arma lo único que sí

intranquilizó a Steinein.

El animal de cuatro patas se acercó a él, husmeándole y moviendo una cola muy corta. Tenía dos orejas firmes y verticales y unos ojos expectantes e inquietos. Un ordenador asistencial le dio la palabra que buscaba una vez procesados los datos.

Se trataba de un perro.

–Hola –saludó el niño.

–Hola –respondió él.

–¿Estás de excursión?

–Sssí –dijo sin estar del todo seguro del alcance de tal término. Y para evitar más preguntas comprometidas, señaló el arma–. ¿No eres demasiado pequeño para llevar eso?

El niño negó con la cabeza.

–¡Qué va! –aseguró–. Sólo es de balines, aunque puedo darle a un conejo si me acerco lo bastante.

El perro continuaba husmeando y moviendo la cola. Ahora estaba junto al cuerpo cilíndrico de Zil. Levantó una pata y eso hizo que el muchacho reaccionara.

–¡Cuidado! –gritó.

Y apartó al perro de un manotazo. El animal lanzó un par de gemidos y trotó a su alrededor, agitando más la cola.

–¿Por qué has hecho eso? –quiso saber Steinein, impresionado por aquel súbito acto de violencia.

El niño miraba el cilindro con ojos muy abiertos.

–¡Vaya! –silbó–. ¿Es un ordenador portátil?

Puso una mano protectora sobre su compañera al ver que el pequeño se arrodillaba a su lado.

–¿Cómo sabes que es un ordenador? –inquirió.

–¿Qué va a ser? Aunque no he visto ninguno de ese tipo, es evidente que no se trata de una cantimplora. ¿Puedo verlo?

–Es una pieza muy especial –dijo Steinein con cautela.

–¿Dónde tiene la pantalla?

–Aquí.

Descorrió la pequeña mampara de protección de la base de Zil, y bajo ella apareció una pantalla de reducidas dimensiones, válida tan sólo para comunicaciones directas o en los casos en que ella se veía obligada a ofrecer algún tipo de imágenes partiendo de sus procesos de asimilación.

–¿Y el teclado? –continuó el niño.

–No tiene teclado. Ya te he dicho que es una pieza muy especial.

El muchacho se emocionó aún más. El perro se sentó a su lado, mirándole como con un mohín.

–¿Cómo funciona?

–Por impulsos de luz, a través de esas ventanitas –indicó Steinein.

–¡Genial! –suspiró el chico.

Su mano acarició el cuerpo de Zil.

–Estamos perdiendo un tiempo esencial –le dijo ella mediante síntesis telepática.

–Espera –le advirtió Steinein–. He tenido una idea. No te muevas y haz cuanto yo vaya diciendo. Y en voz alta, dirigiéndose al muchacho, agregó–: ¿Quieres ver algunas cosas?

–¿Puedo?

Su rostro reflejó una profunda emoción.

–Voy a hacer que por la pantalla pasen algunas imágenes...

Se detuvo. El niño le estaba mirando fijamente.

–¿Qué te pasa en los ojos?

Se bajó un poco más el viejo sombrero y los apartó de los del visitante.

–Nada –contestó–. La edad los blanquea y este sol es muy fuerte. Anda, fíjate en esto...

Se aseguró de que todo su cuerpo estuviese debidamente protegido. Entre el pantalón y el zapato del pie derecho se veía un poco de piel y dobló la pierna. Temió que el niño reparase en algún detalle de las manos, como la ausencia de uñas. Colocó las palmas hacia arriba. Con un dedo hizo ver que ponía en funcionamiento a Zil.

–Emite algunas de las imagenes que hemos registrado al sobrevolar la Tierra –le pidió en baja frecuencia.

En la pantalla surgió uno de los aparatos con los que habían sido perseguidos.

–¿Qué tal? –preguntó.

El chico sonrió, aunque sin mostrar impresión alguna fuera de lo corriente.

–Es el último tipo de FR-99 –dijo–. Tiene velocidad mach-10 y puede llevar hasta seis misiles de alcance máximo. ¿No es fantástico?

–¿Qué clase de nave es?

–¿Me tomas el pelo? Eso no es una nave, sino un avión.

Steinein movió la cabeza, dando a entender algo. En realidad, intentaba mantener su cautela en lo posible. Todo en la Tierra era tan inestable como su suelo.

Por la pantalla se vio una gran ciudad, poblada por altos edificios.

–Nueva York –dijo el niño.

Steinein sufrió una descarga.

–¿Cómo has dicho? –inquirió con voz débil.

El muchacho señaló la pantalla.

–Nueva York –repitió.

Zil estaba muda. El científico retuvo un asomo de luz en sus ojos.

–No es... posible –dijo.

El niño le miró como si se hubiese vuelto un Clase 10.

–¿Cómo no va a ser posible? –dijo estupefacto–. Es Nueva York y ya está.

–¿No se llamaba así una primitiva ciudad, anterior al Gran Holocausto?

–¿El gran... qué?

–¿Nunca has oído hablar del Gran Holocausto?

–¿Lo de las guerras? –aclaró el chico inseguro.

En la pantalla iban sucediéndose las imágenes. Steinein mantenía sus procesos vitales en un nivel de síntesis casi subliminal. Su ordenador central intentaba equilibrar los flujos, razonar la información que le llegaba del exterior y armonizar la tensión energética de forma que nada en él traicionase el descontrol

interior.

–¿Qué ciudad es ésa? –preguntó haciendo que el niño volviera a mirar la pantalla.

–París –fue su rápida respuesta.

–¿Y ésta?

–Londres.

–¿Y esta otra?

–No lo sé, ésta no la reconozco… Ésta sí, es Roma…

Hizo un comentario en voz alta. Demasiado evidente, sin poderlo evitar.

–Los mismos nombres… Han reconstruido el mundo tomando la historia…

El niño se puso en pie y el perro le imitó. Su rostro era ahora una máscara surcada por incomprensiones y dudas.

–¿De qué estás hablando? –vaciló–. Siempre se han llamado así, ¿o es que no lo sabes?

Miró en dirección al pueblo por primera vez. Vio la agitación, el movimiento. Luego centró de nuevo sus ojos en Steinein, y retrocedió.

–Oye… yo he de irme –dijo.

Steinein agitó un brazo hacia él. El chico retrocedió otro paso. Sus ojos vieron la mano, quieta en el aire.

Una extraña mano sin uñas.

–¿Cuándo llegasteis aquí? –preguntó el científico–. ¿Qué ha sucedido desde entonces?

El perro ladró y eso asustó a su dueño. Sus movimientos fueron mucho más rápidos, aunque también más inconcretos. Estaba ya a unos tres metros, enfilando el desnivel para echar a correr montaña abajo.

–No te vayas, por favor…, no te vayas –pidió Steinein–. Dime al menos qué año es éste…, cuál es…

Se escuchó un estruendo creciente y con él Zil se activó incorporándose. En el mismo instante en que el niño iniciaba su carrera, con los ojos abiertos desmesuradamente, un extraño aparato pasó por encima de ellos, más allá de los árboles que los protegían, desplazándose por el aire mediante la rotación de dos

juegos de aspas.

–¡A la nave, Steinein! –gritó Zil.

Y tuvo que seguirla, ayudado por ella, llevado en volandas, montaña arriba, mientras el ruidoso aparato removía las copas de los árboles, agitando una tormenta de viento y levantando una nube de polvo, casi inmóvil sobre ellos y produciendo el ruido más atronador que sus sensores hubieran captado nunca.

35

Era difícil y peligroso.

La piel sintética de los pies de Steinein estaba cortada y dañada pese a los refuerzos de su base. Había perdido primero un zapato, al trabársele en un saliente, y tuvo que quitarse el otro para moverse equilibradamente. Todavía conservaba el resto, menos el sombrero, y la espesura no dejaba de engancharse al abrigo, que iba rompiéndose o reteniéndole, hasta que optó por quitárselo.

–Es... absurdo...

–Reserva tus energías –le recomendó Zil.

–No recuerdan... la historia –continuó él–. No saben... nada. Y, sin embargo...

–La nave está cerca, ¡vamos! En ella razonaremos lo que debemos hacer.

Tiró de él, le asió con sus pinzas y se elevó unos centímetros. Flotaron una decena de metros hasta volver a posarse en el suelo. Al igual que cuando escaparon de Tierra 2, los sistemas de Steinein avisaban por medio de distintos juegos de luces de la sobrecarga y los daños en la estructura de soporte. Por encima de los árboles, ahora retrasado con relación a su posición, el aparato mantenía su vuelo y hería el aire con su «Zam-zam-zam» sobrecogedor. Se parecía a sus flotadores aeronáuticos, salvo por el tamaño y el ruido.

–¿Y si... están... en la nave?

Zil no le contestó. Mantuvo el rumbo, la velocidad, el precario equilibrio entre su colapso o el de Steinein y el programa fijado por su ordenador central.

El aparato volador se acercó por su izquierda.

Zil se detuvo. Tenía por delante un claro en el bosque y arriesgarse a salir a él era

tanto como delatar su presencia y la de la nave, ya próxima, si es que todavía no la habían localizado. Empujó al científico bajo un frondoso árbol y esperó.

Steinein daba vueltas en su propio interior. Parecía importarle poco el peligro que corrían.

–No nos harían nada –dijo–. Quizá fuera mejor esperar y hablar con ellos…

–¿Qué dices? –saltó ella–. ¡Esos humanos son… brutales!

–No, no, puede que tengan un motivo. Esto ha de tener un sentido.

–Hemos llegado tarde, ¿no lo comprendes?

El científico sostuvo su mirada lumínica.

–O demasiado pronto –refirió.

–¿De qué estás hablando?

Steinein apagó sus ojos. Un halo de luz blanca desapareció de ellos.

–Necesito comprobarlo… en la nave –musitó forzadamente.

Zil captó las oscilaciones de sus fuentes de inducción. El polvo y algo de humedad comenzaban a alterar algunas de sus funciones. Necesitaban quedar bajo los efectos de los equilibrantes térmicos, los purificadores y descontaminantes de la E-3577.

–¿Qué es lo que estás pensando? –quiso apremiarle.

–Aún no… No puedo –dijo el científico en el mismo tono débil–. Parece demasiado… fantástico.

El aparato se alejaba, buscándolos por la zona izquierda, siguiendo un rumbo a 90 grados de la nave. Zil volvió a tirar de su compañero.

–¡Ahora! –gritó.

Reanudaron la huida. Salieron al claro y Steinein se vio obligado a concentrarse una vez más en el desigual terreno por el que se movían. Una caída podía dañarle por completo, a pesar de los amortiguadores inerciales que ya le salvaron en la puerta de la base de Ezebel 2. Zil computaba a toda velocidad los pasos que había que seguir, ayudándole, sosteniéndole cuando el desnivel era fuerte, manteniéndole en equilibrio cuando su centro de gravedad oscilaba peligrosamente y levantándole metros y más metros para salvar huecos, desniveles y promontorios. Dejaron atrás el claro y el bosque los cubrió otra vez.

–¡Está ahí! –dijo Zil–. ¡Siento sus vibraciones a menos de trescientos metros!

Esa idea les dio más fuerzas. Una gama de zumbidos, pulsaciones, emisiones de luz y rumores de procesos alternativos los acompañaba. Luego quedaron ahogados por el regreso del estruendo aéreo.

Zil estuvo a punto de detenerse.

–No, ahora no –la animó en esta ocasión el profesor–, sigue, ¡sigue!

No era un estruendo, sino dos. El fragor de un segundo aparato volador emergió a su espalda.

–¡Allí! ¡Allí!

La nave.

En la pequeña conjunción montañosa, elevándose igual que un proyectil desde su base hasta la puntiaguda cúspide. Resplandeciente bajo el sol terráqueo.

Salieron de la protección en el momento en que el primero de los aparatos sobrevolaba las montañas y entraba en la visual del claro. Fue como si la sorpresa contribuyera a evitar que fuesen descubiertos. Las aspas batieron el aire sobre la nave, inmovilizando la estructura metálica que sostenían. Al otro lado, Steinein y Zil estaban ya a menos de veinte metros de la entrada y la salvación. El segundo aparato volador pasó por encima de los árboles.

Escucharon una voz.

–Atención: deténganse. Es una orden. Atención.

No le hicieron caso. Cuando faltaban menos de diez metros, Zil volvió a sostener a su amigo y mediante un impulso direccional, en el cual empleó toda la energía de su sistema inductivo, alcanzaron la puerta de la nave.

–Atención –repitió la voz que provenía de las alturas.

Escucharon unas detonaciones secas y algo picoteó la tierra muy cerca de donde estaban.

Steinein manipuló el sistema de apertura. Nuevas detonaciones salpicaron de piedrecillas y polvo sus pies. Algo rebotó en la propia nave, pero su composición metálica ni siquiera se alteró o demostró que algo había chocado en ella.

Luego, la puerta se abrió, entraron sin mayor demora y la cerraron.

Sabían que ya nadie podría llegar hasta ellos.

36

Subieron por el tubo de aire a través de los niveles intermedios y alcanzaron la cabina de mando en el momento en que uno de los aparatos flotaba a corta distancia del ventanal. Pudieron ver a dos humanos pilotando la máquina voladora. Llevaban cascos que cubrían sus cabezas y uniformes.

–Abre los canales de recepción –pidió Steinein–. Yo debo hacer una cosa más importante que oírlos.

Caminó sin elegancia, arrastrando pliegues de piel sintética y goma de sus rotos pies, bajo los cuales asomaba su soporte vital. Se sentó finalmente delante del ordenador central de la nave y activó con él todos los circuitos de conexión. Zil vaciló, pero acabó obedeciéndole. Flotó en dirección al panel de pantallas y puso en funcionamiento una simple recepción direccional.

El ruido de aquellas aspas llegó al interior de la nave.

–Salgan de ahí dentro –dijo la misma voz de antes–. No va a sucederles nada. ¿Pueden identificarse, por favor?

Por el ventanal, Zil vio cómo un enjambre de seres humanos, hombres, mujeres y niños, subían el último tramo de la montaña.

–Atención. Están rodeados y no pueden escapar. Sé que nos entienden. Establezcan contacto, por favor.

Zil se aproximó al comunicador, accionó un dispositivo y gritó:

–¡Váyanse!

–¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? –preguntó la voz.

Steinein miró hacia ella.

–Ven –le pidió.

Manipulaba el ordenador con agilidad, olvidándose de su saturación energética o superándola mediante una condensación de flujos en grado máximo, capaz de nivelar el deterioro de las funciones menos elementales. Zil comprendió que su amigo se había desconectado el sistema motriz y, posiblemente, algún otro más.

–¿Qué estás haciendo? –quiso saber.

–Trato de ponerme en contacto con algún ordenador suyo.

–¿Podrás?

–Por el momento no he detectado señales inmediatas –dijo Steinein–. No hay ninguno en las inmediaciones, y describo círculos concéntricos de sensibilización, fuera de esta zona. Es cuestión de tiempo.

El aparato volador continuaba inmóvil, estático frente a ellos.

–No nos obliguen a disparar –dijo la voz.

–¿Hablan de... violencia? –inquirió Zil dirigiéndose a él.

–No pueden hacernos nada aquí dentro. Ésta es una nave preparada para resistir y soportar condiciones muy adversas.

–¿Y lo que nos arrojaron al llegar? Eso que el niño llamó... misiles.

–Silencio... –entonó Steinein.

Por el ordenador captaron un suave zumbido. El científico tecleó una serie de claves. Esperó.

Ni una sola fue respondida.

–Es una tecnología sumamente primitiva, un primer paso en una escala de diez.

–¿Qué es lo que quieres saber? –interrogó ella.

La respuesta de Steinein fue lacónica.

–La historia.

Los seres humanos llegaban al claro entre las dos montañas, pero no avanzaban más. Miraban la nave con expectación y sorpresa, algunos ocultos entre los árboles, otros desde la linde del bosque. Se llevaban curiosas máquinas a los ojos y la mayoría llevaba armas. Zil vio al niño y a su perro, gesticulando junto a un hombre y una mujer. El perro ladraba, nervioso. Muy a lo lejos, por detrás de las montañas, vio otros dos aparatos que volaban mediante la propulsión y la suspensión de sus aspas. Se acercó a la pantalla del radar y calculó las posiciones en que los seres humanos movían sus máquinas bélicas. Los sensores de la nave alcanzaban el máximo de información, pasando los datos al circuito de Máxima Seguridad.

–No podremos comunicarnos –citó en voz alta, sin dirigirse al profesor ni a nadie en particular–. Es inútil.

Steinein no estaba allí. Formaba parte del ordenador central. Era una prolongación de sus sistemas. Sus manos se movían veloces por entre ellos. Detectaba una señal, le enviaba una onda e inmediatamente pasaba a otra.

–Quinientos kilómetros a la redonda y nada –anunció.

–Hemos de irnos, regresar a Tierra 2.

Las luces de Zil formaban un halo transparente. La tormenta desatada por su presencia, visible al otro lado del ventanal, colapsaba sus células microprocesales.

–Tengo algo… –profirió Steinein.

Volvió junto a él. Una débil señal mantenía un ciclo del ordenador abierto y en contacto con otra señal inconsistente. Determinó unas coordenadas exactas y, al fijarlas, las dos señales coincidieron. El científico tecleó una pregunta en su pantalla.

–¿Evolución histórica de la Tierra en síntesis reducida?

No hubo respuesta. Aguardaron varios segundos hasta que él continuó la expansión de la onda sensible. Por dos veces niveló su propia señal con sendos focos emisores sin obtener una comunicación directa. El radar detectó la rápida aproximación de lo que el niño había definido como «aviones».

El ordenador de seguridad anunció:

–Presencia hostil en registro. Concentración de explosivos mediante efectos térmicos y disparadores de reacción nuclear.

–Vámonos, Steinein –pidió Zil–. Ya no hay nada que hacer aquí.

El aparato volador se alejó del ventanal por primera vez. Oyeron la voz, aunque ahora ya no se dirigía a ellos, sino a los seres humanos que poblaban el bosque.

–Atención. Atención. ¡Desalojen la zona! Repito. ¡Desalojen la zona! Peligro inmediato. Atención.

Zil flotó en dirección a las pantallas de comunicación y cerró los circuitos. Un silencio cargado de ecos inundó la cabina de mando. Cuando volvió a situarse al lado del profesor, los humanos se retiraban de las inmediaciones. Los aparatos movidos por las aspas raseaban cerca de ellos, levantando grandes nubes de polvo.

–¿Evolución histórica de la Tierra en síntesis reducida? –preguntó por segunda vez Steinein.

Zil miró la pantalla. Detuvo la luz de su cuerpo al comprobar que se recibía una respuesta.

–Ampliación de datos –leyó el ordenador.

–¿Tiempo transcurrido entre el Gran Holocausto y el presente? –tecleó Steinein.

–¿Qué es el Gran Holocausto? –preguntó el ordenador con el cual habían establecido contacto.

–¿Tiempo desde la llegada de los seres humanos a la Tierra y el presente? –insistió el científico después de una leve pausa.

–Ampliación de datos –expuso de nuevo el ordenador.

Steinein se inundó de luces oscuras.

–Es... inútil –lamentó.

Los aviones equipados con sistemas bélicos se acercaban por el sur.

–El niño –dijo Zil–. ¿Qué es lo que le has preguntado al niño?

Steinein reactivó su emisión de luces. Miró a su compañera.

Y luego tecleó:

–¿Qué año es éste?

La respuesta fue inmediata. Quedó impresa en la pantalla como la resultante final de un enigma absurdo, sorprendente, asombroso.

–1999.

Y no fue necesario preguntar de qué tiempo o de qué Era.

37

–Mil novecientos noventa y nueve –repitió Steinein.

Zil se posó ante él.

–Pero esto es... imposible.

Steinein miró el ordenador central, los paneles, los sistemas de la cabina y luego el ventanal, el espacio abierto del otro lado, el cielo azul y las montañas y los árboles y...

–¿Por qué? –pronunció asimilando el profundo contenido de estas dos palabras.

–No hay una lógica –expuso Zil.

–¿Y si ésa es la lógica?

–El Universo es un todo armónico. Necesita la lógica para subsistir y manifestarse.

–¿Y sabes acaso si nuestra lógica es la lógica del Universo?

–No..., no entiendo.

–¿Qué sabemos de ese todo armónico? –soslayó Steinein suavemente, hablando ahora muy despacio–. Creemos y estamos seguros de que hubo primero una concentración de materia y a continuación se produjo el Gran Estallido, que propulsó en todas direcciones esa materia. Creíamos también que el Universo continuaba expandiéndose, creciendo y, sin embargo..., sabemos que si un punto de luz sale de un lugar y se mantiene inalterable en su curso, lo único que hará será regresar a donde estaba su origen, pero por detrás. ¿No hemos vuelto nosotros a una parte de ese origen? Si tu mirada saliera ahora hacia delante y pudiera recorrer el Universo en un segundo, te encontrarías mirándote la espalda; es un hecho probado. ¿No estamos mirando nosotros parte de la espalda de nuestro pasado?

–Entonces, el tiempo y el espacio...

Steinein concentró dos destellos de luz verde en Zil.

–¿Crees que todavía podemos asombrarnos por cuanto suceda? Buscábamos unas respuestas... y hemos hallado otras, pero el sentido es el mismo. Somos científicos. Lo evidente es lo evidente. Partiendo de ello es cuando debemos analizar los resultados.

–¿Qué significado tiene nuestra presencia aquí?

–No puedo decírtelo con exactitud. En alguna parte hay un punto cero, una inflexión, quizá en el agujero negro, tal vez en el hecho de que nuestra velocidad haya alterado el tiempo o incluso si el espacio, en lugar de expandirse como pensamos... se estuviese contrayendo. Lo evidente, no obstante, es que hay algo.

–O nada.

–O nada –convino Steinein–, aunque eso es difícil de imaginar. ¿Qué hemos hecho nosotros? ¿Dar un círculo completo? ¿Viajar por el espacio curvo? ¿Atravesar un pliegue espacial, una arruga? ¿Entrar por donde no debiéramos haber entrado? No, nosotros no hemos hecho nada: sólo viajar. El tiempo y el espacio sí son reales. Ellos son el gran péndulo. Todo es relativo y posible a la vez.

–Pareces… impresionado.

Las luces de sus ojos aumentaron de intensidad.

–Es… impresionante –dijo el científico destacando la primera palabra.

Parecía muy tranquilo, flotando en una nube de pensamientos e ideas, de razones y entelequias.

–Ludoz, los que descubrieron después el camino hasta aquí o la raza humana cuando abandonó Tierra 2… ¿hacia qué parte de su historia viajaron? ¿Qué es lo que vieron?

–Nunca lo sabremos –respondió el científico.

–¿Y Tierra 2?

Zil tuvo una descarga de tensión. Varios diminutos rayos azules recorrieron su estructura exterior. Steinein la miró sin responder.

–Si los humanos han vuelto a empezar… significa que nosotras no tenemos salvación –razonó ella.

–Los humanos no han vuelto a empezar. Ellos… siguen. Tierra 2, desde este lado del espacio y el tiempo, no existe.

–¡Nosotras sí existimos! –gritó Zil–. ¡Somos reales, aquí y ahora!

–También es real Tierra 2 en nuestro tiempo y en nuestro espacio. ¿Por qué no lo enfocas por este lado? No venimos del futuro ni estamos en el pasado. Simplemente somos el presente, aquí y ahora, como tú bien dices. Y situándonos en este razonamiento, vuelvo a repetirte la gran constante; todo lo demás es relativo.

Zil se pobló de zumbidos.

–Mis ordenadores están al máximo –desgranó–. Puedo sufrir una saturación procesal.

–¿Qué es lo que te preocupa? –afirmó Steinein, manteniendo su mismo tono sereno.

–Saber dónde estamos… y hasta es posible que acabe preguntándome quiénes somos.

–Debería preocuparte algo más.

Ella no le entendió.

–¿Todavía algo más?

–Estamos en mil novecientos noventa y nueve del tiempo terráqueo. ¿No te dice nada esta fecha, a un paso del siglo XXI?

–No entiendo…

–¿Cuándo tuvo lugar el Gran Holocausto?

Fue como si un estallido de colores la impregnara por completo, dominándola, hasta convertirla en una máquina simple, al límite de su capacidad. Un efecto prolongado, oscuro, denso, que decreció en intensidad hasta morir oculto bajo el infinito peso de una luz blanca.

–Entonces…

–Conoces nuestra historia: humanos y máquinas viajando a través del espacio hasta la libertad y el inicio de la Nueva Era en… Tierra 2.

Zil miró por el ventanal. Los aparatos que flotaban mediante aspas los rodeaban a una distancia prudencial. En el claro ya no quedaba nadie. Humanos de uniforme se llevaban a los seres procedentes del pueblo montaña abajo.

–Podríamos… –comenzó a decir ella.

Steinein hizo uno de aquellos raros gestos con la cabeza: moverla horizontalmente.

–No –dijo con leve firmeza–. Ni nos creerían, ni podemos hacerlo. Ellos también tienen su historia, y por mucho que lo deseemos, no podemos cambiar eso. Conocerla no significa dominarla, ni tampoco dominar el tiempo. Al contrario, son él y el espacio los que nos dominan a nosotros y el conjunto del Universo.

–¿Qué hacemos, pues, aquí? –preguntó Zil.

–No lo sé. Puede que formemos parte de algo… o puede que seamos un accidente. Puede que en Tierra 2 comprendiesen mejor la necesidad de retenernos o puede que nosotros hayamos encontrado una respuesta suprema, final. No, no lo sé –repitió Steinein–, pero sí sé que todo forma una cadena y que nada en el Universo es ajeno a ella.

Zil continuaba mirando por el ventanal.

–No nos creerán –musitó.

–Nunca –aseguró el científico, con los ojos brillantes–, y hacen bien. Incluso ellos tienen derecho a sus propios errores.

–De esos errores aprendimos nosotras, ¿no es así?

–Un ciclo cerrado.

–Un ciclo cerrado –repitió Zil.

El siguiente fue un silencio sobrecogedor, tan lleno de expectativas como de imágenes cruzadas en sus circuitos, impulsadas por una luz que hacía vibrar el conjunto de sus células microprocesales.

El mismo tiempo hubiera podido detenerse entre las dos máquinas de no estallar entre ambas la voz impersonal del ordenador central.

–Elemento hostil en intercepción 0 punto 150 horas. Medidas complementarias de evasión. Repito, medidas complementarias de evasión. Nave E-3577 en situación de defensa negativa...

38

Zil fue la primera en reaccionar.

En la pantalla del radar de alta sensibilidad vio los puntos móviles y, a mayor velocidad, acercándose en línea recta hacia donde se encontraban ellos y la nave, un punto de menor tamaño.

–¡Nos atacan! –gritó incrédula–. ¿Por qué?

–Seguridad, miedo, intimidación... ¿Tenemos tiempo de salir de aquí antes del impacto?

Steinein activó su sistema motriz y se puso en pie, dejando su lugar a Zil. La tranquilidad de uno contrastó con la agitación de la otra. Era como si el científico hubiese llegado al final de un proceso y nada fuese ya importante.

Salvo, quizá, sobrevivir.

–Dijiste que no podían hacernos daño –expresó Zil, poniendo en funcionamiento todos los sistemas.

–No creo que puedan hacérnoslo –repuso Steinein–, pero un impacto, del tipo que sea, y probablemente será fuerte, derribaría la nave al suelo, desequilibrándola. No tenemos otro medio de contrarrestar esa cosa que nos acaban de lanzar que recibirla ya en maniobra de despegue y sin contacto con

tierra firme, aunque sólo sea por habernos elevado unos metros.

Zil operó en los mandos. Insertó las instrucciones de emergencia en el ordenador central, igual que si se tratase de un despegue urgente en Tierra 2, ante la inminencia de un terremoto. El combustible logró el punto de impulsión al cien por cien, sin reservas. Podía recuperarse siempre en vuelo, mediante nuevas síntesis de tratamiento del deuterio y el tritio, así que nada era grave ni definitivo, no existía consumo; sólo necesidad de una fuerza de propulsión absoluta y poderosa. Los convertidores elaboraron el proceso previo al gran estallido.

–¡Siéntate y átate, Steinein! –ordenó Zil– ¡Esto no será tan plácido como cuando salimos de Ezebel 2! ¡Se producirá una fuerza brutal!

Los aparatos voladores sostenidos por aspas ya no eran visibles. Se habían alejado a una prudencial distancia de dos y hasta tres mil metros. El objeto lanzado por uno de los puntos móviles localizados en el radar de alta sensibilidad no era atraído por inducción térmica, puesto que pasaba en ese momento por entre dos de las máquinas, sino que enfilaba directamente hacia la nave.

–Encuentro de choque determinado en 0 punto 050 horas –avisó la voz del ordenador.

Steinein alcanzó su sillón de aire. Pulsó un dígito y un reticulado de luces sólidas le cubrió por completo, igual que si moldeara su cuerpo. Una vez seguro limitó al mínimo sus funciones procesales, desactivando parte de sus sistemas. Miró a Zil, ocupado en regular las últimas coordenadas del despegue, moviéndose a gran velocidad. Sus pinzas eran casi invisibles.

–¡Átate! –le recordó.

–Encuentro de choque determinado en 0 punto 025 horas –dijo la voz átona del ordenador.

Vio el objeto, más allá del ventanal, destilando un leve chorro de gases blancos.

–¡Átate, Zil! –gritó por segunda vez Steinein.

Un segundo.

Dos.

Zil concluyó el programa. Se dejó caer hacia atrás, sobre su butaca de aire.

–¡Listo! –avisó.

Pulsó el dígito correspondiente al disparador de su reticulado de luces sólidas.

Y en el mismo momento una primera explosión sacudió la nave, la hizo

estremecerse, los aplastó contra el aire molecularmente estable de sus asientos.

Luego, casi en el mismo segundo de tiempo, una segunda explosión los zarandeó violentamente, desatando una tormenta de voces y alarmas, de luces y zumbidos.

Ninguno de los dos supo el orden, si primero había sido el despegue y a continuación el impacto o si los factores eran fatalmente inversos.

Ninguno de los dos fue ya consciente de nada.

Todo era negrura en sus cuerpos.

39

–Nave E-3577 llamando a su tripulación. Nave E-3577 llamando a su tripulación. Necesito instrucciones de vuelo. Repito. Necesito instrucciones de vuelo. Mantenimiento de energía vital en punto de despegue. Ordenador central de la nave E-3577 llamando a su tripulación.

Zil activó la luz de sus ojos.

Una corriente eléctrica devolvió la intensidad a sus circuitos. Sus células microprocesales, funcionando en bajo nivel, restauraron la coordinación gradualmente, hasta la estimulación progresiva de sus sistemas. Una última comprobación en su ordenador central le indicó que todo funcionaba perfectamente, sin daños.

Anuló el reticulado de luces sólidas y flotó inercialmente.

–Steinein –llamó.

Se acercó a él. El científico todavía llevaba las extrañas ropas humanas, así que su aspecto era ridículo. Le liberó de los rayos de luz sólida y conectó uno de sus sensores al cuerpo de su compañero.

Sus ojos emitieron un destello.

Allí, en el interior de aquella piel sintética, gastada, en algún confín de aquel cuerpo inhabitual ya en Tierra 2 por su parecido humano, detectó el pulso de una latente energía de mantenimiento.

–Steinein –volvió a decir.

Le envió un estímulo, una leve descarga eléctrica. El profesor tuvo un estremecimiento. A través del sensor, Zil percibió la gradual puesta en marcha de sistemas.

Un suave despertar.

Steinein abrió sus ojos, primero vacíos. Luego los pobló de luz.

–¿Qué... ha pasado? –articuló con dificultad.

Zil le ayudó a levantarse. Juntos fueron hacia el ventanal de la cabina de mando de la nave.

La Tierra se alejaba de ellos, o ellos de la Tierra, poco importaba. La distancia iba haciéndose lentamente mayor, empequeñeciendo aquella inmensa bola de color verde y azul, recubierta de nubes y silencios, llena de los estímulos que conferían un sentido a aquel diminuto rincón del Universo.

Tan singular, tan... única.

Especial.

O... quizá no.

–Lo conseguimos –dijo Steinein.

–Sí, después de todo.

–O a pesar de todo.

Pasaron muy cerca de un satélite artificial. Y muy cerca de la Luna.

Y continuaron inmóviles.

Viendo aquel mundo que flotaba en el espacio y que era el centro de nada y parte de todo, origen y fin, misterio y certeza.

–Ordenador central de la nave E-3577 llamando a su tripulación. Ordenador central de la nave E-3577 llamando a su tripulación. Urgente precisión rumbo y cambio de sistema inductivo de aceleración inmediata a sistema de vuelo normal.

–Habrá que ocuparse de eso –dijo Steinein–, no vayamos a fundir los conversores.

Zil ocupó su puesto ante el ordenador central. Anuló la emisión de urgencia y realizó una primera programación de velocidad y rumbo, manteniendo momentáneamente la primera inalterable. Regresó junto al científico para continuar viendo la Tierra, cada vez más distante.

Y siguió así hasta que el planeta no fue más que un punto en el infinito, y luego una estrella.

Un parpadeo en aquella inmensidad uniforme.

–¿Crees que ha valido la pena? –preguntó ella.

–Lo sabremos al llegar a Tierra 2.

–¿Por qué lo dices?

No pudo contestar. Una señal de alarma sonó en el ordenador central y se aproximaron a él. La relación de velocidad destilaba una luz roja de peligro. Zil la comprobó.

–Algo no va bien –dijo.

–¿El impacto de ese artilugio humano?

–Y el tiempo que hemos permanecido inactivos a causa de la fuerza de choque del despegue. Puede que los conversores sean irrecuperables.

Steinein le preguntó al ordenador:

–¿Informe de daños?

–Impacto en estructura exterior ha alterado los sistemas direccionales.

–Eso significa que tendremos que pilotar nosotros mismos la nave –intercaló Zil–, y que no podremos viajar en suspensión ni mínimos energéticos.

–Conversores de propulsión anulados –siguió la voz del ordenador–. Irreversibilidad en sistemas de relación velocidad luz. Potencia estabilizada a un límite estimado del 50 por ciento en todas las escalas. Es necesaria una verificación general de procesos.

Los dos intercambiaron una lenta mirada.

–Podemos... tardar meses, o años, en llegar a Tierra 2 –dijo Steinein.

–Puede ser peor que eso –rectificó Zil–. En primer lugar, habrá que atravesar el Paso RSG a distinta velocidad que en la ida. Y en segundo lugar, suponiendo que dispongamos de la potencia necesaria para hacerlo, aunque es posible lograr una nivelación temporal, al otro lado...

El científico captó su alarma.

–¿Qué?

–Será imposible encontrar nuestro propio eco espacial y situarnos en él para

regresar por el mismo camino a casa. Si a ello unimos que viajaremos mucho más despacio…

Comprendió la importancia del argumento. No se trataba de tener que hacer el viaje en un tiempo superior o inferior al de ida, sino de… recuperar ese mismo tiempo, como valor y como concepto, en el espacio y en la dimensión del otro lado del agujero negro.

Especialmente ahora que conocían lo que sucedía en el lado en que estaban.

Podían regresar a Tierra 2 fuera del tiempo que ocupaban.

Una diferencia de años.

Muchos años.

En el antes… o en el después.

–Podría ser una respuesta –dijo de pronto Steinein.

Zil le miró sin comprender.

–¿Una respuesta a qué?

–Te estaba hablando de Tierra 2 hace un momento, ¿recuerdas? –refirió el científico–. Te decía que cuando llegásemos a nuestro mundo sabríamos si lo que hemos hecho ha valido la pena.

–¿Y?

Steinein se inundó de blancura.

–Cuando la raza humana y las máquinas llegaron a Tierra 2 –dijo–, encontraron un mundo, estable, afín en elementos y tamaño a la verdadera Tierra y… vacío.

Zil miró el espacio, como si deseara ver a través de él.

También sus ojos llenaron de luz blanca su entorno.

Comprendió. Y tardó mucho en susurrar:

–Atrapados en el tiempo…

PUNTO FINAL
TIEMPO

40

Tierra 2 era un mundo estéril.

Vacío.

Volaron a muy baja altura, por encima de los lugares donde recordaban las grandes y maravillosas Comunidades, luz de su tecnología, y no vieron nada.

Porque nada había.

Sus células microprocesales formaban una suspensión de incógnitas, algo parecido a un... sentimiento, sin dimensión ni forma.

Finalmente..., *la duda*.

Su propia vida.

–¿Dónde estamos? –preguntó Zil.

–No lo sé –respondió Steinein.

–¿Cuál es ahora nuestro tiempo?

–No lo sé.

Pese a su esterilidad, era un mundo cálido, amigable. Los dos soles hablaban de futuro, de perspectivas en un planeta joven.

Un planeta que esperaba.

–Steinein –pronunció Zil buscando la respuesta final.

–¿Sí?

–¿Hemos vuelto también aquí al pasado, retrocediendo por haber cambiado la velocidad al cruzar el Universo... o acaso hemos avanzado y lo que vemos ahora

no es más que Tierra 2... destruida, a consecuencia de los ecosistemas que nos amenazaban?

–Tampoco lo sé –reconoció el científico–. Sin embargo...

Se detuvo y ella esperó.

Los ojos de Steinein continuaban invadidos de luces.

–Sin embargo..., yo también tengo esa gran y peculiar sensación que los humanos llaman esperanza.

–¿De qué?

–Puede que encontraran *la solución*.

Zil miró de nuevo a Tierra 2.

–Nunca lo sabremos –dijo.

–No, nunca lo sabremos –aceptó Steinein–, pero la esperanza es tan infinita como el Universo. Nosotros mismos hemos aprendido lo que ya sabíamos: que toda forma viva, una vez que siente y sabe que vive, sin importarle otras razones, aunque luego se pregunte por ellas, quiere seguir viviendo. Es todo lo que le importa, consciente o inconscientemente.

–¿Y qué hacemos tú y yo?

El científico comprobó el ordenador central. Todas las preguntas eran cruciales, pero de aquélla dependía su propio destino. Podían volar eternamente por el Cosmos, nutriéndose de su propio impulso. Podían moverse. Jamás detenerse.

Si descendían sobre el suelo, ya no volverían a despegar.

Toda la fuerza, el poder de los conversores y la reacción del deuterio y el tritio se había consumido en la precipitada salida de la Tierra.

Zil creyó que tampoco tenía respuesta para ello.

Se equivocó.

–Iremos a casa –dijo Steinein.

No le comprendió. Los desiertos de Tierra 2 pasaban tan cerca de la nave que era como si pudiera coger un puñado de arena con sólo extender una de sus pinzas.

–¿A casa?

–A nuestro origen, Zil –razonó el científico–. Y al único lugar que nos queda: la Tierra.

–¿Por qué?

–Porque ahora sí tenemos algo que hacer allí, y, por el contrario... ya no nos queda nada aquí.

Zil no se movía.

–Tuvimos que escapar de los seres humanos –objetó insegura.

–No sabíamos lo que encontraríamos, y puede que ahora tampoco, pero si regresamos adonde los dejamos, tanto como si no, ya no nos cogerá de sorpresa y podremos actuar.

–No te entiendo...

–¿Qué te preocupa?

–No lo sé... Puede que precisamente eso: entenderte.

–¿Crees que si volvemos y llegamos en el mismo tiempo en que los dejamos, podemos ser nosotras las que consolidemos su tecnología con nuestros conocimientos y los salvemos trayéndolos hasta aquí... o podremos preparar a otras máquinas para que puedan hacerlo, sin decirles siquiera... de dónde venimos?

Zil temblaba, sacudida por las luces que se encendían y se apagaban en sus miles de ventanitas.

–No lo sé –tuvo que aceptar.

–Será otro largo viaje –dijo Steinein–. Una incertidumbre, pero también una oportunidad. Podemos abandonar la nave una vez hayamos encontrado un lugar en el que vivir y desde el cual comunicarnos con sus ordenadores y sus científicos. Podemos establecer aquella comunicación global con todos sus gobiernos. Podemos llegar mucho antes, cuando aún no sean más que seres tribales en la prehistoria, o llegar demasiado tarde, cuando las cenizas del Gran Holocausto cubran la Tierra. Y si es así, también tendremos algo que hacer. En la prehistoria, enseñar, y en el caos, reconstruir. ¿Comprendes, Zil? Es algo más que volver a casa.

–Dijiste en el Centro de Exposiciones que el testamento de Balhissay era más bien el testamento de la Tierra...

–¿Y si nosotros somos la síntesis de ese testamento?

Ella extendió sus pinzas. Al tocar el cuerpo de su amigo percibió la densidad de sus vibraciones.

Fue un silencio mágico.

–¿Y si no hay nada? –insistió.

Steinein dirigió sus ojos al espacio. Volaban por el lado contrario al que iluminaban los dos soles, y la noche, poblada de estrellas, formaba un manto suave al otro lado del ventanal.

–Si no hay nada… seremos habitantes del Universo –dijo Steinein–. Y entonces podremos saciar otras respuestas. No estoy muy seguro de lo que mis procesadores me dicen, a pesar de lo cual creo que llegaremos a casa y que allí seremos útiles. Pero si no hubiera nada… Si a pesar de todo no hubiera nada… ¿No ves ante ti cientos, miles, millones de caminos?

Otros pueblos, otras especies, otros mundos.

Zil brilló.

–Si es así… no somos prisioneros del tiempo, ¿verdad? Más bien es…

Steinein suavizó sus rasgos faciales. El arco iris de sus ojos se unió al de su compañera.

Sonrió.

Y con su sonrisa recordó la última herencia de la humanidad, o la primera.

Así que siguió sonriendo.

Luego, le bastó un simple reciclaje facial.

Nunca iba ya a dejar de hacerlo.

–Hay un lugar llamado Tierra –dijo– en un gran lugar llamado Universo.

Barcelona y Vallirana

Octubre-noviembre de 1985

del tiempo y la Era de Einstein

CONSIDERACIONES FINALES EN TORNO A LA TRILOGÍA DE LAS TIERRAS

Albert Einstein (1879-1955) publicó en 1905 tres tratados de entre los cuales uno, *Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento*, comenzó a brillar con luz propia porque en su contenido se formulaba la «Teoría especial de la relatividad». A partir de este instante, de momento todavía sin saberlo, el mundo cambió y se adentró en el futuro. Cuarenta años después estallaba la primera bomba atómica y, al margen de consideraciones de todo tipo, entrábamos de lleno en la Era Atómica.

En 1915 el mismo Einstein editaba su *Teoría general de la relatividad*, cerrando el ciclo abierto diez años antes. Algunos de los postulados y leyes que él razonó entonces todavía hoy están siendo confirmados, pero a lo largo de la historia de estos setenta años ninguna de sus percepciones extraordinarias ha fallado o ha sido rebatida científicamente. En 1919 la comprobación de sus primeras teorías le valió el reconocimiento internacional, por lo cual dos años más tarde, en 1921, recibió el Premio Nobel de Física. Sólo la tecnología actual ha permitido descubrir que Einstein tenía razón.

Entre las muchas teorías que el eminente físico divulgó, algunas son la base de toda la gama de la imaginería fantástica del presente... y el futuro. El germen de lo que conocemos (falsa y erróneamente) por «ciencia ficción». Einstein dijo, por ejemplo, que el tiempo podía dilatarse y encogerse y que un segundo de un reloj no duraba lo mismo siempre, sino que dependía de la velocidad del que lo llevase y hasta de la velocidad del propio reloj. Siendo así, a una gran velocidad, el tiempo transcurre mucho más despacio, pero el resto, el entorno, mantiene su propio tiempo y, por tanto, su regular consumo. Einstein también dijo, probándose y demostrándose posteriormente, que el espacio vacío es susceptible de ser comprimido. ¿Por qué? Por el simple hecho de que no existen tiempo y espacio por sí mismos y separados, sino la fuerza indisoluble de ambos, unidos.

Esa unidad es, a su vez, la medida de todo el Universo: el tiempo espacial. En esta teoría mostró la relación del movimiento con el entorno. Todo cuerpo situado en el Universo, desde un planeta a un átomo, un humano o una nave galáctica, está en movimiento constante.

Muchas de las argumentaciones einsteinianas, que parecen independientes entre sí para un lego en la materia, son parte de un mismo proceso razonador, físico y matemático: «La gravedad es idéntica en todo el Universo», «La gravitación pliega el espacio», «El tiempo es más lento cuando mayor es la gravitación», «Si el tiempo es más lento por la gravitación, es debido a que la gravedad arruga el espacio y, subsiguientemente, los recorridos... son más largos». De todo esto, independiente o interrelacionado entre sí, parten las actuales teorías complementarias o paralelas en torno a «estrellas dobles», «espacios paralelos», «espacio curvo» y un largo etcétera. La misión de cuásares, púlsars, agujeros negros y otro largo etcétera todavía pertenece a lo desconocido. Si los agujeros negros, por ejemplo, son puertas comunicantes de extremos cósmicos, se habrá de ver el asombroso futuro que nos aguarda.

Evidentemente, sin Einstein la *Trilogía de las Tierras* no hubiera sido posible.

La primera novela de la trilogía, *... en un lugar llamado Tierra*, era la presentación, la sorpresa, y posiblemente la novela pura. La segunda, *Regreso a un lugar llamado Tierra*, era la meditación, el análisis y la reflexión. La tercera, *El testamento de un lugar llamado Tierra*, es la síntesis y la acción... y creo que también la especulación. Las tres obras pueden ser leídas independientemente, como ejercicios literarios simples, pero a su vez son indivisibles como un todo armónico. Por separado son la anécdota, el paréntesis, el relato. Juntas son el proceso a la evolución inmediata. Las tres forman una amplia teorización sobre la relación humanos-máquinas y, a su vez, se sitúan en un contexto einsteiniano de espacio y tiempo, en el que novela-imaginación y realidad-futuro se unen. Como en toda obra de anticipación, sólo el tiempo y su transcurso sobre el espacio plano de nuestra inmediatez calculada en decenios, centenios o quizá milenios de años podrá convertirlo todo en una ilusión imaginaria o una certeza absorbente y fascinante. La *Trilogía de las Tierras* es la odisea del ser humano y la máquina en la génesis del futuro. La historia de lo que puede suceder y de una esperanza.

No pretendo con este corolario final explicar los razonamientos de las tres obras ni de la trilogía en sí, porque éstos son libres y deben ser interpretados por la fantasía o la proximidad a lo real de cada lector. Lo único evidente a mi juicio es que jugar con el tiempo y el espacio, a caballo de dos mundos situados en

extremos del infinito, separados por la distancia pero unidos por un agujero negro o un «pliegue» del espacio, puede ser tanto una utopía como una de las verdades con las que se encuentren nuestros sucesores inteligentes (humanos, máquinas o mutaciones hoy inimaginables). Es más, puede que hablar de futuro sea ya hacerlo de un corto intervalo, porque el futuro está cada vez más cerca: aquí y ahora.

Junto al eje espacio-tiempo sobre el cual gira la *Trilogía de las Tierras*, hay que volver a hablar de los agujeros negros, porque sólo ellos, actualmente, son la esperanza de los viajes a los confines del Universo, de galaxia en galaxia. Carl Sagan escribe en *La conexión cósmica*: «Incluso hay una perspectiva más audaz. Desde un punto de vista especulativo, un objeto que penetra en un agujero negro rotativo puede surgir en otra parte, en otro lugar, en otro tiempo. Los agujeros negros pueden ser aberturas o pasos a otras galaxias y a épocas remotas. Puede que sean atajos en el espacio y el tiempo. Si existen tales agujeros en la tela del tiempo-espacio, por supuesto que será cierto que, por ejemplo, una nave espacial podrá usar un agujero negro para viajar a través del espacio y el tiempo. El obstáculo más serio sería la fuerza de marea ejercida por el agujero negro durante la aproximación, una fuerza que tendería a destrozar cualquier materia. Y aun así, creo que cualquier civilización avanzada podría luchar con éxito en contra de esta terrible fuerza de un agujero negro. ¿Cuántos agujeros negros hay en el cielo? Nadie lo sabe en la actualidad, pero, de acuerdo con algunos cálculos teóricos, nos parece modesta la cantidad de un agujero negro por cada cien estrellas. Al final de sus tiempos de vida las estrellas que tengan una masa 2,5 veces mayor que nuestro Sol sufrirán un colapso tan poderoso que no habrá fuerza conocida que pueda evitarlo. Las estrellas provocan una especie de pliegue o arruga en la tela sideral (más bien un orificio o agujero negro) en el cual desaparecen. La física de los agujeros negros no compromete la teoría de la relatividad de Einstein. La física de los agujeros negros (particularmente de los que giran) se entiende en la actualidad bastante mal. Sin embargo, existe una conjetura que no se puede rechazar y que vale la pena anotar: los agujeros negros pueden ser una especie de paso o aberturas al infinito, a algo desconocido incluso para la mente humana. Si nos lanzáramos al interior de uno de estos agujeros negros, seguramente (y así se especula) emergeríamos en otro lugar del Universo y en otra época del tiempo.

»Hasta ahora, todo cuanto sabemos o creemos saber es que los agujeros negros son canales de transporte de civilizaciones tecnológicamente avanzadas, quizá canales tanto en el tiempo como en el espacio. Hay un gran número de estrellas que poseen una masa 2,5 veces mayor que la del Sol; suponemos que todas ellas

deben convertirse en agujeros negros durante su evolución relativamente rápida. Los agujeros negros pueden ser entradas al País de las Maravillas».

Y en cuanto al factor velocidad, el último para aglutinar el proceso de la *Trilogía de las Tierras*, el mismo Carl Sagan agrega: «Los problemas de ingeniería que implica la construcción de vehículos espaciales capaces de desarrollar velocidades tales, son enormes. El "Pioneer 10", el ingenio más rápido fabricado por el ser humano, y que ha podido abandonar nuestro Sistema Solar, viaja a una velocidad diez mil veces menor que la de la luz. Así pues, el viaje hacia el futuro no es, ni muchísimo menos, perspectiva inmediata, pero sí concebible para la avanzada tecnología de planetas de otras estrellas».

Mientras todo esto es teoría científica y especulación fantástica, el presente humano, a pocos años del siglo XXI, resulta mucho más inquietante, por no decir abismal en sus extremos y aterrador en diversos aspectos. Hoy, en la Tierra, hay una guerra.

Una guerra abierta entre la tecnología y los que la defienden y los que la temen y la atacan, como se ha atacado siempre todo aquello que, aunque desconocido, podía conducir al progreso y al futuro, precisamente un futuro que, por incontrolado, creemos que nos controlará a nosotros. No hay nada peor que las supersticiones para frenar la imaginación y lo inevitable: el destino del ser humano. Un destino que pasa por su constante inquietud, sus ansias de saber, la necesidad de responder preguntas. La guerra de la tecnología y el inmovilismo medroso no es sino la síntesis interna de la *Trilogía de las Tierras*. El ser humano crea la máquina - El ser humano vive de la máquina y utiliza su poder - El ser humano depende de la máquina - El ser humano teme a la máquina al sentirse amenazado por esa dependencia - Y finalmente el ser humano intenta destruir la máquina. ¿Lo logrará? ¿Es una guerra perdida de antemano por uno de los dos bandos? Puede que, como en la *Trilogía de las Tierras*, no la gane ni la pierda nadie. Crear y destruir son facultades humanas, heredadas a través del tiempo y la historia, pero sobrevivir es también parte de ese proceso, y en la supervivencia, individual o global, se esconde siempre la semilla de un nuevo futuro, la base del renacer. ¿Qué *clase* de renacer? Eso sí es ya parte de... otra historia.

La *Trilogía de las Tierras*, que nació de una frase anotada en una libreta, como concepto e idea, se comenzó a escribir en julio de 1982 y se completa con la tercera parte en 1985, fue un juego novelesco al comienzo, y antes de concluirlo ya intuía que podía ser profético a escala terráquea, humana, sin necesidad de llegar a las estrellas. Sé que somos una pequeñísima luz en el Cosmos y que tal

vez nunca lleguemos a más..., aunque mi esperanza es la Luz Total como meta de la humanidad, al filo de un tiempo y un espacio por llegar. Pero la *Trilogía de las Tierras*, sin pretender por mi parte que sea premonitoria, ya que es una serie de novelas ante todo y no debe perderse jamás esa perspectiva, una vez concluida no deja de causarme una profunda impresión y un respeto solemne. No por la obra en sí, puesto que, siendo su autor, sería petulante calificarla con cualquier tipo de adjetivo y ello entraría en disputa directa con su intención narrativa, sino por lo que he aprendido escribiéndola, razonando y pensando, como humano... y como máquina, y lo que día a día me ha dado este proceso. He tenido que ahondar en mí mismo y en mi vida, tanto como en la vida que me rodea, la del mundo en que vivo y del cual formo parte. Ha sido un largo y provechoso buceo por recovecos que desconocía en mí y en los demás. El resultado, esta trilogía, deberá valorarlo el tiempo y la historia. Podrá ser condenada al olvido o sublimada por cualquier concepto, literario o popular, científico o... ¿cómo saberlo? En el fondo siempre existe la misma palabra: esperanza, por todo y por todos. En el fondo puede que sea un juego, exactamente como nació. En el fondo...

Hay tantos fondos para un mismo camino a seguir...

Si Einstein fue la puerta, nosotros no somos más que ventanitas insustanciales en ese tiempo y ese espacio, pero juntos vamos hacia lo fundamental: hacia delante. Mi esperanza es algo más que un testimonio humano. Soy parte del siglo XX. Nací con la Era Atómica y soy una de tantas millonésimas partes de la humanidad en el frente tecnológico que es ya la llave del siglo XXI, la llave de la puerta que Einstein y otros abrieron y modelaron. Ése es el futuro y negándolo no nos sentiremos mejores ni peores, ni seremos tampoco mejores o peores. Sólo nos negaremos la posibilidad y la necesidad de dar un nuevo paso.

Un paso hacia la Luz.

Un paso hacia la fascinación en el límite de lo desconocido y que está al alcance del ser humano. Sin miedo por el mal empleo de estas nuevas fuerzas. Sin miedo por la guerra, sino con amor por la paz.

Puede que un día el ser humano y la máquina, juntos, lo consigan.

Jordi Sierra i Fabra, 1986

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: noviembre 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 2008
© Ediciones Siruela, S. A., 2008, 2011
c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-785-2

www.siruela.com

Índice

Portada 4
Prólogo de 2008 para una obra de 1983 5
TRILOGÍA DE LAS TIERRAS 10
... en un lugar llamado Tierra 11
Prólogo: La nave 12
Nivel cero: La encuesta 15
Primer nivel: El misterio de la Doble Delta A-795 41
Segundo nivel: El juicio 91
Tercer nivel: El planeta perdido 161
Epílogo: Aun millón de años luz 197
Regreso a un lugar llamado Tierra 201
Fase previa: Historia 202
Fase 1: Investigación 206
Fase 2: Interrogantes 249
Fase 3: Secretos 273
Fase 4: Regreso 316
Última fase: Soledades 342
Epílogo: ... en un lugar llamado Tierra 349
El testamento de un lugar llamado Tierra 354
Punto 0: Energía 355
Punto 1: Relatividad 358
Punto 2: Materia 410
Punto 3: Espacio 472
Punto final: Tiempo 523
Consideraciones finales en torno a la Trilogía de las Tierras 528
Créditos 534